Bram Stoker

Drácula

Prólogo de

Alberto Laiseca

EDICIONES Lea

Bram Stoker

Drácula

Prólogo de

Alberto Laiseca

EDICIONES Lea

Table of Contents

- Drácula
  - Prólogo
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
  - VI
  - VII
  - VIII
  - IX
  - X
  - XI
  - XII
  - XIII
  - XIV
  - XV
  - XVI
  - XVII
  - XVIII
  - XIX
  - XX
  - XXI
  - XXII
  - XXIII
  - XXIV
  - XXV
  - XXVI
  - XXVII
  - Apéndice

Drácula
es editado por
EDICIONES LEA S.A.
Av. Dorrego 330 C1414CJQ
Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
E-mail: info@edicioneslea.com
Web: www.edicioneslea.com
ISBN 978-987-634-512-5
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.
Prohibida su reproducción total o parcial, así como
su almacenamiento electrónico o mecánico.
Todos los derechos reservados.
© 2012 Ediciones Lea S.A.

Drácula

Bram Stoker

Prólogo de Alberto Laiseca

Prólogo

Tinieblas eróticas

Drácula es, para mí, el triunfo de lo siniestro en el arte. Asumir lo que somos internamente. Esto, muy lejos de ser crítica, constituye alabanza. La represión sexual victoriana (¿fue únicamente durante el gobierno de Victoria Reina, y tan sólo en Inglaterra?) fabricó monstruos y variantes excéntricas. Sin salida normal genésica terminaremos por sentir alguna velada simpatía por Jack el Destripador.

Si somos capaces de leer entre líneas, esta novela nos ayudará a comprender los mecanismos internos y las contradicciones del puritanismo. De ahí mi ya referida alabanza.

En esa época (incluso hoy, en otras sociedades) a las chicas se las adiestraba para ser "puras". Todo placer era sospechoso. Debió existir un largo catálogo de caricias prohibidas (aun dentro el matrimonio). Esto también se ve en el libro de Stevenson. Con la represión surge el Edward Hyde del sexo.

Drácula resulta entonces, para mí, una larga confesión de Stoker. No sé si a esto lo habrá visto alguien. Contiene una lista de todas las cosas que *a él* le gustaban. Morder y ser mordido. Sacarles por la fuerza a las chicas victorianas toda su maldita virtud. Inversamente: encontrar un grupo de mujeres vampiras que lo obligasen a gozar quieras o no. Aunque ello significara el fin de su vida. El problema es que a sus lectoras y lectores les pasaba lo mismo, de ahí el éxito fenomenal de la novela.

Jonathan Harker viaja de Inglaterra a Transilvania, al ruinoso castillo del conde, aparentemente para una transacción comercial. Las poderosas ruinas tienen un sentido narrativo, así como también el temor (*in crescendo*). Es para que luego el erotismo oscuro sea más aceptable, lógico y apetecible. Las "múltiples tradiciones fantasmales de este lugar" poco a poco se van comiendo la tranquilidad del visitante.

Pero al principio Harker está contento. En una posada le ofrecen "rodajas de tocino, cebolla y carne, todo sazonado con pimienta colorada y ensartado en palos y asado sobre el fuego". Está contento, sí. No sabe lo que le espera.

Es notable cómo Stoker nos va hechizando, poco a poco, con lo misterioso. Tanto en la aldea como en el primer carruaje todos le advierten lo mismo: no vaya. Estas mismas cosas (y muchas otras) luego se iban a trasladar a las películas que se harían en el siglo siguiente.

El conductor del segundo coche es un ser embozado, extraño y sublunar. Como un anticipo de la pesadilla que le espera. En un momento dado, y sin que Harker supiera cómo ni cuándo, los caballos se detuvieron en el patio interior de un gigantesco castillo. Ventanas negras y sin luz, algunas piedras disgregadas por el paso de los siglos, pero el todo permanecía impresionante, intacto, colosal. Como su dueño, como el Monstruo.

Enormes clavos hundidos en la puerta de entrada. Rechinar de goznez y corrimiento de cadenas y, por fin, apareció Drácula. Lo invitó a entrar "por su propia voluntad", con lo cual lo compromete mágicamente. Jonathan le estrechó la diestra y fue como tocar la mano de un muerto. Sin embargo lo espera una rica cena en una sala acogedora. Harker come pollo asado y bebe un riquísimo tokay. "Usted disculpará que no lo acompañe. Yo ya cené". No dice qué cenó. El inglés todavía está contento, sin embargo. Cuando compruebe que el conde tiene mando sobre lobos, ratas y diabólicas criaturas sublunares ya no estará tan tranquilo. Por de pronto come sobre servicio de oro. El cristal sin duda es de Bohemia y las telas que cubren la mesa son preciosas y tienen cientos de años.

Esa misma noche Drácula le dijo a Harker algo como esto: "Mi castillo… hay muchas sombras en él. Ándese con cuidado. No salga por nada de su habitación. El castillo es muy viejo y contiene muchas memorias".

Pero Jonathan Harker es un rebelde a la manera de los niños. Con infantilismo desobedece al conde. La consecuencia es que le espera la noche más increíble, peligrosa y horrenda de su vida. Verá y sentirá cosas tan fantásticas que luego pensará si todo eso no lo

soñó. Por de pronto: asomándose a una ventana ve al conde deslizarse por una pared del castillo *cabeza abajo* y entrar en un cubículo disimulado. A partir de esto ya sabe, sin lugar a dudas, que está en manos de alguien con poderes sobrenaturales. Pero todo esto es nada. La noche sólo acaba de empezar.

El chiste comienza, precisamente, cuando Harker, como un corderito, entra en el cuarto de las mujeres vampiras. Ellas le sonríen con los ojos brillantes y dientes afiladísimos. Es como si dijeran: "¡Todo para nosotras!".

Lo notable es lo que le pasa por dentro al bueno de Jonathan. Empieza a sentir impulsos pecaminosos. Como buen puritano se arrepiente *a posteriori*, pero no *a priori.* "Sentí en mi corazón un deseo malévolo, ardiente, de que me besaran con esos labios rojos".

Las dos chicas morenas le dicen a la rubia (evidentemente la jefa): "Tú eres la primera y nosotras te seguimos; tuyo es el derecho de comenzar". Pero la otra contesta: "Es joven y fuerte. Hay besos para todas". "Yo permanecí quieto, mirando por entre mis pestañas en la agonía de una deliciosa anticipación. La muchacha rubia avanzó y se inclinó sobre mí hasta que puede setir el movimiento de su aliento sobre mi rostro". "La muchacha se arrodilló y se inclinó sobre mí, regocijándose en forma manifiesta. Había una voluptuosidad deliberada que era a la vez maravillosa y repulsiva".

Debemos comprender lo no dicho en el libro de Stoker y las maneras enfermas que tenemos los humanos de "liberarnos" de las cadenas que no nos permiten vivir. Como vemos el autor encontró una solución de tipo fantástico al hecho de que no le gustaran demasiado las mujeres de su tiempo. Otros ingleses (o irlandeses, da igual) arreglaron su problema yendo a vivir a algún lugar remoto del Imperio (la India o Malasia) para tener relaciones con las mujeres nativas.

Pero aun allá, en las colonias, debían ser discretos y no asumir lo dicho. Si te descubrían ibas a ser un descastado, alguien que se "prostituyó racialmente". Esta frase, menos de medio siglo después, iba a ser la favorita de los nazis. Los ingleses nunca se percataron de cuán fascistas eran con su "moral de caballero que nunca se

degrada". Como suele decirse: "Veis la paja en el ojo ajeno pero no la viga en el propio".

La cuestión es que las tres vampiras (cada una más linda que la otra) casi lo muerden. Y él, deseoso de alcanzar el éxtasis. A como dé lugar.

Pero justo ahí aparece Drácula enojadísimo. "¿¡Cómo se atreven a tocarlo sabiendo que es mío!?". Las vampiresas, llenas de miedo, se arrinconan despavoridas. Luego él les agrega: "Os prometo esto: cuando termine con él podréis besarle todo lo que se os antoje". "¿Pero y esta noche no habrá nada para nosotras?". Entonces el conde les acerca una bolsa donde se mueve un ser vivo y pequeño. Un tierno infante, me temo. Las nomuertas, chochísimas, se arrojan golosas sobre el envoltorio. Harker se desmaya.

A partir de esto el prisionero sabe que, a menos que logre escapar, jamás saldrá vivo del castillo. Arriesgando su vida baja por una de las paredes externas, una que da sobre un abismo, y se introduce en el cubículo secreto donde vio entrar al Monstruo. Espera sorprenderlo y matarlo, pero ahí no está. En cambio, en un rincón, encuentra una enorme cantidad de monedas de oro, cubiertas por el polvo. Las más nuevas tienen trescientos años y son de distintos países.

Y aquí dejamos a Jonathan Harker. ¿Se lo habrán comido, finalmente, las mujeres vampiro en un gran banquete erótico? Para saberlo deberán leer la novela. Es una obra maestra, de modo que no perderán su tiempo.

Cada vez que en el libro se prepara algo erótico y horrible, ello estará precedido por algo majestuoso. La llegada de Harker a Transilvania tiene como preludio los paisajes severos y montuosos y la grandeza ruinosa del propio castillo del conde. Ahora, con el arribo de Drácula a Inglaterra, tenemos la maravilla de una tempestad jamás vista y el barco que traslada al demonio: nada lo hunde, pase lo que pase. "…unas masas de niebla marina comenzaron a avanzar hacia la tierra, nubes blancas y húmedas que se extendían de manera fantasmal, tan húmedas, vaporosas y frías que se necesitaba apenas un pequeño esfuerzo de la imaginación para pensar que los

espíritus de aquellos perdidos en el mar estaban tocando a sus cofrades vivientes con las viscosas manos de la muerte…”.

Pero después vino lo peor: olas grandes como montañas, cargadas de espuma. Aquello era suficiente como para hundir a cualquier embarcación. Sin embargo, como ya dijimos (y para el espanto de todos), el buque que transportaba al conde Drácula y a sus cajas malditas se deslizaba como ante una suave brisa de primavera. Al timón había un hombre con las muñecas amarradas. “Un gran estado de reverencia y temor sobrecogió a todos cuando vieron que el barco, como por milagro, había encontrado el puerto, ¡guiado solamente por las manos de un hombre muerto!”.

Ya en tierra, en la abadía que ha comprado, el Gran Vampiro busca con tiempo y sadismo su primera víctima. Ella, por supuesto, es joven, linda y formada en la más clásica tradición puritana. Una de esas chicas dulces e insufribles a quienes Stoker le hubiese gustado morder, pese a que (por todos los medios literarios a su alcance) intenta hacernos creer lo contrario.

No obstante todos los esfuerzos de las legiones del bien no puede impedirse que la muchacha se transforme en una nomuerta.

Hay un pasaje que nos habla de la necrofilia de los dueños de locales de pompas fúnebres, pero que en realidad nos revela el cinismo del propio Stoker. La muerta viva, con sus ojitos cerrados, ya está en su sarcófago, y alguien dice: “Señor, la joven es un magnífico cadáver. Es verdaderamente un privilegio atenderla. ¡No exagero cuando digo que atender a semejantes clientes acredita a nuestro establecimiento!”.

Si será maldito.

Lo cierto es que en los días que demora el funeral la chica se pone cada vez más linda. Esto por cierto que coincide con la valoración necrofílica que campea a lo largo de toda la novela.

Cuando el Dr. Van Helsing, que ha jurado exterminar a la raza de los vampiros, propone darle una segunda y definitiva muerte a la nueva vampiresa, los familiares se oponen. Pero cuando una noche ven que ella es capaz de penetrar a su tumba adelgazando su cuerpo para que pase por una grieta insignificante, ya no tienen más dudas. Es un demonio emanado por el Monstruo que la fabricó.

En cierto momento la transformadita se acerca a Arthur (su ex novio) con una gran sonrisa y pésimas intenciones. Su voz es suave y seductora: "¡Arthur! ¡Mi amor! ¡Quédate para siempre conmigo!". Todo falsísimo, por supuesto. Pero, por suerte, allí está Van Helsing para impedir el horror final.

La joven ha cambiado su característica "dulzura por crueldad", su "pureza por voluptuosidad". Por lo visto, según la época victoriana, una chica no podía ser dulce, pura y voluptuosa. No todo junto, al menos. Se consideraba incompatible. La palabra "voluptuosidad", justamente, aparece innumerables veces en el libro y siempre asociada con la maldad femenina.

Cuando entran por última vez a la tumba, a fin de liberarla de Drácula, la encuentran "carnal y vulgar". Cuando en una sociedad la gente encuentra que lo carnal es vulgar, algo no funciona bien.

Pero hay muchos personajes deliciosos en esta novela. Un loco, por ejemplo, llamado Renfield y que está alojado confortablemente en un manicomio. En un momento dado se apodera de un cuchillo y corta la muñeca de su médico de cabecera. "Cuando los celadores entraron corriendo y pusimos nuestra atención sobre él, su aspecto positivamente me produjo náuseas. Estaba acostado sobre el vientre en el suelo, lamiendo como un perro la sangre que había caído de mi muñeca herida". Mientras los celadores se lo llevan a la rastra, el loco grita una vez y otra: "¡La sangre es la vida! ¡La sangre es la vida!".

Luego nos enteramos de que el Monstruo ha hecho un nuevo discípulo. Pero sin necesidad de morderlo, esto es lo notable. El chiflado siente una enorme admiración por el conde y trata de imitarlo en todo. Otra cosa curiosa: jamás lo ha visto personalmente, pero "lo tiene al lado", por así decir, de manera telepática.

Cierto día el alienista está reunido con Renfield ("mi lunático predilecto") y la señora Harker. Nuestro buen amigo el loco devora moscas, arañas y otros bichos. Pero en ese momento tiene una apariencia de gran normalidad, lo cual hace sospechar que está más chiflado que nunca. En efecto: "Acostumbraba imaginar que la vida es una entidad positiva y perpetua, y que al consumir multitud de seres vivos, por muy bajos que se encuentren éstos en la escala de

la creación, es posible prolongar la vida indefinidamente. A veces creía en ello con tanta firmeza que trataba de comer carne humana. El doctor, aquí presente, confirmará que una vez traté de matarlo con el fin de fortalecer mis poderes vitales, asimilando su vida, por medio de su sangre, en mi propio cuerpo".

Con esta tranquilidad y como quien confiesa: lamento muchísimo no haber podido comerle un par de chuletas, querido doctor. O como diría el Padrino, de Coppola: "Nada personal. Son negocios".

Los dos bandos, tanto el de Drácula como el de Van Helsing, resultan muy fuertes y temibles. Supongamos que el Monstruo, finalmente, sea destruido (cosa que está por verse). ¿Qué hay de su viejo castillo en Transilvania? Como en teoría quedará "limpio" podemos alquilarlo o venderlo. Pero recordemos la advertencia del propio Drácula a Harker, cuando éste era su huesped: "Ándese con cuidado. No salga por nada de su habitación. El castillo es muy viejo y contiene muchas memorias". De modo que aunque el conde y su trío de vampiresas fuesen destruidos, no olvidemos que son nomuertos. Entonces, de alguna manera, seguirán siendo inmortales. Sea escéptico respecto a supuestas "limpiezas". No duerma ahí ni una noche, aunque le ofrezcan un millón de libras esterlinas moneda británica del Reino.

Los vengadores se acercan a los dominios del Gran Vampiro. La noche es cerrada y muy fría. La niebla y los copos se van arremolinando dándonos formas extrañas. Aparecen, suspendidos en el aire, labios glotones. Se oyen risas provocativas, como si las produjese el entrechocar de hielo con cristal.

Hay gran poesía en este paisaje: el viento y la nieve que, poco a poco, van materializando a las tres mujeres. Sin embargo todo ello está muerto. El erotismo infinito de la fascinación por lo no vivo. Si ello se mueve y muerde, tanto mejor.

Esta es una gran obra que sólo pudo escribirse en un estado de enorme contradicción y desdicha. Supongamos, por un momento, que Stoker se fue de Inglaterra (o de Irlanda, da lo mismo) para instalarse en alguna de las colonias y, como otros muchos, buscarse una nativa. Claro que, en este caso, lo más probable es que no hubiese escrito *Drácula*. Hubiera sido demasiado feliz.

Alberto Laiseca

I

Del diario de Jonathan Harker (Escrito en taquigrafía)

3 de mayo. Bistritz. Partí de Munich a las 8.55 p.m. del primero de mayo, arribando a Viena a la mañana; tendría que haber llegado a las 6.46, pero el tren tuvo un retraso de una hora. Budapest parece ser una hermosa ciudad, a juzgar por lo que pude ver desde el tren y lo poco que caminé sus calles. Tuve temor de alejarme más de la cuenta de la estación, ya que habíamos llegado con demora y debíamos partir tan pronto como fuera posible. Me pareció que abandonábamos el Oeste y entrábamos en el Este; el más occidental de los fantásticos puentes que penden sobre el Danubio –que, en estas tierras, es de generoso ancho y profundidad– nos condujo hacia las tradiciones del régimen turco.

Dejamos la ciudad a tiempo y llegamos a Klausenburgh al atardecer. Allí decidí pasar la noche en el Hotel Royale. Para comer –mejor dicho, para cenar– había pollo sazonado con pimentón rojo; estaba delicioso, pero provocaba mucha sed (recordar guardar la receta para Mina). El camarero me dijo que el nombre era *paprika hendl* y, como se trataba de un plato nacional, podría encontrarle en cualquier pueblo a lo largo de los Cárpatos. Me resultó de mucha utilidad mi alemán básico; de otro modo hubiera sido imposible comunicarme.

Mientras tuve tiempo libre cuando todavía me encontraba en Londres, había visitado el Museo Británico y había buscado Transilvania en libros y mapas de la biblioteca. Pensaba que era importante tener algunos conocimientos previos sobre el país para vincularme mejor con él. Allí encontré que el distrito al que iba está en el límite Este del país, en la frontera de los estados Transilvania, Moldavia y Bucovina, rodeado de los montes Cárpatos. Es una de las regiones de Europa más salvajes y menos conocidas. En ningún mapa ni obra puede ubicar con presición el Castillo Drácula, ya que no existen mapas de este país que sean similares a nuestros mapas

de Ordenanza Survey; pero descubrí que Bistritz, el pueblo postal nombrado por el Conde Drácula, es un sitio bastante bien conocido. Incluiré aquí algunas de mis notas, a fin de que sirvan para refrescar mi memoria cuando le narre a Mina mis viajes.

Conviven cuatro nacionalidades particulares en el pueblo de Transilvania: en el sur están los sajones; mezclados con ellos los valacos, que son descendientes de los dacios. En el oeste se encuentran los magiares. En el este y el norte, los scequelios.

Voy al encuentro de éstos últimos, que dicen ser descendientes de Atila, el rey de los hunos. Debe ser como ellos dicen, ya que cuando los magiares conquistaron el país en el siglo XXI, encontraron que estaba ocupado por los hunos. Leí que todas las supersticiones que se conocen en el mundo se hallan en la herradura de los Cárpatos, como si esta región fuera el centro de algún tipo de remolino de la imaginación; si es así, mi estadía puede resultar una experiencia interesante. (recordar preguntar al Conde sobre las supersticiones).

No pude dormir bien. Aunque mi cama era bastante confortable, tuve todo tipo de sueños extraños. Un perro aulló toda la noche bajo mi ventana; es probable que ésa fuera la causa. También puede haber sido el pimentón; bebí toda el agua de mi garrafón, y aun así continuaba la sed. Concilié el sueño de madrugada, pero me desperté por unos golpes persistentes en mi puerta, de modo que supuse que había dormido profundamente. Hubo más pimentón en el desayuno, acompañado por una especie de guiso de harina de maíz que llaman *mamaliga,* y berenjena rellena con carne picada, un plato delicioso cuyo nombre es *impletata* (recordar conseguir la receta).

Debí apurar el desayuno, ya que el tren partía unos minutos antes de las ocho; en realidad, así debió ser, porque luego de correr a la estación a las 7.30, esperé sentado en el vagón por más de una hora antes de que se pusiera en marcha. Tengo la impresión de que, cuanto más viaja uno, más impuntuales son los trenes. Me pregunto cómo serán en China.

Durante el día entero parecíamos viajar a través de un país rebosante de bellezas de todo tipo. Cada tanto aparecían pequeños pueblos o castillos en la cima de colinas empinadas, como los que

conocemos de los antiguos misales; otras veces, corríamos a la vera de ríos y espejos de agua que, de acuerdo con el margen amplio y pedregoso de cada uno de sus lados, parecían proclives a sufrir grandes inundaciones. Es preciso contar con agua en cantidad y una corriente fuerte para limpiar el borde exterior de un río. En cada estación había grupos de personas, a veces multitudes, con atuendos de toda clase. Algunos de ellos tenían idéntica apariencia a los campesinos de mi tierra o a los que vi en Francia y Alemania. Llevaban chaquetas cortas, sombreros redondos y pantalones hechos en casa. Otros, en cambio, eran muy pintorescos. Siempre y cuando uno no se acercara a ellas, las mujeres parecían bonitas; todas se caracterizaban por poseer cinturas anchas. Todas llevaban largas mangas blancas de distinta clase. La mayor parte de ellas usaba cinturones enormes con flecos de algo que se agitaba como los vestidos en un ballet; de todos modos, llevaban enaguas debajo. Los eslovacos fueron los personajes más extraños a nuestros ojos: son más bárbaros que el resto, con sus grandes sombreros de cowboys, enormes pantalones bombacha de un blanco sucio, camisas blancas de lino y cinturones pesados de cuero, de casi un pie de ancho, todos tachonados con clavos de hojalata. Usaban botas altas, los pantalones metidos dentro; el pelo largo y negro, densos bigotes del mismo color. Son pintorescos, pero no parecen simpáticos. En el escenario se los podría reconocer de inmediato como algún viejo grupo oriental de bandidos. Sin embargo, según me cuentan, son inofensivos y bastante tímidos.

Oscurecía cuando llegamos a Bistritz, un lugar antiguo e interesante. Como se encuentra ubicado casi en la frontera –el paso del Borgo conduce desde allí a Bucovina–, ha tenido una tormentosa existencia de la cual conserva marcas.

Cincuenta años atrás hubo una seguidilla de incendios que originó tremendos estragos en cinco ocasiones distintas. En los principios del siglo diecisiete, sufrió un sitio de tres semanas en el que se perdieron 13.000 personas, sumándose a los muertos por causa de la guerra, del hambre y la enfermedad.

El conde Drácula me había indicado dirigirme al hotel Golden Krone, que para mi placer estaba por completo fuera de moda. Mi

interés era ver todo lo que pudiera de las costumbres del país. Era claro que ellas me esperaban también, ya que cuando me acerqué a la puerta me encontré con una mujer mayor, de gesto risueño, con el vestido típico de paisana, ropa interior blanca con doble delantal largo, delantero y trasero, de una tela colorida, demasiado ajustado para que pareciera modesto. Cuando me acerqué más, se inclinó y dijo:

–¿El *Herr* hombre inglés?

–Sí –respondí–, "Jonathan Harker".

La mujer sonrió y le dio un mensaje a un hombre mayor en mangas blancas de camisa, quien la había acompañado hasta la puerta. El hombre se alejó, pero segundos más tarde regresó con una carta:

Estimado amigo,

Bienvenido a los Cárpatos. Estoy esperándolo con ansias. Duerma bien esta noche. Mañana a las tres, una diligencia partirá hacia Bucovina; allí tiene un lugar reservado para usted. Mi carruaje lo esperará en el desfiladero del Borgo y lo traerá a mí. Confío en que su viaje desde Londres haya sido agradable, y que disfrute de su estadía en mi bella tierra.

Su amigo,

DRÁCULA

4 de mayo. Supe que el conde le había enviado una carta al dueño de la posada en la cual le indicaba que me asegurara el mejor lugar en el coche, pero cuando le hablé de eso se mostró algo reticente y fingía no comprender mi alemán. Esto no podía ser así, ya que hasta ese momento me había entendido a la perfección; al menos, no encontraba dificultad en responder a mis preguntas. Él y su esposa, la señora mayor que me había recibido, se miraron de una manera temerosa. Sólo atinó a murmurar que el dinero había sido enviado en una carta, y que era todo lo que sabía. Cuando le pregunté si conocía al conde Drácula, y si podía decirme algo de su castillo, volvió a cruzar miradas con ella y, diciendo que no sabían nada de él, se negaron a seguir hablando. El momento de la partida

estaba tan próximo que ya no tenía tiempo para hacer más averiguaciones: todo era tan misterioso y para nada tranquilizante.

A poco de partir, la anciana subió a mi cuarto y se dirigió a mí de modo nervioso:

–¿Debe usted ir? ¡Oh!, joven *Herr,* ¿debe usted ir?

Su estado era tal que parecía haber perdido sus conocimientos de alemán, y lo mezclaba con otro idioma que desconozco por completo. Apenas pude seguir el hilo de lo que decía preguntándole con insistencia. Cuando le dije que debía partir de inmediato, y que debía llevar a cabo un importante negocio, me preguntó:

–¿Sabe usted qué día es?

Le contesté que era el cuatro de mayo. Agitando su cabeza, volvió a decir:

–Oh, sí. ¡Eso ya lo sé, ya lo sé! Pero, ¿sabe usted qué día es?

Cuando le dije que no sabía a qué se refería, continuó:

–Es la víspera de San Jorge. ¿No sabe usted que esta noche, cuando el reloj marque las 12, todas las cosas del demonio en el mundo tendrán pleno poder? ¿Entiende usted hacia dónde va y lo que va a hacer?

Se encontraba en tal estado de desesperación que traté de confortarla, aunque sin resultado. Al final, se arrodilló ante mí y me imploró que no fuera, me dijo que aunque sea esperara uno o dos días antes de viajar. Todo parecía muy ridículo, pero había logrado intranquilizarme. Sin embargo, tenía que atender negocios y no podía permitir que nada se interpusiera en mi camino. De modo que traté de levantarla y, con la mayor seriedad posible, le dije que le agradecía, pero que mi deber era imperativo y debía partir. Entonces la mujer se levantó y secó sus lágrimas, me ofreció el crucifijo que llevaba al cuello. Yo no sabía cómo actuar, ya que por pertenecer a la Iglesia Anglicana, estaba acostumbrado a pensar en esas cosas como en símbolos de idolatría; pero me pareció poco falto de educación rechazárselo a una anciana con buenas intenciones y en tal estado. Supongo que ella vio la duda en mi rostro, por lo que colocó el rosario alrededor de mi cuello, y dijo:

–Por el amor de tu madre –y me dejó solo en la habitación.

Escribo esta parte del diario mientras espero el coche, que por supuesto está demorado; aún llevo el crucifijo en mi cuello. No sé si es a causa del miedo de la mujer, pero siento menos tranquilidad que de costumbre. Si este libro llegara a Mina antes que yo, que sea portador de mi adiós. ¡El coche está aquí!

5 de mayo. El castillo. Pasó el tono gris de la mañana y el sol se ubica alto sobre el horizonte lejano, que parece salpicado por árboles o montes; no estoy muy seguro, ya que se encuentra tan distante que las grandes y pequeñas cosas se confunden. No tengo deseos de dormir; como no me llamarán hasta que despierte, escribiré hasta que aparezca el sueño. Son muchas las cosas extrañas que debo anotar y para que nadie que las lea pueda imaginar que cené demasiado bien antes de abandonar Bistritz, describiré con precisión mi cena. Cené lo que aquí conocen como "biftec robado" –rodajas de tocino, cebolla, y carne, todo sazonado con pimienta colorada y ensartado en palos y asado sobre el fuego, ¡igual que la carne de gato en Londres! El vino era Mediasch Dorado, que provoca un raro ardor en la lengua, que de todos modos no es desagradable. Bebí sólo un par de vasos de este vino, y nada más.

Cuando subí al coche, el conductor no estaba aún en su asiento y hablaba con la señora del lugar. Era claro que hablaban de mí, ya que de vez en cuando me miraban. Algunas personas que se hallaban sentadas en el banco fuera de la puerta –que aquí se conocen por un nombre que significa "portadores de palabra"– se acercaron y escucharon; luego me miraron, muchos de ellos con pena. Escuché que repetían algunas palabras, extrañas para mí, ya que había varias nacionalidades en el grupo. De modo que hurgué en mi bolso en busca de mi diccionario políglota y las busqué. Confieso que no me resultaron felices, ya que entre ellas estaban *Ordog* ("Satán"), *pokol* ("infierno"), *stregoica* ("bruja"), *vrolok* y *vlkoslak* (las dos significan "hombre lobo" o "vampiro", pero una eslovaca y la otra es de origen serbio), (recordar preguntarle al conde sobre estas supersticiones).

Al momento de partir, todos los que se encontraban en la multitud que se hallaba en la puerta de la posada –a esta altura de un

tamaño importante– hicieron la señal de la cruz y me apuntaron con dos dedos. Tuve dificultades para lograr que un pasajero me dijera qué significaba ese gesto; al principio se negó a responder, pero cuando supo mi nacionalidad inglesa, me explicó que era un hechizo o protección contra el ojo del diablo. Esto me resultó poco agradable, sobre todo porque me dirigía a un lugar desconocido para ir al encuentro de un hombre desconocido; pero todos parecían tan buenos y se mostraban tan apenados –eran también tan simpáticos– que no pude evitar sentir cierta emoción. Jamás olvidaré la última imagen que tuve de la posada, su multitud de pintorescas figuras, persignándose alrededor del pórtico con su fondo de tupido follaje de adelfas y naranjos en toneles verdes agrupados en el centro del patio. Entonces, nuestro conductor, cuyos pantalones anchos de lino cubrían por completo el asiento delantero del coche –que ellos llaman *gotza*– desplegó su látigo sobre los cuatro pequeños caballos, que corrieron de frente, y dio inicio a nuestro viaje.

Absorto con la hermosura del escenario por el cual transitábamos, pronto alejé de mi mente los temores fantasmales, aunque si hubiera conocido el idioma –o, mejor dicho, los idiomas– en los que se comunicaban mis compañeros de viaje, no hubiera sido posible librarme con tanta facilidad de ellos. Ante nuestros ojos había un verde campo inclinado, repleto de bosques y montes, salpicado con colinas empinadas en donde se distinguían grupos de árboles o pequeñas casas con sus paredes vacías mirando hacia la carretera. Por todas partes había una desconcertante mixtura de frutos en flor –manzanas, ciruelas, peras, frutillas– y mientras andábamos pude ver, bajo los árboles, la hierba verde sembrada de pétalos caídos. La carretera entraba y salía de esas verdes colinas de lo que aquí llaman la "Tierra Media", liberándose al barrer las curvas herbosas o cerradas donde terminaban los pinares que por todos lados corrían colina abajo como lenguas de fuego. Era un camino áspero, pero de igual modo parecíamos volar sobre él con una prisa excitante. No pude comprender en ese momento el porqué del apuro, pero era claro que el conductor no tenía intenciones de perder tiempo para arribar al desfiladero del Borgo. Me dijeron que ese camino era excelente en verano, pero que aún no había sido restituido tras las

nevadas del invierno. En ese sentido, es diferente a los demás caminos en los Cárpatos, ya que es una antigua tradición que éstos no se encuentren en buen estado. Desde tiempo antiguo, los hospadares no los reparaban, pues si lo hubieran hecho los turcos podían pensar que se preparaban para el arribo de tropas extranjeras. De ese modo se aceleraría la guerra que, a decir verdad, siempre estaba a punto de desatarse.

Más allá de las verdes colinas hinchadas de la Tierra Media se levantaban imponentes laderas de bosques que abarcaban hasta las elevadas cumbres de los mismos Cárpatos. Se erguían desde nuestra derecha a nuestra izquierda, con el sol de la tarde cayendo sobre ellos y haciendo relucir los gloriosos colores de esta hermosa cordillera, azul profundo y morado en las sombras de los picos, verde y marrón allí donde las rocas y el pasto se confundían, y una perspectiva infinita de rocas dentadas y puntiagudos riscos, hasta perderse en la distancia, donde se levantaban con grandeza los picos nevados. Por todas partes aparecían imponentes grietas en las montañas, a través de las cuales, conforme el sol descendía, veíamos una y otra vez el destello blanco del agua que caía. Uno de mis compañeros tocó mi brazo cuando nos deslizamos por la base de una colina y señaló el pico nevado de una montaña que, mientras avanzábamos por nuestro camino, parecía encontrarse exactamente ante nuestros ojos:

– ¡Mire! *¡Isten szek!* ¡"El trono de Dios"! –dijo, y se persignó con devoción.

Mientras continuábamos por nuestro interminable camino, y el sol se perdía en el horizonte cada vez más detrás de nosotros, comenzaron a rodearnos las sombras del atardecer. Esto era realzado por la nieve de las cimas de las montañas, que aún sostenían la puesta del sol y brillaban con un fino color rosa frío. Hacia donde miráramos había checos y eslovacos, todos vestidos con su atuendo pintoresco, pero noté que por desgracia eran muchos los que padecían bocio. En ambos márgenes del camino se extendían muchas cruces, y a medida que pasábamos por ellas mis compañeros de viaje se persignaban. En todas partes se encontraban un campesino o una campesina arrodillados frente a un

altar, y no se volvían aunque nos acercáramos, sino que parecían tener la vista y el oído abstraídos del mundo exterior, tal el arrobamiento de su devoción. Había muchas cosas nuevas para mí: por ejemplo, haces de paja en los árboles y hermosas masas de sauces llorones, sus blancas ramas brillando como plata a través del delicado verdor de las hojas. Una y otra vez pasamos un carromato –el carro habitual del paisano– con su vértebra larga, culebreante, calculada para ajustarse a las desigualdades de la carretera. En cada uno de ellos iba sentado un grupo de campesinos que regresaban a sus hogares, los checos con sus pieles de oveja blancas y los eslovacos con las suyas de color. Estos últimos llevaban a guisa de lanzas sus largas duelas, con un hacha en el extremo. Al caer la tarde, comenzó a hacer mucho frío y la creciente oscuridad parecía mezclar en una misma bruma la lobreguez de los árboles, robles, hayas y pinos, aunque en los valles que corrían profundamente entre los surcos de las colinas, cuando ascendíamos hacia el desfiladero, los abetos oscuros se destacaban aquí y allá contra el fondo de la última nieve caída. A veces, cuando la carretera era cortada por los pinares que parecían acercarse a nosotros en la oscuridad, grandes masas de color grisáceo, que aquí y allá salpicaban los árboles, producían un efecto particularmente lóbrego y solemne, que traía los pensamientos y fantasías siniestras engendrados temprano en la tarde, cuando el sol poniente daba un relieve extraño a las nubes fantasmales que parecen vagabundear incesantemente por los valles, entre los Cárpatos. A veces, las colinas eran tan empinadas que, a pesar de la prisa de nuestro conductor, los caballos solamente podían ir con lentitud. Tuve el deseo de bajar del coche y caminar con ellos, como hacemos en mi tierra, pero el conductor no quiso saber nada.

–No, no –dijo–, usted no debe caminar aquí; los perros son muy feroces –y luego agregó, con lo que evidentemente representaba para él una broma macabra, ya que miró a su alrededor para captar la sonrisa aprobadora del resto– y usted seguramente tendrá mucho que hacer antes de ir a dormir.

La única parada consistió en una momentánea pausa para encender sus lámparas.

Al oscurecer pareció que los pasajeros se volvían más nerviosos y de modo constante le hablaban al cochero, uno tras otro, como si le pidieran que fuera más rápido. El hombre fustigó a los caballos sin piedad con su largo látigo, y los obligó a que hicieran sus mayores esfuerzos con salvajes gritos de aliento. Entonces, entre la penumbra, alcancé a distinguir una especie de mancha de luz gris delante de nosotros, como si hubiese una hendidura en las colinas. El nerviosismo de los pasajeros se incrementó; el carruaje se bamboleó sobre sus grandes resortes de cuero, y se inclinó hacia uno y otro lado como un barco flotando sobre un mar agitado. Tuve que sujetarme. El camino se volvió más nivelado y parecía que estábamos volando sobre él. Entonces, las montañas parecieron avalanzarse a nosotros desde ambos lados, como si quisiesen ahorcarnos, y nos encontramos a la entrada del desfiladero de Borgo. Cada uno a su turno, varios pasajeros me ofrecieron regalos con tanta insistencia y honestidad que no fue posible negarme; por cierto, se trataba de objetos raros y diversos, pero cada uno me había sido dado de buena fe, con amables palabras y una bendición, además de esa extraña mezcla de movimientos que denotaban temor y que yo había presenciado fuera del hotel en Bistritz: el signo de la cruz y el conjuro contra el ojo del diablo. Mientras volábamos, el conductor se inclinó hacia delante; a cada lado, los pasajeros, se estiraban por sobre el borde el coche para escudriñar la oscuridad con expectativa. Era claro que algo muy excitante sucedía o estaba por acontecer, pero aunque le preguntara a cada pasajero, ninguno me daría la más mínima explicación. Este estado de tensión duró algún tiempo, hasta que por fin, ante nuestros ojos, divisamos el desfiladero que se abría hacia el lado oriental. Nubes negras y tenebrosas se alojaban sobre nuestras cabezas; en el aire percibíamos la opresiva sensación del trueno. Parecía que la cadena de montañas había separado dos atmósferas, y que ahora entrábamos en la tormentosa. Traté de reconocer el transporte que me llevaría al castillo del conde. A cada instante esperaba ver el destello de lámparas en la oscuridad; pero todo estaba negro. La única luz provenía de los parpadeantes rayos de luz de nuestras lámparas, en las cuales los vahos de nuestros exhaustos caballos

flotaban hacia arriba como nubes blancas. En ese momento pudimos ver el camino arenoso que se extendía, blanco, frente a nosotros; pero en él no había ningún indicio de la presencia de un carruaje.

Los pasajeros se reclinaron, suspiraron con un alivio que parecía burlarse de mi desilusión. Ya estaba pensando qué podía hacer en tal situación cuando el cochero, mirando su reloj, dijo a los otros algo que apenas pude oír, debido al tono suave y misterioso que utilizó.

Creo que dijo algo así como "una hora antes de tiempo". Entonces se dirigió a mí y, en un alemán peor que el mío, dijo:

–No hay ningún carruaje aquí. Nadie espera al *Herr,* después de todo. Venga ahora a Bucovina y vuelva mañana o pasado. Mejor si espera hasta pasado.

Mientras hablaba, los caballos comenzaron a relinchar, resoplar y saltar de modo salvaje, por lo que el cochero debió sujetarlos con firmeza. Entonces, entre los gritos de los paisanos y una persignación general, apareció un carruaje con cuatro caballos detrás de nosotros, nos pasó y se detuvo al lado del coche. Gracias a la luz de nuestras lámparas, cuyos haces caían sobre ellos, pude ver que los caballos eran negros como el carbón y fantásticos animales. Los conducía un hombre alto, con una larga barba marrón y un enorme sombrero negro que ocultaba su rostro. Cuando se volvió hacia nosotros, sólo alcancé a ver el destello de un par de ojos brillantes, que parecían colorados a la luz de la lámpara. Dijo al conductor:

–Llega usted temprano esta noche, mi amigo.

El hombre balbuceó una respuesta:

–El *Herr* inglés estaba apurado.

Entonces el extraño replicó:

–Supongo que por esa razón usted deseaba que él siguiera hasta Bucovina. No puede engañarme, mi amigo. Sé demasiado, y mis caballos son veloces.

Sonreía al hablar. La luz de la lámpara se posó sobre una boca dura, de labios muy rojos y dientes afilados, blancos como el marfil. Uno de mis compañeros susurró a otro la línea de *Leonora* de Burger:

—"Pues los muertos viajan rápido".

Es claro que el extraño cochero escuchó esas palabras, puesto que alzó la mirada con una sonrisa maliciosa. El pasajero ocultó su rostro y se persignó.

–Entrégueme el equipaje del *Herr* –dijo el cochero.

Con increíble rapidez mis maletas fueron sacadas y acomodadas en el carruaje. Luego descendí del coche, pues el carruaje estaba situado a su lado, y el cochero me tendió una mano que asió mi brazo como un puño de acero; su fuerza era extraordinaria. Sin que mediara ninguna palabra, agitó las riendas, los caballos dieron media vuelta y nos deslizamos hacia la oscuridad del desfiladero. Al mirar hacia atras vi el vaho de los caballos del coche a la luz de las lámparas; proyectadas contra ella, divisé las figuras de mis compañeros de viaje, persignándose. Entonces el cochero fustigó su látigo y gritó a los caballos, que se pusieron en marcha en dirección a Bucovina. Cuando el coche se perdió en la oscuridad, sentí un extraño escalofrío y un sentimiento de desamparo se apoderó de mí. Pero mi nuevo cochero me cubrió los hombros con una capa y colocó una manta sobre mis rodillas. Luego dijo en excelente alemán:

–La noche es gélida, *mein Herr,* y mi señor, el conde, me solicitó que cuidara de usted. Hay una botella de *slivovitz* (el licor de ciruelas del país) debajo del asiento, si así lo desea.

No lo tomé, pero de todos modos era bueno saber que la botella estaba allí. Me sentí un poco extraño y bastante temeroso. Creo que, si hubiera tenido la posibilidad de elegir otra alternativa, lo hubiera hecho en lugar de continuar ese desconocido viaje nocturno. El carruaje avanzó a paso firme en línea recta, luego dimos un giro completo y tomamos otra ruta en línea recta. Tenía la sensación de que recorríamos siempre el mismo camino; entonces presté atención a un punto destacado, y descubrí que en efecto así era.

Hubiera quierido preguntarle al conductor el significado de todo aquello, pero tuve miedo de hacerlo, ya que pensé que, en mi lugar, cualquier protesta carecería de efecto en el caso de que hubiera habido intenciones de retraso. Al cabo de un momento, sin embargo, desesoso por conocer cuánto tiempo había pasado, encendí un

fósforo y observé mi reloj bajo su luz: faltaban pocos minutos para la medianoche. Esto me produjo una suerte de conmoción, supongo que debido a esa superstición general sobre la medianoche que había crecido dentro de mí a causa de las últimas experiencias. Esperé con una espantosa sensación de incertidumbre.

Entonces un perro comenzó a aullar en alguna casa campesina en alguna parte del camino. Dejó escapar un aullido largo y lúgubre, como si tuviese miedo. Su llamado fue recogido por otro perro, y después por otro, y por otro más, hasta que, nacido como el viento que ahora pasaba con suavidad a través del desfiladero, dio inicio un coro aterrador de aullidos que parecían llegar de todos los puntos del campo, desde tan lejos como fuera posible imaginar a lo largo de las tinieblas de la noche. Desde el primer aullido, los caballos comenzaron a inquietarse, pero el cochero los tranquilizó y recobraron la calma, aunque temblaban y sudaban como si acabaran de pasar por un susto repentino. Entonces, desde las montañas lejanas que se erguían a cada lado de nosotros, llegó un aullido mucho más fuerte y agudo; era el aullido de los lobos, que afectó a los caballos y a mí de la misma manera, pues estuve a punto de saltar del carruaje y echar a correr, mientras que ellos retrocedieron y se encabritaron con frenesí, de manera que el cochero debió hacer uso de toda su fuerza para impedir que se desbocaran.

Sin embargo, pocos minutos después mis oídos se habían acostumbrado a los aullidos, y los caballos se habían calmado de tal modo, que el cochero pudo descender y pararse frente a ellos. Los sobó y acarició, y les susurró algo en las orejas, tal como he oído que hacen los domadores de caballos. El efecto de sus palabras fue tan asombroso, que luego volvieron a comportarse con obediencia, aunque aún temblaban. El cochero volvió a sentarse en su lugar, sacudió sus riendas y reiniciamos nuestro viaje a buen paso. Esta vez, después de llegar hasta el lado extremo del desfiladero, repentinamente cruzó por una estrecha senda que entraba hacia la derecha.

Pronto estábamos obstruidos por árboles que en algunos sitios formaban arcos sobre la carretera como si se tratara de un túnel que atravesábamos; y de nuevo enormes rocas nos vigilaban con

audacia a cada lado. A pesar de que nos encontrábamos protegidos, era posible escuchar el viento que se elevaba, gimiendo y murmurando a través de las rocas; y las ramas de los árboles chocaban entre sí mientras avanzábamos. Sentía cada vez más frío, y un fino polvo de nieve comenzó a caer, de manera que en breve tiempo, nosotros y todo lo que nos rodeaba se cubrió con una tela blanca. El viento aguzado aún nos devolvía el eco de los aullidos de los perros, aunque fue decreciendo a medida que seguíamos viaje. En cambio, el aullido de los lobos sonaba cada vez más próximo, como si esos animales nos estuvieran rodeando desde cada costado. Sentí un espantoso terror, compartido por los caballos; sin embargo, el cochero no mostraba ni el más mínimo indicio de perturbación. Movía la cabeza continuamente hacia un lado y el otro, pero yo no era capaz de ver nada entre esas tinieblas.

De pronto, a nuestra izquierda, a lo lejos, distinguí el brillo tenue de una llama azul. El conductor pareció verla al mismo tiempo, pues detuvo los caballos de inmediato y, tras dar un salto hacia la tierra, se internó en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, mucho menos con el aullido de los lobos que se hacía cada vez más cercano; pero, mientras dudaba, el cochero reapareció de la nada y volvió a su asiento sin pronunciar una palabra. Fue así como recomenzamos nuestro viaje.

Tengo la sensación de haberme dormido y haber soñado el incidente, porque parecía repetirse de modo infinito y, ahora que lo recuerdo, es una especie de espantosa pesadilla. En determinado momento, la llama se hizo presente tan cerca del camino, que a pesar de la oscuridad que nos rodeaba pude observar los movimientos del conductor. Caminó con celeridad hacia donde se erguía la llama azul –que parecía muy débil, ya que no alcanzaba a iluminar nada de lo que la rodeaba– y, tras tomar algunas piedras del suelo, las colocó formando algún tipo de dibujo. En un momento se produjo un raro efecto óptico: cuando se paró entre la llama y yo, su cuerpo no obstruía la llama, por lo que yo podía ver su luz fantasmagórica. Sentí gran asombro, pero como el efecto duró apenas un instante, pensé que se trataba de una ilusión de mis ojos que se esforzaban por ver en esa oscuridad. Luego, cuando

retomamos la marcha, no hubo llamas azules por varios minutos. Avanzamos con rapidez entre las tinieblas, acompañados por los aullidos de los lobos, que se escuchaban en derredor nuestro como si nos siguieran en un círculo movedizo.

En una oportunidad, el cochero se alejó más de lo que lo había hecho hasta entonces. Mientras duró su ausencia, los caballos comenzaron a temblar con más intensidad, relinchando de miedo y alzándose sobre sus patas delanteras. No me fue posible conocer la razón de su nerviosismo, pues habían cesado en su totalidad los aullidos de los lobos. Sin embargo, navegando entre las negras nubes de la noche, apareció la luna detrás de la dentada cresta de una roca saliente, revestida de pinos. Iluminados por su mortecina luz, vi una jauría de lobos que nos rodeaban, de dientes blancos y babeantes lenguas rojas, con largos y sinuosos miembros, cubiertos de un pelo áspero y duro. Se veían cien veces más terroríficos en aquel silencio lúgubre que los detenía, que cuando aullaban. Me paralicé por el miedo. Sólo cuando un hombre se encuentra frente a tales horrores puede comprender su sentido más real.

Los lobos comenzaron a aullar todos al mismo tiempo, como si fueran presa de algún conjuro que la luna hiciera sobre ellos. Los caballos saltaban encabritados, mirando con indefención a su alrededor, los ojos girando de un modo que provocaba pena. Sin embargo, el círculo vivo del horror los encerraba a cada lado y se vieron forzados a permanecer dentro de él. Llamé al cochero, ya que me tenía la suposición de que nuestra única alternativa era intentar abrinos paso a través del círculo y hacer que regresara. Grité y golpeé a un lado del carruaje, esperando que el ruido asustara a los lobos de ese lado. Mi idea era que el cochero tuviera una oportunidad de alcanzar el carruaje. Ignoro cómo llegó, pero escuché su voz alzarse de manera imperativa, y mirando hacia el sitio de donde provenía el sonido, lo vi parado en el camino. Ni bien batió sus largos brazos, como si apartara algún obstáculo imposible de tocar, los lobos comenzaron a retroceder cada vez un poco más. En ese preciso momento, una nube densa cubrió la cara de la luna y volvimos a quedar inmersos en la oscuridad.

Una vez que pude recuperar la visión, el conductor subía al carruaje y no había rastros de los lobos. Todo era tan raro y lleno de misterio, que el temor se apoderó de mí y me vi imposibilitado de hablar o moverme. El tiempo parecía no tener final a medida que nos abríamos paso en una oscuridad que ahora era casi total, ya que las nubes oscurecían la luna. Continuamos ascendiendo, con ocasionales períodos de descenso rápido, pero casi siempre en ascenso. De pronto, tomé conciencia de que el conductor detenía a los caballos en el patio interior de un enorme castillo deteriorado, en cuyas ventanas negras no se vislumbraba ni un atisbo de luz, y cuyas murallas desvencijadas daban forma a una línea dentada que se recortaba en el cielo iluminado por la luna.

II

Del diario de Jonathan Harker (continuación)

5 de mayo. Debo haber dormido. De otro modo, si realmente hubiese estado despierto, habría notado que nos aproximábamos a un lugar tan extraordinario. Apenas iluminado en la noche, el patio interior parecía tener un tamaño considerable, y daba la ilusión de ser aun más grande a causa de los múltiples caminos oscuros que partían desde él bajo grandes arcos redondos. Todavía no tuve la oportunidad de verlo a la luz del día.

Cuando el carruaje se detuvo, el conductor bajó de él y extendió su mano para ayudarme a descender. Otra vez pude comprobar su prodigiosa fuerza. Su mano prácticamente parecía una prensa de acero que hubiera podido estrujar la mía si así lo hubiese deseado. Luego, bajó mis cosas y las ubicó en el suelo a mi lado. Yo me encontraba de pie junto a una puerta enorme, vieja y tachonada con grandes clavos de hierro, ubicada en una entrada de piedra maciza. A pesar de la poca luz, pude ver que la piedra estaba esculpida en su totalidad, pero que el trabajo se había desgastado a causa del paso del tiempo y los fenómenos climáticos. Mientras yo permanecía en pie, el cochero saltó otra vez a su asiento y agitó las riendas; los caballos iniciaron la marcha y desaparecieron debajo de una de aquellas negras aberturas.

Permanecí en silencio donde estaba, porque realmente no sabía qué hacer. No había señales de ninguna campana ni aldaba, y era improbable que mi voz lograra penetrar esas sólidas paredes y oscuras ventanas. Pareció infinito el tiempo de espera, mientras sentía que más dudas y miedos se apoderaban de mí. ¿A qué tipo de lugar había llegado y con qué tipo de gente? ¿Qué tipo de lúgubre aventura me tenía por protagonista? ¿Se trataba todo esto de una experiencia usual en la vida de un empleado del procurador que había sido enviado para explicar la compra de una propiedad londinense a un extranjero? ¡El empleado del procurador! A Mina le

disgustaría eso. Debía decir "procurador", pues justo antes de dejar Londres me había enterado de que mi examen había sido aprobado, de modo que ya era un procurador hecho y derecho. Froté mis ojos y me pellizqué para comprobar que de verdad estaba lúcido. Todo aquello se asemejaba a una horrible pesadilla, y hubiera querido despertar de súbito y hallarme en casa, encontrar que la madrugada se obstinaba en atravesar las ventanas, como solía sentir en las mañanas tras una jornada de trabajo intenso. Sin embargo, mi carne respondió a la prueba del pellizco y mis ojos no me estaban engañando. No había dudas de que estaba despierto y en algún lugar de los Cárpatos. Ahora, todo lo que podía hacer era armarme de paciencia y aguardar la llegada de la mañana.

En cuanto llegué a esta conclusión escuché pesados pasos que se acercaban detrás de la gran puerta, y vi a través de las hendiduras el brillo de una luz que se acercaba. Se escuchó el ruido de cadenas que golpeaban y el chirrido de pesados cerrojos que se corrían. Una llave giró haciendo el conocido ruido producido por el largo desuso, y la inmensa puerta se abrió hacia adentro. En ella apareció un hombre alto, ya viejo, nítidamente afeitado, a excepción de un largo bigote blanco, y vestido de negro de la cabeza a los pies, sin ninguna mancha de color en ninguna parte. Tenía en la mano una antigua lámpara de plata, en la cual la llama se quemaba sin globo ni protección de ninguna clase, lanzando largas y ondulosas sombras al fluctuar por la corriente de la puerta abierta. El anciano me hizo un ademán con su mano derecha, haciendo un gesto cortés y hablando en excelente inglés, aunque con una entonación extraña:

–¡Bienvenido a mi casa! Entre libremente y por propia voluntad.

No llevó a cabo ningún tipo de movimiento para acercarse a mí, sino que permaneció parado como una estatua, como si aquel gesto de bienvenida hubiera sido cincelado en la piedra. Sin embargo, apenas traspuse el umbral, se movió hacia delante con un impulso, extendió su mano, y estrechó la mía con una fuerza que me hizo retroceder. La impresión que me causó fue realzada por el frío de su piel; esa mano era más parecida a la mano de un muerto que a la de un hombre vivo. Una vez más, dijo:

–Bienvenido a mi casa. Venga libremente. Váyase a salvo. ¡Y por favor deje algo de su alegría!

La fuerza del apretón de manos tenía las mismas características a la que yo había percibido en el cochero, cuyo rostro no había visto, de modo que por un instante dudé si no estaría hablando con la misma persona. Para estar seguro, pregunté:

–¿El conde Drácula?

El anciano hizo una cortés reverencia para responderme:

–Soy Drácula. Y le doy la bienvenida, señor Harker, a mi casa. Pase usted, el aire de la noche está helado, y estoy seguro de que necesitar comer y descansar.

Mientras hablaba, puso la lámpara en un soporte en la pared. Salió para tomar mi equipaje. Antes de que yo pudiera impedirlo, ya lo había cargado. Ante mi protesta, dijo:

–Usted es mi huésped, señor. Es tarde y mis criados no están disponibles. Permítame que me ocupe personalmente de su comodidad.

Insistió en llevar mis pertenencias a lo largo del corredor; luego subió por una gran escalera de caracol y a lo largo de otro corredor de grandes dimensiones, en cuyo piso de piedra sonaban pesadamente nuestros pasos. Cuando llegamos al final del corredor, abrió con ímpetu una pesada puerta. Fue un placer encontrarme ante una habitación bien iluminada en la que había preparada una mesa para la cena, y en cuyo poderoso hogar flameaba y se enardecía un espeso fuego de leña.

El conde se detuvo, puso mis maletas en el suelo, cerró la puerta y, cruzando el cuarto, abrió otra puerta que daba a un pequeño cuarto octogonal alumbrado con una simple lámpara, y que a primera vista no parecía tener ninguna ventana. Pasando a través de éste, abrió todavía otra puerta y me hizo señas para que pasara. Era una vista agradable, pues allí había un gran dormitorio muy bien alumbrado y calentado con el fuego de otro hogar. Daba la sensación de que recién había sido encendido; los leños de encima todavía estaban frescos y enviaban un hueco chisporroteo a través de la amplia chimenea. El propio conde dejó mi equipaje adentro y se retiró. Antes de cerrar la puerta, dijo:

–Después de su viaje, necesitará refrescarse un poco y arreglar sus cosas. Espero que encuentre todo lo que desee. Cuando termine venga al otro cuarto, donde encontrará su cena preparada.

La luz y el calor de la cortés bienvenida que me dispensó el conde parecieron disipar todas mis antiguas dudas y temores. Entonces, habiendo alcanzado nuevamente mi estado normal, descubrí que estaba medio muerto de hambre, así es que me arreglé lo más rápidamente posible y entré en la otra habitación.

Encontré que la cena ya estaba servida. Mi anfitrión estaba en pie al lado del fuego, reclinado contra la chimenea de piedra; hizo un gracioso movimiento con la mano, señalando la mesa, y dijo:

–Le ruego que se siente y cene como mejor le plazca. Usted disculpará que no lo acompañe. Yo ya cené. Además, por lo general no lo hago.

Le entregué la carta sellada que el señor Hawkins me había encomendado. La abrió y comenzó a leer con gesto grave; enseguida, con una encantadora sonrisa, me la entregó para que la leyera. Hubo un párrafo que me causó verdadero placer:

"Lamento mucho que un ataque de gota, enfermedad de la que sufro de manera crónica, me vuelva imposible llevar a cabo cualquier viaje por algún tiempo. Sin embargo, tengo la satisfacción de decirle que puedo enviar un sustituto eficiente, en quien tengo depositada toda mi confianza. Es un hombre joven, lleno de energía y talentoso. Además, es un hombre leal. Es discreto y silencioso, y se ha transformado en un hombre a mi servicio. Estará listo para atender sus inquietudes cuando usted lo necesite a lo largo de su estadía, y seguirá sus instrucciones en los asuntos que usted considere necesarios".

El conde se adelantó y quitó la tapa de un plato. No esperé para atacar un sabroso pollo asado. Acompañé el plato principal con algo de queso y una ensalada, más una botella de viejo Tokay del que bebí dos vasos. Ésa fue mi cena. Mientras comía, el conde me hizo muchas preguntas en relación a mi viaje, y le narré por partes mis últimas vivencias.

A esta altura, había terminado mi cena. Por voluntad de mi anfitrión, había llevado una silla junto al hogar y fumaba un cigarro

que él me había ofrecido, excusándose al mismo tiempo por no fumar. Pude observalo en detalle; lo encontré de rasgos muy marcados.

Su cara era fuerte, muy fuerte, aguileña, con un puente muy marcado sobre la fina nariz y las ventanas de ella peculiarmente arqueadas; con una frente alta y despejada, y el pelo gris que le crecía escasamente alrededor de las sienes, pero profusamente en otras partes. Sus cejas eran muy espesas, casi se encontraban en el entrecejo, y con un pelo tan abundante que parecía encresparse por su misma profusión. La boca, por lo que podía ver de ella bajo el tupido bigote, era fina y tenía una apariencia más bien cruel, con unos dientes blancos peculiarmente agudos; éstos sobresalían sobre los labios, cuya notable rudeza mostraba una singular vitalidad en un hombre de su edad. En cuanto a lo demás, sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas en la parte superior; el mentón era amplio y fuerte, y las mejillas firmes, aunque delgadas. La piel era de una palidez extraordinaria.

Mientras lo observaba presté atención al dorso de sus manos que reposaban sobre sus rodillas a la luz del fuego. Me habían parecido bastante blancas y finas, pero al verlas ahora más de cerca, resultó imposible soslayar que eran bastante toscas, anchas, con dedos rechonchos. Aunque resultara fuera de lo común, había pelos en el centro de sus palmas. Tenía uñas largas y finas, que terminaban en una filosa punta. Cuando el conde se inclinó hacia mí y me tocó con sus manos, no pude reprimir un escalofrío. Era posible que fuera a causa de su hediondo aliento, pero fui presa de intensas náuseas que, por más que lo intenté, fui incapaz de ocultar. El conde se dio cuenta de lo que me sucedía y retrocedió. Abriendo la boca en una especie de sonrisa lúgubre, que dejaba ver sus dientes protuberantes más de lo que hasta ahora lo había hecho, se sentó de nuevo en su lugar, junto al fuego. Por un instante nos quedamos callados. Como yo miraba hacia la ventana, vi el primer débil brillo de la aurora que se aproximaba. Parecía reinar una calma extraña sobre todas las cosas; pero, al prestar atención, escuché que desde el bosque nos llegaba el aullido de los lobos. Los ojos del conde brillaron.

– Escúchelos –dijo–, los hijos de la noche. ¡Qué música hacen!

Al ver mi reacción en un gesto que, supongo, habrá resultado extraño, agregó:

–¡Ah!, señor, sucede que ustedes, quienes viven en la ciudad, no pueden penetrar en los sentimientos del cazador.

Luego se levantó y dijo:

–Pero usted debe estar cansado. Su dormitorio está listo. Mañana puede dormir hasta la hora que desee. Debo salir hasta el atardecer; así que duerma bien y sueñe bien.

Hizo una cortés reverencia, abrió la puerta de la habitación octogonal y me dio paso a mi dormitorio.

Estoy desconcertado. Dudo. Temo. Tengo extraños pensamientos que no me atrevería a confesar ni a mi propia alma. ¡Que Dios me proteja, aunque sea sólo por amor a mis seres queridos!

7 de mayo. Otra vez es temprano en la mañana, pero descansé y disfruté de las últimas veinticuatro horas. Dormí hasta tarde en el día, y me levanté por propia voluntad. Una vez vestido, entré en la habitación en la que había cenado; encontré un desayuno frío, con café que se había mantenido caliente porque el recipiente estaba sobre la hornalla. Había una tarjeta sobre la mesa; decía: "Debo ausentarme por un tiempo. No me espere".

Me senté y disfruté de una buena comida. Cuando terminé, busqué una campanilla para que los sirvientes supieran que había terminado, pero no encontré ninguna. Es curioso, pero en la casa hay extrañas deficiencias, sobre todo teniendo en cuenta las extraordinarias muestras de opulencias que me rodean. El servicio de la mesa es de oro y labrado de tal manera que su valor debe ser enorme. Las cortinas y los forros de sillas y sofás, así como los cobertores de mi cama, están confeccionados con los géneros más bellos y costosos; deben haber tenido un valor extraordinario cuando fueron hechos, ya que tienen cientos de años, aunque se encuentran en impecable estado. Vi algo similar en Hampton Court, pero los de allí estaban usados y rasgados, y las polillas habían hecho estragos en ellos. Sin embargo, no he podido encontrar un espejo en ningún cuarto. Ni siquiera hay un espejo de mano en mi mesa, de modo

que para poder afeitarme o peinarme tuve que utilizar el espejo pequeño que llevo en la maleta. Tampoco he visto a ningún sirviente, por ningún lado, ni he escuchado ningún otro ruido cerca del castillo, excepto el aullido de los lobos. Poco tiempo después de terminar mi comida (no sé si llamarla "desayuno" o "cena", pues la tomé entre las cinco y las seis de la tarde) busqué algo para leer, pero no quise deambular por el castillo antes de pedir permiso al conde. En el cuarto fue imposible encontrar algo; no había libros, ni periódicos, ni nada impreso, de modo que abrí otra puerta del cuarto y descubrí una especie de biblioteca. Traté de abrir la puerta opuesta a la mía, pero estaba cerrada con llave.

Para mi enorme satisfacción, en la biblioteca encontré un vasto número de libros en inglés que cubrían los estantes, así como volúmenes de periódicos y revistas encuadernados. Una mesa en el centro estaba llena de revistas y periódicos ingleses, aunque ninguno de ellos era de fecha muy reciente. Los libros eran de las más variadas clases: historia, geografía, política, economía política, botánica, biología, derecho, y todos refiriéndose a Inglaterra y a la vida y costumbres inglesas. Hasta había libros de referencia tales como el directorio de Londres, los libros "Rojo" y "Azul", el almanaque de Whitaker, los catálogos del Ejército y la Marina… Sentí una gran alegría al ver, entre todos esos libros, el catálogo de Leyes.

Mientras miraba los libros, la puerta se abrió. El conde entró, me saludó con cordialidad y deseó que yo hubiera tenido un buen descanso por la noche. Luego dijo:

–Me alegro de que haya encontrado su camino hasta este lugar; estoy seguro de que muchos de estos libros le resultarán interesantes. Estos amigos –y apoyó su mano sobre algunos libros– han sido buenos amigos para mí, y desde hace algunos años, desde que tuve la idea de ir a Londres, me han dado muchas, muchas horas de placer. A través de ellos llegué a conocer a su gran Inglaterra; y conocerla es amarla. Siento deseos de recorrer las bulliciosas calles de su poderosa Londres, estar en el medio del remolino y el tropel de la humanidad, compartir su vida, su cambio, su muerte, y todo lo que la hace ser lo que es. Pero, ¡ay! hasta

ahora sólo conozco su lengua a través de libros. ¿Qué opina usted, mi amigo? ¿Sé hablarla?

–¡Conde! –dije–, ¡usted conoce y habla el inglés a la perfección!

Se inclinó con gesto serio.

–Le agradezco, mi amigo, su buena voluntad, pero temo que he andado muy poco por el camino por el que viajaré. En verdad, conozco la gramática y las palabras, pero todavía no sé cómo hablar bien.

–En verdad –dije– usted habla de manera excelente.

–No crea –respondió él–. Es decir, sé que si me desenvolviera y hablara en su Londres, todos allí me tomarían por extranjero. Eso no es suficiente para mí. Aquí soy un noble, soy un *boyar*; la gente común me conoce y yo soy su señor. Pero un extranjero en una tierra extranjera, no es nadie; los hombres no lo conocen, y no conocer es no importar. Yo estoy contento si soy como el resto, de modo que ningún hombre me pare si me ve, o haga una pausa en sus palabras al escuchar mi voz, diciendo: "Ja, ja, ¡un extranjero!". He sido durante tanto tiempo un señor que seré todavía un señor, o por lo menos nadie prevalecerá sobre mí. Usted no viene a mí sólo como agente de mi amigo Peter Hawkins, de Exeter, a darme los detalles acerca de mi nueva propiedad en Londres. Tengo la esperanza de que usted se quede conmigo algún tiempo, para que mediante muestras conversaciones yo pueda aprender el acento inglés; y me gustaría mucho que usted me dijese cuando cometo un error, aunque sea el más pequeño, al hablar. Lamento mucho haber tenido que ausentarme durante tanto tiempo durante el día de hoy, pero espero que usted perdone a alguien que tiene tantas cosas importantes en la mano.

Por supuesto, dije todo lo necesario sobre tener buena predisposición, y pregunté si podía entrar en ese cuarto cuando lo deseara.

Respondió:

–Sí, desde luego –y agregó–: Puede ir a cualquier parte del castillo que usted desee, excepto a aquellos cuartos cuyas puertas se encuentren con llave. Le aseguro que allí no querrá ir. Hay una razón

por la cual las cosas son como son, y si usted viera con mis ojos y supiera con mi conocimiento, tal vez lo entendería mejor.

Dije que estaba seguro de ello, y luego continuó:

–Estamos en Transilvania, y Transilvania no es Inglaterra. Nuestras maneras no son sus maneras, y encontrará usted muchas cosas que le resultarán extrañas. De hecho, por lo que usted ya me ha narrado sobre sus recientes experiencias, sabe algo de las cosas extrañas que puede haber por estos lugares.

Esto condujo a mucha conversación. Y como era evidente que él quería hablar, aunque fuera sólo por amor a la charla, le hice muchas preguntas en relación con cosas que me habían acontecido o de las que había tomado nota. Algunas veces, esquivó el asunto, o desvió la conversación pretendiendo no entender, pero en general, contestó con franqueza a todo lo que le pregunté. Entonces, a medida que el tiempo pasaba, y yo iba teniendo más confianza, le pregunté acerca de algunas de las cosas extrañas de la noche precedente, como, por ejemplo, por qué el cochero fue a los sitios en los que había visto las llamas azules. ¿Era realmente cierto que mostraban dónde había oro oculto? Entonces, me explicó que se creía comúnmente que en cierta noche del año –la noche pasada, de hecho, cuando todos los espíritus del mal se supone que tienen plenos poderes– una llama azul se ve sobre cualquier lugar en el que haya sido escondido un tesoro.

–No hay duda de que aquel tesoro fue enterrado en la región a través de la cual usted pasó anoche –dijo–. Fue la tierra en donde los valacos, los sajones y los turcos combatieron durante siglos. En verdad, es difícil que exista un pie cuadrado de tierra en toda esta región que no haya sido enriquecido por la sangre de los hombres, patriotas o invasores. En los viejos tiempos hubo momentos agitados, cuando los austríacos y los húngaros llegaban en hordas, y los patriotas iban a enfrentarlos (hombres y mujeres, los viejos y los niños también) y esperaban su llegada en las rocas, sobre los desfiladeros, para lanzar la destrucción sobre ellos, con sus avalanchas artificiales. Cuando el invasor triunfaba, encontraba un botín muy pequeño, ya que todo lo que tenían había sido escondido en la tierra amable.

–¿Pero cómo es posible –dije– que haya permanecido tanto tiempo sin ser descubierto, cuando existe una señal tan certera de él, si el hombre sólo debe tomarse el trabajo de mirar?

El conde sonrió, y al correrse sus labios hacia atrás sobre sus encías, los caninos, largos y agudos, se mostraron insólitamente. Respondió:

–¡Porque el campesino es en el fondo de su corazón cobarde e imbécil! Esas llamas sólo aparecen en una noche; y en esa noche ningún hombre de esta tierra, si puede evitarlo, se atreve siquiera a espiar por su puerta. Y, mi querido señor, aunque lo hiciera, no sabría qué hacer. Le aseguro que ni siquiera el campesino que usted me dijo que marcó los lugares de la llama sabrá dónde buscar durante el día, por el trabajo que hizo esa noche. Hasta usted, me atrevo a afirmar, no sería capaz de encontrar esos lugares otra vez. ¿No es cierto?

–Sí, es verdad –respondí–. No tengo ni la más remota idea de dónde podría buscarlos.

Luego pasamos a otros temas.

–Vamos –me dijo al final–, cuénteme de Londres y de la casa que ha comprado a mi nombre.

Me disculpé por mi olvido y fui a mi cuarto a sacar los papeles de mi portafolios. Mientras los estaba colocando en orden, escuché un tintineo de porcelana y plata en el otro cuarto. Cuando volví, noté que habían arreglado la mesa y encendido la lámpara, pues para entonces ya era bastante tarde. También en el estudio estaban encendidas las lámparas. Encontré al conde en el sofá; de todas las cosas en el mundo, leía una Guía Inglesa de Bradshaw. Cuando entré, quitó los libros y papeles de la mesa; entonces comencé a explicarle los planos, los hechos y los números. Se mostró muy interesado por todo y me hizo múltiples preguntas relacionadas con el lugar y sus alrededores. Era evidente que se había ocupado de estudiar con antelación todo lo que podía esperar en cuanto al tema de su vecindario, pues resultó conocer mucho más que yo. Cuando le señalé ese detalle, respondió:

–Bueno, mi amigo, ¿no es necesario que sea así? Cuando viaje, estaré solo y mi amigo Harker Jonathan (no, sepa disculparme, caigo

en el hábito de mi país de ubicar el patronímico en primer lugar), mi amigo Jonathan Harker no estará a mi lado para corregirme y ayudarme. Estará en Exeter, a kilómetros de distancia, de seguro ocupado con los papeles de la ley de mi otro amigo, Peter Hawkins, ¿no es así?

Nos dedicamos por completo al negocio de la compra de la propiedad en Purfleet. Cuando le terminé de explicar los hechos y el conde firmó los papeles necesarios, y luego de que incluyera una carta con ellos para el señor Hawkins, quiso saber cómo había conseguido un lugar tan adecuado. Le leí las notas que había hecho en ese tiempo y que transcribo aquí:

—"En Purfleet, junto a la carretera, encontré un lugar que parece ser el indicado, y donde había un aviso anunciando que el sitio se encontraba en venta. Está rodeado por una pared alta, de estructura añeja, construida con piedras pesadas, y no ha sido reparado durante un largo número de años. Los portones cerrados son de pesado roble viejo y hierro, todo carcomido por el moho. La propiedad se llama Carfax, sin duda una corrupción del antiguo *Quatre Face*, ya que la casa tiene cuatro lados, de acuerdo con los puntos cardinales de la brújula. En total consta de unos veinte acres, completamente rodeados por la sólida pared de piedra arriba mencionada. Hay muchos árboles en ella, que la hacen lóbrega en parte, y hay una poza o un lago pequeño, profundo, de apariencia oscura, evidentemente alimentado por algunas fuentes, ya que el agua es clara y fluye en una corriente de buen tamaño. La casa es muy grande y de un período muy lejano, diría que de tiempos medievales, ya que una parte es de piedra inmensamente gruesa, con sólo unas pocas ventanas en lo alto y pesadamente abarrotadas con hierro. Parece parte de una torre, y está cerca de una vieja capilla o iglesia. No puede entrar, ya que no tenía la llave de la puerta que a ella me conducía desde la casa, pero he tomado vistas con mi Kodak, desde varios puntos. La casa ha sido agregada a ella, pero de una manera muy extraña, y sólo puedo adivinar la cantidad de tierra que cubre, que debe ser muy grande. Hay muy pocas casas cerca, una de ellas muy grande, recientemente ampliada y

convertida en un asilo privado para lunáticos. No de todos modos, no se ve desde las tierras".

Cuando terminé de leer, el conde dijo:

–Me alegro de que sea vieja y grande. Yo mismo pertenezco a una antigua familia, y vivir en una casa nueva me mataría. Una casa no puede hacerse habitable en un día; y, después de todo, qué poca cantidad de días se necesita para hacer un siglo. Me regocija que haya una capilla de tiempos remotos. Nosotros, los nobles transilvanos, no queremos pensar que nuestros huesos estarán entre los de los muertos comunes. No busco la alegría ni el júbilo, tampoco la brillante voluptuosidad de los rayos del sol y las aguas cente-lleantes que placen a los jóvenes y los festivos. Ya no soy joven. Y mi corazón, a través de los pesados años de estar de duelo por los muertos, no está dispuesto para el júbilo. Es más, las paredes de mi castillo están rotas; las sombras son muchas, y el viento respira frío a través de las murallas y casamatas rotas. Amo la oscuridad y la sombra, y estar a solas con mis pensamientos, cuando puedo.

De alguna forma, parecía que sus palabras no estaban de acuerdo con su rostro, o quizá era que la expresión de su cara hacía parecer maligna a su sonrisa.

De inmediato se disculpó, se levantó y me pidió que recogiera mis papeles. A los pocos minutos de su ausencia, comencé a hojear algunos de los libros que tenía más cerca. Uno era un atlas que, como era de esperar, estaba abierto en Inglaterra; parecía que el mapa hubiese sido muy usado. Cuando lo miré con más detalle, descubrí ciertos lugares marcados con pequeños anillos; uno estaba cerca de Londres, en el lado este, donde su nueva propiedad estaba situada. Los otros dos eran Exeter y Whitby, en la costa de Yorkshire.

Transcurrió aproximadamente una hora antes de que el conde regresara.

–¡Ahá! –dijo–, ¿aún con sus libros? ¡Bien! Aunque no debe usted trabajar todo el tiempo. Venga, me informan que su cena está servida.

Me tomó del brazo y entramos en la habitación contigua; sobre la mesa encontré una apetitosa cena. El conde se excusó nuevamente, dijo que ya había comido mientras estuvo fuera. Se sentó como la noche anterior y hablaba mientras yo comía. Luego de la cena y del mismo modo que sucedió en la noche pasada, fumé mientras el conde permanecía a mi lado, conversando y haciendo preguntas sobre cualquier asunto que fuera posible pensar, hora tras hora. Si bien tuve la sensación de que se estaba haciendo demasiado tarde, no dije nada; me sentía en la obligación de satisfacer los deseos de mi anfitrión de cualquier manera. No tenía sueño, ya que el sueño de ayer me había fortificado, pero no pude evitar experimentar ese escalofrío que se apodera de uno al llegar la aurora, que bien puede ser lo que para el océano es el cambio de las mareas. Se dice que las personas que agonizan por lo general mueren con el cambio de la aurora o el de la marea; cualquiera que, estando cansado y atado a su puesto, haya experimentado este cambio en la atmósfera, puede creerlo perfectamente. De pronto, escuchamos el canto de un gallo que, con estridencia sobrenatural, atravesaba el claro aire matinal. Incorporándose con un salto, el conde dijo:

–¡Es la mañana otra vez! ¡Qué poco amable soy reteniéndolo hasta tan tarde! Debería usted ser menos interesante en sus relatos sobre mi querido nuevo país de Inglaterra, para que yo no olvide cómo vuela el tiempo entre nosotros.

Con una cortés reverencia, salió del cuarto.

Entré en mi propia habitación y corrí las cortinas. Mi ventana daba al patio interior, así que había poco para ver excepto el cálido gris del cielo despejado. De modo que volví a correr las cortinas, y me dispuse a escribir sobre este día.

8 de mayo. Cuando comencé a escribir este libro temí que me estuviese explayando demasiado; pero ahora me complace haber entrado en detalle desde un principio, pues hay algo tan extraño acerca de este lugar y de todas las cosas que suceden, que no puedo sino sentirme inquieto. Desearía estar lejos de aquí, o jamás haber venido. Puede ser que esta extraña existencia de noche me esté afectando… ¡Cómo desearía que eso fuese todo! Si hubiese

alguien con quien pudiera hablar, creo que lo soportaría. El problema es que no hay nadie. Sólo el conde está aquí para hablar, ¡y él...! Temo ser la única alma viviente el lugar. Permítaseme ser prosaico tanto como los hechos lo sean; me ayudará esto mucho a soportar la situación; y la imaginación no debe corromperse conmigo. Si lo hace, estoy perdido. Digamos de una vez por todas en qué situación me encuentro, o parezco encontrarme. Sólo dormí unas pocas horas cuando me acosté, y sintiendo que no podría dormir más, me levanté. Había colgado mi espejo de afeitar en la ventana, y estaba comenzando a afeitarme. De pronto, sentí una mano en el hombro, y escuché la voz del conde que decía:

–Buen día.

Me sobresalté, ya que a pesar de que el reflejo del espejo cubría toda la habitación detrás de mí, no lo había visto. A causa del sobresalto, me había cortado ligeramente, pero no lo noté en el momento. Habiendo respondido al saludo del conde, me volví hacia el espejo para ver cómo me había equivocado. Esta vez no podía haber error alguno: el hombre estaba cerca de mí, y podía verlo por sobre mi hombro. Sin embargo, su reflejo no aparecía en el espejo. Detrás de mí, el cuarto entero se veía desplegado, pero no había señales de un hombre en él, a excepción de mí. Me resultó espantoso. Sumado a otras tantas cosas extrañas, comenzaba a incrementarse aquella débil sensación de intranquilidad que se apodera de mí cada vez que el conde se acerca. En aquel instante vi que el corte había sangrado un poco, y la sangre estaba goteando sobre mi barbilla. Apoyé la navaja, y me di vuelta para buscar algún emplasto adhesivo. Cuando el conde vio mi rostro, sus ojos brillaron con una especie de furia demoníaca, y con un movimiento brusco se abalanzó sobre mi garganta. Me aparté, y su mano tocó el collar del rosario que sostenía el crucifijo. De modo inmediato hubo un cambio en él, ya que la furia desapareció con tanta rapidez que pareció no haber existido jamás.

–Tenga cuidado de no cortarse –dijo– En este país, resulta más peligroso de lo que usted cree.

Luego, mirando el espejo, dijo:

–Y ésta es la maldita cosa que ha hecho la diablura. Es una loca baratija de la vanidad del hombre. ¡Fuera con ella!

El conde abrió la pesada ventana con un tirón de su mano y arrojó el espejo, que se quebró en cientos de pedazos sobre las piedras del patio interior. Luego salió sin decir palabra. Esto ciertamente es un problema, ya que ignoro cómo voy a afeitarme, a menos que utilice la caja de mi reloj o el fondo de mi pote de afeitar que, por fortuna, es de metal.

Cuando entré al comedor, el desayuno estaba preparado. No pude encontrar al conde por ningún lugar, de modo que desayuné solo. Es extraño que hasta ahora todavía no he visto al conde comer o beber. ¡Debe ser un hombre muy peculiar! Después del desayuno hice una pequeña exploración en el castillo. Subí por las gradas y encontré un cuarto que miraba hacia el Sur. La vista era magnífica, y desde donde yo me encontraba tenía toda la oportunidad para apreciarla. El castillo se encuentra al mismo borde de un terrible precipicio. ¡Una piedra cayendo desde la ventana puede descender mil pies sin tocar nada! Tan lejos como el ojo alcanza a divisar, solo se ve un mar de verdes copas de árboles, con alguna grieta ocasional donde hay un abismo. Aquí y allí se ven hilos de plata de los ríos que pasan por profundos desfiladeros a través del bosque.

Sin embargo no estoy con ánimo para describir tanta belleza, pues luego de contemplar la vista exploré un poco más; por todos lados había puertas, puertas y más puertas, todas cerradas y con llave. No existe ninguna abertura, a excepción de las ventanas en las paredes del castillo, por la cual sea posible salir.

¡El castillo es en realidad una prisión, y yo soy su prisionero!

III

Del diario de Jonathan Harker (continuación)

Cuando tomé conciencia de que era un prisionero, una especie de sensación salvaje se apoderó de mí. Corrí arriba y abajo por las escaleras, empujando cada puerta y mirando a través de cada ventana que encontraba. Después de un rato, la convicción de mi impotencia se sobrepuso a todos mis otros sentimientos. Ahora, después de unas horas, cuando reflexiono sobre mi comportamiento tengo la sensación de que debo haber estado loco, pues me comporté del mismo modo que lo hace una rata en la trampa. Sin embargo, cuando tuve la convicción de que nada podía hacer, me senté con tranquilidad, con tanta como jamás lo hice en mi vida, y comencé a pensar sobre lo mejor que podía hacer. Hay algo que doy por seguro: no tiene sentido que el conde sepa acerca de mis ideas. Él sabe perfectamente que estoy atrapado; y como él mismo es quien lo ha hecho, y sin dudas tiene motivos para ello, si le confieso completamente mi situación sólo tratará de engañarme. Hasta donde puedo ver, mi único plan será mantener mi conocimiento y mis miedos para mí mismo, y mis ojos abiertos. Sé que o estoy siendo engañado como un niño, por mis propios miedos, o en cambio, estoy en un apuro desesperado, y si se tratara de esto último, necesito y necesitaré todos mis sesos para salir adelante. Había llegado duramente a esta conclusión cuando escuché que la gran puerta de abajo se cerraba, y supe que el conde había regresado. No entró de inmediato en la biblioteca, así que fui cautelosamente a mi propio cuarto y lo encontré haciendo la cama. Esto era extraño, pero sólo confirmaba lo que había yo pensado todo este tiempo: que no había sirvientes en la casa. Cuando más tarde lo vi a través de la hendidura de las bisagras de la puerta tendiendo la mesa en el comedor, estuve seguro de ello, ya que si él mismo hace estos oficios minúsculos, es seguramente la prueba de que no hay nadie más que los haga. Esto me espantó; significa que, si no

hay nadie más en el castillo, debe haber sido el conde quien condujo el coche que me trajo hasta aquí. Se trata de un pensamiento terrible, ya que si es así, ¿qué significa que pudo controlar a los lobos como lo hizo, solamente levantando su mano en silencio? ¿Por qué motivo la gente en Bistritz y en el coche estaba tan preocupada por mí? ¿Qué significaba el hecho de que me dieran el crucifijo, el ajo, la rosa salvaje, la montaña de ceniza? ¡Bendita sea esa buena, buena mujer que colgara el crucifijo alrededor de mi cuello!, ya que es un alivio y una fortaleza para mí cuando lo toco. Es raro que una cosa que me enseñaron a ver de manera desfavorable y como símbolo de idolatría, se convierta en una ayuda para mí en un momento de soledad y dificultades. ¿Es que existe algo en la esencia misma de la cosa, o se trata de un *medium*, una ayuda tangible, que trae a la memoria simpatía y consuelo? Acaso alguna vez pueda examinar este asunto y tratar de decidirme. Entretanto, debo desentrañar todo lo que pueda acerca del conde Drácula, para que me ayude a entender. Esta noche tendrá que hablar de sí mismo, si llevo la conversación hacia allí. Sin embargo, debo ser muy cuidadoso; no debo permitir que sospeche.

Medianoche. He tenido una extensa conversación con el conde. Le hice una buena cantidad de preguntas acerca de la historia de Transilvania, y él respondió al tema de manera fantástica. Al referirse a hechos y personas, específicamente cuando habló de batallas, lo hizo como si hubiese estado presente en todas ellas. Esto me lo explicó posteriormente, al decir que para un *boyar* el orgullo de su casa y su nombre es su propio orgullo, que la gloria de ellos es su propia gloria, que el destino de ellos es su propio destino. Siempre que habló de su casa se refería a ella diciendo "nosotros", y casi todo el tiempo habló en plural, tal como hablan los reyes. Quisiera poder escribir con exactitud todo lo que dijo, pues resultó por completo fascinante para mí. Ante él, sentía que estaba en presencia de la historia completa del país. A medida que hablaba se incrementó su excitación, y deambulaba por la sala tirando de sus grandes bigotes blancos y sujetando todo lo que tenía en sus manos, como si fuera a ahorcarlo con su fuerza descomunal. Dijo

algo que intentaré transcribir del modo más exacto que me sea posible, ya que considero que, a su manera, en esas palabras se encuentra narrada toda la historia de su raza:

"Nosotros los escelequios tenemos el derecho de estar orgullosos. Por nuestras venas corre la sangre de muchas razas valientes que pelearon por el señorío como pelea un león. En estas tierras, en el remolino de las razas europeas, la tribu *ugric* trajo desde Islandia el espíritu luchador de Thor y Wodin, y cuyos *bersequers* desplegaron con ferocidad en las costas de Europa, sí, y también de Asia y África, hasta que los pueblos creyeron que habían llegado los hombres-lobo. Aquí también, cuando arribaron, hallaron a los hunos, cuya furia guerrera había asolado la tierra como una llama viviente, de modo que las gentes agonizantes sostenían que por sus venas corría la sangre de aquellas viejas brujas que, expulsadas de Seythia, habían copulado con los demonios en el desierto. ¡Tontos, tontos! ¿Qué demonio o qué bruja podía tener la grandeza de Atila, cuya sangre está en estas venas? –el conde levantó sus brazos–. ¿Es un prodigio que fuéramos una raza conquistadora, que estuviéramos orgullosos, que cuando los magiares, los lombardos, los avares, los búlgaros, o los turcos llovieron por miles sobre nuestras fronteras, los desplazáramos? ¿Resulta extraño que cuando Arpad y sus legiones barrieran la tierra de los húngaros, nos encontraran aquí al llegar a la frontera, que el Honfoglalas se completara allí? Y cuando la inundación húngara se desplazó hacia el Este, los escequelios fueron proclamados parientes por los victoriosos magiares, y se nos confió el cuidado de la frontera con Turquía; sí, y hay más que eso, el interminable deber de guardar la frontera porque, como dicen los turcos, 'el agua duerme y el enemigo está despierto'. ¿Quién más felizmente que nosotros entre las cuatro naciones recibió la *espada ensangrentada*, o acudió con mayor presteza al llamado de guerra del rey? Cuando fue redimida la enorme vergüenza de mi nación, la vergüenza de Cassova, cuando las banderas de los valacos y los magiares cayeron bajo la creciente… ¿Quién sino Voivode, uno de mi propia raza, cruzó el Danubio y batió a los turcos en su propia tierra? Se trataba, ciertamente, de un Drácula. ¿Quién fue aquél que, cuando su propio hermano indigno había caído, vendió su gente a

los turcos y trajo la vergüenza de la esclavitud sobre ellos? ¿No fue este Drácula, en verdad, quien inspirara a aquél otro de su raza que más tarde llevó una y otra vez sus fuerzas sobre el gran río dentro de Turquía; aquél que, cuando era derrotado, volvía de nuevo, otra vez y una vez más, aunque tuviera que venir solo del campo ensangrentado, donde sus tropas estaban siendo destrozadas, porque sabía que él solo podía triunfar con el correr del tiempo? Decían que él no pensaba más que en sí mismo. ¡Bah! ¿Qué tan buenos pueden ser los campesinos sin un líder? ¿En qué lugar termina la guerra sin una mente y un corazón para conducirla? Más aún, cuando luego de la batalla de Mohacs, nos sacudimos el yugo de los húngaros, nosotros, los de la sangre Drácula, estábamos entre sus dirigentes, pues nuestro espíritu no toleraría que no fuéramos libres. ¡Ah, mi joven amigo!, los escequelios (y los Drácula, como la sangre de su corazón, su mente, y sus espadas) pueden hacer alarde de un récord que los Habsburgo y los Romanoffs, aunque crezcan como hongos, no pueden alcanzar. Los días de la guerra han quedado atrás. La sangre es una cosa demasiado preciada en estos días de paz deshonrosa, y las glorias de las grandes razas se relatan como si se tratara de cuentos".

Para entonces, era cerca de la mañana y nos fuimos a acostar. (Nota: este diario parece tan espantoso como el comienzo de las "Noches Árabes", ya que todo debe dejarse en suspenso cuando el gallo comienza a cantar, como el fantasma del padre de Hamlet).

12 de mayo. Primero me referiré a los hechos –los hechos puros–, escuetos, corroborados en los libros y en las cifras, y de los que no puede existir duda alguna. No debo confundirlos con las experiencias que se limitarán a mi propia observación o al recuerdo que tenga de ellas. La noche pasada, cuando el conde vino de su habitación, comenzó a interrogarme acerca de asuntos legales y el modo de llevar a cabo cierto tipo de negocios. Yo había pasado el día dedicado íntegramente a los libros y, con la única voluntad de mantener mi mente entretenida, estudié en detalle algunos de los asuntos que había estado examinando en la posada de Lincoln. Hay un cierto método en los interrogatorios del conde, de modo que

procuraré describirlos en una secuencia; el conocimiento puede resultarme de utilidad en algún momento, o de algún modo.

Lo primero que hizo fue preguntarme si un hombre en Inglaterra puede tener dos procuradores o más. Le dije que si deseaba podía tener una docena, pero que no sería oportuno tener más de un procurador empleado en una transacción, debido a que sólo podía actuar uno cada vez. Le expliqué que cambiar de procurador sin dudas significaría actuar en contra de su interés. Pareció comprender bien lo que le quería decir y continuó preguntándome si habría una dificultad práctica al tener un hombre atendiendo, por ejemplo, los asuntos relacionados con las finanzas, y a otro ocupándose de los embarques, en caso de que se necesitara ayuda local en un lugar lejano de la casa del procurador financiero. Le solicité que me explicara con mayor detalle, de tal manera de evitar que le diera un punto de vista equivocado. Entonces dijo:

–Le daré un ejemplo. Su amigo y el mío, el señor Peter Hawkins, desde la sombra de su bella catedral en Exeter, que está lejos de Londres, me compra a través del bueno de usted, mi lugar en Londres. ¡Bien! Ahora déjeme que le diga, con total franqueza, que a menos que usted crea extraño que yo haya solicitado los servicios de una persona bastante alejada de Londres en lugar de una residente allí, que mis motivos eran que no se sirviera ningún interés local, salvo solamente mis propios deseos. También que, como una persona residente en Londres, quizás pudiera tener algún interés para él mismo o para un amigo a quien sirve, busqué a mi agente en la campiña, cuyo trabajo sería sólo para mis intereses. Ahora, supongamos que yo, que me ocupo de muchos asuntos, deseo embarcar bienes, digamos a Newcastle, Durham, Harwich, o Dover, ¿no podría ser que fuera más fácil hacerlo, consignándolo a un procurador en estos puertos?

Le contesté que en verdad sería más fácil, pero que nosotros los procuradores teníamos un sistema de agencias de unos a otros, de manera que el trabajo local podía hacerse localmente con las instrucciones de cualquier procurador, para que el cliente, simplemente poniéndose en las manos de un hombre, lograra ver cumplidos sus deseos sin más problemas.

–Pero –dijo él–, yo podría ser libre de dirigirme a mí mismo, ¿no es así?

–Por supuesto –repliqué– y eso es lo que hacen a menudo los hombres de negocios, a quienes no les gusta que la totalidad de sus asuntos sea conocida por una sola persona.

–¡Bien! –dijo y luego continuó preguntando acerca de los medios de hacer consignaciones y las formas por las que se tenía que pasar, y de toda clase de dificultades que pudieran sobrevenir, pero de las que se pudiera estar a salvo con prevención. Le expliqué todas estas cosas con mi mejor habilidad, y ciertamente me dejó con la impresión de que se habría convertido en un magnífico procurador, ya que no había nada en lo que no pensara o que no previera. Para un hombre que nunca estuvo en el país, y que evidentemente no se ocupaba mucho de asuntos de negocios, su conocimiento y perspicacia eran maravillosos. Cuando se había quedado satisfecho con respecto a estos puntos de los que había hablado, y yo había verificado todo tan bien como había podido con los libros disponibles, se puso de pie abruptamente y dijo:

–¿Ha escrito usted desde su primera carta a nuestro amigo el señor Peter Hawkins, o a cualquier otro?

Fue con cierta amargura en mi corazón que respondí que no, ya que hasta el momento no había encontrado la oportunidad de enviar cartas a nadie.

–Pues escriba ahora, mi joven amigo –dijo, apoyando una mano pesada en mi hombro–; escriba a nuestro amigo y a cualquier otro; y diga, si le place, que usted se quedará conmigo hasta dentro de un mes, a partir de ahora.

–¿Desea usted que me quede tanto tiempo? –pregunté, pues mi corazón se heló al pensarlo.

–Lo deseo mucho. Mejor dicho, no aceptaré su negativa. Cuando su señor empleador, como quiera llamarlo, contrató a alguien que viniera en su nombre, se entendió que sólo debían consultarse mis necesidades. No he escatimado, ¿no es así?

¿Qué más podía hacer yo sino inclinarme y aceptar? Era el interés del señor Hawkins y no el mío, y yo tenía que pensar en él, no en mí. Por otro lado, mientras el conde Drácula hablaba, había en sus

ojos y en sus gestos algo que me hacía recordar que era su prisionero, y que aunque deseara no tenía ninguna oportunidad de elección. El conde vio su victoria en mi reverencia y su dominio en la angustia de mi rostro, pues de inmediato comenzó a usar ambos, pero en su propia manera suave e irresistible.

–Le ruego, mi buen joven amigo, que en sus cartas no se refiera más que a asuntos de negocios. Sin duda, sus amigos querrán saber que usted está bien y que espera con ansias regresar a su casa con ellos. ¿No es así?

Mientras hablaba, depositó en mis manos tres hojas de papel y tres sobres. Todos estaban confeccionados con el más fino correo extranjero. Al mirarlos –y luego a él, y a su sonrisa apacible de agudos dientes caninos que sobresalían de su colorado labio inferior– comprendí con la misma exactitud que si él lo hubiera dicho, que debía ser cauto con lo que escribiera, ya que él podría leerlo. Por lo tanto, decidí escribir sólo notas formales por ahora, pero escribirle completamente al señor Hawkins en secreto, y también a Mina, ya que para ella yo podía escribir en taquigrafía, lo que confundiría al conde, en caso de que lo leyera. Una vez que escribí mis dos cartas, me senté tranquilo a leer un libro mientras el conde redactaba varias notas recurriendo a algunos libros sobre su mesa mientras lo hacía. Acto seguido, recogió mis dos cartas y las colocó con las suyas; luego guardó su material de trabajo. Ni bien la puerta terminó de cerrarse tras él, me incliné y miré las cartas, que estaban boca abajo sobre la mesa. No sentí ninguna culpa en hacer esto, ya que en las circunstancias en las cuales me encontraba, sentía que debía protegerme de cualquier modo que tuviera a mi alcance.

Una de las cartas estaba dirigida a Samuel F. Billington, número 7, La Creciente, Whitby; otra a herr Leutner, Varna; la tercera era para Coutts & Co., Londres, y la cuarta para Herren Klopstock & Billreuth, banqueros, Budapest. La segunda y la cuarta no estaban cerradas. Estaba a punto de verlas cuando noté que la perilla de la puerta se movía. Me dejé caer sobre mi asiento, teniendo apenas el tiempo necesario para colocar las cartas como habían estado y para reiniciar la lectura de mi libro, antes de que el conde entrara llevando todavía

otra carta en la mano. Tomó todas las otras misivas que estaban sobre la mesa y las estampó cuidadosamente, y luego, volviéndose a mí, dijo:

–Confío en que usted me perdonará, pero tengo mucho trabajo en privado que hacer esta noche. Espero que usted encuentre todas las cosas que necesita.

Ya en la puerta se volvió, y después de un momento de pausa, dijo:

–Permítame aconsejarle, mi querido joven amigo; no, permítame advertirle con toda seriedad, que si dejara estas habitaciones, no irá por ningún motivo a dormir en ninguna otra parte del castillo. Mi castillo… hay muchas sombras en él. No duerma fuera del cuarto que voy a darle. El castillo es viejo y tiene muchas memorias, y hay malos sueños para aquellos que duermen de manera imprudente. ¡Está advertido! Si ahora o en cualquier momento el sueño se apodera de usted o parece que lo hará, entonces vaya rápidamente a su propia recámara o a estas habitaciones para descansar a salvo. Pero si no es cuidadoso en lo que a esto respecta, entonces…

Terminó su parlamento de una manera temeraria, ya que hizo un gesto con sus manos, como si estuviera lavándolas. Entendí bastante; mi única duda era si existía algo que pudiera ser más terrible que la red sobrenatural y espantosa, plena de tenebrosidad y misterio, que parecía cerrarse a mi alrededor.

Más tarde. Endoso las últimas palabras escritas, pero esta vez no cabe la posibilidad de ninguna duda. No tendré miedo de dormir en cualquier parte en que él no se encuentre. He colocado el crucifijo en la cabecera de mi cama, imagino que mi sueño estará así más libre de sueños; y allí es donde quedará.

Una vez que se hubo ido, fui a mi habitación. Después de cierto tiempo y cuando comprobé que no había más ruidos, salí y subí a las gradas de piedras desde donde podía mirar hacia el Sur. Esa enorme extensión escondía cierto sentimiento de libertad, aunque fuese imposible de acceder para mí, comparada con la estrecha oscuridad del patio interior. Al mirar hacia afuera, sentí sin ninguna duda que estaba prisionero, y me pareció que necesitaba un respiro de aire fresco, aunque fuese en la noche. Estoy comenzando a sentir que

esta existencia nocturna me está afectando. Está terminando con mis nervios. Me asusto de mi propia sombra, y estoy lleno de toda clase de terribles imaginaciones. ¡Dios sabe muy bien que hay motivos para mi terrible miedo en este maldito lugar! Miré el hermoso paisaje, bañado en la tenue luz amarilla de la luna, hasta que casi era como la luz del día. En la suave penumbra, las colinas que se encontraban a lo lejos parecían derretirse, y las sombras se perdían en los valles y hondonadas de un negro aterciopelado. La simple contemplación de esa belleza pareció alegrarme; había paz y consuelo en cada respiración que inhalaba. Al inclinarme sobre la ventana, mi ojo fue captado por algo que se movía un piso más abajo y un poco hacia mi izquierda, donde imagino, por el orden de las habitaciones, que se encontrarían las ventanas del cuarto del conde. Mi ventana era alta y profunda, ya que había sido cavada en piedra, y aunque había sido gastada por el correr de los siglos y por el las inclemencias del clima, todavía estaba completa. Era claro, sin embargo, que el marco llevaba mucho tiempo desaparecido. Me coloqué detrás del cuadro de piedras y observé con atención.

Lo que vi fue la cabeza del conde saliendo de la ventana. No vi la cara, pero lo reconocí por su cuello y el movimiento de su espalda y sus brazos. De todadas maneras, no había modo de que me equivocara con las manos, ya que en numerosas oportunidades las había podido estudiar. Al principio, estaba interesado y algo divertido, ya que resulta maravilloso cómo un asunto menor puede interesar y divertir a un hombre cuando está prisionero. Pero todos mis sentimientos se convirtieron en repulsión y terror cuando vi al hombre entero emerger con lentitud de la ventana y comenzar a arrastrase por la pared del castillo hacia aquel abismo espantoso, cabeza abajo, con su manto extendido a su alrededor como enormes alas. Al principio no podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Pensé que se trataba de algún efecto óptico dado por la luz de la luna, algún fantástico efecto de la sombra, pero seguí mirando, y no podía tratarse de una ilusión. Vi los dedos de las manos y los pies asirse a los ángulos de las piedras, desprovistas de argamasa por la tensión de los años; así, valiéndose de cada proyección y de-sigualdad, lo vi

moverse en dirección descendente a una velocidad considerable, como lo hacen las lagartijas al trepar una pared.

¿De qué clase de hombre se trata? ¿O debería decir qué clase de ser con apariencia de hombre? Me siento dominado por los horrores de este espantoso lugar. Tengo miedo, mucho miedo, de que no tenga ninguna posibilidad de escapar. Son tales los terrores que me rodean, que no me atrevo a pensar en ellos.

15 de mayo. Por segunda vez vi al conde salir como lo hacen las lagartijas. Se movió hacia abajo, hacia un lado, unos cien pies y bastante hacia la izquierda. Desapareció en algún agujero o ventana. Cuando su cabeza salió de mi vista, me incliné hacia afuera para ver más, pero fue inútil, ya que la distancia era demasiado grande como para proporcionarme un ángulo visual favorable. Sin embargo a partir de entonces supe que había abandonado el castillo, y pensé que era el momento propicio para explorar más de lo que hasta entonces me había atrevido a ver. Regresé al cuarto, y tomando una lámpara, probé todas las puertas. Todas estaban cerradas con llave, tal como lo había esperado, y las cerraduras eran nuevas en comparación con el resto del castillo. Entonces, descendí por las gradas de piedra al corredor por donde había entrado originalmente. Encontré que podía retirar los cerrojos con facilidad y destrabar las grandes cadenas, pero la puerta estaba cerrada con llave, y la llave no estaba. Debía estar en el cuarto del Conde; debo vigilar si su puerta está abierta como para obtener la llave y escapar. Continué haciendo un minucioso examen de varias escaleras y pasillos, y probando las puertas que se abrían desde ellos. Una o dos habitaciones cercanas al corredor estaban abiertas, pero no había nada que ver en ellas, excepto muebles viejos, polvorientos por los años y comidos por las polillas. Por fin, sin embargo, encontré una puerta al final de la escalera, la cual, aunque parecía estar cerrada con llave, cedió un poco a la presión. La empujé con fuerza y descubrí que en verdad no estaba cerrada con llave, sino que la resistencia provenía de que los goznes se habían caído un poco y que la pesada puerta descansaba sobre el suelo. Allí había una oportunidad que bien pudiera ser única, de tal manera que hice un

esfuerzo supremo, y después de muchos intentos la forcé hacia atrás de manera que podía entrar. Me encontraba en aquellos momentos en un ala del castillo mucho más a la derecha que los cuartos que conocía y un piso más abajo. Desde las ventanas pude ver que la serie de cuartos estaba situada a lo largo hacia el sur del castillo, con las ventanas de la última habitación viendo tanto al Este como al Sur. De ese último lado, tanto como del anterior, había un gran precipicio. El castillo estaba construido en la esquina de una gran peña, de tal manera que era casi inexpugnable en tres de sus lados, y grandes ventanas estaban colocadas aquí donde ni la onda, ni el arco, ni la culebrina podían alcanzar, siendo aseguradas así luz y comodidad, a una posición que tenía que ser resguardada. Hacia el oeste había un gran valle, y luego, levantándose allá muy lejos, una gran cadena de montañas dentadas, elevándose pico a pico, donde la piedra desnuda estaba salpicada por fresnos de montaña y abrojos, cuyas raíces se agarraban de las rendijas, hendiduras y rajaduras de las piedras. Esta era evidentemente la porción del castillo ocupada en días lejanos, ya que el mobiliario tenía más aire de comodidad que cualquiera de los que yo había visto. Las ventanas carecían de cortinas, y la amarilla luz de la luna, inundando el lugar a través de los cristales diamantinos, le permitía a uno incluso ver los colores, mientras que suavizaba la abundancia del polvo que yacía por doquier y disfrazaba, en alguna medida, los estragos del tiempo y la polilla. Mi lámpara parecía tener muy poco efecto en la brillante luz de la luna, pero yo estaba feliz de tenerla conmigo, ya que había una terrible soledad en el lugar, la que congelaba mi corazón y hacía temblar mis nervios. Aun así, era mejor que estar solo en las habitaciones que yo había llegado a odiar debido a la presencia del conde y, luego de tratar de controlar un poco mis nervios, encontré que una suave quietud se apoderaba de mí. Aquí estoy, sentado a una pequeña mesa de roble donde, en los viejos tiempos, posiblemente se sentara alguna bella dama a escribir su mal deletreada carta de amor, con muchos pensamientos y no menos rubores, y escribiendo en mi diario en taquigrafía todo lo que ha pasado desde la última vez que lo cerré. Es el siglo diecinueve, muy moderno, con furia. Y todavía, al menos que mis

sentidos me engañen, los viejos siglos tenían y tienen poderes propios que la mera "modernidad" no puede matar.

Más tarde: mañana del 16 de mayo. Dios me preserve cuerdo, pues a esto estoy reducido. Seguridad, y confianza en la seguridad, son cosas del pasado. Mientras yo viva aquí sólo hay una cosa que desear, y es que no me vuelva loco, si de hecho no estoy loco ya. Si estoy cuerdo, entonces es desde luego enloquecedor pensar que de todas las cosas podridas que se arrastran en este odioso lugar, el conde es la menos tenebrosa para mí; que sólo en él puedo yo buscar la seguridad, aunque ésta sólo sea mientras pueda servir a sus propósitos. ¡Gran Dios, Dios piadoso! Dadme la calma, pues en esa dirección indudablemente me espera la locura. Empiezo a ver nuevas luces sobre ciertas cosas que antes me tenían perplejo. Hasta ahora no sabía verdaderamente lo que quería dar a entender Shakespeare cuando hizo que Hamlet dijera: "¡Mis libretas! ¡Pronto, mis libretas! Es imprescindible que lo escriba".

Y en estos momentos, cuando siento como si mi propia mente estuviera desquiciada o como si hubiera llegado el golpe que terminará en su trastorno, me vuelvo a mi diario en busca de reposo. El hábito de anotar con esmero debe ayudar a calmarme.

La misteriosa advertencia del conde me asustó; pero más me asusta ahora cuando pienso en ella, pues posee un terrorífico poder sobre mí de miras al futuro. ¡Tendré dudas de todo lo que me diga! Una vez que hube escrito en mi diario y que hube colocado nuevamente la pluma y el libro en el bolsillo, me sentí soñoliento. Recordé inmediatamente la advertencia del conde, pero fue un placer desobedecerla. La sensación de sueño me había aletargado, y con ella la obstinación que trae el sueño como un forastero. La suave luz de la luna me calmaba, y la vasta extensión afuera me daba una sensación de libertad que me refrescaba. Hice la determinación de no regresar aquella noche a las habitaciones llenas de espantos, sino dormir aquí donde, antaño, damas se habían sentado y cantado y habían vivido dulces vidas mientras sus suaves pechos se entristecían por los hombres alejados en medio de guerras cruentas. Saqué una amplia cama de su puesto cerca de una

esquina, para poder, al acostarme, mirar el hermoso paisaje al este y al sur, y sin pensar y sin tener en cuenta el polvo, me dispuse a dormir. Supongo que debo haberme quedado dormido; así lo espero, pero temo, pues todo lo que siguió fue tan extraordinariamente real, tan real, que ahora sentado aquí a plena luz del sol de la mañana, no puedo pensar de ninguna manera que estaba dormido.

No me encontraba solo. La habitación era la misma, sin ningún tipo de cambio desde que yo entrara en ella; podía ver a lo largo del suelo, en la brillante luz de la luna, mis propias huellas marcadas en donde había perturbado la larga acumulación de polvo. Sin embargo, en la luz de la luna, opuestas a mí, había tres jóvenes mujeres, damas a juzgar por su vestimenta y sus modales. Pensé al mismo tiempo que debía estar soñando cuando las vi, ya que a pesar de que la luna estaba detrás de ellas, no arrojaban sombra sobre el suelo. Se acercaron a mí y me miraron por algún tiempo; luego murmuraron a la vez. Dos eran oscuras, y tenían altas narices aguileñas, como las del conde, y grandes ojos oscuros, penetrantes, que parecían ser casi colorados cuando contrastaban con la pálida luna amarilla. La otra era bella, tan bella como podía ser, con grandes, ondulados mechones de pelo dorado y ojos como pálidos zafiros. De alguna manera, tuve la sensación de conocer su rostro, y conocerlo en relación con algún sueño temerario, pero no podía recordar en el momento cómo o dónde. Las tres tenían brillantes dientes blancos que resplandecían como perlas contra el rubí de sus labios voluptuosos. Había algo en ellas que me inquietaba, algún temor nostálgico y al mismo tiempo mortal. Sentí en mi corazón un deseo malévolo y ardiente de que me besaran con aquellos labios rojos. No es bueno anotar esto, ya que algún día podría encontrar los ojos de Mina y le causaría dolor, pero es la verdad. Murmuraron entre sí, y luego las tres rieron con una risa plateada y musical, pero tan dura como si el sonido nunca hubiera provenido de la suavidad de labios humanos. Era como la intolerable, tintineante dulzura de vasos de agua tocados por una mano adiestrada.

La muchacha rubia sacudió su cabeza con coquetería, y las otras dos la apremiaron. Una dijo:

– ¡Ve! Tú eres la primera y nosotras te seguimos; tuyo es el derecho de comenzar.

La otra agregó:

–Él es joven y fuerte. Hay besos para todas.

Yo permanecí quieto, mirando por entre mis pestañas en la agonía de una deliciosa anticipación. La muchacha rubia avanzó y se inclinó sobre mí hasta que pude sentir el movimiento de su aliento sobre mi rostro. Era dulce en un sentido, dulce como la miel, y enviaba a través de los nervios el mismo tintineo que su voz, pero con una amargura debajo de lo dulce, una amarga ofensa, como la que uno huele en la sangre.

Tuve miedo de levantar mis párpados, pero miré y vi perfectamente debajo de las pestañas. La muchacha se arrodilló y se inclinó sobre mí, regocijándose en forma manifiesta. Había una voluptuosidad deliberada que era a la vez maravillosa y repulsiva, y en el momento en que dobló su cuello se relamió los labios como un animal, de manera que pude ver la humedad brillando en sus labios escarlata a la luz de la luna y la lengua roja cuando golpeaba sus blancos y agudos dientes. Su cabeza descendió y descendió a medida que los labios pasaron a lo largo de mi boca y mentón, y parecieron posarse sobre mi garganta. Entonces hizo una pausa y pude escuchar el agitado sonido de su lengua que lamía sus dientes y labios, y pude sentir el caliente aliento sobre mi cuello. Entonces la piel de mi garganta comenzó a hormiguear como le sucede a la carne de uno cuando la mano que le va a hacer cosquillas se acerca cada vez más y más. Pude sentir el toque suave, tembloroso, de los labios en la piel supersensitiva de mi garganta, y la fuerte presión de dos dientes agudos, simplemente tocándome y deteniéndose ahí; cerré mis ojos en un lánguido éxtasis y esperé; esperé con el corazón latiéndome con todas sus fuerzas.

Sin embargo, en aquel preciso instante, me recorrió otra sensación, tan rápida como un relámpago. Era consciente de la presencia del conde, y de que se encontraba en un estado tal como si lo envolviera una tormenta de furia. Cuando mis ojos se abrieron involuntariamente, vi su mano asir con fuerza el delicado cuello de la mujer rubia y, con la fuerza de un gigante, echarla hacia atrás, los

ojos azules transformados con la furia, los dientes blancos apretados con ira, y las pálidas mejillas encendidas por la pasión. ¡Pero el conde! Nunca imaginé tal arrebato y furia, ni en los demonios del infierno. Sus ojos de verdad ardían. La luz roja en ellos era espeluznante, como si las llamas del fuego del infierno ardieran detrás. Su rostro estaba mortalmente pálido, y sus líneas eran duras como alambres retorcidos; las gruesas cejas que se juntaban sobre la nariz ahora parecían una pesada barra de metal blanco incandescente. Con un feroz movimiento de su brazo, lanzó a la mujer lejos de sí, y luego se movió hacia las demás, como si las estuviera rechazando; era el mismo gesto imperioso que yo había visto emplear ante los lobos. En una voz que, aunque era baja y casi un susurro, parecía cortar el aire y luego resonar por todo el cuarto, exclamó:

–¿Cómo se atreven a tocarlo, sabiendo que es mío? ¿Cómo se atreven a posar sus ojos sobre él cuando yo lo había prohibido? ¡Atrás, les digo a todas! ¡Este hombre me pertenece! Cuidado con entrometerse con él, o tendrán que vérselas conmigo.

La muchacha rubia, con una risa de coquetería soez, se volvió para responderle:

–¡Tú nunca has amado; tú nunca amas!

Se le unieron las otras mujeres, y en el cuarto resonó una risa tan lúgubre, dura y desalmada que casi me desmayé al escucharla; parecía el placer de los enemigos. Entonces, el conde se volvió, luego de mirar mi cara atentamente, y dijo en un susurro suave:

–Sí, yo también puedo amar; ustedes mismas pueden decirlo desde el pasado, ¿no es así? Bien, os prometo esto: cuando termine con él, podréis besarle todo lo que se os antoje. ¡Ahora, vayan! ¡Vayan! Debo despertarlo, ya que hay trabajo que hacer.

–¿Pero y esta noche no vamos a tener para nosotras? –dijo una de ellas, con una risa grave, mientras apuntaba a la bolsa que él había arrojado al piso, y que se movía como si hubiera alguna cosa viviente dentro de ella.

Por toda respuesta, él hizo un movimiento de cabeza. Una de las mujeres saltó hacia adelante y abrió la bolsa. Si mis oídos no me engañaron, se escuchó un suspiro y un lloriqueo como el de un

bebé. Las mujeres rodearon la bolsa, mientras yo permanecía petrificado de miedo. Pero al mirar otra vez ya habían desaparecido, y con ellas la espantosa bolsa. No había ninguna puerta cerca de ellas, y no es posible que hayan pasado sobre mí sin yo haberlo notado. Pareció que simplemente se desvanecían en los rayos de la luz de la luna y salían por la ventana, pues yo pude ver afuera las formas tenues de sus sombras, un momento antes de que desaparecieran por completo.

Entonces el horror me sobrecogió, y me hundí en la inconsciencia.

IV

Del diario de Jonathan Harker (continuación)

Desperté en mi propia cama. Si es que no todo se trató de un sueño, el conde me debe de haber traído en brazos hasta aquí. Traté de explicarme el suceso, pero no pude llegar a ningún resultado claro. Para convencerme, había ciertos pequeños indicios: mi ropa estaba doblada y arreglada de manera extraña, y mi reloj estaba aún sin cuerda, y yo estoy rigurosamente acostumbrado a darle cuerda como la última tarea antes de ir a dormir; así como otros detalles por el estilo. Pero estas cosas no son prueba, pues deben haber sido evidencias de que mi mente no estaba como siempre y, por una u otra causa, yo había estado ciertamente muy trastornado. Debo observar para probar. De una cosa me alegro: si fue el conde el que me trajo hasta aquí y me desvistió, debe haberlo hecho todo deprisa, pues mis bolsillos estaban intactos. Estoy seguro de que este diario hubiera sido para él un misterio que no hubiera soportado. Lo habría tomado o destruido. Al echar una mirada a este cuarto, a pesar de que me ha dado tanto miedo, veo que es ahora una especie de santuario, ya que nada puede ser más espantoso que aquellas feas mujeres, que estaban –que están– esperando para sorber mi sangre.

18 de mayo. He bajado para ver de nuevo el cuarto a plena luz del día, porque *debo* saber la verdad. Cuando alcancé la puerta al final de la escalera, la encontré cerrada con llave. Había sido tan fuertemente empujada contra el batiente, que parte del trabajo en madera estaba astillado. Pude ver que el cerrojo no había sido corrido, pero la puerta está asegurada desde adentro. Temo que no se trató de un sueño, y debo actuar sobre esta conjetura.

19 de mayo. Con seguridad me encuentro atrapado en una red. Anoche, utilizando el más suave de los tonos, el conde me pidió que escribiera tres cartas: una diciendo que mi trabajo aquí ya casi había

terminado, y que saldría para casa dentro de unos días; otra, diciendo que salía a la mañana siguiente de que escribía la carta; y una tercera afirmando que había dejado el castillo y había llegado a Bistritz. De buena gana hubiese protestado, pero sentí que en el actual estado de las cosas sería una locura tener un altercado con el conde, debido a que me encuentro absolutamente en su poder. Negarme hubiera sido despertar sus sospechas y excitar su cólera. Él sabe que yo sé demasiado, y que no debo vivir, por miedo a ser peligroso para él; mi única salida es prolongar mis oportunidades. Algo debe ocurrir que me dé una posibilidad de escapar. Veo en sus ojos algo de aquella rabia que se manifestó cuando arrojó a la mujer rubia lejos de sí. Me explicó que el correo era escaso e incierto, y que el hecho de escribir ahora daría tranquilidad a mis amigos; y me aseguró con tanta insistencia que enviaría las últimas cartas, las que serían retenidas en Bistritz el tiempo debido en el caso de que las posibilidades admitieran que yo prolongara mi estadía, que oponérsele habría sido crear nuevas sospechas. Por lo tanto, pretendí estar de acuerdo con sus puntos de vista, y le pregunté qué fechas debía poner en las cartas. Él calculó un minuto, y luego dijo:

–La primera debe ser el 12 de junio, la segunda el 19 de junio, y la tercera el 29 de junio.

Conozco ahora la medida de mi vida. ¡Dios me ayude!

28 de mayo. Estoy ante una oportunidad para escaparme, o al menos para enviar un par de palabras a casa. Una banda de zíngaros ha venido al castillo y han acampado en el patio interior. Estos no son otra cosa que gitanos, conozco algo sobre ellos gracias a mi libro. Son propios de esta parte del mundo, aunque aliados con los gitanos ordinarios en todo el mundo. Hay miles de ellos en Hungría y Transilvania, los que se encuentran casi fuera de toda ley. Por lo general se unen a algún gran noble o *boyar*, y se llaman por su nombre. No tienen miedo ni religión, salvo supersticiones, y sólo se comunican a través de sus propias variedades de lengua.

Escribiré algunas cartas a mi casa y trataré de convencerlos de que las pongan en el correo. Ya les he hablado a través de la ventana para comenzar a conocerlos. Se quitaron los sombreros e hicieron muchas reverencias y señas, las cuales, sin embargo, no pude entender más de lo que entiendo la lengua que hablan.

He escrito las cartas. La de Mina, en taquigrafía, y simplemente le pido al señor Hawkins que se comunique con ella. A ella le he explicado mi situación, aunque omití los horrores que sólo puedo suponer. Si le mostrara lo que dice mi corazón, le daría un susto que hasta podría matarla. En caso de que las cartas no pudiesen ser despachadas, el conde no podrá conocer mi secreto ni tampoco el alcance de mis conocimientos.

He entregado las cartas; las arrojé a través de los barrotes de mi ventana con una pieza de oro, e hice las señas que pude para que las despacharan. El hombre que las tomó las apretó contra su corazón y se inclinó, y luego las puso en su gorra. No pude hacer más. Regresé sigilosamente al estudio y comencé a leer. Como el conde no llegó, he escrito aquí…

El conde ha llegado. Se sentó a mi lado, y dijo en su voz más suave mientras abría dos cartas:

–Los zíngaros me entregaron éstas, de las que, aunque no sé de dónde vienen, me ocuparé. ¡Vea!

Él debía haber mirado antes.

–Una es de usted y a mi amigo Peter Hawkins; la otra...

Entonces captó los símbolos extraños al abrir el sobre; su rostro se oscureció y sus ojos resplandecieron con malicia.

–¡La otra es una cosa vil, un ultraje a la amistad y la hospitalidad! No está firmada. ¡Bien!, entonces no puede preocuparnos.

Con calma, sostuvo la carta y el sobre en la llama de la lámpara hasta que se consumieron. Luego continuó:

–Aquí está la carta a Hawkins, la que por supuesto enviaré, ya que es suya. Sus cartas son sagradas para mí. Perdone, mi amigo, que sin saberlo rompí el sello. ¿No la ensobrará de nuevo?

Me alcanzó la carta, y con una cortés reverencia me dio un sobre limpio. Sólo pude volver a escribirlo y dárselo en silencio. Cuando salió del cuarto, pude oír que la llave giraba con suavidad. Un

minuto más tarde, me acerqué y traté de abrirla: la puerta estaba cerrada con llave.

Una hora o dos después, el conde entró tranquilamente en la habitación, su llegada me despertó, ya que me había ido a dormir al sofá. Fue muy cortés y alegre en sus modales, y viendo que yo había estado durmiendo, dijo:

–Entonces, mi amigo, ¿está cansado? Vaya a la cama. Es el descanso más seguro. No he de tener el placer de hablar esta noche, ya que tengo mucho trabajo, pero usted dormirá, lo deseo.

Pasé a mi cuarto y me fui a la cama y, extraño es decirlo, dormí sin soñar. La desesperación tiene su propio sosiego.

31 de mayo. Esta mañana, cuando desperté, pensé que sacaría algunos papeles y sobres de mi portafolios y los guardaría en mi bolsillo, de manera que pudiera escribir en caso de encontrar alguna oportunidad; pero otra vez una sorpresa me esperaba. ¡Una gran sorpresa!

No pude encontrar ni un pedazo de papel. Todo había desaparecido, junto con mis notas, mis apuntes relativos al ferrocarril y al viaje, mis credenciales. De hecho, todo lo que me pudiera ser útil una vez que yo saliera del castillo. Me senté y reflexioné unos instantes; entonces se me ocurrió una idea y me dirigí a buscar mi maleta ligera, y al guardarropa donde había colocado mis trajes.

El traje con el que había viajado había desaparecido, y también mi abrigo y mi manta; no pude encontrar rastros de ellos en ninguna parte. Esto parecía ser una nueva treta hecha con malicia…

17 de junio. Esta mañana, mientras me encontraba sentado al borde de mi cama, devanándome los sesos, escuché que desde afuera llegaban el restallido de látigos, el golpeteo y el roce de cascos de caballos sobre el sendero de piedra más allá del patio interior. Corrí a la ventana con alegría, y vi que ingresaban al patio dos grandes diligencias, cada una tirada por ocho robustos caballos. A la cabeza de cada una había un par de eslovacos vestidos con sombrero ancho, grande, cinturón tachonado con clavos, piel de oveja sucia y botas altas. En las manos llevaban, además, largas

tablas. Corrí a la puerta; quería descender e intentar alcanzarlos a través del corredor principal, en la suposición de que ese camino estaría abierto para ellos. Una vez más me encontré con un golpe: mi puerta estaba asegurada desde afuera.

Entonces corrí a la ventana y les grité. Miraron hacia arriba con expresión estúpida y me señalaron, pero en ese preciso momento salió el líder de los zíngaros y, al verlos señalar hacia mi ventana, dijo algo a lo cual respondieron con una risotada. Luego de esto, ninguno de mis esfuerzos, ningún penoso grito, ninguna súplica agonizante logró que volvieran a dirigir la vista hacia donde me encontraba. Se alejaron de modo resuelto. Las diligencias contenían grandes cajas cuadradas, con agarraderas de cuerda gruesa; estaban evidentemente vacías por la facilidad con la que los eslovacos las manejaban, y por su resonancia cuando eran movidas rudamente. Cuando estuvieron todas descargadas y agrupadas en un gran montón en una esquina del patio, los eslovacos recibieron algún dinero del zíngaro, y escupiendo sobre él para que les diera suerte, cada uno caminó con pereza a la cabeza de su caballo. Poco tiempo después, escuché que el restallido de los látigos se volvía impercetible en la lejanía.

24 de junio, después de la mañana. Anoche, el conde me abandonó temprano y se encerró con llave en su propio cuarto. Ni bien logré juntar coraje, corrí subiendo por la escalera de caracol y miré por la ventana que se abría al Sur. Pensé que debía vigilar al conde, porque algo estaba sucediendo. Los zíngaros están acuartelados en algún lugar del castillo y haciendo alguna clase de trabajo. Lo sé porque de vez en cuando escucho el ruido lejano y apagado como de picos y palas y, no importa de qué se trate, debe ser el final de alguna despiadada maldad.

Había permanecido observando por la ventana poco menos de media hora cuando vi que algo salía de la ventana del conde. Retrocedí y observé cuidadosamente, y vi salir al hombre. Fue una sorpresa para mí descubrir que se había puesto el traje que yo había usado durante mi viaje hacia este lugar, y que de su hombro colgaba la terrible bolsa que yo había visto que las mujeres se habían

llevado. ¡No podía haber duda acerca de sus propósitos, y además con mi indumentaria! De modo que es ésta, entonces, su nueva treta demoníaca: permitirá que otros me vean, de manera que por un lado quede la evidencia de que he sido visto en los pueblos o aldeas poniendo mis propias cartas al correo, y por el otro lado, que cualquier maldad que él pueda hacer sea atribuida por la gente de la localidad a mi persona. Me llena de furia pensar que esto pueda seguir, y mientras tanto estoy encerrado aquí como un verdadero prisionero, pero sin aquella protección de la ley que es aún el derecho y el consuelo de un criminal.

Pensé que podría observar el regreso del conde, y durante largo tiempo me senté con tenacidad al lado de la ventana. Entonces comencé a notar que había unas pequeñas manchas de prístina belleza flotando en los rayos de la luz de la luna. Eran como las más ínfimas partículas de polvo, y giraban en torbellinos y se agrupaban en cúmulos en forma parecida a las nebulosas. Las observé con un sentimiento de tranquilidad, y una especie de calma invadió todo mi ser. Me recliné en busca de una postura más cómoda, de manera que pudiera gozar más plenamente de aquel etéreo espectáculo.

Algo me sobresaltó, un quedo, lastimero aullido de perros en alguna parte lejana, abajo en el valle que estaba oculta a mi vista. Parecían sonar más fuerte en mis oídos y las motas flotantes de polvo, tomar nuevas formas con el sonido al danzar a la luz de la luna. Me sentí luchando por despertar a algún llamado de mis instintos; no, mi propia alma estaba luchando, y mis sentidos medio adormecidos estaban esforzándose por responder al llamado. ¡Estaba siendo hipnotizado! El polvo danzaba más y más rápido, y los rayos de la luna parecían temblar al pasar cerca de mí hacia las tinieblas que tenía detrás. Se juntaban más y más hasta que parecían tomar confusas formas fantasmales. Entonces me sobresalté, completamente despierto y en plena posesión de mis sentidos, y huí gritando del lugar. Las formas fantasmales que se iban materializando gradualmente a partir de los rayos de la luna eran aquéllas de las tres mujeres espectrales a las que yo estaba predestinado. Huí, y me sentí un poco más a salvo en mi propio

cuarto, en el que no había luz de la luna y donde la lámpara ardía radiante.

Transcurridas un par de horas, escuché algo moviéndose en el cuarto del conde, algo como un gemido agudo rápidamente reprimido; y luego hubo silencio, un silencio profundo, horroroso, que me heló. Con el corazón latiéndome con fuerza, probé la puerta, pero estaba encerrado en mi prisión, y no podía hacer nada. Me senté. Lloré.

Cuando tomé asiento, escuché un sonido en el patio exterior: era el lamento agonizante de una mujer. Corrí a la ventana, y subiéndola de golpe, escudriñé por entre los barrotes. De hecho, había una mujer con el pelo desgreñado, sosteniendo sus manos sobre su corazón como alguien angustiado por la corrida. Estaba reclinada contra una esquina del zaguán. Cuando vio mi cara en la ventana, se echó hacia adelante y gritó en una voz cargada de amenaza:

–Monstruo, ¡entrégueme a mi hijo!

Cayó de rodillas y, alzando los brazos, gritó algunas palabras en tonos que atormentaron mi corazón. Luego se arrancó el pelo y se golpeó el pecho, y se abandonó a todas las violencias de emoción extravagante. Finalmente, corrió, y, aunque yo no podía verla, podía escuchar cómo golpeaba la puerta con sus manos desnudas.

En algún lugar, bastante arriba de mí, probablemente en la torre, escuché la voz del conde llamando en su susurro duro y metálico. Su llamado pareció ser respondido desde lejos y por todos lados por los aullidos de los lobos. Antes de que hubiesen pasado muchos minutos, una manada de ellos entró, como una presa desbordada, a través de la amplia entrada del patio.

No se escucharon gritos de la mujer, y los aullidos de los lobos duraron poco tiempo. Al poco rato se retiraron de uno en uno, todavía relamiéndose los hocicos.

No sentí pena por la mujer, pues conocía lo que le había sucedido a su hijo, y era mejor que estuviese muerta. ¿Qué haré? ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo escapar de esta espantosa noche de miedo y horror?

25 de junio, por la mañana. Hasta que ha conocido el dolor por la noche, ningún hombre sabe lo dulce y querida que puede ser la mañana para su corazón y su mirada. Cuando el sol subió tan alto esta mañana hasta que chocó con la parte superior del portón opuesto a mi ventana, el punto alto que tocó fue para mí como si hubiera sido iluminado por la paloma del arca. El temor se desprendió de mí como si hubiera sido un atuendo vaporoso que se disolviera en el calor. Debo entrar en acción de alguna manera mientras el coraje del día esté conmigo. Anoche, una de mis cartas ya fechada fue al correo, la primera de esa serie fatal que terminará con cualquier rastro de mi existencia sobre la faz de la Tierra.

¡No debo pensar en eso! ¡Acción!

Ha sido siempre en horas de la noche cuando he sido molestado o amenazado, o estado de algún modo en peligro o temeroso. Todavía no he visto al conde a la luz del día. ¡Es posible que duerma mientras los otros están despiertos, y que permanezca despierto mientras los otros duermen! ¡Si tan sólo fuera capaz de entrar en su cuarto! Pero no hay modo posible. La puerta está siempre cerrada, no hay ninguna manera de hacerlo.

En realidad, existe un camino, si uno se atreve a tomarlo. ¿Por qué no puede pasar otro cuerpo por donde ha pasado el suyo? Yo mismo lo he visto arrastrarse desde su ventana, ¿por qué no imitarlo yo, y entrar por su ventana? Las posibilidades son desesperadas, pero mi necesidad es aún más desesperada. Me arriesgaré. En el peor de los casos, sólo queda la muerte. Y la muerte de un hombre no es la de un cordero, y el tenebroso Más Allá puede aún estar abierto para mí. ¡Dios me ayude en lo que me dispongo a hacer! ¡Adiós, Mina, si fallo! ¡Adiós, mi leal amigo y segundo padre! ¡Adiós todos! Una vez más… ¡Adiós, Mina!

Mismo día, más tarde. He hecho el esfuerzo. Con la ayuda de Dios, logré volver a salvo a este cuarto. Es preciso que tome nota de cada detalle en orden. Mientras mi coraje estaba fresco, fui derecho hacia la ventana en el lado sur, y de inmediato estaba afuera sobre la angosta saliente de piedra que rodea al edificio de este lado. Las piedras eran grandes y cortadas bruscamente, y la argamasa entre

ellas se había deslavado por el proceso del tiempo. Me quité las botas y me aventuré afuera de una manera desesperada. Miré hacia abajo una vez, como para asegurarme de que el rápido vistazo de la horrorosa profundidad no me vencería, pero luego quité mis ojos de allí. Conocía muy bien la dirección y la distancia de la ventana del conde y me dirigí hacia ella tan bien como pude, contemplando las oportunidades disponibles. No me sentí mareado –supongo que estaba demasiado nervioso– y el tiempo me pareció ridículamente corto hasta que me encontré parado en el antepecho de la ventana y tratando de levantar el bastidor. Sin embargo, estaba lleno de agitación cuando me escabullí y deslicé primero los pies a través de la ventana. Entonces, busqué en torno al conde, pero, con sorpresa y alegría, hice un descubrimiento. ¡Nada había en la habitación!

Apenas estaba amueblado con cosas raras, que parecían no haber sido usadas nunca; los muebles eran de un estilo algo parecido a los que había en los cuartos situados al sur, y estaban cubiertos de polvo. Busqué la llave, pero no estaba en la cerradura, y no la pude encontrar por ningún lado. Lo único que encontré fue un gran montón de oro en una esquina, oro de todas clases, en monedas romanas y británicas, austriacas y húngaras, griegas y turcas. Las monedas estaban cubiertas de una película de polvo, como si hubiesen yacido durante largo tiempo en el suelo. Ninguna de las que noté tenía menos de trescientos años. También había cadenas y adornos, algunos enjoyados, pero todos viejos y descoloridos.

En una esquina de la habitación había una pesada puerta. La probé, ya que no podía encontrar la llave del cuarto o la llave de la puerta exterior, que era el objeto principal de mi búsqueda. Era necesario que llevara a cabo un examen más exhaustivo, o todos mis esfuerzos serían vanos. Estaba abierta y daba a través de un pasillo de piedra a una escalera circular que bajaba muy empinada; descendí, poniendo mucho cuidado por donde iba, ya que las escaleras estaban oscuras, estando solamente iluminadas por agujeros en la pesada mampostería. Al final, había un pasillo oscuro, como un túnel, a través del cual venía un olor cadavérico, malsano, el olor de la tierra vieja recién revuelta. A medida que iba a través del pasillo, el olor se hizo más fuerte y pesado. Al fin, empujé una

pesada puerta que estaba entornada y me encontré en una capilla vieja y ruinosa, la que había sido evidentemente usada como un cementerio. El techo estaba agrietado, y en los lugares había gradas que conducían a bóvedas, pero el suelo había sido recientemente excavado y la tierra había sido puesta en grandes cajas de madera, manifiestamente las que transportaran los eslovacos. No había nadie en los alrededores, y yo hice un minucioso registro de cada pulgada de terreno. Bajé incluso a las bóvedas, donde la tenue luz luchaba con las sombras, aunque al hacerlo mi alma se llenó del más terrible horror. Fui a dos de éstas, pero no vi nada más que fragmentos de viejos féretros y montones de polvo; sin embargo, en la tercera hice un descubrimiento.

¡Allí, en una de las grandes cajas, de las cuales en total había cincuenta, sobre un montón de tierra recién excavada, yacía el conde! Estaba o muerto o dormido; no pude saberlo a ciencia cierta, pues sus ojos estaban abiertos y fijos, pero con la vidriosidad de la muerte, y sus mejillas tenían el calor de la vida a pesar de su palidez; además, sus labios estaban rojos como nunca. Pero no había ninguna señal de movimiento, ni pulso, ni respiración, ni el latido del corazón. Me incliné sobre él y traté de encontrar algún signo de vida, pero en vano. No podía haber yacido allí por mucho tiempo, ya que el olor de la tierra se habría ido en unas pocas horas. Al costado de la caja estaba su tapa, perforada con agujeros en varios sitios. Pensé que debía tener las llaves con él. Cuando me dispuse a buscarla, vi los ojos que, aunque estaban muertos, reflejaban una mirada de odio incluso a pesar de ser inconsciente de mí o de mi presencia. De modo que huí del lugar y abandoné la habitación del conde por la ventana; me arrastré nuevamente hacia arriba por la pared del castillo. Ya a salvo en mi propia habitación, me tiré jadeante sobre la cama y traté de pensar.

29 de junio. Hoy es la fecha de mi última carta, y el conde hizo lo necesario para demostrar que es auténtica, ya que una vez más lo vi salir del castillo por la misma ventana y vestido con mi ropa. Cuando lo vi deslizarse por la ventana, al igual que una lagartija, sentí deseos de tener un fusil o algún arma letal para poder destruirlo. De

todos modos, tengo la sensación de que ningún arma manejada solamente por la mano de un hombre pueda en verdad hacer algún efecto sobre él. No me atreví a esperar por su regreso, pues tuve miedo de encontrarme con sus diabólicas hermanas. Regresé a la biblioteca y leí hasta quedarme dormido.

Fui despertado por el conde, quien me miró de modo tan siniestro como puede mirar un hombre, cuando dijo:

–Mañana, mi amigo, debemos partir. Usted regresa a su bella Inglaterra; yo, a una tarea que puede tener tal final que nunca volvamos a encontrarnos. Su carta a casa ha sido despachada; mañana, yo no estaré aquí, pero todo estará listo para su viaje. En la mañana vienen los zíngaros, quienes tienen ciertas labores aquí, y también vienen algunos eslovacos. Cuando se hayan ido, mi carruaje vendrá por usted y lo cargará hasta el desfiladero del Borgo para dar con la diligencia de Bucovina a Bistritz. Pero tengo la esperanza de que lo volveré a ver en el Castillo Drácula.

Sospechaba de él y estaba decidido a probar su sinceridad. ¡Sinceridad! Esta palabra parece como una profanación de la palabra escribirla en conexión con tal monstruo, por lo que le pregunté abiertamente:

–¿Por qué no puedo irme esta noche?

–Porque, querido señor, mi cochero y mis caballos están fuera, en una misión.

–Pero yo caminaría con placer. Quiero irme de inmediato.

Sonrió de modo suave, cálido y diabólico, tanto que supe que había alguna trampa detrás de su suavidad.

–¿Y su equipaje? –preguntó.

–No me preocupa. Puedo enviar por él en otro momento.

El conde se puso de pie. Con una cortesía dulce que me hizo restregar los ojos –pues parecía por completo verdadera– dijo:

–Ustedes, los ingleses, tienen un dicho que atesoro en mi corazón, ya que su espíritu es el que domina a nuestros *boyards*: "Dad la bienvenida al huésped que llega; apresurad al que parte". Venga conmigo, mi joven amigo. No esperará usted una hora en mi casa contra su voluntad, aunque estoy triste de que se vaya, y de que lo desee tan pronto. ¡Venga!

Con majestuosa solemnidad, avanzó delante de mí llevando la lámpara mientras bajábamos las escaleras y a lo largo del pasillo. De pronto, se detuvo.

–¡Escuche!

El aullido de los lobos nos llegó desde cerca. Fue casi como si los aullidos brotaran al alzar él su mano, semejante a como surge la música de una gran orquesta al levantarse la batuta del director. Después de un momento de pausa, él continuó, en su manera majestuosa, hacia la puerta. Corrió los enormes cerrojos, destrabó las pesadas cadenas y comenzó a abrirla.

Ante mi increíble asombro, vi que estaba sin llave. Sospechosamente, aunque por todos los lados a mi alrededor, no pude descubrir ninguna clase de llave.

A medida que comenzó a abrirse la puerta, los aullidos de los lobos aumentaron en intensidad y cólera: a través de la abertura de la puerta se pudieron ver sus rojas quijadas con agudos dientes y las garras de las pesadas patas cuando saltaban. Me di cuenta de que era inútil luchar en aquellos momentos contra el conde. No se podía hacer nada teniendo él bajo su mando a semejantes aliados. Sin embargo, la puerta continuó abriéndose lentamente, y ahora sólo era el cuerpo del conde el que cerraba el paso.

En ese momento se me ocurrió que me hallaba ante el momento y el modo de mi condena: iba a ser entregado a los lobos, y a mi propia decisión. El plan contenía el germen de la maldad, suficientemente grande para el conde, y como última oportunidad, grité:

–¡Cierre la puerta, esperaré hasta la mañana! –y cubrí mi cara con las manos para ocultar densas lágrimas de amarga decepción.

Con un movimiento de su brazo poderoso, el conde cerró la puerta y los grandes cerrojos repicaron e hicieron eco a través del pasillo cuando volvieron a sus lugares.

Regresamos a la biblioteca en silencio, y luego de uno o dos minutos, fui a mi propio cuarto. Lo último que vi del conde Drácula fue su saludo, con una luz roja de triunfo en sus ojos y con una sonrisa de la que estaría orgulloso Judas en el infierno.

Cuando estaba en mi habitación y a punto de acostarme, creí escuchar un susurro a mi puerta. Fui hacia ella suavemente y escuché. A menos que mis oídos me engañaran, escuché la voz del conde:

–¡Atrás, atrás, a vuestro propio lugar! Vuestro momento no ha llegado todavía. Esperad. Tened paciencia. Mañana por la noche, mañana por la noche, ¡es vuestro!

Hubo un bajo, suave murmullo de risa. En un arrebato de ira, abrí la puerta y vi afuera a las tres espantosas mujeres relamiéndose. Cuando aparecí, se unieron en una risa que me heló la sangre y luego se alejaron.

Regresé a mi habitación y caí de rodillas. ¿Tan cerca me encuentro del final? ¡Mañana! ¡Será mañana! ¡Señor, ayúdame y ayuda a quienes me aman!

30 de junio, por la mañana. Puede que éstas sean las últimas palabras que escriba en este diario. Dormí justo hasta antes del amanecer. Cuando desperté, caí de rodillas, ya que decidí que la Muerte me encontraría listo si viniera en ese momento.

Finalmente sentí aquel sutil cambio del aire y supe que la mañana había llegado. Luego escuché el bienvenido canto del gallo y sentí que estaba a salvo. Con alegre corazón, abrí la puerta y corrí escaleras abajo, hacia el corredor. Había visto que la puerta estaba cerrada sin llave, y ahora estaba ante mí la libertad. Con manos que temblaban de ansiedad, destrabé las cadenas y corrí los pasados cerrojos.

Pero la puerta no se movió. La desesperación se apoderó de mí. Tiré repetidamente de la puerta y la empujé hasta que, a pesar de ser muy pesada, se sacudió en sus goznes. Pude ver que tenía pasado el pestillo. Le habían echado llave después de que yo dejé al conde. Entonces, un deseo salvaje de obtener la llave a cualquier riesgo se apoderó de mí, y decidí allí y entonces escalar la pared de nuevo y ganar el cuarto del conde. Él podía matarme, pero la muerte parecía ahora la opción más feliz de todos los males. Sin pausa, me apresuré hacia la ventana del este y me deslicé por la pared, como antes, hasta dentro de la habitación del conde. Estaba

vacía, tal cual lo esperaba. No pude ver una llave por ninguna parte, pero la pila de oro permanecía en su lugar. Pasé a través de la puerta en la esquina, descendí por la escalera caracol y caminé a lo largo del oscuro pasillo hacia la vieja capilla. Ahora conocía a la perfección el sitio en donde debía hallar al monstruo que buscaba.

La gran caja estaba en el mismo lugar, recostada contra la pared, pero la tapa había sido puesta, con los clavos listos en su lugar para ser metidos, aunque todavía no se había hecho esto. Yo sabía que tenía que llegar al cuerpo para buscar la llave, de tal manera que levanté la tapa y la recliné contra la pared; y entonces vi algo que llenó mi alma de terror. Ahí yacía el conde, pero mirándose tan joven como si hubiese sido rejuvenecido, pues su pelo blanco y sus bigotes habían cambiado a un gris oscuro; las mejillas estaban más llenas, y la blanca piel parecía un rojo rubí debajo de ellas; la boca estaba más roja que nunca; sobre sus labios había gotas de sangre fresca que caían en hilillos desde las esquinas de su boca y corrían sobre su barbilla y su cuello. Incluso los profundos, ardientes ojos, parecían hundidos en medio de la carne abultada, pues los párpados y las bolsas debajo de ellos estaban hinchados. Parecía como si la horrorosa criatura entera fuera simplemente saciada con sangre; yacía como una horripilante sanguijuela, exhausta por el hartazgo. Temblé al inclinarme para tocarlo, y cada sentido en mí se rebeló al contacto; pero tenía que hurgar en sus bolsillos, o estaba perdido. La noche siguiente podía ver mi propio cuerpo servir de banquete de una manera similar para aquellas horrorosas tres. Caí sobre el cuerpo, pero no pude encontrar señales de la llave. Entonces me detuve y miré al conde.

Había una sonrisa burlona en su rostro hinchado que pareció volverme loco. Aquél era el ser al que yo estaba ayudando a trasladarse a Londres, donde, quizá, en los siglos venideros podría saciar su sed de sangre entre sus prolíficos millones, y crear un nuevo y siempre más amplio círculo de semidemonios para que se cebaran entre los indefensos. El mero hecho de pensar en algo así me volvía loco. Sentí un terrible deseo de salvar al mundo de semejante monstruo. No tenía a mano ningún arma letal, pero tomé la pala que los hombres habían estado usando para llenar las cajas

y, levantándola a lo alto, golpeé con el filo la odiosa cara. Pero al hacerlo así, la cabeza se volvió y los ojos recayeron sobre mí con todo su brillo de horrendo basilisco. Su mirada pareció paralizarme y la pala se volteó en mi mano esquivando la cara, haciendo apenas una profunda incisión sobre la frente. La pala se cayó de mis manos sobre la caja, y al tirar yo de ella, el reborde de la hoja se trabó en la orilla de la tapa, que cayó otra vez sobre el cajón escondiendo la horrorosa imagen de mi vista. El último vistazo que tuve fue del rostro hinchado, manchado de sangre y fijo, con una mueca de malicia que hubiese sido muy digna en el más profundo de los infiernos.

Pensé y pensé cuál sería mi próximo movimiento, pero mi mente parecía arder, y esperé con un sentimiento desesperado que se cernía sobre mí. Mientras esperaba, escuché a la distancia una canción gitana entonada por voces felices que se acercaban, y a través de su canción, el rodar de pesadas ruedas y el restallido de látigos; estaban llegando los zíngaros y los eslovacos de los que el conde había hablado. Con una última mirada alrededor y a la caja que contenía el cuerpo vil, corrí y gané la habitación del conde, decidido a huir en el momento en el que se abriría la puerta. Escuché con oídos atentos, y oí escaleras abajo las vueltas de la llave en la enorme cerradura y el sonido de la pesada puerta que se abría. Debería haber alguna otra manera de entrar, o alguien tenía una llave para alguna de las puertas cerradas. Luego vino el sonido de muchos pies marchando y muriendo en algún pasillo que enviaba un eco tintineante. Me volví para bajar corriendo nuevamente hacia la bóveda, donde podía encontrar la nueva entrada, pero en aquel momento pareció venir un violento soplo de viento, y la puerta que daba a la escalera caracol se cerró de un golpe tan fuerte que hizo volar el polvo de los dinteles. Cuando corrí para abrirla, encontré que estaba trabada sin esperanza. Era de nuevo un prisionero, y la red del destino me estaba cercando cada vez más.

Mientras escribo, en el pasillo de abajo hay un sonido de muchos pies marchando y el estrépito de pesos siendo bruscamente depositados, las cajas sin duda, con su cargamento de tierra. Se oye el sonido de un martillo; es la caja que está siendo claveteada.

Ahora puedo escuchar los pesados pies marchando de nuevo a lo largo del pasillo, con muchos otros pies que vienen detrás de ellos.

La puerta se cierra, y las cadenas rechinan; hay una vuelta de llave en la cerradura; puedo escuchar que se retira la llave; luego otra puerta se abre y se cierra; escucho el crujido de cerradura y pestillo.

¡Escuchen, en el patio y por el camino de piedra el rodar de pesadas ruedas, el restallido de látigos, y el coro de los zíngaros mientras pasan en la distancia! Ahora me encuentro solo en el castillo, a merced de esas mujeres horrendas. ¡Oh! Mina también es una mujer, pero nada entre ellas las iguala. ¡Ellas son demonios del infierno!

No permaneceré aquí solo con ellas; trataré de escalar la pared del castillo más lejos de lo que lo he intentado hasta ahora. Me llevaré algún oro conmigo, pues podría necesitarlo más tarde. Tal vez encuentre alguna manera de salir de este horrendo lugar.

¡Y luego, a casa! ¡Al más rápido y cercano de los trenes! ¡Lejos de este maldito lugar, de esta tierra maldita donde el demonio y sus hijos todavía se pasean con pies terrenales!

Cuanto menos, la misericordia de Dios es mejor que la de estos monstruos, y el precipicio es alto y escarpado. A sus pies, un hombre puede dormir como un hombre. ¡Adiós a todos! ¡Mina!

V

Carta de la señorita Mina Murray a la señorita Lucy Westenra

9 de mayo

Mi muy querida Lucy:

Perdona mi larga demora en escribirte, pero he estado simplemente abrumada con el trabajo. La vida de una asistente de directora de escuela a veces resulta extenuante. Anhelo estar contigo, y a la orilla del mar, donde podamos caminar juntas libremente y construir nuestros castillos en el aire. He estado trabajando muy duro en este último tiempo, porque quiero continuar con los estudios de Jonathan, y he estado practicando taquigrafía muy asiduamente. Cuando nos casemos le podré ser muy útil a Jonathan, y si puedo escribir bien en taquigrafía estaré en posibilidad de escribir de esa manera todo lo que dice y luego copiarlo en limpio para él en la máquina, con la que también estoy practicando con esmero. Él y yo a veces nos escribimos en taquigrafía, y él esta llevando un diario estenográfico de sus viajes por el extranjero. Cuando esté contigo también llevaré un diario de la misma manera.

No quiero decir uno de esos diarios que se escriben a la ligera en la esquina de un par de páginas cuando hay tiempo los domingos, sino un diario en el cual yo pueda escribir siempre que me sienta inclinada a hacerlo. Supongo que no le interesará mucho a otra gente, pero no está destinado para ella. Algún día se lo enseñaré a Jonathan, en caso de que haya algo en él que merezca ser compartido, pero en verdad es un libro de ejercicios. Trataré de hacer lo que veo que hacen las mujeres periodistas: entrevistas y descripciones escritas y tratar de recordar conversaciones. Me dijeron que, con un poco de práctica, uno puede recordar todo lo que sucede o lo que oye decir durante un día. Sin embargo, veré. Te contaré todos mis pequeños planes cuando nos encontremos. Acabo

de recibir unas pocas líneas apresuradas de Jonathan desde Transilvania. Está bien, y regresará en alrededor de una semana. Ansío escuchar todas sus noticias. Debe ser tan lindo ver países extraños, me pregunto si nosotros –me refiero a Jonathan y a mí– los veremos juntos alguna vez. Están sonando las campanadas de las diez en punto. Adiós.

Tu querida MINA

PD: Cuéntame todas las noticias cuando escribas. No me has contado nada por un largo tiempo. Escucho rumores, y especialmente ¿de un hombre alto, buen mozo, de pelo enrulado?

Carta de Lucy Westenra a Mina Murray

17 Chatam Street, Miércoles

Mi muy querida Mina:

Debo decirte que me acusas muy injustamente de ser mala para la correspondencia. Te escribí dos veces desde que nos separamos, y tu última carta fue sólo la segunda. Además, no tengo nada que contarte. No hay realmente nada que te interese. La ciudad es muy agradable justo ahora, y vamos bastante a galerías de arte y a hacer paseos y cabalgatas por el parque. En cuanto al hombre alto, de pelo enrulado, supongo que era el que estaba conmigo en el último concierto popular. Alguien ha estado, evidentemente, contando cuentos. Era el señor Holmwood. Viene con frecuencia a vernos, y él y mamá se llevan muy bien juntos; tienen tantas cosas en común de qué hablar. Nos encontramos hace un tiempo atrás con un hombre que sería justo para ti, si no estuvieras ya comprometida con Jonathan. Es un excelente partido, siendo buen mozo, rico y de buena cuna. Es médico y realmente muy listo. ¡Sólo imagina! Tiene sólo veintinueve, y tiene un inmenso asilo de lunáticos todo bajo su propio cuidado. El señor Holmwood me lo presentó, y vino aquí a vernos, y ahora viene a menudo. Creo que es uno de los hombres más resueltos que jamás vi, y aun el más calmo. Parece por completo imperturbable. Puedo imaginar qué

maravilloso poder debe tener sobre sus pacientes. Tiene un hábito curioso, de mirar a uno directamente a la cara, como tratando de leerle los pensamientos. Trata de hacerlo muchas veces conmigo, pero yo me jacto de que tiene una nuez dura de quebrar. Lo sé por mi espejo. ¿Has tratado alguna vez de leer tu propio rostro? Yo sí, y puedo decirte que no es un mal estudio, y que te da más problemas de los que bien puedes imaginar si nunca has tratado de hacerlo. Él dice que yo le ofrezco un curioso caso psicológico, y pienso humildemente que así es. Como tú sabes, no tengo suficiente interés en el vestir como para ser capaz de describir las nuevas modas. El tema del vestido es un aburrimiento. Eso es de nuevo un vulgarismo, pero no le des importancia; Arthur lo dice cada día. Bien, eso es todo. Mina, nos hemos dicho todos nuestros secretos desde que éramos niñas; hemos dormido juntas y comido juntas, y reído y llorado juntas; y ahora, aunque he hablado, me gustaría hablar más. Oh, Mina, ¿no pudiste adivinar? Lo amo. Me ruborizo al escribirlo, ya que aunque pienso que él me ama, no me lo ha dicho en palabras. Pero, oh, Mina, ¡lo amo, lo amo, lo amo! Bueno, eso me hace bien. Desearía estar contigo, querida, sentadas cerca del fuego en confianza, como solíamos sentarnos; y yo trataría de decirte lo que siento. No sé cómo estoy escribiendo esto, siquiera a ti. Tengo miedo de detenerme, ya que quiero contarte todo. Hazme saber de ti de inmediato, y cuéntame todo lo que piensas acerca de esto. Mina, debo parar. Buenas noches. Bendíceme en tus plegarias y, Mina, reza por mi felicidad.

LUCY

PD: No necesito decirte que éste es un secreto. Buenas noches de nuevo.

Carta de Lucy Westenra a Mina Murray

24 de mayo

Mi muy querida Mina:

¡Gracias y gracias y gracias de nuevo por tu dulce carta! Fue tan lindo ser capaz de contarte y tener tu simpatía.

Mi querida, nunca llueve sino a cántaros. Cuán ciertos son los viejos proverbios. Aquí estoy, tendré veinte en septiembre, y aún nunca tuve una declaración de amor hasta hoy, nunca una declaración real, y hoy he tenido tres. ¡Sólo imagina! ¡tres proposiciones en un día! ¿No es terrible? Me siento afligida, real y verdaderamente afligida, por dos de los pobres sujetos. Oh, Mina, estoy tan contenta que no sé qué hacer conmigo misma. ¡Y tres proposiciones! Pero, por el amor de Dios, no se lo digas a ninguna de las chicas, o comenzarían a tener toda clase de ideas extravagantes y a imaginarse a sí mismas injuriadas y menospreciadas, si en su primer día en casa no recibieran por lo menos seis. Algunas chicas son tan vanas. Tú y yo, querida Mina, que estamos comprometidas y vamos a establecernos sobriamente como viejas mujeres casadas, podemos despreciar la vanidad. Bueno, debo contarte acerca de los tres, pero tienes que guardarlo como un secreto, querida, lejos de todos, excepto, por supuesto, de Jonathan. Le contarás, porque si yo estuviera en tu lugar ciertamente se lo diría a Arthur. Una mujer debe decirle todo a su marido, ¿no lo crees así, querida? Y yo debo ser justa. A los hombres les gusta que las mujeres, ciertamente sus esposas, sean como ellos; y me temo que las mujeres no son del todo tan justas como deberían. Bueno, mi querida, el número uno llegó justo antes del almuerzo. Te hablé de él, el doctor John Seward, el hombre del asilo de lunáticos, con un mentón fuerte y una buena frente. Estuvo muy frío exteriormente, pero nervioso de todos modos. Había estado evidentemente educándose a sí mismo acerca de toda clase de pequeñas cosas, y las recordaba; pero casi se las arregló para sentarse sobre su sombrero de seda, lo que los hombres no hacen generalmente cuando están fríos, y luego al querer parecer tranquilo, se puso a jugar con una lanceta de una manera que casi me hizo gritar. Me habló, Mina, muy directamente. Me dijo cuán querida era para él, a pesar de que me había conocido tan poco, y lo que sería su vida conmigo para ayudarlo y alegrarlo. Me iba a decir cuán desdichado sería si yo no lo amara, pero cuando me vio llorar,

dijo que era un bruto y que no agregaría más a mis presentes aflicciones. Entonces, hizo una pausa y preguntó si podía amarlo con el tiempo; y cuando sacudí mi cabeza, sus manos temblaron, y luego con cierta dubitación, me preguntó si amaba a alguien más. Lo expuso muy amablemente, diciendo que no quería arrancarme la confidencia, sino solamente saber, porque si el corazón de una mujer era libre, un hombre podía tener esperanzas. Y entonces, Mina, sentí que era una especie de deber decirle que había alguien. Solamente le dije eso, y entonces se puso de pie, y me miró muy fuerte y gravemente al tomarme ambas manos en las suyas y dijo que esperaba que fuera feliz y que si alguna vez necesitaba un amigo, podía contar con él como uno de los mejores. Oh, Mina, querida, no puedo evitar llorar y tú debes perdonar que esta carta esté toda borroneada. Recibir proposiciones es muy lindo y todo ese tipo de cosas, pero no es para nada algo feliz cuando tienes que ver a un pobre sujeto, que sabes que te ama honestamente, alejarse y verse con el corazón destrozado, y saber que, no importa lo que él diga en el momento, tú estás alejándote por completo de su vida. Mi querida, debo detenerme aquí ahora, me siento tan miserable, a pesar de estar tan feliz.

Por la noche. Arthur acaba de irse, y me siento de mejor ánimo que cuando dejé de escribirte, así que puedo continuar contándote acerca del día. Bueno, mi querida, el número dos vino luego del almuerzo. Es un sujeto tan agradable, un americano de Texas, y se ve tan joven y tan fresco que parece casi imposible que haya estado en tantos lugares y que haya tenido tales aventuras. Simpatizo con la pobre Desdémona cuando tan peligroso líquido fue vertido en su oído, aun por un hombre negro. Supongo que nosotras las mujeres somos tan cobardes que pensamos que un hombre nos salvará de los miedos, y nos casamos con él. Ahora sé lo que haría si fuera un hombre y quisiera hacer que una muchacha me amara. No, no lo sé, ya que el señor Morris siempre estaba contándonos historias, y Arthur nunca contó ninguna, y sin embargo… Mi querida, me estoy adelantando. El señor Quincey P. Morris me encontró sola. Parece que un hombre siempre encuentra sola a una chica. No, no lo hace, ya que Arthur trató dos veces de tener una oportunidad, y

ayudándolo yo todo lo que pude; no me avergüenzo de decirlo ahora. Debo decirte de antemano que el señor Morris no habla siempre vulgarmente –es decir, no lo hace nunca a los extraños o ante ellos, ya que es realmente bien educado y tiene modales exquisitos– pero descubrió que me divertía escucharlo hablar el slang *americano, y cuando estaba yo presente y no había nadie que se espantara, él decía esas graciosas palabras. Me temo, mi querida, que tenga que inventarlo todo, pues encaja exactamente en cualquier otra cosa que tenga que decir. Pero este es el modo que tiene el* slang*. No sé si yo misma hablaré* slang *alguna vez: no sé si a Arthur le gusta, ya que nunca lo he escuchado usarlo hasta ahora. Bueno, el señor Morris se sentó a mi lado y me miró tan feliz y jovial como pudo, pero pude ver de todas maneras que estaba muy nervioso. Tomó mi mano en la suya, y dijo del modo más suave:*

–Señorita Lucy, sé que no soy lo suficientemente bueno como para atarle las cintas de sus pequeños zapatos, pero supongo que si usted espera hasta encontrar un hombre que lo sea, se irá a unir con esas siete mujeres con las lámparas cuando se aburra. ¿Por qué no se engancha a mi lado y nos vamos por ese largo camino juntos, conduciendo con doble arnés?

Bueno, se lo veía de tan buen humor y tan jovial que no parecía ni la mitad de duro rechazarlo como fue con el pobre Dr. Seward, así que dije, tan ligeramente como pude, que no sabía nada de engancharme y que no había madurado como para el arnés. Entonces, dijo que él había hablado de una manera ligera, y que esperaba que si hubiera cometido un error al hacerlo así, en una ocasión tan grave, tan importante para él, que lo perdonara. Realmente, se lo veía serio cuando estaba diciendo esto, y no pude evitar sentirme un poco seria también. Yo sé, Mina, que pensarás que soy una seductora horrenda, pero no pude evitar sentir una suerte de regocijo de que fuera el número dos en un día. Y entonces, mi querida, antes de que pudiera decir una palabra, comenzó a verter un perfecto torrente de palabras amorosas, dejando su propio corazón y su alma a mis pies. Parecía tan serio acerca de ello, que nunca más pensaré que un hombre debe ser siempre juguetón y nunca serio, porque él es divertido a veces.

Supongo que vio algo en mi rostro que lo marcó, porque de pronto se detuvo, y dijo con una suerte de fervor varonil que yo podía haberlo amado si hubiera sido libre:

–Lucy, usted es una chica de corazón honesto, lo sé. No estaría aquí, hablándole como estoy ahora si no creyera que usted es trigo limpio, hasta lo más profundo de su alma. Dígame, como un buen amigo a otro, ¿hay alguien más a quien usted ama? Y si lo hay, yo nunca volveré a tocar siquiera una hebra de su pelo, pero seré, si usted me lo permite, un amigo muy leal.

Mi querida Mina, ¿por qué son tan nobles los hombres cuando las mujeres son tan poco merecedoras de ellos? Aquí estaba yo casi burlándome de este caballero honesto, de gran corazón. Rompí a llorar –me temo, mi querida, que pensarás que esta es una carta muy mal hecha en más de un sentido– y realmente me sentí muy mal. ¿Por qué no pueden dejar que una chica se case con tres hombres, o con tantos cuantos la quieran, y evitar todo este lío? Pero esto es una herejía y no debo decirlo. Estoy feliz de decir que, aunque estaba llorando, pude ver los valientes ojos del señor Morris, y decirle directamente:

–Sí, hay alguien que amo, aunque no me ha dicho aún que también me ama.

Hice bien en hablarle tan francamente, ya que su cara se iluminó por completo, y extendiendo sus dos manos, tomó la mía –creo que yo la puse entre las de él– y dijo de todo corazón:

–Esa es mi valiente niña. Vale más la pena llegar tarde para una oportunidad de ganarla a usted, que llegar a tiempo para cualquier otra chica en el mundo. No llore, mi querida. Si es por mí, soy una nuez dura de quebrar; y lo aguantaré de pie. Si ese otro sujeto no conoce su felicidad, bueno, mejor que la busque rápidamente, o se las tendrá que ver conmigo. Muchachita, su honestidad y su ánimo han hecho de usted una amiga, y eso es más raro que una amante; es más desinteresado, de todos modos. Mi querida, voy a tener un largo y bonito paseo entre esto y el Reino de los Cielos. ¿No me dará un beso? Será algo para llevar a través de la oscuridad ahora y entonces. Usted sabe que puede, si quiere, ya que aquel otro buen

sujeto –debe ser un buen sujeto, mi querida, y un sujeto excelente, o usted no podría amarlo– no le ha hablado todavía.

Aquello me ganó completamente, Mina, ya que eso era valiente y dulce de su parte, y noble también, para con un rival –¿no es cierto?– y él tan triste; así que me incliné y lo besé. Se levantó con mis dos manos entre las suyas, y mientras me miraba a la cara –me temo que yo estaba muy ruborizada–, dijo:

–Muchachita, sostengo su mano, y usted me ha besado, y si estas cosas no nos hacen amigos, nada nunca lo hará. Gracias por su dulce honestidad para conmigo. Adiós.

Soltó mi mano, y tomando su sombrero, salió rápidamente del cuarto sin mirar hacia atrás, sin una lágrima ni un temblor ni una pausa; y yo estoy llorando como un bebé. Oh, ¿por qué debe un hombre como ése ser infeliz cuando hay tantas chicas que adorarían el mismo suelo que él pisa? Sé que lo haría si fuera libre; sólo que no quiero ser libre. Mi querida, esto me perturbó totalmente, y siento que no puedo escribir de felicidad ahora mismo, después de lo que te conté; y no deseo contarte del número tres hasta que pueda ser feliz del todo.

Te quiere siempre.

LUCY

PD: ¡Oh! A propósito del número tres… No necesito decirte nada acerca de él,, ¿no es cierto? Además, ¡fue todo tan confuso! Pareció que sólo había transcurrido un instante desde que había entrado en el cuarto hasta que sus dos brazos me rodearon, y me estaba besando. Estoy muy, muy contenta, y no sé qué he hecho para merecerlo. Sólo debo tratar en el futuro de mostrar que no soy desagradecida a Dios por todas sus bondades, al enviarme un amor así, un marido y un amigo.

Adiós.

Del diario del doctor Seward(Conservado en fonógrafo)

25 de abril. Marea menguante en el apetito de hoy. No puedo comer; no puedo descansar, así es que en su lugar, el diario. Desde

mi fracaso de ayer siento una especie de vacío; nada en el mundo parece ser lo suficientemente importante como para dedicarse a ello. Como sabía que la única cura para estas cosas era el trabajo, me dediqué a mis pacientes. Escogí a uno que me ha proporcionado un estudio de mucho interés. Es tan raro que estoy determinado a entenderlo tanto como pueda. Me parece que hoy me acerqué más que nunca al corazón de su misterio.

Lo interrogué más detalladamente que otras veces, con el propósito de adueñarme de los hechos de su alucinación. En mi manera de hacer esto, ahora lo veo, había algo de crueldad. Me parecía desear mantenerlo en el momento más alto de su locura, una cosa que yo evito hacer con los pacientes como evitaría la boca del infierno. (Recordar: ¿en qué circunstancias no evitaría yo el abismo del infierno?) *Omnia Romae venalia sunt.* ¡El infierno tiene su precio!, *verb sap.* Si hay algo detrás de este instinto será de mucho valor rastrearlo *después con gran precisión*, de tal manera que mejor comienzo a hacerlo, y por lo tanto...

R. M. Renfield, aetat. 59. Temperamento sanguíneo; gran fuerza física; morbosamente excitable; períodos de decaimiento que terminan en alguna idea fija que no puedo desentrañar. Presumo que el mismo temperamento sanguíneo y la influencia perturbadora terminan en un desenlace mental acabado; un hombre posiblemente peligroso, probablemente peligroso si es desinteresado. En los hombres egoístas, la precaución es tan segura como una coraza, tanto para sus enemigos como para ellos mismos. Lo que pienso de esto en este punto es que cuando el yo es el punto fijo, la fuerza centrípeta es balanceada con la centrífuga: cuando el deber, una causa, etcétera, es el punto fijo, la fuerza última es predominante, y solamente un accidente o una serie de accidentes pueden equilibrarla.

Carta de Quincey P. Morris al honorable Arthur Holmwood

25 de mayo

Mi querido Arthur:

Hemos narrado aventuras junto a la fogata en las praderas; y atendido las heridas de otros luego de tratar de desembarcar en las Marquesas; y brindado en la costa del Titicaca. Hay más aventuras que contar, y otras heridas que deben cerrar, y otros tragos que beber. ¿No permitirás que esto ocurra en mi campamento, mañana por la noche? No dudo en preguntarte, ya que sé que cierta dama está comprometida con cierta cena, y que tú estás libre. Solamente habrá algún otro, nuestro viejo camarada en Corea, Jack Seward. Él vendrá también y ambos queremos mezclar nuestro llanto sobre la copa de vino, y brindar con todo nuestro corazón por el hombre más feliz en el ancho mundo, quien ha ganado el más noble corazón que Dios ha hecho y el que más merece ganarlo. Te prometemos una calurosa bienvenida, y un afectuoso saludo, y un brindis tan sincero como tu propia mano derecha. Ambos juraremos dejarte en tu casa si bebes demasiado por cierto par de ojos. ¡Ven!

Tuyo, por siempre y para siempre,

QUINCEY P. MORRIS

Telegrama de Arthur Holmwood a Quincey P. Morris

26 de mayo

Cuenta conmigo en todo momento. Llevo unos mensajes que harán zumbar los oídos de ambos.

VI

Del diario de Mina Murray

24 de julio. Whitby. Encontré en la estación a Lucy, que parecía más dulce y bonita que nunca, y de allí nos dirigimos a la casa de Crescent, en la que tienen cuartos.

Es un lugar muy bonito. El pequeño río, el Esk, corre a través de un profundo valle, que se amplía a medida que se acerca al puerto. Lo atraviesa un gran viaducto, de altos machones, a través del cual el paisaje parece estar algo más lejos de lo que en realidad está. El valle es de un verde bellísimo, y es tan empinado que cuando uno se encuentra en la parte alta de cualquier lado se ve a través de él, a menos que uno esté lo suficientemente cerca como para ver hacia abajo. Las casas del antiguo pueblo (el lado más alejado de nosotros) tienen todas tejados rojos, y parecen estar amontonadas unas sobre otras de cualquier manera, como se ve en las estampas de Nüremberg.

Exactamente sobre el pueblo están las ruinas de la Abadía de Whitby, que fue saqueada por los daneses, escena de una parte de *Marmion,* cuando la muchacha es emparedada en el muro. Es una ruina de lo más noble, de tamaño inmenso y llena de rincones bellos y románticos; hay una leyenda de que una dama blanca se ve en una de las ventanas. Entre la abadía y el pueblo hay otra iglesia, la de la parroquia, alrededor de la cual hay un gran cementerio, todo lleno de tumbas de piedra. Este es, me parece, el sitio más bonito de Whitby, ya que yace exactamente sobre el pueblo, y tiene una vista completa del puerto y de toda la bahía hasta donde el cabo llamado Kettleness se extiende en el mar. Desciende de modo tan empinado sobre el puerto que parte de la ribera se ha caído, y algunas de las tumbas han sido destruidas. Hay un lugar donde algunas de las piedras de las tumbas se extienden sobre la senda de arena situada más abajo. Hay caminos con asientos a los lados, a través del cementerio de la iglesia, y la gente va y se sienta allí

durante todo el día, mirando el hermoso paisaje y disfrutando de la brisa. Vendré y me sentaré aquí muy seguido y trabajaré. Es más, estoy escribiendo ahora con mi libro en las rodillas y escuchando la conversación de tres hombres mayores sentados a mi lado. Parecen no hacer otra cosa en todo el día que sentarse aquí y hablar.

El puerto yace debajo de mí, con una larga pared de granito que se introduce en el mar en el lado más alejado, con una curva hacia afuera, al final de ella, en medio de la cual hay un faro. Un macizo malecón corre por la parte exterior de ese faro. En el lado más cercano, el malecón forma un recodo doblado a la inversa, y su terminación tiene también un faro. Entre los dos muelles hay una pequeña abertura hacia el puerto, que de ahí en adelante se amplía repentinamente.

Cuando hay marea alta es muy bonito; pero cuando baja la marea disminuye de profundidad hasta casi quedar seco, y entonces sólo se ve la corriente del Esk deslizándose entre los bancos de arena, con algunas rocas aquí y allá. Afuera del puerto, de este lado, se levanta por cerca de media milla un gran arrecife, cuya parte aguda corre directamente desde la parte sur del faro. Al final de ella hay una boya con una campana, que suena cuando hay mal tiempo y lanza sus lúgubres notas al viento. Cuentan aquí una leyenda: cuando un barco está perdido se escuchan campanas que suenan en el mar abierto. Debo interrogar acerca de esto al anciano; camina en esta dirección... Es un viejo divertido. Debe ser terriblemente anciano, pues su cara es toda nudosa y retorcida como la corteza de un árbol. Me dice que tiene cerca de cien años, y que fue marinero en la flota pesquera de Groenlandia cuando ocurrió la batalla de Waterloo. Se trata, me temo, de una persona muy especial, pues cuando le pregunté acerca de las campanas en el mar y la Dama Blanca en la abadía, dijo muy bruscamente:

–Yo no me preocuparía por ellos, señorita. Todas esas cosas están gastadas. Es decir, yo no digo que nunca ocurrieron, sino que ya no existían en mi época. Todo esto está muy bien para los visitantes y los viajeros y gente por el estilo, pero no para una joven dama agradable como usted. Puede ser que se lo crea esa gente común de York y Leeds que siempre están comiendo arenque curado y

tomando té y buscando cosas baratas de azabache para comprar. Me pregunto quién se molestaría contándoles mentiras, ni siquiera los periódicos, que están llenos de tontas habladurías.

Pensé que sería una buena persona de la cual aprender cosas interesantes, así que le pregunté si le importaba contarme algo acerca de la caza de ballenas en los viejos días. Estaba justo acomodándose para empezar, cuando el reloj dio las seis, después de lo cual se levantó trabajosamente, y dijo:

–Debo irme otra vez a casa, señorita. A mi nieta no le gusta quedarse esperando cuando el té está listo, ya que me lleva tiempo cojear entre las tumbas, ya que hay muchas de ellas; y, señorita, es hora de llenar la panza, según el reloj.

Se alejó cojeando, y pude verlo apurándose, tan bien como podía, gradas abajo. Las gradas son un rasgo distintivo de este lugar. Conducen del pueblo a la iglesia; hay cientos de ellas (no sé cuántas) y se enroscan en delicadas curvas; el declive es tan leve que un caballo puede fácilmente subirlos o bajarlos. Creo que originalmente deben haber tenido algo que ver con la abadía. Me iré hacia mi casa también. Lucy salió a hacer algunas visitas con su madre, y como sólo eran visitas de cortesía, yo no fui. Pero ya es hora de que estén de regreso.

1º de agosto. Hace una hora que llegué aquí arriba con Lucy, y ya disfrutamos de la más interesante conversación con mi viejo amigo y los otros dos que siempre vienen y le hacen compañía. Es claro que él es el oráculo del grupo. De hecho, me atrevo a pensar que en su tiempo debe haber sido una persona bastante autoritaria. No admitirá nada y siempre contradice a todo el mundo. Si no puede ganar con sus argumentos, entonces los amedrenta, y luego toma su silencio como acuerdos con sus puntos de vista. Lucy lucía una belleza dulce en su vestido de linón blanco; tiene un bello color desde que ha estado aquí. Noté que los ancianos no perdieron tiempo en subir y ubicarse cerca de ella, cuando nos sentamos. Ella es tan dulce con la gente mayor; pienso que todos ellos se enamoraron de ella al instante. Hasta mi viejo amigo sucumbió y no la contradijo, sino que, por el contrario, me otorgó doble

participación. Lo insté a hablar sobre el tema de las leyendas, y de inmediato se embarcó en una suerte de sermón. Haré un esfuerzo por recordarlo y lo anotaré:

–Son puras habladurías, del principio al fin; eso es lo que son, y nada más. Estos entredichos y espectros y fantasmas y apariciones y todo eso solamente sirven para hacer llorar a los niños y las mujeres confundidas. ¡No son más que habladurías! Eso y todos esos espantos y señales y advertencias, fueron todos inventados por curas y personas malintencionadas y embaucadores del ferrocarril para asustar y asquear a los tipos, y para hacer que la gente hiciera algo que de otra manera no haría. Me pone furioso pensar en eso. ¿Por qué son ellos quienes, no contentos con imprimir mentiras sobre el papel y predicarlas desde los púlpitos, quieren grabarlas hasta en las tumbas? Miren a su alrededor como deseen y verán que todas esas lápidas que levantan sus cabezas tanto como su orgullo se lo permite, están inclinadas... sencillamente porque caen bajo el peso de las mentiras escritas en ellas. Los "Aquí yacen los restos" o "A la memoria sagrada" están escritos sobre ellas y, no obstante, ni siquiera en la mitad de ellas hay cuerpo alguno; a nadie le han importado un comino sus memorias y mucho menos las han santificado. ¡Todo es mentira, sólo mentiras de un tipo o de otro! ¡Santo Dios! Pero el gran repudio vendrá en el Día del Juicio Final, cuando todos salgan con sus mortajas, todos unidos tratando de arrastrar con ellos sus lápidas para probar lo buenos que fueron; algunos de ellos temblando, cayendo con sus manos adormecidas y resbalosas por haber yacido en el mar, a tal punto que ni siquiera podrán mantenerse unidos.

Por el aire de propia satisfacción del viejo y por el modo en que miraba a su alrededor en busca de la aprobación de sus amigos, pude ver que estaba presumiendo, así que dije una palabra para que continuara:

–Oh, señor Swales, no lo dirá en serio. Seguramente, todas estas lápidas no pueden estar mal, ¿no?

–¡Tonterías! Debe haber algunas pocas que no estén mal, salvo donde se pone a la gente como demasiado buena, ya que hay quienes piensan que un recipiente de bálsamo es como el mar, si tan

solo fuera propio. Todo es solo mentiras. Ahora, mire usted; usted llega aquí como extranjera y ve este camposanto.

Asentí con la cabeza, pues pensé que era mejor hacerlo, aunque casi no entendí su dialecto. Sabía que tenía algo que ver con la iglesia. Continuó:

–Así que usted imagina que todas estas tumbas son de gente que fue sepultada aquí, ¿es así?

Asentí una vez más.

–Es ahí cuando entra en juego la mentira. Porque hay veintenas de estas tumbas que están tan vacías como la petaca del viejo Dun el viernes por la noche.

Le dio un codazo a uno de sus compañeros, y todos rieron.

–¡Dios mío! ¿De qué otro modo podría ser? Mire aquella, la que está detrás de la loma. ¡Lea!

Fui hasta allí y leí: "Edward Spencelagh, maestro marinero, asesinado por los piratas frente a la costa de Andrés, abril de 1854, aet. 30".

Cuando regresé, el señor Swales continuó:

–Me pregunto quién lo trajo a sepultar aquí. ¡Fue asesinado en las afueras de la costa de Andrés! ¡Y a ustedes les consta que su cuerpo reposa ahí! Podría enumerarles una docena cuyos huesos yacen en los mares de Groenlandia, al norte –señaló en esa dirección–, o a donde hayan sido arrastrados por las corrientes. Sus lápidas están alrededor de ustedes, y con sus ojos jóvenes pueden leer desde aquí las mentiras que hay entre líneas. Respecto a este Braithwaite Lowrey... yo conocí a su padre; se perdió en el *Lively* en las afueras de Groenlandia el año veinte; y a Andrew Woodhouse, ahogado en el mismo mar en 1777; y a John Paxton, que se ahogó cerca del cabo Farewell un año más tarde; también al viejo John Rawlings, cuyo abuelo navegó conmigo y que se ahogó en el golfo de Finlandia en el año cincuenta. ¿Creen ustedes que todos estos hombres tienen que apresurarse a ir a Whitby cuando la trompeta suene? ¡Mucho lo dudo! Les aseguro que para cuando llegaran aquí estarían chocando y sacudiéndose unos con otros en una forma que parecería una pelea sobre el hielo, como en los viejos tiempos en que nos

enfrentábamos unos a otros desde el amanecer hasta el anochecer y tratando de curar nuestras heridas a la luz de la aurora boreal.

Era evidente que esa referencia era una broma local, ya que el viejo rió sobre ella, y sus amigotes se le unieron con gusto.

–Pero –dije– seguramente lo suyo no es del todo correcto, ya que usted parte del supuesto de que toda la pobre gente, o sus espíritus, tendrán que tomar sus lápidas con ellos en el Día del Juicio. ¿Usted piensa que eso será realmente necesario?

–Bien, ¿para qué otra cosa son las lápidas? ¡Contésteme a eso, señorita!

–Para agradar a sus parientes, supongo.

–¡Para agradar a sus parientes, usted supone!

Esto lo dijo con intenso desdén.

–¿Cómo podría agradar a sus parientes conocer las mentiras que están escritas? Además, todo el mundo en el lugar sabe que son mentiras.

Señaló una piedra a nuestros pies que yacía como una losa, sobre la que descansaba nuestro asiento, cerca del borde del acantilado.

–Lea las líneas sobre esta lápida –dijo.

Las letras estaban al revés para mí desde donde yo estaba sentada, pero Lucy estaba en el lado opuesto, así que se inclinó y leyó:

–"Consagrada a la memoria de George Canon, quien murió en la esperanza de una gloriosa resurrección, el 29 de julio de 1873, despeñándose desde las rocas de Kettleness. Esta tumba es erigida por su apenada madre a su querido y amado hijo. Era el único hijo de su madre, y ella era viuda". ¡Realmente, señor Swales, no veo nada divertido en ello! –expresó su comentario con el gesto grave.

–¿No le parece divertido? ¡Ja, ja! Pero eso es porque usted no sabe que la apenada madre era un alma del infierno que odiaba a su hijo porque él era lisiado. Era un cojo común y corriente y la odiaba tanto a ella, que se suicidó para que ella no pudiera obtener un seguro que había puesto sobre su vida. Se voló la tapa de los sesos con un viejo mosquete que tenían para asustar a los cuervos. No sirvió entonces para los cuervos, sino que los atrajo sobre sí. Ese es el modo en que se cayó desde las rocas. Y, en lo que hace a la

esperanza de una gloriosa resurrección, yo mismo lo escuché decir a menudo que esperaba irse al infierno, ya que su madre era tan piadosa que seguramente iría al cielo, y él no quería pudrirse donde estuviera ella. Ahora, ¿no es esa lápida de todos modos –y la martilló con su bastón mientras hablaba– una sarta de mentiras? ¡Y no hará reír a Gabriel, cuando Geordie venga jadeante entre las tumbas con la lápida balanceándose sobre su joroba, y le pida que la tome como evidencia!

No supe qué decir; pero Lucy cambió la conversación al decir, mientras se ponía de pie:

–¿Por qué nos habló sobre esto? Es mi asiento favorito y no puedo dejarlo, y ahora descubro que debo seguir sentándome sobre la tumba de un suicida.

–Eso no le hará ningún mal, preciosa, y puede que Geordie se alegre de tener a una chica tan esbelta sobre su regazo. No le hará daño, yo mismo me he sentado innumerables ocasiones en los últimos veinte años y nada me ha pasado. No se preocupe por los tipos como el que yace ahí o que tampoco están ahí. El tiempo para correr llegará cuando vea que todos cargan con las lápidas y que el lugar quede tan desnudo como un campo segado. Ya suena la hora y debo irme, ¡a sus pies, señoras!

Y se alejó, cojeando.

Lucy y yo permanecimos sentadas unos momentos, y todo lo que teníamos delante era tan hermoso que nos tomamos de la mano. Ella volvió a decirme lo de Arthur y su próximo matrimonio; eso hizo que me sintiera un poco triste, porque nada he sabido de Jonathan durante todo un mes.

El mismo día. Vine sola aquí arriba, pues me siento triste. No hubo carta para mí: espero que nada le haya sucedido a Jonathan. El reloj acaba de dar las nueve, puedo ver las luces diseminadas por todo el pueblo, formando hileras en los sitios en donde están las calles y en otras partes solas; suben hasta el Esk para luego desaparecer en la curva del valle. A mi izquierda, la vista es cortada por la línea negra del techo de la antigua casa que está al lado de la abadía. Las ovejas y los corderos están balando en los lejanos

campos detrás de mí, y se escucha el estrépito de los cascos de un asno en el camino pavimentado de abajo. En el muelle, la banda toca un vals a buen ritmo, y más lejos, está la reunión del Ejército de Salvación, en una calle de atrás. Ninguna de las bandas escucha a la otra, pero aquí arriba yo las escucho y las veo a ambas. ¡Me pregunto dónde está Jonathan y si está pensando en mí! Desearía que estuviera aquí.

Del diario del Doctor Seward

5 de junio. Cuanto más logro entender al hombre, el caso de Renfield se vuelve más interesante. Por cierto, tiene algunas características desarrolladas de modo exagerado: egoísmo, sigilo e intencionalidad. Mucho me gustaría saber cuál es el objeto de esto último. Parece tener un esquema acabado propio de él, pero no sé cuál es. La cualidad que lo redime es su amor por los animales, aunque, en verdad, tiene cambios tan curiosos en esto que a veces imagino que sólo demuestra una crueldad anormal. Sus mascotas son de las clases más extrañas. Ahora mismo, su hobby es cazar moscas. Tiene hasta el momento tal cantidad que debí regañarlo. Para mi asombro, no tuvo un ataque de furia, como yo esperaba, sino que tomó el asunto con mucha seriedad. Reflexionó durante unos instantes y luego dijo:

–¿Puedo tener tres días? Me desharé de ellas.

Por supuesto, dije que sí. Debo vigilarlo.

18 de junio. Ha cambiado de parecer ahora respecto de las arañas, y tiene varios ejemplares grandes en una caja. Se mantiene alimentándolas con sus moscas, de modo que el número de estos insectos está disminuyendo de modo considerable, aunque ha utilizado la mitad de su comida para atraer más moscas desde afuera a su cuarto.

1º de julio. Sus arañas se están convirtiendo en una molestia tan grande como sus moscas, y hoy le advertí que debe deshacerse de ellas. Se mostró muy triste frente a esto, así que le dije que debía

deshacerse de algunas de ellas, por lo menos. Asintió alegremente, y le di el mismo tiempo que antes para la reducción. Me dio mucho asco mientras estaba con él, pues cuando una horrible mosca, hinchada de carroña, entró zumbando en el cuarto, él la atrapó, la sostuvo alegremente durante unos breves instantes entre su pulgar y su índice y, antes de que yo supiera lo que iba a hacer, la puso en su boca y se la comió. Lo reñí por ello, pero argumentó con calma que era muy buena y muy nutritiva; que eso era vida, vida fortalecida y que le daba vida a él. Esto me dio una idea, o el rudimento de una. Debo vigilar cómo se deshace de sus arañas. Es evidente que tiene algún problema que lo preocupa mucho, ya que lleva un pequeño cuaderno en el cual continuamente realiza anotaciones. Páginas enteras de él están llenas de cifras, generalmente números simples sumados en grupos, y luego los totales sumados en grupos de nuevo, como si estuviera "ajustando" alguna cuenta, como dicen los auditores.

8 de julio. Hay un método en su demencia, y la idea rudimentaria está creciendo en mi mente. Pronto será una idea completa, y entonces, ¡oh, celebración inconsciente!, tendrás que cederle el paso a tu hermano consciente. Me aparté de mi amigo por unos cuantos días, para poder notar si había algún cambio. Las cosas permanecieron como estaban, excepto que se ha deshecho de algunas de sus mascotas y obtenido otra nueva. Se las ha arreglado para atrapar un gorrión, y lo tiene parcialmente domesticado. Su medio de domesticarlo es simple, pues han disminuido las arañas. Sin embargo, las que quedan están bien alimentadas, ya que aún atrae a las moscas tentándolas con su comida.

19 de julio. Estamos progresando. Mi amigo tiene ahora una colonia completa de gorriones, y sus moscas y arañas están casi eliminadas. Cuando entré, corrió hacia mí y dijo que quería pedirme un gran favor, un favor muy, muy grande, y cuando habló, me halagó como un perro. Le pregunté de qué se trataba, y dijo con una suerte de éxtasis en su voz y su porte:

–Un gatito, un gatito lindo, suave, juguetón, con el que pueda jugar, y enseñarle, y alimentarlo, alimentarlo... ¡y alimentarlo!

No estaba desprevenido para esta petición, ya que había notado cómo sus mascotas crecían en tamaño y vivacidad, y no me importó que su bella familia de gorriones domesticados desapareciera de la misma manera que las moscas y las arañas; así que dije que lo vería, y le pregunté si no preferiría un gato más que un gatito. Su ansiedad lo traicionó cuando respondió:

–¡Oh, sí, me gustaría tener un gato! Solamente pedí un gatito por temor a que me negara un gato. Nadie me negaría un gatito, ¿no?

Negué con la cabeza, y dije que me temía que de momento no sería posible, pero que vería qué hacer. Su rostro se alargó y pude ver en él una advertencia de peligro, ya que de pronto hubo una feroz mirada de reojo que significaba asesinato. El hombre es un maníaco homicida en potencia. Lo examinaré con su obsesión presente y veré cómo reacciona; entonces, sabré más.

10 p.m. Lo he visitado de nuevo y lo encontré sentado en un rincón cavilando. Cuando entré, se arrodilló ante mí y me imploró que le permitiera tener un gato, que su salvación dependía de eso. Fui firme, no obstante, y le dije que no podía tenerlo, después de lo cual fue y se sentó sin una palabra, royéndose los dedos, en el rincón en el que lo había encontrado. Lo veré temprano en la mañana.

20 de julio. Visité a Renfield muy temprano, antes de que el guardia hiciera su ronda. Lo encontré levantado y tarareando una tonada. Estaba desparramando en la ventana el azúcar que había guardado, y comenzando manifiestamente su cacería de moscas de nuevo, y comenzándola alegremente y de buena gana. Miré alrededor en busca de sus pájaros, y al no verlos, le pregunté dónde estaban. Replicó, sin darse vuelta, que se habían volado. Había algunas plumas por la habitación y en su almohada, una gota de sangre. No le dije nada, pero fui a pedirle al cuidador que me informara si había algo extraño acerca de él durante el día.

11 a.m. El guardia ha venido a decirme que Renfield ha estado muy enfermo y ha vomitado un montón de plumas.

–Creo, doctor –dijo– que se ha comido sus pájaros, ¡y que los ha comido crudos!

11 p.m. Esta noche le di a Renfield un sedante fuerte, suficiente para hacerlo dormir incluso a él, y tomé su libreta para echarle una mirada. El pensamiento que ha estado rondando por mi cerebro últimamente está completo, y la teoría probada. Mi maniático homicida es de una clase peculiar. Tendré que inventar una nueva clasificación para él y llamarlo "maniático zoófago" (que se alimenta de cosas vivientes); lo que él desea es absorber tantas vidas como pueda, y se ha impuesto la tarea de lograr esto de una manera acumulativa. Le dio muchas moscas a cada araña, y muchas arañas a cada pájaro, y luego quería un gato para que se comiera muchos pájaros. ¿Cuál hubiera sido su siguiente paso? Casi hubiera valido la pena completar el experimento. Podría hacerse si hubiera una causa suficiente. Los hombres se escandalizaron de la vivisección, y, sin embargo, ¡véanse los resultados actuales! ¿Por qué no he de impulsar la ciencia en su aspecto más difícil y vital, el conocimiento del cerebro humano? Si por lo menos tuviese yo el secreto de una mente tal, si tuviese la llave para la fantasía de siquiera un lunático, podría impulsar mi propia rama de la ciencia a un lugar tal que, comparada con ella, la fisiología de Burdon Sanderson o el conocimiento del cerebro de Ferrier, serían poco menos que nada. ¡Si hubiese una causa suficiente! No debo pensar mucho en esto, so pena de caer en la tentación; una buena causa puede trasmutar la escala conmigo, ¿pues no es cierto que yo también puedo ser un cerebro excepcional, congénitamente?

¡Qué bien razonó el hombre! Los lunáticos siempre lo hacen, dentro de su propio ámbito. Me pregunto en cuántas vidas valora a un hombre, o si en solamente una. Ha cerrado la cuenta muy certeramente, y hoy ha empezado una nueva. ¿Cuántos de nosotros comenzamos una cuenta nueva con cada día de nuestras vidas?

Para mí, parece que fue tan sólo ayer cuando mi vida entera terminó con mi nueva esperanza, y realmente empecé una cuenta

nueva. Y así será hasta que el Gran Juez me evalúe y cierre el libro mayor de mi cuenta con un balance de ganancia o pérdida. ¡Oh, Lucy, Lucy, no puedo estar enojado contigo, ni tampoco puedo estar enojado con mi amigo cuya felicidad es la tuya; pero sólo debo esperar sin esperanzas y trabajar. ¡Trabajar! ¡Trabajar!

Si tan sólo pudiera tener un motivo tan fuerte como mi pobre amigo loco, una buena causa, desinteresada, que me hiciera trabajar, eso sería, sin dudas, la felicidad.

Del diario de Mina Murray

26 de julio. Estoy ansiosa y me tranquiliza escribir; es como susurrarse al propio oído y escuchar al mismo tiempo. Además, hay algo acerca de los símbolos taquigráficos que lo vuelve diferente a la escritura normal. Estoy triste por Lucy y por Jonathan. No había tenido noticias de él por algún tiempo, y estaba muy inquieta; pero ayer el querido señor Hawkins, que es siempre tan amable, me envío una carta de él. Yo le había escrito preguntándole si tuvo noticias, y dijo que había recibido justamente la carta adjunta. Es solamente una línea fechada desde el Castillo Drácula , y dice que está justo saliendo hacia casa. No parecen de Jonathan; no lo entiendo, y eso me inquieta. Por otro lado, también está Lucy; está bastante bien, pero últimamente ha vuelto a su antiguo hábito de caminar durante el sueño. Su madre me habló de ello, y hemos decidido que yo voy a cerrar con llave la puerta de nuestro cuarto todas las noches. La señora Westenra tiene la idea de que los sonámbulos siempre salen a caminar por los techos de las casas y a lo largo de las orillas de los precipicios, y luego se despiertan repentinamente y se caen lanzando un grito desesperado que hace eco por todo el lugar. Pobrecita, naturalmente ella está ansiosa por Lucy, y me ha dicho que su marido, el padre de Lucy, tenía el mismo hábito; que se levantaba en las noches y se vestía y salía a pasear, si no era detenido. Lucy va a casarse en otoño, y ya está ocupándose de sus vestidos y de cómo será arreglada su nueva casa. La comprendo, ya que yo haría lo mismo, sólo que Jonathan y yo comenzaremos la

vida de un modo muy sencillo, y tendremos que tratar de arreglarnos. El señor Holmwood –es el honorable Arthur Holmwood, único hijo de lord Godalming– vendrá aquí en poco tiempo, tan pronto como pueda abandonar la ciudad, ya que su padre no está muy bien y pienso que la querida Lucy está contando los minutos hasta que él venga. Quiere llevarlo al asiento en el cementerio del acantilado para mostrarle la belleza de Whitby. Me atrevo a decir que es la espera lo que la preocupa; estará bien cuando él llegue.

27 de julio. Ninguna noticia de Jonathan. Estoy comenzando a sentir preocupación por él, aunque no sé por qué lo haría. De verdad desearía que escribiera por lo menos una simple línea. Lucy deambula más que nunca, y cada noche me despierto por su movimiento en la habitación. Por fortuna, hace tanto calor que no existe posibilidad de que tome un resfriado; pero aun así la ansiedad y el hecho de despertarme permanentemente me están empezando a afectar; sufro de nervios y me paso la noche desvelada. Gracias a Dios, la salud de Lucy sigue bien. El señor Holmwood ha sido llamado de súbito a Ring para ver a su padre, quien ha enfermado de gravedad. Lucy está desolada por el aplazamiento de su visita, pero esto no afectó su aspecto; está un poco más robusta y sus mejillas están encantadoramente sonrosadas. Ha perdido ese aspecto anémico que tenía. Ruego que todo siga así.

3 de agosto. Ha pasado otra semana sin noticias de Jonathan. Tampoco tuvo noticias el señor Hawkins, de quien he recibido comunicación. Oh, lo único que espero es que no esté enfermo. Seguramente habría escrito. Miro su última carta, pero por algún motivo no me satisface. No se lee como si fuera de él, y sin embargo es su escritura. No hay error en ello. Lucy no ha deambulado mucho en la última semana, pero hay una concentración extraña en ella que no logro entender. Prueba la puerta y, cuando descubre que está cerrada, da vueltas por el cuarto en busca de la llave.

6 de agosto. Tres días más sin noticias. Esta espera se está convirtiendo en un calvario. Si por lo menos supiera adónde escribir,

o adónde ir, me sentiría mucho mejor: pero nadie ha oído palabra de Jonathan desde aquella última carta. Sólo debo elevar mis oraciones a Dios pidiéndole paciencia. Lucy está más excitable que nunca, pero por lo demás sigue bien. Anoche hubo un pésimo tiempo, y los pescadores dicen que estamos ante una tormenta. Debo tratar de observar y aprender las señales del clima. Hoy es un día gris. Mientras escribo, el sol se oculta tras gruesas nubes, por encima de Kettleness. A excepción del pasto verde, que parece esmeralda en medio del gris, todo lleva el mismo color: grises, terrosas rocas; nubes grises, teñidas por los rayos del sol en los bordes lejanos, colgando sobre el mar gris, dentro del cual se extienden los bancos de arena como dedos grises. El mar está golpeando sobre los bajíos y las playas arenosas con un estruendo amortiguado en la neblina marina que se deja llevar tierra adentro. El horizonte se pierde en una neblina gris. Todo es vastedad; las nubes están apiladas como rocas gigantes, y hay un murmullo sobre el mar que suena como algún presagio funesto. Hay figuras oscuras en la playa diseminadas por todas partes, algunas veces envueltas en la niebla, y parecen "hombres como árboles caminando". Los barcos pesqueros se apresuran a regresar a casa, y se elevan y se hunden en el oleaje mientras entran en el puerto, inclinándose. Veo venir el viejo señor Swales. Se dirige derecho hacia mí. Por el modo en que levanta su sombrero, entiendo que busca conversación.

Me afectó con intensidad el cambio en el pobre viejo. Cuando se sentó a mi lado, dijo con extrema gentileza:

–Quiero decirle algo, señorita.

Observé que no estaba tranquilo, así que tomé su pobre mano arrugada en la mía y le pedí que hablara con franqueza; así que dijo, dejando su mano en la mía:

–Me temo, mi querida, que debo haberla sobresaltado por todas las cosas infames que he estado diciendo sobre los muertos y todo eso, en las pasadas semanas; pero no quise decirlas, y quiero que lo recuerde cuando me haya ido. A nosotros los viejos, que chocheamos, y estamos con un pie ya en el maldito agujero, no nos agrada pensar para nada en eso, y no queremos sentir miedo al respecto. Ésa es la razón por la cual lo he tomado tan a la ligera,

como para poder alegrar un poco mi propio corazón. Entienda señorita, por el amor de Dios, que no tengo miedo de morir, ni siquiera un poco; sólo que no quiero morir si puedo evitarlo. Mi tiempo debe estar acabándose ahora, pues soy viejo, y cien años es demasiado de lo que cualquier hombre espera, y estoy tan cerca que el Viejo ya está afilando su guadaña. Ya lo ve, no puedo salirme del hábito de reír de todo esto de una vez; las mandíbulas se sacudirán como solían hacerlo. Algún día, pronto, el Ángel de la Muerte hará sonar su trompeta para mí. ¡Pero no se aflija ni se lamente, mi querida! –porque me vio llorando–, si viniera esta misma noche, yo no me rehusaría a responder su llamada. Ya que la vida es, después de todo, sólo la espera de algo más de lo que estamos haciendo, y la muerte es todo aquello de lo que justamente podemos depender. Pero estoy contento, ya que viene hacia mí, mi querida, y viene rápido. Puede estar llegando mientras estamos mirando y haciéndonos preguntas. Puede ser que se encuentre en ese viento del mar que está trayendo consigo desastres y naufragios, y afligidas angustias y corazones tristes. ¡Mire! ¡Mire! –gritó de pronto.

–Hay algo en ese viento y en ese bramido más lejano que suena, y parece, y sabe y huele como la muerte. ¡Está en el aire; la siento venir! ¡Señor, hazme responder con alegría cuando sea la hora de mi llamado! Levantó sus brazos con devoción y alzó su sombrero. Su boca se movió como si estuviera rezando. Luego de unos pocos minutos de silencio, se levantó, me estrechó las manos, y me bendijo, dijo "adiós" y se alejó cojeando. Todo esto me tocó, y me perturbó mucho. Me sentí feliz cuando pasó el guardacostas con su catalejo bajo el brazo. Se detuvo a hablar conmigo, como hace siempre, pero mirando todo el tiempo un barco extraño.

–No puedo distinguirlo –dijo–; es ruso, por su apariencia, pero se está balanceando de un modo muy raro. No sabe qué hacer; parece ver que viene la tormenta, pero no puede decidir si dirigirse al Norte a mar abierto o entrar aquí. ¡Mírelo de nuevo! Lo gobiernan bastante extrañamente, ya que no obedece a la mano sobre el timón, cambia con cada soplo de viento. Tendremos nuevas noticias de él antes de mañana a esta misma hora.

VII

Recorte del Dailygraph, 8 de agosto(pegado en el diario de Mina Murray)

De un corresponsal.

WHITBY– Una de las más grandes y repentinas tormentas que se recuerdan ha tenido lugar en esta ciudad, con resultados extraños y singulares. El clima había estado algo caluroso, pero nada fuera de lo común para el mes de agosto. La noche del sábado fue tan buena como ninguna, y un gran número de veraneantes se presentó ayer para visitar los bosques de Mulgrave, la bahía de Robin Hood, el molino de Rig, Runswick, Staithes y hacer otros variados recorridos por la vecindad de Whitby. Los vapores Emma y Scarborough hicieron excursiones a lo largo de la costa, y hubo una cantidad inusual de viajes desde y hasta Whitby. El día estuvo inusualmente bueno hasta la tarde, cuando algunos de los chismosos que frecuentan el cementerio del acantilado y desde aquella eminencia dominante observan la ancha extensión del mar visible del Norte al Este, llamaron la atención sobre la súbita aparición de "colas de yegua" altas en el cielo, hacia el Noroeste. El viento estaba entonces soplando del Sudoeste, en el grado moderado que en lenguaje barométrico se denomina "Nro.2: brisa ligera". El guardacostas de turno informó de inmediato, y un viejo pescador, que por más de media centuria ha vigilado las señales del clima desde el acantilado Este, pronosticó de una manera enfática la llegada inminente de una tormenta. La cercanía de la puesta del sol era tan bella, tan grandiosa con sus masas de nubes coloreadas espléndidamente, que hubo en efecto una aglomeración de gente en el camino a lo largo del acantilado en el viejo cementerio, para disfrutar de la belleza. Antes de que el sol se hundiera detrás de la negra masa de Kettleness, que se yergue osadamente sobre el cielo occidental, una miríada de nubes de todos los colores de la puesta de sol –fuego, púrpura, rosa, verde, violeta y todos los tintes del oro– marcó su

camino descendente, con aquí y allá masas no muy grandes pero de una negrura aparentemente absoluta, de todas clases de formas, tan bien delineadas como siluetas colosales. Los pintores no se perdieron la experiencia, y sin duda algunos de los bocetos de "Preludio en la Gran Tormenta" decorarán las paredes de R.A. y R.I., en mayo próximo. Más de un capitán decidió allí y entonces que su "coble" o su "mule", como llaman a las diferentes clases de botes, permanecerían en el puerto hasta que la tormenta hubiera pasado. El viento cesó completamente durante la noche y a medianoche había una calma de muerte, un calor bochornoso y esa intensidad predominante que, ante la proximidad del trueno, afecta a las personas de naturaleza sensible. No había más que unas pocas luces a la vista en el mar, pues incluso los vapores costeros, que usualmente navegan muy cerca de la costa, se mantenían mar adentro, y sólo unos pocos botes de pesca estaban a la vista. El único velero visible era una goleta extranjera con todas las velas desplegadas, que parecía dirigirse hacia el Oeste. La temeridad o la ignorancia de sus oficiales fue un tema muy comentado mientras el barco permaneció a la vista, y se hicieron esfuerzos para señalarle que redujera las velas debido al peligro. Antes de que fuera noche cerrada, se lo veía con las velas flameando ociosamente mientras se balanceaba sobre el ondulante oleaje del mar.

"Tan ocioso como un barco pintado sobre un océano pintado".

Poco antes de las diez de la noche la quietud del viento se hizo bastante opresiva, y el silencio era tan marcado que el balido de una oveja tierra adentro o el ladrido de un perro en el pueblo, se escuchaban distintamente; y la banda que tocaba en el muelle, que tocaba una vivaracha marcha francesa, era una disonancia en la gran armonía del silencio de la naturaleza. Un poco después de medianoche llegó un extraño sonido desde el mar, y muy en lo alto comenzó a producirse un retumbo extraño, tenue, hueco.

Entonces, sin previo aviso, irrumpió la tempestad. Con una rapidez que, en aquellos momentos, parecía increíble, y que aún después es inconcebible; todo el aspecto de la naturaleza se volvió de inmediato

convulso. Las olas se elevaron creciendo con furia, cada una sobrepasando a su compañera, hasta que en muy pocos minutos el vidrioso mar de no hacía mucho tiempo estaba rugiendo y devorando como un monstruo. Olas de crestas blancas golpearon salvajemente la arena de las playas y se lanzaron contra los pronunciados acantilados; otras se quebraron sobre los muelles, y barrieron con su espuma las linternas de los faros que se levantaban en cada uno de los extremos de los muelles en el puerto de Whitby. El viento rugía como un trueno, y soplaba con tal fuerza que les era difícil incluso a hombres fuertes mantenerse en pie, o sujetarse con un desesperado abrazo de los puntales de acero. Fue necesario hacer que la masa de curiosos desalojara por completo los muelles, o de otra manera las desgracias de la noche habrían aumentado considerablemente. Por si fueran pocas las dificultades y los peligros que se cernían sobre el poblado, unas masas de niebla marina comenzaron a avanzar hacia la tierra, nubes blancas y húmedas que se extendían de manera fantasmal, tan húmedas, vaporosas y frías que se necesitaba apenas un pequeño esfuerzo de la imaginación para pensar que los espíritus de aquellos perdidos en el mar estaban tocando a sus cofrades vivientes con las viscosas manos de la muerte, y más de una persona sintió temblores y escalofríos al tiempo que las espirales de niebla marina subían tierra adentro. Por unos instantes la niebla se aclaraba y se podía ver el mar a alguna distancia, a la luz de los relámpagos, que ahora se sucedían frecuentemente seguidos por repentinos estrépitos de truenos, tan horrísonos que todo el cielo encima de uno parecía temblar bajo el golpe de la tormenta.

Algunas de las escenas así reveladas eran de una grandeza inconmensurable y de un interés absorbente –el mar, formando montañas en lo alto, lanzaba hacia el cielo con cada ola poderosas masas de espuma blanca que la tempestad parecía arrebatar y arremolinar hacia el espacio; aquí y allá, un bote pesquero, con la vela en jirones, corriendo enloquecidamente en busca de refugio ante el embate del viento; una y otra vez, las alas blancas de alguna ave marina sacudida por la tormenta. En la cima del acantilado del Este, el nuevo reflector estaba listo para usarse, pero aún no había

sido probado. Los oficiales a cargo lo pusieron en funcionamiento, y en los intervalos en que amainaba la bruma, barrían con él la superficie del mar. Una o dos veces su servicio fue más que efectivo, como cuando un bote pesquero con la borda bajo el agua, se precipitó dentro del puerto, pudiendo, gracias a la guía de la luz protectora, evitar el peligro de estrellarse contra los rompeolas. Cada vez que un bote alcanzaba la seguridad del puerto, había un grito de júbilo proveniente de la gente de la costa, un grito que por un momento parecía rajar el vendaval y luego era barrido en su precipitación. Muy pronto, el reflector descubrió a cierta distancia una goleta con todas las velas desplegadas, aparentemente la misma embarcación que había sido avistada más temprano en la tarde. Para entonces, el viento había girado al Este, y hubo un estremecimiento entre los observadores del acantilado cuando se dieron cuenta del terrible peligro que corría la nave ahora. Entre ella y el puerto se extendía el enorme arrecife plano sobre el cual muchos barcos buenos habían sufrido de tanto en tanto, y, con el viento soplando desde este cuadrante, sería totalmente imposible que pudiera embocar el puerto. Era casi la hora de la marea alta, pero las olas eran tan grandes que en su retirada casi se hacían visibles los bajíos de la costa, y la goleta, con todas las velas desplegadas, se precipitaba con tal velocidad que, en palabras de un viejo lobo marino (debería llegar a alguna parte, aunque sólo fuera al infierno). Luego vino otra acometida de niebla marina, más grande que todas las anteriores, una masa de bruma húmeda, que parecía cerrarse sobre todas las cosas como una palia gris, y sólo dejaba el sentido del oído disponible a los hombres, ya que el rugido de la tempestad, y el estallido del trueno, y el estampido de las olas poderosas pasaban a través del ambiente húmedo más fuertemente que antes. Los rayos del reflector estaban fijos en la boca del puerto a través del rompeolas del Este, en donde se suponía que sería la colisión, y los hombres esperaban sin aliento. De repente, el viento viró al Noreste, y los restos de la niebla marina se disolvieron en su ráfaga, y luego, es asombroso de decir, entre los rompeolas, saltando de ola en ola a una velocidad vertiginosa, la extraña goleta pasó ante la ráfaga de viento, con todas las velas desplegadas, y

ganó a salvo el puerto. El reflector la siguió, y un estremecimiento sobrevino a todos los que la vieron, pues amarrado al timón había un cadáver, con la cabeza ladeada que se balanceaba horriblemente a un lado y a otro, a cada movimiento del barco. Ninguna otra forma podía verse sobre la cubierta. Un gran estado de reverencia y temor sobrecogió a todos cuando vieron que el barco, como por milagro, había encontrado el puerto, ¡guiado solamente por las manos de un hombre muerto! No obstante, todo aconteció más rápidamente de lo que lleva escribir estas palabras. La goleta no se detuvo, sino que precipitándose a través del puerto, se lanzó sobre aquella acumulación de arena y grava arrastrada por muchas mareas y tormentas, situada en la esquina Sudeste del rompeolas que sobresale por debajo del acantilado Este, conocido localmente como rompeolas de Tate Hill.

Por supuesto, hubo un impacto considerable cuando la embarcación dio en el banco de arena. Todo palo, amarra y varilla se tensó, y parte de la superestructura se derrumbó. Pero lo más extraño de todo fue que, en el mismo instante en que tocaba la costa, un perro inmenso saltó a cubierta desde abajo, como disparado por el impacto, y corriendo hacia adelante, saltó desde la proa sobre la arena. Enfilando directamente hacia el escarpado acantilado, donde el cementerio cuelga tan empinadamente sobre la vereda que va al rompeolas oriental, que algunas de las lápidas chatas –"piedras atravesadas", como las llaman en Whitby en lengua vernácula– sobresalen, en efecto, en donde el acantilado se ha caído, el perro desapareció en la oscuridad que parecía intensificada justo más allá del foco del reflector.

Sucedió casualmente que en ese momento no había nadie sobre el rompeolas de Tate Hill, ya que todos aquellos cuyas casas están en la proximidad estaban acostados o habían ido a las zonas elevadas. Así, el guardacostas de turno en el lado oriental del puerto, quien de inmediato bajó al pequeño rompeolas, fue el primero en trepar a bordo. Los hombres que manejaban el reflector, luego de recorrer la entrada del puerto sin ver nada, volvieron la luz sobre el barco encallado y la mantuvieron allí. El guardacostas corrió a popa, y cuando llegó al lado del timón, se inclinó para examinarlo y

retrocedió de inmediato como bajo una emoción repentina. Esto pareció picar la curiosidad general, y un gran número de gente comenzó a correr. Hay un buen trecho desde el acantilado occidental por el puente levadizo hasta el rompeolas de Tate Hill, pero vuestro corresponsal es un corredor medianamente bueno, y fue bien a la cabeza de la multitud. Cuando llegué, sin embargo, encontré ya reunida sobre el rompeolas una muchedumbre a la que el guardacostas y la policía no permitían subir a bordo. Por la cortesía del jefe de los boteros, se me permitió, como vuestro corresponsal, trepar a cubierta, y *fui uno de los integrantes de un pequeño grupo que vio a aquel hombre de mar amarrado, en efecto, al timón.*

No era de extrañar que el guardacostas estuviera sorprendido, o incluso pasmado, ya que tal espectáculo no puede haberse visto con frecuencia. El hombre estaba simplemente sujeto por sus manos, atada una sobre la otra, a uno de los radios del timón. Entre la mano interna y la madera, había un crucifijo, y el rosario al que éste estaba sujeto rodeaba sus muñecas y el timón, y todo permanecía sujeto por cuerdas ceñidas. El pobre tipo debe haber estado sentado en algún momento, pero el aleteo y las sacudidas de las velas habían afectado la rueda del timón y lo habían arrastrado a un lado y a otro, de manera que las cuerdas con las que estaba atado habían cortado la carne hasta el hueso. Se hizo una exacta nota del estado de cosas, y un doctor –el cirujano J. M. Caffin, of 33, East Elliot Place– que vino inmediatamente después de mí, declaró, luego de hacer el examen, que el hombre debió haber estado muerto desde por lo menos dos días. En su bolsillo, cuidadosamente tapada con un corcho, había una botella vacía, salvo por un pequeño rollo de papel, que resultó ser el apéndice de la bitácora. El guardacostas dijo que el hombre debió haberse atado él mismo las manos, sujetando los nudos con sus dientes. El hecho de que el guardacostas fuera el primer hombre a bordo puede evitar muchas complicaciones más tarde en la Corte del Almirantazgo, pues los guardacostas no pueden reclamar el salvamento que es el derecho del primer civil que entra en un barco encallado. Sin embargo, ya están batiéndose las lenguas legales, y un joven estudiante de leyes está afirmando a voz en cuello que los derechos del propietario ya

están completamente sacrificados, siendo su propiedad retenida en contravención a los estatutos de mano muerta, porque la caña del timón, como emblema, si no prueba de posesión delegada, está sostenida por una mano muerta. No hace falta decir que el timonel muerto ha sido reverentemente retirado del lugar donde sostuvo su honorable vigilancia y tutela hasta la muerte –una firmeza tan noble como aquélla del joven Casabianca– y ubicado en la morgue en espera de la encuesta.

La repentina tormenta ya está pasando, y su ferocidad, disminuyendo; la multitud se dispersa hacia sus casas y el cielo está comenzando a ruborizarse sobre los campos de Yorkshire. A tiempo para vuestro próximo ejemplar, enviaré más detalles del barco encallado que tan milagrosamente encontró su camino al puerto en la tormenta.

***9 de agosto.** WHITBY.– La secuela del extraño arribo del barco encallado en la tormenta la noche pasada es casi más espantosa que la cosa en sí misma. Resulta que se trata de una goleta rusa de Varna, y se llama Demeter. Está casi enteramente llena de lastre de arena fina, con solamente una pequeña cantidad de carga –un número de grandes cajas llenas con tierra vegetal. Esta carga estaba consignada a un procurador de Whitby, el señor S. F. Billington, de The Crescent, número 7, quien esta mañana subió a bordo y tomó formalmente posesión de los bienes a él consignados. También el cónsul ruso, actuando de parte del fletador, tomó posesión formal del barco, y pagó todos los impuestos del puerto, etc. Hoy no se habla de nada por aquí, excepto de la extraña coincidencia; los oficiales de la Cámara de Comercio han sido muy rigurosos en asegurarse de que cada formalidad se ha cumplido de acuerdo con las regulaciones existentes. Como el asunto va a ser un "milagro de nueve días", están evidentemente decididos a que no haya ninguna causa de queja posterior. Se manifestó bastante interés en lo concerniente al perro que desembarcó al estrellarse el barco, y numerosos miembros de la S.P.C.A, que es muy fuerte en Whitby, han tratado de proteger al animal. No obstante, para desilusión general, no se lo ha encontrado; parece haber desaparecido por*

completo del pueblo. Tal vez se asustó y se fue hacia terrenos baldíos, en donde aún se oculta aterrorizado. Hay algunos que contemplan con temor tal posibilidad, ya que más tarde podría convertirse en un peligro, dado que se trata evidentemente de una fiera brutal. Temprano esta mañana, un perro enorme, mestizo de mastín, perteneciente a un comerciante de carbón cercano al rompeolas de Tate Hill, fue hallado muerto en la carretera opuesta al patio de su dueño. Había estado luchando, y tuvo un oponente manifiestamente salvaje, ya que su garganta estaba desgarrada, y su panza abierta por un corte como hecho por una garra salvaje.

Más tarde. Por la gentileza del inspector de la Cámara de Comercio, se me ha permitido examinar el cuaderno de bitácora del Demeter, que estaba actualizado hace tres días, pero no contenía nada de interés especial, excepto lo relacionado con los hombres perdidos. Sin embargo, el mayor interés se relaciona con el papel encontrado en la botella, el que hoy fue presentado en la encuesta; y nunca se me ha atravesado una narración más extraña que las dos reveladas entre el cuaderno y el rollo. Como no hay motivo para el encubrimiento, se me permite usarlos, y por lo tanto, os envío una transcripción, omitiendo simplemente detalles técnicos de marinería y sobrecargo. Casi parece como que el capitán hubiera sido atrapado por una especie de manía antes de adentrarse en altamar, y que esto se hubiera desarrollado persistentemente a lo largo del viaje. Por supuesto, mi testimonio debe ser tomado cum grano*, ya que estoy escribiendo a partir del dictado de un empleado del cónsul ruso, quien lo tradujo amablemente para mí, en muy poco tiempo.*

Cuaderno de bitácora del Demeter

De Verna a Whitby

Escrito el 18 de julio. Pasan cosas extrañas de las que mantendré de aquí en adelante una detallada información hasta que lleguemos a tierra.

El 6 de julio terminamos de embarcar el cargamento, arena de plata y cajas con tierra. Por la tarde zarpamos. Viento del Este, fresco. Tripulación, cinco manos..., dos oficiales, cocinero y yo (capitán).

El 11 de julio al amanecer entramos al Bósforo. Subieron a bordo empleados turcos de la aduana. Propinas. Todo correcto. Reanudamos viaje a las 4 p. m.

El 12 de julio, a través de los Dardanelos. Más oficiales de guardia y el bote del escuadrón de guardia. Propinas otra vez. Trabajo de los oficiales minucioso, pero rápido. Querían que nos fuéramos pronto. Al anochecer entramos en el archipiélago.

El 13 de julio pasamos Cabo Matapán. La tripulación insatisfecha por algo. Parecían asustados, pero no hablarían.

El 14 de julio comencé a inquietarme por la tripulación. Los hombres son todos tipos leales, que navegaron conmigo anteriormente. El oficial no podía averiguar qué andaba mal; le dijeron que había algo, y se persignaron. El oficial perdió la paciencia con uno de ellos y lo golpeó. Esperaba una feroz pelea, pero todo estuvo calmo.

El 16 de julio, el oficial reportó en la mañana que había desaparecido uno de la tripulación: Petrofsky. No pudo contar más de él. Tomó la guardia de babor a las ocho anoche; fue relevado por Abramoff, pero no fue a su litera. Los hombres, más abatidos que nunca. Todos dijeron que esperaban algo por el estilo, pero no dirían más que había *algo* a bordo. El oficial se impacientó mucho con ellos; temí algún problema en puerta.

El 17 de julio, ayer, uno de los hombres, Olgaren, vino a mi cabina, y de un modo pavoroso me confió que pensaba que había un hombre extraño a bordo del barco. Dijo que durante su guardia había estado protegido detrás de la cámara de cubierta, a raíz de la tormenta, cuando vio a un hombre alto, flaco, que no era como

ninguno de la tripulación, venir por el camino de la cámara de cubierta, seguir hacia adelante por cubierta, y de-saparecer. Lo siguió cautelosamente, pero cuando llegó cerca de proa, no encontró a nadie, y las escotillas estaban todas cerradas. Tenía un pánico de tipo supersticioso, y me temo que el pánico pueda diseminarse. Para aliviarlo, hoy registraré el barco entero cuidadosamente, de proa a popa.

Más tarde en el día, reuní a la tripulación completa, y les dije que como ellos pensaban evidentemente que había alguien en el barco, lo registraríamos de proa a popa. El primer oficial, enojado, dijo que era una tontería y que ceder ante tan tontas ideas desmoralizaría a los hombres; dijo que se comprometería a mantenerlos fuera de problemas con un garrote. Lo dejé tomar el timón, mientras el resto comenzó la esmerada búsqueda, uno al lado del otro, con linternas; no dejamos rincón sin registrar. Como teníamos sólo las grandes cajas de madera, no había rincones raros en los que pudiera ocultarse un ser humano. Los hombres se sintieron aliviados cuando terminó la búsqueda, y volvieron a trabajar alegremente. El primer oficial frunció el ceño, pero no dijo nada.

22 de julio. Tiempo borrascoso en los últimos tres días, y todas las manos ocupadas con las velas. No hay tiempo de atemorizarse. Los hombres parecen haber olvidado su espanto. El oficial alegre nuevamente, y todos en buenos términos. Elogios a los hombres por trabajar con mal tiempo. Pasado Gibraltar y atrás el estrecho. Todo bien.

24 de julio. Parece haber alguna mala suerte sobre este barco. Ya tuvimos una baja, y entrando en la Bahía de Vizcaya con tiempo fiero por delante, y anoche otro hombre perdido –de-saparecido. Como el primero, salió de su guardia y no fue visto de nuevo. Todos los hombres están muertos de pánico; ordené que se hiciera doble guardia, ya que temían estar solos. El oficial se muestra violento. Temo que habrá algún problema, ya que él o los hombres se violentarán.

28 de julio. Cuatro días en el infierno, golpeando en una suerte de torbellino, con viento tempestuoso. No hay descanso para nadie. Todos los hombres están agotados. Difícil saber cómo montar guardia, si nadie puede seguir. El segundo oficial se ofreció voluntariamente a conducir y vigilar, y dejó que los hombres trataran de tomar unas pocas horas de sueño. El viento amaina; el mar está aún terrorífico, pero se siente menos, ya que el barco está más estable.

29 de julio. Otra tragedia. Tuvimos guardia simple anoche, pues la tripulación estaba demasiado cansada para doblarla. Cuando la guardia de la mañana fue a cubierta no encontró a nadie, excepto al timonel. Se oyeron los gritos, y todos fueron a cubierta. Búsqueda completa, pero nadie fue encontrado. Ahora estamos sin segundo oficial, y la tripulación aterrada. El primer oficial y yo acordamos ir armados de ahora en más y esperar cualquier señal.

30 de julio. Última noche. Regocijados por acercarnos a Inglaterra. Buen tiempo, todas las velas desplegadas. Me retiré a dormir agotado; dormí profundamente; me despertó el oficial diciéndome que habían desaparecido dos hombres de guardia y el timonel. Sólo yo y el oficial y dos marineros para el trabajo del barco.

1º de agosto. Dos días de niebla, y ni una vela a la vista. Había esperado que una vez en el canal inglés pudiéramos hacer señales de ayuda o entrar en alguna parte. No pudiendo maniobrar las velas, tenemos que andar viento en popa. No me atrevo a arriarlas, pues no podría izarlas de nuevo. Parecemos estar a la deriva hacia algún destino terrible. Ahora, el oficial está más desmoralizado que cualquiera de ellos. Su naturaleza –más fuerte que la de los demás– parece haber trabajado internamente en su contra. Los hombres están más allá del miedo, trabajando imperturbables y pacientes, con las mentes preparadas para lo peor. Ellos son rusos; él, rumano.

2 de agosto, medianoche. Me levanté luego de unos minutos de sueño al oír un grito, aparentemente al otro lado de mi puerta. No

pude ver nada en la niebla. Fui rápidamente a cubierta y me topé con el oficial. Me dice que oyó gritar y corrió, pero no había señales del hombre de guardia. Uno más que se ha ido. ¡Señor, ayúdanos! El oficial dice que debemos haber pasado el estrecho de Dover, pues en un momento en que se levantó la niebla, vio el Cabo Norte, justo cuando oyó al hombre gritar. Si es así, estamos ahora en el mar del Norte, y solamente Dios puede guiarnos en la niebla que parece moverse con nosotros, y Dios parece habernos abandonado.

3 de agosto. A medianoche fui a relevar al hombre del timón, pero cuando llegué, no encontré a nadie allí. El viento estaba calmo, y como corríamos ante él, no había movimiento. No me atreví a dejarlo, así que le grité al oficial. Luego de unos pocos segundos, se precipitó a cubierta en ropa interior. Se lo veía con ojos salvajes y despavoridos, y mucho me temo que la razón lo haya abandonado. Se me acercó y murmuró con voz ronca, con su boca en mi oído, como temiendo que el mismo aire pudiera escucharlo:

–Está aquí. Ahora lo sé. Durante la guardia de anoche lo vi, es como un hombre, alto y flaco, y de una palidez cadavérica. Estaba en la proa, y miraba a lo lejos. Me deslicé detrás de Eso, y le di con mi cuchillo, pero el cuchillo pasó a través de Él, vacío como el aire.

Y mientras hablaba, tomó su cuchillo y lo movió salvajemente en el espacio. Luego, continuó:

–Pero Eso está aquí, y lo encontraré. Tal vez esté en la bodega, en una de esas cajas. Las desatornillaré una por una y veré. Usted maneje el timón.

Y, con mirada de advertencia y su dedo en el labio, se fue abajo. Estaba levantándose un viento agitado, y yo no podía dejar el timón. Lo vi salir a cubierta de nuevo con una caja de herramientas y una linterna, y bajar por la escotilla de atrás. Está loco, loco de remate, y es inútil que trate de detenerlo. No puede dañar esas grandes cajas: están siendo enviadas como "arcilla", y tirar de ellas es la cosa más inofensiva que puede hacer. Así que aquí estoy, y me ocupo del timón, y escribo estas notas. Sólo puedo confiar en Dios y esperar a que la niebla se aclare. Luego, si no puedo dirigirme hacia ningún

puerto con el viento que hay, arriaré las velas y así me quedaré, y haré señales pidiendo ayuda…

Todo está ahora a punto de terminar. Justo cuando estaba empezando a esperar que el oficial saliera más calmado –ya que lo escuché golpeando algo allá en la bodega, y el trabajo le hace bien– subió por la escotilla un repentino alarido sobrecogedor, que me hizo helar la sangre, y el oficial volvió a cubierta como disparado por un arma –un hombre loco rabioso, con sus ojos desorbitados y su rostro transformado por el miedo.

–¡Sálveme! ¡Sálveme! – gritó, y luego miró alrededor sobre el manto de niebla. Su horror se convirtió en desesperación, y dijo con voz firme:

–Haría bien en venir usted también, capitán, antes de que sea demasiado tarde. Él está allí. Conozco el secreto ahora. El mar me salvará de Él, ¡y es todo lo que queda!

Antes de que yo pudiera decir una palabra, o moverme hacia adelante para asirlo, saltó por la borda y deliberadamente se tiró al mar. Supongo que también conozco el secreto ahora. Fue este hombre loco quien se deshizo de los hombres uno por uno, y ahora él mismo los siguió. ¡Dios me ayude! ¿Cómo voy a explicar todos estos horrores cuando llegue a puerto? ¡*Cuando* llegue a puerto! ¿Sucederá alguna vez?

4 de agosto. Todavía niebla, que el sol no puede atravesar. Sé que el sol ha ascendido porque soy marinero, pero no sé por qué otros motivos. No me atrevo a ir abajo; no me atrevo a abandonar el timón; así es que pasé aquí toda la noche, y en la velada oscuridad de la noche lo vi, ¡a él! Dios me perdone, pero el oficial tuvo razón al saltar por la borda. Era mejor morir como un hombre; la muerte de un marinero en las azules aguas del mar no puede ser objetada por nadie. Pero yo soy el capitán, y no puedo abandonar mi barco. Pero yo frustraré a este enemigo o monstruo, pues cuando las fuerzas comiencen a fallarme ataré mis manos al timón, y junto con ellas ataré eso a lo cual esto –¡él!– no se atreve a tocar; y entonces, venga buen viento o mal viento, salvaré mi alma y mi honor de capitán. Me estoy debilitando, y la noche se acerca. Si puede verme

otra vez a la cara puede ser que no tenga tiempo de actuar... Si naufragamos, tal vez se encuentre esta botella, y aquellos que me encuentren comprenderán; si no... Bien, entonces todos los hombres sabrán que he sido fiel a mi juramento. Dios y la Virgen Santísima y los santos ayuden a una pobre alma ignorante que trata de cumplir con su deber...

Por supuesto, el veredicto fue de absolución. No hay evidencia que aducir; y si fue el hombre mismo quien cometió los asesinatos, o no fue él, es algo que nadie puede atestiguar. El pueblo aquí sostiene casi universalmente que el capitán es simplemente un héroe, y se le va a enterrar con todos los honores. Ya está arreglado que su cuerpo debe ser llevado con un tren de botes por un trecho a lo largo del Esk, y luego será traído de regreso hasta el muelle de Tate Hill y subido por la escalinata hasta la abadía; pues se ha dispuesto que sea enterrado en el cementerio de la iglesia, sobre el acantilado. Los propietarios de más de cien barcazas ya han dado sus nombres, señalando que desean seguir el corárbol fúnebre del capitán.

No se encontró ningún rastro del enorme perro, lo cual es una pena, ya que, en el estado actual de la opinión pública, creo que sería adoptado por el pueblo. Mañana veremos el funeral y así terminará este otro "misterio del mar".

Del diario de Mina Murray

8 de agosto. Lucy se comportó con mucha intranquilidad durante toda la noche, y yo tampoco pude dormir. La tormenta fue terrible, y mientras retumbaba con intensidad entre los tiestos de la chimenea, comencé a temblar. Al llegar una fuerte ráfaga de viento, parecía el disparo de un cañón distante. Es extraño, pero Lucy no se despertó. En cambio, se levantó dos veces y se vistió. Por fortuna, en cada ocasión me desperté a tiempo y me las arreglé para desvestirla sin despertarla, metiéndola otra vez en la cama. Es cosa muy rara este su sonambulismo, pues tan pronto como su voluntad es frustrada de cualquier manera física, su intención, si es que la tiene, desaparece, y se entrega casi exactamente a la rutina de su vida. Temprano en la

mañana, ambas nos levantamos y bajamos al puerto para ver si había pasado algo durante la noche. Había muy poca gente por ahí; aunque el sol brillaba y el aire era claro y fresco, las grandes, siniestras olas, que parecían oscuras en comparación con la espuma que las coronaba como nieve, se forzaban a entrar en la estrecha boca del puerto como un matón abriéndose paso entre la multitud. De alguna manera me sentí alegre de que Jonathan no estuviera en el mar anoche, sino en tierra. Pero, oh, ¿está en tierra o en el mar? ¿Dónde está? ¿Cómo está? Estoy sintiendo mucha ansiedad por saber de él. ¡Si tan solo supiera qué hacer y pudiera hacerlo!

10 de agosto. Los funerales de hoy del pobre capitán resultaron muy conmovedores. Todos los botes del puerto parecían haberse dado encuentro en ese lugar. El féretro fue llevado en hombros por capitanes todo el camino, desde el muelle de Tate Hill hasta el cementerio de la iglesia. Lucy estuvo conmigo; muy temprano fuimos a nuestro viejo asiento, mientras el corárbol de botes remontó el río hasta el viaducto y luego descendió nuevamente. Tuvimos una vista magnífica y vimos la procesión casi durante todo el viaje. Al pobre hombre lo pusieron a descansar cerca de nuestro asiento, de tal manera que nosotras nos paramos y, cuando llegó la hora, pudimos verlo todo. La pobre Lucy estaba muy conmocionada. Todo el tiempo se mostró nerviosa e inquieta; no puedo dejar de pensar que sus sueños nocturnos la están afectando. Hay algo muy raro: no quiere aceptar que existe un motivo para su desasosiego; o si hay algún motivo, ella misma no es capaz de comprenderlo. Hay algo más, además: el pobre anciano, el señor Swales, fue encontrado muerto esta mañana en nuestro asiento, con la nuca quebrada. Como dijo el médico, evidentemente se habría caído del asiento por algún susto, ya que tenía tal expresión de miedo y horror en el rostro que los hombres dijeron que los hizo estremecer. ¡Pobre querido viejo! ¡Tal vez haya visto a la Muerte con sus ojos moribundos! Lucy es tan dulce y sensible que siente las influencias con mayor intensidad que otra gente. De hecho, hace unos momentos estaba perturbada por una insignificancia a la que yo no presté demasiada atención, aunque a mí misma me gustan mucho

los animales. Uno de los hombres que sube aquí con frecuencia para cuidar los botes, fue seguido por su perro. El perro está siempre con él. Ambos son tranquilos, y yo nunca vi al hombre enojarse, ni escuché al perro ladrar. Durante el servicio el perro no quiso acercarse a su dueño, que estaba sobre el asiento con nosotras, sino que se mantuvo a unos cuantos metros de distancia, ladrando y aullando. Su dueño le habló primero con suavidad, luego en tono más áspero; por último, lo hizo con enojo. El animal no quiso acercarse ni cesó de hacer ruido. Parecía ser presa de una posesión de rabia; sus ojos brillaban con ferocidad y su pelaje estaba erizado como la cola de un gato cuando se apresta a la riña. Finalmente, también el hombre fue poseído por la rabia: saltó del asiento y le dio puntapiés al perro; luego lo tomó por el pescuezo, lo arrastró y lo tiró sobre la lápida en la cual está montado el asiento. Apenas tocó la piedra, el pobre animal se calmó y comenzó a temblar. No trató de irse, sino que se acurrucó, tembloroso y acobardado, y estaba en tal estado lastimoso de terror que traté de reconfortarlo, aunque sin efecto. Lucy sentía mucha lástima también, pero no intentó tocar al perro, sino que lo miraba de un modo agonizante. Me temo que la naturaleza de Lucy es demasiado sensible como para avanzar en este mundo sin sufrir. Estoy segura de que soñará con todo esta noche. La aglomeración entera de cosas –el barco conducido al puerto por un hombre muerto; su actitud, atado al timón con un crucifijo y un rosario; el conmovedor funeral; el perro, ya furioso y ya aterrado– todo aportará material para sus sueños.

Creo que lo mejor para ella sería retirarse a su cama una vez que esté cansada lo necesario, de modo que la llevaré a dar una larga caminata por los acantilados de la bahía de Robin Hood, y luego de regreso. Sospecho que después de eso no tendrá muchos deseos de una caminata dormida.

VIII

Del diario de Mina Murray

Mismo día, 11 en punto p.m. ¡Oh, estoy extenuada! Si no fuera porque he decidido que escribir en mi diario todas las noches debe ser una obligación, hoy no lo abriría. El paseo fue encantador. Al cabo de pocos minutos, Lucy estaba de mejor humor, debido, supongo, a unas vacas que llegaron a olfatearnos en el campo cerca del faro, y nos sacaron completamente de quicio. Creo que olvidamos todo, excepto, desde luego, los temores personales, y fue como si borráramos por completo la pizarra para comenzar de nuevo. Tuvimos un té excelente en la bahía de Robin Hood, en una dulce y pequeña posada de estilo antiguo, con un ventanal justo sobre las rocas cubiertas de algas de la costa. Creo que la "mujer nueva" se habría escandalizado de nuestro apetito. ¡Los hombres son más tolerantes, alabados sean! Luego caminamos de regreso a casa, hicimos alguna –mejor dicho, varias– paradas para descansar. Todo el tiempo íbamos con miedo a los toros salvajes. Lucy estaba realmente cansada y nuestra intención era meternos en la cama tan pronto como fuera posible. Sin embargo, llegó el joven cura y la señora Westenra lo invitó a quedarse para la cena. Lucy y yo, las dos juntas, tuvimos una pelea por ello; yo sé que de mi parte fue una pelea muy dura, y soy bastante heroica. Pienso que algún día los obispos deberían reunirse para estipular la existencia de una nueva clase de pastores que no se queden a cenar, sin importar cuánto se los presione para que lo hagan, y que sepan reconocer cuando una mujer está cansada. Lucy duerme; su respiración es suave. Sus mejillas están más coloridas que lo habitual. ¡Se la ve tan dulce! Si el señor Holmwood se enamoró de ella viéndola solamente en el salón, me pregunto qué diría si la viera ahora. Algunas de las escritoras del movimiento de la "mujer nueva" pondrán en marcha algún día la idea de que se permitirá a los hombres y mujeres verse mutuamente dormidos, antes de proponer o aceptar matrimonio. Sin embargo,

supongo que la "mujer nueva" no condescenderá a aceptar en el futuro; ella misma hará la propuesta. ¡Y, además, hará de ello un buen trabajo! Hay cierto consuelo en eso. Estoy tan feliz esta noche, porque la querida Lucy se ve mejor. Realmente, creo que ha "doblado la esquina", y que superamos los problemas con el sueño. Me encontraría feliz por completo si supiera si Jonathan… Dios lo bendiga y proteja.

11 de agosto, 3 a.m. No tengo sueño, por lo que mejor será que escriba. Estoy demasiado agitada para poder dormir. Hemos tenido una aventura extraordinaria; una experiencia muy dolorosa. Me quedé dormida tan pronto como cerré mi diario...

Repentinamente desperté del todo, y me senté, con una terrible sensación de miedo en todo el cuerpo; con un sentimiento de vacío alrededor de mí. El cuarto estaba a oscuras, por lo que no podía ver la cama de Lucy; me acerqué a ella y la busqué a tientas. La cama estaba vacía. Encendí un fósforo, y descubrí que no estaba en la habitación. La puerta estaba cerrada, pero no con llave, como yo la había dejado. Temí despertar a su madre, quien últimamente ha estado más enferma que de costumbre, así que me puse alguna ropa y estuve lista para salir a buscarla. Cuando estaba abandonando el cuarto, se me ocurrió que las ropas que ella vestía podían darme alguna clave de sus intenciones sonámbulas. El salto de cama significaría que estaría en casa; los vestidos, afuera. El salto de cama y los vestidos estaban ambos en su lugar.

–Gracias a Dios –me dije–, no puede estar lejos, si sólo viste su camisón.

Bajé corriendo las escaleras y miré la sala. ¡No estaba allí! Entonces miré en todas las demás habitaciones abiertas de la casa, con un miedo creciente que me helaba el corazón. Finalmente, fui al vestíbulo y encontré abierta la puerta de entrada. No estaba abierta del todo, pero el pestillo de la cerradura no estaba corrido. La gente de la casa siempre es muy cuidadosa al cerrar la puerta todas las noches, por lo que temí que Lucy se hubiera ido tal como andaba. No había tiempo para pensar en lo que pudiera ocurrir; un miedo vago, invencible, oscureció todos los detalles. Tomé un chal grande y

pesado, y corrí hacia afuera. El reloj estaba dando la una cuando estaba en la Creciente, y no había ni un alma a la vista. Corrí a lo largo de la Terraza Norte, pero no pude ver señales de la blanca figura que esperaba encontrar. Al borde de West Cliff, sobre el muelle, miré a través del puerto hacia East Cliff, con la esperanza o el temor, no sé cuál, de ver a Lucy en nuestro asiento favorito. Había una luna llena, brillante, con rápidas nubes negras y pesadas, que daban a toda la escena una diorama de luz y sombra a medida que cruzaban navegando; por unos instantes no pude ver nada, pues la sombra de una nube oscurecía la iglesia de Santa María y todo su alrededor. Luego, al pasar la nube, pude ver las ruinas de la abadía que se hacían visibles; y cuando una estrecha franja de luz tan aguda como filo de espada pasó a lo largo, pude ver a la iglesia y el cementerio de la iglesia aparecer dentro del campo de luz. Cualquiera que haya sido mi expectación, no fue defraudada, pues allí, en nuestro asiento, la plateada luz de la luna iluminó una figura a medias reclinada, blanca como la nieve. La llegada de la nube fue demasiado rápida para mí, y no me permitió ver mucho, pues las sombras cayeron sobre la luz casi de inmediato; pero me pareció como si algo oscuro estuviera detrás del asiento donde brillaba la figura blanca, y se inclinaba sobre ella. Si era hombre o bestia, es algo que no puedo decir. No esperé a echar otra ojeada, sino que bajé volando los empinados escalones hacia el rompeolas y corrí a lo largo del mercado de pescado hacia el puente, que era el único camino para llegar al acantilado del este. El pueblo parecía como muerto, ya que no vi ni un alma; me alegré de que así fuera, ya que no quería testigos del estado de la pobre Lucy. El tiempo y la distancia parecían interminables, y las rodillas me temblaban y la respiración se me hacía más difícil a medida que subía trabajosamente los interminables escalones hacia la abadía. Debí haber ido rápido, y sin embargo parecía como si me hubieran puesto plomo en los pies, y como si cada articulación de mi cuerpo estuviera oxidada. Cuando casi había alcanzado la cima, pude ver el asiento y la figura blanca, pues ahora estaba lo suficientemente cerca como para distinguirlos, aun a través del hechizo de las

sombras. Indudablemente había algo, largo y negro, inclinándose sobre la figura blanca medio reclinada. Llamé asustada:

–¡Lucy! ¡Lucy! –y esa cosa levantó la cabeza, y desde donde yo estaba pude ver una cara blanca y unos ojos colorados, centellantes. Lucy no contestó, y yo corrí hacia la entrada del cementerio. Al entrar, la iglesia se interponía entre el asiento y yo, y por un minuto más o menos, perdí de vista a Lucy. Cuando apareció de nuevo, había pasado una nube y la luz de la luna iluminaba de un modo tan brillante que pude ver a Lucy medio reclinada, con la cabeza recostada sobre el respaldo del asiento. Estaba completamente sola, y no había ningún rastro de cosa viviente alrededor.

Cuando me incliné sobre ella pude ver que todavía dormía. Sus labios estaban abiertos, y ella estaba respirando, pero no con la suavidad acostumbrada, sino a grandes y pesadas boqueadas, como si tratara de llenar plenamente sus pulmones a cada respiro.

Al acercarme, subió la mano y tiró del cuello de su camisón de dormir, como si sintiera frío. Sin embargo, siguió dormida. Yo puse el caliente chal sobre sus hombros, amarrándole fuertemente las puntas alrededor del cuello, pues temía mucho que fuese a tomar un mortal resfrío del aire de la noche, así casi desnuda como estaba. Temí despertarla de golpe, por lo que, para poder tener mis manos libres para ayudarla, le sujeté el chal cerca de la garganta con un imperdible de gran tamaño; pero en mi ansiedad debo haber obrado de manera torpe y la pinché con él, porque al poco rato, cuando su respiración se hizo más regular, se llevó otra vez la mano a la garganta y gimió. Una vez que la hube envuelto con cuidado, puse mis zapatos en sus pies y comencé a despertarla con mucha suavidad. En un principio no respondía: pero gradualmente se volvió más y más inquieta en su sueño, gimiendo y suspirando ocasionalmente. Al fin, como el tiempo pasaba rápido, y por muchas otras razones, yo deseaba llevarla a casa de inmediato, la sacudí con más fuerza, hasta que finalmente abrió los ojos y se despertó. No pareció sorprenderse al verme, ya que, por supuesto, no se dio cuenta de inmediato del lugar en el que estaba. Lucy siempre se despierta bien, e incluso en aquel momento, cuando su cuerpo debe haber estado helado de frío y su mente algo aterrorizada por verse

despertar desabrigada en un cementerio por la noche, no perdió su gracia. Tembló un poco y se aferró a mí; cuando le dije que viniera de inmediato conmigo a casa, se levantó sin una palabra, con la obediencia de un niño. A medida que avanzábamos, la grava me lastimaba los pies, y Lucy notó mi dolor. Se detuvo e insistió en devolverme los zapatos, pero no quise. No obstante, cuando llegamos al sendero fuera del cementerio, en donde había un charco de agua que quedaba de la tormenta, me unté los pies con lodo, uno con otro, para que en el camino a casa, en caso de que nos encontráramos con alguien, nadie notara mis pies descalzos.

La suerte estuvo de nuestro lado y llegamos a casa sin encontrar un alma. En una ocasión vimos a un hombre –que no parecía sobrio– pasando por una calle frente a nosotras, pero nos ocultamos en una puerta hasta que había desaparecido por una abertura como las que hay aquí, callejones pequeños y empinados, o *wynds,* como los llaman en Escocia. Mi corazón latía tan fuerte todo el tiempo que, en ocasiones, pensé que me desvanecería. Estaba muy nerviosa por Lucy, no sólo por su salud, que sufriría por haber estado expuesta, sino también por su reputación en caso de que la historia se propagara. Cuando llegamos, y nos habíamos lavado los pies, y rezado juntas una plegaria de agradecimiento, la arropé en la cama. Antes de dormir, me pidió –incluso me imploró– que no dijera una palabra a nadie, menos a su madre, acerca de su aventura de sonámbula. Al principio dudé prometerlo, pero pensando en el estado de salud de su madre, y cómo la preocuparía el conocimiento de una cosa semejante, y pensando también cómo una historia semejante podría ser tergiversada –no, infaliblemente lo sería– en caso de que se supiera, pensé que era más sabio prometerlo. Espero haber hecho lo correcto. He cerrado la puerta, y la llave está atada a mi muñeca, así que tal vez no vuelva a molestarme. Lucy duerme profundamente; el reflejo del amanecer aparece alto y a lo lejos, sobre el mar.

El mismo día, al mediodía. Todo marcha a la perfección. Lucy durmió hasta que la desperté y pareció que ni siquiera había cambiado de lado. La aventura de la noche no parece haberle

causado ningún daño; por el contrario, la ha beneficiado, pues está mucho mejor esta mañana que en las últimas semanas. Sentí pena cuando noté que mi torpeza con el imperdible la había herido. De hecho, pudo haber sido algo serio, pues la piel de su garganta estaba agujereada. Debo haber agarrado un pedazo de piel con el imperdible, atravesándolo, ya que tiene dos pequeños puntos rojos como agujeritos de alfiler, y sobre el cuello de su camisón de noche había una gota de sangre. Cuando le pedí perdón y mostré mi preocupación, Lucy rió y me consoló; dijo que ni siquiera lo había sentido. Por fortuna no le quedará cicatriz, pues se trata de orificios minúsculos.

El mismo día, por la noche. Tuvimos un día feliz. El aire estaba claro, el sol brillaba y soplaba una brisa fresca. Fuimos a almorzar al bosque de Mulgrave; la señora Westenra fue andando por la carretera, y Lucy y yo caminamos por el sendero del acantilado para unirnos a ella en la verja. Yo me sentía un poco triste, ya que no podía sino sentir cuán *absolutamente* feliz habría estado si Jonathan hubiera estado allí conmigo. ¡Pero, bueno! Sólo necesito tener paciencia. En la tarde dimos un paseo por Casino Terrace, y escuchamos buena música de Spohr y Mackenzie. Nos acostamos temprano. Lucy parece más sosegada de lo que ha estado por algún tiempo, y se quedó dormida de inmediato. Cerraré la puerta y guardaré la llave de la misma forma que antes, aunque no espero que esta noche ocurra nada extraño.

12 de agosto. Estaba equivocada en mis suposiciones. Dos veces, durante la noche, fui despertada por Lucy intentando salir. Aunque estaba dormida, pareció perder la paciencia cuando se encontró con que la puerta estaba cerrada, y volvió a la cama murmurando algo que sonaba a queja. Me desperté al amanecer, y escuché a los pájaros piando en la ventana. Lucy también se despertó y me alegré al ver que estaba aún mejor que la mañana anterior. Toda su antigua jovialidad parecía haber regresado a ella. Vino y se acurrucó a mi lado, me contó todo lo de Arthur. Yo le comenté que estaba muy ansiosa por Jonathan, y entonces trató de reconfortarme. Puedo

decir que tuvo algo de éxito, ya que aunque la simpatía no puede alterar los hechos, ayuda a volverlos más llevaderos.

13 de agosto. Otro día apacible, y por la noche me he acostado dejando la puerta cerrada y teniendo la llave en mi puño.

Volví a despertarme durante la noche; vi a Lucy sentada en la cama pero dormida y señalando la ventana. Me levanté con cuidado y, abriendo la persiana, me asomé. Brillaba la luna, y el mar y el cielo se mezclaban en esa luz plateada, en medio del profundo silencio de la noche.

Ante mi vista, pasó y volvió a pasar un murciélago enorme, volando en amplios círculos. Dos veces casi me rozó, pero supongo que se asustó ya que echó a volar hacia el puerto y, luego, hacia la Abadía.

Al apartarme de la ventana, vi a Lucy tendida de nuevo en la cama, durmiendo un sueño profundo. No se ha movido hasta la mañana.

14 de agosto. Estuve todo el día en East Cliff, leyendo y escribiendo. Lucy parece tan enamorada de este lugar como yo. Resulta muy difícil sacarla de aquí cuando llega la hora de regresar a casa para comer, tomar el té, o cenar. Esta tarde hizo un comentario muy extraño. Veníamos de camino a casa para la cena, y habíamos llegado hasta las gradas superiores del puente Oeste, deteniéndonos para mirar el paisaje como siempre lo hacemos. El sol poniente, muy bajo en el horizonte, se estaba ocultando detrás de Kettleness; la luz roja caía sobre East Cliff y la vieja abadía, y parecía bañarlo todo con un bello resplandor color de rosa. Estuvimos unos momentos en silencio, y de pronto Lucy murmuró como para sí misma:

–¡Sus ojos rojos de nuevo! Son exactamente iguales.

Era una expresión tan rara, a propósito de nada, que me sobresaltó por completo. Me volví un poco, como para ver bien a Lucy sin que pareciera que la observaba, y vi que estaba en un estado de semi-ensoñación, con una extraña mirada en su rostro que no pude descifrar totalmente. Me quedé en silencio, pero seguí sus ojos. Parecía estar examinando nuestro asiento, en el que había

una figura oscura sentada sola. Me sobresalté un poco, pues por un instante pareció como si el extraño tuviera grandes ojos como llamas ardiendo, pero una segunda mirada disipó la ilusión. La luz roja del sol resplandecía en las ventanas de la iglesia de Santa María, detrás de nuestro asiento, y cuando el sol descendió hubo tales cambios en la refracción y la reflexión como para hacer parecer que la luz se movía. Llamé la atención de Lucy hacia el peculiar efecto, y volvió en sí con un sobresalto, aunque sin perder su aspecto triste; debe haber sido que estaba pensando en la terrible noche allá arriba. Nunca hicimos referencia a eso, así que no dije nada, y volvimos a casa a cenar. A Lucy le dolía la cabeza y fue temprano a la cama. La vi dormirse, y salí para dar un pequeño paseo; caminé por los acantilados hacia el Oeste, llena de una dulce amargura, ya que pensaba en Jonathan. Al volver a casa –había una brillante luna llena entonces, tan brillante que aunque el frente de nuestra casa en Crescent estaba en la sombra, todo podía verse bien–, eché un vistazo a nuestra ventana, y vi la cabeza de Lucy inclinada hacia afuera. Pensé que quizás me estuviera buscando, así que abrí mi pañuelo y lo agité. No lo notó ni hizo ningún movimiento. Justo entonces, la luz de la luna se deslizó hacia un ángulo del edificio y cayó sobre la ventana. Allí se distinguía a Lucy con su cabeza apoyada contra el alféizar y los ojos cerrados.

Dormía profundamente, y a su lado, posado en el antepecho de la ventana, había algo que parecía ser un pájaro de regular tamaño. Sentí temor de que pudiera resfriarse, por lo que corrí escaleras arriba, pero cuando llegué al cuarto ella ya iba de regreso a su cama, todavía dormida y respirando pesadamente; se llevaba la mano al cuello, como si lo protegiera del frío.

No la desperté. La abrigué lo mejor que puede y comprobé que la puerta estuviera bien cerrada, al igual que la ventana. ¡Se ve tan dulce mientras duerme! Pero está más pálida que de costumbre, y en sus ojos hay una mirada cansada, demacrada, que no me gusta en absoluto. Sospecho que se encuentra inquieta por algún motivo. Me gustaría saber de qué se trata.

15 de agosto. Nos levantamos más tarde que lo acostumbrado. Lucy se encontraba decaída y cansada, y durmió hasta después de que se nos llamara. En el desayuno recibimos una alegre sospresa. El padre de Arthur está mejor, y quiere que el matrimonio llegue pronto. Lucy está llena de un apacible gozo, y su madre está contenta y apenada al mismo tiempo. Más tarde en el día, me dijo la causa. Le aflige perder a su Lucy, pero está feliz de que pronto tenga a alguien que la proteja. ¡Pobre querida, dulce dama! Me confesó que tenía su sentencia de muerte. No se lo había dicho a Lucy, y me hizo prometer que guardaría el secreto; su médico le dijo que dentro de unos meses, a lo sumo, morirá, pues su corazón está muy débil. En cualquier momento, incluso ahora, un golpe repentino seguramente la mataría. ¡Ah!, fue muy prudente ocultarle el asunto de la espantosa noche de Lucy sonámbula.

17 de agosto. Por dos días no escribí en el diario. No he tenido espíritu para hacerlo. Una especie de sombrío velo parece cernirse sobre nuestra felicidad. No hay noticias de Jonathan, Lucy se debilita más cada día, y su madre tiene las horas contadas. No entiendo las razones para que Lucy se marchite del modo en que le está sucediendo. Come y duerme bien, disfruta del aire fresco… sin embargo, el color de sus mejillas se apaga y ella está cada vez más débil y más decaída. Durante la noche la escucho jadear como si le faltara el aire. Mantengo la llave de nuestra puerta siempre sujeta a mi muñeca por la noche, pero ella se levanta y deambula por la habitación, y se sienta en la ventana abierta. Anoche la encontré asomada cuando me desperté, y al tratar de despertarla, no pude: estaba desvanecida. Cuando logré reanimarla, estaba tan débil como el agua, y lloraba en silencio entre largos y penosos esfuerzos por respirar. Cuando le pregunté cómo había podido ir hacia la ventana, sacudió la cabeza y la volvió hacia el otro lado de la almohada. Espero que su enfermedad no se deba al pinchazo con el alfiler. Miré su garganta cuando volvió a dormirse, y las heridas no parecían haber sanado. Todavía están abiertas las cicatrices, e incluso más anchas que antes; sus bordes aparecen blanquecinos, como

pequeñas manchas blancas con centros rojos. Si no se curan en uno o dos días, insistiré para que la revise el médico.

Carta de Samuel F. Billington e Hijo, abogados de Whitby, a los señores Carter, Paterson & Co., de Londres

17 de agosto

Estimados señores:

Junto con la presente anexamos las mercancías enviadas por el Gran Ferrocarril del Norte. Deben ser entregadas en Carfax, cerca de Purfleet, inmediatamente después de recibirse las mercancías en la estación de King's Cross. Actualmente la casa está vacía, pero les enviamos también las llaves, todas ellas rotuladas.

Por favor, es preciso que las cajas sean depositadas, cincuenta en total, de que consta la entrega, en el edificio parcialmente en ruinas que forma parte de la casa marcada "A", en el diagrama adjunto. Vuestro agente no encontrará dificultad en reconocer el sitio, ya que se trata de la vieja capilla de la mansión. La mercancía sale en el tren de las 9.30, esta noche, y estará lista en King's Cross a las 4.30 mañana por la tarde. Como vuestro cliente desea que el despacho se haga tan pronto como sea posible, agradeceríamos los caballos estuvieran listos en King's Cross a la hora mencionada y prontos a transportar la mercancía a destino. Para obviar cualquier demora posible con respecto al pago, debido a los requerimientos de rutina de vuestros departamentos, adjuntamos con la presente un cheque por diez libras (10), del que agradeceríamos acusar recibo. Si el costo de la carga fuera menor que esta suma, podéis devolver el sobrante; si fuera mayor, enviaremos de inmediato un cheque por la diferencia, ni bien tengamos notificación. Dejaréis las llaves al pasar en el corredor principal de la casa, de donde las recogerá el propietario al entrar a la casa con su duplicado.

Rogamos no consideren que nos excedemos en los límites de la cortesía mercantil, al insistir por todos los medios en que este trabajo sea efectuado con la mayor celeridad.

Somos, estimados señores, sinceramente vuestros,

Samuel F. Billington & Hijo

Carta de los señores Carter, Paterson & Co., de Londres, a los señores Billington e Hijo, de Whitby

21 de agosto

Estimados señores:

Acusamos recibo de las 10 libras recibidas y enviamos un cheque por 1 libra, 17 chelines y 9 peniques, monto de más, tal cual queda demostrado en la factura adjunta. La mercancía ha sido entregada según sus instrucciones, y las llaves quedaron en un paquete en el corredor principal, tal cual fue solicitado.

Quedamos de ustedes, estimados señores, con todo respeto,

Carter, Paterson & Co

Del diario de Mina Murray

18 de agosto. Hoy estoy de verdad alegre, y escribo sentada en el asiento del cementerio de la iglesia. Lucy está mucho mejor. Anoche durmió bien toda la noche, y no se despertó ni una sola vez. Parece que ya las rosas regresan a sus mejillas, aunque todavía muestra cierta palidez y se ve descolorida. Podría entender su situación si estuviera anémica, pero no es el caso. Hace gala de un excelente humor y se la ve llena de vida y alegría. Toda aquella mórbida reticencia parece haberla abandonado. Además, hace sólo un momento me recordó aquella noche (¡como si yo necesitara que me la recordaran!) y lo que sucedió aquí, en este mismo asiento, donde la encontré dormida. Mientras hablaba, jugaba taconeando con su bota sobre la lápida:

–¡Mis pobres piecitos no hacían mucho ruido en ese momento! Me atrevo a decir que el pobre señor Swales me habría explicado que todo fue porque yo no quería despertar a Geordie.

Como estaba tan comunicativa, le pregunté si esa noche había soñado algo. Antes de responderme, esa mirada suya tan dulce y traviesa asomó a su cara, la cual dice Arthur (lo llamo Arthur por

costumbre de ella) que ama; y, de hecho, no me extraña que así sea. Entonces, de una manera ensoñadora, como si estuviera tratando de recordar, dijo:

–No soñé totalmente, sino que todo parecía ser real. Yo sólo quería estar aquí en este sitio; no sé por qué, ya que tenía miedo de algo, no sé de qué. Recuerdo, aunque supongo que estaba dormida, pasar a través de las calles y sobre el puente. Un pez saltó cuando pasé por ahí, y me incliné para mirar, y cuando subí los escalones, escuché a muchos perros aullando. El pueblo entero parecía estar lleno de perros todos aullando al unísono. Luego tengo un vago recuerdo de algo largo y oscuro con ojos colorados, exactamente como vimos en la puesta de sol, y algo muy dulce y muy amargo me rodeó de inmediato, y entonces me pareció hundirme en aguas verdes profundas, y había una música en mis oídos, como he oído que les ocurre a los hombres que se ahogan, y luego todo pareció desvanecerse, mi alma parecía salirse de mi cuerpo y flotar en el aire. Me pareció recordar que en un momento el faro occidental estaba exactamente debajo de mí, y luego hubo una suerte de sentimiento angustiante, como si estuviera en un terremoto, y volví en mí y te encontré sacudiéndome. Te vi hacerlo antes de sentirte.

Entonces comenzó a reírse. Todo aquello me resultó pavoroso, y escuché sin aliento. Su relato era sospechoso, y pensé que sería mejor que su mente no se detuviera más en el tema, por lo que nos pusimos a hablar de otras cosas. Lucy estaba como en sus buenos tiempos. Cuando regresamos a casa, la fresca brisa la había vigorizado y sus mejillas pálidas habían recuperado el hermoso color rosado. Su madre se alegró de verla tan bien, y las tres pasamos juntas una feliz velada.

19 de agosto. ¡Alegría, alegría, alegría! Aunque no todo es una alegría completa. Finalmente recibí noticias de Jonathan. El pobrecito ha estado enfermo, y por ese motivo no había escrito. Ya no tengo miedo de pensarlo o decirlo, ahora que lo sé. El señor Hawkins me entregó la carta, y me escribió él mismo. ¡Oh! ¡Qué amable! Voy a salir mañana por la mañana e iré donde Jonathan, para cuidarlo si es necesario y traerlo a casa. El señor Hawkins dice

que no estaría mal si nos pudiéramos casar allá. He llorado sobre la carta de la bondadosa hermana, hasta poder sentir su humedad contra mi pecho, en donde yace. Es de Jonathan y debe estar cerca de mi corazón, ya que es en mi corazón donde él está. Mi viaje está planificado y mi equipaje, listo. Solo llevaré un vestido para cambiarme; Lucy traerá mi baúl a Londres y lo guardará hasta que yo envíe por él, porque pudiera ser que… Ya no debo escribir. Debo guardármelo todo para decírselo a Jonathan, mi marido. La carta que él ha visto y tocado debe confortarme hasta que llegue el día del reencuentro.

Carta de la Hermana Agatha, del Hospital de San José y Santa María, Budapest, a la señorita Wilhelmina Murray

12 de agosto

Estimada señora:

Le escribo por deseos del señor Jonathan Harker, ya que él no tiene fuerzas suficientes para hacerlo por sus medios, aunque gracias a Dios, a San José y a la Virgen María, su estado de salud va mejorando. Ha permanecido bajo nuestro cuidado desde hace casi seis semanas, pues sufre de una violenta fiebre cerebral. Le envía a usted su amor, y me ruega que le diga que por este mismo correo le escribo al señor Peter Hawkins, en Exeter, para decirle, con el más profundo respeto, que está muy afligido por su retraso, y que todo su trabajo ha sido completamente terminado. El señor Harker tendrá que permanecer todavía unas semanas descansando en nuestro hospital en las montañas, pero luego regresará. Desea que yo diga que no tiene suficiente dinero consigo, y que le gustaría pagar su estancia aquí, para que otros que necesiten no se queden sin recibir ayuda.

Suya, con simpatía y todas las bendiciones,

Hermana Agatha

PD: Estando mi paciente dormido, abro esta para ponerla al tanto de los acontecimientos. El señor Harker me lo ha contado todo respecto a usted, y que dentro de pronto usted será su esposa.

¡Todas las bendiciones para ustedes dos! Él ha sufrido una terrible impresión, así dice nuestro médico, y en sus delirios sus desvaríos han sido terribles; de lobos, veneno y sangre, de fantasmas y demonios, y temo decir de qué más. Tenga siempre mucho cuidado con él para que en lo futuro no haya nada parecido a estas cosas que puedan excitarlo; las huellas de una enfermedad como la que ha tenido no se borran tan fácilmente. Hubiéramos escrito desde hace mucho tiempo, pero no sabíamos nada de sus amigos, y él no decía nada que pudiéramos entenderle. Llegó en el tren de Klausenburgo y el guardia fue avisado por el jefe de estación de aquel lugar, que entró corriendo en la estación pidiendo a gritos un billete para regresar a casa. Viendo por sus violentos gestos que se trataba de un inglés, le dieron un billete para la estación más lejana en esta dirección, a la que llega el tren. Le aseguro que está bien cuidado. Se ha ganado todos los corazones con su dulzura y su amabilidad. Realmente se está reponiendo bien y no tengo dudas de que en unas semanas será el mismo de siempre. Pero tenga cuidado con él por seguridad. Ruego a Dios y Santa María y San José que haya muchos, muchos años de felicidad para ambos.

Del diario del doctor Seward

19 de agosto. Anoche se produjeron extraños y repentinos cambios en Renfield. Cerca de las ocho comenzó a ponerse inquieto y a olfatear por todos lados, al igual que un perro que va de cacería. Mi ayudante se quedó asombrado por su comportamiento; conociendo mi interés por él, lo animó para que hablara. Generalmente se comporta de manera muy respetuosa con mi ayudante, incluso a veces hasta servil; pero anoche, me ha dicho el hombre, tuvo actitudes de arrogancia. Por nada de este mundo quiso condescender a hablar con él. Todo lo que dijo fue:

–No quiero hablar con usted, usted no cuenta ahora; el Amo está muy cerca.

El guardia piensa que se trata de alguna forma de manía religiosa que se ha apoderado de él. Si es así, debemos vigilar sus accesos,

ya que un hombre fuerte, con manías homicidas y religiosas al mismo tiempo, puede ser peligroso. Se trata de una combinación terrorífica. Lo visité a las nueve en punto. Su actitud para conmigo fue la misma que con el guardia; en su sublime egocentrismo, la diferencia entre el guardia y yo parecía no existir. Parece una manía religiosa, y pronto pensará que es el mismo Dios. Estas distinciones infinitesimales entre un hombre y otro resultan demasiado insignificantes para un ser omnipotente. ¡Cómo se entregan a sí mismos estos locos! El Dios real atiende hasta la caída de un gorrión, pero el Dios creado por la vanidad humana no ve diferencia entre un águila y un gorrión. ¡Oh, si tan sólo los hombres supieran!

Durante media hora o más, Renfield se estuvo poniendo cada vez más excitado. Aparenté no estar observándolo, pero mantuve una estricta vigilancia sobre todo lo que hacía. De pronto apareció en sus ojos esa turbia mirada que siempre vemos cuando un loco ha captado una idea, y con ella ese movimiento sesgado de la cabeza y la espalda que los médicos llegan a conocer tan bien. Se volvió bastante calmado, y fue y se sentó en la orilla de su cama resignadamente, mirando al espacio vacío con los ojos opacos.

Pensé que averiguaría si su apatía era real o sólo fingida, y traté de llevarlo a una conversación acerca de sus animales, tema que nunca había dejado de llamarle la atención. Al principio no me respondió, pero finalmente dijo, con visible mal humor:

–¡Todas me molestan! No me importan un comino.

–¿Qué? –dije–. ¿Quiere usted decir que no le interesan las arañas?

Las arañas son su hobby ahora, y el cuaderno está lleno de columnas con pequeñas cifras. A esto, respondió enigmáticamente:

–Las damas de honor regocijan los ojos que esperan la llegada de la novia, pero cuando la novia se acerca, entonces las damas dejan de brillar para los ojos que se llenan.

No se explicó, sino que permaneció sentado obstinadamente en la cama, todo el tiempo que yo permanecí con él.

Esta noche estoy fatigado y decaído de ánimo. No puedo sino pensar en Lucy, y en cuán diferentes podrían haber sido las cosas. Si no me duermo de inmediato, ¡cloral, el Morfeo moderno,

$C_2HCl_3O.H_2O$! Debo ser cuidadoso de que no se convierta en hábito. ¡No, no tomaré nada esta noche! He pensado en Lucy, y no la deshonraré mezclando ambas cosas. Si es necesario, esta noche permaneceré sin domir.

Más tarde. Estoy contento de haber tomado esa resolución; más contento aún de haberla realizado. Había estado dando vueltas en la cama durante algún tiempo; y sólo había escuchado al reloj dar dos veces la hora, cuando el guardia de turno vino a verme, enviado por mi asistente, para decirme que Renfield se había escapado. Me vestí y bajé corriendo de inmediato; mi paciente es una persona demasiado peligrosa como para que ande suelta. Esas ideas que tiene pueden hacer un trabajo peligroso frente a extraños.

El asistente me estaba esperando. Me dijo que lo había visto hacía menos de diez minutos, aparentemente dormido sobre su cama, cuando miró a través de la rendija de observación en la puerta. Luego su atención fue atraída por el ruido de una ventana que estaba siendo desencajada. Corrió de regreso y vio que sus pies desaparecían a través de la ventana, y entonces envió rápidamente al guardia a que me llamara. Renfield estaba sólo con su ropa de noche, por lo que no debía andar muy lejos. El asistente pensó que sería más útil mirar hacia donde iba que perseguirlo, ya que podía perderlo de vista mientras daba vuelta para salir por la puerta del edificio.

Es un hombre corpulento, y no podía pasar por la ventana. Yo soy flaco, así que, con su ayuda, salí, primero los pies y, como estábamos solamente a unos pocos pies del suelo, aterricé sano y salvo. El guardia me dijo que el paciente había ido hacia la izquierda y tomado una línea recta, así que corrí tan rápido como pude. Cuando atravesé la arboleda, vi una figura blanca escalar la alta pared que separa nuestras tierras de las de la casa deshabitada.

Corrí inmediatamente de regreso, y le dije al guardia que trajera tres o cuatro hombres y me siguieran a los terrenos de Carfax, en caso de que nuestro amigo fuese a comportarse peligrosamente. Yo mismo conseguí una escalera, y salvando el muro, salté hacia el otro lado. Pude ver la figura de Renfield que desaparecía detrás del

ángulo de la casa, por lo que corrí tras él. En el otro extremo de la casa lo encontré reclinado fuertemente contra la vieja puerta de roble, enmarcada en hierro, de la capilla. Estaba hablando, aparentemente a alguien, pero tuve miedo de acercarme demasiado a escuchar lo que decía, pues podía asustarlo y echaría de nuevo a correr. ¡Correr detrás de un errante enjambre de abejas no es nada comparado con seguir a un lunático desnudo, cuando se le ha metido en la cabeza que debe escapar! Sin embargo, después de unos minutos pude ver que él no se daba cuenta de nada de lo que sucedía a su alrededor, y me atreví a acercármele más, y con mayor razón ya que mis hombres habían saltado el muro y se acercaban a él. Le oí decir:

–Estoy aquí para hacer lo que mande, Amo. Soy Su esclavo, y Usted me premiará, porque le seré fiel. Lo he adorado desde lejos y hace tiempo. Ahora que Usted está cerca, espero sus órdenes, y que no me deje de lado, ¿no lo hará, querido Amo, en su distribución de los bienes?

De todas maneras es un viejo y egoísta pordiosero. Piensa en el pan y los pescados aun cuando cree que está en una presencia real. Sus manías hacen una combinación asombrosa. Cuando le caímos encima peleó como un tigre; es muy fuerte, y se comportó más como una bestia salvaje que como un hombre. Yo nunca había visto a un lunático en un paroxismo de furia semejante; y espero no volverlo a ver. Es una buena cosa que hayamos averiguado sus intenciones y su fuerza a tiempo. Con una fuerza y una determinación como las de él, podría haber hecho muchas barbaridades antes de ser enjaulado. En todo caso, está en lugar seguro. Ni el mismo Jack Sheppard habría podido librarse de la camisa de fuerza que lo retiene, y además está encadenado a la pared en la celda de seguridad. Sus gritos a veces son horribles, pero los silencios que siguen son todavía más mortales, pues en cada vuelta y movimiento manifiesta sus deseos de asesinar.

Recién ahora ha dicho palabras coherentes por primera vez:

–Seré paciente, Amo. ¡Ya viene, viene, viene!

Así que me di por aludido, y me fui también. Estaba demasiado nervioso como para dormir, pero este diario me hizo recuperar la

tranquilidad. Siento que dormiré algo esta noche.

IX

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra

Budapest, 24 de agosto.

Mi queridísima Lucy:

Sé que estarás muy ansiosa por conocer todo acerca de lo que sucedió desde que nos separamos en la estación del ferrocarril en Whitby. Pues bien, amiga mía, debo decirte que arribé sin contratiempos a Hul y tomé el barco para Hamburgo. Allí tomé el tren. Siento que apenas puedo recordar lo que pasó durante el viaje, excepto que sabía que iba de camino hacia Jonathan, y que, como seguramente tendría que servir de enfermera, lo mejor era que durmiera tanto como fuera posible... Encontré a mi amado muy delgado, pálido y débil. Toda la fuerza ha escapado de sus queridos ojos, y aquella tranquila dignidad que te he dicho siempre mostraba en su rostro, ha desaparecido. Sólo es una sombra de lo que era, y no recuerda nada de lo que le ha sucedido en los últimos tiempos. Por lo menos, eso desea que yo crea, y por lo tanto nunca se lo preguntaré. Ha tenido una experiencia terrible, y temo que su pobre cerebro pagará las consecuencias si trata de recordar. La hermana Agatha, que es una magnífica monja y una enfermera nata, me dice que desvariaba sobre cosas horribles mientras tenía la cabeza trastornada. Quise que me contara de qué se trataba, pero ella solo se santiguó y dijo que nunca me contaría, que los desvaríos del enfermo eran los secretos de Dios, y que si una enfermera, por su profesión, llegaba a escucharlos, los guardaría para ella. Es un alma dulce y buena. Al día siguiente, cuando vio que yo estaba preocupada, sacó el tema nuevamente, y luego de decir que nunca podría mencionar aquello acerca de lo cual desvariaba mi pobre querido, agregó:

–Puedo decirle solamente esto, mi querida: que no era nada que él hubiera hecho mal, y usted, como la esposa que será, no tiene motivos para preocuparse. No se ha olvidado de usted o de lo que le

debe. Su miedo se relacionaba con cosas enormes y terribles, de las que ningún mortal puede ocuparse.

Creo que la querida alma pensó que yo debía estar celosa de que mi pobre querido se hubiera enamorado de otra chica. ¡La idea de estar yo celosa de Jonathan! Sin embargo, mi querida, déjame decirte al oído que sentí un estremecimiento de alegría cuando supe que ninguna otra mujer era la causa de su problema. Y ahora estoy sentada al lado de su cama, desde donde puedo ver su rostro mientras duerme. ¡Se está despertando! Cuando se despertó, me pidió su abrigo, ya que quería sacar algo del bolsillo; le dije a la hermana Agatha, y ella trajo todas sus cosas. Vi que entre ellas estaba su cuaderno, y le iba a pedir que me dejara verlo –pues sabía que podía encontrar alguna clave acerca de su problema–, pero supongo que debe haber visto el deseo en mis ojos, ya que me mandó a la ventana, diciendo que quería estar completamente solo por un momento. Luego me llamó, y cuando me acerqué, tenía la mano sobre su cuaderno, y me dijo muy solemnemente:

–Wilhelmina –supe entonces que era fatalmente serio, ya que nunca me ha llamado por mi nombre desde que me pidió que me casara con él– tú sabes, amiga mía, mis ideas acerca de la verdad entre marido y mujer: no debe haber secretos ni encubrimientos. He tenido una fuerte conmoción, y cuando trato de pensar de qué se trata, siento que la cabeza me da vueltas y no sé si todo fue real o el sueño de un loco. Sabes que he tenido una fiebre cerebral, y eso es estar loco. El secreto está aquí y no quiero conocerlo. Quiero comenzar de nuevo mi vida aquí, con nuestro matrimonio. Pues, mi querida, habíamos decidido casarnos tan pronto como se cumplieran las formalidades. ¿Estás dispuesta, Wilhelmina, a compartir mi ignorancia? Aquí está el libro. Tómalo y guárdalo, léelo si deseas, pero nunca me dejes saber, al menos que, en verdad, alguna solemne obligación me haga regresar, dormido o despierto, sano o loco, a las horas amargas aquí registradas.

Al decir aquello se reclinó agotado, y yo puse el libro debajo de su almohada y lo besé. Le he pedido a la hermana Agatha que suplique a la superiora que nuestra boda pueda efectuarse esta tarde, y estoy esperando su respuesta...

Ha regresado y me ha dicho que ya han ido a buscar al capellán de la iglesia de la Misión Inglesa. Nos casaremos dentro de una hora, o tan pronto como despierte Jonathan.

Lucy, llegó la hora y se fue. Me siento muy solemne, pero muy, muy contenta. Jonathan despertó poco después de la hora, y todo estaba preparado; él se sentó en la cama, rodeado de almohadas. Respondió "sí, la acepto" con firmeza y fuerza. Yo apenas podía hablar; mi corazón estaba tan lleno, que incluso esas palabras parecían ahogarme. Las hermanas fueron todas finísimas. Nunca, nunca las olvidaré, ni las graves y dulces responsabilidades que han recaído sobre mí. Debo hablarte de mi regalo de bodas…

Cuando el capellán y las hermanas me hubieron dejado a solas con mi esposo, ¡oh, Lucy!, ¡es la primera vez que he escrito las palabras "mi esposo"!, cuando me hubieron dejado a solas con mi esposo saqué el libro de debajo de su almohada, lo envolví en un papel blanco, lo até con un pequeño listón azul pálido que llevaba alrededor de mi cuello y lo sellé sobre el nudo con lacre, usando como sello mi anillo de bodas. Luego lo besé y se lo mostré a mi marido, y le dije que así lo guardaría, y entonces sería un signo externo y visible para toda nuestra vida de que creíamos uno en el otro; que yo nunca lo abriría a menos que fuera por amada consideración hacia él, o por consideración hacia algún deber firme. Entonces, tomó mi mano en la suya, y ¡oh, Lucy! era la primera vez que tomaba la mano de su mujer, y dijo que era lo que más quería en el ancho mundo, y que atravesaría de nuevo por todo lo pasado para ganarlo, si fuera necesario. El pobre querido debe haber querido decir una parte del pasado, pero no puede pensar todavía en el tiempo, y no me extrañaría si al principio confunde no sólo el mes, sino también el año.

Bueno, mi querida, ¿qué podía decir? Solo pude contarle que era las mujer más feliz de todo el ancho mundo, y que no tenía nada para darle excepto a mí misma, mi vida, y mi sinceridad, y que con ellas iba mi amor y mi deber por todos los días de mi vida. Y, mi querida, cuando me besó, y me atrajo hacia él con sus pobres manos débiles, fue como una promesa muy solemne entre nosotros…

Lucy, amiga mía, ¿sabes por qué te digo todo esto? No sólo porque es tan dulce para mí, sino también porque tú has sido, y eres mi más querida amiga. Fue mi privilegio ser tu amiga y guía cuando tú saliste del aula de la escuela para prepararte en el mundo de la vida. Quiero verte ahora, y con los ojos de una esposa muy feliz, a lo que me ha conducido el deber, para que en tu propia vida de matrimonio tú también puedas ser tan feliz como yo. Mi querida, que Dios Todopoderoso haga que tu vida sea todo lo que promete ser: un largo día de brillante sol, sin vientos adversos, sin olvidar el deber, sin desconfianza. No debo desearte que no tengas penas, pues eso nunca puede ser; pero sí te deseo que siempre seas tan feliz como lo soy yo ahora.

Adiós, querida.

Con el amor de siempre,

Mina Harker

Carta de Lucy Westenra a Mina HarkerWhitby, 30 de agosto

Mi muy querida Mina:

Océanos de amor y millones de besos, y que pronto te encuentres en tu propia casa con tu marido. Me gustaría que regresaran pronto para que pudieran pasar cierto tiempo aquí con nosotros. El fuerte aire restablecería pronto a Jonathan; lo ha logrado conmigo. Tengo un apetito voraz, estoy llena de vida y duermo bien. Estarás feliz de saber que he dejado por completo de caminar en sueños. Pienso que no me he salido de la cama por una semana, esto es, una vez acostada por la noche. Arthur dice que estoy engordando. A propósito, olvidé decirte que Arthur está aquí. Tenemos tales paseos a pie y en coche y cabalgatas, y remo y tenis, y pescamos juntos, y lo amo más que nunca. Me dice que me ama más, pero lo dudo, porque al principio me decía que no podía amarme más de lo que me amaba entonces. Pero es una insignificancia. Allí está, llamándome. Así que no más, por el momento, de tu querida

Lucy

PD: Mamá te envía sus cariños. Parece mejor, pobre querida.
PPD: Nos vamos a casar el 28 de septiembre.

Del diario del doctor Seward

20 de agosto. El caso de Renfield se vuelve cada día más interesante. Por el momento, pudimos establecer que su pasión atraviesa períodos de disminución. Durante una semana después de su primer ataque se mantuvo en perpetua violencia. Luego, una noche, justamente al alzarse la luna, se tranquilizó, y estuvo murmurando para sí mismo: "Ahora puedo esperar; ahora puedo esperar". El asistente me vino a llamar, por lo que corrí rápidamente abajo para echarle una mirada. Todavía estaba con la camisa de fuerza y en el cuarto de seguridad; pero la expresión congestionada había desaparecido de su rostro, y sus ojos tenían algo de su antigua súplica; casi podría decir de su "rastrera" suavidad. Quedé satisfecho con su condición actual y di órdenes para que lo soltaran. Mis ayudantes vacilaron, pero finalmente llevaron a cabo mis deseos sin protestar. Era extraño que el paciente tuviera humor suficiente como para ver la desconfianza de los guardias, pues acercándose a mí, dijo en un susurro, mirándolos furtivamente todo el tiempo:

–¡Ellos piensan que puedo lastimarlos! ¡Imagínese, *yo* lastimarlo a *usted*! ¡Los muy tontos!

De alguna manera, fue tranquilizador para mis sentimientos encontrarme disociado de los demás incluso en la mente de este pobre loco, pero aun así, no puedo entender su pensamiento. ¿Debo tomarlo como si tuviera algo en común con él y que entonces, como fuera, vamos a estar juntos? ¿O él tiene que obtener de mí algún bien tan estupendo que necesita de mi bienestar? Debo averiguarlo más tarde. Esta noche no hablará. Ni siquiera el ofrecimiento de un gatito o, incluso, de un gato ya crecido lo tentará. Sólo dirá: "No me importan nada los gatos. Ahora tengo más en qué pensar, y puedo esperar; puedo esperar".

Luego de un momento, lo dejé. El guardia me dice que estuvo tranquilo hasta antes del amanecer, luego comenzó a ponerse

inquieto, y al fin, violento, hasta que por último cayó en un paroxismo que lo dejó exhausto, a tal punto que se desvaneció en una suerte de coma.

Durante tres noches seguidas sucedió lo mismo: violento todo el día, luego tranquilo desde la salida de la luna hasta la salida del sol. Quisiera encontrar alguna clave de la causa. Casi parecería como si hubiera cierta influencia que viene y va. ¡Qué idea feliz! Esta noche jugaremos mentes sanas contra locas. Antes escapó sin nuestra ayuda; esta noche escapará con ella. Le daremos una oportunidad, y tendremos a los hombres listos para seguirlo en caso de que sea necesario…

23 de agosto. "Siempre sucede lo inesperado". ¡Qué bien conocía la vida Disraeli! Cuando nuestro pájaro encontró abierta la jaula, no quiso volar, de tal manera que todos nuestros sutiles preparativos no sirvieron de nada. En todo caso, hemos probado una cosa: que los períodos de tranquilidad duran un tiempo razonable. En lo futuro estaremos en capacidad de aflojarle un poco las restricciones durante unas cuantas horas cada día. Le he dado instrucciones a mi asistente nocturno para que sólo lo encierre en el cuarto de seguridad, una vez que ya se haya calmado, hasta una hora antes de que suba el sol. El pobre cuerpo del enfermo va a gozar de este beneficio, aunque su mente no pueda apreciarlo. ¡Alto! ¡Lo inesperado! Me llaman: el paciente se ha escapado otra vez.

Más tarde. Otra aventura nocturna. Renfield esperó astutamente hasta que el guardia entró en la habitación a inspeccionar. Entonces, salió a la carrera por delante de él y huyó por el pasillo. Ordené a los guardias que lo siguieran. Nuevamente entramos al terreno de la casa deshabitada, y lo encontramos en el mismo sitio, empujando la vieja puerta de la capilla. Cuando me vio, se enfureció y si los guardias no lo hubieran agarrado a tiempo, habría intentado matarme. Cuando lo sosteníamos, sucedió algo extraño. De pronto, redobló sus esfuerzos y luego, de pronto, se tranquilizó. Miré instintivamente alrededor, pero no pude ver nada. Entonces, tomé y seguí la dirección de la mirada del paciente, pero no pude rastrear

nada en el claro de luna, excepto un murciélago grande que aleteaba su silencioso y fantasmal camino hacia el Oeste. Los murciélagos usualmente giran y revolotean por ahí, pero éste parecía seguir en línea recta, como si supiera cuál era su rumbo o como si tuviera algún tipo de intención. El paciente se fue calmando cada vez más, y luego dijo:

–No necesitan atarme. ¡Iré tranquilamente!

Regresamos a la casa sin inconvenientes. Siento que hay algo amenazante en su calma, y no olvidaré los sucesos de esta noche.

Del diario de Lucy Westenra

Hillingham, 24 de agosto. Debo imitar a Mina y escribir todo en un libro. Así, podremos tener largas charlas cuando llegue el momento de vernos. Me pregunto cuándo llegará. Me siento desdichada y quisiera que estuviera conmigo. Anoche me pareció volver a soñar como cuando estaba en Whitby. Tal vez sea el cambio de aire, o el haber vuelto a casa. Todo es oscuro y horrible para mí, ya que no puedo recordar nada, pero estoy llena de un vago temor, y me siento tan débil y agotada. Cuando Arthur vino a almorzar, se mostró completamente afligido al verme, y yo no tenía ánimo de estar alegre. Me pregunto si podré dormir en el cuarto de mamá esta noche. Inventaré una excusa y lo intentaré.

25 de agosto. Otra mala noche. Mi madre no pareció caer en mi propuesta. Ella misma no luce bien, y no cabe duda de que se preocupa mucho por mí. Traté de mantenerme despierta, y durante un tiempo lo conseguí; pero cuando el reloj dio las doce, me desperté de un sopor, por lo que debo haber estado durmiéndome. Sentía una especie de aletazos y rasguños en la ventana, pero no les di importancia, y como no recuerdo qué sucedió después, supongo que debo haberme quedado dormida. Más pesadillas. ¡Me gustaría tanto poder recordarlas! Esta mañana sentí una terrible debilidad. Mi rostro está pálido como el de un cadáver, y me duele la garganta. Algo debe estar mal con mis pulmones, ya que siento que no tomo

el aire suficiente. Trataré de alegrarme cuando venga Arthur, de otro modo, lo haré sentir afligido si me ve así.

Carta de Arthur Holmwood al doctor Seward

Hotel Albemarle, 31 de agosto

Mi querido Jack:

Necesito que me hagas un favor. Lucy está enferma; mejor dicho, no tiene ninguna enfermedad especial, pero su aspecto es el de una persona enferma y empeora cada día. Le he preguntado si hay alguna causa; no me atrevo a preguntarle a su madre, pues perturbar la mente de la pobre señora acerca de su hija sería fatal, debido a que su propia salud anda muy mal. La señora Westenra me ha confesado que su destino está escrito –enfermedad del corazón–, aunque la pobre Lucy no lo sabe todavía. Estoy seguro de que hay algo que tiene preocupada a mi querida niña. Estoy casi perturbado cuando pienso en ella; me atormenta mirarla. Le dije que te pediría que la vieras, y aunque al principio puso reparos –sé por qué, mi viejo amigo–, finalmente consintió. Será una dolorosa tarea para ti, lo sé, viejo amigo, pero es por su bien, y no debo dudar en pedírtelo, ni tú en actuar. Vas a venir a almorzar a Hillingham mañana a las dos en punto, como para no despertar ninguna sospecha en la señora Westenra, y luego del almuerzo, Lucy tendrá una oportunidad de estar a solas contigo. Volveré para la hora del té, y podremos salir juntos. Estoy lleno de ansiedad, y quiero consultarte a solas tan pronto como pueda, luego de que la hayas visto. ¡No falles!

Arthur

Telegrama de Arthur Holmwood al doctor Seward

1º de septiembre

Me llaman para ver a mi padre, que está peor. Te escribiré. Escríbeme detallado por correo nocturno a Ring. Telegrafíame si es necesario.

Carta del doctor Seward a Arthur Holmwood

2 de septiembre

Mi querido viejo amigo:

Con respecto a la salud de la señorita Westenra, me apresuro informarte cuanto antes que, en mi opinión, no padece ningún trastorno funcional ni ninguna enfermedad que yo conozca. Al mismo tiempo, lejos estoy de encontrarme satisfecho con su apariencia; lamentablemente, está diferente de como estaba la última vez que la vi. Por supuesto, debes tener en cuenta que no tuve la más completa oportunidad de examinarla como hubiera querido, nuestra gran amistad crea cierta dificultad que ni siquiera la ciencia médica ni la costumbre pueden pasar por alto. Será mejor que te cuente exactamente lo ocurrido, dejando que, en cierta medida, tú puedas extraer tus propias conclusiones. Te diré luego lo que he hecho y lo que propongo hacer.

Encontré a la señorita Westenra con bastantes buenos ánimos. Su madre estaba presente, y en pocos segundos me percaté de que estaba tratando por todos los medios de engañar a su madre, y evitarle de esa manera ansiedades. No tengo ninguna duda de que adivina, en caso de que no lo sepa, que hay necesidad de tener cautela. Comimos solos, y como nos esforzamos por parecer alegres, obtuvimos, como una especie de recompensa por nuestros esfuerzos, cierta alegría rea, entre nosotros. Entonces, la señora Westenra se retiró a descansar, y Lucy se quedó conmigo. Fuimos a su boudoir, y hasta que llegamos ahí su reserva no se modificó, pues los sirvientes iban y venían. Sin embargo, tan pronto como la puerta se cerró, la máscara cayó de su rostro y se derrumbó en una silla con un gran suspiro, y ocultó sus ojos con la mano. Cuando vi que su ánimo había caído, saqué ventaja de inmediato de su reacción para hacer un diagnóstico. Me dijo muy dulcemente:

–No puedo decirle cuánto aborrezco hablar de mí misma.

Le recordé que las confidencias a un médico eran sagradas, y que tú estabas gravemente preocupado por ella. Comprendió lo que quería decirle de inmediato, y expuso el asunto en pocas palabras.

–Dígale a Arthur lo que usted elija. No me preocupo por mí, ¡solo por él!

Así que soy completamente libre.

Con cierta facilidad pude darme cuenta de que le hace falta un poco de sangre, pero no pude ver los síntomas típicos de la anemia. Sin embargo, por un hecho casual tuve la oportunidad de probar la cualidad de su sangre, pues al abrir una ventana que estaba remachada, un cordón se rompió y ella se cortó ligeramente la mano con el vidrio quebrado. En sí mismo fue un hecho insignificante, pero me dio una oportunidad evidente, de tal manera que yo me apoderé de unas pocas gotas de sangre y las he analizado. El análisis cualitativo muestra que existen condiciones normales, y además, puedo inferir, señalan la existencia de un vigoroso estado de salud. En otros asuntos físicos quedé plenamente convencido de que no hay necesidad de temer; pero como en alguna parte debe haber una causa, he llegado a la conclusión de que debe ser algo mental. Ella se queja de tener a veces dificultades al respirar, y de tener sueños pesados, letárgicos, con pesadillas que la asustan, pero de las cuales no se puede acordar. Dice que cuando niña solía caminar dormida, y que estando en Whitby la costumbre regresó, y que una vez salió caminando en la noche y fue hasta East Cliff, donde la encontró la señorita Murray; pero me asegura que últimamente esta costumbre ha vuelto a desaparecer. Tengo dudas y por ello he hecho lo que me parece mejor: le he escrito a mi viejo amigo y maestro, el profesor Van Helsing, de Amsterdam, quien sabe más acerca de enfermedades oscuras, que nadie en el mundo. Le he dicho que viniera, y como me dijiste que todo estaría a tu cargo, le mencioné quién eres y qué relación tienes con la señorita Westenra. Esto, mi amigo, es sólo por obedecer tus deseos, pues estoy simplemente orgulloso y feliz de hacer todo lo que pueda por ella. Sé que Van Helsing hará cualquier cosa por mí, por una razón personal. Así que, sin importar a qué terreno llegue, debemos aceptar sus deseos. Parece un hombre arbitrario, pero esto es porque sabe de lo que habla mejor que ningún otro. Se trata de un filósofo y metafísico, es uno de los más avanzados científicos de nuestros días y creo que tiene una mente absolutamente abierta. Además, tiene unos nervios

de hierro, temperamento frío, resolución indómita, dominio de sí mismo y tolerancia, exaltados más como bendiciones que como virtudes, y el corazón más amable y sincero que hay. Estos elementos –que forman su equipo para la noble tarea que realiza por el bien de la humanidad– funcionan tanto en la teoría como en la práctica, ya que sus puntos de vista son tan amplios como su simpatía que todo lo abarca. Te cuento estos detalles para que sepas por qué tengo tanta confianza en él. Le he pedido que viniera de inmediato. Veré a la señorita Westenra mañana de nuevo. Se encontrará conmigo en las Tiendas, para que yo no alarme a su madre por repetir mi visita tan pronto.

Tuyo por siempre,

John Seward

Carta de Abraham Van Helsing, M. D, D. Ph., D. Litt., etc., etc., al doctor Seward

2 de septiembre

Mi buen amigo:

Apenas recibí su carta me puse en camino hacia allá. Afortunadamente pude partir de inmediato, sin mal para ninguno de aquellos que han confiado en mí. Si la suerte hubiera sido distinta, entonces habría sido malo para quienes se me han confiado, ya que voy hacia mi amigo cuando me llama, para ayudar a aquellos a quienes quiere. Cuéntele a su amigo que cuando, aquella vez, usted succionó tan velozmente de mi herida el veneno de la gangrena de aquel cuchillo que nuestro otro amigo, demasiado nervioso, dejó deslizar, hizo más por él cuanto desea mi ayuda y usted la solicita, que todo lo que su gran fortuna podría hacer. Pero hay un placer agregado en hacerlo para él, su amigo; es por usted que voy. Tenga habitaciones para mí, entonces, en el Great Eastern Hotel, como para estar cerca. Por favor, también arregle que veamos a la joven dama no demasiado tarde mañana, ya que es preferible que yo regrese aquí por la noche. De todos modos, si es necesario volveré

nuevamente en tres días, y me quedaré más tiempo si debiera. Hasta entonces, adiós, mi amigo John.

Van Helsing

Carta del doctor Seward al honorable Arthur Holmwood

3 de septiembre

Mi querido Arthur:

Vino Van Helsing y se marchó. Fue conmigo a Hillingham, y encontré que, por discreción de Lucy, su madre había salido invitada a comer, de tal manera que quedamos solos con ella. Van Helsing llevó a cabo un detallado examen de ella. Va a informarme sobre el tema; te avisaré cuando sepa algo ya que, por supuesto, no estuve todo el tiempo presente. Da la impresión de que está muy preocupado, pero dice que necesita tiempo para pensar. Cuando le conté de nuestra amistad y cómo confías en mí en el asunto, dijo:

–Debe decirle todo lo que usted piensa. Dígale lo que yo pienso, si puede adivinarlo y si así lo desea. No crea que bromeo. No es una broma, sino la vida y la muerte. Es posible que incluso sea más que eso.

Le pregunté a qué se refería con eso, ya que estaba en verdad muy serio. Todo esto tuvo lugar cuando él había vuelto a la ciudad, y estaba tomando el té antes de iniciar su regreso a Amsterdam. No me dio ninguna otra clave. No debes enojarte con él, Art, porque su misma reticencia significa que todo su cerebro está trabajando para bien de Lucy. Hablará de manera realmente clara cuando llegue el momento, te lo aseguro. Por lo tanto, le dije que simplemente escribiría un resumen de nuestra visita, exactamente como si estuviera haciendo un artículo descriptivo especial para The Daily Telegraph. *Pareció no notarlo, y en cambio comentó que el hollín de Londres no era tan malo como solía ser cuando él estudiaba allí. Voy a obtener este informe mañana, si él tiene posibilidades de hacerlo. En todo caso, voy a tener una carta.*

Pasemos ahora a la visita. Lucy estaba más alegre que el día que la vi por primera vez, y desde luego parecía estar mucho mejor. Había

desaparecido en parte esa mirada fantasmal que te inquieta tanto, y su respiración era normal. Fue muy dulce con el profesor (como siempre), y trató de que se sintiera tranquilo; sin embargo, me di cuenta de que la pobre muchacha estaba haciendo un gran esfuerzo. Creo que Van Helsing también lo notó, pues bajo sus espesas cejas vi aquella rápida mirada que tan bien conozco. Entonces, comenzó a charlar de todo excepto de nosotros y de enfermedades, y con tal genialidad infinita, que pude ver que la pretensión de animarse de la pobre Lucy se hacía realidad. Luego, sin ningún cambio aparente, llevó la conversación amablemente hacia su visita, y dijo suavemente:

–Mi querida joven, tengo tan gran placer debido a que usted es muy amada. Esto es mucho, mi querida, incluso si estuviera aquí aquél a quien no veo. Me dijeron que usted se encontraba con cierto desánimo y que tenía una palidez cadavérica. A ellos les digo: "¡Puff!".

Hizo sonar los dedos hacia mí y continuó:

–Pero usted y yo les mostraremos lo equivocados que están. ¿Cómo puede él –y me señaló con la misma mirada y el mismo gesto con los que una vez me señalara en su clase o más bien después, en una ocasión particular que nunca deja de recordarme– saber algo acerca de las jovencitas? Tiene a sus locos para jugar con ellos, y para devolverles la felicidad y hacerlos volver a aquellos que los quieren. Es mucho quehacer y, ¡oh!, tiene su premio al poder otorgar dicha felicidad. ¡Pero las jovencitas! Él no tiene mujer ni hija, y los jóvenes no se confiesan con los jóvenes, sino con los viejos, como yo, que he conocido tantas penas y las causas de ellas. Por lo tanto, mi querida, lo alejaremos de aquí a fumar un cigarrillo en el jardín, mientras usted y yo tenemos una pequeña charla toda para nosotros.

Me di por enterado y fui a dar un paseo. Al rato, el profesor fue a la ventana y me llamó. Estaba serio cuando habló:

–He hecho un examen cuidadoso, pero no hay causas funcionales. Coincido con usted en que se ha perdido mucha sangre; así ha sido, pero no ahora. Sin embargo, sus condiciones no son para nada anémicas. Le he dicho que me envíe a su doncella para hacerle una

o dos preguntas, para evitar así que se me escape algo. Sé muy bien lo que dirá. Y no obstante hay una causa, siempre hay una causa para todo. Debo regresar a casa y pensar. Usted debe enviarme un telegrama cada día. Regresaré de inmediato si hay un motivo. La enfermedad (porque no estar bien por completo es una enfermedad) me interesa, y la dulce joven querida me interesa también. Me encanta y vendré por ella, aunque no sea por usted o por la enfermedad.

Como te dije, no quiso decir más, ni cuando estuvimos solos. De modo, Art, que ya sabes todo lo que yo sé. Mantendré una vigilancia estricta. Espero que tu pobre padre se encuentre mejor. Para ti debe ser terrible, mi viejo amigo, encontrarte en una posición así entre dos personas que quieres tanto. Conozco tu idea del deber para con tu padre, y haces bien en ser fiel a ella; sin embargo, en caso de que hubiera necesidad, te enviaré un mensaje para que vengas de inmediato con Lucy. Así que no te aflijas más de la cuenta, a menos que recibas noticias mías.

Del diario del doctor Seward

4 de septiembre. Mi paciente zoófago me mantiene interesado todo el tiempo. Sólo ha tenido un ataque, y eso fue ayer a una hora inusitada. Poco antes del mediodía comenzó a mostrarse inquieto. El asistente reconoció los síntomas y pidió de inmediato ayuda. Por fortuna, los hombres llegaron corriendo y justo a tiempo, ya que al dar las doce, se volvió tan violento que fue necesaria la fuerza de todos para contenerlo. En casi cinco minutos, no obstante, comenzó a tranquilizarse más y más, y finalmente se sumergió en una suerte de melancolía, estado en el que permaneció hasta ahora. El asistente me dice que sus gritos, durante el paroxismo, fueron realmente escalofriantes; cuando entré, me encontré con las manos llenas, atendiendo a algunos de los otros pacientes que estaban asustados por su comportamiento. En verdad, puedo entender totalmente el efecto, ya que los ruidos, incluso, me perturbaron a mí, a pesar de que estaba a cierta distancia. Ahora, es pasada la

hora de la cena del asilo, y todavía mi paciente está sentado en una esquina, cavilando, con una mirada apagada, hosca, desolada en su rostro que parece más indicar algo que mostrarlo directamente. No puedo entenderla por completo.

Más tarde. Mi paciente volvió a cambiar. A las cinco de la tarde lo fui a ver y lo encontré casi tan alegre como solía estar antes. Estaba capturando moscas y comiéndoselas, y mantenía registro de sus capturas haciendo unas rayas con las uñas en el borde de la puerta entre los canales del relleno. Cuando me vio, se dirigió a mí y pidió disculpas por su mala conducta, y me suplicó de una manera muy humilde y atenta que le permitiera regresar otra vez a su cuarto y que le diera su libreta. Pensé que sería bueno complacerlo, así que está de regreso en su cuarto, con la ventana abierta. Ha esparcido el azúcar de su té sobre el alféizar y está recogiendo una verdadera cosecha de moscas. No se las come ahora, sino que las pone en una caja como antaño, y ya está examinando los rincones de su cuarto para encontrar una araña. Traté de llevarlo a hablar acerca de los pocos días pasados, ya que cualquier clave de su pensamiento me sería de gran ayuda, pero no accedió. Por uno o dos instantes, se mostró muy triste y dijo con una suerte de voz lejana, como si lo dijera más para él mismo que para mí:

–¡Todo terminó! ¡Todo terminó! Él me ha abandonado. ¡No hay esperanzas para mí ahora al menos que lo haga por mí mismo!

Entonces, volviéndose de golpe hacia mí, dijo de un modo resuelto:

–Doctor, ¿será muy bueno conmigo y me permitirá tener un poco más de azúcar? Pienso que sería bueno para mí.

–¿Y las moscas? –dije.

–¡Sí! A las moscas también les gusta y a mí me gustan las moscas; por lo tanto, me gusta el azúcar.

¡Y hay gente que sabe tan poco como para pensar que los locos no razonan! Le procuré una doble ración y supongo que lo dejé tan contento como ningún hombre en el mundo. ¡Cuánto me gustaría penetrar en su mente!

Medianoche. Otro cambio en él. Había ido yo a visitar a la señorita Westenra, a quien encontré mucho mejor, y acababa de regresar; estaba parado en nuestro propio portón mirando la puesta del sol, cuando escuché que el loco gritaba. Como su cuarto está en este lado de la casa, pude oírlo mejor que en la mañana. Fue perturbador para mí volver de la admirable belleza de una puesta de sol en Londres, con sus atractivas luces y sus sombras y todos los maravillosos tintes que vienen tanto en las nubes como en el agua sucia, y darme cuenta de la siniestra firmeza de este frío edificio de piedra, con su carga de miseria, y mi propio desolado corazón que todo lo soporta. Me acerqué a Renfield, justo cuando el sol se ponía, y desde su ventana vi hundirse el disco rojo. Mientras se hundía, el frenesí del paciente iba disminuyendo, y justo cuando desapareció, Renfield se deslizó de las manos que lo sostenían, como una masa inerte, sobre el piso. Sin embargo, es admirable el poder intelectual de recuperación que tienen los lunáticos, ya que en pocos minutos se levantó completamente calmado y miró a su alrededor. Indiqué a los guardias que no lo retuvieran, ya que estaba ansioso por saber qué haría. Fue directo a la ventana y barrió con los restos de azúcar; luego tomó su caja de moscas y la vació afuera, y tiró la caja; luego cerró la ventana y cruzando el cuarto, se sentó en su cama. Todo esto me sorprendió, así que le pregunté:

–¿No va a guardar más moscas?

–No –dijo–; ¡estoy harto de toda esa basura!

Desde luego es un formidable e interesante caso de estudio. Desearía poder tener una ligera visión de su mente, o de las causas de su repentina pasión. Alto: puede haber, después de todo, una pista, si podemos averiguar por qué hoy sus paroxismos se produjeron a mediodía y no al ocultarse el sol. ¿Sería posible que hubiera malignas influencias del sol en períodos que afectan ciertas naturalezas, así como la luna afecta a otros? Lo veremos.

Telegrama de Seward, Londres, a Van Helsing, Amsterdam.

4 de septiembre. Paciente todavía mejor hoy.

Telegrama de Seward, Londres, a Van Helsing, Amsterdam.

5 de septiembre. Paciente mejoró mucho. Buen apetito, sueño normal, buen ánimo, vuelve el color.

Telegrama de Seward, Londres, a Van Helsing, Amsterdam.

6 de septiembre. Cambio drástico para mal. Venga de inmediato, sin perder un minuto. Retengo telegrama a Holmwood hasta su visita.

X

Carta del doctor Seward al honorable Arthur Holmwood

6 de septiembre

Mi querido Art:

Mis noticias hoy no son demasiado buenas. Esta mañana Lucy había retrocedido un poquito. Sin embargo, hay algo bueno en todo lo que sucedió: la señora Westenra estaba preocupada por el semblante de su hija y me consultó profesionalmente acerca de ella. Saqué ventaja de la oportunidad, y le dije que mi viejo maestro, Van Helsing, el gran especialista, venía para quedarse conmigo y que yo la pondría a su cargo, conjuntamente conmigo. De modo que ahora podemos ir y venir sin alarmarla indebidamente, ya que un sobresalto podría significar para ella la muerte inmediata. Esto, en la débil condición de Lucy, sería desastroso para ella. Todos nosotros nos hallamos sitiados por los obstáculos, mi pobre viejo amigo, pero gracias a Dios, los superaremos perfectamente. Si es necesario, escribiré, de modo que si no tienes noticias mías, da por sentado que simplemente estoy esperando algo para comunicarte. Apresúrate.

Tu amigo por siempre,

John Seward

Del diario del doctor Seward

7 de septiembre. Lo primero que Van Helsing me dijo cuando nos encontramos en la calle Liverpool, fue:

–¿Ha dicho usted algo a su amigo, el novio de ella?

–No –le dije–. Quería esperar hasta verlo a usted antes, como le dije en mi telegrama. Le escribí una carta diciéndole simplemente

que usted venía, ya que la señorita Westenra no estaba bien de salud, y que le enviaría más noticias después.

–Correcto, mi amigo –dijo–, ¡totalmente correcto! Mejor que no lo sepa todavía, tal vez nunca lo sabrá. Ruego que así sea, pero si fuera necesario, entonces lo sabrá todo. Y, mi buen amigo John, permítame que lo prevenga. Usted trata con locos. Todos los hombres están locos de una u otra manera, y ya que usted trata discretamente a sus locos, así también trata a los locos de Dios el resto del mundo. No les diga a sus locos lo que hace ni por qué lo hace; no les diga lo que piensa. Así mantendrá el conocimiento en su lugar, donde pueda reposar, donde pueda reunirse con los de su clase y multiplicarse. Usted y yo guardaremos por ahora lo que sabemos, aquí y aquí.

Me tocó en el corazón y en la frente, y luego se tocó él mismo de la misma manera.

–Actualmente, tengo pensamientos para mí mismo. Más tarde, se los revelaré.

–¿Por qué no ahora? –pregunté–. Pueden hacer algo bueno, debemos tomar alguna decisión.

Se detuvo, me miró, y dijo:

–Mi amigo John, cuando el trigo está crecido, aún antes de que haya madurado, mientras la leche de su madre tierra está en él, y el brillo del sol no ha comenzado aun a pintarlo con su oro, el labrador arranca la espiga, la estruja entre sus manos rugosas, sopla el grano verde y dice: "¡Mira! Es buen trigo, dará una buena cosecha cuando llegue el momento".

No vi la aplicación, y se lo dije. Como réplica, alargó la mano y me tomó por la oreja y tirando de ella juguetonamente, como solía hacer tiempo atrás en sus clases, dijo:

–El buen labrador habla así porque sabe, pero no hasta entonces. Sin embargo, usted no encuentra que el buen labrador desentierra su trigo plantado para ver si crece; eso es para los niños que juegan a la labranza, y no para aquellos que la toman como el trabajo de su vida. ¡Vea ahora, amigo John! He sembrado mi trigo, y la naturaleza tiene su trabajo que llevar a cabo en hacerlo brotar; si brota del

todo, hay alguna promesa y yo esperaré hasta que la espiga comience a hincharse.

Se interrumpió, pues vio evidentemente que yo había entendido. Entonces, continuó, y muy seriamente:

–Usted fue siempre un estudiante cuidadoso, y su estantería de libros siempre estaba más llena que las del resto. Usted era solamente un estudiante entonces; ahora es un maestro, y confío que el buen hábito no lo haya abandonado. Recuerde, mi amigo, que el saber es más fuerte que la memoria, y no debemos confiar en el más débil. Aun cuando no haya usted conservado esa buena costumbre, déjeme decirle que el caso de su querida señorita puede ser –atención, digo *puede ser*– de tal interés para nosotros y para otros, que todo el resto no pueda hacerle sombra, como ustedes dicen. Tome, pues, buena nota de esto. Nada es demasiado pequeño. Le aconsejo que anote en el registro hasta sus dudas y conjeturas. Más tarde, puede ser de interés para usted ver cómo adivina la verdad. ¡Aprendemos de las fallas, no del éxito!

Cuando describí los síntomas de Lucy –los mismos de antes, pero definitivamente más marcados–, se puso muy serio, pero no dijo nada. Traía consigo una maleta en la que había muchos instrumentos y drogas, "la parafernalia cadavérica de nuestro oficio benéfico", como había llamado una vez, en una de sus clases, al equipo de un profesor del arte de curar. Cuando nos hicieron pasar, nos recibió la señora Westenra. Estaba alarmada, pero no tanto como yo esperaba encontrarla. La naturaleza, en una de sus beneficiosas maneras, ha ordenado que incluso la muerte tenga algún antídoto para sus propios terrores. Aquí, en un caso en el que cualquier perturbación puede resultar fatal, los problemas están tan ordenados que, por alguna u otra causa, las cosas no personales –aun el terrible cambio en su hija a la que está tan ligada– no parecen alcanzarla. Es algo similar al modo en que la Madre Naturaleza se pliega alrededor de un cuerpo extraño: una envoltura de algún tejido insensible que puede proteger del mal a aquello que, de otro modo, sería dañado por contacto. Si esto es un egoísmo ordenado, entonces deberíamos detenernos antes de condenar a

nadie por el vicio del egoísmo, ya que debe haber raíces más profundas para sus causas de las que tenemos conocimiento.

Usé mi conocimiento de esta fase de la patología espiritual, y establecí la regla de que ella no debería estar presente con Lucy o pensar en su enfermedad más de lo que fuera absolutamente requerido. Ella asintió de buen grado, tan de buen grado que vi de nuevo la mano de la Naturaleza peleando por la vida. Van Helsing y yo fuimos llevados a la habitación de Lucy. Si yo me había perturbado al verla ayer, me horroricé al verla hoy. Estaba pálida como un cadáver, como la tiza; el colorado parecía haberse ido, incluso de sus labios y mejillas, y los huesos de su cara sobresalían de manera prominente; su respiración era penosa de ver o escuchar. El rostro de Van Helsing se endureció como el mármol, y sus cejas convergieron hasta casi tocarse sobre su nariz. Lucy yacía sin moverse y no parecía tener fuerzas para hablar, así que por un momento estuvimos todos en silencio. Luego, Van Helsing me llamó por señas y salimos suavemente de la habitación. Al instante de cerrar la puerta, caminó rápidamente por el corredor hasta la puerta contigua, que estaba abierta. Entonces, me metió dentro con él y cerró la puerta.

–¡Mi Dios! –dijo–, esto es espantoso. No hay tiempo que perder. Morirá por falta de sangre para mantener el funcionamiento del corazón como debiera. Debe haber una transfusión de sangre de inmediato. ¿Usted o yo?

–Yo soy más joven y fuerte, profesor. Debo ser yo.

–Entonces, esté listo de inmediato. Traeré mi maleta. Estoy preparado.

Bajé las escaleras con él y cuando nos íbamos, hubo unos golpes en la puerta de entrada. Cuando llegamos al vestíbulo, la criada había abierto justo la puerta, y Arthur estaba entrando rápidamente. Se precipitó hacia mí, diciendo en un susurro ansioso:

–Jack, estaba tan nervioso. Leí entre líneas tu carta y he estado en agonía. Papá estaba mejor, así que corrí hacia aquí para ver por mí mismo. ¿No es este caballero el doctor Van Helsing? Le estoy tan agradecido, señor, por venir.

Cuando en principio el profesor había posado su ojo sobre él, se había enojado por la interrupción en semejante momento, pero ahora, al mirar su corpulencia y reconocer la fuerza juvenil que parecía emanar de él, sus ojos resplandecieron. Sin una pausa, le dijo seriamente, mientras tomaba su mano:

–Señor, ha venido a tiempo. Usted es el amante de nuestra querida señorita. Ella está mal, muy, muy mal. No, hijo mío, no se ponga así.

Súbitamente palideció y se sentó en una silla casi desfallecido.

–Usted va a ayudarla. Usted puede hacer más que cualquiera para que viva y el coraje es su mejor ayuda.

–¿Qué puedo hacer? –preguntó Arthur ásperamente–. Dígamelo y lo haré. Mi vida es de ella y daría hasta la última gota de sangre en mi cuerpo por ella.

El profesor tiene un fuerte sentido del humor, y pude –por conocerlo desde antaño– detectar un trazo de él, en su respuesta:

–Mi joven señor, no le pido tanto como eso, ¡no hasta la última gota!

–¿Qué debo hacer? –había fuego en sus ojos, y las fosas nasales abiertas se estremecían por la resolución. Van Helsing lo palmeó en el hombro.

–¡Venga! –dijo–. Usted es un hombre, y es un hombre lo que queremos. Usted es mejor que yo, mejor que mi amigo John.

Arthur parecía desorientado y el profesor continuó, explicándole de una manera amable:

–La joven está mal, muy mal. Necesita sangre, y sangre debe tener o morirá. Mi amigo John y yo lo hemos consultado y estamos por llevar a cabo lo que llamamos una transfusión de sangre, es decir, transferir de las venas llenas de uno a las venas vacías que la anhelan. John iba a dar su sangre, ya que es más joven y fuerte que yo –aquí, Arthur tomó mi mano y la estrechó fuertemente en silencio–, pero ahora que usted está aquí, es mejor que nosotros, viejos o jóvenes, ya que trabajamos mucho en el mundo de las ideas. ¡Nuestros nervios no están tan calmados y nuestra sangre no es tan vigorosa como la suya!

Arthur se volvió hacia él y dijo:

–Si usted supiera cuán felizmente yo moriría por ella, lo entendería.

Se detuvo, con una suerte de ahogo en su voz.

–¡Buen chico! –dijo Van Helsing–. En no mucho tiempo estará feliz de haber hecho todo para la que usted ama. Ahora venga y sea silencioso. La besará una vez antes de la transfusión, pero luego debe marcharse y debe abandonar el lugar cuando yo se lo indique. No le diga nada a la señora, ¡usted sabe cómo es con ella! No debe haber perturbaciones, y cualquier información sobre esto sería una alteración. ¡Venga!

Todos subimos a la habitación de Lucy. Por indicación del profesor, Arthur permaneció afuera. Lucy volvió su cabeza y nos miró, pero no dijo nada. No estaba dormida, sino simplemente demasiado débil para hacer el esfuerzo. Sus ojos nos hablaron; eso fue todo. Van Helsing tomó algunas cosas de su maleta y las depositó en una mesita fuera de la vista. Luego preparó un narcótico, y acercándose a la cama, dijo alegremente:

–Ahora, señorita, aquí está su medicina. Bébala toda, como una buena niña. Vea, yo la levanto para que tragarla le sea fácil. Sí.

Ella hizo el esfuerzo con éxito.

Me asombró cuánto le llevó a la droga hacerle efecto. Esto, de hecho, marcaba el extremo de su debilidad. El tiempo pareció interminable hasta que el sueño comenzó a titilar en sus párpados. Sin embargo, al fin, el narcótico comenzó a manifestar su potencia y ella cayó en un sueño profundo. Cuando el profesor estuvo satisfecho, hizo pasar a Arthur y le mandó quitarse la chaqueta. Luego agregó:

–Puede darle un beso mientras traigo la mesa. ¡Amigo John, ayúdeme! Así que ninguno de nosotros vio cuando se inclinaba sobre ella.

Volviéndose hacia mí, Van Helsing dijo:

–Es tan joven y fuerte y de una sangre tan pura que no necesitamos desfibrinarla.

Luego, con rapidez pero con absoluto método, Ven Helsing llevó a cabo la operación. A medida que la transfusión avanzaba, algo de vida parecía regresar a las mejillas de la pobre Lucy y a través de la creciente palidez de Arthur, la alegría parecía resplandecer absolutamente en su rostro. Al poco tiempo, comencé a ponerme

nervioso, ya que la pérdida de sangre estaba afectando a Arthur, fuerte como era. Esto me dio una idea de la terrible prueba que debe haber afectado el organismo de Lucy, pues lo que debilitaba a Arthur, la recuperaba a ella sólo parcialmente. Pero el rostro del profesor estaba inmóvil, y él parado, reloj en mano, y con los ojos fijos ahora en la paciente y ahora sobre Arthur. Yo podía escuchar los latidos de mi propio corazón. Entonces, dijo con voz suave:

–No se mueva por un momento. Es suficiente. Atiéndalo usted a él; yo me ocuparé de ella.

Cuando todo terminó, pude ver cuánto se había debilitado Arthur. Le vendé la herida y lo tomé del brazo para sacarlo de allí. Van Helsing habló sin darse vuelta (el hombre parece tener ojos en la nuca):

–Creo que el valiente enamorado merece otro beso, que tendrá enseguida.

Y como había terminado su operación, acomodó la cabeza de la paciente en la almohada. Al hacerlo, la estrecha cinta de terciopelo negro que Lucy parecía siempre llevar alrededor de la garganta, prendida con un antiguo broche de diamante que su enamorado le había dado, se levantó un poco, y mostró una marca colorada en su garganta. Arthur no lo notó, pero yo pude escuchar el profundo silbido de la inspiración de Van Helsing, que es uno de sus modos de expresar las emociones. No dijo nada en el momento, pero se volvió hacia mí, diciendo:

– Ahora, lleve a nuestro valiente y joven enamorado abajo, dele vino oporto y deje que repose unos momentos. Luego debe ir a su casa y descansar, dormir mucho y comer mucho, que debe recuperar lo que le ha dado a su amada. No debe permanecer aquí. ¡Espere un momento! Puedo ver, señor, que usted está ansioso por los resultados. Entonces, tenga por seguro que la operación ha sido en todo sentido satisfactoria. Usted ha salvado su vida esta vez y puede ir a su casa y descansar tranquilo, sabiendo que se ha hecho todo lo posible. Le diré todo a ella cuando esté bien; lo apreciará a usted aún más por todo lo que ha hecho. Adiós.

Cuando Arthur se había ido, volví a la habitación. Lucy dormía plácidamente, pero su respiración era más fuerte; pude ver moverse

el cubrecama cuando su pecho se alzaba. Al costado de la cama se sentó Van Helsing, mirándola intensamente. La cinta de terciopelo cubría de nuevo la marca colorada. Le pregunté al profesor en un susurro:

–¿Qué opina de esa marca en su garganta?

–¿Qué opina usted de ella?

–No la he visto aún –respondí y allí mismo procedí a soltar la cinta. Justo sobre la vena yugular externa había dos perforaciones, no grandes, pero tampoco de buen aspecto. No había señal de infección, pero los bordes estaban blancos y se veían consumidos, como por trituración. En principio se me ocurrió que esta herida, o lo que fuera, debía ser el medio de la manifiesta pérdida de sangre, pero abandoné la idea tan pronto como se formó, pues tal cosa no podía ser. La cama entera habría sido empapada de color escarlata con la sangre que la muchacha debe haber perdido para dejar semejante palidez como la que tenía antes de la transfusión.

–¿Bien? –dijo Van Helsing.

–Bien –dije–, no puedo opinar nada de esto.

El profesor se puso de pie.

–Debo regresar a Amsterdam esta noche –dijo–. Hay libros y cosas que necesito allí. Usted debe permanecer aquí toda la noche, y no debe apartar su vista de ella.

–¿Puedo tener una enfermera? –pregunté.

–Nosotros somos las mejores enfermeras, usted y yo. Usted vigílela toda la noche; vea que esté bien alimentada, y que nada la perturbe. No debe usted dormir en toda la noche. Más tarde, podremos dormir, usted y yo. Regresaré lo más pronto posible. Y entonces, podremos empezar.

–¿Empezar? –dije–. ¿Qué diablos quiere usted decir?

–¡Ya lo veremos! – respondió mientras se apresuraba a salir. Volvió un momento después y asomó su cabeza por la puerta, diciendo, con un dedo sostenido en lo alto en forma de advertencia:

–Recuerde que ella está a su cargo. Si usted la deja, y le pasa algo, ¡no dormirá tranquilo de aquí en más!

Del diario del doctor Seward(continuación)

8 de septiembre. Pasé la noche entera sentado junto a Lucy. El somnífero perdió su efecto al anochecer, y despertó de modo natural; se la veía como un ser diferente del que había sido antes de la operación. Su estado de ánimo era excelente, y estaba llena de una alegre vivacidad. De todos modos, guardaba huellas de la postración extrema por la que había pasado. Cuando le dije a la señora Westenra que el doctor Van Helsing había ordenado que yo estuviese sentado al lado de ella, casi se burló de la idea señalando las renovadas fuerzas de su hija y su excelente estado de ánimo. Sin embargo, me mostré firme, e hice los preparativos para mi larga vigilia. Cuando su sirvienta la hubo preparado para la noche, entré, habiendo entretanto cenado, y tomé asiento al lado de su cama. No hizo ninguna objeción, sino que se limitó a mirarme con gratitud siempre que pude captar sus ojos. Después de un largo rato pareció estar a punto de dormirse, pero con un esfuerzo pareció recobrarse y sacudirse el sueño. Esto se repitió varias veces, con más esfuerzo y pausas más cortas a medida que el tiempo pasaba. Era aparente que no quería dormir, de manera que yo abordé el asunto de inmediato:

–¿No quiere usted dormir?

–Tengo miedo.

–¿Miedo de dormirse? ¿Por qué? Es la bendición que todos anhelamos.

–¡Ah, no! Si usted fuera como yo… si el sueño fuera para usted un presagio del horror…

–¡Un presagio del horror! ¿Qué diablos quiere usted decir?

–No lo sé; ¡oh!, no lo sé. Y eso es lo que es tan terrible. Toda esta debilidad me viene en el sueño, hasta me espanto de sólo pensarlo.

–Mi querida niña, debe usted dormir esta noche. Estoy aquí para cuidarla, y puedo prometerle que nada ocurrirá.

–¡Ah, puedo confiar en usted!

Aproveché la oportunidad y dije:

–Le prometo que si veo cualquier evidencia de malos sueños, la despertaré de inmediato.

–¿Lo hará? Oh, ¿lo hará de veras? ¡Qué bueno es usted conmigo! Entonces, dormiré.

Y casi al instante dio un profundo suspiro de alivio y cayó dormida.

La cuidé a lo largo de toda la noche. Nunca se movió, sino que durmió sin parar en un sueño profundo, tranquilo, vivificante, reparador. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos, y su pecho se elevaba y bajaba con la regularidad de un péndulo. Había una sonrisa en su rostro y era evidente que ningún mal sueño había venido a perturbar la paz de su mente.

Temprano en la mañana, vino su doncella y la dejé a su cuidado y volví a casa, ya que estaba nervioso por varias cosas. Envié un breve telegrama a Van Helsing y a Arthur, refiriéndoles el excelente resultado de la operación. Mi propio trabajo, con sus múltiples atrasos, me llevó todo el día; era oscuro cuando pude indagar acerca de mi paciente zoófago. El informe era bueno: había estado completamente tranquilo el día anterior y la noche. Mientras estaba cenando, me llegó un telegrama de Van Helsing, desde Amsterdam, sugiriendo que fuera esa misma noche a Hillingham, ya que sería bueno estar a mano, y expresando que partiría en el correo de la noche y se reuniría conmigo en la mañana.

9 de septiembre. Estaba bastante cansado cuando llegué a Hillingham. Durante dos noches apenas había podido dormir, y mi cerebro estaba comenzando a sentir ese entumecimiento que indica el agotamiento cerebral. Lucy estaba levantada y animosa. Cuando me estrechó la mano, me miró severamente a la cara y dijo:

–No velará usted esta noche. Está desfallecido. Estoy completamente bien de nuevo, realmente lo estoy y si va a haber vigilia, seré yo quien velará por usted.

No discutí el punto, sino que fui y tomé mi cena. Lucy vino conmigo y, estimulado por su encantadora presencia, tuve una excelente comida y un par de vasos de un más que excelente oporto. Luego, Lucy me condujo arriba y me mostró una habitación contigua a la suya, en la que ardía un fuego acogedor.

–Ahora –dijo–, usted debe quedarse aquí. Dejaré abierta esta puerta y la mía también. Puede recostarse en el sofá, ya que sé que

nada los induce a ustedes, los doctores, a ir a la cama mientras haya un paciente en el horizonte. Si necesito algo, lo llamaré y usted podrá venir a verme de inmediato.

No pude sino consentir, pues estaba "cansado como un perro" y no podría haber permanecido en vela, aunque hubiese tratado. Así que, luego de renovar su promesa de llamarme si necesitara algo, me recosté en el sofá y me olvidé de todo.

Del diario de Lucy Westenra

9 de septiembre. Me siento feliz hoy por la noche. He estado tan tremendamente débil, que ser capaz de pensar y moverme es como sentir los rayos del sol después de un largo período de viento del Este y de cielo nublado y gris. Arthur se siente muy cerca de mí. Me parece sentir su presencia caliente alrededor de mí. Supongo que es porque la enfermedad y la debilidad vuelven egoísta, y vuelven nuestros ojos internos y nuestra simpatía sobre nosotros mismos, mientras que la salud y la fuerza dan rienda suelta al amor, y en pensamiento y sentimiento puede uno andar donde uno quiera. Yo sé dónde están mis pensamientos. ¡Si Arthur lo supiese! Querido mío, tus oídos deben zumbar mientras duermes, tal como me zumban los míos al caminar. ¡Oh, el maravilloso descanso de anoche! Cómo dormí, con el querido, buen doctor Seward vigilándome. Y hoy por la noche no tendré miedo de dormir, ya que está muy cerca y puedo llamarlo. ¡Gracias a todos por ser tan buenos conmigo! ¡Gracias a Dios! Buenas noches, Arthur.

Del diario del doctor Seward

10 de septiembre. Tuve conciencia de la mano del profesor sobre mi cabeza, y en un segundo estuve despierto por completo. Por cierto, es el tipo de cosas que aprendemos en un asilo.

–¿Cómo está nuestra paciente?

–Estaba muy bien cuando la dejé, o mejor dicho cuando ella me dejó –respondí.

–Venga, echemos un vistazo –dijo. Y fuimos juntos a su habitación.

La persiana estaba baja. Me acerqué para subirla con delicadeza, mientras Van Helsing se aproximaba a la cama con un paso suave, propio de los felinos.

Cuando subí la persiana y la luz del sol de la mañana invadió la habitación, escuché el tenue silbido de la inspiración del profesor y conociendo su rareza, mi corazón fue traspasado por un miedo helado. Al acercarme, retrocedió, y su exclamación de horror, *Got in Himmel!* no necesitó ser reforzada por su angustiado rostro. Alzó su mano y señaló la cama, y su faz de hierro estaba contraída y de un blanco ceniciento. Sentí que las rodillas comenzaban a temblarme.

Ahí sobre la cama, en un aparente desmayo, yacía la pobre Lucy, más terriblemente blanca y pálida que nunca. Hasta los labios estaban blancos, y las encías parecían haberse encogido detrás de los dientes, como algunas veces vemos en los cuerpos después de una prolongada enfermedad. Van Helsing levantó su pie para patear de cólera, pero el instinto de su vida y todos los largos años de hábitos lo contuvieron, y lo depositó otra vez suavemente.

–¡Rápido! –dijo–. Traiga el brandy.

Volé al comedor y volví con la garrafa. Mojó los pobres labios blancos con él, y juntos le frotamos las palmas, las muñecas y el corazón. El sintió su corazón y luego de unos momentos de agonizante suspenso, dijo:

–No es demasiado tarde. Late, aunque débilmente. Todo nuestro trabajo se ha echado a perder, debemos comenzar de nuevo. Ahora no está el joven Arthur aquí; debo acudir a usted mismo en este momento, amigo John.

Mientras hablaba, se inclinaba sobre su maleta e iba sacando los instrumentos para la transfusión; yo me había quitado la chaqueta y arremangado la camisa. No había posibilidad de narcotizarla justo en ese momento, aunque tampoco lo necesitaba, así que sin tiempo que perder, comenzamos la operación. Al cabo de un rato –tampoco me pareció un lapso corto, ya que el hecho de dar sangre, sin importar cuán voluntariamente se haga, es una sensación terrible– Van Helsing levantó su dedo en señal de advertencia.

–No se mueva –dijo–, pues me temo que al recobrar sus fuerzas se despierte y eso sería peligroso, muy peligroso. Pero tomaré precauciones. Le daré una inyección hipodérmica de morfina.

Procedió entonces, rápida y hábilmente, a llevar a cabo su intento. El efecto sobre Lucy no fue malo, ya que el desvanecimiento pareció sumergirse sutilmente en el sueño producido por el narcótico. Fue con un sentimiento de orgullo personal que pude ver un débil matiz de color volver a sus pálidas mejillas y labios. Ningún hombre sabe hasta que no lo experimenta, lo que es sentir que su propia sangre pasa a las venas de la mujer que ama.

El profesor me miró atentamente.

–Es suficiente –dijo.

–¿Ya? protesté. Usted tomó mucho más de Art.

Sonrió con una suerte de sonrisa triste al replicar:

–Él es su enamorado, su *fiancé*. Usted tiene trabajo, mucho trabajo que hacer por ella y por otros, y de momento, bastará.

Cuando terminó la operación, atendió a Lucy mientras yo hacía presión con los dedos sobre mi propia incisión. Me recosté, esperando que el profesor tuviera un momento libre para atenderme, ya que me sentía débil y un poco descompuesto. Luego, me vendó la herida y me envió abajo para tomar un vaso de vino. Cuando estaba abandonando la habitación, vino detrás de mí y susurró:

–Cuídese, nada debe decirse de esto. Si nuestro joven enamorado regresa de manera inesperada como antes, no le diga ni una palabra. Lo atemorizaría de inmediato y también lo pondría celoso. No debe suceder ninguna de ambas cosas. ¡Vaya!

Cuando volví, me observó con cuidado y luego dijo:

–No está usted tan mal. Entre en el cuarto y recuéstese en su sofá para descansar un rato; luego desayune bien y venga a verme.

Seguí sus órdenes, pues sabía cuán correctas y sabias eran. Había hecho mi parte y ahora mi siguiente deber era recuperar fuerzas. Me sentí muy débil, y en la debilidad perdí algo del placer de lo que había ocurrido. Me quedé dormido en el sofá; sin embargo, preguntándome una y otra vez cómo era que Lucy había hecho un movimiento tan retrógrado, y cómo había podido perder tanta

sangre, sin dejar ninguna señal por ningún lado de ella. Creo que debo haber continuado preguntándome esto en mi sueño, pues, durmiendo y caminando, mis pensamientos siempre regresaban a los pequeños pinchazos en su garganta y la apariencia marchita y maltratada de sus bordes a pesar de lo pequeños que eran.

Lucy durmió hasta bien entrado el día, y cuando despertó estaba bastante bien y fuerte, aunque no tanto como el día anterior. Cuando van Helsing la hubo visto, salió a dar un paseo, dejándome a mí a cargo de ella, con instrucciones estrictas de no abandonarla ni por un momento. Pude escuchar su voz en el corredor, preguntando cuál era el camino para la oficina de telégrafos más cercana.

Lucy conversó conmigo alegremente, y parecía completamente inconsciente de lo que había sucedido. Yo traté de mantenerla entretenida e interesada. Cuando su madre subió a verla, no pareció notar ningún cambio en ella, y sólo me dijo, agradecida:

–¡Le debemos tanto a usted, doctor Seward, por todo lo que ha hecho! Pero realmente ahora debe usted tener cuidado de no trabajar en exceso. Se ve usted mismo un poco pálido. Usted necesita una mujer para que le sirva de enfermera y que lo cuide un poco; ¡eso es lo que usted necesita!

Mientras hablaba, Lucy se ruborizó, aunque sólo momentáneamente, ya que sus pobres venas gastadas no podían soportar por mucho tiempo un desacostumbrado drenaje a la cabeza. La reacción se tradujo en una palidez excesiva, mientras volvía los ojos implorantes hacia mí. Sonreí y asentí con la cabeza, y posé un dedo sobre mis labios; con un suspiro, ella volvió a apoyarse en las almohadas.

Van Helsing retornó en un par de horas y entonces me dijo:

–Ahora, vaya a casa. Coma mucho y beba lo suficiente. Fortalézcase. Me quedaré aquí esta noche, y velaré por la señorita yo mismo. Usted y yo debemos vigilar el caso, y nadie más debe saberlo. Tengo serias razones. No, no las pregunte; piense lo que desee. No tema pensar aun lo más improbable. Buenas noches.

En el vestíbulo, se me acercaron dos de las criadas y me preguntaron si ambas o una de ellas podían velar por la señorita Lucy. Me imploraron que las dejara, y cuando dije que era el deseo

de Van Helsing que él o yo lo hiciéramos, me pidieron lastimosamente que intercediera ante el "caballero extranjero". Su amabilidad me conmovió mucho. Tal vez fuera porque estaba débil entonces, o tal vez por la devoción que ellas manifestaban por Lucy, ya que una y otra vez he visto instancias similares de la amabilidad femenina. Regresé a tiempo para cenar; hice mis rondas –todo bien– y anoté esto mientras esperaba el sueño. Está llegando.

11 de septiembre. Esta tarde fui a Hillingham. Encontré a Van Helsing de excelente humor y Lucy se encontraba mucho mejor. Poco después de mi llegada, llegó el correo con un enorme paquete dirigido al profesor. Lo abrió con bastante prisa, así me pareció, y me mostró un gran ramo de flores blancas.

–Estas son para usted, señorita Lucy –dijo.

–¿Para mí? ¡Oh, doctor Van Helsing!

–Sí, mi querida, pero no para que juegue con ellas. Estas son medicinas.

Entonces, Lucy hizo una mueca.

–No, pero no son para tomarlas en una decocción o de alguna forma nauseabunda, así que no necesita fruncir esa encantadora nariz, o le advertiré a mi amigo Arthur lo que tendrá que sufrir al ver tan estropeada a la belleza que él tanto ama. ¡Ah!, mi bella señorita, eso hace que su linda nariz vuelva a su lugar. Esto es medicinal, pero usted no sabe cómo. Lo pongo en su ventana, hago una bonita guirnalda y la coloco alrededor de su cuello, para que así duerma usted bien. ¡Oh!, sí! Ellas, como las flores del loto, hacen que se olvide su problema. Huelen como las aguas del Leteo, y las de la fuente de la juventud que los conquistadores fueron a buscar a la Florida y encontraron demasiado tarde.

Mientras él hablaba, Lucy había estado examinando las flores y oliéndolas. Entonces, las arrojó al piso, diciendo, medio risueña y medio disgustada:

–¡Oh!, profesor, creo que usted sólo está jugándome una broma, ya que estas flores son solamente ajo común.

Para mi sorpresa, Van Helsing se levantó y dijo con toda su firmeza, apretando su mandíbula de hierro y juntando sus pobladas

cejas:

–¡No juegue conmigo! ¡Yo nunca bromeo! Hay un propósito serio en todo lo que hago y le advierto que no me contradiga. Tenga cuidado, por el amor de los otros, si no por el suyo propio.

Luego, viendo que la pobre Lucy se había asustado, como era de esperarse, siguió más amablemente:

–¡Oh, señorita, mi querida, no me tenga miedo! Sólo lo hago por su bien, pero hay una virtud que la beneficiará en esta flor corriente. Vea, las coloco yo mismo en su cuarto. Hago yo mismo la guirnalda que usted portará. ¡Pero cuidado! No les diga nada a los que hacen preguntas inquisitivas. Debemos obedecer y el silencio es parte de la obediencia, y la obediencia consiste en hacer que usted se ponga fuerte y bien para ir a los brazos amados de quien la espera. Ahora, siéntese un momento. Venga conmigo, amigo John, y me ayudará a ataviar el cuarto con mi ajo que proviene de Haarlem, donde mi amigo Vanderpool cultiva estas hierbas en sus invernaderos todo el año. Tuve que telegrafiarle ayer, o no habrían estado aquí.

Entramos en el cuarto, llevando con nosotros las flores. Las acciones del profesor eran verdaderamente raras y no creo que se pudiera encontrar alguna farmacopea en la cual yo encontrara noticias. Primero cerró las ventanas y las aseguró con aldaba; luego, tomando un ramo de flores, frotó con ellas las guillotinas, como para asegurarse de que cada soplo de aire que pudiera pasar a través de ellas estuviera cargado con el olor a ajo. Después, con el manojo frotó los batientes de la puerta, arriba, abajo y a cada lado, y alrededor de la chimenea de la misma manera. Todo me pareció muy grotesco, y al momento le dije al profesor:

–Bien, profesor, sé que usted siempre tiene una razón para lo que hace, pero esto ciertamente me confunde. Menos mal que no tenemos ningún escéptico aquí, o diría que usted está haciendo algún conjuro para echar un espíritu maligno.

–¡Tal vez lo estoy! –respondió tranquilamente, mientras comenzaba a hacer la guirnalda que Lucy iba a llevar alrededor de su cuello.

Luego esperamos a que Lucy se aseara para la noche, y cuando estaba en la cama, vino el profesor y él mismo fijó la guirnalda de ajo alrededor de su cuello. Las últimas palabras que le dijo fueron:

–Cuídese de no quitársela y aun cuando la habitación parezca mal ventilada, esta noche no abra la ventana ni la puerta.

–Lo prometo –dijo Lucy–, ¡y gracias mil veces a ambos por su amabilidad para conmigo! Oh, ¿qué he hecho para ser bendecida con semejantes amigos?

Cuando abandonamos la casa en mi coche, que nos estaba esperando, Van Helsing dijo:

–Esta noche puedo dormir en paz, y dormir es lo que quiero: dos noches de viaje, mucha lectura en el día intermedio y mucha ansiedad al día siguiente y una noche en vela, sin pegar un ojo. Mañana temprano en la mañana, llámeme e iremos juntos a ver a nuestra bella señorita, mucho más fuerte por el "conjuro" que he hecho. ¡Ja! ¡Ja!

Parecía tan confiado que yo, recordando mi propia confianza de dos noches antes y con el funesto resultado, me quedé pasmado y sentí un vago terror. Debe haber sido mi debilidad la que me hizo dudar de decírselo a mi amigo, pero lo sentí más aun, como lágrimas contenidas.

XI

Del diario de Lucy Westenra

12 de septiembre. ¡Qué buenos son todos conmigo! Casi siento que quiero a ese adorable doctor Van Helsing. Me pregunto por qué estaba tan ansioso acerca de estas flores. Realmente me asustó. ¡Parecía tan serio! Sin embargo, debe haber tenido razón, pues ya siento el alivio que me llega de ellas. Por algún motivo, no temo estar sola esta noche, y puedo acostarme a dormir sin temor. No me importará el aleteo fuera de la ventana. ¡Oh, la terrible lucha que he tenido contra el sueño tan a menudo últimamente! ¡Oh, el terrible esfuerzo que he tenido que hacer contra el sueño; el sufrimiento del insomnio, o el sufrimiento del miedo a dormirme, con los horrores desconocidos que el sueño tiene para mí! Benditas sean algunas personas, cuyas vidas no tienen temores, ni espantos; para quienes dormir es una bendición que viene por la noche y no les trae más que dulces sueños. Bien, aquí estoy esta noche, esperando el sueño y yaciendo como Ofelia en la obra de teatro, con "virginal corona y flores de doncella". Nunca me gustó el ajo antes, ¡pero esta noche me resulta delicioso! Hay paz en su aroma; siento que ya llega el sueño. Buenas noches a todos.

Del diario del doctor Seward

13 de septiembre. Pasé por el hotel Berkely y encontré a Van Helsing como siempre, preparado. El coche ordenado por el hotel estaba esperando. El profesor tomó su maletín, que ahora siempre lleva consigo.

Lo anotaré todo detalladamente. Van Helsing y yo llegamos a Hillingham a las ocho en punto. Era una mañana agradable; la brillante luz del sol y todo el fresco ambiente de la entrada del otoño parecían ser la culminación del trabajo anual de la naturaleza. Las hojas se estaban volviendo de todos los bellos colores, pero todavía

no habían comenzado a caer de los árboles. Cuando entramos encontramos a la señora Westenra saliendo del recibidor. Ella siempre se levanta temprano. Nos saludó cordialmente, y dijo:

–Estarán felices de saber que Lucy está mejor. La querida niña está todavía dormida. Miré dentro de su habitación y la vi, pero no entré para no molestarla.

El profesor sonrió, y se mostró completamente alborozado. Frotó sus manos una contra otra y dijo:

–¡Ajá! Pensé que el diagnóstico era correcto. Mi tratamiento está funcionando.

Ella respondió:

–No debe usted acreditarse todo el éxito, doctor. El estado de Lucy esta mañana se debe a mí en parte.

–¿Qué quiere usted decir, señora? –preguntó el profesor.

–Bueno, a la noche, yo estaba nerviosa por la querida niña y fui a su habitación. Estaba durmiendo profundamente, tanto que ni siquiera mi entrada la despertó. Pero la habitación estaba horriblemente enrarecida. Había un montón de esas horribles flores de fuerte aroma por todas partes, e incluso ella misma tenía un ramillete de ellas alrededor del cuello. Temí que el pesado olor fuera demasiado para la querida niña en su débil estado, así que quité todas las flores y abrí un poco la ventana para permitir que entrara un poco de aire fresco. Usted estará encantado con ella, estoy segura.

Luego se dirigió a su tocador, adonde solía desayunar temprano. Mientras hablaba, observé la cara del profesor y vi que se volvía gris como la ceniza. Fue capaz de retenerse por autodominio mientras la pobre dama estaba presente. Pues conocía su estado y el mal que le produciría una impresión; de hecho, llegó hasta a sonreírse y le sostuvo la puerta abierta para que ella entrara en su cuarto. Pero en el instante en que ella desapareció, me dio un tirón repentino y fuerte, llevándome al comedor y cerrando la puerta tras él.

Allí, por primera vez en mi vida, vi a Van Helsing abatido. Se llevó las manos a la cabeza en una especie de muda desesperación, y luego se dio puñetazos en las palmas de manera impotente; por último, se sentó en una silla, y cubriéndose el rostro con las manos

comenzó a sollozar, con sollozos ruidosos, secos, que parecían salir de su mismo corazón roto. Luego alzó las manos otra vez, como si implorara a todo el universo.

–¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! –dijo–. ¿Qué hemos hecho, qué ha hecho esta pobre criatura, que somos tan dolorosamente acosados? ¿Acaso está el destino en nuestra contra todavía, como en el antiguo mundo pagano, que deben pasar estas cosas, y de esta manera? Esta pobre madre, sin saber nada, y todo con las mejores intenciones, hace semejante cosa como para perder a su hija en cuerpo y alma, y no podemos decirle, no podemos ni siquiera advertirle, o se muere y entonces ambas mueren. ¡Oh!, ¡cómo nos acosan! ¡Cómo están todos los poderes de los demonios en contra nuestra!

Se levantó de un salto.

–Venga –dijo–, venga, debemos ver y actuar. Demonios o no demonios, o todos los demonios al mismo tiempo, no importa; lucharemos contra él o ellos, y por todos.

Salió otra vez a la puerta del corredor con su maletín, y juntos subimos al cuarto de Lucy. Una vez más yo subí la celosía, mientras Van Helsing fue hacia su cama. Esta vez él no retrocedió espantado al mirar el pobre rostro con la misma palidez de cera, terrible, como antes. Sólo puso una mirada de rígida tristeza e infinita piedad.

–Como esperaba, murmuró, con esa inspiración sibilante suya que tanto significaba.

Sin una palabra, fue y cerró la puerta con llave, y luego comenzó a preparar sobre la mesita los instrumentos para una nueva operación de transfusión de sangre. Hacía tiempo que yo había comprendido la necesidad de la misma, y comencé a quitarme la chaqueta, pero él me detuvo con una señal de advertencia.

–¡No! –dijo–. Hoy usted debe operar. Yo proveeré. Usted está debilitado todavía.

Mientras hablaba, se quitó su chaqueta y arremangó su camisa.

De nuevo la operación; de nuevo el narcótico; de nuevo el regreso de algo de color a las mejillas cenicientas y la respiración regular del sueño saludable. Esta vez vigilé yo, mientras Van Helsing se recuperaba y descansaba.

Luego, tuvo la oportunidad de decirle a la señora Westenra que no debía remover nada de la habitación de Lucy sin consultarlo; que las flores tenían valor curativo y que la respiración de su olor era parte del tratamiento para curarla. Luego, volvió a hacerse cargo del caso él mismo, diciendo que vigilaría esa noche y la siguiente y me mandaría a decir cuándo venir.

Después de otra hora, Lucy se despertó de su sueño, fresca y resplandeciente y, al parecer, viéndose mejor de lo esperado después de su terrible prueba.

¿Qué es lo que todo esto significa? Estoy empezando a preguntarme si haber pasado tanto tiempo entre locos no está empezando a afectar mi propia mente.

Del diario de Lucy Westenra

17 de septiembre. Cuatro días y noches de paz. Es tanta la energía que estoy recuperando, que apenas alcanzo a reconocerme. Siento como si hubiera atravesado una larga pesadilla y acabara de despertar para ver alrededor de mí los maravillosos rayos del sol, y para sentir el aire fresco de la mañana. Tengo una vaga sensación de recordar largos y ansiosos tiempos de espera y miedo; una oscuridad en la cual no había siquiera la más ligera esperanza de hacer menos punzante la desesperación. Luego, los largos períodos de olvido, y el regreso hacia la vida como un buzo que sale a la superficie después de sumergirse. De cualquier forma, desde que el doctor Van Helsing ha estado conmigo, todos estos malos sueños parecen haberse disipado; los ruidos que solían asustarme hasta ponerme fuera de mí, el golpeteo contra las ventanas, las voces distantes que me parecían tan cercanas, los ásperos sonidos que venían no sé de dónde y me ordenaban a hacer no sé qué, todo eso ha concluido. Ahora voy a la cama sin ningún miedo de dormir. Incluso, tampoco trato de mantenerme despierta. He llegado a encariñarme por completo con el ajo, y una caja llena llega para mí todos los días desde Haarlem. Esta noche se marcha el doctor Van Helsing, pues tiene que estar por un día en Amsterdam. Pero no

necesito que se me vigile; estoy lo suficientemente bien como para que me dejen sola. ¡Gracias a Dios, por el amor de mi madre y el del querido Arthur, y por todos nuestros amigos que han sido tan amables! Ni siquiera sentiré el cambio, ya que anoche el doctor Van Helsing se durmió en su silla casi todo el tiempo. Lo encontré dormido dos veces cuando desperté; pero no temí volver a dormirme, aunque las ramas o los murciélagos, o lo que fuese, aleteaban con furia contra los cristales de mi ventana.

Recorte de The Pall Mall Gazette

18 de septiembre

EL LOBO QUE ESCAPÓ

Peligrosa aventura de nuestro reportero
Entrevista con el guardián del Jardín Zoológico

Tras numerosos pedidos y otras tantas negativas, y usando permanentemente las palabras The Pall Mall Gazette *como una suerte de talismán, conseguí encontrar al guardián de la sección del Jardín Zoológico en la que está incluido el departamento de lobos. Thomas Bilder vive en una de las casitas del recinto, detrás de la casa de los elefantes, y estaba justo a punto de tomar el té cuando lo encontré. Él y su mujer son gente hospitalaria, mayor, y sin niños, y si la muestra que disfruté de su hospitalidad es habitual en ellos, sus vidas deben ser muy confortables.*

El guardián no entraría en lo que llamó "negocios" hasta que terminara su comida y todos estuviéramos satisfechos. Recién cuando la mesa estuvo limpia y hubo encendido su pipa, dijo:

–Ahora, señor, puede continuar y preguntarme lo que quiera. Disculpará que me rehúse a hablar de asuntos profesionales antes de la comida. Yo les doy su té a los lobos, a los chacales y a las hienas en toda nuestra sección, antes de comenzar a hacerles preguntas.

–¿Qué es lo que quiere decir por hacerles preguntas?–inquirí, buscando tirarle la lengua.

–Golpeándolos sobre la cabeza con un palo es una manera; rascarles en las orejas es otra, cuando algún macho quiere impresionar un poco a sus muchachas. A mí no me importa mucho el barullo, pegarles con un palo antes de meterles su cena, pero espero, por así decirlo, a que se hayan tomado su brandy *y su café, antes de intentar rascarles las orejas. ¿Sabe usted? –agregó filosóficamente–, hay bastante de la misma naturaleza a nosotros que en esos animales. Aquí está usted, viniendo y preguntando acerca de mi oficio, cuando no tenía yo nada en la barriga. Mi primer intento fue despedirlo sin decirle nada. Ni siquiera cuando usted me preguntó en forma medio sarcástica si quisiera que usted le preguntara al superintendente si usted podía hacerme algunas preguntas. Sin ofenderlo, ¿le dije que se fuera al diablo?*

–Lo hizo.

–Y cuando usted dijo que me reportaría por usar un lenguaje obsceno, eso fue pegarme en la cabeza, pero la media libra hizo que todo estuviera bien. Yo no iba a pelear, así que esperé la comida, e hice mi aullido como hacen los lobos, los leones y los tigres. Pero, el Señor tenga compasión de usted, ahora que la vieja me ha metido un trozo de su pastel, y me ha enjuagado con su vieja tetera floreciente, y que he encendido la pipa, puede rascar mis orejas todo lo que quiera, y no obtendrá ni un gruñido de mí. Empiece con sus preguntas. Sé a qué ha venido, por ese lobo que se escapó.

–Así es. Quiero que me dé su punto de vista. Sólo dígame cómo ocurrió y, cuando yo sepa los hechos, le haré decir lo que usted considere que sean las causas y cómo usted piensa que terminará todo este asunto.

–Muy bien, jefe. La historia es más o menos así: ese lobo que llamábamos Bersicker era uno de los tres lobos grises que vinieron de Noruega y que compramos a Jamrach, hace cuatro años. Era un lindo ejemplar, de buen comportamiento, que nunca nos dio problemas. Estoy más sorprendido de que él haya querido escaparse más que ningún otro animal en el lugar. Pero, ya ve, no puede usted creer en los lobos más que en las mujeres.

–¡No le haga caso, señor! –interrumpió la señora Tom, con una risa alegre–. ¡Lleva cuidando animales tanto tiempo que mire si no es él

mismo como un viejo lobo! Pero no hay maldad en él.

–Bien, señor, fue alrededor de dos horas luego de alimentarlos ayer, cuando escuché cierto disturbio. Estaba preparando un lecho en la casa de los monos, para un joven puma que está enfermo, pero cuando escuché gritos y aullidos, salí corriendo. Allí estaba Bersicker rompiendo como loco los barrotes, como si quisiera salir. No había mucha gente alrededor ese día, y había solamente un hombre a mano, un tipo alto, flaco, con una nariz ganchuda y una barba puntiaguda, con unos pocos pelos blancos por ahí. Tenía una mirada dura y fría, y ojos rojos, y me cayó mal, pues parecía que él irritaba a los animales. Tenía guantes blancos de cabritilla en las manos, y me señalaba a los animales y decía:

"–Guardia, estos lobos parecen perturbados por algo.

"–Puede ser por usted –dije yo, ya que no me gustaban los aires que se daba. No se enojó, como esperé que haría, sino que hizo una especie de sonrisa insolente, con una boca llena de dientes blancos afilados.

"– ¡Oh, no, yo no les gustaría! –dijo.

"– ¡Oh, sí, les gustaría! – dije yo, imitándolo–. Siempre les gusta un hueso o dos para limpiar sus dientes a la hora del té, y usted tiene un montón".

–Bien, fue una cosa extraña, pero cuando los animales nos vieron hablando, se acostaron, y cuando me acerqué a Bersicker, me dejó acariciarle sus orejas como siempre. Entonces, vino ese hombre ¡y maldito sea si no puso su mano y acarició las orejas del viejo lobo también!

"–Tenga cuidado –dije yo–. Bersicker es rápido.

"–No se preocupe –dijo–. ¡Estoy acostumbrado a ellos!

"–¿Usted también está en el negocio? –dije, quitándome el sombrero, ya que un hombre que trata con lobos, etcétera, es un buen amigo de los guardias.

"– No –dijo él–, no exactamente en el negocio, pero he domesticado a algunos".

Y con eso, levantó su sombrero como si fuera un lord, y se fue. El viejo Bersicker lo siguió con la mirada hasta que desapareció, y luego se fue a echar en una esquina y no quiso salir de ahí durante

toda la noche. Bueno, anoche, tan pronto como salió la luna, aquí comenzaron todos los lobos a aullar. No había nada para que aullaran. No había nadie cerca, excepto alguien que evidentemente llamaba a su perro en alguna parte, detrás de los jardines del Park Road. Una o dos veces, salí para ver si todo estaba bien, y así era, y luego, los aullidos cesaron. Justo antes de las doce en punto, eché un vistazo alrededor antes de acostarme, y nada, pero cuando venía en dirección opuesta a la jaula del viejo Bersicker, vi las rejas rotas y retorcidas y la jaula vacía. Y eso es todo lo que sé de cierto.

–¿Nadie más vio nada?

–Uno de nuestros jardineros volvía a casa a esa hora de una fiesta, cuando ve un gran perro gris saliendo a través del jardín. Al menos, eso dice, pero no creo mucho en él, ya que nunca le dijo una palabra a su mujer sobre esto, cuando volvió a su casa, y fue solo luego de que se hizo saber que el lobo había escapado, y que habíamos estado toda la noche a la caza de Bersicker, que recordó haber visto algo. Mi propia creencia es que la fiesta se le subió a la cabeza.

–Ahora, señor Bilder, ¿puede explicar de alguna manera que el lobo se haya escapado?

–Bien, señor –dijo con una suerte de sospechosa modestia–, creo que puedo, pero no sé si usted estaría satisfecho con la teoría.

–Ciertamente lo estaré. Si un hombre como usted, que conoce a los animales por la experiencia, no puede arriesgar una buena conjetura, en todo caso, ¿quién podría siquiera intentarlo?

–Bien, entonces, señor, yo lo explico de esta manera: me parece que el lobo escapó simplemente porque quería salir.

Por el modo animado en que ambos, Thomas y su mujer, rieron del chiste, pude ver que ya lo había contado antes y que la explicación entera era simplemente una treta elaborada. No podía competir en bromas con el benemérito Thomas, pero pensé que conocía un camino más seguro para llegar a su corazón, así que dije:

–Ahora, señor Bilder, consideraremos que se ha ganado ese primer medio soberano y que su hermano está esperando ser reclamado cuando usted me haya dicho lo que piensa que pasará.

–Usted está en lo cierto, señor –dijo de prisa–. Usted me disculpará, lo sé, por haberle hecho una broma, pero aquí la vieja me hizo un guiño, como diciéndome que continuara.

–¡Pero, yo nunca…! –dijo la anciana.

–Mi opinión es esta: ese lobo está escondido en alguna parte. El jardinero, que no se acordaba, dijo que estaba galopando hacia el norte más rápido que un caballo, pero no le creo, pues usted ve, señor, los lobos no galopan, al igual que los perros, no fueron hechos de otra manera. Lindos son los lobos en los libros de cuentos, y yo diría que cuando van en manadas y están siguiendo algo que tiene más miedo que ellos, pueden hacer un ruido endemoniado y desmenuzarlo, sea lo que fuere. Pero, el Señor lo bendiga, en la vida real un lobo es sólo una criatura vil, ni la mitad de inteligente que un buen perro, y ni la mitad de un cuarto de peleador. Este no está acostumbrado a pelear, ni siquiera a valerse por sí mismo, y lo más probable es que se encuentre en alguna parte del parque, escondido y temblando, y si es que piensa, preguntándose cómo obtener su desayuno; o tal vez haya ido a otra área y esté en alguna carbonera. ¡Por mis ojos, el sobresalto que se llevará alguna cocinera cuando vea sus ojos verdes brillándole en la oscuridad! Si no puede obtener comida, se verá obligado a buscarla, y puede ocurrir que tenga la posibilidad de encontrar a tiempo una carnicería. Si no lo hace, y alguna niñera va a dar un paseo con un soldado, dejando al infante en el cochecito, bien, entonces, yo no me sorprendería si el censo registra un bebé de menos. Eso es todo.

Estaba yo dándole el medio soberano, cuando algo vino a golpear contra la ventana y la cara del señor Bilder dobló su largo natural por la sorpresa.

–¡Dios me bendiga! –dijo–. ¿Si no es el viejo Bersicker que regresa por sí mismo?

Fue a la puerta y la abrió; me pareció un procedimiento de lo más innecesario. Siempre había pensado que un animal salvaje nunca se ve tan bien como cuando algún obstáculo de durabilidad pronunciada se encuentra entre nosotros; mi experiencia personal ha intensificado antes que disminuido esa idea.

Después de todo, sin embargo, no hay nada como la costumbre, ya que ni Bilder ni su mujer pensaban del lobo algo distinto que lo que yo de un perro. El animal mismo era tan pacífico y manso como aquel padre de todos los lobos ilustrados, el antiguo amigo de Caperucita Roja, cuando se ganaba su confianza con su disfraz.

La escena entera era una mezcla indecible de comedia y pathos*. El malvado lobo que por medio día había paralizado a todo Londres y hecho morir de miedo a todos los niños de la ciudad, estaba allí de manera penitente y era recibido y mimado como una suerte de hijo pródigo vulpino. El viejo Bilder lo examinó con la ternura más solícita, y cuando había terminado con su penitente, dijo:*

–Ahí tenemos, sabía yo que el pobre viejo se metería en alguna clase de problema, ¿no lo dije desde el principio? Aquí está su cabeza toda cortada y llena de vidrios rotos. Debe haber saltado alguna maldita pared que otra. Es una vergüenza que esté permitido que la gente corone sus tapias con botellas rotas. Esto es lo que resulta de ello. V*en aquí, Bersicker.*

Tomó al lobo y lo encerró en una jaula, con un trozo de carne que satisfizo, en cantidad al menos, las condiciones elementales del becerro cebado, y se alejó a informar.

Y también yo vine a escribir sobre la única información exclusiva que se produzco sobre el extraño caso de la huida en el zoológico.

Del diario del doctor Seward

17 de septiembre. Después de cenar me hallaba en mi estudio, ocupado en fechar mis libros, los cuales, debido a la urgencia de otros trabajos y a las muchas visitas a Lucy, se encontraban tristemente atrasados. De pronto, la puerta se abrió de golpe y mi paciente entró como un torbellino, con el rostro deformado por la ansiedad. Yo me sobresalté, pues es una cosa casi desconocida que un paciente entre de esa manera y por su propia cuenta en el despacho del superintendente. Sin hacer ninguna pausa se dirigió directamente hacia mí. En su mano había un cuchillo de cocina, y como vi que era peligroso, traté de mantener la mesa entre

nosotros. Sin embargo, fue demasiado rápido y demasiado fuerte para mí; antes de que yo pudiera alcanzar mi equilibrio me había lanzado el primer golpe, cortándome bastante profundamente la muñeca izquierda. Pero antes de que pudiera lanzarme otro golpe, le di un derechazo y cayó con los brazos y piernas extendidos por el suelo. Mi muñeca sangraba profusamente, y un pequeño charco se formó sobre la alfombra. Vi que mi amigo no parecía intentar otro esfuerzo, por lo que me ocupé en vendar mi muñeca, manteniendo todo el tiempo una cautelosa vigilancia sobre la figura postrada. Cuando los celadores entraron corriendo y pusimos nuestra atención sobre él, su aspecto positivamente me produjo náuseas. Estaba acostado sobre el vientre en el suelo, lamiendo como un perro la sangre que había caído de mi muñeca herida. Lo sujetamos con facilidad, y, para sorpresa mía, se dejó llevar con bastante docilidad por los asistentes, repitiendo una y otra vez:

–¡La sangre es la vida! ¡La sangre es la vida!

No puedo permitirme el lujo de perder sangre justo ahora: he perdido demasiada últimamente y, además, la prolongada tensión de la enfermedad de Lucy y sus horribles fases me están afectando. Estoy sobreexcitado y agotado. Necesito descansar; descansar, eso eso, descansar. Por fortuna, no recibí ningún llamado de Van Helsing, así que no tengo que renunciar a mi sueño; esta noche no estaré bien sin él.

Telegrama de Van Helsing, Antwerp, a Seward, Carfax.

(Enviado a Carfax, Sussex, ya que no mencionaba ningún condado; entregado con veintidós horas de retraso).

17 de septiembre. No deje de estar en Hillingham esta noche. Si no vigila todo el tiempo, visite con frecuencia para ver que las flores estén en su lugar. Es muy importante. No falle. Estaré con usted lo antes posible.

Del diario del doctor Seward

18 de septiembre. Salgo en tren para Londres. La llegada del telegrama de Van Helsing me llenó de preocupación. ¡Una noche entera perdida! Por la amarga experiencia, sé lo que puede ocurrir en una noche. Por supuesto, es posible que todo esté bien, ¿pero qué *puede* haber pasado? Seguramente que hay un horrible sino pendiendo sobre nosotros, que hace que todo accidente posible nos frustre aquello que tratamos de hacer. Me llevaré conmigo este cilindro, y entonces podré completar mis apuntes en el fonógrafo de Lucy.

Memorándum dejado por Lucy Westenra

17 de septiembre, a la noche. Escribo esto y lo dejo para que lo vean, de manera que nadie pueda verse en problemas por mi causa. Este es un registro exacto de lo que sucedió hoy por la noche. Siento que estoy muriendo de debilidad y apenas tengo fuerza para escribir, pero debo hacerlo, aunque muera en el intento.

Fui a la cama como siempre, cuidando de que las flores estuvieran colocadas como lo ha ordenado el doctor Van Helsing, y pronto me quedé dormida.

Fui despertada por el aleteo en la ventana, que había comenzado desde aquella noche en que caminé sonámbula hasta el desfiladero de Whitby, donde Mina me salvó, y que ahora conozco tan bien. No tenía miedo, pero sí deseé que el doctor Seward estuviera en el cuarto contiguo (tal como había dicho el doctor Van Helsing que estaría), de manera que yo pudiera hablarle en cualquier momento. Traté de dormirme nuevamente, pero no pude. Entonces volvió la antigua angustia de antes de dormirme, y decidí permanecer despierta. Perversamente, el sueño trató de regresar cuando yo ya no quería dormir; de tal manera que, como temía estar sola, abrí mi puerta y grité: "¿Hay alguien allí?". No obtuve respuesta. Tuve miedo de despertar a mamá, y por eso cerré la puerta nuevamente. Entonces, afuera, en los arbustos, oí una especie de aullido de perro, pero más fiero y más profundo. Me dirigí a la ventana y miré hacia afuera, mas no alcancé a distinguir nada, excepto un gran

murciélago, que evidentemente había estado pegando con sus alas contra la ventana. Por ello regresé de nuevo a la cama, pero con la firme determinación de no dormirme. Al momento se abrió la puerta y mi madre miró a través de ella; viendo por mi movimiento que no estaba dormida, entró y se sentó a mi lado. Me dijo, más dulce y suavemente que de costumbre:

–Estaba inquieta por ti, querida, y vine a ver que estuvieras bien.

Temí que pudiera resfriarse sentándose ahí, y le pedí que viniera y durmiera conmigo, por lo que se metió en la cama y se acostó a mi lado; no se quitó su bata, pues dijo que sólo iba a estar un momento y que luego regresaría a su propia cama. Mientras yacía ahí en mis brazos, y yo en los de ella, el aleteo y roce volvió a la ventana. Ella se sorprendió, y un poco asustada, preguntó:

–¿Qué es eso?

Traté de calmarla y al fin lo logré y se quedó quieta, pero yo podía escuchar su pobre querido corazón latiendo terriblemente todavía. Luego de un rato, apareció de nuevo afuera el quedo aullido entre los arbustos, y poco después hubo un estruendo en la ventana y un montón de vidrios rotos cayó al suelo. La persiana se levantó por el viento que la empujaba y en la apertura de los cristales rotos, apareció la cabeza de un enorme lobo gris, macilento. Mamá gritó muerta de miedo y se esforzó por sentarse, agarrándose salvajemente de cualquier cosa que pudiera ayudarla. Entre otras cosas, agarró el collar de flores que el doctor Van Helsing insistía que yo llevara alrededor del cuello y me lo quitó. Por uno o dos segundos, se sentó, señalando al lobo, y hubo un extraño y horrible gorgoteo en su garganta; luego se desplomó, como fulminada por un rayo, y su cabeza golpeó mi frente, dejándome mareada por unos momentos. La habitación y todo alrededor parecía dar vueltas. Mantuve mis ojos fijos en la ventana, pero el lobo apartó la cabeza y una miríada entera de pequeñas partículas pareció entrar a través de la ventana rota, girando y dando vueltas como la columna de polvo que los viajeros describen cuando hay un simún en el desierto. Traté de moverme, pero había algún hechizo sobre mí y el pobre cuerpo de la querida madre que parecía ya enfriarse –pues su querido

corazón había dejado de latir– me aplastaba. Perdí el conocimiento por un momento.

No pareció pasar mucho tiempo, pero fue muy, muy horroroso hasta que recobré el conocimiento de nuevo. En alguna parte cercana, una campana doblaba; todos los perros de la vecindad aullaban y entre nuestros arbustos, aparentemente justo del otro lado de la ventana, cantaba un ruiseñor. Yo estaba aturdida y atontada por el dolor y el terror y la debilidad, pero el sonido del ruiseñor pareció como que la voz de mi madre muerta volvía para confortarme. Parece que los ruidos despertaron a las criadas también, ya que pude oír sus pies descalzos correteando cerca de mi puerta. Las llamé y entraron y al ver lo que había ocurrido y qué era lo que yacía sobre mí en la cama, comenzaron a gritar. El viento se precipitó a través de la ventana rota y la puerta se cerró. Ellas levantaron el cuerpo de mi querida madre y, luego de que yo me levantara, lo apoyaron sobre la cama, cubriéndolo con una sábana. Estaban todas tan asustadas y nerviosas que les ordené que fueran al comedor y tomaran un vaso de vino cada una. La puerta se abrió por un instante y se cerró de nuevo. Las criadas chillaron y luego se fueron juntas al comedor, y yo puse todas las flores que tenía sobre el pecho de mi querida madre. Cuando estaban allí, recordé lo que el doctor Van Helsing me había dicho, pero no quise quitarlas. Además, haría que algunas de las doncellas se quedaran conmigo ahora. Me sorprendió que las criadas no volvieran. Las llamé, pero no obtuve respuesta, así que fui hasta el comedor a buscarlas.

Mi corazón se encogió cuando vi lo que había sucedido. Las cuatro yacían indefensas en el suelo, respirando pesadamente. La garrafa del jerez estaba sobre la mesa medio llena, pero había alrededor un raro olor acre. Tuve mis sospechas y examiné la garrafa. Olía a láudano, y mirando en la alacena encontré que la botella que el doctor de mi madre usa para ella (¡oh, usaba!) estaba vacía. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer? Estoy de regreso en el cuarto, con mamá. No puedo abandonarla, y estoy sola, salvo por las sirvientas dormidas, que alguien ha narcotizado. ¡Sola con la muerte! No me atrevo a salir, pues oigo el leve aullido del lobo a través de la rota ventana. El aire parece lleno de manchas, flotando y girando en la

corriente de la ventana, y las luces destellan azules y tenues. ¿Qué debo hacer? ¡Dios me proteja de cualquier mal esta noche! Esconderé este papel en mi seno, donde lo encontrarán cuando vengan a amortajarme. ¡Mi querida madre se ha ido! Ya es tiempo de que yo también me vaya.

Adiós, querido Arthur, si no logro sobrevivir esta noche. Que Dios te proteja, querido, ¡y que Dios me ayude!

XII

Del diario del doctor Seward

18 de septiembre. Me dirigí de inmediato a Hillingham, y llegué temprano. Dejé mi calesa en el portón y corrí por la avenida. Toqué el timbre con suavidad, con la mayor delicadeza posible, pues temía perturbar a Lucy o a su madre, y esperaba que me abriera la puerta sólo una sirvienta. Después de un rato y al no tener ninguna respuesta, toqué otra vez. Tampoco me respondieron. Maldije la haraganería de las sirvientas. Pensé que todavía se encontraban en cama a esa hora, ya las diez de la mañana. De modo que volví a tocar, ahora con más impaciencia. Tampoco entonces obtuve ninguna respuesta. Hasta aquí yo había culpado sólo a las sirvientas, pero ahora me comenzó a asaltar un terrible miedo. ¿Era esta desolación otro enlace en la cadena de infortunios que parecía estar cercándonos? ¿Sería acaso a una mansión de la muerte a la que habría llegado, demasiado tarde? Yo sé que minutos, o incluso segundos de tardanza pueden significar horas de peligro para Lucy, si ella hubiese tenido otra vez una de esas terribles recaídas; y fui alrededor de la casa para ver si podía encontrar por casualidad alguna otra entrada.

No pude hallar ningún medio de ingresar. Todas las ventanas y las puertas estaban aseguradas y cerradas con llave, así que regresé decepcionado al porche. Al hacerlo, escuché el trote rápido de cascos de caballos conducidos velozmente. Se detuvieron a la entrada y unos pocos segundos después, encontré a Van Helsing subiendo a la corrida por la avenida. Cuando me vio, gritó sofocadamente:

–Entonces era usted y justo ha llegado. ¿Cómo está ella? ¿Es demasiado tarde? ¿No recibió mi telegrama?

Respondí lo más rápida y coherentemente que pude que recién había recibido su telegrama temprano en la mañana y no había perdido un minuto en venir y que no podía hacer que nadie en la

casa me escuchara. Se quedó en silencio y levantó su sombrero, mientras decía con solemnidad:

–Entonces me temo que es demasiado tarde. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios!

Con su habitual capacidad de recuperarse, continuó:

–Venga. Si no hay ningún camino abierto para entrar, debemos hacer uno. El tiempo lo es todo para nosotros ahora.

Dimos un rodeo y fuimos a la parte posterior de la casa, donde estaba abierta una ventana de la cocina. El profesor sacó una pequeña sierra quirúrgica de su maletín, y entregándomela señaló hacia los barrotes de hierro que guardaban la ventana. Yo los ataqué de inmediato y muy pronto corté tres. Entonces, con un cuchillo largo y delgado empujamos hacia atrás el cerrojo de las guillotinas y abrimos la ventana. Le ayudé al profesor a entrar, y luego lo seguí. No había nadie en la cocina ni en los cuartos de servicio, que estaban muy cerca. Pulsamos la perilla de todos los cuartos a medida que caminamos, y en el comedor, tenuemente iluminado por los rayos de luz que pasaban a través de las persianas, encontramos a las cuatro sirvientas yaciendo en el suelo. No había ninguna necesidad de pensar que estuvieran muertas, pues su estertorosa respiración y el acre olor a láudano en el cuarto no dejaban ninguna duda respecto a su estado. Van Helsing y yo nos miramos el uno al otro, y al alejarnos, él dijo:

–Podemos atenderlas más tarde.

Entonces subimos a la habitación de Lucy. Durante unos breves segundos hicimos una pausa en la puerta y nos pusimos a escuchar, pero no pudimos oír ningún sonido. Con rostros pálidos y manos temblorosas, abrimos suavemente la puerta y entramos en el cuarto. ¿Cómo describiré lo que vimos? Sobre la cama yacían dos mujeres, Lucy y su madre. La última yacía más lejos y estaba cubierta con una sábana blanca, cuyo borde se había corrido por la corriente de la ventana rota, mostrando el rostro demacrado, blanco, con una expresión de terror grabada en él. A su lado yacía Lucy, con la cara blanca y aún más demacrada. Encontramos sobre el pecho de su madre las flores que habían estado alrededor de su cuello, y su garganta estaba descubierta, mostrando las dos pequeñas heridas

que habíamos notado anteriormente, pero viéndose horriblemente blancas y destrozadas. Sin una palabra, el profesor se inclinó sobre la cama, su cabeza casi tocando el pecho de la pobre Lucy; luego, volvió rápidamente su cabeza, como uno que escucha, y parándose de un salto, me gritó:

–¡Aún no es demasiado tarde! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Traiga el brandy!

Volé escaleras abajo y volví con él, cuidando olerlo y probarlo, pues también podía estar drogado como la garrafa que encontré sobre la mesa. Las doncellas estaban aún respirando, pero más intranquilas, e imaginé que el efecto del narcótico estaba desapareciendo. No me quedé para asegurarme, sino que regresé con Van Helsing. Frotó el brandy, como en otra ocasión, sobre los labios y encías de Lucy y sobre sus muñecas y las palmas de sus manos. Me dijo:

–Esto es todo lo que puedo hacer por el momento. Vaya a despertar a esas doncellas. Deles golpecitos en la cara con una toalla mojada, pero hágalo con fuerza. Hágalas entrar en calor, y que enciendan fuego y tomen un baño caliente. Esta pobre alma está casi tan fría como la que está a su lado. Necesitará calentarse antes de que podamos hacer nada más.

Fui de inmediato y encontré poca dificultad en despertar a tres de las mujeres. La cuarta sólo era una jovencita y el narcótico la había afectado evidentemente con más fuerza, por lo que la levanté hasta el sofá y la dejé dormir. Las otras estaban en un principio aturdidas, pero al comenzar a recordar lo sucedido sollozaron en forma histérica. Sin embargo, yo fui riguroso con ellas y no les permití hablar. Les dije que perder una vida era suficientemente doloroso, y que si se tardaban mucho iban a sacrificar también a la señorita Lucy. Así es que, sollozando, comenzaron a hacer los arreglos, a medio vestir como estaban, y prepararon el fuego y el agua.

Por fortuna, el fuego de la cocina y del calentador todavía funcionaba, por lo que no hacía falta el agua caliente. Arreglamos el baño y llevamos a Lucy tal como estaba a la bañera. Mientras estábamos ocupados frotando sus miembros alguien llamó a la puerta del corredor. Una de las criadas corrió, se echó encima con prisa alguna ropa más, y abrió la puerta. Luego regresó y nos susurró que era un caballero que había llegado con un mensaje del

señor Holmwood. Le supliqué simplemente que le dijera que debía esperar, pues de momento no podíamos ver a nadie. Ella salió con el recado, y embebidos en nuestro trabajo, olvidé por completo la presencia de aquel hombre. Nunca en toda mi experiencia vi al profesor trabajar tan encarecidamente. Yo sabía –al igual que él– que se trataba de una lucha denodada contra la muerte y en una pausa se lo dije. Me respondió de una manera que no comprendí, pero con la expresión más severa que su cara podía adquirir:

–Si eso fuera todo, me detendría aquí donde estamos ahora y la dejaría desvanecerse en paz, ya que no veo luz en el horizonte de su vida.

Siguió con su trabajo con un vigor renovado y más frenético.

En ese momento, ambos comenzamos a tomar conciencia de que el calor empezaba a tener algún efecto. El corazón de Lucy latía un poco más audiblemente al estetoscopio y sus pulmones tenían un movimiento perceptible. La cara de Van Helsing casi se iluminó y cuando la sacamos del baño y la envolvimos en una sábana caliente para secarla, me dijo:

–¡La primera victoria es nuestra! ¡Jaque al rey!

Llevamos a Lucy a otra habitación, la que para ese entonces había sido preparada, y la depositamos en la cama, haciéndole tragar unas pocas gotas de brandy. Noté que Van Helsing ató un suave pañuelo de seda alrededor de su garganta. Ella estaba inconsciente aún y muy mal, si no peor de lo que jamás la habíamos visto.

Van Helsing llamó a una de las mujeres y le dijo que se quedara con ella y que no le quitara los ojos de encima hasta que volviéramos, y luego me indicó por señas que saliera de la habitación.

–Debemos consultarnos sobre lo que hay que hacer –dijo, mientras descendíamos las escaleras.

En el vestíbulo, abrió la puerta del comedor y entramos, cerrando la puerta cuidadosamente detrás de sí. Habían abierto los postigos, pero las persianas estaban todavía bajas, con esa obediencia a la etiqueta de la muerte que rígidamente observa la mujer británica de las clases más bajas. Por lo tanto, el cuarto estaba tenebrosamente oscuro. Sin embargo, había luz suficiente para nuestros propósitos.

La severidad de Van Helsing era mitigada de alguna manera por una expresión de perplejidad. Estaba evidentemente torturándose la mente acerca de algo, así que esperé un instante, y habló:

–¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Adónde nos volveremos por ayuda? Debemos tener otra transfusión de sangre y pronto, o la vida de esa pobre niña no valdrá ni una hora. Usted está exhausto todavía; yo también estoy exhausto. Temo confiar en esas mujeres, aun cuando tuvieran el coraje de someterse. ¿Qué vamos a hacer para tener a alguien que se abra las venas por ella?

–¿Qué pasa conmigo, de todos modos?

La voz venía del sofá del otro lado de la habitación y su tono trajo alivio y felicidad a mi corazón, ya que se trataba de Quincey Morris. Van Helsing se mostró enojado al primer sonido, pero su rostro se suavizó y una expresión de alegría vino a sus ojos cuando yo grité:

–¡Quincey Morris! –y me precipité hacia él con los brazos abiertos.

–¿Qué te trajo por aquí? –grité cuando nuestras manos se encontraron.

–Supongo que Arthur es la causa.

Me dio un telegrama:

"No he tenido noticias de Seward por tres días y estoy terriblemente inquieto. No puedo irme. Mi padre aún en el mismo estado.. Envíeme una palabra sobre Lucy. No se demore. HOLMWOOD".

–Creo que llegué justo a tiempo. Usted sabe que sólo debe decirme qué hacer.

Van Helsing se adelantó y tomó su mano, mirándolo directamente a los ojos, mientras decía:

–La sangre de un hombre valiente es la mejor cosa sobre esta tierra cuando una mujer está en problemas. Usted es un hombre, sin duda. Bien, el demonio puede trabajar en nuestra contra todo lo que quiera, pero Dios nos envía hombres cuando los queremos.

Una vez más tuvimos que efectuar la horrenda operación. No tengo valor para describirla nuevamente en detalle. Lucy estaba terriblemente débil, y la debilidad la había afectado más que las otras veces, pues aunque penetró bastante sangre en sus venas, su

cuerpo no respondió al tratamiento tan rápidamente como en otras ocasiones.

Su lucha por mantenerse en vida era algo terrible de ver y escuchar. Sin embargo, el funcionamiento, tanto de su corazón como de sus pulmones, mejoró, y Van Helsing practicó inyección subcutánea de morfina, como antes, y con buenos resultados. Su desmayo se convirtió en un sueño profundo. El profesor la observó mientras yo bajaba con Quincey Morris, y envié a una de las sirvientas a que le pagara al cochero que estaba esperando. Dejé a Quincey acostado después de haberle servido un vaso de vino, y le dije a la cocinera que preparara un buen desayuno. Entonces tuve una idea y regresé al cuarto donde estaba Lucy. Cuando entré, sin hacer ruido, encontré a Van Helsing con una o dos hojas de papel en las manos. Era evidente que las había leído, y que ahora estaba reflexionando sobre su contenido, sentado con una mano en su frente. Había una mirada de torva satisfacción en su cara, como la de alguien que ha resuelto una duda.

Me entregó los papeles, diciendo solamente:

–Cayó del pecho de Lucy cuando la llevábamos al baño.

Cuando la hube leído, me paré mirando al profesor y luego de una pausa, le pregunté:

–En el nombre de Dios, ¿qué significa todo esto? ¿Estaba o está loca, o qué clase de horrible peligro es éste?

Estaba tan perplejo que no supe que más decir. Van Helsing alargó la mano y tomó el papel, diciendo:

–No se preocupe por esto ahora. Olvídelo por el momento. Lo sabrá y entenderá a su tiempo, pero será más tarde. Y ahora, ¿qué es lo que venía a decirme?

Esto me trajo de nuevo a la realidad y volví en mí mismo.

–Vine a hablar del certificado de defunción. Si no actuamos adecuada y sabiamente, podría haber una investigación y deberíamos presentar ese papel. Espero que no necesitemos ninguna investigación, ya que si la tuviéramos, seguramente mataría a la pobre Lucy, si no lo hace otra cosa. Yo sé, y usted sabe, y el otro doctor que la atendió sabe que la señora Westenra estaba enferma del corazón y nosotros podemos certificar que murió de

eso. Completemos el certificado de inmediato y yo mismo lo llevaré al registro y me ocuparé del entierro.

–¡Bien, oh, mi amigo John! ¡Bien pensado! En verdad, la señorita Lucy, si está mal por los enemigos que la acosan, estará feliz al menos por los amigos que la aman. Uno, dos, tres, todos abren sus venas para ella, hasta un viejo. Ah, sí, lo sé, amigo John, ¡no estoy ciego! ¡Lo aprecio más todavía por esto! Ahora, vaya.

En el vestíbulo encontré a Quincey Morris con un telegrama para Arthur diciéndole que la señora Westenra había muerto, que Lucy también había estado enferma, pero evolucionaba bien ahora y que Van Helsing y yo estábamos con ella. Le dije adónde iba y me dejó salir de prisa, pero cuando me alejaba dijo:

–Cuando vuelvas, Jack, ¿puedo tener dos palabras contigo en privado?

Moví la cabeza afirmativamente y salí. No encontré ninguna dificultad para hacer el registro, y convine con la funeraria local en que llegaran en la noche y tomaran las medidas del féretro e hiciesen los demás preparativos. Cuando regresé, Quincey me estaba esperando. Le dije que lo vería tan pronto como supiera algo acerca de Lucy, y subí a su cuarto. Todavía estaba durmiendo, y aparentemente mi maestro no se había movido de su asiento al lado de ella. Por la manera como se puso el dedo sobre los labios, adiviné que esperaba que se despertara de un momento a otro, y estaba temeroso de adelantarse a la naturaleza. Así es que bajé donde Quincey y lo llevé al desayunador, donde las celosías no estaban bajadas y por lo cual era un poco más alegre, o mejor dicho, menos triste que los otros cuartos. Cuando estuvimos solos, me dijo:

–Jack Seward, no quiero meterme en donde no tengo el derecho de estar, pero éste no es un caso ordinario. Tú sabes que yo amaba a esa muchacha y quería casarme con ella, pero, aunque todo eso ha pasado y se ha ido, no puedo evitar sentirme inquieto por ella de todos modos. ¿Qué es lo que le pasa? El holandés (un buen tipo como es, puedo verlo) dijo, cuando vosotros dos entrasteis en el cuarto, que había que hacer *otra* transfusión de sangre y que ambos, él y tú, estabais exhaustos. Ahora, sé que vosotros, los médicos, hablais *in camera* y que un hombre no debe esperar saber

qué es lo que deliberais en privado. Pero este no es un asunto corriente y sea lo que fuere, he hecho mi parte. ¿No es eso suficiente?

–Así es –dije y él prosiguió:

–Entiendo que ambos, tú y Van Helsing ya habíais hecho lo que yo hice hoy, ¿no es así?

–Así es.

–Y supongo que Art estuvo en esto también. Cuando lo vi cuatro días atrás en su casa parecía extraño. No había visto que nadie se viniera abajo tan rápido desde que estuve en las Pampas y tenía una yegua con la que me había encariñado y se fue por una noche. Uno de esos grandes murciélagos, a los que llaman vampiros, la atrapó en la noche y, con lo que engulló y la vena que dejó abierta, no quedó suficiente sangre en ella para permitirle ponerse de pie y tuve que meterle una bala ahí mismo. Jack, si pudieras decirme sin traicionar la confianza, Arthur fue el primero, ¿no es así?

Mientras hablaba, el pobre tipo se veía terriblemente nervioso. Lo atormentaba el suspenso en torno a la mujer que amaba y su completa ignorancia del terrible misterio que parecía rodearla hacía más intenso su dolor. Su verdadero corazón estaba sangrando y le tomó toda su hombría –que era mucha– tratar de contenerse para no derrumbarse. Hice una pausa antes de contestar, ya que sentí que no debía traicionar nada de lo que el profesor deseara mantener en secreto, pero él ya sabía tanto y suponía tanto, que no podía haber ninguna razón para no responder, así que respondí con la misma frase:

–Así es.

–¿Y cuánto hace que está ocurriendo esto?

–Alrededor de diez días.

–¡Diez días! Entonces supongo, Jack Seward, que esa pobre y bella criatura que todos amamos ha tenido que meter en sus venas, en ese lapso, la sangre de cuatro hombres robustos. ¡Por Dios, su cuerpo no podría soportarlo!

Entonces, acercándoseme, habló en un medio susurro feroz:

–¿Qué es lo que le quita la sangre?

Moví la cabeza.

–Ése –dije– es el problema. Van Helsing está simplemente frenético al respecto y yo he agotado todo mi ingenio. Ni siquiera puedo aventurar una suposición. Ha habido una serie de pequeñas circunstancias que ha dado al traste con todos nuestros cálculos para que Lucy fuera vigilada apropiadamente. Pero esto no ocurrirá de nuevo. Aquí permaneceremos hasta que todo esté bien… o mal.

Quincey extendió su mano.

–Contad conmigo –dijo–. Tú y el holandés me dirán qué hacer y yo lo haré.

Cuando Lucy despertó por la tarde, su primer movimiento fue de palparse el pecho, y, para mi sorpresa, extrajo de él el papel que Van Helsing me había dado a leer.

El cuidadoso profesor lo había colocado otra vez en su sitio, para evitar que al despertarse ella pudiera sentirse alarmada. Sus ojos se dirigieron a Van Helsing y a mí y se alegraron. Entonces miró alrededor del cuarto y, viendo dónde se encontraba, tembló; dio un grito agudo y puso sus pobres y delgadas manos sobre su pálido rostro. Ambos comprendimos lo que eso significaba –que se había dado cuenta por completo de la muerte de su madre–, así que hicimos todo lo posible por reconfortarla. Sin duda, la simpatía la calmó un poco, pero estaba decaída de pensamiento y ánimo y lloró en silencio, débilmente, por un largo tiempo. Le dijimos que alguno de nosotros, si no ambos, permanecería con ella todo el tiempo, y eso pareció reconfortarla. Hacia el anochecer, comenzó a dormitar. Aquí ocurrió una cosa muy extraña. Estando todavía dormida, tomó el papel de su pecho y lo rompió en dos. Van Helsing se acercó y le quitó los pedazos. De todas maneras, ella siguió con la intención de romper, como si todavía tuviese el material en los dedos; finalmente levantó las manos y las abrió, como si esparciera los fragmentos. Van Helsing pareció sorprendido y sus cejas se unieron como si pensara. Sin embargo, se mantuvo en silencio.

19 de septiembre. Pasó la noche con un sueño liviano. Demostraba sentir miedo de dormirse y, cada vez que despertaba, se la veía un poco más débil. El profesor y yo nos turnamos en la vigilancia, y no la dejamos ni un solo momento sin atender. Quincey

Morris no dijo nada acerca de su intención, pero yo sé que toda la noche se estuvo paseando alrededor de la casa.

Cuando llegó el día, su esclarecedora luz mostró los estragos en la fortaleza de la pobre Lucy. Apenas si era capaz de volver su cabeza, y los pocos alimentos que pudo tomar parecieron no hacer ningún provecho. Por ratos durmió, y tanto van Helsing como yo anotamos la diferencia en ella, mientras dormía y mientras estaba despierta.

Cuando dormía se veía más fuerte, aunque más trasnochada, y su respiración era más suave; su abierta boca mostraba las pálidas encías retiradas de los dientes, que de esta manera positivamente se veían más largos y agudos que de costumbre. Al despertar, en cambio, la suavidad de sus ojos cambiaba la expresión con notoriedad: se veía más parecida a sí misma, aunque agonizando. Por la tarde preguntó por Arthur, y nosotros le telegrafiamos. Quincey fue a la estación a encontrarlo.

Cuando llegó, eran casi las seis en punto y el sol estaba poniéndose, completo y cálido, y la luz colorada que se derramaba a través de la ventana, daba más color a las pálidas mejillas de Lucy. Cuando Arthur la vio, simplemente la emoción lo embargó y ninguno de nosotros pudo hablar. En las horas que habían pasado, los períodos de sueño, o el estado comatoso que lo reemplazaba, habían devenido más frecuentes, así que las pausas en las que era posible la conversación se habían acortado. La presencia de Arthur, sin embargo, pareció actuar como un estimulante; Lucy se animó un poco y le habló con mayor lucidez de lo que lo había hecho desde que llegáramos. Él también se calmó y habló lo más alegremente que pudo, así que se hizo lo mejor en todo.

Va a dar la una de la mañana, y él y Van Helsing están sentados con ella. Yo los relevaré dentro de un cuarto de hora, y estoy consignando esto en el fonógrafo de Lucy.

Tratarán de descansar hasta las seis. Temo que mañana se termine nuestra vigilancia, pues la impresión ha sido demasiado grande; la pobre chiquilla no se puede reanimar.

Dios nos ayude a todos.

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra (sin abrir)

17 de septiembre

Mi muy querida Lucy:

Me parece que han pasado siglos desde que tuve noticias de ti, o más bien desde que te escribí. Sé que me perdonarás por todas mis faltas cuando hayas leído las noticias que te voy a dar. Bien, pues traje a mi marido de regreso en buenas condiciones; cuando llegamos a Exeter nos estaba esperando un carruaje, y en él, a pesar de tener un ataque de gota, el señor Hawkins nos llevó a su casa, donde había habitaciones para nosotros, todas arregladas y cómodas, y cenamos juntos. Después de cenar, el señor Hawkins dijo:

– Mis queridos, quiero beber por vuestra salud y prosperidad, y que todas las bendiciones os acompañen. Os conozco a ambos desde niños y os he visto crecer con amor y orgullo. Ahora, quiero que hagais vuestro hogar aquí conmigo. No me han dejado ni un polluelo ni un niño; todos se han ido, y en mi testamento os he dejado todo a vosotros.

Lloré, Lucy querida, cuando Jonathan y el anciano se estrecharon las manos. Nuestra noche fue muy, muy feliz.

Así que aquí estamos, instalados en esta bella casa antigua y tanto desde mi dormitorio como desde la sala de estar, puedo ver los grandes olmos de la catedral cercana, con sus grandes ramas negras destacándose sobre la vieja piedra amarilla de la catedral y puedo escuchar a los grajos arriba, graznando y graznando y parloteando y murmurando todo el día, a la manera de los grajos –y los humanos–. Estoy ocupada, no es necesario que te diga cuánto, arreglando cosas y ocupándome de la casa. Jonathan y el señor Hawkins están ocupados todo el día, ya que ahora que Jonathan es un socio, el señor Hawkins quiere informarle todo acerca de los clientes.

¿Cómo sigue tu querida madre? Yo desearía poder ir a la ciudad durante uno o dos días para verte, querida, pero no me atrevo a ir todavía, con tanto trabajo sobre mis espaldas; y Jonathan todavía necesita que lo cuiden. Está comenzando a cubrir con carne sus

huesos otra vez, pero estaba terriblemente debilitado por la larga enfermedad; incluso ahora algunas veces despierta sobresaltado de su sueño de una manera repentina, y se pone a temblar hasta que logro, con mimos, que recobre su placidez habitual. Sin embargo, gracias a Dios estas ocasiones son cada vez menos frecuentes a medida que pasan los días, y yo confío en que con el tiempo terminarán por de-saparecer del todo. Y ahora que te he dado mis noticias, déjame que pregunte por las tuyas. ¿Cuándo vas a casarte, y dónde, y quién va a efectuar la ceremonia, y qué vas a ponerte? ¿Va a ser una ceremonia pública, o privada? Cuéntame todo lo que puedas acerca de ello, querida; cuéntame todo acerca de todo, pues no hay nada que te interese a ti que no me sea querido a mí. Jonathan me pide que te envíe sus "respetuosos saludos", pero yo no creo que eso esté a la altura del socio juvenil de la importante firma Hawkins & Harker; y así como tú me quieres a mí, y él me quiere a mí, y yo te quiero a ti con todos los modos y tiempos del verbo, simplemente te envío su "cariño". Adiós, mi queridísima Lucy, y todas las bendiciones para ti.

Tuya,

MINA HARKER.

Informe de Patrick Hennessey, M.D., M.R.C.S, L.K.Q.C.P.I., etc., a John Seward, M.D.

Mi estimado señor:

En obsequio de sus deseos envío adjunto un informe sobre las condiciones de todo lo que ha quedado a mi cargo... En relación con el paciente, hay algo más que decir. Ha tenido otro intento de escapatoria, que hubiera podido tener un final terrible, pero que, como sucedió, afortunadamente, no llegó al desenlace trágico que se esperaba.

Esta tarde, un carruaje con dos hombres llegó a la casa vacía cuyos terrenos colindan con los nuestros, la casa hacia la cual, usted recordará, el paciente se escapó en dos ocasiones. Los hombres se

detuvieron ante el portón para preguntarle al portero por el camino, ya que eran forasteros. Yo mismo estaba viendo por la ventana del estudio, mientras fumaba después de la cena, y vi como uno de los hombres se acercaba a la casa. Al pasar por la ventana del cuarto de Renfield, el paciente comenzó a retarlo desde adentro y a llamarlo por todos los nombres podridos que pudo poner en su lengua. El hombre, que parecía un tipo bastante decente, se limitó a decirle que "cerrara su tonta boca de mendigo", luego de lo cual nuestro hombre lo acusó de robarle y de querer asesinarlo, y dijo que lo impediría aunque lo colgaran por ello. Abrí la ventana y le hice señas al hombre para que no prestara atención, así que se contuvo y, luego de observar el lugar y, dándose cuenta de la clase de sitio en que se hallaba, dijo:

–El Señor lo bendiga, señor, no me preocupa lo que me digan en una maldita casa de locos. Los compadezco a usted y al director por tener que vivir en la casa con una bestia salvaje como ésa.

Luego preguntó el camino de manera bastante civilizada y le dije dónde estaba la entrada de la casa vacía; se fue, seguido por amenazas y maldiciones y vituperios de nuestro hombre. Bajé a ver si podía desentrañar la causa de su enojo, ya que es habitualmente un hombre de buen comportamiento y, excepto sus ataques violentos, nunca había ocurrido nada de esta índole. Para mi sorpresa, lo encontré completamente tranquilo y muy cordial en su trato. Traté de llevarlo a hablar del incidente, pero él suavemente me preguntó qué era lo que yo quería decirle, haciéndome creer que se había olvidado por completo del asunto. No obstante, lamento decir que se trataba solamente de otra instancia de su astucia, ya que a la media hora tuve noticias de él nuevamente. Esta vez, había roto la ventana de su cuarto y estaba corriendo por la avenida. Ordené a los guardias que me siguieran y corrimos detrás de él, pues yo temía que estuviera intentando alguna treta. Mi temor fue justificado cuando vi por la carretera el mismo carro que había pasado antes, cargado con algunas enormes cajas de madera. Los hombres se limpiaban la frente y tenían las caras coloradas, como si hubieran hecho un ejercicio violento. Antes de que pudiera alcanzarlo, el paciente se precipitó sobre ellos y empujando a uno de ellos fuera

del carro, comenzó a golpear su cabeza contra el suelo. Si no lo hubiera sujetado justo a tiempo, creo que habría matado al hombre ahí mismo. El otro tipo saltó del carro y le pegó en la cabeza con el extremo de su pesado látigo. Fue un golpe terrible, pero no pareció afectarle, sino que lo sujetó también a él y forcejeó con nosotros tres, empujándonos de un lado a otro como si fuéramos gatitos. Usted sabe muy bien que yo no soy liviano, y los otros dos hombres eran fornidos. Al principio luchó en silencio, pero a medida que comenzamos a dominarlo, y cuando los asistentes le estaban poniendo la camisa de fuerza, empezó a gritar: "Yo lo impediré. ¡No podrán robarme! ¡No me asesinarán por pulgadas! ¡Pelearé por mi amo y señor!", y toda esa clase de incoherentes fruslerías. Con bastante dificultad lograron llevarlo de regreso a casa y lo encerramos en el cuarto de seguridad. Uno de los asistentes, Hardy, tiene un dedo lastimado. Sin embargo, se lo entablilló bien, y está mejorando. En un principio, los dos cocheros gritaron fuertes amenazas de acusarnos por daños, y prometieron que sobre nosotros lloverían todas las sanciones de la ley. Sin embargo, sus amenazas estaban mezcladas con una especie de lamentación indirecta por la derrota que habían sufrido a manos de un débil loco. Dijeron que si no hubiese sido por la manera como habían gastado sus fuerzas en levantar las pesadas cajas hasta el carruaje, habrían terminado con él rápidamente. Dieron otra razón de su derrota: el extraordinario estado de sequía a que habían sido reducidos por la naturaleza misma de su ocupación, y la reprensible distancia de cualquier establecimiento de entretenimiento público a que se encontraba la escena de sus labores. Yo entendí bien su insinuación, y después de un buen vaso de grog, o mejor, de varios vasos de la misma cosa, y teniendo cada uno de ellos un soberano en la mano, empezaron a hacer bromas sobre el ataque, y juraron que encontrarían cualquier día a un loco peor que ese sólo por tener el placer de conocer así a "un tonto tan encantador" como el que esto escribe. Anoté sus nombres y direcciones, en caso de que los necesitemos. Son los siguientes: Jack Smollet, de Dudding's Rents, King George's Road. Great Walworth, y Thomas Snelling, Peter Farley's Row, Guide Court, Bethnal Green. Ambos son empleados de

Harris e Hijos, Compañía de Mudanzas y Embarques, Orange Master's Yard, Soho.

Le informaré sobre cualquier asunto de interés que ocurra aquí y le telegrafiaré de inmediato si hay algo de importancia.

Sinceramente, estimado señor,

Su fiel servidor,

PATRICK HENNESSEY

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra (sin abrir)

18 de septiembre

Queridísima Lucy:

Hemos sufrido un terrible golpe. El señor Hawkins murió repentinamente. Algunos podrán pensar que esto no es triste para nosotros, pero ambos habíamos llegado a quererlo tanto que realmente parece como si hubiésemos perdido a un padre. Nunca conocí padre ni madre, así que la muerte del querido anciano es un golpe real para mí. Jonathan está terriblemente angustiado. No es solamente que sienta pena, una pena profunda por el querido, buen hombre que le dio su amistad toda su vida y ahora, al final, lo ha tratado como su propio hijo y dejado una fortuna que para gente de nuestra modestia es una riqueza que sobrepasa el sueño de la avaricia: lo que Jonathan siente es por otros motivos. Dice que lo inquieta la enorme responsabilidad que esto pone sobre él. Comienza a dudar de sí mismo. Trato de animarlo y mi confianza en él lo ayuda a tener confianza en sí mismo. Pero es aquí cuando la grave conmoción que ha experimentado lo afecta más. ¡Oh!, es tan duro que una naturaleza tan dulce, simple, noble, fuerte como la suya –una naturaleza que le permitió, con la ayuda de nuestro querido, buen amigo, ascender de dependiente a maestro en pocos años– se encuentre tan dañada, que la misma esencia de su fortaleza se haya ido. Perdóname, querida, si te preocupo con mis problemas en medio de tu propia felicidad, pero, Lucy querida, debo contarle a alguien, ya que el esfuerzo de mantener una apariencia valiente y alegre para Jonathan me agota y no tengo a nadie aquí en

quien pueda confiar. Me espanta ir a Londres, como debemos hacer pasado mañana, ya que el pobre señor Hawkins dejó en su testamento que se lo enterrara en la tumba con su padre. Como no hay ningún pariente, Jonathan tendrá que presidir el funeral. Trataré de correrme para verte, queridísima, aunque sea por unos minutos. Perdóname por preocuparte. Con todas las bendiciones,

Te quiere,

MINA HARKER

Del diario del doctor Seward

20 de septiembre. Sólo la costumbre y un enorme esfuerzo de voluntad me permiten hacer estas anotaciones hoy por la noche. Me siento demasiado desgraciado, demasiado abatido, demasiado hastiado del mundo y de todo lo que hay en él, incluida la vida misma; tal es así que no me importaría escuchar en este mismo momento el aleteo de las alas del Ángel de la Muerte. Y, por alguna razón, estas alas tenebrosas han estado aleteando en estos últimos tiempos: la madre de Lucy y el padre de Arthur, y ahora...

Continuemos mi trabajo.

Puntualmente reemplacé a Van Helsing en su vigilancia sobre Lucy. Queríamos que también Arthur se fuera a descansar, pero al principio se negó. Sólo aceptó cuando le dije que queríamos que nos ayudara durante el día y que no debíamos agotarnos todos por falta de descanso, pues eso no sería bueno para Lucy. Van Helsing fue muy amable con él.

–Venga, mi muchacho –dijo–, venga conmigo. Usted está enfermo y débil. Ha tenido muchas penas y mucho sufrimiento mental, así como ese abuso de sus fuerzas que conocemos. No debe estar solo, ya que estar solo es estar lleno de temores e inquietudes. Venga a la sala de estar, donde hay un gran fuego y hay dos sofás. Usted se echará en uno y yo en el otro. Nuestra simpatía nos reconfortará mutuamente, aunque no hablemos e incluso si dormimos.

Arthur se fue con él, luego de mirar con nostalgia el rostro de Lucy, que yacía en su almohada casi más blanca que la sábana. Estaba

bastante tranquila, y yo miré alrededor del cuarto para ver que todo estuviera en orden. Al igual que en el otro, el profesor había llenado de ajo todo el cuarto. El marco y las trabas de cada una de las ventanas olían fuertemente a él. Alrededor del cuello de Lucy, sobre el pañuelo de seda que Van Helsing le había hecho usar, había una tosca gargantilla hecha de las mismas olorosas flores. Lucy estaba respirando un tanto estertorosamente y su rostro estaba descompuesto, pues la boca abierta mostraba las pálidas encías. En la penumbra, sus dientes parecían más largos y más agudos de lo que habían estado en la mañana. En particular, debido quizá a algún juego de luz, los caninos parecían más largos y agudos que el resto. Yo me senté a su lado, y al poco tiempo ella se movió inquieta. En el mismo instante llegó una especie de sordo aleteo o arañazos desde la ventana. En silencio me acerqué hacia allí y espié por una esquina de la persiana.

Había luna llena. Pude ver que el ruido era provocado por un enorme murciélago que volaba en círculos –sin dudas atraído por la luz, aunque fuera tan opaca– y golpeaba con insistencia la ventana en el batir de sus alas. Cuando regresé a mi asiento, encontré que Lucy se había movido ligeramente y arrancado las flores de ajo de su garganta. Las volví a su lugar tan bien como pude y me senté, sin dejar de observarla.

Al rato se despertó. Le di de comer, como Van Helsing había prescripto. Apenas comió y lo hizo de modo lánguido. Ahora parecía estar lejos de participar de ese combate inconsciente por su vida y su fuerza que hasta ahora había marcado el rumbo de su enfermedad. Me llamó a curiosidad que, en el instante en que recuperó la conciencia, presionó las flores de ajo contra ella. Resultaba extraño que cuando entraba en estado letárgico, con la respiración estertórea, apartaba las flores de sí, pero que al despertar se aferrara a ellas con tanta fuerza. No había posibilidad de equivocarse en esta observación, ya que en las largas horas que siguieron tuvo muchos períodos de sueño y despertar; ambas acciones fueron repetidas muchas veces.

A las seis en punto, Van Helsing volvió para tomar mi lugar. Arthur había caído entonces en un sueño ligero y el profesor,

compasivamente, lo dejó dormir. Cuando vio la cara de Lucy, pude oír su característica respiración sibilante y dijo en un agudo susurro:

–¡Levante la persiana; quiero luz! –luego, se inclinó sobre ella y, con su rostro casi tocando el de Lucy, la examinó cuidadosamente. Cambió las flores y levantó el pañuelo de seda de su garganta. Al hacerlo, retrocedió y pude escuchar su grito:

–¡Mi Dios! –como si se ahogara en su garganta.

Me incliné y miré también. Cierto escalofrío peculiar se apoderó de mí.

Las heridas de la garganta habían desaparecido por completo.

Durante cinco minutos, Van Helsing se quedó de pie, mirándola con su rostro más severo que nunca. Luego, se volvió hacia mí y dijo con calma:

–Está muriendo. No tardará mucho ahora. Habrá mucha diferencia, atiéndame, en si muere consciente o durante el sueño. Despierte a ese pobre muchacho y hágalo venir y verla por última vez; él confía en nosotros y se lo hemos prometido.

Fui al comedor y lo desperté. Estuvo aturdido por un momento, pero cuando vio la luz del sol entrar por las rendijas de los postigos, pensó que era tarde y manifestó su temor. Le aseguré que Lucy estaba dormida todavía, pero le dije tan suavemente como pude, que tanto Van Helsing como yo temíamos que el final estuviera cerca. Se cubrió el rostro con las manos y cayó de rodillas junto al sofá, donde permaneció tal vez un minuto con las manos sobre la cabeza, rezando, mientras sus hombros temblaban con los sollozos. Lo tomé de la mano y lo levanté.

–Ven –dije–, mi querido, viejo amigo, ármate de todo tu valor; será mejor y más fácil para ella.

Cuando entramos en la habitación de Lucy, pude ver que Van Helsing, con su habitual previsión, había estado poniendo un poco de orden y haciendo que todo se viera tan agradable como fuera posible. Incluso había peinado el cabello de Lucy, para que yaciera sobre la almohada con sus habituales rizos brillantes. Cuando entramos en la habitación, abrió los ojos y viéndolo, susurró débilmente:

–¡Arthur! ¡Oh, mi amor, estoy contenta de que hayas venido!

Él estaba agachándose para besarla, cuando Van Helsing lo hizo retroceder.

–No –susurró–, ¡no todavía! Tome su mano: la reconfortará más.

Entonces, Arthur tomó su mano y se arrodilló a su lado, y ella se veía mejor, con todas las suaves líneas de su rostro armonizando con la angelical belleza de sus ojos. Luego, sus ojos se cerraron gradualmente y se sumergió en el sueño. Por un breve instante, su pecho se elevaba con suavidad y su respiración iba y venía como la de un niño exhausto.

Entonces, de modo imperceptible apareció el cambio extraño que yo había notado durante la noche. Su respiración se volvió estertórea, la boca abierta y las pálidas encías retraídas hacían que los dientes se vieran más largos y afilados que nunca. En una suerte ensoñación vaga, abrió los ojos que ahora se veían tristes y duros al mismo tiempo. Con una voz suave y voluptuosa como la que nunca había escuchado de sus labios, dijo:

–¡Arthur! ¡Mi amor! ¡Quédate para siempre conmigo! ¡Bésame!

Arthur se inclinó de inmediato sobre ella, pero en ese instante, Van Helsing –que, como yo, se había sobresaltado ante la voz– se avalanzó sobre él y tomándolo por el cuello con ambas manos, lo arrastró hacia atrás con una fuerza tan grande que nunca pensé que pudiera haber poseído, arrojándolo casi al otro extremo de la habitación.

–¡No, por su vida! –dijo–. ¡No, por su alma viviente y la de ella!

Y se plantó entre ellos como un león acorralado.

Arthur estaba tan sorprendido que, por un momento, no supo qué hacer ni qué decir; pero antes de que cualquier impulso violento se apoderara de él, se dio cuenta del lugar y la ocasión y se quedó en silencio, esperando.

Mantuve los ojos fijos en Lucy, al igual que Van Helsing. Ambos vimos un espasmo de rabia pasar con velocidad como una sombra sobre su rostro; los dientes afilados rechinaban juntos. Luego, sus ojos se cerraron y su respiración se volvió pesada.

Muy poco después, abrió los ojos con toda su suavidad y, alargando su pobre mano pálida, flaca, tocó la gran mano morena de Van Helsing; trayéndola hacia sí, la besó.

–Mi verdadero amigo –dijo, con una voz débil pero de un patetismo inenarrable–, mi verdadero amigo, ¡y suyo! ¡Oh, cuídelo y dele paz!

–¡Lo juro! –dijo él, solemnemente, arrodillándose a su lado y sosteniendo su mano, como quien presta un juramento. Luego, se volvió hacia Arthur y le dijo:

–Venga, mi muchacho, tome su mano en la suya y bésela en la frente y solamente una vez.

Fueron sus ojos los que se encontraron, en vez de sus labios, y así se despidieron.

Los ojos de Lucy se cerraron. Van Helsing, que había permanecido vigilando de cerca, tomó a Arthur del brazo y lo apartó.

Entonces la respiración de Lucy se volvió de nuevo estertórea y de inmediato cesó por completo.

–Todo terminó –dijo Van Helsing–. Está muerta.

Tomé a Arthur del brazo y lo llevé a la sala de estar; se sentó y se cubrió la cara con las manos, sollozaba de modo tal que me partió el corazón.

Regresé al cuarto y encontré a Van Helsing mirando a la pobre Lucy. Su cara estaba más seria que nunca. Había sobrevenido cierto cambio en el cuerpo de ella. La muerte le había devuelto parte de su belleza, ya que su frente y sus mejillas habían recobrado algo de sus líneas suaves; incluso los labios habían perdido su palidez mortal. Era como si la sangre, ya no más necesaria para el funcionamiento del corazón, se hubiera dedicado a hacer que la severidad de la muerte fuera lo menos ruda posible.

"Pensamos que moría mientras dormía y que dormía cuando murió".

Me paré al lado de Van Helsing. Dije:

–¡Pobre niña! Hay paz para ella. Es el fin.

Se volvió hacia mí y, con grave solemnidad, dijo:

–¡No es así! ¡Maldita sea, no es así! ¡Es sólo el principio!

Cuando le pregunté a qué se refería con aquéllo, se limitó a sacudir su cabeza y respondió:

–Aún no hay nada que podamos hacer. Sólo esperar a ver qué pasa.

XIII

Del diario del doctor Seward (Continuación)

Se dispuso el funeral para el día siguiente, de manera que Lucy y su madre pudieran ser enterradas juntas. Yo me encargué de todos los desagradables trámites. El amable empresario de pompas fúnebres me demostró que sus empleados estaban afectados, o bendecidos, por algo de su propia gratuita suavidad. Hasta la mujer que efectuaba los últimos oficios para los muertos me comentó, de una manera confidencial y como entre compañeros de profesión, cuando hubo salido de la cámara de la muerte:

–Señor, la joven es un magnífico cadáver. Es verdaderamente un privilegio atenderla. ¡No exagero cuando digo que atender a semejantes clientes acredita a nuestro establecimiento!

Noté que Van Helsing nunca se alejaba mucho. Esto era posible debido al desordenado estado de la casa. No había parientes a mano, y como Arthur tenía que estar de regreso al día siguiente para atender a los funerales de su padre, fuimos incapaces de notificar a alguien que hubiera llevado la dirección de los asuntos. Bajo esas circunstancias, Van Helsing y yo iniciamos el examen de los papeles y todo lo demás. Mi maestro insistió en hacerse cargo de los papeles de Lucy personalmente. Yo le pregunté por qué, pues temía que él, siendo extranjero, no estuviera al tanto de los requerimientos legales ingleses, y pudiera, por ignorancia, causar algunos contratiempos innecesarios. Él me contestó:

–Lo sé, lo sé. Usted olvida que yo soy abogado además de ser médico. Pero no se trata solamente de la ley. Usted lo sabía, cuando eludió al juez. Tengo más que él que eludir. Puede haber papeles...

Mientras hablaba, sacó de su anotador de bolsillo el memorándum que había estado en el pecho de Lucy y que ella había roto en su sueño.

–Cuando usted encuentre algo del abogado de la difunta señora Westenra, selle todos sus papeles y escríbale esta noche. En lo que

a mí concierne, vigilaré aquí en el cuarto y en la antigua habitación de la señorita Lucy toda la noche y yo mismo investigaré lo que pudiera ser. No está bien que sus pensamientos más íntimos vayan a manos de extraños.

Yo me dediqué a mi parte del trabajo, y a la media hora había encontrado el nombre y la dirección del abogado de la señora Westenra, y le había escrito. Todos los papeles de la pobre dama estaban en orden; se daban en ellos órdenes explícitas respecto al lugar del entierro. No había terminado de sellar la carta cuando, para mi sorpresa, Van Helsing entró en el cuarto, diciendo:

–¿Puedo ayudarlo, amigo John? Estoy libre y, si puedo, estoy a su servicio.

–¿Ha obtenido lo que buscaba? –pregunté, a lo que replicó:

–No buscaba nada específico. Solamente esperaba encontrar y he encontrado todo lo que había –sólo algunas cartas y una poca memoranda y un nuevo diario comenzado. Pero los tengo aquí y, por el momento, no diremos nada de ellos. Veré a ese pobre muchacho mañana por la tarde y, con su aprobación, usaré algo.

Cuando habíamos terminado el trabajo que teníamos entre manos, me dijo:

–Y ahora, amigo John, creo que debemos acostarnos. Queremos dormir, ambos, usted y yo, y descansar para recuperarnos. Mañana tendremos mucho que hacer, pero por esta noche no nos necesitan.

Antes de retirarnos fuimos a ver a la pobre Lucy. El empresario de pompas fúnebres había hecho un trabajo indudablemente bueno, pues el cuarto se había transformado en una pequeña capilla ardiente. Había una multitud de bellas flores blancas, y la muerte había sido hecha lo menos repulsiva posible. El extremo del sudario estaba colocado sobre su cara; cuando el profesor se inclinó y lo retiró suavemente hacia atrás, ambos nos sorprendimos de la belleza que estaba ante nosotros, dando los altos cirios de cera suficiente luz para que la notáramos. Toda la hermosura de Lucy había regresado a ella en la muerte, y las horas que habían transcurrido, en lugar de dejar trazos de los "aniquiladores de la muerte" habían restaurado la belleza de la vida, de tal manera que

positivamente no daba crédito a mis ojos de estar mirando un cadáver.

El profesor miró con grave seriedad. No la había amado como yo, y por ello no había necesidad de lágrimas en sus ojos. Me dijo:

–Permanezca aquí hasta que regrese –y salió del cuarto.

Volvió con un puñado de ajo silvestre de la caja que estaba en el corredor pero que aún no había sido abierta, y colocó las flores entre las otras, encima y alrededor de la cama. Luego, tomó de su cuello, debajo de su camisa, un pequeño crucifijo de oro, y lo colocó sobre la boca de la muerta. Regresó la sábana a su lugar y salimos de la habitación. Me estaba desvistiendo en mi propia habitación cuando, con un previo golpe a mi puerta, entró Van Helsing y de inmediato comenzó a hablar:

–Mañana quiero que me traiga, antes del anochecer, un juego de bisturíes post-mortem.

–¿Debemos hacer una autopsia? –pregunté.

–Sí y no. Quiero operar, pero no como usted piensa. Déjeme que le cuente ahora, pero ni una palabra a nadie. Quiero cortar su cabeza y sacarle el corazón. ¡Ah, usted, un cirujano, tan impresionado! Usted, a quien he visto sin que le temblara la mano ni el corazón, hacer operaciones de vida y muerte que hacían estremecer al resto. Oh, pero no debo olvidar, mi querido amigo John, que usted la amaba y no debo olvidarlo, porque seré yo quien la opere y usted solamente deberá ayudar. Me gustaría hacerlo esta noche, pero no debo por Arthur; él estará libre luego del funeral de su padre mañana y querrá verla… ver *eso*. Entonces, cuando la metan en el ataúd lista para el día siguiente, usted y yo vendremos cuando todos duermen. Destornillaremos la tapa del ataúd y haremos nuestra operación y luego volveremos todo a su sitio, para que nadie sepa, salvo nosotros solos.

–Pero, ¿por qué hacerlo después de todo? La muchacha está muerta. ¿Por qué mutilar su pobre cuerpo sin necesidad? Y si no hay necesidad de una autopsia y nada se gana con ella –no es bueno para ella, para nosotros, para la ciencia, ni para el conocimiento humano–, ¿por qué hacerlo? Es monstruoso hacerlo sin motivo.

Como respuesta, puso su mano en mi hombro y dijo con ternura infinita:

–Amigo John, me compadezco de su pobre corazón sangrante y lo quiero aún más porque sufre. Si pudiera, me haría responsable de la carga que usted soporta. Pero hay cosas que usted no sabe, pero que sabrá y me bendecirá por saber, aunque no sean cosas agradables. John, mi muchacho, usted ha sido mi amigo desde hace muchos años, y hasta ahora, ¿me ha visto alguna vez hacer algo sin una buena causa? Puedo equivocarme –no soy más que un hombre–, pero creo en todo lo que hago. ¿No fue por estas causas que usted mandó por mí cuando comenzaron los problemas? ¡Sí! ¿No estaba usted asombrado, si no horrorizado, cuando no le permití a Arthur besar a su amada –a pesar de que se estaba muriendo– y lo aparté con todas mis fuerzas? ¡Sí! ¿Y entonces vio cómo ella me lo agradecía, con sus tan bellos ojos agonizantes, su voz también, tan débil, y besó mi vieja y rugosa mano y me bendijo? ¡Sí! ¿Y no me escuchó usted jurarle una promesa tal que cerró sus ojos agradecida? ¡Sí! Bien, tengo una buena razón ahora para todo lo que quiero hacer. Usted ha confiado en mí por muchos años; me ha creído semanas atrás, cuando hubo cosas tan extrañas que muy bien podrían haberle hecho dudar. Créame un poco más, amigo John. Si no confía en mí, entonces debo decirle lo que pienso, lo que quizá no esté bien. Y si trabajo –porque trabajaré, con su confianza o sin ella– sin la confianza de un amigo, lo haré con el corazón oprimido y me sentiré, ¡oh, tan solo cuando requiera toda la ayuda y el coraje que deba tener!

Se detuvo un momento y siguió solemnemente:

–Amigo John, vienen días extraños y terribles. No permita que seamos dos sino uno, para que trabajemos por un buen final. ¿No tiene usted fe en mí?

Tomé su mano y se lo prometí. Dejé mi puerta abierta cuando se fue y lo observé ir a su cuarto y cerrar la puerta. Mientras estaba parado sin moverme, vi a una de las doncellas pasar silenciosamente a lo largo del pasillo –tenía la espalda hacia mí, así que no me vio– y entrar en el cuarto en el que yacía Lucy. La escena me conmovió. La devoción es tan rara y estamos tan agradecidos hacia aquellos que

la muestran con quienes amamos sin que se lo pidan. Aquí había una pobre niña sobreponiéndose a los terrores de la muerte que naturalmente tenía, que iba a velar sola junto al féretro de su señorita a la que amaba, para que los pobres restos no estuvieran solos hasta que lograran el descanso eterno…

Debo haber dormido mucho y profundamente, ya que había plena luz del día cuando Van Helsing me despertó entrando en mi habitación. Se acercó a mi cama y dijo:

–No necesita preocuparse por los bisturíes; no lo haremos.

–¿Por qué no? –pregunté, ya que su solemnidad de la noche anterior me había impresionado mucho.

–Porque –dijo gravemente– es demasiado tarde… o demasiado temprano. ¡Vea!

Levantó el pequeño crucifijo de oro.

–Esto fue robado en la noche.

–¿Cómo, robado –pregunté con asombro– si usted lo tiene ahora?

–Porque lo recuperé de la inútil malvada que lo robó, de la mujer que robó a los muertos y a los vivos. Su castigo vendrá seguramente, pero no a través de mí; no sabía del todo lo que hacía y, aun sin saberlo, simplemente robó. Ahora, debemos esperar.

Se fue sin decir más, dejándome con un nuevo misterio para pensar, un nuevo enigma que descifrar.

La mañana fue melancólica, pero por la tarde, vino el abogado: el señor Marquand, de Wholeman, hijos, Marquand & Lidderdale. Fue muy amable, apreció mucho lo que habíamos hecho y quitó de nuestras manos los cuidados de todos los detalles. Durante el almuerzo, nos contó que por algún tiempo la señora Westenra había esperado una muerte súbita por problemas del corazón y puesto sus asuntos en un orden absoluto; nos informó que, a excepción de cierta propiedad perteneciente al padre de Lucy que ahora, a falta de descendencia directa, regresaba a una rama distante de la familia, la herencia completa, real y personal, quedaba absolutamente para Arthur Holmwood. Cuando nos había contado lo suficiente, continuó:

–Francamente, hicimos lo que pudimos para prevenir tal disposición testamentaria y señalamos ciertas contingencias que

podían dejar a su hija o bien sin un céntimo o no dejarla lo suficientemente libre como para actuar en relación a una alianza matrimonial. En realidad, llevamos el problema tan lejos que casi entramos en una colisión, ya que ella nos preguntó si estábamos o no preparados para realizar sus deseos. Desde luego, entonces, no tuvimos otra alternativa que aceptar. Estábamos en lo cierto en principio y en un noventa y nueve por ciento podríamos haber probado, por la lógica de los acontecimientos, lo adecuado de nuestro juicio. Francamente, sin embargo, debo admitir que en este caso cualquier otra disposición habría hecho imposible llevar a cabo sus deseos. Porque al morir antes que su hija, ésta podría haber entrado en posesión de la propiedad y, aunque hubiera sobrevivido a su madre por cinco minutos, en caso en que no hubiera testamento –y un testamento era prácticamente imposible en un caso semejante–, su propiedad habría sido tratada a su deceso como sin testar. En este caso, lord Godalming, a pesar de ser un amigo tan querido, no habría podido hacer ningún reclamo y los herederos, siendo remotos, no querrían abandonar sus justos derechos por razones sentimentales relacionadas con una perfecta extraña. Les aseguro, mis queridos señores, que estoy contento con el resultado, muy contento.

Era un buen tipo, pero su alegría por una pequeña parte –en la que estaba oficialmente interesado– de tan enorme tragedia era un ejemplo de las limitaciones del conocimiento humano.

No se quedó mucho tiempo, pero dijo que vendría más tarde y vería a lord Godalming. Su llegada, sin embargo, había sido en cierta medida reconfortante para nosotros, ya que nos aseguró que no tendríamos que temer las críticas hostiles para con ninguno de nuestros actos. Esperábamos a Arthur para las cinco en punto, así que un poco antes de esa hora, visitamos la cámara mortuoria. Así lo era en verdad, ya que ahora ambas, madre e hija, yacían en ella. El encargado de la funeraria, fiel a su gremio, había hecho el mejor despliegue que pudo de sus bienes y había un aire mortuorio en el lugar que nos desanimó de inmediato. Van Helsing ordenó que se dispusiera el arreglo anterior, explicando que, como lord Goldaming vendría muy pronto, sería menos angustioso para sus sentimientos

ver los restos de su *fiancé* completamente a solas. El encargado de la funeraria pareció perturbado por su propia estupidez y se esforzó por volver las cosas a las condiciones en que las habíamos dejado la noche anterior, así que cuando Arthur llegó, pudimos evitar tal golpe a sus sentimientos.

¡Pobre hombre! Se lo veía desesperadamente triste y destrozado; aun su firme hombría parecía haberse reducido de algún modo bajo la tensión de sus emociones tan probadas. Sé que había estado muy genuina y devotamente ligado a su padre y que perderlo y en tal momento, era un golpe amargo para él. Conmigo, fue tan cálido como siempre y con Van Helsing, dulcemente cortés, pero no pude evitar ver que era algo forzado. El profesor lo notó también y me pidió que lo acompañara escaleras arriba. Lo hice y lo dejé en la puerta del cuarto, ya que sentí que a él le gustaría estar completamente a solas con ella, pero él me tomó del brazo y me hizo entrar, diciendo con voz ronca:

–Tú también la amabas, viejo amigo; ella me dijo todo acerca de ello y nadie tenía un lugar más cercano en su corazón que tú. No sé cómo agradecerte por todo lo que has hecho por ella. Aún no puedo pensar...

De pronto, se desplomó y echó sus manos alrededor de mis hombros y apoyó la cabeza sobre mi pecho, gritando:

–¡Oh, Jack, Jack! ¿Qué haré? De pronto, la vida entera parece haberse ido de mí y no hay nada en el ancho mundo por qué vivir.

Lo reconforté lo mejor que pude. En tales casos, los hombres no necesitamos expresar demasiado. Un apretón de manos, un abrazo, un sollozo al unísono, son expresiones de simpatía afectuosas para el corazón de un hombre. Me quedé quieto y en silencio hasta que sus sollozos se apagaron y luego, le dije suavemente:

–Ven y mírala.

Juntos nos acercamos a la cama y levantamos el sudario de su rostro. ¡Dios! ¡Qué encantadora era! Cada hora parecía estar realzando su belleza. Eso me atemorizó y me asombró y, en lo que a Arthur respecta, sintió un temblor y finalmente fue sacudido por la duda como por un escalofrío. Al fin, luego de una larga pausa, me dijo en un susurro imperceptible:

–Jack, ¿de verdad está muerta?

Le aseguré tristemente que así era y continué sugiriéndole –ya que sentí que tan horrible duda no debía durar más de lo que yo pudiera ayudar– que a menudo sucedía que luego de la muerte los rostros se volvieran más suaves e incluso retornaran a su belleza juvenil; eso era especialmente así cuando la muerte había sido precedida de algún sufrimiento agudo o prolongado. Esto pareció quitar por completo toda duda y, luego de arrodillarse al lado de la cama por un momento y contemplarla amorosa, largamente, se apartó. Le dije que eso debía ser el adiós, ya que tenían que preparar el ataúd, así que volvió y tomó su mano muerta en la de él y la besó e inclinándose, la besó en la frente. Se alejó, mirándola cariñosamente por encima de su hombro, como al llegar.

Lo dejé en la sala de estar y le dije a Van Helsing que se había despedido, así que éste fue a la cocina a decirle a los hombres de la funeraria que procedieran con las preparaciones y que taparan el ataúd. Cuando salió de nuevo de la habitación, le comenté la pregunta de Arthur y replicó:

–No me sorprende. De hecho, ¡yo mismo lo dudé por un momento!

Cenamos todos juntos y pude ver que el pobre Art estaba tratando de hacer su mejor papel. Van Helsing había estado en silencio durante toda la cena, pero cuando habíamos encendido nuestros cigarros, dijo:

–Lord... –pero Arthur lo interrumpió:

–¡No, no, eso no, por el amor de Dios! No aún, en todo caso. Discúlpeme, señor: no fue mi intención hablar ofensivamente; es tan solo porque mi pérdida es tan reciente.

El profesor contestó con dulzura:

–Yo solamente usé ese nombre porque estaba en la duda. No debo llamarlo "señor" y he llegado a apreciarlo, sí, mi querido muchacho, a quererlo… como Arthur.

Arthur extendió su mano y tomó cálidamente la del anciano.

–Llámeme como lo desee –dijo–. Espero tener siempre el título de un amigo. Y déjeme decirle que me faltan las palabras para agradecerle por su bondad con mi pobre querida.

Se detuvo un momento y continuó:

–Sé que ella comprendió su bondad mucho más que yo y si fui rudo o de algún modo descortés cuando usted actuó como lo hizo… ¿se acuerda? –el profesor asintió con la cabeza–, debe usted disculparme.

El profesor contestó con seria gentileza:

–Sé que fue duro para usted confiar en mí totalmente en ese entonces, ya que para confiar en tal violencia se necesita comprender y supongo que usted no confía, no puede confiar, en mí ahora, ya que todavía no comprende. Y puede haber muchas veces en las que yo quiera que usted confíe, cuando usted no pueda o no deba comprender. Pero llegará un tiempo en el que su confianza en mí será entera y completa y en el que comprenda tan claramente como la misma luz del sol. Entonces, me bendecirá de principio a fin por su propio bien y por el bien de los otros y por el querido bien de Lucy, a quien juré proteger.

–Y, en realidad, señor –dijo Arthur cálidamente–, confiaré de todas maneras en usted. Sé y creo que usted tiene un corazón muy noble y es el amigo de Jack y era el de ella. Haga lo que le parezca.

El profesor aclaró su garganta un par de veces, como si fuera a hablar y finalmente dijo:

–¿Puedo preguntarle algo?

–Por supuesto.

–¿Sabe usted que la señora Westenra le dejó todas sus propiedades?

–No, pobre querida, nunca pensé en eso.

–Y como es todo suyo, tiene el derecho de manejarlo como le parezca. Quiero que me dé permiso para leer todos los papeles y cartas de Lucy. Créame, no es curiosidad inútil. Tengo un motivo que ella, esté seguro, habría aprobado. Aquí los tengo todos. Los tomé antes de que supiéramos que todo era suyo, para que ninguna mano extraña los tocara, ningún ojo extraño viera dentro de su alma a través de sus palabras. Los conservaré, si puedo; ni usted los podrá ver todavía, pero los guardaré a salvo. Ninguna palabra se perderá y se los devolveré en el momento apropiado. Es algo duro lo que pido, pero usted lo hará por el bien de Lucy, ¿no es cierto?

Arthur se expresó sinceramente, como solía hacer:

–Doctor Van Helsing, usted puede hacer lo que desee. Siento que, al decir esto, estoy haciendo lo que mi querida habría aprobado. No lo complicaré con preguntas hasta que llegue el momento.

El viejo profesor se puso de pie, mientras decía con solemnidad:

–Y usted está en lo cierto. Habrá sufrimiento para todos nosotros, pero no todo será sufrimiento ni será este sufrimiento lo último. Nosotros y usted también (usted más que nadie, mi querido muchacho) tendremos que pasar a través de aguas amargas antes de llegar a las dulces. Pero debemos ser valientes de corazón y desinteresados y cumplir con nuestro deber, ¡verá que todo saldrá bien!

Dormí en un sofá en la habitación de Arthur esa noche. Van Helsing ni siquiera se acostó. Iba y venía, como patrullando la casa, y nunca perdió de vista el cuarto en el que yacía Lucy en su ataúd, cubierta con las flores salvajes de ajo que, a través del olor de las lilas y rosas, otorgaban a la noche un irresistible y pesado tufo.

Del diario de Mina Harker

22 de septiembre. En el tren rumbo a Exeter. En el tren hacia Exeter, Jonathan duerme. Parece que sólo fue ayer cuando hice los últimos apuntes, y sin embargo, ¡cuánto ha transcurrido entre ellos, en Whitby y en todo el mundo ante mí! Jonathan estaba lejos y yo sin noticias de él; y ahora, casada con Jonathan, Jonathan de procurador, socio de una empresa, rico, dueño de su negocio, el señor Hawkins muerto y enterrado, y Jonathan con otro ataque que puede perjudicarlo mucho. Algún día me puede preguntar acerca de ello. Todo va para abajo. Estoy enmohecida en mi taquigrafía; véase lo que la prosperidad inesperada hace por nosotros, por lo que no está mal que la refresque otra vez ejercitándome un poco.

El servicio fue muy simple y solemne. Sólo asistimos nosotros mismos y los sirvientes, uno o dos viejos amigos de él de Exeter, su agente en Londres y un caballero representando a sir John Paxton, el presidente de la Sociedad Jurídica. Jonathan y yo estuvimos

tomados de la mano, y sentimos que nuestro mejor y más querido amigo nos había abandonado.

Volvimos al pueblo con tranquilidad, tomando un ómnibus a Hyde Park Corner. Jonathan pensó que me interesaría entrar en el paseo Row por un momento, así que nos sentamos, pero había muy poca gente allí y era triste y desolador ver tantas sillas vacías. Nos hizo pensar en la silla vacía de casa, así que nos levantamos y caminamos por Piccadilly. Jonathan me llevaba del brazo, a la manera en que solía hacerlo en los viejos tiempos, antes de que yo fuera al colegio. Me sentía muy incómoda, ya que no puedes continuar por tantos años enseñando etiqueta y decoro a las otras chicas sin que la pedantería te afecte un poco, pero se trataba de Jonathan y él era mi marido y no conocíamos a nadie que nos viera –y no nos preocupaba si ocurría–, así que continuamos caminando. Estaba yo mirando a una chica muy bonita con un gran sombrero rueda de carro, sentada en una victoria fuera de Giuliano, cuando sentí que Jonathan apretó mi brazo tan estrechamente que me lastimó y dijo sin respiración:

–¡Dios mío!

Siempre estoy inquieta por Jonathan, pues temo que algún ataque nervioso pueda enfermarlo otra vez, así que me volví hacia él rápidamente y le pregunté qué lo había perturbado.

Estaba muy pálido y sus ojos parecían salirse de sus órbitas, mientras, medio aterrorizado y medio asombrado, contemplaba a un hombre alto, flaco, de nariz aguileña y bigote negro y barba puntiaguda que estaba también observando a la muchacha bonita. La estaba mirando tan fijamente que no nos vio a ninguno de los dos y por eso yo tuve muy buena vista de él. Su rostro no era un buen rostro; era duro y cruel y sensual y sus grandes dientes blancos, que parecían más blancos aún porque sus labios eran tan colorados, eran tan afilados como los de un animal. Jonathan se quedó mirándolo fijamente, hasta que temí que lo notara. Tuve miedo de que lo tomara a mal, tan feroz y peligroso parecía. Le pregunté a Jonathan por qué estaba tan perturbado y me respondió, pensando evidentemente que yo sabía tanto acerca de ello como él:

–¿Ves quién es?

–No, querido –dije–; no lo conozco, ¿quién es?

Su respuesta pareció perturbarme y estremecerme, ya que fue dicha como si él no supiera que era a mí, a Mina, a quien le hablaba:

–¡Es el hombre mismo!

El pobre estaba evidentemente aterrado por algo, muy notablemente aterrado; creo que si no me hubiera tenido a mí para apoyarse y sostenerse, se habría desmoronado. Continuó contemplándolo; el hombre salió del negocio con un pequeño paquete y se lo dio a la dama, quien entonces se alejó en su carruaje. El oscuro hombre mantuvo sus ojos fijos en ella y cuando el carruaje subió por Piccadilly, lo siguió en la misma dirección, tomando un coche de alquiler. Jonathan siguió vigilándolo y dijo, como para sus adentros:

–Creo que es el conde, pero ha rejuvenecido. ¡Mi Dios, si fuera así! ¡Oh, mi Dios, mi Dios! ¡Si lo hubiera sabido! ¡Si lo hubiera sabido!

Se estaba angustiando tanto que temí mantener su mente en el tema haciéndole preguntas, así que permanecí en silencio. Lo alejé del lugar tranquilamente y él, tomándome del brazo, se calmó. Caminamos un poco más y luego entramos y nos sentamos por un momento en Green Park. Era un día caluroso para el otoño y había un asiento cómodo en un lugar a la sombra. Después de unos minutos de no contemplar nada, los ojos de Jonathan se cerraron y entró tranquilamente en el sueño, con su cabeza en mi hombro. Pensé que era lo mejor para él, así que no lo molesté. Luego de alrededor de veinte minutos se despertó y me dijo alegremente:

–Mina, ¿por qué he estado durmiendo? Oh, perdóname por ser tan descortés. Ven y tomemos una taza de té en alguna parte.

Evidentemente se había olvidado todo acerca del oscuro extraño, como en su enfermedad se había olvidado todo lo que este episodio le había hecho recordar. No me agradan estos lapsos de olvido; podrían dañar o continuar dañando su mente. No debo preguntarle, ya que temo causar más daño que bien, pero debo de alguna manera conocer los hechos de su viaje al exterior. Ha llegado el momento, me temo, de abrir aquel paquete y saber lo que está escrito. Oh, Jonathan, tú me perdonarás si hago mal, lo sé, pero es por tu propio y querido bien.

Más tarde. Un triste regreso a casa en todo sentido; la casa vacía sin la querida alma que tan buena fue para nosotros; Jonathan todavía pálido y mareado bajo una ligera recaída de su enfermedad y ahora un telegrama de un tal Van Helsing, quienquiera que sea:

"*Usted estará apenada de enterarse que la señora Westenra murió hace cinco días y que Lucy murió antes de ayer. Ambas fueron enterradas hoy".*

¡Oh, qué abundancia de dolor en pocas palabras! ¡Pobre señora Westenra! ¡Pobre Lucy! ¡Se han ido, se han ido y nunca retornarán a nosotros! ¡Y pobre, pobre Arthur, haber perdido tal dulzura de su vida! ¡Dios nos ayude a todos a soportar nuestros problemas!

Del diario del doctor Seward

22 de septiembre. Todo terminó. Arthur ha regresado a Ring y se ha llevado consigo a Quincey Morris. ¡Qué magnífico tipo es éste Quincey! Creo en lo más profundo de mi corazón que él sufrió tanto como cualquiera de nosotros dos por la muerte de Lucy; pero supo sobreponerse a su dolor como un estoico. Si América puede seguir produciendo hombres como éste, no cabe la menor duda de que llegará a ser una gran potencia en el mundo. Van Helsing está acostado, tomándose un descanso preparatorio para su viaje. Se va a ir hoy por la noche a Ámsterdam, pero dice que regresará mañana por la noche; que sólo quiere hacer algunos arreglos que únicamente pueden efectuarse en persona. Cuando regrese, si puede, se quedará en mi casa; dice que tiene trabajo que hacer en Londres que le puede llevar cierto tiempo. ¡Pobre viejo amigo! Temo que el esfuerzo de las últimas semanas ha roto hasta su fortaleza de hierro. Todo el tiempo del entierro, lo pude ver, estuvo haciendo terribles esfuerzos por contenerse. Cuando todo hubo terminado, estuvimos parados al lado de Arthur, quien, pobre amigo, hablaba de su parte en la operación en la que su sangre había sido trasfundida a las venas de Lucy; pude ver que la cara de Van Helsing se volvía alternativamente blanca y púrpura. Arthur decía que desde entonces, sintió como si los dos hubieran estado realmente casados

y ella fuera su mujer a la vista de Dios. Ninguno de nosotros dijo una palabra de las otras operaciones ni nadie lo hará jamás. Arthur y Quincey se fueron juntos a la estación y Van Helsing y yo vinimos aquí. Cuando estuvimos solos en el carruaje, dio curso a una verdadera crisis de histeria. Desde ese entonces me ha negado que se tratara de histeria e insistió en que era solamente su sentido del humor haciéndose valer bajo condiciones muy terribles. Rió hasta llorar y tuve que bajar las persianas, no fuera que alguien nos viera y juzgara mal y entonces, lloró hasta reír de nuevo y rió y lloró todo al mismo tiempo, tal como lo hace una mujer. Traté de ser severo con él, como uno es con una mujer bajo estas circunstancias, pero no tuvo efecto. ¡Los hombres y las mujeres son tan diferentes en las manifestaciones de la fuerza o debilidad de sus nervios! Luego, cuando su rostro se volvió grave y serio de nuevo, le pregunté el porqué de su regocijo y por qué en tal momento. Su réplica fue característica de él de algún modo, ya que fue lógica y enérgica y misteriosa. Dijo:

–Ah, usted no comprende, amigo John. No piense que no estoy triste, aunque me ría. Vea, he llorado aun cuando la risa me sofocó. Pero tampoco piense que me siento totalmente apenado cuando lloro, ya que la risa viene de la misma forma. Tenga siempre en cuenta que la risa que golpea a su puerta y dice: "¿Puedo entrar?" no es la verdadera risa. ¡No! Es una reina y viene cuando y como le guste. No pregunta a nadie, no elige el momento disponible. Dice: "Estoy aquí". He aquí, por ejemplo, que mi corazón se aflige por tan dulce jovencita; doy mi sangre por ella, aunque estoy viejo y agotado; doy mi tiempo, mi habilidad, mi sueño; dejo a mis otros pacientes porque ella debe tenerlo todo. Y sin embargo, puedo reír en su misma tumba; reír cuando la tierra de la pala del sepulturero caía sobre su ataúd y decir: "¡Tud, tud!" a mi corazón, hasta que envíe de vuelta la sangre a mis mejillas. Mi corazón sangra por ese pobre muchacho, de la misma edad que tendría mi propio hijo, si hubiera tenido la bendición de que viviera, y con el mismo pelo y los mismos ojos. Bueno, usted sabe ahora por qué lo amo tanto. Sin embargo, cuando dice cosas que tocan mi corazón de marido hasta lo más profundo y hace que mi corazón de padre suspire por él

como ningún otro hombre (ni siquiera usted, amigo John, ya que estamos en un nivel de experiencias más equilibrado que el de padre e hijo), incluso en esos momentos, la Reina Risa viene a mí y grita y vocifera en mi oído "¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!", hasta que la sangre vuelve a bailar y trae algo del brillo que transporta con la risa a mis mejillas. Oh, amigo John, es un mundo extraño, un mundo triste, un mundo lleno de miserias e infortunios y problemas, y aun así cuando llega la Reina Risa, hace que todo dance al ritmo que ella toca. Los corazones sufrientes y los huesos secos del cementerio y las lágrimas que queman al caer, todos danzan juntos con la música que ella hace con su boca sin sonrisa. Y créame, amigo John, que es bueno que ella aparezca, y sana. Ah, nosotros, los hombres y las mujeres, somos como cuerdas estiradas en todas direcciones. Entonces, llegan las lágrimas y, como la lluvia sobre las cuerdas, ella nos anima, quizás antes de que el estiramiento sea demasiado grande y nos quebremos. Pero la Reina Risa viene como el resplandor del sol y alivia la tensión de nuevo y soportamos continuar con nuestra labor, cualquiera sea ella.

No quise herirlo, pretendiendo no ver su idea, pero, como aún no entendía la causa de su risa, le pregunté. A medida que me respondía, su rostro se volvía severo y dijo en un tono completamente distinto:

–Oh, fue la triste ironía de todo eso, esta encantadora dama engalanada con flores, que se veía tan fresca como si estuviese viva, de modo que uno por uno dudamos de si en realidad estaba muerta; ella yaciendo en esa fina casa de mármol en el cementerio solitario, donde descansan tantas de su clase, yacía allí con su madre que tanto la amaba, y a quien ella amaba a su vez; y aquella sagrada campana haciendo ¡dong!, ¡dong!, ¡dong!, tan triste y despacio; y aquellos santos hombres, con los blancos vestidos del ángel, pretendiendo leer libros, y sin embargo, todo el tiempo sus ojos nunca estaban en una página; y todos nosotros con la cabeza inclinada. ¿Y todo para qué? Ella está muerta; así pues, ¿o no?

–Bien, pues por mi vida, profesor –le dije yo–, yo no veo en todo eso nada que cause risa. La verdad es que su explicación lo hace más difícil de entender todavía. Pero aunque el servicio fúnebre haya

sido cómico, ¿qué hay del pobre Art y de sus problemas? Pues yo creo que su corazón se estaba sencillamente rompiendo.

–Justamente. ¿Dijo él que la transfusión de su sangre a las venas de ella la había hecho su verdadera esposa?

–Sí, y fue una idea dulce y consoladora para él.

–Así es. Pero había una dificultad, amigo John. Si así era, ¿qué hay de los otros? ¡Jo, jo! Pues esta pobre y dulce doncella es una poliándrica, y yo, con mi pobre mujer muerta para mí pero viva para la ley de la iglesia, aunque sin chistes, libre de todo, hasta yo, que soy fiel marido a esta actual no esposa, soy un bígamo.

–Pues tampoco veo aquí dónde está el chiste –dije yo, y no me sentí muy alegre con él porque estuviese diciendo esas cosas. Él puso su mano sobre mi brazo y dijo:

–Amigo John, perdóneme si causo dolor. No le mostré mis sentimientos a otros cuando hubieran herido, sino sólo a usted, mi viejo amigo, en quien puedo confiar. Si usted hubiera podido mirar dentro de mi propio corazón entonces, cuando yo quería reír; si usted hubiera podido hacerlo cuando la risa llegó, si usted lo pudiera hacer, cuando la reina risa ha empacado sus coronas, y todo lo que es de ella, pues se va lejos, muy lejos de mí, y por un tiempo largo, muy largo, tal vez usted quizá se compadecería de mí más que nadie.

Me conmovió la ternura de su tono y le pregunté por qué.

–¡Porque yo sé!

Y ahora estamos todos regados. Durante muchos largos días la soledad se va a sentar sobre nuestros techos con sus alas desplegadas. Lucy descansa en la tumba de su familia, un señorial mausoleo en un cementerio solitario, lejos del prolífico Londres, donde el aire es fresco y el sol se levanta sobre el Hampstead Hill, y donde las flores salvajes crecen según su propia voluntad.

Entonces, puedo terminar este diario y sólo Dios sabe si alguna vez empezaré otro. Si lo hago, o si alguna vez abro éste de nuevo, será para ocuparme de diferentes personas y otros temas, ya que aquí al final, donde se cuenta el romance de mi vida, aquí vuelvo a retomar el hilo de mi trabajo diario y digo tristemente y sin esperanzas,

"FINIS"

The Westminster Gazette

25 de septiembre

El misterio de Hampstead

La vecindad de Hampstead está de momento siendo acosada por una serie de sucesos que parecen correr en líneas paralelas con aquéllos que fueron conocidos por los escritores de titulares como "El horror de Kensington", o "La Asesina del Puñal", o "La Mujer de Negro". Durante los últimos dos o tres días han acontecido varios casos de pequeños niños que vagabundean de su hogar o se olvidan de regresar de su juego en el Brezal. En todos estos casos los niños han sido demasiado pequeños como para poder dar adecuadamente una explicación inteligible de lo sucedido, pero el consenso de sus culpas es que han estado con la "dama linda". Siempre ha sido tarde por la noche cuando se ha notado su ausencia, y en dos ocasiones los niños no han sido encontrados sino hasta temprano a la mañana siguiente. En el vecindario se supone generalmente que, como el primer niño perdido dio como su razón de haberse ausentado que una "dama linda" le había pedido que se fuera con ella a dar un paseo, los otros han recogido la frase y la han usado en su debida ocasión. Esto es tanto más natural cuanto el juego favorito de los pequeñuelos es actualmente atraerse unos a otros mediante engaños. Un corresponsal nos escribe que ver a los chiquilines pretendiendo ser la "dama linda" es verdaderamente divertido. Dice que algunos de nuestros caricaturistas debieran tomar una lección en ironía de lo grotesco comparando la realidad y el teatro. Sólo es de acuerdo con los principios generales de la naturaleza humana que la "dama linda" deba ser el papel popular en estas representaciones al fresco. *Nuestro corresponsal dice ingenuamente que ni Ellen Terry podría ser tan felizmente atractivo como pretenden ser algunos de estos pequeñuelos de cara arrugada, e incluso se imaginan que son.*

No obstante, probablemente exista un lado serio en esta cuestión, ya que algunos de los niños, en realidad todos los que se han

perdido por la noche, han sido ligeramente raspados o heridos en la garganta. Las heridas parecen como hechas por una rata o un perro pequeño, y a pesar de que no tienen mucha importancia individualmente, tenderían a mostrar que cualquiera sea el animal que las inflinge, tiene un sistema o método propio. La policía de la división ha sido instruida para mantener una estricta vigilancia en relación a los niños extraviados, especialmente si son muy pequeños, en Hampstead Heath y sus alrededores, y en lo que respecta también a cualquier perro extraviado.

The Westminster Gazzette

25 de septiembre

Extra especialEl horror de Hampstead
Otro niño herido. La "dama linda"

Acabamos de recibir noticias de que otro niño, perdido anoche, fue descubierto recién muy tarde en la mañana debajo de un matorral en el lado del Shooter's Hill de Hampstead Heath, la que es quizá la parte menos frecuentada de la zona. Tenía las mismas diminutas heridas en la garganta que han sido notadas en otros casos. Estaba terriblemente débil y parecía bastante extenuado. Una vez que se hubo recuperado parcialmente, él también recurrió a la misma historia para contar su ausencia de la mano de la "dama linda".

XIV

Del diario de Mina Harker

23 de septiembre. Jonathan ha mejorado después de una mala noche. Estoy contenta de que tenga bastante trabajo que hacer, pues eso le mantiene la mente alejada de cosas terribles; y, ¡oh, estoy feliz de que ahora ya no esté abrumado por la responsabilidad de su nueva posición! Supe que sería fiel a sí mismo y ahora, cuán orgullosa me siento de ver a mi Jonathan ascendiendo con sus progresos y manteniendo el paso de todos modos, con las obligaciones que recaen sobre él. Estará todo el día afuera hasta tarde, ya que dijo que no almorzaría en casa. Mis tareas domésticas están hechas, así que tomaré su diario escrito en el extranjero y me encerraré en mi cuarto a leerlo…

24 de septiembre. No tuve ánimos de escribir anoche; ese terrible registro de Jonathan me sobresaltó. ¡Pobre querido mío!, cómo debe haber sufrido, sea verdad o sólo su imaginación. Me pregunto si hay alguna verdad en todo eso. ¿Tuvo primero la fiebre cerebral y luego escribió todas esas cosas terribles, o había otra causa para todo ello? Supongo que nunca lo sabré, pues no me atrevo a abrir conversación sobre el tema con él... ¡Y, sin embargo, ese hombre que vio ayer! Parecía estar bastante seguro de él...

¡Pobre hombre! Supongo que el funeral lo afectó y llevó su mente a recordar lo que le ocurrió. Él cree en todo eso. Recuerdo cómo, en nuestra noche de bodas, dijo:

–A menos que alguna solemne obligación me haga volver a las horas amargas, dormido o despierto, loco o cuerdo.

Parece haber cierta relación de continuidad a través de todo esto. Ese espantoso conde venía para Londres, con sus copiosos millones… Debe haber alguna solemne obligación y si llega, no debemos echarnos atrás. Estaré preparada. Tomaré mi máquina de escribir ahora mismo y comenzaré a transcribir. Entonces estaremos listos para otros ojos, si es necesario. Y si es preciso, entonces, tal

vez si estoy lista, como el pobre Jonathan no debe perturbarse, podré hablar por él y nunca dejaré que se complique o se preocupe con todo esto. Y si alguna vez Jonathan supera por completo esa inquietud, podrá querer contármelo todo, podré hacerle preguntas, averiguar cosas y encontrar el modo de reconfortarlo.

Carta de Van Helsing a la señora Harker(Confidencial)

24 de septiembre

Estimada señora:

Le ruego que perdone que le escriba, ya que soy un amigo tan lejano, y que le envié las malas noticias de la muerte de la señorita Lucy Westenra. Por la bondad de lord Godalming, tengo poder para leer sus cartas y papeles, pues estoy profundamente interesado en ciertos asuntos de vital importancia. En ellos encuentro algunas cartas de usted, que muestran cuán gran amiga era usted de ella y cómo la quería. ¡Oh, señora Mina, por ese amor yo le imploro que me ayude! Por el bien de otros le pido, para evitar mucho mal, y para evitar muchos y muy terribles trastornos que pueden ser mucho mayores de lo que usted se imagina, ¿me concedería usted una entrevista? Puede usted confiar en mí. Soy amigo del doctor John Seward y de lord Godalming (ése era el Arthur de la señorita Lucy). De momento debo guardar estricta reserva. Yo acudiría a Exeter a verla a usted inmediatamente si usted me dice que puedo tener el honor de verla, y dónde y cómo. Señora, le imploro perdón. He leído sus cartas para la pobre Lucy, y sé cuán buena es usted y cómo sufre su marido; por eso le ruego, si puede ser, no le diga nada a él, pues pudiera causarle daño. Otra vez le pido perdón y quedo de usted, respetuosamente,

VAN HELSING

Telegrama de la señora Harker a Van Helsing

25 de septiembre. Venga hoy en el tren de las diez y cuarto, si puede tomarlo. Puedo recibirlo en cualquier momento.

WILHELMINA HARKER

Del diario de Mina Harker

25 de septiembre. Es imposible evitar sentir una tremenda ansiedad a medida que se acerca la hora de la visita del doctor Van Helsing, pues espero que me ilumine sobre la triste experiencia de Jonathan; y como él ha atendido a la pobre Lucy en su última enfermedad, me puede contar muchas cosas acerca de ella. Ésa es la razón por la que viene; es debido a Lucy y a su sonambulismo, y no acerca de Jonathan. ¡Entonces nunca sabré la verdadera realidad! ¡Qué tonta soy! Ese horroroso diario se apodera de mi imaginación y tiñe todo con algo de su propio color. Por supuesto que es algo acerca de Lucy. La enfermedad le volvió a la pobrecita, y la terrible noche en el acantilado debe haberla enfermado. Debido a todos los asuntos que tengo entre manos, ya casi había olvidado cómo había estado enferma después. Ella debe haberle contado a él su aventura de sonámbula en el acantilado, y que yo sabía todo acerca de ello; y ahora él quiere que yo le diga lo que sé, de manera que él pueda entenderlo.

Espero haber hecho bien en no decirle nada de esto a la señora Westenra; nunca me lo perdonaría si alguno de mis actos, aunque fuera uno negativo, hubiera perjudicado a la pobre Lucy. Espero, también, que el doctor Van Helsing no me culpe; he tenido tantas dificultades y ansiedad en los últimos tiempos, que siento que no puedo soportar más en este momento.

Supongo que el llanto nos hace bien a todos algunas veces: limpia el aire como también lo hace la lluvia. Tal vez, fue leyendo el diario ayer que me sentí turbada y, luego, Jonathan salió esta mañana para estar lejos de mí un día entero y una noche, la primera vez que hemos estado separados desde nuestro casamiento. Espero que mi querido se cuide y que nada le ocurra que pueda perturbarlo a él. Son las dos en punto y el doctor pronto estará aquí, ahora. No le

diré nada del diario de Jonathan, a menos que me pregunte. Estoy tan feliz de haber mecanografiado todo mi propio diario, así que en el caso de que pregunte sobre Lucy, se lo podré dar; evitará muchas preguntas.

Más tarde. Ha venido y ya se fue. ¡Oh, qué encuentro más extraño, y cómo hace que todo gire en mi cabeza! Me siento como si estuviera en un sueño. ¿Puede ser todo posible, o siquiera parte de ello? Si yo no hubiese leído primero el diario de Jonathan, jamás habría aceptado ni siquiera una posibilidad... ¡Pobre, pobre querido Jonathan! ¡Cómo debe haber sufrido! Quiera Dios que todo esto no lo vuelva a intranquilizar. Yo trataré de salvarlo de ello, pero incluso puede ser un consuelo o ayuda para él, aunque sea muy terrible y horroroso en sus consecuencias, el saber con certeza que sus ojos, sus oídos y su cerebro no lo engañaron, y que todo es realidad. Puede ser que sea la duda quien lo persigue y que cuando la duda se remueva, no importa qué –en la vigilia o el sueño–, pueda probar la verdad, él estará más satisfecho y mejor dispuesto a soportar el golpe. El doctor Van Helsing debe ser tanto un buen hombre como un hombre inteligente, si es amigo de Arthur y del doctor Seward, y si ellos lo trajeron todo el camino desde Holanda para que examinara a Lucy. De haberlo visto, siento que es bueno y amable y de una noble naturaleza. Cuando venga mañana, le preguntaré sobre Jonathan y entonces, quiera Dios que todo este pesar y esta ansiedad lleguen a buen fin. Yo solía pensar que me gustaría hacer entrevistas; el amigo de Jonathan del *Exeter News* le dijo que la memoria lo era todo en esa clase de trabajo que hay que ser capaz de anotar exactamente casi cada palabra dicha, aunque después hubiera que afinar alguna. Aquí había una entrevista rara; yo trataré de recordarla al pie de la letra.

Eran las dos y media cuando llamaron a la puerta. Me armé de coraje con ambas manos y esperé. En pocos minutos, Mary abrió la puerta y anunció:

–Doctor Van Helsing.

Me puse en pie e hice una inclinación de cabeza. Él se acercó a mí; es un hombre de peso medio, fornido, de hombros echados hacia

atrás, pecho amplio y profundo y el cuello bien asentado sobre el tronco tal como la cabeza sobre el cuello. Su cabeza me impresionó inmediatamente como indicativa de fuerza de pensamiento e inteligencia; la cabeza es noble, de regular tamaño, amplia, y ancha detrás de las orejas. El rostro, afeitado, muestra una barbilla dura, cuadrada, una boca grande, resuelta y movediza, una nariz de buen tamaño, más bien recta, pero con aberturas rápidas y sensibles que parecen ensancharse cuando las cejas grandes y espesas bajan y aprieta la boca. La frente es ancha y delicada, elevándose al principio casi en línea recta e inclinándose luego hacia atrás, por encima de dos elevaciones o estrías muy separadas; una frente tan grande que el pelo colorado no tiene posibilidades de cubrir, sino que cae naturalmente hacia atrás y a los costados. Tiene ojos grandes, azul oscuro, muy separados y son rápidos y tiernos o severos, según el humor del hombre. Me dijo:

–La señora Harker, ¿no es así?

Me incliné asintiendo.

–¿Era usted la señorita Mina Murray?

Asentí nuevamente.

–Es a Mina Murray a quien vengo a ver; a la que fue amiga de la infortunada, querida Lucy Westenra. Señora Mina, en nombre de la muerta vengo.

–Caballero –dije yo–, no puede usted tener mejor carta de presentación que haber sido amigo y médico de Lucy Westenra.

Y le extendí la mano. Él la tomó y dijo con ternura:

–¡Oh, señora Mina!, yo sé que la amiga de esa pobre muchachita debe ser buena, pero todavía tenía que saber...

Terminó su discurso haciendo una reverencia cortés. Yo le pregunté para qué me quería ver, por lo que él comenzó de inmediato:

–He leído sus cartas a la señorita Lucy. Discúlpeme, pero tuve que empezar a investigar por alguna parte y no había nadie a quién preguntar. Sé que usted estuvo con ella en Whitby. De vez en cuando, ella llevaba un diario –no necesita sorprenderse, señora Mina; fue comenzado luego de su partida y hecho como imitación suya– y en ese diario rastrea por inferencia ciertas cosas

relacionadas con una caminata nocturna de la que consigna que usted la salvó. Entonces, sumamente perplejo vengo a usted y le pido en su enorme bondad que me cuente todo lo que recuerde sobre ello.

–Creo que puedo contarle todo sobre ello, doctor Van Helsing.

–¡Ah!, entonces, ¿tiene usted una buena memoria para los hechos, para los detalles? No siempre es así en las jóvenes damas.

– No, doctor, pero escribí todo en el momento. Puedo mostrárselo si usted gusta.

–¡Oh, señora Mina!, estaré agradecido; me hará un gran favor.

No pude resistir la tentación de mistificarlo un poco –supongo que es algo del sabor de la manzana original que permanece aún en nuestras bocas–, así que le alcancé el diario en taquigrafía. Lo tomó con una inclinación de agradecimiento y dijo:

–¿Puedo leerlo?

–Si lo desea –respondí tan recatadamente como pude. Lo abrió y su cara se alargó por un instante. Luego se levantó y se inclinó.

–Oh, ¡qué mujer tan inteligente! –dijo–. Siempre supe que el señor Jonathan era un hombre afortunado, pero veo que su mujer tiene todas las cosas buenas. ¿Y no me hará usted el honor de ayudarme a leerlo? Desgraciadamente, no conozco la taquigrafía.

Para ese entonces mi pequeña broma había terminado y yo estaba medio avergonzada, así que tomé la copia mecanografiada del costurero y se la entregué.

–Discúlpeme –dije–, no pude evitarlo, pero había estado pensando que era sobre la querida Lucy que usted deseaba preguntar y para que no tuviera que esperar, no por mí, sino porque sé que su tiempo debe ser valioso, lo he escrito a máquina para usted.

Lo tomó y sus ojos resplandecieron.

–Usted es tan buena –dijo–. ¿Y puedo leerlo ahora? Quisiera preguntarle algunas cosas cuando lo haya leído.

–Por supuesto –dije–, léalo, mientras ordeno el almuerzo y entonces, puede hacerme las preguntas mientras comemos.

Hizo una reverencia y se acomodó en una silla, de espaldas a la luz, y se absorbió en los papeles, mientras yo iba a ver cómo estaba la comida, principalmente para dejarlo leer a sus anchas. Cuando

regresé, lo encontré caminando rápidamente de uno a otro lado del cuarto, con el rostro todo encendido de emoción. Se dirigió rápidamente hacia mí y me tomó ambas manos.

–¡Oh, señora Mina! –me dijo–, ¿cómo puedo decirle lo que le debo? Este papel es claro como el sol. Me abre las puertas. Estoy aturdido, deslumbrado por tanta luz, y sin embargo, unas nubes rondan siempre detrás de la luz. Pero eso usted no lo comprende; no lo puede comprender. ¡Oh! Pero le estoy muy agradecido. Es usted una mujer muy lista. Señora –agregó esta vez con tono solemne–, si alguna vez Abraham van Helsing puede hacer algo por usted o los suyos, espero que usted me lo comunique. Será un verdadero placer y una dicha si puedo servirla a usted como amigo; como amigo, pero con todo lo que he sabido, todo lo que puedo hacer, para usted y los que usted ama. Hay oscuridades en la vida y hay claridades; usted es una de esas luces. Usted tendrá una vida feliz y una vida buena, y su marido será bendecido en usted.

–Pero, doctor, usted me alaba demasiado, y no me conoce.

–¡No la conozco! Yo, que ya soy un viejo, y toda mi vida he estudiado a hombres y mujeres; yo, que he hecho del cerebro y de todo lo que con él se relaciona y de todo lo que surge de él, mi especialidad. Y he leído su diario, que usted tan bondadosamente ha escrito para mí, y que respira verdad en cada línea. Yo, que he leído su carta tan dulce para la pobre Lucy contándole de su casamiento y confiándole sus penas. ¡Cómo no la voy a conocer! ¡Oh! señora Mina, las buenas mujeres dicen toda su vida, y día a día, hora por hora y minuto a minuto, muchas cosas que los ángeles pueden leer; y nosotros los hombres que deseamos saber tenemos dentro algo de ojos de ángel. Su marido es de muy noble índole, y usted también es noble, pues confía, y la confianza no puede existir donde hay almas mezquinas. Y su marido, dígame, ¿está bien? ¿Ya cesó la fiebre, y está fuerte y contento?

Aquí vi una oportunidad para preguntarle acerca de Jonathan, así que dije:

–Casi se ha recuperado, pero lo ha perturbado mucho la muerte del señor Hawkins. Él interrumpió:

–¡Oh, sí, lo sé!, lo sé. He leído sus últimas dos cartas.

Yo proseguí:

–Supongo que esto lo perturbó, pues cuando estábamos en la ciudad el último jueves, tuvo una suerte de conmoción.

–¡Una conmoción, y luego de una fiebre cerebral, tan rápido! Eso no es bueno. ¿Qué clase de conmoción era ésa?

–Creyó haber visto a alguien que le recordó algo terrible, algo que lo condujo a su fiebre cerebral.

Y entonces todo pareció abrumarme de golpe por completo. La compasión por Jonathan, el horror que él experimentara, todo el espantoso misterio de su diario y el temor que se había apoderado de mí desde entonces, todo vino de manera tumultuosa. Supongo que estaba histérica, ya que caí de rodillas y levanté mis manos hacia él y le imploré que hiciera que mi marido estuviera bien de nuevo. Tomó mis manos y me levantó y me hizo sentar en el sofá, sentándose él a mi lado; tomó mi mano en las suyas y me dijo, ¡oh!, con infinita dulzura:

–Mi vida es vacía y solitaria, y tan llena de trabajo que no he tenido mucho tiempo para la amistad, pero desde que he sido llamado aquí por mi amigo John Seward he llegado a conocer a tanta gente buena, y he visto tanta nobleza que siento más que nunca, y esto ha ido creciendo al avanzar mis años, la soledad de mi vida. Créame, entonces, que yo vengo aquí lleno de respeto por usted, y usted me ha dado esperanza... Esperanza, no de lo que yo estoy buscando, sino de que todavía quedan mujeres buenas para hacer la vida feliz... Mujeres buenas, cuyas vidas y cuyas verdades pueden ser buenas lecciones para los hombres del mañana. Estoy muy contento de poderle ser útil a usted, pues si su marido sufre, sufre dentro de los dominios de mis estudios y experiencias. Le prometo a usted que haré con gusto todo lo que pueda por él; todo lo que pueda por hacer su vida más fuerte, y que también la vida de usted sea feliz. Ahora debe usted comer. Está usted agotada y tal vez emocionada. A su esposo no le gustará verla pálida; y lo que no le gusta de la que ama, no es bueno para él. Por lo tanto, por amor a él debe usted comer y sonreír. Ya me lo ha dicho usted todo acerca de Lucy, así es que ahora no hablaremos sobre ello, pues puede molestarla. Me quedaré esta noche en Exeter, pues quiero pensar

mucho sobre lo que usted me dijo, y cuando haya pensado le haré a usted preguntas, si me lo permite. Y luego, también me contará usted los problemas de su esposo tanto como pueda, pero todavía no. Ahora debe comer; después hablaremos largo y tendido.

Luego del almuerzo, cuando regresamos a la sala de estar, me dijo:

–Y ahora, cuénteme todo sobre él.

Cuando me disponía a hablarle a este gran hombre sabio, comencé a temer que pudiera pensar que yo era una tonta débil y Jonathan, un loco –ese diario es todo tan extraño–, y dudé de continuar. Pero él era tan dulce y amable y había prometido ayudarme y yo confiaba en él, así que dije:

–Doctor Van Helsing, lo que tengo que decirle es tan extraño que usted no debe reírse de mí ni de mi marido. Hasta ayer, he estado en una suerte de fiebre de dudas; usted debe ser amable conmigo y no pensar que soy insensata por haber creído, aunque sea en parte, en algunas cosas muy extrañas.

Me tranquilizó tanto por su actitud como por sus palabras cuando dijo:

–Oh, mi querida, si tan sólo supiera qué extraño es el asunto por el cual estoy aquí, sería usted la que se reiría. He aprendido a no menospreciar las creencias de nadie, no importa cuán extrañas puedan ser. He tratado de tener una mente abierta y no son las cosas ordinarias de la vida las que podrían cerrarla, sino las cosas extrañas, extraordinarias, las cosas que hacen a uno dudar de si está loco o cuerdo.

–¡Gracias, gracias, mil veces! Ha quitado un peso de mi mente. Si usted me lo permite, le daré un papel a leer. Es extenso, pero lo he mecanografiado. Le contará mi problema y el de Jonathan. Es la copia de su diario cuando estuvo afuera y todo lo que pasó. No me atrevo a decir nada sobre eso; usted lo leerá y lo juzgará por sí mismo. Y luego, cuando lo vea, tal vez tenga la amabilidad de decirme qué piensa.

–Lo prometo –dijo, cuando le daba los papeles–; en la mañana, tan pronto como pueda, vendré a verla a usted y a su marido, si puedo.

–Jonathan estará aquí a las once y media; debe venir a almorzar con nosotros y verlo entonces; podrá tomar el tren rápido de las

3:34, que lo dejará en Paddington antes de las ocho. Se sorprendió de mi conocimiento de los trenes, pero no sabe que he hecho una lista con todos los trenes de y para Exeter, para poder ayudar a Jonathan en caso de que se encuentre en apuros.

Así que tomó los papeles y se fue, y yo me senté aquí, pensando, pensando no sé en qué.

Carta (manuscrita) de Van Helsing a la señora Harker

25 de septiembre, 6 en punto

Querida señora Mina:

He leído el maravilloso diario de su marido. Usted puede dormir sin duda. ¡Extraño y terrible como es, es verdad! Yo podría apostar mi vida a ello. Puede ser peor para otros; pero para usted y él no hay amenaza. Él es un tipo muy noble; y permítame decirle, por la experiencia de hombres, que uno que hiciera como hizo él bajando por la pared y entrando por ese cuarto (¡ay!, y entrando por segunda vez), no es alguien que pueda ser perjudicado permanentemente por una impresión. Su cerebro y su corazón están muy bien; esto lo juro, antes de siquiera haberlo visto; por lo tanto, tranquilícese. Tendré mucho que preguntarle a él sobre otras cosas. Me siento bendecido por haber ido hoy a verla, ya que he aprendido de golpe tanto, y de nuevo me siento deslumbrado, deslumbrado más que nunca y debo pensar.

Atentamente suyo,

ABRAHAM VAN HELSING

Carta de la señora Harker a Van Helsing

25 de septiembre, 6:30 p.m.

Mi querido doctor Van Helsing:

Mil gracias por su amable carta, que me ha quitado un gran peso de la mente. Y sin embargo, a decir verdad, qué cosas más terribles hay en el mundo, y qué cosas más horrorosas si ese hombre, ese monstruo, está realmente en Londres. Temo pensarlo. En estos momentos, mientras escribía, he recibido una llamada de Jonathan, diciéndome que sale de Launceston con el tren de las 6:25 hoy por la noche, y que estará aquí a las 10:18 para que yo no tenga miedo por la noche. Por lo tanto, en lugar de almorzar con nosotros, ¿podrá usted por favor venir a desayunar, a las ocho en punto, si no es demasiado temprano para usted? Puede marcharse, si está apurado, en el tren de las 10:30, que lo dejará en Paddington alrededor de las 2:35. No conteste ésta, para que yo sepa que, si no tengo noticias, vendrá a desayunar.

Considéreme su fiel y agradecida amiga,

MINA HARKER

Del diario de Jonathan Harker

26 de septiembre. Creí que nunca volvería a escribir en este diario, pero ha llegado la hora. Cuando llegué a casa anoche, Mina ya había preparado la cena, y cuando terminamos de cenar me refirió la visita de Van Helsing y de que le había entregado a él copias mecanográficas de los dos diarios, y de que había estado muy preocupada por mí. Me mostró que en la carta del doctor se aseguraba que todo lo que yo había escrito era verdad. Me parece que eso ha hecho un nuevo hombre de mí. Lo que verdaderamente me atormentaba era la duda acerca de la realidad de todo el asunto. Me sentía impotente, en la oscuridad y desconfiado. Pero ahora que *sé*, no tengo miedo, ni siquiera del conde. Ha tenido éxito después de todo, entonces, en sus planes de establecerse en Londres y era él a quien vi. Estaba rejuvenecido, ¿y cómo? Van Helsing es el hombre para desenmascararlo y cazarlo, si es como Mina dice. Nos quedamos hasta tarde y hablamos de todo esto. Mina se está vistiendo y yo llamaré al hotel en unos minutos y lo traeré.

Pienso que se sorprendió al verme. Cuando entré en la habitación en la que él estaba y me presenté, me tomó del hombro y volvió mi rostro hacia la luz y dijo, después de un agudo escrutinio:

–Pero la señora Mina me contó que usted estaba enfermo, que había sufrido una crisis.

Era tan gracioso ver a mi mujer llamada "señora Mina" por este anciano amable, de fuertes facciones. Sonreí y dije:

–*Estaba* enfermo, *he tenido* una crisis, pero usted ya me ha curado.

–¿Y cómo?

–A través de su carta a Mina, anoche. Yo estaba en la duda, entonces todo tenía un matiz de irrealidad y yo no sabía en qué confiar, incluida la evidencia de mis propios sentidos. Sin saber en qué confiar, no sabía qué hacer y, entonces, sólo podía continuar trabajando en lo que hasta entonces había sido la rutina de mi vida. La rutina dejó de serme útil y desconfié de mí mismo. Doctor, usted no sabe lo que es dudar de todo, incluso de uno mismo. No, no lo sabe; no podría, con cejas como las suyas.

Pareció complacido y rió, al decir:

–¡Así que es usted un fisonomista! Aprendo más aquí cada hora que pasa. Con gran placer voy con usted a desayunar y, ¡oh, señor!, usted perdonará la alabanza de un anciano, pero ha sido usted bendecido con su mujer –lo escucharía seguir alabando a Mina todo un día, así que simplemente asentí con la cabeza y me quedé en silencio.

–Ella es una de las mujeres de Dios, confeccionadas por Sus propias manos para mostrarnos a los hombres y a las otras mujeres que hay un paraíso en el que podemos entrar, y que su luz puede estar aquí en la tierra. Tan sincera, tan dulce, tan noble, tan desinteresada; y esto, déjeme decirle, es mucho en esta época, tan escéptica y egoísta. Y usted, señor, he leído todas las cartas para la pobre señorita Lucy y algunas de ellas hablaban de usted, así que sé de su persona desde algunos días por el conocimiento de los otros, pero he visto su verdadero yo desde anoche. Me dará su mano, ¿no es así? Y permítame que seamos amigos por el resto de nuestras vidas.

Nos estrechamos las manos; él era tan formal y tan amable que me sentí por completo sofocado.

–Y ahora –dijo–, ¿puedo pedirle algo más de ayuda? Tengo una enorme tarea que hacer y en un comienzo se trata de saber. Usted puede ayudarme aquí. ¿Puede contarme lo que pasó antes de su viaje a Transilvania? Más tarde, le pediré más ayuda y de diferente tipo, pero antes, se hará esto.

–Mire aquí, señor –dije–, ¿lo que usted tiene que hacer es concerniente al conde?

–Lo es –dijo con solemnidad.

–Entonces, estoy con usted en cuerpo y alma. Como usted se va en el tren de las 10:30, no tendrá tiempo de leerlos, pero le daré el fajo de papeles. Puede llevarlos con usted y leerlos en el tren.

Después del desayuno, lo acompañé a la estación. Cuando estábamos yéndonos, dijo:

–Tal vez, si yo se lo pidiera, podría venir a la ciudad y traer a la señora Mina también.

–Ambos iremos cuando usted lo desee –dije.

Le había traído los diarios de la mañana y los diarios de Londres de la noche previa y, mientras estábamos hablando en la ventana del vagón, esperando que el tren partiera, estaba hojeándolos. De pronto, su mirada pareció captar algo en uno de ellos, *The Westminster Gazette* –lo conocí por el color– y se puso pálido por completo. Leyó algo con atención, lamentándose para sí mismo:

–¡Mi Dios! ¡Mi Dios! ¡Tan pronto!

Creo que por el momento se olvidó de mí. Justo entonces, sonó el silbato y el tren comenzó a moverse. Esto lo volvió en sí y se asomó por la ventana; sacudió su mano, gritando:

–Cariños a la señora Mina; escribiré tan pronto como pueda.

Del diario del doctor Seward

26 de septiembre. En verdad nada existe que sea definitivo. No ha pasado una semana desde que escribí "Finis", y aquí estoy comenzando de nuevo, o más bien, continuando mi antiguo registro.

Hasta esta tarde no tenía ningún motivo para pensar en lo que estoy haciendo. Contra todos los pronósticos, Renfield se había vuelto tan cuerdo como siempre. Estaba muy adelantado en su negocio de las moscas, y había comenzado en la línea de las arañas. Es así que no me había causado ninguna molestia. Recibí una carta de Arthur fechada el domingo, y por su contenido tengo la sensación de que está afrotnando muy bien los hechos. Quincey Morris lo acompaña y eso es de gran ayuda para él, pues se trata de un hombre que funciona como una burbujeante fuente de buen humor. También Quincey me escribió una línea; me dice que Arthur está recobrando algo de su antigua animación. De modo que, por lo que respecta a ellos, mi mente está tranquila. En cuanto a mí mismo, me estaba acomodando en el trabajo con el entusiasmo que solía tener por él, por lo que bien pude haber dicho que la herida causada por la desaparición de la pobre Lucy había comenzado a cicatrizar. Sin embargo, todo se ha vuelto a abrir nuevamente; y sólo Dios sabe cómo y cuándo será el final de todo esto. Tengo la vaga impresión de que Van Helsing también cree que sabe algo, pero no deja entrever más que lo suficiente para estimular la curiosidad. Ayer fue a Exeter, y se quedó allí por la noche. Regresó hoy, y casi saltó a mi cuarto como a las cinco y media poniendo en mis manos *The Westminster Gazette* de anoche.

–¿Qué piensa de eso? –preguntó, mientras se alejaba y se cruzaba de brazos.

Miré el periódico, pues no sabía realmente qué quería él decirme, pero me lo quitó y señaló un párrafo sobre niños atraídos con engaños en Hampstead. Esto no me decía mucho, hasta que llegué a un pasaje donde se describían pequeñas heridas, como agujeritos, en sus gargantas. Se apoderó de mí una idea y levanté la vista.

–¿Bien? –dijo.

–Es como lo de la pobre Lucy.

–¿Y qué concluye de eso?

–Simplemente, que hay alguna causa en común. Sea lo que fuere que la haya herido a ella, ha herido también a esos niños.

No pude entender por completo su respuesta:

–Eso es verdad indirectamente, pero no directamente.

–¿Qué quiere decir, profesor? –pregunté.

Me sentía un poco inclinado a tomar a la ligera su seriedad –ya que, después de todo, cuatro días de descanso y libertad, lejos de la ansiedad abrasadora, horrenda, ayuda a restaurar el espíritu–, pero cuando vi su cara, cambié. Nunca, ni en medio de nuestra desesperación por la pobre Lucy, lo había visto más serio.

–¡Hable! –dije–. No puedo aventurar ninguna opinión. No sé qué pensar y no tengo datos en los que basar una conjetura.

–¿Quiere usted decirme, amigo John, que usted no sospecha de qué murió la pobre Lucy, no después de todas las insinuaciones que le han dado, no solamente los hechos, sino yo?

–De postración nerviosa seguida por una gran pérdida o derroche de sangre.

–¿Y cómo se perdió o derrochó la sangre?

Sacudí la cabeza. Caminó unos pasos, se sentó a mi lado y continuó:

–Usted es un hombre inteligente, amigo John; razona bien y su ingenio es audaz, pero es muy prejuicioso. Usted no permite que sus ojos vean ni que sus oídos oigan, y lo que está fuera de su vida diaria no cuenta para usted. ¿No piensa que hay cosas que usted no puede entender e igual suceden, que algunas personas ven cosas que otros no pueden ver? Pero hay cosas viejas y nuevas que no deben ser contempladas por los ojos de los hombres, porque saben (o creen que saben) algunas cosas que otros hombres les han contado. ¡Ah!, es el error de nuestra ciencia que quiere explicarlo todo y si no lo explica, entonces dice que no hay nada que explicar. Sin embargo, cada día, vemos a nuestro alrededor el crecimiento de nuevas creencias que se creen nuevas, pero no son sino las viejas que pretenden rejuvenecer, como las damas elegantes en la ópera. Supongo ahora que usted no cree en la transferencia corporal, ¿no? Ni en la materialización, ¿no? Ni en los cuerpos astrales, ¿no? Ni en la lectura del pensamiento, ¿no? Ni en la hipnosis…

–Sí –dije–. Charcot ha probado muy bien eso.

Sonrió, mientras continuaba:

–Entonces usted está satisfecho en cuanto a eso. ¿Sí? Y por supuesto, entonces usted entiende cómo actúa y puede seguir la

mente del gran Charcot. ¡Lástima que ya no viva! Estaba dentro del alma misma del paciente que él trataba. ¿No? Entonces, amigo John, debo deducir que usted simplemente acepta los hechos, y se satisface en dejar completamente en blanco desde la premisa hasta la conclusión. ¿No? Entonces, dígame, pues soy un estudioso del cerebro, ¿cómo acepta usted el hipnotismo y rechaza la lectura del pensamiento? Permítame decirle, mi amigo, que hay actualmente cosas en las ciencias físicas que hubieran sido consideradas impías por el mismo hombre que descubrió la electricidad, quien a su vez no hace mucho tiempo habría podido ser quemado por hechicero. Siempre hay misterios en la vida. ¿Por qué vivió Matusalén novecientos años, y el "Old Parr" ciento sesenta y nueve, y sin embargo esa pobre Lucy, con la sangre de cuatro hombres corriéndole en las venas no pudo vivir ni un día? Pues, si hubiera vivido un día más, la habríamos podido salvar. ¿Conoce usted todos los misterios de la vida y de la muerte? ¿Conoce usted toda la anatomía comparada para poder decir por qué las cualidades de los brutos se encuentran en algunos hombres, y en otros no? ¡Puede usted decirme por qué, si todas las arañas se mueren pequeñas y rápidamente, por qué esa gran araña vivió durante siglos en la torre de una vieja iglesia española, y creció, hasta que al descender se podía beber el aceite de todas las lámparas de la iglesia? ¿Puede usted decirme por qué en las pampas, ¡oh!, y en muchos otros lugares, existen murciélagos que vienen durante la noche y abren las venas del ganado y los caballos para chuparlos y secarles las venas? ¿Cómo en algunas islas de los mares occidentales hay murciélagos que cuelgan todo el día de los árboles, y que los que los han visto los describen como nueces o vainas gigantescas, y que cuando los marinos duermen sobre cubierta, debido a que está muy caliente, vuelan sobre ellos y entonces en la mañana se encuentran sus cadáveres, tan blancos como el de la señorita Lucy?

–¡Santo Dios, profesor! –dije yo, poniéndome en pie–. ¿Quiere usted decirme que Lucy fue mordida por un murciélago de ésos, y que una cosa semejante a ésa está aquí en Londres, en el siglo XIX?

Movió la mano, pidiéndome silencio, y continuó:

–¿Puede usted decirme por qué una tortuga vive mucho más tiempo que muchas generaciones de hombres? ¿Por qué el elefante sigue viviendo hasta que ha visto dinastías, y por qué el loro nunca muere si no es de la mordedura de un gato o un perro, u otro accidente? ¿Puede usted decirme por qué en todas las edades y lugares los hombres creen que hay unos hombres que viven si se les permite, es decir, que hay unos hombres y mujeres que no mueren de muerte natural? Todos sabemos, porque la ciencia ha atestiguado el hecho, que algunos sapitos han estado encerrados en formaciones rocosas durante miles de años, en un pequeño agujero que los ha sostenido desde los primeros años del mundo. ¿Puede usted decirme cómo el faquir hindú puede dejarse morir y enterrar, y sellar su tumba plantando sobre ella maíz, y que el maíz madure y se corte y desgrane y se siembre y madure y se corte otra vez, y que entonces los hombres vengan y retiren el sello sin romper y que ahí se encuentre el faquir hindú, no muerto, sino que se levante y camine entre ellos como antes?

En ese momento lo interrumpí. Me estaba aturdiendo; el profesor llenaba mi mente con su lista de las excentricidades de la naturaleza y las imposibilidades posibles, provocando que mi imaginación se inflamara. Tenía la tenue idea de que me estaba dando alguna lección, como tiempo atrás solía hacer en su estudio de Amsterdam, pero en ese entonces, él solía decirme el asunto para que yo pudiera tener el objeto del pensamiento en mente todo el tiempo. En cambio, ahora no tenía su ayuda y aun así quería seguirlo, de modo que dije:

–Profesor, le ruego me permita ser su estudiante predilecto una vez más. Dígame la tesis, para que yo pueda aplicar su conocimiento, mientras usted continúa. Por el momento, me muevo por mi mente de un lado a otro, como un loco y no como un cuerdo, siguiendo una idea. Me siento como un novicio atravesando un pantano en la neblina, saltando de una mata a otra en el mero esfuerzo ciego por moverme, sin saber hacia dónde voy.

–Ésa es una buena imagen –dijo–. Bien, le contaré. Mi tesis es: quiero que usted crea.

–¿Creer qué?

–Creer en aquello que no puedo creer. Déjeme que lo explique de algún modo; una vez escuché a un americano que definió a la fe como "eso que nos permite creer en cosas que sabemos que no son verdaderas". Al menos, sigo a ese hombre. Quería decir que es nuestro deber mantener una mente abierta y no dejar que un poco de verdad impida la acometida de una verdad grande, como hace la piedra pequeña con el paso del tren. Primero tenemos la verdad pequeña. ¡Bien! La tomamos y la valoramos, pero de todos modos no debemos dejar que ella crea ser la única ni la máxima verdad del universo.

–Entonces, usted quiere que yo impida que cierto conocimiento anterior dañe la receptividad de mi mente con respecto a algún asunto fuera de lo normal. ¿Es ésa su lección?

–¡Ah!, usted todavía es mi alumno favorito. Vale la pena enseñarle. Ahora que está dispuesto a entender, ha dado el primer paso para hacerlo. ¿Cree usted que esos agujeros tan pequeños en las gargantas de los niños fueron hechos por lo mismo que causó la perforación en la señorita Lucy?

–Eso supongo.

Se puso de pie. y dijo solemnemente:

–Entonces, se equivoca. ¡Oh, si fuera así! Pero desgraciadamente, no. Es peor, mucho, mucho peor.

–En el nombre de Dios, profesor Van Helsing, ¿qué quiere decir? –grité.

Se dejó caer en una silla con un gesto de desesperación y apoyó sus codos sobre la mesa. Se cubrió la cara con las manos, mientras dijo:

–¡Fueron hechos por la señorita Lucy!

XV

Del diario del doctor Seward (Continuación)

Por un momento me dominó una fuerte cólera; fue como si en vida hubiese abofeteado a Lucy. Golpeé fuertemente la mesa y me puse en pie al mismo tiempo que le decía:

–Doctor van Helsing, ¿está usted loco?

Él levantó la cabeza y me miró: la ternura que reflejaba su rostro me calmó de inmediato.

–¡Me gustaría que así fuera! –dijo él–. La locura sería más fácil de soportar comparada con verdades como esta. ¡Oh, mi amigo!, ¿por qué piensa que yo di un rodeo tan grande? ¿Por qué tomé tanto tiempo para decirle una cosa tan simple? ¿Es acaso porque lo odio y lo he odiado a usted toda mi vida? ¿Es porque deseaba causarle daño? ¿Era porque yo quería, ahora, después de tanto tiempo, vengarme por aquella vez que usted salvó mi vida, y de una muerte terrible? ¡Ah! ¡No!

–Perdóneme –le dije yo.

Mi maestro continuó:

–Mi amigo, la razón fue que deseaba ser cuidadoso en darle la noticia, porque me consta el amor que sintió por esa dulce niña. Pero aun ahora no espero que usted me crea. Resulta tan difícil aceptar de golpe cualquier verdad muy abstracta… Es fácil para nosotros dudar de que algo que siempre creímos imposible, pueda ser posible; y es todavía más difícil y duro aceptar una verdad concreta tan triste, sobre todo cuando se está relacionada con una persona como la señorita Lucy. Hoy por la noche iré a probarlo. ¿Se atreve a venir conmigo? Esto me asombró. A un hombre no le agrada probar tal clase de verdad; Byron exceptuaba de la categoría a los celos: "Y prueba la pura verdad que más aborrecía."

Vio que yo dudaba y dijo:

–La lógica es simple, no la lógica de un loco esta vez, saltando de mata en mata en la niebla. Si no es verdad, entonces, probarlo será

un alivio; en el peor de los casos, no hará mal. ¡Si es verdad! ¡Ah!, ahí está lo terrible; pero aun lo más terrible ayudaría a mi causa, ya que en él hay cierta necesidad de creer. Venga, le diré lo que propongo. Primero, que salgamos ahora y veamos ese niño en el hospital. El doctor Vincent, del North Hospital, donde dicen los periódicos que está el niño, es amigo mío y pienso que suyo, de cuando usted tomaba clases en Amsterdam. Permitirá que dos científicos vean su caso, si no permite que lo hagan dos amigos. No le diremos nada, sino solamente que deseamos aprender. Y entonces…

–¿Y entonces?

Tomó una llave de su bolsillo y me la mostró.

–Y entonces, pasamos la noche, usted y yo, en el cementerio donde yace Lucy. Ésta es la llave que cierra el panteón. Se la pedí al sepulturero para entregársela a Arthur.

El corazón me dio un vuelco, pues tuve el presentimiento de que una espantosa prueba aparecería ante nosotros. Sin embargo, no podía hacer nada, así que me armé de valor y dije que era mejor que nos diéramos prisa, ya que la tarde entraba en su ocaso.

Encontramos despierto al niño. Había dormido y había comido algo, y en conjunto iba mejorando notablemente. El doctor Vincent retiró la venda de su garganta y nos mostró los puntos. No había ninguna duda con su parecido de aquellos que habían estado en la garganta de Lucy. Eran más pequeños, y los bordes parecían más frescos; eso era todo. Le preguntamos a Vincent a qué los atribuía, y él replicó que debían ser mordiscos de algún animal; tal vez de una rata; pero se inclinaba a pensar que era uno de uno de esos murciélagos que eran tan numerosos en las alturas del norte de Londres.

–Entre tantos inofensivos –dijo él–, es posible que exista alguna especie salvaje del sur de algunos tipos más malignos. Algún marinero pudo haberlo llevado a su casa, y puede habérsele escapado; o incluso algún polluelo puede haberse salido de los jardines zoológicos, o alguno de los de ahí puede haber sido creado por un vampiro. Estas cosas suceden; ¿saben ustedes?, hace sólo diez días se escapó un lobo, y creo que lo siguieron en esta

dirección. Durante una semana después de eso, los niños no hicieron más que jugar a "Caperucita Roja" en el Brezal y en cada callejuela del lugar hasta que el espanto de esta "dama linda" apareció. Desde entonces se han divertido mucho. Hasta este pobre pequeñuelo, cuando despertó hoy, le preguntó a una de las enfermeras si podía irse. Cuando ella le preguntó por qué quería irse, él dijo que quería ir a jugar con la "dama linda".

–Espero –dijo Van Helsing– que cuando usted envíe al niño a casa, prevenga a sus padres para que guarden una estricta vigilancia sobre él. Esos caprichos de extraviarse son muy peligrosos y, si el niño fuera a permanecer afuera otra noche, es probable que resulte fatal. De todos modos, supongo que por algunos días no lo dejará salir de aquí.

–Desde luego que no, no al menos por una semana; inclusive más tiempo si la herida no se cura.

Nuestra visita al hospital nos tomó más tiempo del que habíamos previsto y el sol se había ocultado antes de que saliéramos. Cuando Van Helsing vio lo oscuro que estaba, dijo:

–No hay apuro. Es más tarde de lo que pensaba. Venga, busquemos algún lugar en donde podamos comer y luego seguiremos nuestro camino.

Cenamos en el Castillo de Jack Straw junto con un pequeño grupo de ciclistas y otras personas afablemente ruidosas. Alrededor de las diez, partimos de la posada. Para entonces estaba muy oscuro y las lámparas dispersas oscurecían aún más la negrura cuando nos alejábamos de su área. Era claro que el profesor había tomado nota de la ruta a la que íbamos, ya que avanzaba sin titubear. En lo que a mí respecta, estaba por completo desorientado. A medida que nos alejábamos veíamos cada vez menos personas, hasta que al final nos vimos sorprendidos de alguna manera por encontrarnos con una patrulla de la policía montada, que se encontraba realizando su habitual ronda en los suburbios. Por último, llegamos a la pared del cementerio. Una vez que la escalamos, conseguimos encontrar (con alguna, pero no mucha, dificultad, pues estaba oscuro y todo el lugar nos parecía extraño) la cripta de los Westenra. El profesor sacó la llave, abrió la rechinante puerta y, apartándose cortésmente, pero

sin darse vuelta, me hizo una seña para que pasara adelante. Hubo una deliciosa ironía en este ademán; en la amabilidad de ceder el paso en una ocasión tan lúgubre. Mi compañero me siguió de inmediato y cerró la puerta con cuidado, después de ver que el candado estuviera abierto y no cerrado. En este último caso, nos hubiésemos encontrado en un verdadero problema. Luego buscó a tientas en su maletín; sacó una caja de fósforos y un pedazo de vela y encendió una luz. Durante el día y cuando estaba adornada con flores frescas, la tumba ya se veía suficientemente lúgubre. Ahora, algunos días después, cuando las flores colgaban marchitas y muertas, con sus pétalos mustios y sus cálices y tallos pardos; cuando la araña y el gusano se habían ocupado de reiniciar su acostumbrada labor; cuando la piedra descolorida por el tiempo, el mortero cubierto de polvo, y el hierro húmedo y enmohecido, y los metales empañados, y las sucias filigranas de plata reflejaban el destello tenue de una vela, el efecto era más tenebroso y sórdido de lo que pueda un hombre imaginar. Sugería de modo irresistible la idea de que la vida –la vida animal– no era lo único que podía desaparecer.

Van Helsing se dedicó a su trabajo sistemáticamente. Sosteniendo la vela para que le fuera posible leer las placas de los ataúdes, y sosteniéndola de tal modo que goteaba en pequeñas manchas que se congelaban al tocar el metal, se aseguró de dar con el ataúd de Lucy. Otra búsqueda en su maletín y extrajo un destornillador.

–¿Qué es lo que hará? –pregunté.

–Abrir el ataúd. Usted aún debe convencerse.

De inmediato comenzó a quitar los tornillos. Luego, levantó la tapa, viéndose debajo la cubierta de plomo. La visión era casi demasiado para mí. Parecía ser tanto una afrenta para la muerta, como si la hubieran despojado de sus vestidos durante el sueño cuando estaba viva. En verdad le sujeté la mano para detenerlo. Sólo se limitó a decir:

–Ya verá.

Volvió a buscar a tientas en su maletín. Extrajo una diminuta sierra de calar. Golpeando con el destornillador en el plomo con una veloz puñalada hacia abajo, lo que me hizo estremecer, efectuó un

pequeño agujero, el que no obstante era lo suficientemente grande como para admitir la punta de la sierra. Yo había esperado una emanación de gas proveniente del cuerpo de una semana de viejo. Nosotros, los médicos, que hemos tenido que estudiar nuestros peligros, tenemos que acostumbrarnos a tales cosas, y retrocedí hasta la puerta. Pero el profesor no se detuvo ni un momento; cortó con la sierra un par de pies a lo largo de un lado del ataúd de plomo y luego al través y luego hacia abajo del otro lado. Tomando el borde del trozo suelto, lo inclinó hacia atrás hasta los pies del ataúd y, sosteniendo la vela en alto dentro de la abertura, me indicó que mirara.

Me acerqué y miré. El ataúd estaba vacío.

Esto era ciertamente una sorpresa para mí y me produjo una impresión considerable, pero Van Helsing estaba inamovible. Ahora más que nunca se mostraba seguro de su fundamento y eso lo animaba a proceder con su tarea.

–¿Está usted satisfecho, amigo John? –preguntó.

Sentí que toda la capacidad argumentativa de mi naturaleza se despertaba dentro de mí, cuando le contesté:

–Estoy satisfecho de que el cuerpo de Lucy no está en ese ataúd, pero eso solamente prueba una cosa.

–¿Y qué es eso, amigo John?

–Que no está allí.

–Eso es buena lógica –dijo–, en lo que a ella concierne. Pero, ¿cómo explica usted, cómo puede explicar, que no está allí?

–Tal vez se trate de un ladrón de cadáveres –sugerí–. Algunos de los empleados de la funeraria puede haberlo robado.

Tenía la sensación de estar diciendo fruslerías y, sin embargo, era la única causa real que podía sugerir. El profesor suspiró.

–¡Ah, bien! –dijo–, debemos tener más pruebas. Venga conmigo.

Colocó la tapa del ataúd de nuevo, recogió todas sus cosas y las puso en el maletín, apagó la luz y la colocó también dentro de él. Abrimos la puerta y salimos. Detrás de nosotros, cerró la puerta y la trabó. Me dio la llave, diciéndome:

–¿La guardará? Mejor que esté asegurado.

Reí –no era una risa muy alegre, debo reconocerlo–, mientras le indicaba que la guardara él.

–Una llave no es nada –dije–; puede haber duplicados y de todos modos no es difícil levantar una cerradura de esa clase.

Mi maestro no dijo nada, sino que guardó la llave en su bolsillo. Luego me dijo que vigilara un lado del cementerio mientras él vigilaba el otro. Ocupé mi lugar detrás de un árbol, y vi su oscura figura moviéndose hasta que las lápidas y los árboles lo ocultaron a mi vista.

Fue una guardia muy solitaria. Al poco rato de estar en mi lugar escuché un reloj distante que daba las doce, y a su debido tiempo dio la una y las dos. Yo estaba tiritando de frío, muy nervioso, y enojado con el profesor por llevarme a semejante tarea y conmigo mismo por haber acudido. Estaba demasiado frío y demasiado adormilado para mantener una aguda observación, pero no estaba lo suficientemente adormilado como para traicionar la confianza del maestro; en resumen, pasé un largo rato muy desagradable.

Repentinamente, al darme vuelta, me pareció ver una franja blanca moviéndose entre dos oscuros árboles, en el extremo más lejano de la tumba al otro lado del cementerio; al mismo tiempo, una masa oscura se movió del lado del profesor y avanzó hacia ella. Luego yo también caminé: tuve que dar un rodeo por unas lápidas y unas tumbas cercadas, y tropecé con unas sepulturas. El cielo estaba nublado; en algún lugar lejano, un gallo lanzó su canto tempranero. Un poco más allí, detrás de una línea de árboles de enebros que marcaban el sendero hacia la iglesia, una tenue y blanca figura se apresuraba en dirección a la tumba. La propia tumba estaba escondida entre los árboles, y no pude ver el sitio en donde desapareció la figura. Escuché el crujido de unos pasos sobre las hojas en el mismo lugar donde había visto anteriormente a la figura blanca, y al llegar allí encontré al profesor sosteniendo en sus brazos a un niño tierno.

Cuando me vio, me lo mostró y dijo:

–¿Está usted satisfecho ahora?

–No –dije de un modo que sentí agresivo.

–¿No ve al niño?

–Sí, es un niño, ¿pero quién lo trajo aquí? ¿Y está herido? –pregunté.

–Veremos, dijo el profesor y con un impulso, salimos del cementerio, cargando al niño dormido.

Cuando nos habíamos alejado alguna distancia, entramos en una arboleda, encendimos un fósforo y examinamos la garganta del niño. No tenía rasguños ni marcas de ningún tipo.

–¿No estaba yo en lo cierto? –pregunté con aire triunfal.

–Llegamos justo a tiempo –dijo el profesor, con tono agradecido.

Ahora, teníamos que decidir qué haríamos con el niño, así que deliberamos sobre el tema. Si íbamos a llevarlo a una estación de policía, tendríamos que dar alguna explicación de nuestros movimientos durante la noche; al menos, tendríamos que hacer alguna declaración de cómo llegamos a encontrar al niño. Entonces, finalmente decidimos que lo llevaríamos a Heath y que cuando escucháramos que se acercaba un policía, lo colocaríamos en donde no pudiera dejar de encontrarlo; entonces, tomaríamos nuestro camino a casa tan rápido como pudiéramos. Todo salió bien. En el límite de Hampstead Heath, oímos la pesada marcha de un policía y apoyando al niño en el sendero, esperamos y vigilamos hasta que lo vio, al mover su linterna a un lado y a otro. Escuchamos su exclamación de asombro y entonces, nos fuimos silenciosamente. Por suerte, tomamos un carruaje cerca de los "Spaniards" y fuimos en él hasta la ciudad.

Me resulta imposible dormir, así que escribo estas líneas. Pero debo tratar de dormir algunas horas, ya que Van Helsing vendrá a buscarme al mediodía. Insiste en que debo acompañarlo en otra expedición.

27 de septiembre. Para cuando encontramos una oportunidad de llevar a cabo nuestro intento, habían dado las dos de la tarde. Acababa de terminar un funeral y los últimos dolientes rezagados se alejaban en grupos con lentitud cuando, mirando hacia detrás de un macizo de árboles de aliso, vimos cómo el sepulturero cerraba la verja detrás de él. Sabíamos que, si así lo deseábamos, nos encontraríamos a salvo hasta la mañana; pero mi maestro me dijo

que no necesitaríamos más que una hora, a lo sumo. Una vez más sentí esa horrible sensación de la realidad de las cosas, en la cual cualquier esfuerzo de la imaginación parece fuera de lugar; y me di cuenta distintamente de las amenazas de la ley que pendían sobre nosotros debido a nuestro impío trabajo. Además, sentí que todo era inútil. Lo era abrir un féretro de plomo para ver si una mujer muerta cerca de una semana atrás estaba realmente muerta, y ahora me parecía la mayor de las locuras abrir otra vez esa tumba, cuando sabíamos, por haberlo visto con nuestros propios ojos, que el féretro estaba vacío. Me encogí de hombros, pero me mantuve en silencio, pues Van Helsing tenía una manera de seguir su propio camino, sin importarle quién protestara. Sacó la llave, abrió la cripta y nuevamente me hizo una cortés seña para que lo precediera. El lugar no estaba tan espantoso como la noche anterior, pero, ¡oh!, cómo se sentía una indescriptible tristeza cuando le daba la luz del sol. Van Helsing caminó hacia el féretro de Lucy y yo lo seguí. Se inclinó sobre él y nuevamente torció hacia atrás la pestaña de plomo. Un escalofrío de sorpresa y espanto me recorrió el cuerpo.

Allí yacía Lucy, aparentemente tal como la habíamos visto la noche anterior al funeral. Incluso se la veía más radiante y bella que nunca, y me era difícil creer que en verdad estaba muerta. Los labios estaban colorados con más intensidad que antes y en las mejillas había un delicado rubor.

–¿Esto es un truco? –dije.

–¿Ahora está convencido? –dijo el profesor como respuesta.

Mientras hablaba, puso la mano sobre ella de una manera que me hizo temblar, empujó sus labios muertos y me mostró los dientes blancos.

–Vea –continuó–, están aun más afilados que antes. Con éste y éste –y tocó uno de los caninos y el otro de abajo–, pueden morderse los niños pequeños. ¿Lo cree usted ahora, amigo John?

Una vez más, despertó dentro de mí la hostilidad argumentativa. No podía aceptar una idea tan perturbadora como la que sugería, de modo que hice un intento de réplica de la que ahora me avergüenzo y dije:

–Debe haber sido puesta aquí anoche.

–¿En serio? Y si es así, ¿quién lo hizo?

–No lo sé. Alguien lo ha hecho.

–Y sin embargo, ella ha estado muerta una semana. Mucha gente, después de ese tiempo, no luciría así.

No supe qué responder a eso, de modo que enmudecí. Van Helsing pareció no notar mi silencio; de todos modos, no mostró ni desazón ni aire de triunfo. Miraba insistentemente la cara de la muerta, levantando los párpados y observando los ojos y una vez más abriendo los labios y examinando los dientes. Luego, se volvió hacia mí y dijo:

–En este caso hay algo diferente de todo lo conocido: aquí hay algún tipo de vida dual que no es común. Fue mordida por el vampiro cuando estaba en trance, sonámbula… ¡Oh!, usted se espanta; no lo sabe, amigo John, pero lo sabrá todo más tarde. Y en el trance, fue como mejor pudo él sacarle más sangre. En trance murió y en trance está no-muerta también. Así que en eso difiere de todos los otros. Habitualmente, cuando los no-muertos duermen en "casa" –al hablar, hizo un movimiento con el brazo para designar lo que para un vampiro era "casa"– su cara muestra lo que son, pero por más dulce que fuera cuando vivía, volverá a la nada de los muertos comunes. No hay nada maligno en ella, mire, y por eso se me hace tan duro tener que matarla durante su sueño.

Esto me heló la sangre. Comencé a darme cuenta de que estaba aceptando las teorías de Van Helsing. Sin embargo, si ella estaba realmente muerta, ¿qué había de terrorífico en la idea de matarla? Van Helsing me miró y fue evidente el cambio en mi rostro, pues dijo, con cierta expresión parecida a la alegría:

–¡Ah!, ¿lo cree ahora?

Contesté:

–No me presione tan duramente de golpe. Estoy dispuesto a aceptarlo. ¿Cómo hará este sangriento trabajo?

–Le cortaré la cabeza y llenaré su boca con ajo y clavaré una estaca en su cuerpo.

Me hizo estremecer el pensar en tal mutilación del cuerpo de la mujer que yo había amado. Sin embargo, el sentimiento no era tan fuerte como yo había esperado. Estaba, en efecto, comenzando a

temblar ante la presencia de este ser, esta no-muerta, como Van Helsing la llamaba, y a aborrecerlo. ¿Es posible que el amor sea todo subjetivo o todo objetivo?

Esperé un tiempo considerable para que Van Helsing comenzara, pero se detuvo como absorto en sus pensamientos. Al rato, cerró su maletín de un golpe y dijo:

–Lo he estado pensando, y me he decidido por lo que considero lo mejor. Si yo actuara simplemente siguiendo mi inclinación, haría ahora, en este momento, lo que debe hacerse; pero otras cosas seguirán, y cosas que son mil veces más difíciles y que todavía no conocemos. Esto es simple. Ella todavía no ha matado a nadie, aunque eso es cosa de tiempo; y el actuar ahora sería quitar el peligro de ella para siempre. Pero luego podemos necesitar a Arthur, ¿y cómo le diremos esto? Si usted, que vio las heridas en la garganta de Lucy, y vio las heridas tan similares en el niño, en el hospital; si usted, que vio anoche el féretro vacío y lo ha visto hoy lleno, con una mujer que no sólo no ha cambiado sino que se ha vuelto más rosada y más bella en una semana después de muerta, si usted sabe esto y sabe de la figura blanca que anoche trajo al niño al cementerio, y sin embargo, no cree a sus propios sentidos, ¿cómo entonces puedo esperar que Arthur, quien desconoce todas estas cosas, crea? Dudó de mí cuando evité que besara a la moribunda. Yo sé que él me ha perdonado, pero creyendo que por ideas equivocadas yo he hecho algo que evitó que él se despidiera como debía; y puede pensar que debido a otro error esta mujer ha sido enterrada viva; y en la más grande de todas las equivocaciones, que la hemos matado. Entonces argüirá que nosotros, los equivocados, somos quienes la hemos matado debido a nuestras ideas; y entonces se quedará muy triste para siempre. Sin embargo, nunca podrá estar seguro de nada, y eso es lo peor de todo. Y algunas veces pensará que aquella a quien amaba fue enterrada viva, y eso pintará sus sueños con los horrores que ella debe haber sufrido; y otra vez, pensará que pueda ser que nosotros tengamos razón, y que después de todo, su amada era una "nomuerta". ¡No! Ya se lo dije una vez, y desde entonces yo he aprendido mucho. Ahora, desde que sé que todo es verdad, cien mil veces más sé que debe

pasar a través de las aguas amargas para llegar a las dulces. El pobre muchacho debe tener una hora que le hará parecer negra la faz del mismo cielo; luego podremos actuar decisivamente y a fondo, y ponerlo en paz consigo mismo. Me he decidido. Vámonos. Usted regrese a su casa, por la noche, a su asilo, y vea que todo esté bien. En cuanto a mí, pasaré esta noche aquí en el cementerio. Mañana por la noche vaya a recogerme al hotel *Berkely* a las diez. Avisaré a Arthur para que venga también, y también a ese fino joven de América que dio su sangre. Más tarde, todos tendremos mucho que hacer. Yo iré con usted hasta Piccadilly y cenaré ahí, pues debo estar de regreso aquí antes de la salida del sol.

Una vez dicho esto, cerramos el panteón y nos alejamos; no tuvimos dificultad en escalar la pared del cementerio, y luego regresamos en coche a Piccadilly.

Nota dejada por Van Helsing en su abrigo, en el Hotel Berkely, dirigida a John Seward, M.D.(sin entregar)

27 de septiembre

Amigo John:

Le escribo esto por si sucediera algo. Voy a ir solo a vigilar ese cementerio de la iglesia. Me agradaría que la muerta viva, o "no-muerta", la señorita Lucy, no saliera esta noche, con el fin de que mañana a la noche esté más ansiosa. Por consiguiente, debo preparar ciertas cosas que no serán de su agrado: ajos y un crucifijo, para sellar la entrada de la tumba. Es joven como no-muerta y les hará caso. Por otra parte, esto sólo impedirá su salida, pero no evitará su deseo de entrar, ya que entonces el no-muerto se desespera y puede encontrar la línea de menor resistencia, sea la que fuere. Estaré cerca toda la noche desde la puesta del sol hasta después del amanecer y, si hubiera algo que averiguar, lo averiguaré. Por la señorita Lucy o de ella, no tengo miedo: pero ese otro por el cual ella se ha convertido en una no-muerta tiene ahora el poder de hallar su tumba y protegerse. Es astuto, como sé por el señor Jonathan y por el modo en que todo el tiempo nos engañó, jugando

con nosotros por la vida de la señorita Lucy, y perdimos. Es fuerte, pues de muchas maneras son fuertes los no-muertos. Tiene en una mano la fuerza de veinte hombres, incluso la de nosotros cuatro que dimos nuestra fuerza a la señorita Lucy. Además, puede llamar a su lobo y no sé qué más. Así que si sucediera que él va a allí esta noche, me encontrará a mí, pero a nadie más, hasta que sea demasiado tarde. Pero puede ser que no ataque el lugar. No hay razón para que lo haga; su territorio de caza está más lleno de aventuras que el cementerio donde la mujer no-muerta duerme y un viejo vigila.

En resumen, escribo esto por si acaso... Recoja los papeles que se encuentran junto a esta nota: los diarios de Harker y todo el resto, léalos, y, después, busque a ese gran no-muerto, córtele la cabeza y queme su corazón o atraviéselo con una estaca, para que el mundo pueda estar en paz sin su presencia.

Si sucede lo que temo, adiós.

Van Helsing

Del diario del doctor Seward

28 de septiembre. Es maravilloso lo que puede hacer por uno una buena noche de sueño reparador. Ayer estaba a punto de aceptar las monstruosas ideas de Van Helsing, sin embargo ahora aparecen con claridad ante mí como burlas al sentido común. No tengo dudas de que él cree en todo esto. Lo que me pregunto es si su mente no podrá haberse desquiciado de algún modo. Es seguro que tiene que existir alguna explicación racional para todos estos hechos misteriosos. ¿Es posible que el profesor lo haya hecho todo él mismo? Su inteligencia es tan infrecuente que, si pierde el juicio, llevaría a cabo todo lo que se propusiera, con relación a alguna idea fija, de una manera extraordinaria. Me niego a creerlo, puesto que sería algo tan extraño como lo otro descubrir que Van Helsing está loco; pero, de todos modos, debo ser cuidadoso y vigilarlo. Quizá pueda echar algo de luz sobre el misterio.

29 de septiembre, por la mañana... Anoche, poco antes de las diez, Arthur y Quincey entraron en la habitación de Van Helsing; éste nos dijo todo lo que deseaba que hiciéramos; pero, especialmente, se dirigió a Arthur, como si todas nuestras voluntades estuvieran concentradas en la suya. Comenzó diciendo que esperaba que todos fuéramos también con él, porque, dijo:

–Sin duda lo sorprendió mi carta... –habló directamente a lord Godalming.

–Sí. Mejor dicho, me inquietó un poco. Ha habido tantos problemas en mi casa últimamente que no podría soportar uno más. Sentí curiosidad, también, con respecto a lo que usted quería decir. Quincey y yo hablamos del tema, pero más hablábamos, más desconcierto teníamos, hasta que ahora puedo decir por mí mismo que no entiendo nada de nada.

–Tampoco yo –dijo Quincey Morris lacónicamente.

–¡Oh! –dijo el profesor–, entonces, ambos estáis más cerca del comienzo de lo que lo está el amigo John aquí, quien tiene que andar un largo camino antes de poder llegar tan lejos como para empezar.

Era evidente que, sin que yo dijera una palabra, había descubierto mi regreso a mi antigua forma de pensar. Entonces, volviéndose a los otros dos, dijo con intensa gravedad:

–Quiero vuestro permiso para hacer lo que creo bueno esta noche. Es, lo sé, mucho pedir. Cuando sepáis qué es lo que me propongo hacer, entonces –y sólo entonces– sabréis cuánto. Por lo tanto, ¿puedo pediros que lo prometáis en la oscuridad, para que después, aunque estéis enojados conmigo por un tiempo –no debo ocultarme la posibilidad de que tal cosa suceda–, vosotros no os culpéis por nada?

–Eso es franco, de todos modos –irrumpió Quincey–. Yo responderé por el profesor. No veo su rumbo por completo, pero juro que es honesto y eso es suficiente para mí.

–Le agradezco, señor –dijo Van Helsing con orgullo–. He tenido el honor de encontrar en usted un amigo confiable y tal garantía me es muy querida. Extendió la mano y Quincey la tomó.

Entonces, habló Arthur:

–Doctor Van Helsing, no me gusta mucho comprar "un cerdo en una bolsa", como dicen en Escocia, y si hay algo en lo que tiene que ver mi honor como caballero o mi fe como cristiano, no puedo hacer tal promesa. Si usted puede asegurarme que lo que intenta hacer no viola ninguna de estas dos cosas, entonces le doy mi consentimiento de inmediato, aunque, por mi propia vida, no puedo entender a dónde quiere llegar.

–Acepto sus limitaciones –dijo Van Helsing– y todo lo que le pido es que si usted siente que es necesario condenar cualquiera de mis actos, primero lo considere bien y esté satisfecho de que no viole sus reservas.

–¡De acuerdo! –dijo Arthur–. Esto es adecuado. Y ahora, que los prolegómenos han terminado, ¿puedo preguntarle qué es lo que vamos a hacer?

–Quiero que me acompañen, y que lo hagan en secreto, al cementerio de Kingstead.

El rostro de Arthur se alargó, mientras decía de una manera asombrada:

–¿Donde se encuentra enterrada la pobre Lucy?

El profesor asintió con la cabeza. Arthur continuó:

–¿Y una vez allí?

–¡Entraremos a la tumba!

Arthur se levantó.

–Profesor, ¿lo dice en serio o se trata de alguna broma monstruosa? Discúlpeme, veo que lo dice en serio.

Se sentó de nuevo, pero pude ver que se sentaba firme y orgullosamente, como quien muestra su dignidad. Hubo silencio hasta que preguntó de nuevo:

–¿Y una vez en la tumba?

–Abriremos el ataúd.

–¡Esto es demasiado! –dijo enojado, levantándose de nuevo–. Estoy dispuesto a ser paciente en todo lo que sea razonable, pero en esto… la profanación de la tumba… de alguien que…

Casi se sofocó de indignación. El profesor lo miró con compasión.

–Si pudiera evitarle cualquier tormento, mi pobre amigo –dijo–, Dios sabe que lo haría. Pero esta noche nuestros pies deben andar

por senderos espinosos o más tarde, y para siempre, ¡los pies que usted ama caminarán por senderos de fuego!

Arthur lo miró con el rostro imperturbable, blanco, y dijo:

–¡Tenga cuidado, señor, tenga cuidado!

–¿No sería mejor que escuchara lo que tengo que decir? –dijo Van Helsing–. Luego, al menos conocerá el límite de mi propósito. ¿Puedo continuar?

–Eso es bastante justo –sentenció Morris.

Luego de una pausa, Van Helsing siguió, evidentemente con esfuerzo:

–La señorita Lucy está muerta, ¿no es así? ¡Sí! Entonces, no puede sucederle nada malo. Pero si no está muerta…

Arthur se levantó de un salto.

–¡Buen Dios! –gritó–. ¿Qué quiere decir? ¿Ha habido algún error? ¿La enterraron viva?

Y gimió con una angustia que ni siquiera la esperanza podía suavizar.

–No dije que estuviera viva, mi muchacho, no pensé eso. No he ido más lejos que para decir que puede ser una no-muerta.

– ¡No-muerta! ¡No viva! ¿Qué quiere decir? ¿Es todo esto una pesadilla o qué es?

–Hay misterios que los hombres sólo pueden adivinar, que de una a otra época, sólo pueden resolver en parte. Créame, estamos ahora al borde de uno. Pero no he actuado. ¿Puedo cortar la cabeza del cadáver de la señorita Lucy?

–¡Por todos los Cielos, no! –gritó Arthur en una tormenta de pasión–. Por nada del mundo consentiré ninguna mutilación de su cuerpo muerto. Doctor Van Helsign, usted ha ido demasiado lejos conmigo. ¿Qué le he hecho para que me torture así? ¿Qué hizo esa pobre, dulce niña, que usted querría arrojar tan deshonor sobre su tumba? ¿Está usted loco que dice tales cosas o yo estoy loco que las escucho? No se atreva a pensar más en tal profanación; no le daré mi consentimiento para nada de lo que haga. Tengo una obligación que hacer, protegiendo su tumba de cualquier ultraje y, por Dios, ¡lo haré!

Van Helsing se levantó de donde había estado sentado todo el tiempo y dijo, grave y seriamente:

–Mi lord Godalming, yo también tengo un deber que cumplir, un deber con los otros, un deber con usted, un deber con la muerta y, por Dios, ¡lo cumpliré! Todo lo que le pido ahora es que venga conmigo, que vea y escuche. Si cuando, más tarde, yo le haga el mismo pedido, usted no está más ansioso por su cumplimiento incluso de lo que yo estoy, entonces cumpliré con mi deber, sin importar lo que pueda parecerle. En tal caso, para cumplir con los deseos de su señoría, me pondré a su disposición para rendirle cuentas, al tiempo y lugar que usted lo desee.

Su voz se quebró un poco y continuó con un acento lleno de compasión:

–Pero, le suplico, no siga enojándose conmigo. En una larga vida de actos que a menudo no eran placenteros de hacer y que a veces me partían el corazón, nunca he tenido una tarea tan pesada como ahora. Créame que si llega el momento en que usted cambie de modo de pensar hacia mí, una mirada suya barrerá esta hora tan triste, ya que yo haría todo lo que un hombre puede para salvarlo del sufrimiento. Sólo piense. ¿Por qué tendría que tomarme yo tanto trabajo y tanto sufrimiento? He venido aquí desde mi propia tierra para hacer todo el bien que pueda; en principio, por complacer a mi amigo John y luego, para ayudar a una dulce jovencita a la que yo también llegué a amar. Para ella –me avergüenza decir tanto, pero lo digo con bondad–, di lo que usted dio: la sangre de mis venas; la di yo, quien no era, como usted, su amado, sino solamente su médico y amigo. Le di mis noches y mis días –antes de la muerte, después de la muerte– y si mi muerte puede hacerle bien a ella ahora mismo, cuando es una muerta no-muerta, la tendrá libremente.

Dijo esto con un orgullo grave y dulce, y Athur se sintió muy afectado por ello. Tomó la mano del anciano y dijo con la voz quebrada:

–¡Oh!, es duro pensar en ello y escapa a mi entendimiento, pero al menos iré con usted y esperaré.

XVI

Del diario del doctor Seward (Continuación)

A las doce menos cuarto de la noche ingresamos en el cementerio de la iglesia, pasando por encima de la tapia, no muy alta. Era una noche oscura; ocasionalmente los destellos de luz de luna se abrían paso entre las espesas nubes que cruzaban raudas el cielo. Todos nos manteníamos juntos; Van Helsing nos guiaba ligeramente adelantado. Cuando llegamos cerca de la tumba, miré atentamente a Arthur, porque temía que la proximidad de un lugar lleno de tan tristes recuerdos lo afectaría profundamente; pero logró controlarse. Pensé que el misterio mismo que envolvía todo aquello estaba mitigando su enojo. El profesor abrió la puerta y, viendo un titubeo natural entre nosotros por varias razones, resolvió el problema entrando él mismo primero. El resto de nosotros lo seguimos y cerró la puerta. Entonces, encendió una linterna oscura y señaló el ataúd. Arthur se adelantó con indecisión; Van Helsing me dijo:

–Usted estuvo conmigo aquí el día de ayer. ¿Estaba el cuerpo de la señorita Lucy en este ataúd?

–Así es.

El profesor se volvió hacia los demás, diciendo:

–Ya lo oyen. Por cierto, no creo que haya nadie que no lo crea.

Sacó el destornillador y volvió a quitarle la tapa al féretro. Arthur observaba, muy pálido, pero en silencio.

Una vez que retiró la tapa, dio un paso hacia adelante. Es evidente que desconocía la existencia de una caja de plomo o, en todo caso, no pensó en ello. Cuando vio la luz reflejada en el plomo, la sangre se agolpó en su rostro durante un instante; pero, con la misma rapidez, volvió a retirarse, de tal modo que su rostro permaneció extremadamente pálido. Todavía guardaba silencio. Van Helsing retiró la tapa de plomo y todos nosotros miramos y retrocedimos.

¡El ataúd estaba vacío!

Por algunos minutos nadie habló. El silencio fue roto por Quincey Morris:

–Profesor, respondí por usted. Todo lo que quiero es su palabra. Normalmente, no preguntaría algo así… no lo deshonraría implicando una duda, pero éste es un misterio que va más allá de cualquier honor o deshonor. ¿Usted ha hecho esto?

–Le juro por todo lo que considero sagrado que no la he removido ni tocado. Lo que ocurrió fue lo siguiente: dos noches atrás, mi amigo Seward y yo vinimos aquí con un buen propósito, créame. Abrí ese ataúd, que entonces estaba sellado y lo encontramos, como ahora, vacío. Entonces, esperamos y vimos algo blanco que venía entre los árboles. Al día siguiente, vinimos aquí durante el día y ella yacía aquí. ¿No es así, amigo John?

–Sí.

–Esa noche llegamos justo a tiempo. Se había perdido otro niño pequeño y lo encontramos, gracias a Dios, sin daño entre las tumbas. Ayer, vine aquí antes de la caída del sol, ya que un no-muerto puede moverse a partir de la caída del sol. Esperé aquí toda la noche hasta que el sol salió, pero no vi nada. Lo más probable es que eso se debiera a que yo había dejado ajo sobre los cerrojos de esas puertas, que los no-muertos no pueden soportar, y otras cosas que rehúyen. Anoche no hubo éxodo, así que esta noche, antes de la puesta del sol, retiré mi ajo y las otras cosas. Y así es que encontramos este ataúd vacío. Pero esperen conmigo. Hasta ahora hay muchas cosas extrañas. Esperen conmigo afuera, sin ser vistos ni oídos, y habrá cosas más extrañas todavía. Así que –aquí cerró la tapa oscura de su linterna– ahora, afuera.

Abrió la puerta y salimos todos con prisa; el profesor salió al último y, una vez fuera, cerró la puerta. ¡Oh! ¡Qué fresco y puro nos pareció el aire de la noche después de aquellos horribles momentos! Resultaba muy agradable ver las nubes que se desplazaban por el firmamento y la luz de la luna que se filtraba entre jirones de nubes..., como la alegría y la tristeza de la vida de un hombre. ¡Qué agradable era respirar el aire puro que no tenía aquel desagradable olor de muerte y descomposición! ¡Qué tranquilizador poder ver el resplandor rojizo del cielo, detrás de la colina, y oír a lo lejos el ruido

sordo que denuncia la vida de una gran ciudad! Todos, cada uno a su manera, permanecimos graves y llenos de solemnidad. Arthur guardaba todavía obstinado silencio y, según pude colegir, se estaba esforzando por llegar a comprender cuál era el propósito y el significado profundo del misterio. Yo mismo me sentía bastante tranquilo y paciente, e inclinado a rechazar mis dudas y a aceptar las conclusiones de Van Helsing. Quincey Morris permanecía flemático, como debe ser un hombre que lo acepta todo con sangre fría, exponiéndose con valor a todo cuanto pueda suceder.

Como no podía fumar, tomó un puñado bastante voluminoso de tabaco y comenzó a masticarlo. En cuanto a Van Helsing, estaba ocupado en algo específico. Sacó de su maletín un objeto que parecía ser un bizcocho semejante a una oblea y que estaba envuelto cuidadosamente en una servilleta blanca; a continuación, sacó un buen puñado de una sustancia blancuzca, como masa o pasta. Partió la oblea, desmenuzándola cuidadosamente, y lo revolvió todo con la masa que tenía en las manos. A continuación, cortó estrechas tiras del producto y se dio a la tarea de colocar en todas las grietas y aberturas que separaban la puerta de la pared de la cripta. Me sentí un tanto confuso y, puesto que me encontraba cerca de él, le pregunté qué estaba haciendo. Arthur y Quincey se acercaron también, movidos por la curiosidad. El profesor respondió:

–Estoy cerrando la tumba para que el no-muerto no pueda entrar.

–¿Y esa sustancia que usted ha puesto allí, va a hacerlo? –preguntó Quincey– ¡Gran Scott! ¿Es esto un juego?

–Lo es.

–¿Qué es lo que está usted usando?

Esta vez, la pregunta la hizo Arthur. Van Helsing levantó su sombrero de modo reverente al contestar:

–La hostia. La traje de Amsterdam. Tengo una indulgencia.

Era una respuesta que horrorizaba al más escéptico de nosotros e, individualmente, sentimos que en presencia de tan grave propósito como el del profesor, un propósito en el que podía usar lo que era para él más sagrado, era imposible desconfiar. En un respetuoso silencio, tomamos los lugares asignados a cada uno alrededor del panteón, pero ocultos a la vista de cualquiera que se aproximara. Me

compadecí de los otros, especialmente de Arthur. Yo ya estaba entrenado por mis anteriores visitas a esta horrorosa vigilancia y aun así, yo, que había repudiado las pruebas una hora antes, sentía que mi corazón saltaba dentro de mí. Nunca se vieron tan lúgubres los panteones; nunca parecieron los cipreses o los árbols, o los enebros la encarnación de la melancolía fúnebre; nunca los árboles o la hierba se agitaron o susurraron tan ominosamente; nunca las ramas crujieron tan misteriosamente y nunca los aullidos de los perros lejanos enviaron un presagio tan infortunado a través de la noche.

Se produjo un instante de profundo silencio, un vacío casi doloroso. De inmediato, el profesor chistó para ordenarnos que guardáramos silencio. Señaló con la mano: a lo lejos, entre los árboles, se acercaba una figura blanca. Era diminuta y sostenía algo oscuro apretado contra su pecho. La figura se detuvo y, en ese momento, un rayo de la luna se filtró entre las nubes, mostrando claramente a una mujer de cabello oscuro, vestida con la mortaja encerada de la tumba. No alcanzamos a verle el rostro, puesto que lo tenía inclinado sobre lo que después identificamos como un niño de pelo rubio. Se produjo una pausa y, a continuación, un grito agudo, como de un niño en sueños o de un perro acostado cerca del fuego, durmiendo. Nos disponíamos a lanzarnos hacia adelante, pero el profesor levantó una mano, que vimos claramente contra el árbol que le servía de escondite, y nos quedamos inmóviles; luego, mientras permanecíamos expectantes, la blanca figura volvió a ponerse en movimiento. Se encontraba ya lo bastante cerca como para que pudiéramos verla claramente, y la luz de la luna daba todavía de lleno sobre ella. Sentí que mi corazón se helaba, y logré oír la exclamación y el sobresalto de Arthur cuando reconocimos claramente las facciones de Lucy Westenra. Era ella. Pero, ¡cómo había cambiado! Su dulzura le había dado paso a una crueldad terrible e inhumana, y su pureza se había convertido en una perversidad lasciva. Van Helsing abandonó su escondite y todos nosotros seguimos su ejemplo y avanzamos; los cuatro nos encontramos alineados delante de la puerta de la cripta. Van Helsing alzó la linterna y accionó el interruptor; gracias a la débil luz que cayó sobre el rostro de Lucy, pudimos ver que sus labios estaban

rojos, llenos de sangre fresca, y que había resbalado un chorro del líquido por el mentón, manchando la blancura inmaculada de su mortaja.

Nos estremecimos de miedo. A través de la tenue luz pude ver que incluso los nervios de hierro de Van Helsing habían fallado. Arthur estaba a mi lado y, si no hubiera asido su brazo y lo hubiera sostenido, se habría caído.

Cuando Lucy nos vio –llamo "Lucy" a esa cosa que estaba ante nosotros porque tenía su forma–, retrocedió con un gruñido de enojo como el que dan los gatos cuando se los toma desprevenidos; luego sus ojos nos recorrieron. Los ojos de Lucy en forma y color, pero sucios y llenos de fuego infernal, en lugar de las órbitas puras y amables que conocíamos. En ese momento, el remanente de mi amor pasó a ser odio y repugnancia; si ella tenía entonces que ser asesinada, yo podía haberlo hecho con deleite salvaje. Cuando miraba, sus ojos resplandecían con luz perversa y su rostro se adornaba con una sonrisa voluptuosa. ¡Oh, Dios, cómo me hizo temblar el verla! Con un movimiento descuidado, arrojó al suelo –insensible como un demonio– el niño que hasta ahora había apretado enérgicamente contra su pecho, gruñendo como un perro gruñe sobre un hueso. El niño dio un grito agudo y quedó allí tendido, gimiendo. Había tal sangre fría en el acto que arrancó un quejido de Arthur; cuando ella avanzó hacia él con los brazos extendidos y una sonrisa desenfrenada, él retrocedió y escondió su cara entre las manos.

No obstante, ella siguió avanzando y con un tono lánguido, libidinoso, dijo:

–Ven a mí, Arhur. Deja a estos otros y ven a mí. Mis brazos tienen hambre de ti. Ven y podremos descansar juntos. ¡Ven, mi marido, ven!

Su tono tenía un matiz diabólicamente dulce, algo como el tintineo del cristal cuando se golpea, que resonó incluso en las mentes de quienes escuchamos palabras dirigidas a otra persona. En cuanto a Arthur, parecía hallarse bajo algún tipo de conjuro: quitó sus manos de la cara y abrió sus brazos por completo. Ella estaba a punto de abrazarlo, cuando Van Helsing dio un salto hacia adelante y sostuvo

entre ellos su pequeño crucifijo de oro. Lucy se apartó de él y con el rostro desfigurado por la ira, pasó corriendo como para entrar al panteón.

Sin embargo, cuando estaba a un paso o dos de la puerta, se detuvo como retenida por una fuerza irresistible. Entonces, se volvió y su rostro se mostró en el claro estallido de la luz lunar y de la lámpara que ahora no tenía temblor alguno de los nervios de hierro de Van Helsing. Nunca vi tal frustrada malicia en un rostro y confío en que nunca sea vista de nuevo por ojos mortales. El bello color se volvió lívido, los ojos parecían arrojar chispas del fuego del infierno, el ceño estaba fruncido como si los pliegues de su carne fueran los anillos de las serpientes de Medusa y la boca amorosa, manchada de sangre, se convirtió en un cuadrado abierto como las máscaras de la pasión de los griegos y los japoneses. Si alguna vez una cara significó la muerte –si las miradas pueden matar–, lo vimos en ese momento.

Y durante medio minuto completo, que pareció una eternidad, permaneció entre el crucifijo levantado y la clausura sagrada de sus medios de entrada. Van Helsing rompió el silencio preguntándole a Arthur:

–¡Respóndame, oh, mi amigo! ¿Sigo con mi trabajo?

Arthur cayó de rodillas y ocultó la cara entre las manos al responder:

–Haga lo que desee, amigo; haga lo que desee. ¡No puede haber horror como éste nunca más! –y gimió para sus adentros.

Quincey y yo, simultáneamente, nos movimos hacia él y lo tomamos de los brazos. Pudimos escuchar el click de la linterna que se cerraba al dejarla Van Helsing en el suelo; acercándose al panteón, comenzó a remover de las grietas algo del emblema sagrado que había puesto allí. Todos miramos con horroroso asombro al ver, cuando él retrocedió, que la mujer, con una figura corpórea que hasta ese momento era tan real como la nuestra, pasaba a través de un intersticio por el que apenas podría haber pasado la hoja de un cuchillo. Todos sentimos una feliz sensación de alivio cuando vimos al profesor restaurando calmadamente las tiras de masilla en los bordes de la puerta.

Cuando esto estuvo hecho, levantó al niño y dijo:

–Vengan ahora, amigos; no podemos hacer más hasta mañana. Hay un funeral al mediodía, así que vendremos aquí mucho después. Los amigos del muerto se habrán ido a las dos y cuando el sacristán cierre el portón, nos quedaremos. Entonces hay más que hacer, pero no como lo de esta noche. En cuanto a este pequeño, no está muy herido y mañana por la noche estará bien. Lo dejaremos donde la policía lo encuentre, como la otra noche y luego, iremos a casa.

Acercándose a Arthur, dijo:

–Mi amigo, ha tenido una prueba dolorosa, pero después, cuando mire hacia atrás, verá que era por completo necesaria. Usted se encuentra en aguas amargas, mi muchacho. A esta hora, mañana, con la ayuda de Dios, las habrá pasado y habrá bebido de las aguas dulces, así que no se lamente demasiado. Hasta que llegue ese momento, no le pediré que me perdone.

Arthur y Quincey vinieron a casa conmigo y tratamos de animarnos el uno al otro en el camino. Habíamos dejado el niño a salvo. Estábamos cansados, de modo que todos dormimos más o menos profundamente.

29 de septiembre. Poco antes de que dieran las doce, Arthur, Quincey Morris y yo fuimos a buscar al profesor. Era extraño el notar que, como de común acuerdo, los tres nos habíamos vestido de negro. Era esperable que así lo hiciera Arthur, debido a que llevaba luto riguroso; pero los demás nos vestimos así por instinto. Llegamos al cementerio alrededor de la una y media y estuvimos deambulando, manteniéndonos lejos de la observación oficial para que, cuando los enterradores hubieran completado su tarea y el sacristán, con la creencia de que todos se habían ido, hubiera cerrado el portón, tuviéramos todo el lugar para nosotros. Van Helsing, en lugar de su pequeño maletín negro, tenía con él uno grande, de cuero, algo como un bolso de cricket; era manifiestamente de buen peso.

Cuando nos quedamos solos, después de oír los últimos pasos perderse calle arriba, en silencio y como de común acuerdo seguimos al profesor hacia la cripta. Van Helsing abrió la puerta,

entramos, y cerró a nuestras espaldas. Luego, tomó de su bolso la linterna que encendió y también dos velas de cera, las que, una vez encendidas, derritiendo sus propios extremos, fijó sobre otros ataúdes, para que pudieran dar suficiente luz para trabajar. Cuando de nuevo levantó la tapa del ataúd de Lucy, todos miramos –Arthur temblaba con gran agitación– y vimos que el cuerpo yacía allí en toda su belleza mortuoria. Sin embargo no había amor en mi propio corazón, sino repugnancia por esa cosa horrible que había tomado la forma de Lucy, sin su alma. Pude ver que incluso la cara de Arthur se endurecía al mirarla. Entonces, le dijo a Van Helsing:

–¿Es éste realmente el cuerpo de Lucy o solamente un demonio con su forma?

–Es su cuerpo y, sin embargo, no lo es. Pero espere un momento y la verá como siempre fue y es.

El cadáver parecía Lucy vista en medio de una pesadilla, con sus colmillos afilados y la boca voluptuosa manchada de sangre, que lo hacía a uno estremecerse a su sola vista. Su aspecto era carnal y vulgar; parecía una caricatura diabólica de la dulce pureza de Lucy. Con su manera metódica, Van Helsing comenzó a tomar los distintos contenidos de su bolso y a ubicarlos listos para usar. Primero, extrajo un soldador de hierro y plomo para soldar; luego, una pequeña lámpara de aceite que, una vez encendida en una esquina del panteón, dio un gas de llama azul que ardió con calor feroz; a continuación extrajo sus bisturíes, que dispuso de modo tal que quedaran a mano; por último, sacó una estaca redondeada de madera, de unas dos pulgadas y media o tres de ancho y alrededor de unos tres pies de largo. Uno de los extremos estaba endurecido por acción del fuego y afilado hasta formar una punta muy aguda. Con esta estaca venía un martillo pesado como el que se usa en las carboneras de las casas para partir el carbón. Para mí, las preparaciones llevadas a cabo por un médico para llevar a cabo cualquier tipo de trabajo eran estimulantes y me tranquilizaban; pero todas aquellas manipulaciones llenaron a Quincey y a Arthur de consternación. Sin embargo, ambos lograron controlarse y permanecieron inmóviles, sin pronunciar ninguna palabra.

Cuando todo estuvo listo, Van Helsing dijo:

–Antes de hacer nada, déjenme explicarles algo que procede de la sabiduría y la experiencia de los antiguos y de todos cuantos han estudiado los poderes de los no-muertos. Cuando se convierten en no-muertos, el cambio implica la inmortalidad; no pueden morir y deben seguir a través de los tiempos cobrando nuevas víctimas y haciendo aumentar todo lo malo de este mundo; puesto que todos los que mueren a causa de los ataques de los no-muertos se convierten ellos mismos en esos horribles monstruos y, a su vez, atacan a sus semejantes. Así, el círculo se amplía, como las ondas provocadas por una piedra al caer al agua. Amigo Arthur, si hubiera aceptado usted el beso aquél antes de que la pobre Lucy muriera, o anoche, cuando abrió los brazos para recibirla, con el tiempo, al morir, se convertiría en un *nosferatu,* como los llaman en Europa Oriental, y seguiría produciendo cada vez más no-muertos como el que nos ha horrorizado. La carrera de esta desgraciada dama acaba apenas de comenzar. Esos niños cuya sangre succiona no son todavía lo peor que puede suceder; pero si sigue viviendo como no-muerta, pierden cada vez más sangre. A causa de su poder sobre ellos, vendrán a buscarla; así, les chupará la sangre con esa horrenda boca. Pero si ella muere de verdad, todo cesará; desaparecerán las heridas diminutas de sus gargantas y regresarán a sus juegos sin saber nunca lo que han visto. Pero lo más bendito de todo será que cuando esta ahora no-muerta descanse como una verdadera muerta, entonces, el alma de la pobre muchacha que amamos será libre de nuevo. En lugar de trabajar perversamente por la noche y degradarse más en su asimilación durante el día, tomará su lugar entre los otros ángeles. Por eso, mi amigo, será una mano bendita para ella la que le aseste el golpe que la libere. A esto estoy dispuesto, pero ¿hay alguien entre nosotros que tenga mejor derecho? ¿No será dichoso pensar más tarde, en el silencio de la noche, cuando no llega el sueño: "¿Fue mi mano la que la envió a las estrellas; fue la mano de quien más la amaba; la mano que ella misma habría elegido, si hubiera podido hacerlo?". Decidme si hay alguno así entre nosotros.

Todos miramos a Arthur. Él vio, también, como nosotros, la infinita bondad que sugería que suya debía ser la mano que nos devolviera

un recuerdo santo de Lucy y no uno maldito; se adelantó y dijo valientemente, aunque su mano temblaba y su rostro estaba tan pálido como la nieve:

–Mi verdadero amigo, desde el fondo de mi corazón destrozado, se lo agradezco. ¡Dígame qué debo hacer y no titubearé!

Van Helsing le puso una mano en el hombro, y dijo:

–¡Bravo! Un momento de valor y todo habrá concluido. Debe traspasar su cuerpo con esta estaca. Será una prueba terrible, no piense otra cosa; pero sólo durará un instante, y a continuación, la alegría que sentirá será mucho mayor que el dolor que esa acción le produzca; de esta triste cripta saldrá usted como si volara en el aire. Pero no debe fallar una vez que ha comenzado a hacerlo. Piense solamente en que todos nosotros, sus mejores amigos, estaremos a su alrededor, sin cesar de orar por usted. Tome esa estaca en la mano izquierda, listo para colocarle la punta al cadáver sobre el corazón, y el martillo en la mano derecha. Luego, cuando iniciemos la oración de los difuntos... Yo voy a leerla. Tengo aquí el libro y los demás recitarán conmigo. Entonces, golpee en nombre de Dios, puesto que así todo irá bien para el alma de la que amamos y la no-muerta morirá.

Arthur tomó la estaca y el martillo y, en cuanto su mente estaba lista para la acción, sus manos no temblaron ni se estremecieron. Van Helsing abrió su misal y comenzó a leer, y Quincey y yo lo seguimos lo mejor que pudimos. Arthur colocó la punta sobre el corazón. Cuando miré, pude ver su hundimiento en la carne blanca. Luego, golpeó con todas sus fuerzas.

La Cosa en el ataúd se retorció y un chillido horrible, espeluznante, salió de los colorados labios entreabiertos. El cuerpo se sacudió y estremeció y retorció en salvajes contorsiones; los afilados dientes blancos se juntaron hasta cortar los labios y manchar la boca con espuma carmesí. Pero Arhur nunca titubeó. Se lo veía como una figura de Thör cuando su brazo firme se levantaba y caía, llevando cada vez más profundamente la estaca misericordiosa, mientras la sangre del corazón perforado manaba y chorreaba a su alrededor. Su rostro estaba rígido y un alto deber parecía iluminarlo; su visión nos daba coraje, así que las voces parecían resonar en la pequeña cripta.

Y entonces, el retorcimiento y el estremecimiento del cadáver disminuyeron y los dientes dejaron de juntarse y el rostro de temblar. Finalmente, quedó inmóvil. La terrible tarea había terminado.

El martillo cayó de la mano de Arthur. Se tambaleó y se habría caído si no lo hubiéramos tomado. Grandes gotas de sudor brotaban de su frente y su respiración era entrecortada. Realmente, había sido un esfuerzo terrible para él y, de no haber sido forzado a esta tarea por algo más que por consideraciones humanas, nunca lo habría llevado a cabo. Por algunos minutos estuvimos tan pendientes de él que no miramos hacia el ataúd. No obstante, cuando lo hicimos, un murmullo de sorpresa espantosa salió de cada uno de nosotros. Mirábamos tan ansiosamente, que Arthur se levantó, ya que había estado sentado en el suelo, y vino y miró también y luego, una alegre, extraña luz estalló en su rostro y disipó toda la tristeza del horror que pesaba sobre él.

Allí, en el ataúd, no yacía más la horrible Cosa que tanto habíamos temido y llegado a odiar, que el trabajo de su destrucción se cediera como un privilegio al más autorizado a hacerlo; era Lucy como la habíamos visto en vida, con su rostro de inigualables dulzura y pureza. Es verdad que allí había, como habíamos visto en vida, las marcas de la angustia, la pena y el deterioro, pero éstas nos eran tan queridas, ya que señalaban a la verdadera persona que habíamos conocido. Cada uno y todos nosotros sentimos que la calma santa que caía como un rayo de sol sobre la cara y el cuerpo deteriorados era solamente una muestra terrenal y un símbolo de la paz que por siempre reinaría.

Van Helsing se acercó y apoyó su mano sobre el hombro de Arhur y le dijo:

–Y ahora, Arthur, mi amigo, querido muchacho, ¿no me perdona?

La reacción de la terrible tensión se mostró cuando tomó la mano del anciano en la suya y llevándola a sus labios, la besó, diciendo:

–¡Perdonado! Dios lo bendiga por haberle devuelto el alma a mi querida y a mí, la paz.

Puso sus manos en los hombros del profesor, apoyó la cabeza sobre su pecho y lloró en silencio por unos momentos, mientras

nosotros permanecíamos de pie, inmóviles. Cuando levantó la cabeza, Van Helsing le dijo:

–Y ahora, mi muchacho, puedes besarla. Besa sus labios muertos si lo deseas, como ella lo habría hecho contigo, si hubiera podido elegir. Porque ahora ya no es un demonio de sonrisa maliciosa, no es una terrible Cosa por toda la eternidad. No es más la no-muerta del demonio. ¡Es la verdadera muerta de Dios, cuya alma está con Él!

Arthur se inclinó y la besó. Luego, los enviamos a él y a Quincey fuera del panteón; el profesor y yo cortamos el extremo de la estaca, dejando la punta clavada en el cuerpo. Luego, cortamos la cabeza y llenamos la boca con ajo. Soldamos el ataúd de plomo, atornillamos la tapa del féretro y, recogiendo nuestras pertenencias, nos fuimos. Cuando el profesor cerró la puerta, le entregó la llave a Arhur.

Afuera, el aire era dulce, el sol brillaba y los pájaros cantaban y parecía como si toda la naturaleza estuviera afinada en un tono diferente. Había alegría y júbilo y paz por todas partes, pues nosotros mismos estábamos tranquilos y alegres, aunque se trataba de un gozo moderado.

Antes de irnos, Van Helsing dijo:

–Ahora, mis amigos, un paso de nuestro trabajo está hecho, uno de los más duros para nosotros. Pero queda una tarea aún mayor: encontrar al autor de toda nuestra pesadumbre y acabar con él. Tengo claves que podemos seguir, pero se trata de una tarea larga, dificultosa y encierra peligros y dolor. ¿No me ayudarán? Hemos aprendido a creer, ¿no es cierto? Y desde entonces, ¿no vemos nuestro deber? ¡Sí! ¿Y no prometemos continuar hasta el fin?

Cada uno, por turnos, tomamos su mano y se hizo la promesa. Entonces, cuando nos íbamos el profesor dijo:

–Dentro de dos noches se encontrarán conmigo y cenaremos juntos, a las siete en punto, con el amigo John. Invitaré a otros dos que no conocen todavía y estaré listo para mostrarles el trabajo y el desarrollo de nuestros planes. Amigo John, usted venga conmigo a casa, ya que tengo mucho sobre qué consultarle y usted puede ayudarme. Esta noche parto hacia Amsterdam, pero regresaré mañana por la noche. Entonces comenzará nuestra gran búsqueda.

Primero tendré mucho que decir, para que sepan qué es lo que hay que hacer y temer. Luego se renovará nuestra promesa, ya que hay una terrible tarea ante nosotros y, una vez que nuestros pies se hallen en el arado, no debemos retroceder.

XVII

Del diario del doctor Seward (Continuación)

Cuando llegamos al Hotel Berkely, Van Helsing tenía un telegrama para él:

"Estoy llegando por tren. Jonathan en Whitby. Noticias importantes. MINA HARKER".

El profesor estaba maravillado.

–¡Ah, esa maravillosa señora Mina –dijo– ¡joya entre las damas! Ella está en camino, pero yo no puedo quedarme. Tendrá que ir a su casa, amigo John. La encontrará en la estación. Envíele un telegrama en camino, para que pueda estar preparada.

Una vez que enviamos el telegrama, el profesor tomó una taza de té; luego me habló de un diario de Jonathan Harker y me entregó una copia mecanografiada. Hizo lo mismo con el diario que escribió Mina Harker en Whitby.

–Tómelos –dijo– y estúdielos bien. Cuando haya regresado, usted dominará todos los hechos y entonces podremos emprender mejor nuestra investigación. Manténgalos a salvo, ya que en ellos hay más que un tesoro. Necesitará toda su fe, incluso usted que ha tenido una experiencia tal como la de hoy. Lo que se dice aquí –apoyó su mano pesada y gravemente sobre el paquete de papeles al hablar–, puede ser el comienzo del fin para usted y para mí y muchos otros o puede ser el toque para los no-muertos que caminan sobre la Tierra. Léalo todo, se lo ruego, con la mente abierta y si puede agregar algo a la historia aquí contada, hágalo, porque todo es importante. Usted ha llevado un diario de todas estas cosas tan extrañas, ¿no es así? ¡Sí! Entonces, iremos a través de esto juntos cuando nos encontremos.

Entonces, se alistó para su partida y poco después se fue en coche a Liverpool Street. Tomé mi camino a Paddington, adonde arribé alrededor de cincuenta minutos antes de que llegara el tren.

La multitud se fue haciendo menos densa, después del movimiento característico en los andenes de llegada. Comenzaba a intranquilizarme, temiendo no encontrar a mi invitada, cuando una joven de rostro dulce y apariencia delicada se dirigió hacia mí, y después de una rápida ojeada me dijo:

–Es usted el doctor Seward, ¿verdad?

–¡Y usted la señora Harker! –le respondí inmediatamente.

Entonces, la joven me tendió la mano.

–Lo conocía por la descripción que me hizo la pobre Lucy; pero... guardó silencio repentinamente y un fuerte rubor cubrió sus mejillas.

El rubor que apareció en mi propio rostro nos tranquilizó a los dos en cierto modo, puesto que era una respuesta tácita al suyo. Tomé su equipaje, que incluía una máquina de escribir, y tomamos el metro hasta Fenchurch Street, después de enviar recado a mi ama de llaves para que dispusiera una salita y una habitación dormitorio para la recién llegada.

Pronto llegamos. La joven sabía, por supuesto, que el lugar era un asilo de alienados; pero vi que no lograba contener un estremecimiento cuando entramos. Me dijo que si era posible le gustaría acompañarme a mi estudio, debido a que tenía mucho de que hablarme. Por consiguiente, estoy terminando de registrar los conocimientos en mi diario fonográfico, mientras la espero.

Como todavía no he tenido la oportunidad de leer los papeles que me confió Van Helsing, los tengo aquí, desplegados frente a mí. Tendré que buscar algo para entretener a la señora y poder dedicarme a su lectura. Ella desconoce cuán precioso es el tiempo o de qué tipo es la tarea que hemos emprendido. Debo tener cuidado para no asustarla. ¡Aquí llega!

Del diario de Mina Harker

29 de septiembre. Luego de instalarme, bajé al estudio del doctor Seward. Me detuve un momento al llegar a la puerta, ya que me pareció escuchar que hablaba con alguien. Sin embargo, como él

me había instado a que me apresurara, golpeé la puerta y cuando dijo "adelante", entré.

–Espero no haberlo hecho esperar mucho –le dije–; pero me detuve ante la puerta, ya que creí oírlo a usted hablando y supuse que habría alguna persona en su estudio.

–¡Oh! –replicó, con una sonrisa–. Solamente estaba registrando en mi diario los últimos acontecimientos.

–¿Su diario? –le pregunté, muy sorprendida.

–Sí –respondió –, lo registro en este aparato. Al tiempo que hablaba, colocó la mano sobre el fonógrafo. Me sentí muy excitada y exclamé:

–¡Vaya! ¡Esto es todavía más rápido que la taquigrafía! ¿Me permite oír el aparato un poco?

–Naturalmente –replicó con amabilidad y se puso en pie para preparar el artefacto de modo que hablara.

Entonces se detuvo y una expresión preocupada cubrió su rostro.

–La verdad es que –comenzó con incomodidad–, yo solamente guardo en él mi diario; y como se refiere enteramente, casi enteramente, a mis casos, puede ser incómodo… esto es… quiero decir…

Se detuvo y traté de ayudarlo a salir del aprieto:

–Usted ayudó a atender a la querida Lucy al final. Déjeme oír cómo murió, ya que estaré muy agradecida por todo lo que pueda saber de ella. Ella era muy, muy querida para mí.

Para mi sorpresa, contestó con una mueca de horror en su cara:

–¿Contarle de su muerte? ¡No, por nada del mundo!

–¿Por qué no? –pregunté, mientras un sentimiento grave, terrible se apoderaba de mí.

Otra vez hizo una pausa y pude ver que estaba tratando de inventar una excusa. A la larga, balbuceó:

–Vea usted, no sé cómo localizar ninguna parte completa del diario.

Mientras estaba hablando, se le ocurrió una idea y dijo con simplicidad inconsciente, con otra voz y con la ingenuidad de un niño:

–¡Es completamente cierto, por mi honor! ¡Indio honesto!

No pude sino sonreír, a lo que respondió con una mueca.

–¡Me dejé llevar esta vez! –dijo–, pero ¿sabe usted que, aunque he guardado el diario desde hace meses, nunca se me ocurrió cómo iba a hacer para encontrar cualquier parte en particular en caso de que quisiera buscarla?

Para ese entonces, mi mente se dio cuenta de que el diario de un doctor que atendió a Lucy podía tener algo que agregar a la suma del conocimiento de aquel terrible Ser y dije de manera atrevida:

–Entonces, doctor Seward, será mejor que me permita copiarlo para usted en mi máquina de escribir.

Su rostro fue invadido por una palidez mortal, mientras decía:

–¡No! ¡No! ¡No! ¡Por nada del mundo le permitiría conocer esa terrible historia!

Entonces era terrible; ¡mi intuición estaba en lo cierto! Por un momento pensé, y mientras mis ojos recorrían el cuarto, buscando inconscientemente algo o alguna oportunidad que me ayudara, iluminaron el gran montón de papeles mecanografiados sobre la mesa. Sus ojos captaron la mirada de los míos y sin pensarlo, siguieron su dirección. Cuando vieron el paquete, se dio cuenta de lo que yo quería decir.

–Usted no me conoce –dije–. Cuando haya leído esos papeles (mi propio diario y también el de mi marido, que yo he copiado a máquina) me conocerá mejor. No titubeo en dar cada pensamiento de mi propio corazón en esta causa, pero, por supuesto, usted no me conoce… todavía. No debo esperar que confíe en mí hasta ese punto.

Es ciertamente un hombre de noble naturaleza; la pobre querida Lucy estaba en lo cierto al respecto. Se levantó y abrió un gran cajón, en el que se encontraban dispuestos en orden varios cilindros huecos de metal, cubiertos con cera oscura, y dijo:

–Tiene usted razón. No confiaba en usted debido a que no la conocía. Pero ahora la conozco; y déjeme decirle que debí conocerla hace ya mucho tiempo. Ya sé que Lucy le habló a usted de mí, del mismo modo que me habló a mí de usted. ¿Me permite que haga el único ajuste que puedo? Tome los cilindros y óigalos. La primera media docena son personales y no la horrorizarán; así podrá usted

conocerme mejor. Para cuando termine de oírlos, la cena estará ya lista. Mientras tanto, debo leer parte de esos documentos, y así estaré en condiciones de comprender mejor ciertas cosas.

Él mismo se encargó de llevar el fonógrafo a mi salita y lo ajustó para que pudiera oírlo. Estoy segura de que ahora voy a conocer algo agradable, ya que me va a mostrar el otro lado de un verdadero amor del que solamente conozco una parte.

Del diario del doctor Seward

29 de septiembre. Estaba tan compenetrado en la lectura del diario de Jonathan Harker y en el de su esposa, que dejé pasar el tiempo sin pensar. La señora Harker no estaba abajo cuando vino la doncella a anunciar la cena, así que dije:

–Posiblemente esté cansada, deje que la cena espere una hora –y continué con mi trabajo.

Acababa de terminar la lectura del diario de la señora Harker cuando ella entró al estudio. Se veía muy bonita y dulce, pero un poco triste, y sus ojos estaban un poco hinchados, signo inequívoco de que había estado llorando. Por alguna razón, eso me emocionó profundamente. Unos instantes antes había tenido yo mismo ganas de llorar, ¡Dios lo sabe!; pero el alivio que las lágrimas procuran me había sido negado, y entonces, el ver aquellos ojos de mirada dulce, que habían estado llenos de lágrimas, me impresionó. Por consiguiente, le dije con toda la amabilidad que pude:

–Mucho me temo que la he angustiado.

–¡Oh, no! No estoy angustiada –replicó–; pero me han emocionado más de lo que puedo decir sus lamentaciones. Es una máquina maravillosa, pero cruelmente verdadera. Me hizo escuchar, en el tono exacto, las angustias de su corazón. Era como un alma que se dirige a Dios Todopoderoso. ¡Nadie debe volver a escribir nunca eso! He tratado de serle útil. He copiado sus palabras en mi máquina de escribir y nadie más necesita oír ahora los latidos de su corazón, como lo he hecho yo.

–Nadie necesita saberlo ni lo sabrá –dije en voz baja.

Puso su mano en la mía y dijo muy seriamente:

–¡Ah, pero deben saberlo!

–¿Deben? ¿Pero por qué? – pregunté.

–Porque es una parte de la historia terrible, una parte de la muerte de la pobre querida Lucy y todo lo que la condujo a ella; porque en la lucha tremenda que tenemos ante nosotros para librar al mundo de este monstruo terrible, debemos tener todo el conocimiento y toda la ayuda que podamos conseguir. Creo que los cilindros que me dio contenían más de lo que usted pretendía que yo supiera, pero puedo ver que hay en su grabación muchas luces para este oscuro misterio. Usted me permitirá ayudarlo, ¿no? Lo sé todo hasta cierto punto y ya veo, aunque su diario me llevó solamente hasta el 7 de septiembre, cómo la pobre Lucy fue acosada y cómo su terrible destino se fue forjando. Jonathan y yo hemos estado trabajando día y noche desde que el profesor Van Helsing nos visitó. Él se fue a Whitby a obtener más información y estará aquí mañana para ayudarnos. Es necesario que no guardemos secretos entre nosotros; trabajando juntos y con absoluta confianza, seguramente podemos ser más fuertes que si alguno de nosotros estuviera en la oscuridad.

Me miró de un modo tan suplicante y, al mismo tiempo, manifestó tal coraje y resolución en su actitud, que de inmediato cedí a sus deseos.

–Haga usted lo que mejor le parezca con respecto a este asunto – le dije –. ¡Que Dios me perdone si hago mal! Hay aún cosas terribles que va a conocer; pero si ha recorrido ya tanto trecho en lo referente a la muerte de la pobre Lucy, no se contentará, lo sé, permaneciendo en la ignorancia. No, el fin mismo podrá darle a usted un poco de paz. Venga, la cena está servida. Debemos fortalecernos para soportar lo que nos espera; tenemos ante nosotros una tarea cruel y peligrosa. Cuando haya cenado podrá conocer todo el resto y responderé a todas las preguntas que usted quiera hacerme..., en el caso de que haya algo que no comprenda; aunque estaba claro para todos los que estábamos presentes.

Del diario de Mina Harker

29 de septiembre. Luego de cenar, acompañé al doctor Seward a su estudio. Regresó el fonógrafo de mi habitación y tomó mi máquina de escribir. Me ubicó en una silla cómoda y arregló el fonógrafo para que yo pudiera tocarlo sin levantarme; también me mostró cómo detenerlo en caso de que quisiera hacer una pausa. Entonces, muy preocupado, tomó asiento de espaldas a mí, para que me sintiera con mayor libertad, y comenzó a leer. Me coloqué el casco en los oídos, y escuché.

Cuando terminó la terrible historia de la muerte de Lucy y de todo lo que la siguió, me dejé caer en la silla sin fuerzas. Afortunadamente no soy dada a desmayarme. En cuanto el doctor Seward me vio, se puso en pie de un salto, con expresión horrorizada, y apresurándose a sacar de una alacena una botella me dio una copita de brandy, que, en unos minutos, me devolvió las fuerzas. Mi cerebro era un verdadero caos, y solamente entre todos los horrores surgía un ligero rayo de luz al saber que mi pobre y querida Lucy estaba finalmente en paz. De no ser por eso, no creo haber podido tolerarlo sin hacer una escena. Era todo tan salvaje, misterioso y extraño, que si no hubiera conocido la experiencia de Jonathan en Transilvania, no hubiera podido creerlo. En realidad, no sabía qué creer y procuré salir del paso ocupándome de otra cosa. Le quité la cubierta a mi máquina de escribir, y le dije al doctor Seward:

–Deje que anote todo esto ahora. Debemos estar listos para cuando venga el doctor Van Helsing. He enviado un telegrama a Jonathan para que venga cuando llegue a Londres desde Whitby. En este asunto, las fechas lo son todo y creo que si tenemos listo todo nuestro material y cada ítem puesto en un orden cronológico, habremos hecho mucho. Usted me dice que lord Godalming y el señor Morris también vienen. Mejor que podamos contarles cuando lleguen.

Inmediatamente, el doctor Seward puso el fonógrafo en funcionamiento y comencé a mecanografiar desde el principio del séptimo cilindro. Usé papel carbónico y saqué tres copias, lo mismo que había hecho con todo el resto. Era ya tarde cuando concluí el trabajo, pero el doctor fue a cumplir con su deber, en su ronda de

visita a los pacientes; cuando terminó, regresó y se sentó a mi lado, leyendo, para que no me sintiera demasiado sola mientras trabajaba. ¡Qué bueno y comprensivo es! ¡El mundo parece estar lleno de hombres buenos, aun cuando haya también monstruos! Antes de dejarlo, recordé lo que Jonathan anotó en su diario acerca de la perturbación del profesor al leer algo en un periódico de la tarde en la estación de Exeter; entonces, viendo que el doctor Seward conserva sus periódicos, tomé prestados los archivos de *The Westminster Gazette* y *The Pall Mall Gazette* y me los llevé a mi cuarto. Recuerdo cuánto el *Dailygraph* y *The Whitby Gazette*, de los que yo había hecho recortes, nos ayudaron a entender los terribles eventos de Whitby, después de que desembarcó el conde Drácula, así que estudiaré los periódicos de la tarde desde aquel momento y tal vez encuentre una nueva luz. No tengo sueño y el trabajo me ayudará a calmarme.

Del diario del doctor Seward

30 de septiembre. El señor Harker llegó a las nueve en punto. Había recibido el telegrama de su esposa poco antes de ponerse en camino. Tiene una inteligencia poco común, si es posible juzgar eso por sus facciones, y está lleno de energía. Si su diario es verdadero, y debe ser, a juzgar por las maravillosas experiencias que hemos tenido, es también un hombre enérgico y valiente. Su ida a la tumba por segunda vez era una obra maestra de valor. Luego de leer su relato de ello, estaba preparado para encontrar un buen espécimen de hombría, pero no el tranquilo caballero de negocios que vino hoy aquí.

Más tarde. Después del almuerzo, Harker y su esposa regresaron a sus habitaciones, y al pasar hace un rato junto a su puerta, oí el ruido que producía su máquina de escribir. Trabajan mucho. La señora Harker me dijo que estaban poniendo en orden cronológico todas las pruebas que poseían. Harker había recibido las cartas entre la consigna de las cajas en Whitby y los mozos de cuerda que se ocuparon de ellas en Londres. Ahora está leyendo la copia

mecanografiada por su esposa de mi diario. Me pregunto qué conclusiones sacarán. Aquí está...

¡Qué extraño que nunca se me ocurriera que la casa exactamente lindante pudiera ser el lugar en que se oculta el conde! ¡Dios sabe que tuvimos suficientes claves por la conducta de nuestro paciente Renfield! El fajo de cartas relacionadas con la compra de la casa estaban con la copia mecanografiada. ¡Oh, si tan solo las hubiéramos tenido antes, habríamos salvado a la pobre Lucy! ¡Cuidado, de ese modo miente la locura! Harker ha regresado y está cotejando su material de nuevo. Dice que al momento de la cena estarán listos para mostrar una narración entera conexa. Piensa que entretanto yo debería ver a Renfield, ya que hasta hoy ha sido una suerte de índice de las idas y venidas del conde. Yo todavía no lo veo así, pero cuando tenga las fechas supongo que lo haré. ¡Qué bueno que la señora Harker pusiera mis cilindros por escrito! De otro modo, nunca podríamos haber encontrado las fechas…

Encontré a Renfield sentado plácidamente en su habitación y sonriendo como un bendito. En ese momento parecía tan cuerdo como cualquier otra persona de las que conozco. Me senté a su lado y hablé con él de infinidad de temas, que él desarrolló de una manera absolutamente natural. Entonces, por su propia voluntad, me habló de regresar a su casa, un tema que nunca había tocado, que yo sepa, durante su estancia en el asilo. En efecto, me habló confiado de que podría ser dado de alta inmediatamente.

Creo que si no hubiera tenido la charla con Harker y leído las cartas y las fechas de sus ataques, habría estado dispuesto a firmársela luego de un breve período de observación. Como están las cosas, tengo sospechas. Todas esas crisis estaban de algún modo ligadas a la proximidad del conde. ¿Qué significa ahora que esté absolutamente contento? ¿Puede ser que su instinto se sienta satisfecho de que al final triunfará el vampiro? Espera; él mismo es zoófago y en sus salvajes desvaríos frente a la puerta de la capilla de la casa desierta siempre hablaba de un "maestro". Todo esto parece confirmar nuestra idea. Por consiguiente, me alejé de él. Desconfío de esos momentos de calma que tiene a veces, y le he dado al

enfermero la orden de que lo vigile estrechamente y que tenga lista una camisa de fuerza para utilizarla en caso de necesidad.

Del diario de Jonathan Harker

29 de septiembre, en el tren a Londres. Cuando recibí el amable mensaje del señor Billington, en el cual me aseguraba que me daría cualquier información que estuviera a su alcance, pensé que era mejor ir a Whitby y hacerle tantas preguntas como quisiera. Mi objeto era el de seguir el horrible cargamento del conde hasta su casa de Londres. Más tarde podríamos ocuparnos de ello. El hijo de Billington, un joven muy agradable, fue a la estación a recibirme y me condujo a casa de su padre, en donde habían decidido que debería pasar la noche. Eran hospitalarios, con la hospitalidad propia de Yorkshire: dando todo a los invitados y dejándolos en entera libertad para que hicieran lo que deseaban. Ellos sabían que yo estaba ocupado y que mi estadía era breve, de modo que el señor Billington tenía listos en su oficina todos los papeles concernientes al despacho de las cajas.

Me llevé una fuerte impresión al volver a ver una de las cartas que había visto sobre la mesa del conde, antes de tener conocimiento de sus planes diabólicos. Todo había sido pensado con cuidado y ejecutado de modo sistemático y con precisión. Parecía haber estado preparado para vencer cualquier obstáculo que pudiera surgir por accidente para impedir que se llevaran a cabo sus intenciones. No había dejado nada a la casualidad, y la absoluta exactitud con la que sus instrucciones fueron seguidas era simplemente un resultado lógico de su cuidado. Vi la factura y tomé nota de ella: "Cincuenta cajas de tierra común, para fines experimentales". También la copia de la carta dirigida a Carter Paterson y su respuesta; saqué copias de las dos. Esa era toda la información que podía facilitarme el señor Billington, de modo que me dirigí al puerto a ver a los guardacostas, a los oficiales de la aduana y al comandante de puerto. Todos ellos tenían algo que decir sobre la entrada extraña del barco, que ya comenzaba a tener su lugar en las tradiciones locales; pero no

pudieron añadir nada a la simple descripción "Cincuenta cajas de tierra común".

Entonces vi al jefe de la estación, quien amablemente me puso en comunicación con los hombres que habían recibido las cajas en aquel momento. Su cantidad era exactamente la de la lista y no tuvieron nada que agregar, excepto que las cajas eran "importantes y mortalmente pesadas" y que levantarlas era un trabajo duro. Uno de ellos agregó que era una lástima que no hubiera ningún caballero "como usted, señor", para mostrarle alguna suerte de apreciación por sus esfuerzos de una manera líquida; otro añadió que la sed entonces generada era tal que no la habían saciado completamente a pesar del tiempo transcurrido. No es necesario añadir que, antes de dejarlos, me encargué de que no volvieran a tener que hacer ningún reproche al respecto.

30 de septiembre. El jefe de estación tuvo la generosidad de entregarme nota para su colega de King's Cross, de manera, que cuando arribé por la mañana, pude hacerle preguntas sobre la llegada de las cajas. Él también me puso de inmediato en comunicación con los oficiales correspondientes y vi que su número era correcto de acuerdo con el envío original. Las posibilidades de adquirir una sed anormal fueron aquí limitadas; se había hecho, sin embargo, un noble uso de las mismas y de nuevo me vi compelido a ocuparme del resultado de una manera *ex post facto.*

De allí me dirigí a las oficinas centrales de Carter Paterson, donde fui recibido con la mayor cortesía. Examinaron la transacción en su diario y sus archivos de correspondencia y telefonea-ron inmediatamente a su oficina de King's Cross para obtener más detalles. Afortunadamente, los hombres que se encargaron del acarreo estaban esperando trabajo y el funcionario los envió inmediatamente, mandando asimismo con uno de ellos el certificado de tránsito y todos los documentos relativos a la entrega de las cajas en Carfax. Nuevamente, descubrí que el duplicado correspondía exactamente; los portadores estaban en condiciones de complementar la parquedad de los documentos con unos cuantos detalles. Pronto supe que esos detalles estaban relacionados con lo

sucio del trabajo y con la terrible sed que les produjo a los trabajadores. Al ofrecerles la oportunidad, más tarde, para que la calmaran, uno de los hombres hizo notar:

–Esa casa, jefe, es la más rara en la que he estado. ¡Maldita sea! No ha sido tocada desde hace cien años. Había un polvo tan grueso en el lugar que usted hubiera podido dormir sobre él sin lastimar sus huesos y el lugar estaba tan abandonado que olía como la misma Jerusalén. Pero la vieja capilla ¡esa sí que se llevaba el premio! Yo y mi compañero nunca deseamos huir tan rápido de un lugar. ¡Señor, por nada me habría quedado allí ni un momento luego del anochecer!

Habiendo estado en la casa, podía muy bien creerle, pero si hubiera sabido lo que yo sé, creo que habría elevado sus términos.

De una cosa ahora estoy satisfecho: de que todas las cajas que arribaron a Whitby desde Varna en el Demeter fueron depositadas a salvo en la vieja capilla de Carfax. Debe haber cincuenta de ellas allí, a menos que alguna haya sido removida… como me temo a partir del diario del doctor Seward.

Trataré de ver al transportista que se llevó las cajas desde Carfax cuando Renfield los atacó. Siguiendo esta clave, podremos aprender algo nuevo.

Más tarde. Mina y yo trabajamos durante todo el día y pusimos todos los papeles en orden.

Del diario de Mina Harker

30 de septiembre. Siento tanta alegría que me resulta difícil contenerme. Es probable que esto se deba a la reacción al miedo obsesivo que experimenté: que este terrible asunto y la reapertura de su vieja herida perjudicaran la salud de Jonathan. Lo vi salir hacia Whitby con todo el aplomo que fui capaz de demostrar, pero estaba enferma de aprensión. El esfuerzo, sin embargo, le ha hecho bien. Nunca estuvo tan resuelto, tan fuerte, ni tan lleno de energía volcánica como en ese momento. Es tal como ese querido y buen profesor Van Helsing dijo: tiene verdadero tesón y se fortalece ante

los obstáculos que matarían a una naturaleza más débil. Regresó lleno de vida, esperanza y determinación; tenemos todo en orden para esta noche. Me siento muy emocionada. Supongo que es preciso tener lástima de alguien que es tan perseguido como el conde. Solamente que... esa cosa no es humana... No es ni siquiera una bestia. Leer el relato del doctor Seward sobre la muerte de la pobre Lucy y todo lo que siguió, es suficiente para ahogar todos los sentimientos de compasión.

Más tarde. Lord Godalming y el señor Morris llegaron más temprano de lo esperado. El doctor Seward estaba afuera atendiendo unos asuntos y se había llevado a Jonathan con él, así que tuve que verlos. Fue un doloroso encuentro para mí, ya que me trajo de nuevo todas las esperanzas de la pobre Lucy de unos pocos meses atrás. Desde luego que habían escuchado a Lucy hablar de mí y parecía que el doctor Van Helsing también había estado "soplando mi trompeta", como lo expresara Morris. Pobres hombres, ninguno de ellos sabe que conozco todo acerca de las propuestas que le hicieron a Lucy. No sabían qué hacer o decir, ya que ignoraban la cantidad de mis conocimientos, así que tuvieron que mantenerse en temas neutrales. Sin embargo, examiné la cuestión y llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era ponerlos al tanto de la situación hasta la fecha. Sabía por el diario del doctor Seward que habían estado en la muerte de Lucy –su muerte real– y que no debía temer traicionar ningún secreto antes de tiempo. Por consiguiente, les dije de la mejor manera posible que había leído todos los documentos y diarios, y que mi esposo y yo, después de mecanografiarlos, acabábamos de terminar de ponerlos en orden. Les di una copia a cada uno de ellos, para que pudieran leerlos en la biblioteca. Cuando lord Godalming recibió la suya y la leyó cuidadosamente (era un legajo considerable de documentos), dijo:

–¿Ha escrito usted todo esto, señora Harker?

Asentí, y él agregó:

–No comprendo muy bien el fin de todo esto; pero son todos ustedes tan buenos y amables y han estado trabajando de manera tan enérgica y honrada, que lo único que puedo hacer es aceptar

todas sus ideas a ciegas y tratar de ayudarlos. Ya he recibido una lección al tener que aceptar hechos que son suficientes para hacer que un hombre se sienta triste hasta los últimos momentos de su vida. Además, sé que usted amaba a mi pobre Lucy...

Al llegar a este punto, se volvió y se cubrió el rostro con las manos. Alcancé a percibir el llanto en el tono de su voz. El señor Morris, con delicadeza instintiva, le puso una mano en el hombro, durante un momento, y luego salió lentamente de la habitación. Supongo que hay algo en la naturaleza femenina que hace que un hombre se sienta libre de desmoronarse ante ella y expresar sus sentimientos más tiernos y emotivos sin sentir que deroga su virilidad, porque cuando lord Godalming se encontró solo conmigo, se sentó en el sofá y se abandonó completa y abiertamente. Me senté a su lado y tomé su mano. Espero que no pensara que era un avance de mi parte y si alguna vez recordara esto, que nunca tenga tal idea. Lo juzgo mal: sé que nunca lo hará… es verdaderamente un caballero. Le dije, ya que podía ver que su corazón estaba destrozado:

–Amaba a la querida Lucy y sé lo que era para usted y lo que usted era para ella. Ella y yo éramos como hermanas y ahora se ha ido, ¿no me permitirá usted ser como una hermana para usted en su tribulación? Conozco las penas que ha tenido, aunque no pueda medir su profundidad. Si la simpatía y la compasión pueden ayudarlo en su aflicción, ¿no me permitirá serle algo útil, por el alma de Lucy?

En un instante, el pobre hombre se encontró abrumado por el dolor. Me pareció que todo lo que había tenido que sufrir en silencio hasta entonces brotaba de golpe. Se puso fuera de sí y, levantando las manos abiertas, hizo chocar las palmas, expresando la magnitud de su dolor. Se puso en pie y, un instante después, volvió a tomar asiento. Las lágrimas no cesaban de correrle por las mejillas. Sentí una enorme lástima por él, y sin pensarlo, abrí los brazos. Con un sollozo, apoyó su cabeza en mi hombro y lloró como un niño cansado, al tiempo que temblaba de emoción.

Nosotras, las mujeres, tenemos algo de madres que nos hace elevarnos sobre las cosas menos importantes cuando se invoca la maternidad; sentí que aquella cabeza de hombre presa del dolor reposaba sobre mí, como si fuera la del bebé que algún día podré

tener en el regazo, y le acaricié el pelo, como si se tratara de mi hijo. En aquel momento no pensé en lo extraño que era todo aquello. Luego de un rato, sus sollozos cesaron y se levantó con una disculpa, aunque no disimulaba su emoción. Me contó que en los días y noches pasados –días agotadores y noches en vela–, no había podido hablar con nadie, como debe hacer un hombre en sus momentos de aflicción. No había una mujer que pudiera darle su comprensión o con la que, debido a las terribles circunstancias por las que estaba rodeada su pena, pudiera hablar libremente.

–Ahora sé cuánto he sufrido –dijo, mientras secaba sus ojos–, pero todavía no sé, y ningún otro podrá nunca saber, cuánto bien me ha hecho su dulce comprensión. Lo sabré mejor con el tiempo y créame que, a pesar de que no soy desagradecido ahora, mi gratitud crecerá con mi entendimiento. Permítame ser como un hermano, ¿lo hará por todas nuestras vidas y por el amor de la querida Lucy?

–Por el amor de la querida Lucy –dije, mientras nos estrechábamos las manos.

–Ay, y por su propio bien –agregó–, ya que si vale la pena ganar la estima y la gratitud de un hombre, usted ha ganado las mías hoy. Si acaso el futuro le trajera un momento en el que necesitara la ayuda de un hombre, no llamará en vano. Quiera Dios que no llegue tal momento para quebrar el brillo del sol en su vida, pero si llegara a pasar, prométame que me lo hará saber.

Era tan serio y su pena, tan fresca, que sentí que debía reconfortarlo, así que dije:

–Lo prometo.

Cuando iba por el corredor, vi al señor Morris mirando a través de una ventana. Se dio vuelta al escuchar mis pasos.

–¿Cómo está Art? –dijo. Luego, notando mis ojos colorados, continuó:

–Ah, veo que usted ha estado consolándolo. ¡Pobre viejo amigo! Lo necesita. Nadie sino una mujer puede ayudar a un hombre cuando está en problemas del corazón y él no tenía a nadie que lo hiciera.

Soportó su propia tribulación tan valientemente que mi corazón sangró por él. Vi el manuscrito en sus manos y supe que, cuando leyera, se daría cuenta de lo mucho que yo sabía, así que le dije:

–Ojalá pudiera consolar a todos los que sufren. ¿Me permitirá ser su amiga y vendrá a mí por consuelo cuando lo necesite? Más tarde sabrá por qué le hablo así.

Vio que se lo decía con sinceridad y, haciéndome una reverencia, me tomó la mano, se la llevó a los labios y la besó. Parecía ser un consuelo demasiado pobre para un alma tan valerosa y desinteresada. Entonces, impulsivamente, me incliné y lo besé.

Sus ojos se le llenaron de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta. Luego, dijo, en tono tranquilo:

–¡Pequeña, nunca olvidará usted esa bondad sincera, en toda su vida!

Luego, se dirigió hacia el estudio, donde se encontraba su amigo.

–¡Pequeña!

La misma palabra con que se había referido a Lucy. ¡Pero demostró ser un amigo!

XVIII

Del diario del doctor Seward

30 de septiembre. Llegué a casa a las cinco y descubrí que Godalming y Morris no sólo habían llegado, sino que también habían estudiado las transcripciones de los distintos diarios y cartas que Harker y su fantástica esposa habían preparado y ordenado. Harker no había regresado aún de su visita a los transportadores de los que el doctor Hennessey me había escrito. La señora Harker nos dio una taza de té y honestamente puedo decir que, por primera vez desde que vivo aquí, esta vieja casa me pareció un hogar. Cuando terminamos, la señora Harker dijo:

–Doctor Seward, ¿puedo pedirle un favor? Quiero ver a su paciente, el señor Renfield. Permítame verlo. ¡Lo que usted ha dicho sobre él en su diario me interesa sobremanera!

Parecía tan suplicante y tan bonita que no pude negárselo; por consiguiente, la llevé conmigo. Cuando entré en la habitación, le dije al hombre que había una dama a la que le gustaría verlo, a lo cual respondió simplemente:

–¿Por qué?

–Está recorriendo la casa y quiere ver a todos los que están en ella –respondí.

–Oh, muy bien –dijo–, déjela entrar, desde luego, pero sólo espere un minuto hasta que arregle el lugar.

Su método de arreglo era peculiar: simplemente se tragó todas las moscas y arañas de las cajas antes de que pudiera detenerlo. Era por completo evidente que temía o estaba celoso de que se produjera alguna intromisión. Cuando había acabado con su desagradable tarea, dijo alegremente:

–Deje que pase la dama –y se sentó en el borde de su cama con la cabeza baja, pero los párpados alzados para poder verla cuando entrara.

Por un momento pensé que podía tener algún intento homicida; recordé cuán quieto había estado antes de atacarme en mi propio estudio y tuve el cuidado de pararme en donde pudiera sujetarlo de inmediato si intentaba saltar hacia ella. La señora Harker entró en la habitación con una gracia tan apacible que de inmediato se habría ganado el respeto de cualquier lunático, ya que la tranquilidad es una de las cualidades que los locos más respetan. Se le acercó, sonriendo amablemente, y le tendió la mano.

–Buenas tardes, señor Renfield –dijo–. Como puede ver, lo conozco, ya que el doctor Seward me ha contado sobre usted.

No replicó de inmediato, sino que la miró de arriba abajo con el ceño fruncido. Esta mirada dio paso a otra de sorpresa, que se convirtió en duda; luego, para mi asombro, dijo:

–Usted no es la muchacha con la que el doctor quería casarse, ¿no? No puede serlo, sabe, porque está muerta.

La señora Harker sonrió dulcemente al responder:

–¡Oh, no! Tengo un marido propio, con el que me he casado antes de conocer al doctor Seward o de conocerme él a mí. Soy la señora Harker.

–Entonces, ¿qué está haciendo usted aquí?

–Mi marido y yo estamos visitando al doctor Seward.

–Entonces, no lo hagan.

–Pero, ¿por qué?

Pensé que esta clase de conversación no sería agradable a la señora Harker, menos de lo que era para mí, así que intervine:

–¿Cómo supo usted que yo quería casarme con alguien?

Su respuesta fue simplemente despectiva, dada en una pausa en la que volvió sus ojos de la señora Harker a mí, para volverlos al instante hacia ella de nuevo:

–¡Qué pregunta tan estúpida!

–No veo que sea así en lo absoluto, señor Renfield –dijo la señora Harker, defendiéndome de inmediato. Le replicó con tanta cortesía y respeto como desdén me había mostrado antes:

–Usted entenderá, por supuesto, señora Harker, que cuando un hombre es amado y respetado como nuestro anfitrión, todo lo que se relaciona con él es de interés para nuestra pequeña comunidad.

El doctor Seward es amado no sólo por su familia y sus amigos, sino también por sus pacientes, quienes, aunque algunos de ellos difícilmente estén equilibrados mentalmente, son aptos para discernir causas de efectos. Dado que yo mismo he sido internado en un asilo de lunáticos, no puedo sino notar que las tendencias sofísticas de algunos de sus internos se acercan a los errores de "sin causa y por ignorancia del argumento".

Realmente abrí los ojos ante este nuevo desarrollo. Aquí estaba mi lunático preferido –el más sobresaliente de su tipo que jamás haya visto– hablando de filosofía elemental y con los modales de un culto caballero. Me preguntaba si era la presencia de la señora Harker la que le había tocado alguna cuerda de su memoria. Si esta nueva etapa era espontánea o de alguna manera se debía a su influencia inconsciente, ella debía tener algún don o poder extraño.

Continuamos hablando por algún tiempo y, viendo que él parecía ser razonable por completo, ella se aventuró, mirándome inquisitivamente al comenzar, a llevarlo hacia su tópico favorito. De nuevo me asombré, ya que él abordó la cuestión con la imparcialidad de una persona completamente sana; incluso él mismo se tomó como ejemplo cuando mencionaba ciertas cosas.

–Yo mismo soy un ejemplo de hombre con extrañas creencias. En efecto, no fue asombroso que mis amigos se alarmaran e insistieran en que fuera puesto bajo control. Acostumbraba imaginar que la vida es una entidad positiva y perpetua, y que al consumir multitud de seres vivos, por muy bajos que se encuentren éstos en la escala de la creación, es posible prolongar la vida indefinidamente. A veces creía en ello con tanta firmeza que trataba de comer carne humana. El doctor, aquí presente, confirmará que una vez traté de matarlo con el fin de fortalecer mis poderes vitales, asimilando su vida, por medio de su sangre, en mi propio cuerpo, fiándome, por supuesto, de la frase de las Escrituras: "Ya que la sangre es la vida". Aunque, en realidad, el vendedor ambulante de cierto remedio ha vulgarizado el tópico hasta llevarlo al desprecio, ¿no es eso verdad, doctor?

Asentí con la cabeza, ya que estaba tan asombrado que difícilmente sabía qué debía pensar o decir; era difícil imaginar que lo había visto comiéndose sus arañas y moscas hacía apenas cinco

minutos. Miré mi reloj y vi que debía ir a la estación a encontrar a Van Helsing, así que le dije a la señora Harker que era hora de partir. Se puso en marcha de inmediato, luego de decirle amablemente al señor Renfield:

–Adiós y espero verlo con frecuencia, bajo más agradables auspicios para usted –a lo cual, para mi sorpresa, él replicó:

–Adiós, mi querida. Ruego a Dios que no vea jamás su dulce rostro de nuevo. ¡Que Él la bendiga y proteja!

Cuando fui a la estación a encontrar a Van Helsing, dejé a los muchachos en casa. El pobre Art parecía más animado de lo que había estado desde que Lucy cayera enferma y Quincey estaba mucho más cerca de ser el que era, de lo que lo ha estado durante tantos días.

Van Helsing bajó del vagón con la agilidad ansiosa de un chico. Me vio de inmediato y se precipitó hacia mí, diciendo:

–Ah, amigo John, ¿cómo va todo? ¿Bien? ¡Bueno! He estado ocupado, pero he venido aquí para quedarme si es necesario. Todos los asuntos están arreglados y tengo mucho que contarle. La señora Mina, ¿está con usted? Sí. ¿Y también su buen marido? Y Arthur y mi amigo Quincey, ¿están con usted también? ¡Bueno!

Mientras conducía hasta la casa, le conté lo que había pasado y cómo mi propio diario se había vuelto de alguna utilidad a través de la sugerencia de la señora Harker, a lo que el profesor me interrumpió:

–¡Ah, esa maravillosa señora Mina! Tiene el cerebro de un hombre –el cerebro que tendría un hombre muy bien dotado– y el corazón de una mujer. El buen Dios la formó con algún propósito, créame, cuando hizo tan buena combinación. Amigo John, hasta ahora la fortuna ha hecho que esta mujer nos ayudara; después de esta noche, no debe tener nada que ver con este terrible asunto. No es bueno que corra un riesgo tan grande. Nosotros los hombres estamos decididos –¿acaso no lo hemos prometido?– a destruir a este monstruo, pero no es un trabajo para una mujer. Aunque no fuera lastimada, su corazón puede fallarle ante tantos horrores y de ahí en más sufriría, tanto despierta, por sus nervios, como dormida, por sus sueños. Y además, es una mujer joven y no hace mucho que

está casada; debe tener otras cosas en qué pensar dentro de un tiempo, si no ahora. Usted me dice que ella ha escrito todo; por lo tanto debe consultarlo con nosotros, pero mañana se despedirá de este trabajo y seguiremos solos.

Estuve de acuerdo con él de corazón y entonces le conté lo que habíamos encontrado en su ausencia: que la casa que Drácula había comprado era la misma que lindaba con la mía. Se asombró y una gran preocupación pareció apoderarse de él.

–¡Oh, si lo hubiéramos sabido antes! –dijo–, así podríamos haberlo alcanzado a tiempo para salvar a la pobre Lucy. Sin embargo, "de la leche que se desperdicia no hay que lamentarse después", como usted dice. No pensaremos en eso, sino que seguiremos nuestro camino hasta el final.

Entonces cayó en un silencio que duró hasta que llegamos. Antes de ir a prepararnos para la cena, le dijo a la señora Harker:

–Me he enterado, señora Harker, por mi amigo John, que usted y su marido han puesto en un orden exacto todas las cosas que han sucedido hasta el momento.

–No hasta este momento, profesor –dijo impulsivamente ella–, sino hasta esta mañana.

–Pero, ¿por qué no hasta ahora? Hemos visto hasta ahora cuánta luz nos han dado las pequeñas cosas. Nos hemos contado nuestros secretos y eso no ha sido peor para nadie.

La señora Harker comenzó a ruborizarse y tomando un papel de su bolsillo, dijo:

–Doctor Van Helsing, lea esto y dígame si debo incluirlo. Es mi registro de hoy. He visto yo también la necesidad de anotar todo hasta el momento, sin importar su trivialidad, pero hay muy poco en esto, excepto lo que es personal. ¿Debo incluirlo?

El profesor lo leyó con seriedad y se lo devolvió, diciendo:

–No necesita incluirse, si usted no lo desea, pero le ruego que lo haga. Puede hacer que su marido la ame más y todos nosotros, sus amigos, la respetemos más… tanto como estimarla y quererla más. Ella tomó el papel, ruborizándose de nuevo, con una brillante sonrisa.

De modo que ahora, en este mismo momento, todos los registros que tenemos están completos y en orden. El profesor llevó una copia al estudio, luego de la cena, y antes de nuestro encuentro, fijado para las nueve en punto. El resto de nosotros ya ha leído todo, así que cuando nos encontremos en el estudio estaremos informados de los hechos y podremos armar nuestro plan de combate con este enemigo terrible y misterioso.

Del diario de Mina Harker

30 de septiembre. Cuando nos reunimos en el estudio del doctor Seward, dos horas después de la cena (que fue a las seis de la tarde) formamos de manera inconsciente una especie de junta o comité. El profesor Van Helsing se sentó en la cabecera de la mesa, en el sitio que le indicó el doctor Seward en cuanto entró en la habitación. De inmediato me pidió que me sentara a su derecha y me rogó que actuara como secretaria: Jonathan se sentó a mi lado, y frente a nosotros se encontraban lord Godalming, el doctor Seward y el señor Morris. lord Godalming estaba ubicado al lado del profesor y el doctor Seward en el centro. El profesor dijo:

–Supongo que debo dar por sentado que todos estamos al tanto de los hechos que hay en estos papeles.

Todos expresamos nuestro consentimiento y él siguió:

–Entonces, creo que sería bueno que les dijera algo acerca de la clase de enemigo con la que tenemos que enfrentarnos. Haré entonces que sepan algo de la historia de este hombre, que ha sido investigado por mí. Por lo tanto, luego podremos discutir cómo actuaremos y podremos tomar las medidas adecuadas.

–Existen seres que son como vampiros; algunos de nosotros tienen la evidencia de que existen. Aunque no tuviéramos la prueba de nuestra propia infeliz experiencia, las enseñanzas y los registros del pasado dan pruebas suficientes para la gente sensata. Admito que yo era escéptico al principio. Si no fuera porque a través de largos años me he entrenado para mantener la mente abierta, no lo hubiera podido creer hasta que los hechos tronaran en mis oídos:

"¡Vea, vea, lo probamos, lo probamos!". ¡Maldición! Si hubiera sabido desde el principio lo que sé ahora –o al menos lo hubiera sospechado–, una valiosa vida se habría salvado para todos los que la amábamos. Pero eso ya pasó, y ahora debemos trabajar para que otras pobres almas no corran peligro, mientras podamos salvarlas. El Nosferatu no es como la abeja, no muere una vez que clava su aguijón. Solamente se hace más fuerte y, siendo más fuerte, tiene aún más poder para hacer daño. El vampiro que se encuentra entre nosotros es tan fuerte como veinte hombres, es más astuto que cualquier mortal, ya que su astucia ha crecido con los años; tiene además la ayuda de la necromancia, la cual, como su etimología lo implica, es la facultad de adivinación a través de los muertos y todos los muertos a los que puede acercarse le obedecen; es brutal y más que brutal; es el demonio en persona y su corazón no es tal; él puede, sin limitaciones, aparecer a voluntad cuando y donde lo desee y en cualquiera de las formas que le son propias; dentro de ciertos límites, puede dirigir los elementos: las tormentas, la niebla, el trueno; puede mandar sobre todas las cosas más despreciables: la rata, el búho, el murciélago, la mariposa de la noche, el zorro y el lobo; puede crecer y volverse pequeño y puede, a veces, desvanecerse y no ser visto. ¿Cómo iniciaremos entonces nuestra lucha para destruirlo? ¿Cómo encontraremos dónde está y, una vez que lo sepamos, cómo podemos destruirlo? Mis amigos, esto es demasiado; es una tarea terrible la que vamos a emprender y sus consecuencias pueden hacer temblar al más valiente. Pues si perdemos en ésta, nuestra lucha, él será quien gane y entonces, ¿qué final nos espera? La vida no es nada: no me importa perderla. Pero fallar aquí no es meramente cuestión de vida o muerte. Es que nos volveríamos como él, que de ahí en más, nos convertiríamos en horribles cosas de la noche como él –sin corazón ni conciencia, alimentándonos de los cuerpos y las almas de aquellos que más amamos–. Para nosotros se cerrarán por siempre las puertas del Cielo, porque, ¿quién nos las abriría de nuevo? Seríamos aborrecidos por todos por siempre, un borrón para la luz del rostro divino, una flecha en el costado de Aquél que murió por los hombres. Pero estamos cara a cara con el deber y en ese caso, ¿podemos echarnos

atrás? En lo que a mí respecta, digo no, aunque sea viejo y la vida, con su brillo de sol, sus lugares bonitos, el gorjeo de sus pájaros, su música y su amor, yace lejos de mí. Ustedes son jóvenes. Algunos han visto el dolor, pero hay días bellos aún esperándolos. ¿Qué dicen?

Mientras estaba hablando, Jonathan había tomado mi mano. Temí –¡oh, cuánto!– que la naturaleza espantosa de nuestro peligro lo abrumara, pero reviví al sentir su tacto, tan fuerte, tan seguro de sí, tan decidido. La mano de un hombre valiente puede hablar por sí misma; ni siquiera necesita el amor de una mujer para escuchar su música.

Cuando el profesor había hecho su discurso, mi marido me miró a los ojos y yo a él; no hubo necesidad de que nos habláramos.

–Respondo por Mina y por mí –dijo.

–Cuente conmigo, profesor –dijo el señor Quincey Morris, lacónicamente como siempre.

–Estoy con usted –dijo lord Godalming– por el bien de Lucy, aunque no sea por otra razón.

El doctor Seward simplemente asintió con la cabeza. El profesor se levantó y, luego de dejar su crucifijo de oro sobre la mesa, extendió sus manos a ambos lados. Tomé su mano derecha y lord Godalming la izquierda; Jonathan tomó mi derecha con su izquierda y estrechó a su vez la del señor Morris. De modo que, al tomarnos de la mano, nuestro pacto solemne fue hecho. Sentí el corazón frío como el hielo, pero ni siquiera se me ocurrió echarme atrás. Tomamos de nuevo nuestros lugares y el doctor Van Helsing siguió con una suerte de entusiasmo que mostraba que el trabajo serio había comenzado. Debía ser tomado tan seria y metódicamente como cualquier otras transacción en la vida:

–Bien, ustedes saben contra qué tenemos que luchar, pero nosotros tampoco carecemos de fuerza. Tenemos de nuestro lado el poder de la asociación, un poder negado a los vampiros; tenemos los recursos de la ciencia; somos libres para actuar y pensar; y las horas del día y de la noche son nuestras por igual. De hecho, en lo que respecta a nuestros poderes, nada los afecta y somos libres de

usarlos. Somos devotos de una causa y tenemos un fin que realizar que no es egoísta. Eso es mucho.

–Ahora, veamos cuáles son los límites de los poderes generales ordenados contra nosotros y cómo los individuales no están limitados. En síntesis, consideremos las limitaciones del vampiro en general y de éste en particular.

–Todo lo que tenemos son las tradiciones y las supersticiones. En principio, éstas no parecen mucho, cuando se trata de un asunto de vida o muerte; no, más que de vida o muerte. Sin embargo, debemos estar satisfechos; en primer lugar, porque tenemos que estarlo –ningún otro medio está bajo nuestro control– y en segundo lugar, porque, después de todo, estas cosas –la tradición y la superstición– lo son todo. ¿No se basan los demás en la creencia en los vampiros, aunque por desgracia no nosotros? Hace un año atrás, ¿quién de nosotros habría considerado semejante posibilidad, en medio de nuestro científico, escéptico y positivista siglo diecinueve? Si hasta rechazamos una creencia que vimos justificada bajo nuestros propios ojos… Admitamos, entonces, que el vampiro, y la creencia en sus limitaciones y su cura, descansan por el momento sobre una misma base. Porque, permitidme que os diga que es conocido en todas partes en las que ha estado el hombre. En la antigua Grecia, en la antigua Roma; florece en Alemania toda, en Francia, en la India, incluso en el Quersoneso y en la China, tan lejos de nosotros en todo sentido, incluso allí él está y las gentes le temen hoy mismo. Ha seguido el despertar del Berserker islandés, de los hunos engendrados por el diablo, los eslavos, los sajones, los magiares. De manera que, entonces, tenemos todo contra lo que vamos a actuar y permitidme que os diga que muchas de las creencias son justificadas por lo que hemos visto en nuestra propia y tan desdichada experiencia. El vampiro está vivo y no puede morir por el mero paso del tiempo; puede florecer cuando puede alimentarse de la sangre de los vivos. Aún más, hemos visto entre nosotros que incluso puede rejuvenecer, que sus facultades vitales se vuelven vigorosas y parece como si se refrescaran cuando su pábulo especial es abundante. Pero no puede prosperar sin esta dieta; no come como los demás. Ni siquiera el amigo Jonathan,

quien vivió con él durante semanas, lo vio comer jamás. No arroja sombra; no se refleja en el espejo, como Jonathan también observara. Tiene la fuerza de muchos en su mano; Jonathan fue testigo cuando cerró la puerta a los lobos y cuando le ayudó a bajar de la diligencia. Él mismo puede transformarse en lobo, como dedujimos del arribo del barco a Whitby, cuando despedazó a un perro; puede ser un murciélago, como lo vio la señora Mina en la ventana en Whitby y como el amigo John lo vio volar desde esta casa tan cercana y como mi amigo Quincey lo vio en la ventana de la señorita Lucy. Puede llegar en la niebla que él mismo crea –aquel noble capitán del barco lo probó– pero, por lo que sabemos, la distancia que puede hacer esta niebla es limitada y solo puede estar a su alrededor. Viene en la luz de la luna como polvo elemental, tal como de nuevo Jonathan vio a esas hermanas en el castillo de Drácula. Se vuelve muy pequeño; nosotros mismos vimos a la señorita Lucy, antes de descansar en paz, deslizarse a través de un espacio del grosor de un cabello en la puerta del panteón. Puede, una vez que encuentra la manera, salir o entrar de cualquier parte, sin importar cuán cerrado esté o incluso sellado con fuego, como lo que llamáis soldadura. Puede ver en la oscuridad; no se trata de un poder menor en un mundo cuya mitad está cerrada a la luz. ¡Ah!, pero escuchad más. Puede hacer todas estas cosas, pero aún así no es libre. No, es aún más prisionero que un esclavo en galeras, que un loco en su celda. No puede ir adonde quiera; él que no es de la naturaleza tiene igual que obedecer algunas leyes de la naturaleza… no sabemos por qué. No puede entrar en principio en ninguna parte, a menos que haya alguien de la casa que lo invite a pasar; aunque después puede ir cuando le plazca. Su poder cesa, como el de todas las cosas malignas, con la llegada del día. Solamente en determinados momentos puede tener cierta libertad. Si no se encuentra en el lugar al que está ligado, solamente puede cambiarse al mediodía o exactamente al amanecer o anochecer. Estas son las cosas que se nos dicen y en este registro nuestro tenemos pruebas por inferencia. Pero aunque pueda hacer su voluntad dentro de sus límites, cuando tiene su casa de tierra, su casa-ataúd, su casa infernal, el lugar maldito, como vimos cuando fue a la tumba del

suicidio en Whitby; no obstante, en otros momentos, solamente puede cambiar cuando llega el momento. Se dice también que solamente puede cruzar corrientes de agua si están quietas o crecidas. Además, hay cosas que lo afectan tanto que no tiene poder, como el ajo que conocemos y algunos objetos sagrados, como este símbolo, mi crucifijo, que está siempre entre nosotros, incluso ahora, cuando tomamos una resolución; para ellos, él no es nada, sino que ante su presencia, se mantiene alejado y silencioso, con respeto. Hay otras cosas también, de las que les hablaré, por si las necesitamos en nuestra búsqueda. La rama de la rosa salvaje sobre su ataúd evita que se mueva de él; una bala sagrada disparada dentro del féretro lo mata dejándolo verdaderamente muerto y en cuanto a la estaca que lo atraviesa, ya sabemos que le da paz o el hecho de cortarle la cabeza, que le permite descansar. Lo hemos visto con nuestros ojos. Por lo tanto, cuando descubramos dónde habita éste–que–fue–hombre, podemos confinarlo a su ataúd y destruirlo, si obedecemos a lo que sabemos. Pero es listo. Le he pedido a mi amigo Arminius, de la Universidad de Budapest, que haga su registro y, por todos los medios que tiene, me diga quién ha sido. Debe ser, mejor dicho, ha sido ese voivoda Drácula que ganó su nombre contra los turcos, sobre el gran río en la misma frontera de la tierra turca. Si es así, entonces no era un hombre común, ya que en aquel momento y durante siglos, se habló de él como del más listo y el más astuto, así como también el más valiente de los hijos de la "tierra al otro lado del bosque". Esa mente extraordinaria y esa resolución de hierro se fueron con él a su tumba e incluso ahora se ordenan contra nosotros. Los Drácula fueron, dice Arminius, una raza grande y noble, aunque de vez en cuando hubo vástagos cuyos coetáneos consideraron que habían hecho tratos con el Maligno. Aprendieron sus secretos en la Escoliomancia, entre las montañas sobre el lago Hermanstadt, donde el demonio reclama al décimo estudiante como su tributo. En los registros hay palabras tales como *stregoica* ("bruja"), *ordog* y *pokol* ("Satán" e "infierno") y en un manuscrito este mismo Drácula es llamado *wampyr*, lo que entendemos demasiado bien. Ha habido grandes hombres y buenas mujeres en su genealogía y sus tumbas convierten en sagrada la

tierra en la que esta obscenidad sola puede morar. Pues no es el menor de sus terrores el que este demonio esté enraizado profundamente en todo lo bueno; en suelo desprovisto de memorias sagradas no puede descansar.

Mientras el profesor hablaba, el señor Morris miraba fijamente la ventana y ahora se levantó tranquilamente y salió de la habitación. Hubo una pequeña pausa y luego el profesor continuó:

–Y ahora, debemos decidir qué haremos. Tenemos aquí muchos datos y debemos proceder a planear nuestra campaña. Sabemos por la averiguación de Jonathan que del castillo a Whitby llegaron cincuenta cajas de tierra, todas las cuales fueron despachadas en Carfax; también sabemos que al menos algunas de estas cajas han sido removidas. Me parece que nuestro primer paso sería comprobar si todo el resto permanece en la casa al otro lado de la pared que vimos hoy o si han removido alguna más. Si lo último, debemos rastrear…

En ese momento fuimos interrumpidos de una manera espantosa. Fuera de la casa, sonó un disparo de pistola; el cristal de la ventana se hizo añicos con una bala que rebotando en lo alto del alféizar, dio en la pared lejana del cuarto. Me temo que en el fondo soy cobarde, ya que grité. Todos los hombres se pararon de un salto; lord Godalming se precipitó a la ventana y la abrió. Cuando lo hizo, escuchamos la voz del señor Morris desde afuera:

–¡Disculpen! Me temo que los he alarmado. Entraré y les contaré sobre esto.

Un minuto después, entró y dijo:

–Fue una idiotez de mi parte y le pido perdón, señora Harker, muy sinceramente; me temo que los he asustado terriblemente. Pero el hecho es que mientras el profesor estaba hablando, apareció un gran murciélago en el alféizar. Me horroricé tanto de esas malditas bestias a partir de los eventos recientes que no puedo soportarlas y salí para dispararle, como he estado haciendo últimamente en cualquier lugar en que haya visto uno. Tú solías reírte de mí por ello entonces, Art.

–¿Le dio usted? –preguntó Van Helsing.

–No lo sé; imagino que no, ya que voló hacia el bosque.

Sin decir nada más, tomó su asiento y el profesor comenzó a resumir su exposición:

–Debemos rastrear cada una de esas cajas y cuando estemos listos, debemos capturar o matar a este monstruo en su madriguera o, por así decir, esterilizar la tierra para que nunca más pueda refugiarse en ella. Así, al fin, podremos encontrarlo en su forma humana entre las horas del mediodía y la puesta del sol y entonces enfrentarnos con él cuando esté más débil.

–Y en cuanto a usted, señora Mina, esta noche es la última hasta que todo esté bien. Usted es demasiado valiosa para nosotros como para correr semejante riesgo. Cuando nos separemos esta noche, usted no debe hacer más preguntas. Le diremos todo a su debido tiempo. Somos hombres y somos capaces de soportarlo, pero usted debe ser nuestra estrella y nuestra esperanza y actuaremos más libremente si usted no está en peligro, como estaremos nosotros.

Todos los hombres, incluso Jonathan, parecieron aliviados, pero no me pareció bien que enfrentaran el peligro y quizá con menos seguridad –la fuerza era la mejor seguridad– por preocuparse por mí, pero estaban decididos y, aunque era una píldora amarga de tragar para mí, no pude decir nada, salvo aceptar su caballeresco cuidado.

El señor Morris resumió la discusión:

–Como no hay tiempo que perder, voto porque echemos un vistazo a esa casa ahora mismo. El tiempo lo es todo con él y la acción rápida de nuestra parte puede salvar a otra víctima.

Reconozco que mi corazón comenzó a fallar cuando el momento de la acción se acercaba, pero no dije nada, porque más temía que si aparecía como un estorbo o un impedimento para su trabajo, pudieran incluso dejarme fuera de sus reuniones. Ahora, han ido a Carfax con intenciones de entrar en la casa.

Como hombres, me han dicho que fuera a la cama y durmiera, ¡como si una mujer pudiera dormir cuando aquellos que ama están en peligro! Me acostaré y pretenderé que duermo, para que Jonathan no se inquiete por mí cuando regrese.

Del diario del doctor Seward

1º de octubre, cuatro de la mañana. Nos disponíamos a salir de la casa cuando, en el mismo momento, me llegó un mensaje de Renfield. Me rogaba que fuera a verlo inmediatamente, debido a que tenía que comunicarme algo de la mayor importancia. Le dije al mensajero que le comunicara que cumpliría sus deseos por la mañana; que estaba ocupado en esos momentos. El enfermero añadió:

–Parece muy molesto, señor. Nunca lo he visto tan ansioso. Si usted no lo ve pronto, no sé si no tendrá uno de sus ataques violentos.

Sabía que el hombre no habría dicho esto sin alguna causa, así que respondí:

–Bueno, iré ahora –y les pedí a los otros que me esperaran unos pocos minutos, ya que tenía que ir y ver a mi paciente.

–Lléveme con usted, amigo John –dijo el profesor–. El caso de su diario me interesó mucho y estaba relacionado de alguna manera con nuestro caso. Me gustaría mucho verlo y especialmente cuando su mente está perturbada.

–¿Puedo ir yo también? – preguntó lord Godalming.

–¿Y yo? –dijo Quincey Morris. Asentí con la cabeza y todos bajamos juntos por el pasillo.

Lo encontramos en un estado de excitación considerable, pero mucho más razonable en su modo de hablar y en sus modales de lo que lo había visto nunca. Tenía una comprensión inusitada de sí mismo, que iba más allá de todo lo que había encontrado hasta entonces en los lunáticos, y daba por sentado que sus razonamientos prevalecerían con otras personas cuerdas. Entramos los cinco en la habitación, pero, al principio, ninguno de los otros dijo nada. Su petición era la de que lo dejara salir inmediatamente del asilo y que lo mandara a su casa. Apoyaba su súplica con argumentos relativos a su recuperación completa, y ponía como ejemplo su propia cordura de ese momento.

– Apelo a sus amigos –dijo–; a ellos tal vez no les interese establecer un juicio sobre mi caso. A propósito, usted no me ha

presentado.

Yo estaba tan asombrado que la rareza de presentar a un loco en un asilo no me impactó en ese momento y además, había cierta dignidad en los modales del hombre, tanto del hábito de la igualdad, que de inmediato hice las presentaciones:

–Lord Godalming, el profesor Van Helsing, el señor Quincey Morris, el señor Renfield.

Estrechó las manos de cada uno de ellos, diciendo a su turno:

–Lord Godalming, tuve el honor de secundar a su padre en el Windham; lamento saber, porque usted tiene el título, que él ya no está más. Era un hombre amado y respetado por todos los que lo conocimos y en su juventud fue, he escuchado, el inventor de un ponche de ron quemado, muy apreciado en la noche de Derby. Señor Morris, usted debe estar orgulloso de su gran estado. Su recepción en la Unión fue un precedente que puede tener efectos de largo alcance a partir de ahora, cuando el Polo y los Trópicos pueden lograr una alianza con las Barras y Estrellas. El poder del Tratado puede aún resultar un vasto motor de expansión, cuando la doctrina de Monroe tome su verdadero lugar como fábula política. ¿Qué diría cualquier hombre de su placer al encontrarse con el doctor Van Helsing? Señor, no pido disculpas por abandonar todas las formas de prejuicios convencionales. Cuando un individuo ha revolucionado la terapia por su descubrimiento de la evolución continua de la masa cerebral, las formas convencionales son innecesarias, ya que parecerían limitarlo a una sola clase. Ustedes, caballeros que, por nacionalidad, por herencia o por la posesión de dones naturales, están capacitados para tomar sus respectivos lugares en este mundo movedizo, serán testigos de que soy un hombre tan sano como al menos la mayoría de los hombres que están en completa posesión de sus libertades. Y estoy seguro de que usted, doctor Seward, humanitario y médico jurista tanto como científico, lo considerará un deber moral el ocuparse de mí como de uno a ser considerado bajo circunstancias excepcionales –hizo esta última apelación con un aire de convicción tan cortés que no carecía de su encanto.

Creo que todos estábamos azorados. Yo, por mi parte, tenía la convicción, a pesar de mi conocimiento del carácter y la historia del

hombre, de que su razón se había recuperado y sentí un fuerte impulso de decirle que estaba satisfecho con su sanación y me ocuparía de las necesarias formalidades para su alta en la mañana. Pensé que era mejor esperar, sin embargo, antes de hacer una declaración tan seria, ya que por experiencia conocía los cambios súbitos a los que era propenso este paciente en particular. Por lo tanto, me contenté con hacer una exposición general acerca de que él parecía haber mejorado muy rápidamente, que yo tendría una charla más prolongada con él en la mañana y entonces, vería qué podía hacer en cuanto a la satisfacción de sus deseos. Esto no lo satisfizo en absoluto, así que dijo rápidamente:

–Pero me temo, doctor Seward, que usted difícilmente haya captado mi deseo. Deseo irme de inmediato… aquí… ahora… en este mismo momento… si puedo. El tiempo apremia y nuestro acuerdo implícito con el viejo de la guadaña es parte esencial del contrato. Estoy seguro de que solamente es necesario que exponga ante un facultativo tan admirable como el doctor Seward, un deseo tan simple, aunque tan trascendente, para asegurar su cumplimiento.

Me miró inteligentemente y, al ver la negativa en mi rostro, se volvió hacia los demás y los examinó detenidamente. Al no encontrar una reacción suficientemente favorable, continuó diciendo:

–¿Es posible que me haya equivocado en mi suposición?

–Así es –le dije francamente, pero, al mismo tiempo, como lo comprendí enseguida, con brutalidad.

Se produjo una pausa bastante larga y, luego, dijo lentamente:

–Entonces, supongo que deberé cambiar solamente el modo en que he formulado mi petición. Déjeme que le ruegue esa concesión, don, privilegio, o como quiera usted llamarlo. En un caso semejante, me veo contento de implorar, no por motivos personales, sino por amor de otros. No estoy en libertad para facilitarle a usted todas mis razones, pero puede usted, se lo aseguro, aceptar mi palabra de que son buenas, sanas y no egoístas, y que proceden de un alto sentido del deber. Si pudiera usted mirar dentro de mi corazón, señor, aprobaría de manera irrestricta los sentimientos que me animan. Además, me contaría usted entre los mejores y los más sinceros de sus amigos.

Nuevamente nos miró con ansiedad. Tenía el convencimiento cada vez mayor de que su cambio repentino de método intelectual era solamente otra forma o fase de su locura y, por consiguiente, tomé la determinación de dejarlo hablar todavía un poco, sabiendo por experiencia que, al fin, como todos los lunáticos, se denunciaría él mismo. Van Helsing lo miraba con gran intensidad, sus cejas pobladas casi encontrándose con la fija concentración de su mirada. Le dijo a Renfield en un tono que no me sorprendió en el momento, sino solamente cuando pensé en él, más tarde… ya que era el de uno que se está dirigiendo a un igual:

–¿No puede usted decir francamente la verdadera razón por la que desea estar libre esta noche? Le prometo que si usted me satisface a mí –un extranjero, sin prejuicio y con el hábito de mantener una mente abierta–, el doctor Seward le dará, a su propio riesgo y bajo su propia responsabilidad, el privilegio que usted busca.

Renfield sacudió la cabeza tristemente y con una expresión de enorme sentimiento. El profesor siguió diciendo:

–Vamos, señor mío, piénselo bien. Pretende usted gozar del privilegio de la razón en su más alto grado, puesto que trata usted de impresionarnos con su capacidad para razonar. Hace usted algo cuya cordura tenemos derecho a poner en duda, debido a que no ha sido todavía dado de alta del tratamiento médico a causa de un defecto mental precisamente. Si no nos ayuda usted a escoger lo más razonable, ¿cómo quiere usted que llevemos a cabo los deberes que usted mismo nos ha fijado? Sería conveniente que nos ayudara, y si podemos hacerlo, lo ayudaremos para que sus deseos sean satisfechos.

Renfield volvió a sacudir la cabeza, y dijo:

–Doctor van Helsing, nada tengo que decir. Su argumento es completo y si tuviera libertad para hablar, no dudaría ni un solo momento en hacerlo, pero no soy yo quien tiene que decidir en ese asunto. Lo único que puedo hacer es pedirles que confíen en mí. Si me niegan esa confianza, la responsabilidad no será mía.

Pensé que era tiempo de terminar la escena, la que se estaba volviendo cómicamente seria, así que fui hacia la puerta, diciendo simplemente:

–Venid, amigos, tenemos trabajo que hacer. Buenas noches.

Sin embargo, cuando estaba cerca de la puerta, un nuevo cambio se apoderó del paciente. Se movió hacia mí tan rápidamente que temí que estuviera por hacer otro ataque homicida. Mis temores, no obstante, eran infundados, ya que alzó sus dos manos de modo implorante e hizo su petición de una manera conmovedora. Cuando vio que el mismo exceso de su emoción estaba militando en su contra, volviéndonos más a nuestras viejas relaciones, se volvió aún más demostrativo. Observé a Van Helsing y él vio la convicción reflejada en mis ojos, así que me volví un poco más firme en mi forma de actuar, si no más severo, y le indiqué que sus esfuerzos eran inútiles. Previamente había visto algo del mismo crecimiento constante de la inquietud que había tenido al hacer algunos pedidos sobre los que había pensado mucho, como, por ejemplo, cuando quería un gato y yo estaba preparado para ver el colapso hacia la misma aquiescencia malhumorada en esta ocasión. Mi expectativa no se cumplió, ya que, cuando vio que su apelación no sería exitosa, entró por completo en un estado frenético. Cayó de rodillas y levantando sus manos, retorciéndolas en una súplica dolorosa y lloró copiosamente, con las lágrimas rodándole por las mejillas y toda la cara y el cuerpo expresando la más profunda emoción:

–Déjeme que le suplique, doctor Seward, oh, déjeme implorarle que me deje salir de esta casa de inmediato. Envíeme cómo y adónde quiera; envíe cuidadores conmigo, con látigos y cadenas; deje que me lleven en una camisa de fuerza, maniatado y con grilletes, incluso a la cárcel, pero déjeme salir de aquí. Le hablo desde lo más profundo de mi corazón… de mi propia alma. Usted no sabe con quién se equivoca y cómo, y yo no puedo decírselo. ¡Ay de mí! No puedo. Por todo lo que considera sagrado… por todo lo que más quiera… por su amor que está perdido… por su esperanza que vive… por el amor del Todopoderoso, ¡sáqueme de aquí y salve mi alma de culpa! ¿No puede oírme, hombre? ¿No puede entender? ¿Nunca aprenderá? ¿No sabe que estoy sano y hablo en serio ahora, que no soy un lunático con un ataque de locura, sino un cuerdo luchando por su alma? ¡Oh, escúcheme! ¡Escúcheme! ¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir!

Pensé que cuanto más durara todo aquello tanto más furioso se pondría y que, así, le daría otro ataque de locura. Por consiguiente, lo tomé de la mano e hice que se levantara.

–Vamos –le dije con firmeza –. No continúe esa escena; ya la hemos presenciado bastante. ¡Vaya a su cama y trate de comportarse de modo más discreto!

Repentinamente guardó silencio y me miró un momento fijamente. Luego, sin pronunciar una sola palabra, se volvió y se sentó al borde de la cama. El colapso se había producido, como en ocasiones anteriores, tal como yo lo había esperado.

Cuando me disponía a salir de la habitación, el último del grupo, me dijo, con voz tranquila y bien controlada:

–Espero, doctor Seward, teniendo en cuenta lo que pueda suceder más adelante, que haya yo hecho todo lo posible por convencerlo a usted esta noche.

XIX

Del diario de Jonathan Harker

1º de octubre, cinco de la mañana. Salí con el grupo para llevar a cabo la investigación con la mente despejada, debido a que creo que no había visto nunca a Mina tan firme y tan bien. Me alegró mucho que estuviera de acuerdo en apartarse y dejar que nosotros, los hombres, nos encargáramos del trabajo. De alguna manera, para mí resultaba como una pesadilla que estuviera mezclada en un asunto tan terrible. Ahora que su trabajo está hecho y que se debe a su energía e inteligencia, así como a su previsión, que toda la historia haya sido reunida, de tal modo que cada detalle tiene significado, puede sentir satisfaccción con todo derecho y estar segura de que ha llevado a cabo su parte y que, en adelante, puede dejar que nosotros nos encarguemos de todo el resto. Creo que estábamos todos un poco molestos por la escena que había tenido lugar con el señor Renfield. Cuando salimos de su habitación, guardamos todos silencio hasta que regresamos al estudio. Una vez allí, el señor Morris dijo, dirigiéndose al doctor Seward:

–Dígame, Jack, si ese hombre no estaba tratando de engañarnos creo que es el lunático más cuerdo que he conocido. No estoy seguro, pero todo me hace pensar que tenía un propósito serio, y si así era, me parecía muy duro no darle una oportunidad.

Lord Godalming y yo guardamos silencio, pero el doctor Van Helsing añadió:

–Amigo John, conoce usted a más lunáticos que yo, y me alegro de ello, porque temo que si fuera yo quien tuviera que decidir, lo hubiera dejado en libertad antes de que se produjera ese ataque de neurosis. Pero vivimos aprendiendo y en el momento actual no debemos correr riesgos inútiles, como diría mi amigo Quincey. Todos están mejor como están.

El doctor Seward pareció responderles a los dos de un modo preocupado:

–Yo lo único que sé es que estoy de acuerdo con ustedes. Si ese hombre hubiera sido un lunático ordinario, habría corrido el riesgo de confiar en él, pero parece estar tan ligado al conde de un modo tan extraño, que tengo miedo de hacer algo indebido al satisfacer sus deseos. No puedo olvidar cómo suplicaba casi con el mismo fervor con el que deseaba un gato, y cómo después trató de destrozarme la garganta con los dientes. Además, llamó al conde "amo y señor", y podría bien salir en su ayuda en algún emprendimiento diabólico. Ese horrible ser tiene a los lobos y a las ratas y a sus pares para que lo ayuden, por eso no creo que esté tratando de usar a un respetable lunático. Sin embargo, él parecía una persona seria. Sólo espero haber hecho lo correcto. Estas cosas, junto a la labor que nos espera, ayudan a enervar a cualquiera. El profesor avanzó y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo con su habitual grave y amable voz:

–Amigo John, no tema. Estamos tratando de cumplir con nuestro deber en un triste y terrible caso; solo podemos hacer lo que consideremos mejor. ¿Qué otra cosa podemos esperar que no sea la misericordia del Señor?

Lord Godalming se había ausentado por unos minutos, pero regresó de inmediato. Alzó un pequeño silbato de plata al momento que acotaba:

–Ese viejo lugar puede estar lleno de ratas, y si así fuera, tengo un antídoto a mano.

Después de pasar sobre el muro, nos dirigimos hacia la casa, teniendo cuidado de permanecer entre las sombras de los árboles, proyectadas sobre el césped, cuando salía la luna. Cuando llegamos al porche, el profesor abrió su maletín y sacó un montón de objetos, que colocó en uno de los escalones, formando con ellos cuatro grupos, evidentemente uno para cada uno de nosotros. Luego dijo:

–Amigos míos, vamos a correr un riesgo tremendo, y tenemos que armarnos de diversas formas. Nuestro enemigo no lo es solamente espiritual. Recuerden que tiene la fuerza de veinte hombres y que, aunque nuestros cuellos o nuestros aparatos respiratorios son del tipo común, o sea, que pueden ser rotos o aplastados, los de él no pueden ser vencidos simplemente por la fuerza. Un hombre más

fuerte, o un grupo de hombres que, en conjunto son más fuertes que él, pueden sujetarlo a veces, pero no pueden herirlo, como nosotros podemos ser heridos por él. Así pues, es preciso que tengamos cuidado de que no nos toque. Mantengan esto cerca de sus corazones.

Al hablar, levantó un pequeño crucifijo de plata y me lo entregó, ya que era yo el que más cerca de él se encontraba.

–Pónganse estas flores alrededor de sus cuellos –dijo, tendiéndome un collar hecho con cabezas de ajos–. Para otros enemigos más mundanos, este revólver y este cuchillo, y para ayuda de todos estas pequeñas lámparas eléctricas, que las pueden sujetar a sus pechos; y contra todo y por encima de todo, esto, que no debemos considerar innecesario.

Esto era una porción de la Sagrada Hostia, que colocó en un sobre y me la entregó. A todos los demás se los equipó de igual modo.

–Ahora –dijo–, amigo John, ¿dónde están las llaves maestras? Si es que podemos abrir la puerta, no necesitaremos irrumpir en la casa por la ventana, como lo hicimos antes en lo de la señorita Lucy.

El doctor Seward probó con una o dos llaves maestras, con la destreza minuciosa típica de un cirujano que le daba grandes ventajas para llevar a cabo esta tarea. Finalmente, consiguió una que entraba y, después de varios intentos, el pestillo cedió y, con un metálico crujir, se retiró. Empujamos la puerta, las oxidadas bisagras crujieron, y la puerta se abrió.

Todo fue asombrosamente similar a la imagen que se me había formado de la apertura de la tumba de la señorita Westenra, tal cual lo había leído en el diario del doctor Seward. Creo que todos teníamos la misma idea formada, ya que, como de común acuerdo, retrocedimos. El profesor fue el primero en adelantarse y dirigirse hacia la puerta abierta.

–¡In manus tuas, Domine! –expresó, persignándose al cruzar el umbral.

Una vez adentro cerramos la puerta a fin de evitar que en caso de encender nuestras lámparas, éstas pudiesen llamar la atención desde el camino. El profesor trabó el pestillo, llegado el caso que no pudiéramos abrirlo desde el interior si tuviésemos que salir de prisa.

Entonces todos encendimos nuestras lámparas y proseguimos con nuestra búsqueda.

La luz de las pequeñas lámparas formaba todo tipo de extrañas sombras, cuando los rayos se cruzaban unos con otros, o la opacidad de nuestros cuerpos proyectaba enormes sombras. Por nada podía despegarme del sentimiento de que había alguien más entre nosotros. Supongo que era el recuerdo tan vivaz de aquella terrible experiencia en Transilvania, sugerido por el tétrico entorno. Creo que el sentimiento era común a todos, puesto que noté que los demás no dejaban de mirar por sobre sus hombros por todo sonido o sombra nueva, tal como yo lo hacía. Todo el lugar estaba cubierto por una espesa capa de polvo. En el suelo, esa capa tenía varios centímetros de profundidad, excepto en los lugares en que se veían huellas de pasos recientes en las que, bajando la lámpara, pude ver marcas de tachuelas. Los muros estaban mohosos y cubiertos de polvo, y en los rincones había gruesas telarañas, sobre las que se había acumulado el polvo, de tal forma que colgaban como trapos desgarrados en los lugares en que se habían roto, a causa del peso que tenían que soportar. En una mesa, en el vestíbulo, había un gran manojo de llaves, cada una de las cuales tenía una etiqueta amarillenta a causa de la acción del tiempo. Habían sido usadas varias veces, puesto que había varias marcas en el polvo similares a la que quedó cuando el profesor levantó las llaves. Van Helsing se volvió hacia mí y me dijo:

–Usted conoce este lugar, Jonathan. Usted ha copiado sus planos, y por lo menos sabe más que nosotros. ¿Cuál es el camino hacia la capilla?

Tenía cierta noción de la dirección, a pesar de que en mi visita anterior no había tenido acceso a ésta, a pesar de esto los guié, y después de varias idas y venidas incorrectas me encontré justo frente a una baja puerta de roble en forma de arcada cruzada por barras de hierro.

–Éste es el lugar –dijo el profesor, alumbrando con su lámpara un pequeño mapa de la casa, copia fiel de los que obraban en sus archivos con respecto a la compra.

Con cierta dificultad, encontramos la llave correspondiente en el gran manojo y abrimos la puerta. Estábamos preparados para encontrarnos con algo desagradable, puesto que cuando estábamos abriendo la puerta un lánguido y maloliente aire parecía brotar de entre las rendijas, pero ninguno de nosotros esperaba el terrible olor con el que finalmente nos topamos. Ninguno de los otros había visto al conde de cerca, y cuando yo tuve esta oportunidad siempre fue en su rápida existencia en sus habitaciones o cuando estaba saciado con sangre fresca, en una construcción en ruinas a cielo abierto; pero aquí el lugar era reducido y cerrado, y el largo periodo de desuso había hecho que el aire se estancara y viciara. Había un olor a tierra, como el de algún miasma seco, que sobresalía del aire viciado. Pero, en cuanto al olor mismo, ¿cómo poder describirlo? No era sólo que se compusiera de todos los males de la mortalidad y del olor acre y penetrante de la sangre, sino que daba la impresión de que la corrupción misma se había podrido. ¡Oh! Me pongo enfermo sólo al recordarlo. Cada vez que aquel monstruo había respirado, su aliento parecía haber quedado estancado en aquel lugar, intensificando su repugnancia.

Bajo circunstancias ordinarias, un olor semejante hubiera puesto punto final a nuestra empresa, pero aquel no era un caso ordinario, y la tarea elevada y terrible en la que estábamos empeñados nos dio fuerzas que se sobreponían a las consideraciones físicas. Después del primer estremecimiento involuntario, consecuencia directa de la primera ráfaga de aire nauseabundo, nos pusimos todos a trabajar, como si aquel repugnante lugar fuera un verdadero jardín de rosas.

Examinamos cuidadosamente el lugar, y el profesor dijo, al comenzar:

–Primero tenemos que ver cuántas cajas quedan todavía; luego tenemos que examinar cada agujero y rincón y rendijas, y ver si no podemos obtener alguna pista de lo que ha pasado con las otras.

Un vistazo fue suficiente para comprobar cuántas quedaban, ya que las grandes cajas de tierra eran de considerable tamaño y era difícil equivocarse.

¡Sólo quedaban veintinueve de las cincuenta! En un momento me asusté, ya que lord Godalming giró de repente y miró hacia la puerta

que conducía a un oscuro pasadizo, yo también miré en la misma dirección, y por un instante mi corazón se paralizó. En algún lugar, por entre las sombras, me pareció haber visto los distintivos rasgos del maligno rostro del conde, su nariz recta, sus ojos rojos, sus colorados labios, la tétrica palidez. Fue sólo por un instante, pues lord Godalming dijo:

–Creí haber visto un rostro, pero eran tan solo las sombras –y continuó con la investigación.

Iluminé con mi lámpara en esa dirección, y me adelanté hacia el pasadizo. No había señales de nadie; y como no había rincones, ni puertas, ni aberturas de ningún tipo, sino tan solo los sólidos muros del pasadizo, no podía haber lugares para ocultarse, ni siquiera para él. Di por sentado que el miedo había alimentado la imaginación, y no dije nada.

Unos minutos más tarde, vi a Morris que retrocedía repentinamente de un rincón que estaba examinando. Todos seguimos sus movimientos con nuestros ojos, pues no había dudas de que cierto nerviosismo estaba creciendo en nosotros, y vimos toda una masa de fosforescencia que titilaba como las estrellas. Instintivamente todos nos detuvimos. Todo el lugar estaba cobrando vida con ratas.

Durante un momento permanecimos inmóviles, asombrados, todos, excepto lord Godalming que, aparentemente, estaba preparado para una contingencia similar. Precipitándose hacia la pesada puerta de roble y bandas de hierro, que el doctor Seward había descrito del exterior y que yo mismo había visto, hizo girar la llave en la cerradura, retiró los enormes pestillos y abrió de un golpe la puerta. Luego, sacando del bolsillo su silbato de plata, hizo que sonara lenta y agudamente. De detrás de la casa del doctor Seward le respondieron los ladridos de varios perros, y un minuto después, tres terriers aparecieron, corriendo, por una de las esquinas de la casa. Inconscientemente, todos nos habíamos vuelto hacia la puerta y, al hacerlo, vimos que el polvo se había levantado mucho; las cajas que habían sido sacadas, lo habían sido por allá. Pero incluso en un solo minuto que había pasado, el número de las ratas había aumentado mucho. Parecían aparecer en la habitación todas a un

tiempo, a tal punto que la luz de las lámparas, que se reflejaba sobre sus cuerpos oscuros y en movimiento y brillaba sobre sus malignos ojos, hacía que toda la habitación pareciera estar llena de luciérnagas. Los perros aparecieron rápidamente, pero en el umbral de la puerta se detuvieron de pronto y olfatearon; luego, simultáneamente, levantaron las cabezas y comenzaron a aullar de manera lúgubre en extremo. Las ratas estaban multiplicándose por miles, y salimos de la habitación.

Lord Godalming levantó a uno de los perros y, llevándolo al interior de la habitación, lo colocó suavemente en el suelo. En el momento mismo en que sus patas tocaron el suelo pareció recuperar su valor y se precipitó sobre sus enemigos naturales. Lord Godalming levantó uno de los perros, y llevándolo adentro de la habitación, lo colocó sobre el piso. En el preciso momento que sus patas tocaron el suelo pareció recobrar su coraje y se precipitó sobre sus enemigos naturales. Éstos huyeron ante él con tanta rapidez que, antes de que se hubiere apoderado de algunos de ellos, los otros perros, que habían sido traídos de igual manera, no tenían más que pocas presas, pues la totalidad de la masa de ratas había desaparecido.

Con su retirada parecía como si alguna presencia diabólica se hubiese marchado, pues los perros comenzaron a juguetear y a ladrar con alegría al tiempo que se abalanzaban sobre sus enemigos postrados, y los daban vueltas una y otra vez y los lanzaban por el aire con sacudidas terribles. Todos sentimos que nuestros espíritus recobraban fuerzas. Si bien fuera a causa de la purificación del ambiente de muerte debido a que habíamos abierto la puerta de la capilla, o al alivio que experimentamos al encontrarnos al aire libre, no lo sé; pero ciertamente la sombra del temor pareció abandonarnos, como un manto, y la ocasión de haber ido a ese lugar perdió algo de su tétrico significado, a pesar de no haber perdido en absoluto nuestra resolución. Cerramos la puerta exterior y le colocamos las barras y le pusimos llave, y llevando los perros con nosotros, comenzamos nuestra búsqueda por la casa. No encontramos nada, excepto polvo por todas partes y en proporciones extraordinarias, y todo sin tocar, a no ser por mis propias pisadas de mi primera visita. En ningún momento los perros

demostraron síntomas de intranquilidad, y aun cuando regresamos a la capilla, continuaban jugueteando como si hubiesen estado de cacería en un bosque de verano.

La mañana estaba asomando por el Este cuando salimos por la puerta principal. El doctor Van Helsing había tomado la llave del vestíbulo del manojo, y cerró con ésta la puerta de una manera muy ortodoxa. Una vez que hizo esto se guardó la llave en su bolsillo.

–Hasta el momento –dijo– nuestra noche ha sido eminentemente exitosa. No nos ha ocurrido ningún daño, como temí podría ocurrirnos, y hasta nos hemos cerciorado de cuántas cajas faltan. Más que nada me regocijo ante éste, nuestro primer y quizá más peligroso paso. Ha sido llevado acabo sin la necesidad de traer a nuestra dulce señora Mina o, turbar su andar o pensamientos nocturnos con visiones y sonidos y olores de horror que nunca podría olvidar. También hemos aprendido una lección, si fuese admisible decirlo *a particulari*: que las brutales bestias que están a las órdenes del conde tampoco son dóciles a su poder espiritual; pues vean, estas ratas que acudieron a su llamado, tal como él desde la torre de su castillo llamara a los lobos a su encuentro y al de ese grito de la pobre madre. A pesar de que acudieron a él, corrieron confusamente huyendo de los pequeños perros de mi amigo Arthur. Tenemos otros problemas ante nosotros, otros peligros, otros miedos; y ese monstruo; él no ha usado su poder sobre el mundo brutal por última vez esta noche. Sea que se haya ido a otro lugar. ¡Bien! Nos ha dado la oportunidad de decir "Jaque" en esta partida de ajedrez, que jugamos por el bien y salvación de las almas humanas. Y ahora, vayámonos a casa. El amanecer se está acercando, y tenemos razones para estar alegres con nuestra primera noche de trabajo. Quizás esté estipulado que nos queden muchos días por delante, llenos de peligros; pero debemos seguir adelante, y no nos estremeceremos ante ningún peligro.

La casa estaba sumida en un profundo silencio cuando llegamos a ella, excepto por los gritos de alguna pobre criatura que estaba en una de las alas más alejadas y un sonido bajo y lastimero que salía de la habitación de Renfield. Indudablemente, el pobre hombre se

estaba torturando, a la manera de los orates, con pensamientos innecesariamente dolorosos.

Entré en mi habitación de puntillas y encontré a Mina dormida, respirando con tanta suavidad que tuve que aguzar el oído para captar el sonido. Parecía más pálida que de costumbre. Esperaba que la reunión de aquella noche no la hubiera impresionado demasiado. En verdad me siento agradecido de que permanezca fuera de nuestro trabajo futuro, e incluso de nuestras reuniones. Se trata de demasiada tensión para que sea soportada por una mujer. No pensaba así al principio, pero ahora sé mucho mejor a qué atenerme. Por consiguiente, me alegro de que eso haya sido resuelto. Es posible que haya cosas que la asustaran si las oyera; de cualquier modo, ocultárselas sería peor que revelárselas, si es que llega a sospechar que hay algo que no le decimos. A partir de este momento, tendremos que ser para ella como libros cerrados, por lo menos hasta el momento en que podamos anunciarle que todo ha concluido y que la tierra ha sido liberada de aquel monstruo de las tinieblas. Supongo que será difícil guardar silencio, debido a la confianza que nos une, pero debo continuar en mi resolución y callar por completo todo lo relativo a nuestros actos durante aquella noche, negándome a hablar de lo que ha sucedido. Me acosté sobre el diván, para no molestarla.

1º de octubre, más tarde. Supongo que es natural que todos hayamos dormido hasta tarde, ya que el día pasado ha sido en verdad ajetreado, y en la noche tampoco tuvimos descanso. Hasta Mina debe haber sentido el agotamiento, ya que a pesar de haber dormido hasta que el sol se encontraba ya en lo alto, me desperté antes que ella. Debí llamarla dos o tres veces antes de que se despertara. Además, estaba tan profundamente dormida que por unos segundos no me reconoció, y me miró con una especie de terror, como cuando uno se despierta de una pesadilla. Se quejó un poco y dijo que estaba cansada, de manera que la dejé dormir hasta tarde. Ahora sabemos que veintiún cajas han sido removidas, y si es que varias han sido retiradas en estas remociones tendremos la posibilidad de rastrearlas. Es claro que esto simplificará en gran

medida nuestro trabajo, y cuanto más pronto atendamos este asunto, mejor. Hoy mismo buscaré a Thomas Snelling.

Del diario del doctor Seward

1º de octubre. Casi era el mediodía cuando el profesor entró en mi habitación para despertarme. Estaba más alegre y amable que de costumbre, y es evidente que el trabajo de la noche anterior había servido para aligerar parte del peso que tenía en la mente. Después de hablar de la aventura de la noche anterior, dijo repentinamente:

–Su paciente me interesa mucho. ¿Será posible que lo visite, junto a usted, esta mañana? O si usted está muy ocupado, puedo ir solo si fuera posible. Es una nueva experiencia para mí encontrar un lunático que hable de filosofía, y que suene tan cuerdo.

Como tenía trabajo que hacer le dije que no habría problemas si deseaba ir solo, y entonces no lo haría esperar. De inmediato llamé a un asistente y le dí las instrucciones necesarias. Antes de que el Profesor abandonara la habitación le advertí acerca de que no se hiciera ninguna falsa impresión de mi paciente.

Pero él respondió:

–Pero, yo deseo que me hable de él y de su delirio de consumir cosas vivas. Él le dijo a la señora Mina, como puedo ver en su diario de ayer, que en algún momento él ha tenido tal creencia. ¿Por qué se ríe, amigo John?

–Discúlpeme –le dije– pero la respuesta está aquí.

Señalé con mi dedo el escrito mecanografiado.

–Cuando nuestro cuerdo y educado lunático hizo esas declaraciones acerca de cómo solía consumir vida, su boca se veía verdaderamente nauseabunda con las moscas y arañas que se había comido momentos antes de que la señora Harker entrara a la habitación.

Van Helsing sonrió y dijo:

–¡Bien! Su memoria no lo traiciona, amigo John. Debí haberlo recordado. Y tan solo es esta divergencia de pensamiento y memoria que hace de la enfermedad mental un estudio fascinante. Quizá

pueda obtener más conocimientos de la insensatez de este lunático que lo que pueda enseñarme un sabio. ¿Quién sabe?

Seguí con mi trabajo, y al cabo de poco tiempo ya lo había terminado. Parecía como si el tiempo hubiere sido corto, pero allí estaba Van Helsing nuevamente en mi estudio.

–¿Interrumpo? –preguntó amablemente mientras permanecía parado en la puerta.

–No, por favor –respondí–. Entre, mi trabajo está terminado, y estoy libre. Puedo ir ahora con usted, si así lo desea.

–No tendría sentido; ¡ya lo he visto!

–¿Y bien ?

–Me temo que no le he caído bien. Nuestra entrevista fue corta. Cuando ingresé a la habitación, él estaba sentado sobre un banco en el centro de la misma, con sus codos apoyados sobre sus rodillas, y su rostro era un cuadro de malhumorado descontento. Le hablé de la manera más alegre que pude y con total respeto. Sin embargo, no dio respuesta. "¿No me conoce?" le pregunté. Su respuesta no fue muy tranquilizadora: "Lo conozco lo suficiente; usted es el viejo tonto de Van Helsing. Lo único que deseo es que se marche usted y se lleve consigo esas idiotas teorías sobre cerebros a otra parte. ¡Al diablo con todos los sabihondos holandeses!". No dijo ni una palabra más, pero se sentó y permaneció con su implacable malhumor tan indiferente a mi persona, como si no hubiese estado en la habitación. Y de ese modo deseché esta vez la oportunidad de aprender de este inteligente lunático; por eso iré, si puedo, y me contentaré intercambiando unas alegres palabras con la dulce señora Mina. Amigo John, me alegra enormemente que ella no tenga que sufrir más, ni preocuparse más, con nuestros terribles asuntos. A pesar de que echaremos de menos su ayuda, es mejor que así sea.

–Estoy de acuerdo con usted con todo mi corazón –le dije con total sinceridad, puesto que no quería que flaqueara con respecto a este tema–. Es mejor si la señora Harker permanece al margen de esto. Las cosas ya son lo suficientemente malas para nosotros, todos hombres de mundo, que hemos estado en lugares poco agradables en aquellos tiempos; pero este no es lugar para una mujer, y si

hubiera permanecido al tanto de este asunto, es muy posible que al cabo de un tiempo éste la hubiere destrozado.

De modo que van Helsing fue a conversar con el señor y la señora Harker. Quincey y Art han salido para descubrir todo lo posible con respecto a la desaparición de las cajas. Yo debo terminar mi ronda de trabajo. Esta noche nos reuniremos.

Del diario de Mina Harker

1º de octubre. Me resulta extraño estar en la oscuridad en la que hoy me encuentro, después de la confianza total de Jonathan durante tantos años. Me desagrada notar que evita ciertos temas de conversación de manera manifiesta: los temas más importantes de todos. Esta mañana dormí hasta tarde después de la fatiga de ayer, y a pesar de que Jonathan también durmió hasta tarde, fue él quien se despertó primero. Habló conmigo antes de salir, y nunca antes lo había hecho con mayor dulzura o ternura, pero no mencionó ni una sola palabra sobre lo que había sucedido en su visita a la casa del conde. Sin embargo, debe estar al tanto de la terrible ansiedad que yo sentía. ¡Pobre Jonathan! Supongo que eso lo habrá afligido aun más que a mí. Todos estuvieron de acuerdo en que yo no siguiera adelante en todo este macabro asunto, y estuve de acuerdo. ¡Pero me resulta desagradable pensar que me oculta algo! Y ahora estoy llorando como una pobre tonta, cuando sé que se debe al gran amor de mi esposo y a los deseos más buenos y profundos de los otros valientes hombres...

Eso me ha hecho bien. Algún día Jonathan me lo contará todo, y para que él nunca piense ni por un instante que le oculto algo, es que escribo en mi diario, como siempre. Entonces, si él dudase de mi confianza, se lo mostraré y podrá observar que en él está escrito cada mínimo pensamiento de mi corazón para que sus queridos ojos lo puedan leer. Me siento hoy extrañamente triste y malhumorada. Supongo que es la reacción a toda esta terrible excitación.

Anoche me acosté cuando se fueron los hombres, sencillamente porque me dijeron que me acostara. No tenía sueño y sentía una

ansiedad enorme. Estuve pensando en todo lo sucedido desde que Jonathan fue a verme a Londres y todo ello parecía una horrible tragedia, como si el destino impulsara todo hacia un fin siniestro.

Por muy buenas intenciones que tengamos, todo cuanto hacemos parece conducir a algo que debe deplorarse profundamente. Es posible que, si no hubiera ido a Whitby, la pobre y querida Lucy estaría ahora entre nosotros. No se le había ocurrido visitar el cementerio de la iglesia hasta el momento de mi llegada, y si no hubiera ido allí durante el día no habría regresado dormida durante la noche, y el monstruo no la hubiera destruido como lo hizo. ¡Oh! ¿Por qué fui a Whitby? ¡Otra vez estoy llorando! No sé qué me sucede hoy. Debo ocultárselo a Jonathan, puesto que si sabe que he llorado ya dos veces esta mañana, yo que no lloro nunca y que nunca he tenido que derramar una sola lágrima por él, el pobre se desanimará y se preocupará. Debo aparentar un semblante sereno, y si me siento con ganas de llorar, él no debe saberlo. Supongo que es una de las lecciones que nosotras, las pobres mujeres, tenemos que aprender... Casi no puedo recordar cómo me quedé dormida ayer por la noche. Recuerdo que oí el repentino ladrar de los perros y un montón de ruidos extraños, como rebuznos a una escala muy tumultuosa, que provenían de la habitación del señor Renfield, que se encuentra en el piso de abajo. Y luego hubo un silencio, un silencio tan profundo que me paralizó, y me levanté y miré por la ventana. Las negras sombras proyectadas por la luz de la luna parecían estar llenas de un misterio que les era propio. Nada parecía moverse, pero todo parecía lúgubre y tétrico, de modo que una ligera nubecilla de niebla blanca, que avanzaba con una lentitud que hacía que su movimiento resultara casi imperceptible, hacia la casa, por encima del césped, parecía tener una vitalidad propia. Creo que esos pensamientos, al hacerme olvidar los anteriores, me hicieron bien, puesto que al volver a acostarme sentí un letargo que me embargaba suavemente. Permanecí acostada un rato, pero no lograba conciliar el sueño, de modo que volví a levantarme y a mirar por la ventana. La niebla se estaba extendiendo y se encontraba ya muy cerca de la casa, de tal modo que la vi adosarse pesadamente a las paredes, como si estuviera trepando hacia las ventanas. El pobre

hombre hablaba con más fuerza que nunca y, aunque no lograba distinguir bien sus palabras, comprendí que se trataba de una súplica apasionada de su parte. Luego, oí el ruido de un forcejeo y comprendí que los enfermeros se estaban encargando de él. Me sentí tan asustada, que me cubrí la cabeza con las sábanas, tapándome los oídos con los dedos. No tenía sueño en absoluto o, por lo menos, así lo creía, pero debo haberme quedado dormida, puesto que, con excepción de los sueños, no recuerdo ninguna otra cosa hasta la llegada de la mañana, cuando Jonathan me despertó. Creo que necesité cierto esfuerzo y tiempo para recordar dónde me encontraba y que era Jonathan el que estaba inclinado sobre mí. Mi sueño era muy peculiar, y era algo típico del modo que, al despertar, tienen los pensamientos de entremezclarse con los sueños.

Pensaba que estaba dormida, y a la espera del regreso de Jonathan. Estaba muy ansiosa por él, y me sentía impotente para actuar; mis pies y mis manos, y mi mente estaban como entumecidas, de manera tal que nada podía actuar al ritmo normal. Y así es como me dormí intranquila y pensé. Entonces, comencé a sentir que el aire me agobiaba; era pesado, denso, y frío. Me quité la manta de mi rostro, y encontré, con gran sorpresa, que todo estaba sombrío. La lámpara a gas que había dejado encendida para Jonathan, muy tenue, parecía como una pequeña y diminuta chispa en medio de la niebla, la que se había vuelto espesa e internado en la habitación. Entonces se me ocurrió que había dejado la ventana cerrada antes de ir a la cama. Me hubiera levantado para asegurarme al respecto, pero un pesado letargo parecía estar encadenando mis miembros y hasta mi voluntad. Permanecí inmóvil y traté de soportarlo; eso fue todo. Cerré mis ojos, pero podía todavía ver a través de mis párpados (son asombrosos los trucos que nos juegan los sueños; y de qué manera conveniente podemos imaginar). Esta niebla se tornaba cada vez más espesa, y pude ver, en ese momento, cómo ingresaba a la habitación. Era como humo, o como el vapor que desprende el agua hirviendo; llegaba en abundancia, no por la ventana, sino a través de las juntas de la ventana. Se volvió más y más espesa, hasta que pareció concentrarse en una especie de pilar de nube en el medio de la

habitación, a través de cuya cima podía ver la luz de la lámpara de gas brillar como un ojo rojo. Todo comenzó a dar vueltas en mi mente tal como la columna de nube estaba ahora girando en la habitación, y desde ésta procedían las palabras de las escrituras: "Una columna de nube durante el día y de fuego durante la noche". ¿Era ésta una especie de guía espiritual que me llegaba a través de los sueños? Pero la columna estaba compuesta tanto de día como de noche, ya que el fuego estaba en el ojo rojo que, al pensar en él, me fascinó de una nueva forma; hasta que, al mirar, el fuego se dividió, y parecía brillar sobre mí a través de la niebla como dos ojos rojos, tal como Lucy me había contado sobre sus divagaciones mentales, cuando, sobre el despeñadero, la débil luz del sol se reflejaba sobre las ventanas de la iglesia de Santa María. De repente el horror se apoderó de mí al recordar cómo Jonathan había visto aquellas horribles mujeres materializarse a través de la niebla que giraba a la luz de la luna, y en mi sueño debo haberme desvanecido, pues todo se convirtió en una negra oscuridad. El último esfuerzo consciente que hizo mi imaginación fue el de hacerme ver un rostro lívido que se inclinaba sobre mí, saliendo de entre la niebla. Debo tener cuidado con esos sueños, ya que pueden hacer vacilar la razón de una persona, si se presentan con demasiada frecuencia. Voy a ver al doctor van Helsing o al doctor Seward para que me receten algo que me haga dormir profundamente; lo único malo es que temo alarmarlos.

En estos momentos, un sueño como ése se mezclaría con sus temores por mí. Esta noche me esforzaré por dormir de manera natural. Si no lo logro, debo lograr que me den para mañana en la noche una dosis de cloral. Por una vez que lo use, no me causará ningún daño. Además, me sentará bien una noche de sueño profundo. Hoy desperté tan fatigada como si no hubiera dormido.

2 de octubre, 10 p.m. Ayer a la noche dormí, pero no soñé. Debo haber dormido de manera tan profunda que no me desperté ni siquiera cuando Jonathan fue a la cama; pero el sueño no logró refrescarme, ya que hoy siento una terrible debilidad y falta de espíritu. Todo el día de ayer estuve acostada, tratando de leer o

dormitando. Por la tarde, el señor Renfield me preguntó si podía verme. Pobre hombre, era muy amable, y cuando me volvía me besó la mano y rogó a Dios que me bendijera. De cierta manera, eso me afectó mucho, estoy llorando ahora que pienso en él. Esta es otra nueva debilidad. Debo tener cuidado. Si Jonathan se enterara de que he estado llorando, lo haría sentir muy mal. Él y los demás estuvieron afuera hasta la hora de la cena, y todos llegaron cansados. Hice lo que pude para alegrarlos, y supongo que el esfuerzo me hizo bien, ya que me olvidé de lo cansada que estaba. Después de cenar me mandaron a dormir; ellos fueron a fumar juntos, como dijeron, pero sé que querían contarse lo que le había pasado a cada uno durante el día. Por el gesto de Jonathan, pude ver que él tenía algo importante que comunicar. No tenía tanto sueño como el que debía haber sentido; por eso, antes de que se fueran, le pedí al doctor Seward que me diera algo para dormir, de cualquier tipo, pues no había dormido bien la noche anterior. Con mucha amabilidad me hizo una pastilla de dormir. Cuando me la dio, me explicó que no me haría daño, ya que era muy suave. Acabo de tomarla y estoy esperando el sueño, que todavía no llega. Espero no haber hecho algo mal, pues al comenzar a invadirme el sueño, me siento amenazada por un nuevo temor: que debo haber sido una tonta en privarme de la posibilidad de caminar. Es posible que lo necesite. Ya tengo sueño. ¡Buenas noches!

XX

Del diario de Jonathan Harker

1º de octubre, por la noche. Encontré a Thomas Snelling en su casa, en Bethnal Green. Por desgracia, no se encontraba en condiciones de recordar nada. El aliciente mismo de la cerveza que mi esperada visita había abierto ante él, resultó demasiado fuerte y comenzó a beber incluso antes de mi llegada. Sin embargo, gracias a su esposa, una persona decente y tímida, supe que era solamente el asistente de Smollet, que de los dos era el responsable. De modo que me dirigí hacia Walworth y encontré al señor Joseph Smollet en su casa, en mangas de camisa, tomando una taza de té tardía, que levantaba de un platillo. Se trata de una persona honrada e inteligente, un trabajador de confianza, que posee una inteligencia y una personalidad muy típicas de él. Recordaba todo respecto al incidente de las cajas, al punto que, sacando de un lugar misterioso de la parte posterior de su pantalón una libreta con las puntas de las hojas dobladas y las páginas cubiertas de jeroglíficos trazados con un lápiz de punta gruesa y con una escritura muy apoyada, me comunicó el punto de destino de las cajas. Seis de las cajas las había tomado en Carfax y las había depositado en el número ciento noventa y siete de Chicksand Street, en Mile End New Town; otras seis las había depositado en Jamaica Lane, Bermondsey. En el caso de que el conde deseara distribuir sus fantasmales refugios por todo Londres, esos lugares habrían sido escogidos como punto de partida, de tal modo que a continuación pudiera distribuir completamente las cajas. La manera sistemática en que esto fue llevado a cabo me hacía pensar que no estaba en sus planes el hecho de recluirse en estos dos lugares en Londres. Él estaba ahora situado en la parte este de la ribera norte, en el este de la ribera más septentrional, y en el sur. El norte y el este, seguramente, no iban a quedar fuera de su diabólico esquema; sin mencionar la ciudad en sí y el propio corazón de la Londres elegante en el sudoeste y oeste. Me dirigí

nuevamente a Smollet y le pregunté si nos podía decir si habían salido otras cajas de Carfax.

Respondió:

–Bien, buen hombre, usted ha sido generoso conmigo –yo le había dado medio soberano– y le contaré todo lo que sé. Escuché que un tal Bloxam dijo hace unas cuatro noches en el "Are a` Ounds", en Pincher`s Alley, que él y su compañero andaban en un trabajo raro y sucio, en una casa vieja en Purfleet. Vea, no hay acá trabajos de esas clases, ¿vio?, es que por ahí ese Sam Bloxam le puede contar algo más.

Le pregunté si me podía indicar dónde encontrarlo. Le dije que, si me podía decir su dirección, bien se tenía ganado otro medio soberano. Entonces tragó el resto de su té y se puso de pie, y dijo que iba a emprender su búsqueda ahí y en ese momento. Al llegar a la puerta, se detuvo y dijo:

–Escuche, señor, no tiene sentido que espere usted aquí. Es posible que encuentre pronto a Sam, o que no lo haga. De todos modos, no creo que se encuentre en condiciones de decirle muchas cosas esta noche. Sam es un tipo raro cuando saca los pies de sus casillas. Si puede usted darme un sobre con un sello de correos y su dirección, veré donde es posible encontrar a Sam y le enviaré los datos por correo esta misma noche. Pero será preciso que vaya a verlo muy de mañana si quiere encontrarlo, puesto que Sam se levanta temprano, por muy prolongada que haya sido la juerga de la noche anterior.

Eso resultó práctico, de modo que uno de los niños salió con un penique a comprar un sobre y una hoja de papel, y le di el cambio. Cuando regresó, le puse la dirección al sobre y le pegué el sello, y cuando Smollet me prometió otra vez que me enviaría la dirección por correo en cuanto la descubriera, me dirigí a casa. De todos modos, estamos sobre la pista. Esta noche me siento cansado y deseo dormir. Mina está profundamente dormida y tiene un aspecto demasiado pálido; sus ojos dan la impresión de que ha estado llorando. Pobre mujer, estoy seguro de que le es muy duro permanecer en la ignorancia y que eso puede hacer que se sienta doblemente ansiosa por mí y por todos los demás. Pero es mejor así.

Es mejor sentir desilusión y preocuparse así, antes que tener los nervios destrozados. Los doctores hicieron lo correcto al insistir en que permaneciera fuera de todo este espantoso asunto. Debo ser terminante, y este peso de silencio debe mantenerse en mí. Nunca deberá hablar del tema con ella, bajo ninguna circunstancia. Después de todo, no creo que sea una tarea difícil de llevar a cabo, ya que ella misma se ha vuelto reticente en lo relativo a ese tema y no ha vuelto a hablar del conde ni de sus actos desde que fue informada sobre nuestra decisión.

2 de octubre, por la noche. Fue un día largo y emocionante, de esos que resultan una verdadera prueba. Por el primer correo he recibido una carta destinada a mí que contenía una hoja sucia de papel, sobre el que habían escrito con un lápiz de carpintero y una mano demasiado pesada: "Sam Bloxam, Korkrans, 4, Poters Cort, Bartel Street, Walworth. Pregunte por el *degado*".

Me acercaron la carta a la cama. Mina parecía dormir de modo profundo, estaba pálida y no se la veía bien. Tomé la determinación de levantarme sin despertarla. Luego, cuando regrese de esta nueva investigación, arreglaré todo para que vuelva a Exeter. Creo que ella estará más feliz en nuestra propia casa, con sus tareas cotidianas que la mantengan ocupada, que estar aquí entre nosotros y sumida en la ignorancia. Sólo vi al doctor Seward por unos instantes, le informé hacia dónde iba y le prometí que a mi regreso le contaría el resto, tan pronto como encontrase algo. Me dirigí a Walworth y encontré, con cierta dificultad, Potter`s Court. La ortografía del señor Smollet me había confundido, puesto que yo pregunté por Poter`s Court en lugar de Potter`s Court. Sin embargo, una vez que encontré el lugar no tuve dificultad en descubrir la casa de huéspedes "Corcoran". Cuando le pregunté al hombre que se acercó a la puerta por el "degado", él negó con su cabeza y dijo:

–No lo conozco. No hay nadie llamado así acá; nunca escuché de él en todos mis malditos días. No creo que haya alguien de ese tipo viviendo aquí o en ninguna parte.

Saqué la carta de Smollet, y al leerla me pareció que la lección acerca del error de ortografía del nombre del lugar me podía guiar

en algo.

–¿Qué es usted? –le pregunté.

–Soy el delegado –respondió.

Comprendí inmediatamente que estaba en terreno seguro. La ortografía con que estaba escrita la carta me volvió a engañar. Una propina de media corona puso los conocimientos del delegado a mi disposición y supe que el señor Bloxam había dormido en la casa *Corcaran,* para que se difuminaran los vapores de la cerveza que había tomado la noche anterior, pero que se había ido a su trabajo en Poplar a las cinco de la mañana. No pudo indicarme donde se encontraba el lugar exacto en que trabajaba, pero tenía una vaga idea de que se trataba de algún almacén nuevo y con ese indicio tan sumamente ligero me puse en camino hacia Poplar. Eran ya las doce antes de que lograra indicaciones sobre un edificio similar y fue en un café donde me dieron los datos. En el salón había varias mujeres comiendo. Una de ellas me dijo que estaban construyendo en Cross Angel Street un edificio nuevo de "almacenes refrigerados", y puesto que se apegaba a la descripción del delegado, me dirigí inmediatamente hacia allá. Una entrevista con un guardián bastante hosco y con un capataz todavía más malhumorado que el guarda, cuyo humor hice que mejorara un poco con la ayuda de unas monedas, me puso sobre la pista de Bloxam; mandaron a buscarlo cuando sugerí que estaba dispuesto a pagarle al capataz su sueldo del día íntegro por el privilegio de hacerle unas cuantas preguntas sobre un asunto privado. Era un tipo bastante inteligente, aunque de maneras y hablar un tanto bruscos.

Cuando le prometí pagarle por sus informes y le di un adelanto, me dijo que había hecho dos viajes entre Carfax y una casa de Piccadilly y que había llevado de la primera dirección a la última nueve grandes cajas, "muy pesadas", con una carreta y un caballo que había alquilado para el trabajo. Le pregunté si podría indicarme el número de la casa de Piccadilly, a lo cual replicó:

–Bien, pero se me olvida el número, pero quedaba sólo a unas puertas de una iglesia grande y blanca o algo de eso, que no la hicieron hace mucho. Era una casa vieja también repleta de polvo,

aunque no con tanto polvo como la casa de donde sacamos las malditas cajas.

–¿Cómo entró usted si ambas casas estaban desocupadas?

–Estaba ese viejo que me contrató en la casa de Purfleet. Me ayudó a cargar las cajas y ponerlas en el carretón. Me insultó, pero era el tipo más fuerte con el que me había cruzado en toda mi maldita vida, era un tipo viejo, con un bigote blanco, que casi no se le notaba.

Esa frase me produjo escalofríos.

–Él tomó de un lado de las cajas como si fuera un juego de té, y yo sudaba y hacía una fuerza loca, y eso que no soy ningún debilucho, ¿eh?

–¿Cómo entró usted en la casa de Piccadilly? –le pregunté.

–Él también estaba allí. Se debió de ir antes que yo, porque cuando toqué la campanilla se vino y abrió la puerta él solito, y me ayudó a llevar las cajas hasta el pasillo.

–¿Las nueve? –le pregunté.

–Sí; fueron cinco en la primera carga y cuatro en la segunda. Fue un trabajo muy duro, y de verdad no me acuerdo de cómo llegué a mi casa.

Lo interrumpí:

–¿Dejó usted las cajas en el pasillo?

–Sí; era uno de esos grandes ¿vio?, y no había nada más ahí.

Hice un intento más para sacarle más detalles.

–¿No tenía usted ninguna llave?

–Nunca usé ni una llave ni un comino. Ese viejo, él mismo abrió la puerta y la cerró cuando me fui. No me acuerdo de la segunda vez, pero eso fue por la cerveza.

–¿Y usted no puede recordar el número de la casa?

–No, señor. Pero no tendrá dificultades en encontrarla. Es un edificio alto, con una fachada de piedra y un escudo de armas y unas escaleras bastante altas que llegan hasta la puerta de entrada. Recuerdo esas escaleras debido a que tuve que subir por ellas con las cajas, junto con tres muchachos que se acercaron para ganarse unos peniques. El viejo les dio chelines y, como vieron que les había dado mucho, quisieron más todavía, pero el anciano agarró a uno de

ellos por el hombro y poco faltó para que lo echara por las escaleras; entonces, todos ellos se fueron, insultándolo.

Pensaba que con esos datos no tendría dificultades en encontrar la casa, de modo que después de pagarle a mi informante, me dirigí hacia Piccadilly. Había adquirido una nueva y dolorosa experiencia. Por lo visto, el conde podía manejar las cajas solo. De ser así, el tiempo resultaba precioso; si ya había llevado a cabo ciertas distribuciones, podría llevar a cabo el resto de su trabajo escogiendo el tiempo oportuno para ello, pasando completamente inadvertido. En Piccadilly Circus me apeé y me dirigí caminando hacia el Oeste; después de pasar el junior Constitutional, llegué ante la casa que me había sido descrita y me satisfizo la idea de que se trataba del siguiente refugio que había escogido Drácula. La casa parecía haber estado desocupada durante mucho tiempo. Las ventanas estaban llenas de polvo y las persianas estaban levantadas. Toda la estructura estaba ennegrecida por el tiempo, y de las partes metálicas la pintura había desaparecido. Era evidente que en el balcón superior había habido un anuncio durante cierto tiempo, que había sido retirado bruscamente, de tal modo que todavía quedaban los soportes verticales. Detrás de la barandilla del balcón vi que sobresalían varias tablas sueltas, cuyos bordes parecían blancos. Hubiera dado mucho por poder ver intacto el anuncio, puesto que quizá me hubiera dado alguna indicación en cuanto a la identidad de su propietario. Recordaba mi experiencia sobre la investigación y la compra de la casa de Carfax y no podía dejar de pensar que si podía encontrar al antiguo propietario era posible que descubriera algún medio para entrar en la casa. No había nada por el momento que pudiese descubrir por el lado de Piccadilly, y nada podía yo hacer, por eso me dirigí hacia la parte posterior para ver si podía obtener algo de ese lado. Las filas de establos estaban activas puesto que la mayoría de las casas en Piccadilly estaban habitadas. Le pregunté a uno o dos de los cuidadores de caballos o ayudantes que vi por ahí si me podían decir algo acerca de la casa desocupada. Uno de ellos dijo que había oído que se había vendido, pero no sabía a quién. Sin embargo, me dijo que hasta hacía poco había colocado un cartel de "Se vende", y que quizás Mitchel, Sons & Candy, los corredores de

propiedades, podrían decirme algo, ya que creía que había visto el nombre de esa firma en el cartel. No quise aparentar estar demasiado ansioso, o permitirle a mi informante enterarse o intuir algo, por eso, agradeciéndole en la manera usual, me marché. Estaba oscureciendo, y la noche de otoño estaba acercándose, por eso, no perdí ni una milésima de tiempo. Habiendo sacado la dirección de Mitchell, Sons & Candy de una guía en Berkely, pronto estuve en sus oficinas en la calle Sackville.

El caballero que me atendió tenía maneras particularmente delicadas, pero era poco comunicativo en idénticas proporciones. Una vez que me había comunicado que la casa de Piccadilly –que llamó "mansión" a lo largo de toda nuestra entrevista– se había vendido, consideró mi asunto como terminado. Cuando le pregunté quién la había comprado, abrió aún más sus ojos e hizo una pausa antes de responder:

–Se ha vendido, señor.

–Discúlpeme, señor –le dije con igual amabilidad–, pero tengo una razón especial para desear saber quién la compró.

Hizo una nueva pausa, pero más prolongada, y levantó sus cejas aún más.

–Se ha vendido, señor –fue nuevamente su lacónica respuesta.

–Seguramente –le dije– usted no tiene intenciones de permitirme saber demasiado.

–Pero sí tengo intenciones –respondió–. Los asuntos de sus clientes están absolutamente seguros en las manos de Mitchell, Sons & Candy.

Este hombre era manifiestamente un engreído de primera clase, y no tenía sentido discutir con él. Pensé que sería mejor correrlo por su propio terreno, así que le dije:

–Sus clientes, señor, deben estar complacidos de tener un guardián con tanta resolución que sea de su entera confianza. Yo soy un profesional.

Le extendí mi tarjeta.

–En esta circunstancia no me moviliza la curiosidad; actúo en nombre de lord Godalming, quien desea saber algo acerca de la

propiedad que estaba, así lo tenía él entendido, hasta hace poco a la venta.

Estas palabras infirieron otro trato al asunto. Él dijo:

–Me gustaría darle a usted ese dato si lo tuviera, señor Harker, y especialmente servirle a su excelencia. En una ocasión llevamos a cabo un pequeño asunto para él, al alquilarle unas habitaciones cuando él era el Honorable Arthur Holmwood. Si me facilitara la dirección de su excelencia consultaré a la Casa al respecto, y le comunicaré, en ese caso, a su excelencia por el correo de mañana a la noche. Será un placer el apartarnos de nuestras reglas a fin de poder brindarle la información requerida a su excelencia.

Quería ganarme un amigo y no un enemigo; por eso le agradecí, le di la dirección del doctor Seward y me volví. Ya estaba oscuro; estaba cansado y hambriento. Tomé una taza de té en la "Aereated Bread Company" y regresé a Purfleet en el primer tren.

Encontré a los demás en la casa. Mina seguía con su semblante cansado y pálida, pero hizo un extraordinario esfuerzo por moestrarse radiante y alegre; me torturaba el corazón tener que ocultarle todo y, con esa actitud, causarle tanto desasosiego. Gracias a Dios, ésta será la última noche que tendrá que mantenerse al margen de nuestras conferencias y sentir el peso de que no merecía nuestra confianza. Me costó todo mi coraje el hecho de mantener la sabia determinación de tenerla fuera de nuestra horrible tarea. Ella parece estar de algún modo más reconciliada; o bien el tema en sí se ha vuelto tan repugnante para ella, pues cuando se hace alusión accidentalmente a éste, ella se estremece. Estoy complacido de que hemos tomado esta determinación a tiempo, pues con un sentimiento como éste, nuestro creciente conocimiento sería una tortura para ella.

No era posible contarle a los demás el descubrimiento de ese día hasta tanto estuviéramos a solas; por eso, tras la cena y una vez concluida una sesión de música para salvar las apariencias, al menos entre nosotros, llevé a Mina a su habitación y la dejé para que se fuera a la cama. La pobre niña estaba más demostrativa y afectuosa conmigo que nunca, y me abrazó como si intentase retenerme; pero había mucho por hablar y me volví. Gracias a Dios, la decisión de no

contarle nuestros hallazgos no ha provocado ninguna diferencia entre nosotros.

Cuando bajé con los demás, los encontré reunidos alrededor del hogar, en el estudio. En el tren ya había escrito todo lo acontecido hasta entonces, y simplemente se los leí como el mejor medio para que se enteraran de toda la información; una vez concluida mi lectura, Van Helsing dijo:

–Este ha sido un día de una gran labor, amigo Jonathan. Sin duda que estamos tras los pasos de las cajas faltantes. Si las encontramos a todas en esa casa, entonces nuestro trabajo está próximo al final. Pero si todavía hay algunas faltantes, debemos buscar hasta encontrarlas. Entonces haremos nuestro golpe maestro final, y perseguiremos a ese canalla hasta su propia y verdadera muerte.

Nos sentamos y permanecimos en silencio por un rato, de repente el señor Morris dijo:

–¡Díganme! ¿Cómo entraremos a esa casa?

–Entramos a la otra –respondió lord Godalming, con rapidez.

–Pero, Art, esto es diferente. Pudimos entrar en la casa de Carfax, pero era de noche y teníamos un parque que nos protegía. Será totalmente diferente allanar una morada en Piccadilly, ya sea de día o de noche. Confieso que no veo con claridad cómo vamos a entrar, a menos que ese engreído de la agencia nos pueda encontrar una llave de algún tipo; quizás pueda saberlo cuando reciba su carta por la mañana.

Lord Godalming frunció su ceño y se puso de pie y caminó por la sala. De pronto se detuvo y dijo, mirándonos a unos y a otros:

–Quincey tiene razón. Este asunto del allanamiento se está volviendo un tanto serio; salimos airosos una vez; pero ahora tenemos ante nosotros un trabajo serio; a menos que podamos encontrar el manojo de llaves del conde.

Como nada podía hacerse, sino hasta antes de la mañana, y como resultaba aconsejable esperar a que lord Godalming tuviese noticias de la agencia Mitchell, decidimos no avanzar un paso más sino hasta el desayuno. Durante cierto tiempo permanecimos sentados, fumando y discutiendo el asunto desde toda perspectiva y tuve la

oportunidad de poner este diario al día. Tengo mucho sueño y me iré a dormir...

Tan sólo una línea: Mina duerme profundamente y su respiración es normal. En su frente se dibujan pequeñas arrugas, como si pensara aun entre sueños. Todavía está muy pálida, pero no tiene un aspecto tan demacrado como al empezar el día. Mañana, al menos eso espero, arreglaré todo esto; ella estará otra vez en casa, en Exeter. ¡Oh! ¡Tengo tanto sueño!

Del diario del doctor Seward

1º de octubre. Estoy por completo asombrado por lo de Renfield. Sus saltos de humor resultan tan repentinos, que tengo dificultades para poder registrarlos y adaptarme a ellos. Además, como siempre tienen un significado que va más allá de su propio bienestar, forman un estudio más que interesante. Cuando fui a verlo esta mañana, después de que rechazara a Van Helsing, sus modales eran los de un hombre que estaba dirigiendo al destino. En efecto, estaba dándole órdenes al destino, de modo subjetivo. Ninguna de las cosas terrenales le preocupaban en absoluto; estaba en las nubes, y desde allí observaba a todas las flaquezas y deseos de nosotros, los pobres mortales. Pensé que podía mejorar la situación y aprender algo, por eso le pregunté:

–¿Cómo andan las moscas en estos días?

Se rió de una manera superior; tal sonrisa podría haberse convertido en el rostro de Malvolio, y me respondió:

–La mosca, mi querido señor, tiene una característica sorprendente: sus alas son típicas del carácter aéreo de las facultades psíquicas. ¡Los antiguos tuvieron razón cuando representaron el alma en forma de mariposa!

Pensé agotar su analogía, y dije rápidamente:

–¡Oh! ¿Está usted buscando un alma ahora?

Su locura envolvió a la razón y una expresión de asombro se extendió sobre su rostro al tiempo que, sacudiendo la cabeza con una energía que no le había visto nunca antes, dijo:

–¡Oh, no, no! No quiero almas. Todo lo que quiero es vida –su rostro se iluminó en ese momento–. Siento una gran indiferencia sobre eso en la actualidad. La vida está muy bien: tengo toda la que necesito. Tiene que buscarse usted otro paciente, doctor, si es que desea estudiar la zoofagia.

Esa salida me sorprendió un poco, por lo cual le dije:

–Entonces, usted dirige la vida; debe ser usted un dios, ¿no es así?

Sonrió con una superioridad inefablemente benigna.

–¡Oh, no! Está tan lejos de mí el arrogarme los atributos del Ser Supremo. Ni siquiera estoy al tanto de sus quehaceres, especialmente espirituales. ¡Si tuviese que establecer mi posición intelectual estoy, en lo que respecta a los asuntos puramente terrenales, de algún modo en la posición que ocupaba Enoch espiritualmente!

Esto era un enigma para mí. No podía en ese momento recordar cuál había sido la posición de Enoch, de tal manera que tuve que hacer una pregunta simple, y de ese modo sentí que me estaba rebajando ante los ojos de un lunático:

–¿Y por qué Enoch?

–Porque caminó con Dios.

No pude ver la analogía, pero no me gustaba admitirlo; por eso volví sobre lo que había negado:

–De ese modo, a usted no le interesa nada sobre la vida y no quiere almas. ¿Por qué no?

Le formulé mi pregunta con rapidez y de alguna manera bien firme, con el propósito de desconcertarlo. El esfuerzo dio resultado; por un instante permaneció inconscientemente en su antigua y servil actitud, se inclinó ante mí y me aduló verdaderamente al responder:

–¡No quiero ningún alma! ¡No! No quiero. No podría usarla si la tuviese. No tendría sentido en mí. No podría comerla o... Repentinamente se detuvo y la expresión de astucia se apoderó del rostro del viejo zorro, como cuando el viento barre la superficie de las aguas.

–Y, doctor, en cuanto a la vida, ¿qué es después de todo? Cuando uno tiene todo lo que quiere, y sabe lo que nunca querrá, eso es todo. Tengo amigos; buenos amigos; como usted, doctor Seward –

dijo con un dejo de astucia inexplicable– ¡sé que nunca me faltarán los medios de vida!

Creo que a través de la nebulosa de su locura él veía cierto antagonismo en mí, ya que de repente retrocedió sobre el último refugio de su persona; un obstinado silencio. Transcurrido un breve tiempo, me di cuenta de que por el momento era inútil hablarle. Él estaba malhumorado, y por eso me fui.

Más tarde, en el curso del día, me mandó llamar. Ordinariamente no hubiera ido a visitarlo sin razones especiales, pero en este momento estoy tan interesado en él que me veo contento de hacer ese pequeño esfuerzo. Además, me alegró tener algo que me ayude a pasar el tiempo. Harker está fuera, siguiendo pistas; y también Quincey y lord Godalming. Van Helsing está en mi estudio, examinando cuidadosamente los registros preparados por los Harker; parece creer que por medio de un conocimiento exacto de todos los detalles es posible que llegue a encontrar algún indicio importante. No desea que lo molesten mientras trabaja, a no ser por algún motivo especial. Pude hacer que me acompañara a ver al paciente, pero pensé que después de haber sido rechazado como lo había sido, no le agradaría ya ir a verlo. Además, había otra razón: Renfield no hablaría con tanta libertad ante una tercera persona como lo haría estando solos él y yo.

Lo encontré sentado en la silla, en el centro de su habitación, en una postura que indica generalmente cierta energía mental de su parte. Cuando entré, dijo inmediatamente, como si la pregunta le hubiera estado quemando los labios:

–¿Qué me dice de las almas?

Era evidente que mi aplazamiento había sido correcto. Los pensamientos inconscientes llevaban a cabo su trabajo, incluso en el caso de los lunáticos. Decidí acabar con aquel asunto.

–¿Qué me dice de ellas usted mismo? –inquirí.

Renfield no respondió por el momento y miró en torno suyo, arriba y abajo, como si esperara obtener alguna inspiración para responder.

–¡No quiero almas! –dijo en tono débil y como de excusa.

El asunto parecía ocupar su mente y decidí aprovecharme de ello... a ser "cruel sólo para ser bueno". De modo que le dije:

–A usted le gusta la vida, ¿quiere la vida?

–¡Oh, sí! Pero, eso ya está bien. ¡No necesita usted preocuparse por eso!

–Pero –inquirí–, ¿cómo vamos a obtener la vida sin obtener el alma al mismo tiempo?

Eso pareció sorprenderlo, de modo que desarrollé la idea:

–Pasará usted un tiempo muy divertido cuando salga de aquí, con las almas de todas las moscas, arañas, pájaros y gatos, zumbando, retorciéndose y maullando en torno suyo. Les ha quitado usted las vidas y debe saber qué hacer con sus almas –algo pareció afectar su imaginación, pues su puso sus manos sobre sus oídos y cerró sus ojos, con fuerza, tal como lo hace un niño pequeño cuando le están lavando la cara con jabón. Había algo patético en esto que me afectaba; también me dio una lección, ya que parecía que delante mío había tan solo un niño; un niño, a pesar de que sus rasgos no eran tales y tenía su barbilla blanca. Era evidente que estaba pasando por algún proceso de disturbios mentales; y conociendo cómo sus estados de ánimo habían interpretado los hechos de una manera aparentemente extraña a él, pensé que podría entrar en su mente para acompañarlo. El primer paso era el de recobrar la confianza, por eso le pregunté, con un tono de voz alto a fin de que me pudiese oír a través de sus oídos tapados:

–¿Le gustaría un poco de azúcar para atraer a sus moscas?

Pareció despertarse de repente, y negó con su cabeza. Con una risa respondió:

–¡No mucha! Después de todo, las moscas son poca cosa.

Después de una pausa, agregó:

–Pero, de todos modos, no quiero sus almas zumbando alrededor mío.

–¿O arañas? –continué diciendo.

–¡Al diablo con las arañas! ¿Cuál es el uso de las arañas? No tienen nada para comer o...

De repente se detuvo, como si se hubiera acordado de un tema prohibido.

–¿Y? ¿Y? –pensé: es la segunda vez que de repente se abstiene de pronunciar la palabra “beber”; ¿qué significa?

Renfield parece haberse dado cuenta de que había hecho una pausa, ya que se apresuró a responderme, como para distraer mi atención al respecto.

–No tengo ningún interés en preocuparme por esos asuntos. "Las ratas y los ratones y esos pequeños animales" son, según Shakespeare, "poca cosa". Ya he pasado toda esa tontería. Sería lo mismo que le pidiera a un hombre que comiera moléculas con un par de palillos, que a mí interesarme en los carnívoros, cuando yo sé lo que me espera.

–Ya entiendo –le dije–. Usted quiere grandes cosas en las que pueda clavar sus dientes. ¿Qué tal un elefante para el desayuno?

–¡Qué tonterías ridículas está usted diciendo!

Se estaba despertando, por eso pensé en presionarlo más.

–Me pregunto –dije reflexivamente– cómo es el alma de un elefante.

Obtuve el efecto deseado, porque de repente se cayó de lo alto del caballo y se convirtió nuevamente en un niño.

–¡No quiero el alma de un elefante, ni ninguna otra alma! –dijo.

Por unos instantes permaneció sentado con desaliento. De repente dio un salto y se puso de pie, con sus ojos brillantes y todos los signos de una excitación cerebral muy intensa.

–¡Al diablo usted y sus almas! –gritó–. ¿Por qué me mortifica con las almas? ¿No es que tengo ya mucho de qué preocuparme, y sufrir y distraerme, como para pensar en las almas?

Se lo veía tan hostil que pensé que estaba por cometer otro intento homicida, por eso hice sonar mi silbato. Sin embargo, en el momento que hice eso se calmó, y dijo arrepentidamente:

–Perdóneme, doctor; yo me perdono. Usted no necesita ninguna ayuda. Estoy tan perturbado que me irrito de nada. Si tan sólo supiera el problema que tengo que enfrentar, y que estoy trabajando en ello, usted sentiría lástima por mí y me toleraría, y me perdonaría. Le suplico que no me ponga una camisa de fuerza. Quiero pensar, y no puedo pensar libremente cuando mi cuerpo está atado. ¡Estoy seguro de que usted entenderá!

Era evidente que tenía control de sí mismo; por eso cuando los asistentes vinieron, les dije que no se preocuparan, y se fueron.

Renfield los observó mientras lo hacían; cuando la puerta se cerró, dijo, con considerable dignidad y dulzura:

–Doctor Seward, usted ha sido muy considerado conmigo. ¡Créame que le estoy inmensamente agradecido!

Pensé que le haría bien dejarlo en ese estado de ánimo, por eso me retiré. Ciertamente, hay algo en qué pensar con respecto al estado de este hombre. Varios puntos parecen formar lo que los entrevistadores estadounidenses llaman "una historia", si uno tan sólo pudiera ponerlos en el orden correcto. Los puntos son:

*No menciona la palabra "beber".

*Teme al pensamiento de tener que cargar con el "alma" de algo.

*Desprecia todas las formas de vida inferiores, a pesar de que teme ser atrapado por sus almas.

¡Lógicamente todas estas cosas convergen en la misma dirección! Tiene la certeza, de cierto modo, de que adquirirá algún tipo de vida superior. Le teme a la consecuencia: el peso de un alma. ¡Entonces, es una vida humana la que está buscando!

¿Y la certeza...?

¡Dios Santo! ¡El conde ha venido a él, y se aproxima algún otro espantoso horror!

Más tarde. He ido a ver a Van Helsing después de terminar mi ronda y le he comunicado mis sospechas. Se puso muy serio y, después de reflexionar en ello por un momento, me pidió que lo llevara a ver a Renfield. Así lo hice.

Cuando llegamos junto a la puerta de la habitación del alienado, oímos que estaba cantando al interior con mucha alegría, como acostumbraba hacerlo en una época que parecía encontrarse ya muy atrás. Al entrar, vimos que había extendido el azúcar, como acostumbraba hacerlo antes, y que las moscas, sumidas en el letargo del otoño, comenzaban ya a zumbar en la habitación. Tratamos de hacerlo hablar sobre el tema de nuestra conversación anterior, pero se negó a prestarnos atención. Continuó cantando, tal y como si no estuviéramos con él en absoluto. Había conseguido un pedazo de papel y lo estaba doblando, al interior de una libreta de notas. Tuvimos que irnos, sin haber aprendido nada nuevo.

Se trata realmente de un caso curioso. Esta noche tendremos que vigilarlo.

Carta de Mitchell, Sons & Candy a lord Godalming

1º de octubre

Su Excelencia:

Estamos siempre muy bien dispuestos a satisfacerlo en sus deseos. Con respecto a los deseos de Su Excelencia, expresados por el señor Harker en nombre vuestro, estamos de acuerdo en proporcionarle la siguiente información concerniente a la compra y venta de la casa ubicada en el número trescientos cuarenta y siete de Piccadilly. Los vendedores originales son los herederos del señor Archibald Winter–Suffield. El comprador es un noble extranjero, el conde de Ville, que efectuó personalmente la compra, y pagó la suma de la transacción "a contragolpe", si Su Excelencia nos perdona el uso de tan vulgar expresión. Además de esto, no sabemos nada más acerca de él.

Somos, señor, los más humildes servidores de Su Excelencia.

MITCHELL, SONS & CANDY

Del diario del doctor Seward

2º de octubre. Coloqué a un hombre en el pasillo durante la última noche; su misión era presentar un informe exacto de todos los ruidos que pudiera oír en la habitación de Renfield. Además, le di instrucciones para que, en el caso de que se produjera algo insólito, me llamara de inmediato. Después de la cena, cuando estuvimos todos reunidos en torno al fuego del estudio, y después de que la señora Harker se hubo retirado a sus habitaciones, discutimos de las tentativas y los descubrimientos que habíamos hecho durante aquel día. Harker era el único de nosotros que había obtenido resultados y tenemos grandes esperanzas de que los indicios que ha obtenido puedan ser de mucha importancia.

Antes de irme a dormir hice un recorrido por la habitación de mi paciente y lo miré a través de la mirilla de la puerta. Estaba profundamente dormido, y su pecho se elevaba y descendía al ritmo de una respiración regular. Esta mañana, el asistente de guardia me reportó que un poco pasada la medianoche, Renfield permanecía despierto y no cesaba de decir sus oraciones en un tono alto de voz. Le pregunté si eso había sido todo; me contestó que eso había sido todo lo que había podido escuchar. Había algo en su modo que era tan sospechoso que le pregunté directamente si se había dormido. Negó haberse dormido, pero admitió haber "dormitado" por un momento. Es tan malo que no se pueda confiar en los hombres a menos que se los vigile.

Hoy Harker está tras su pista, y Art y Quincey están cuidando los caballos. Godalming piensa que será de utilidad tener los caballos siempre listos, pues cuando obtengamos la información que buscamos, no tendremos tiempo que perder. Debemos esterilizar toda la tierra importada ente la salida y la puesta del sol; y de ese modo agarraremos al conde en su punto más débil, y sin un refugio al cual volar. Van Helsing se ha ido al Museo Británico, en busca de algunas autoridades sobre medicina antigua. Los antiguos médicos tomaron en cuenta ciertas cosas que sus seguidores no aceptan, y el Profesor está buscando curas contra los demonios y las brujas que nos podrán ser de utilidad más adelante.

A veces pienso que debemos estar todos locos, y que despertaremos a la realidad dentro de unas camisas de fuerza.

Más tarde. Nos hemos encontrado otra vez. Al fin parece que estamos sobre la pista, y que nuestro trabajo de mañana podrá ser el comienzo del fin. Me pregunto si la calma de Renfield tiene algo que ver con esto. Sus saltos de humor se han ajustado tanto a los movimientos del conde, que la destrucción inminente del monstruo puede haberle sido revelada de algún modo sutil. Si pudiéramos tener alguna idea de lo que está ocurriendo en su mente, sobre todo entre el momento en que estuve conversando con él y el instante en que volvió a dedicarse a la caza de moscas, podría considerarlo como una pista valiosa. Aparentemente iba a estar tranquilo durante

una temporada... ¿Será así? Un grito horrible parece proceder de su habitación... El asistente entró precipitadamente en mi habitación y me dijo que de alguna forma, Renfield había tenido un accidente. Había oído su grito y cuando acudió a su habitación lo encontró desplomado en el suelo, boca abajo y todo cubierto de sangre. Debo ir de inmediato.

XXI

Del diario del doctor Seward

3 de octubre. Permítanme escribir con exactitud todo lo sucedido, tal y como lo recuerdo desde la última vez en que escribí en el diario. Ningún detalle que pueda recordar debe ser pasado por alto. Debo proceder con total calma.

Cuando llegué a la habitación de Renfield, lo encontré tendido en el suelo sobre su costado, en medio de un charco de sangre. Cuando fui a moverlo, era evidente que había recibido heridas terribles, no se podía observar una unidad de propósito entre las partes del cuerpo, que pueden marcar incluso una cordura letárgica. Al verle el rostro pude contemplar que tenía horribles moretones, como si hubiera sido golpeado contra el piso; de hecho las heridas del rostro fueron el origen del charco de sangre. El asistente que estaba arrodillado al lado del cuerpo me dijo, mientras dábamos vuelta el cuerpo:

–Señor, creo que se quebró la columna. Mire, tanto su brazo como su pierna derecha y todo este lado de su rostro están paralizados.

Todo lo que pudo haber pasado desconcertaba al asistente sobremanera. Parecía bastante confundido, y tenía las cejas fruncidas cuando dijo:

–No puedo comprender las dos cosas. Pudo haberse marcado su rostro de esta manera al golpear su propia cabeza sobre el suelo. En una oportunidad vi a una joven mujer hacer eso en el Asilo Eversfield, antes de que nadie pudiese impedírselo. Y supongo que se pudo haber quebrado su columna al caerse de la cama, si es que cayó mal. Pero por ninguna razón puedo imaginar cómo sucedieron ambas cosas. Si su columna estaba quebrada, no pudo haberse golpeado su rostro; y si su rostro ya estaba lastimado antes de caerse de la cama, entonces tendría que haber rastros de ello.

Entonces le dije:

–Busque al doctor Van Helsing, y pídale que tenga la amabilidad de venir de inmediato. Lo quiero aquí sin ningún tipo de demoras. El hombre salió corriendo y, al cabo de unos minutos apareció el profesor, en su bata y chinelas. Cuando vio a Renfield tendido en el piso, lo miró profundamente por un instante y se volvió hacia mí. Creo que, gracias a mi mirada, pudo leer mi pensamiento, pues dijo de prisa y expresamente para que lo oyera el asistente:

–¡Qué triste accidente! Necesitará una especial atención, y mucho cuidado. Permaneceré con usted yo mismo, pero primero iré a vestirme. Si usted se queda, me le uniré en unos pocos minutos.

El paciente estaba respirando de modo estertoroso, y era fácil observar que había sufrido heridas terribles. Van Helsing regresó con extraordinaria rapidez, portaba un maletín con instrumental de cirugía. Era evidente que había estado pensando y que había tomado una resolución ya que, antes de mirar al paciente, me susurró:

–Dígale al asistente que se marche. Debemos estar a solas con él cuando recobre el conocimiento, después de la operación.

Por lo tanto dije:

–Creo que eso es todo, Simmons. Hemos hecho todo lo posible. Es mejor que se retire así el doctor Van Helsing puede operar. Y hágame saber de inmediato cualquier cosa inusual que sucediera.

El hombre se retiró, y procedimos a examinar estrictamente al paciente. Las heridas del rostro eran superficiales; la herida más grave era una fractura en el cráneo, que se extendía sobre la región motora. El profesor pensó por un instante y dijo:

–Debemos reducir la presión y volver a condiciones normales, tan rápido como sea posible; la rapidez del aflujo revela la terrible naturaleza de la herida. El área motora en su totalidad parece afectada. El aflujo del cerebro se incrementará con rapidez, por lo tanto debemos operar con trefina o será demasiado tarde.

Mientras hablaba alguien golpeó la puerta con suavidad. Me dirigí hacia ella y la abrí, y encontré a Arthur y Quincey en pijamas y pantuflas. El primero dijo:

–Oí a su asistente llamar al doctor Van Helsing y contarle sobre un accidente. Por eso desperté a Quincey, o mejor dicho, lo llamé ya

que todavía no estaba dormido. Todo pasa tan rápida y extrañamente como para no dejarnos dormir en paz en estos días. He estado pensando que mañana por la noche no veremos las cosas tal como éstas han sucedido. Tendremos que mirar hacia atrás y hacia adelante un poco más de lo que hemos hecho. ¿Podemos entrar?

Asentí con la cabeza, y dejé la puerta abierta hasta que estuvieron adentro; luego la cerré. Cuando Quincey vio la actitud y el estado del paciente, y notó el horrible charco de sangre en el piso, dijo con suavidad:

–¡Dios mío! ¿Qué le ha sucedido? ¡Pobre, pobre diablo!

Le conté brevemente, y acoté que esperábamos que recobrara la memoria después de la operación... al menos por un corto tiempo. Se fue a sentar al borde de la cama, al lado de Godalming; todos estábamos observando pacientemente.

–Debemos esperar –dijo Van Helsing– al menos lo suficiente como para determinar el mejor lugar para trepanar, a fin de poder extraer con total rapidez y perfección el coágulo de sangre, pues es evidente que la hemorragia va en aumento.

Los minutos durante los cuales esperamos pasaron con una temible lentitud. Tenía una sensación de aprensión en el pecho, y por la cara de Van Helsing comprendí que sentía cierto temor o aprensión con respecto a lo que iba a suceder. Sentía un temor reverencial por las palabras que Renfield pudiese decir. Temía positivamente al pensar, pero tenía la total convicción de lo que iba a suceder, ya que he leído sobre hombres que han oído el reloj de la muerte. La respiración del pobre hombre se había transformado en jadeos inciertos. Parecía que a cada instante iba a abrir sus ojos y hablar, pero entonces se producía una respiración estertorosa y prolongada, y recaía en una insensibilidad aun más fija. Aunque estaba acostumbrado a los lechos de los enfermos y a la muerte, este suspenso se hacía cada vez más intolerable. Casi podía oír el latir de mi corazón; y la sangre que fluía en mis sienes resonaba como martillazos. El silencio finalmente se tornó agonizante. Miré a mis compañeros, uno por uno, y comprobé gracias a sus enrojecidos rostros y ceños fruncidos que estaban padeciendo una tortura

similar. Estábamos inmersos en un suspenso nervioso, como si en cualquier momento fuese a sonar una temible campana en el instante menos esperado.

Finalmente, ya era evidente que el paciente se estaba debilitando con rapidez; podía morir en cualquier momento. Miré al profesor y encontré que sus ojos miraban fijamente los míos. Su rostro estaba firme cuando expresó:

–No hay tiempo que perder. Sus palabras pueden salvar varias vidas; he estado pensando en ello mientras permanecíamos aquí. ¡Puede haber un alma en peligro! Debemos operar justo encima del oído.

Sin pronunciar otra palabra procedió con la operación. Por unos instantes más la respiración continuaba siendo estertorosa. Entonces respiró tan prolongadamente que parecía que se le iba a rasgar el pecho. De repente, sus ojos se abrieron y permanecieron inmóviles en una salvaje e impotente mirada. Esta continuó por un momento, luego se suavizó como de sorpresa, y de sus labios salió un suspiro de alivio. Se movió convulsivamente y, mientras lo hacía, dijo:

–Permaneceré quieto, doctor. Dígales que me retiren este chaleco de fuerza. Tuve un horrible sueño, y me ha dejado tan débil que no me puedo mover. ¿Qué le sucede a mi rostro? Parece estar todo hinchado, y me duele terriblemente.

Intentó mover la cabeza; pero a pesar del esfuerzo sus ojos parecieron tornarse vidriosos una vez más, por lo tanto me aparté. Entonces Van Helsing dijo en un tono calmo y grave:

–Cuéntenos su sueño, señor Renfield.

Cuando oyó su voz, su rostro se le iluminó a pesar de las heridas, y dijo:

–Ése es el doctor Van Helsing. Qué bueno que esté aquí. Denme un poco de agua, mis labios están secos, y trataré de contarles.

Se detuvo y parecía desvanecerse. Llamé suavemente a Quincey:

–El brandy, está en mi estudio, de prisa.

Se fue de inmediato y regresó con un vaso, la botella de brandy y una garrafa de agua. Humedecimos sus labios resecos y el paciente revivió de inmediato. Sin embargo, parecía como si su pobre y dañado cerebro hubiese estado trabajando en el intervalo, pues,

cuando estuvo casi consciente, me miró como suplicándome, en una confusión de agonía que nunca olvidaré, y dijo:

–No debo engañarme, no fue un sueño, sino una siniestra realidad.

En ese momento sus ojos vagaron por la habitación, y cuando tuvieron a la vista a las dos figuras que se encontraban sentadas pacientemente al borde de la cama, prosiguió con su relato:

–Si no estuviese seguro, ya lo sabría por ellos.

Cerró sus ojos por un instante, no como signo de dolor o sueño, sino voluntariamente, como si estuviese reuniendo todas sus fuerzas, y cuando los volvió a abrir dijo rápidamente y con más energía que la que pudo haber desplegado hasta ese entonces:

–De prisa, doctor, de prisa. ¡Me estoy muriendo! Siento que tengo unos pocos minutos, y luego debo volver a la muerte, o peor. Mójeme los labios con brandy nuevamente. Tengo algo que debo decirles antes de morir, o antes de que mi pobre cerebro muera de algún modo. ¡Gracias! Fue esa noche después de que me dejaran, cuando le imploré que me dejara ir. No podía hablar en ese momento, ya que sentía que mi lengua estaba atada, pero estaba tan cuerdo como lo estoy ahora, excepto por ese detalle. Estuve en una desesperante agonía por un largo rato después de que usted me dejara; parecieron horas. Luego me invadió una paz repentina. Mi mente pareció enfriarse una vez más, y me di cuenta de dónde estaba. Oía los perros ladrar detrás de la casa, pero no donde Él estaba.

Mientras él hablaba, los ojos de Van Helsing ni siquiera pestañeaban, pero su mano buscó la mía y se aferró a ella. Sin embargo, no se traicionó, bajó la cabeza suavemente y dijo en voz muy baja:

–Continúe.

Renfield prosiguió diciendo:

–Se apareció entre la niebla en la ventana, tal como lo había visto antes; pero en esa ocasión era real, no un fantasma, y sus ojos estaban furiosos como los de un hombre en cólera. Se reía mostrando su roja boca; sus blancos y filosos dientes resplandecían a la luz de la luna cuando miraba hacia los árboles, hacia donde los perros ladraban. No le pedí que entrara al principio, aunque sabía

que Él quería, tal como había deseado en otras ocasiones. Entonces comenzó a prometerme cosas, pero no con palabras, sino con hechos.

Fue interrumpido por una palabra del profesor.

–¿Cómo?

–Haciendo que las cosas sucedieran; tal como solía enviar moscas cuando brillaba el sol. De las grandes y gordas, con acero y zafiros en sus alas; y grandes polillas, por la noche, con calaveras y cruces.

–Van Helsing asintió con la cabeza al tiempo que murmuró inconscientemente:

– *The Acherontia atropos of the Sphinges,* la que ustedes llaman "polilla de la muerte".

El paciente prosiguió sin detenerse:

–Luego, comenzó a susurrar: "¡Ratas, ratas, ratas! Cientos, miles, millones de ratas, y cada una de ellas es una vida; y perros para que se las coman, y gatos también. ¡Todos son vida! Todo sangre roja, con años de vida; y no solamente moscas zumbadoras". Me reí de Él, pues quería ver qué era lo que podía hacer. Entonces los perros aullaron en la lejanía, más allá de los oscuros árboles en su casa. Me hizo señas para que me dirigiera hacia la ventana. Me acerqué y miré hacia afuera, y Él levantó sus manos, y pareció llamarlas sin pronunciar palabra alguna. Una oscura masa se extendió sobre el césped, acercándose como en la forma de una lengua de fuego; y entonces movió la niebla hacia la izquierda y la derecha, y pude observar que había miles de ratas con sus ojos color rojo brillante, como los de Él, pero más pequeños. Levantó su mano, y todas se detuvieron; y yo pensé que parecía estar diciendo: "¡Te daré todas estas vidas, y muchas más, por los siglos de los siglos, si te arrodillas y me adoras!". Y entonces una nube roja, como del color de la sangre, pareció postrarse sobre mis ojos; y antes de saber lo que estaba haciendo, me encontré abriendo la ventana y diciéndole: "¡Ven, Amo y Señor!". Todas las ratas se habían ido, pero Él se deslizó por entre el bastidor de la ventana e ingresó a la habitación, a pesar de que sólo estaba abierta unos centímetros; tal como solía hacerlo la luna a través de la más pequeña de las hendijas, y permanecer ante mí en toda su dimensión y esplendor.

Su voz era más débil, por eso mojé sus labios con brandy una vez más, y él continuó; pero parecía como si su memoria hubiese seguido trabajando durante el intervalo, puesto que su historia estaba bastante adelantada. Estuve a punto de pedirle que volviera adonde había dejado, pero Van Helsing me susurró:

–Déjelo seguir. No lo interrumpa, no puede retroceder, y quizá no podría proseguir si perdiera el hilo de sus pensamientos.

El paciente prosiguió diciendo:

–Esperé tener noticias de Él durante todo el día, pero no me envió ninguna, ni siquiera un moscardón, y cuando salió la luna yo estaba muy enojado con Él. Cuando se deslizó por la ventana, a pesar de estar cerrada, y de no haber golpeado, me enfurecí. Se burlaba de mí, y su pálido rostro sobresalía entre la niebla con sus rojizos y brillantes ojos, y se aventuró como si fuese el dueño de todo el lugar, y yo no fuese nadie. Ni siquiera tenía el mismo olor cuando pasó a mi lado. No pude detenerlo. Pensé en ello, de algún modo, la señora Harker había entrado a la habitación.

Los dos hombres que estaban sentados junto a la cama se pusieron en pie y se acercaron, quedándose detrás del herido, de tal modo que él no pudiera verlos, pero en donde podían oír mejor lo que estaba diciendo. Los dos estaban silenciosos, pero el profesor se sobresaltó y se estremeció; sin embargo, su rostro adquirió una expresión más firme y grave. Renfield continuó adelante, sin darse cuenta de nada:

–Cuando la señora Harker vino a verme aquella tarde, no era la misma; era como el té, después de que se le ha echado agua a la tetera.

En ese momento, todos nosotros nos movimos, pero ninguno pronunció una palabra; Renfield prosiguió:

–No supe que estaba aquí hasta que me habló, y no parecía la misma. No me intereso por las personas pálidas; me agradan cuando tienen mucha sangre, y parecía que ella la había perdido toda. No pensé en ello en ese momento, pero cuando salió de aquí, comencé a reflexionar en ello y me enfurecí enormemente al comprender que *él* le estaba robando la vida.

Noté que todos los presentes se estremecieron, lo mismo que yo; pero, aparte de eso, todos permanecimos inmóviles.

–Así, cuando vino esta noche, lo estaba esperando. Vi la niebla que penetraba por la ventana y lo así con fuerza. He oído decir que los locos tienen una fuerza sobrenatural, y como sabrá que yo estaba loco, por lo menos a veces, resolví utilizar mi poder. Él también lo sintió, puesto que tuvo que salir de la niebla para pelear conmigo. Lo sujeté fuertemente y pensé que iba a vencerlo, porque no quería que continuara robándole la vida a ella. Entonces vi sus ojos. Su mirada me traspasó, y mis fuerzas me abandonaron. Se soltó, y cuando trataba otra vez de aferrarlo, me levantó en el aire y me dejó caer. Había una nube roja frente a mí y oí un ruido como un trueno. La niebla pareció escaparse por debajo de la puerta.

Su voz se estaba haciendo más débil y su respiración más jadeante. Van Helsing se puso en pie instintivamente.

–Ahora conocemos lo peor –dijo–. Está aquí, y conocemos sus fines. Puede que no sea demasiado tarde. Tenemos que armarnos, lo mismo que la otra noche; pero no perdamos tiempo. No hay un instante que perder.

No necesitábamos expresar nuestro miedo ni nuestra convicción con palabras, puesto que ya las compartíamos. Todos nos apuramos y tomamos de nuestras habitaciones los mismos objetos que llevamos cuando fuimos a la casa del conde. El profesor ya tenía su equipo preparado y cuando nos encontramos en el corredor, lo señaló al tiempo que dijo:

–Nunca me abandona; y nunca lo hará hasta que terminemos con este maldito asunto. Sean prudentes también, amigos míos. No es un enemigo común al que nos enfrentamos. ¡Ay, ay, de mí que la querida señora Mina deba sufrir!

Se detuvo; su voz le temblaba, y yo no sabía si era rabia o terror lo que predominaba en mi corazón.

Nos detuvimos en la puerta de los Harker. Art y Quincey retrocedieron, y el segundo preguntó:

–¿Debemos molestarla?

–Sí, debemos –dijo el doctor Van Helsing tétricamente–. Si la puerta está cerrada, la forzaremos para entrar.

–¿No podría eso asustarla terriblemente? ¡Es inusual irrumpir en la habitación de una dama!

Van Helsing acotó solemnemente:

–Usted tiene razón, pero este es un asunto de vida o muerte. Todas las habitaciones son iguales para un doctor; e incluso si no lo fueran, son todas como una esta noche. Amigo John, cuando gire el picaporte, si la puerta no se abre, ponga usted su hombro y presione; y ustedes también, amigos míos. ¡Ahora!

Giró el picaporte mientras hablaba, pero la puerta no cedió. Nos lanzamos todos contra ella, y de un golpe la abrimos, y casi ingresamos de cabeza a la habitación. En realidad, el profesor sí se cayó, y yo vi a través de él al tiempo que se levantaba de manos y rodillas. Lo que vi me dejó estupefacto. Sentí que mi cabello se erizaba, como cerdas, detrás del cuello, y mi corazón parecía paralizarse.

La luz de la luna era tan brillante que, a través de los gruesos visillos amarillos, la habitación tenía suficiente claridad para ver. Sobre la cama que estaba al lado de la ventana yacía Jonathan Harker, con su rostro acalorado, y su respiración acelerada como en estupor. Arrodillada sobre el lado de la cama más cercano al exterior se encontraba la blanca figura de su esposa. A su lado estaba parado un hombre alto y delgado, vestido de negro. Tenía el rostro mirando hacia el otro lado, pero a penas lo vimos todos lo reconocimos como el conde; con todos los detalles, aun con la cicatriz en su frente. Con su mano izquierda sostenía las dos manos de la señora Harker, apartándolas junto con sus brazos; su brazo derecho la sujetaba por detrás de la nuca, obligándola a inclinar su cabeza contra su pecho. Su blanco traje de dormir estaba manchado con sangre, y una pequeña gota chorreaba por el desnudo torso del hombre, que quedaba al descubierto porque sus vestiduras estaban rasgadas. La actitud de los dos se semejaba terriblemente a la de un niño tratando de obligar a un gatito a tomar leche de un recipiente. Al irrumpir en la habitación, el conde volvió la cabeza, y en su rostro pude comprobar la diabólica expresión que tantas veces había oído describir. Sus ojos se encendieron, rojizos, con una pasión endemoniada; las grandes ventanas de su blanca nariz aguileña se

abrieron con gran amplitud y temblaban; y sus blancos y filosos dientes, detrás de los labios de su boca ensangrentada, rechinaban como aquellos de una bestia salvaje. Con un tirón violento, que dejó a su víctima tendida sobre la cama como si hubiese sido lanzada desde gran altura, giró y se abalanzó hacia nosotros. Pero para ese entonces el profesor ya se había incorporado, y tendía hacia el sobre que contenía la Sagrada Hostia. El conde se detuvo repentinamente, tal como la pobre Lucy lo había hecho afuera de la tumba, y retrocedió. Retrocedió más y más, al tiempo que nosotros avanzábamos sosteniendo los crucifijos. De repente, la luz de la luna se desvaneció, debido a que una negra nube atravesó el cielo, y cuando Quincey encendió la lámpara a gas, vimos nada más que un ligero vapor. Éste desapareció por debajo de la puerta que, con el retroceso natural al abrir la puerta, volvió a su posición inicial. Van Helsing, Art y yo nos adelantamos hacia donde se encontraba la señora Harker quien, para ese entonces, había recobrado el aliento y dado un grito tan agudo, tan penetrante, tan desesperante, que creo que retumbará en mis oídos hasta el final de mis días. Por unos segundos permaneció en una actitud de impotencia y desesperación. Su rostro fantasmagórico, con una palidez acentuada por la sangre que manchaba sus labios, y mejillas y su barbilla; de su cuello chorreaba un delgado hilo de sangre; sus ojos, enloquecidos de terror. Entonces colocó sobre su rostro las pobres manos lastimadas, las que lucían en su blancura la rojiza marca, fruto de la presión que el conde había ejercido sobre ellas. Detrás de sus manos salió un desolado suspiro que hizo que el terrible grito pareciera sólo la rápida expresión de una pena interminable. Van Helsing se adelantó y corrió el cubrecama suavemente sobre su cuerpo, mientras Art, después de haber mirado desesperadamente su rostro por un instante, salió corriendo de la habitación. Van Helsing susurró:

–Jonathan está preso de estupor, como sabemos que sólo el Vampiro puede producir. No podemos hacer nada con la pobre señora Mina por unos instantes hasta que se recupere. ¡Debo despertarlo!

Mojó la punta de una toalla en agua fría, y con ella comenzó a golpear rápida y ligeramente sobre su rostro, mientras su esposa

mantenía sus manos junto a su rostro y sollozaba de una manera que me rompía el corazón. Levanté el visillo, y miré por la ventana. La luna brillaba; y al mirar pude ver a Quincey Morris correr por el césped hasta esconderse detrás de un árbol. Me preguntaba por qué hacía esto; pero en ese momento oí la rápida exclamación que pronunció Harker al recobrar en parte el sentido, y se volvió hacia la cama. En su rostro, y no podía ser de otra manera, se observaba una expresión de salvaje desconcierto. Parecía como ido por unos instantes, de repente pareció que se recobraba por completo, y se levantó. Su esposa se sobresaltó por el rápido movimiento, y se volvió hacia él con sus brazos extendidos, como si fuese a abrazarlo. Sin embargo, de manera casi instantánea, los echó hacia atrás, y juntando sus codos, se cubrió de nuevo el rostro, estremeciéndose.

–¡Por el amor de Dios! ¿Qué significa esto? –exclamó Harker–, doctor Seward, doctor Van Helsing, ¿qué es esto? ¿Qué ha sucedido? ¿Cuál es el problema? Mina, querida, ¿qué ocurre? ¿Qué significa esta sangre? ¡Dios mío!, ¡Dios mío! ¡Ha estado aquí! –y arrodillándose, golpeó sus manos violentamente–. ¡Oh, Señor, ayúdanos! ¡Ayúdala! ¡Ayúdala!

Con un rápido movimiento saltó de la cama y comenzó a vestirse; todo el hombre que estaba latente en él despertó de improviso impulsado por la necesidad de entrar en acción al instante.

–¿Qué ha sucedido? ¡Cuénteme todo! –gritó sin pausa alguna–. Doctor Van Helsing, sé que usted quiere a Mina. Haga algo para salvarla. No pudo haber ido muy lejos. Cuídela mientras yo lo busco.

Su esposa, en medio de su terror, y horror y congoja, previó algún peligro cierto para él, e instantáneamente se olvidó de su propia pena y se aferró a él, exclamando:

–¡No! ¡No! No me dejes, Jonathan. Ya he sufrido mucho esta noche, Dios lo sabe, y ahora el temor de que él te haga daño. Debes quedarte conmigo. ¡Quédate con estos amigos que te cuidarán!

Al tiempo que hablaba su expresión se tornó furiosa, y mientras él cedía, Mina lo hizo sentar sobre la cama y se aferró a él con todas sus fuerzas.

Van Helsing y yo tratamos de calmarlos a ambos. El profesor levantó su pequeño crucifijo de oro, y dijo con maravillosa calma:

–No teman, queridos míos. Nosotros estamos aquí; y mientras ustedes tengan esto cerca suyo esa abominable cosa no podrá acercarse. Por esta noche están a salvo; y debemos permanecer calmos y consolarnos mutuamente.

La señora Harker se estremeció y guardó silencio, manteniendo su cabeza apoyada sobre el pecho de su esposo. Cuando la levantó, su camisa blanca de dormir estaba manchada con sangre en el lugar donde ella había apoyado sus labios, y donde la pequeña y abierta herida de su cuello había derramado unas gotas. En el momento que vio la camisa retrocedió, con un amplio suspiro, y murmuró, entre asfixiantes sollozos:

–¡Impura ¡Impura! No debo besarlo ni tocarlo nunca más. ¡Oh! Es posible que ahora yo sea su peor enemigo, y la persona hacia la cual más temor deba él sentir.

Después de haber escuchado estas palabras el señor Harker habló con resolución:

–No digas eso, Mina. Me avergüenzo al oír esas palabras. No quiero oír eso de ti, ni siquiera lo menciones. Que Dios me juzgue por mis actos, y me castigue con un sufrimiento más amargo que el de este momento, si por cualquier acto o intención mía algo se interpusiera entre nosotros.

Jonathan extendió sus brazos y abrazó a Mina contra su pecho; y por un instante ella permaneció allí, sollozando. Él nos miró por sobre la cabeza de Mina, y sus ojos brillaron húmedos al tiempo que las ventanas de su nariz temblaban y su boca se tornaba tan dura como el acero. Después de unos segundos sus sollozos se espaciaron y calmaron, y entonces el señor Harker me dijo, hablando con una calma estudiada que ponía al máximo de las pruebas su sistema nervioso:

–Ahora bien, doctor Seward, cuénteme todo. Demasiado bien conozco lo que sucedió; cuénteme los detalles.

Le conté con exactitud lo que había sucedido, y él me escuchó con una aparente impaciencia; pero las ventanas de su nariz le temblaban y los ojos le brillaban al oír cómo las inhumanas manos del conde habían sujetado a su esposa en esa terrible y horrible posición, tratando de que su boca tocara la herida abierta de su

pecho. Me interesó, en ese momento, el ver que, a pesar de que el rostro blanco de la pasión se transfiguraba convulsivamente sobre la cabeza de su esposa, las manos acariciaban tierna y amorosamente el ondulado cabello. Justo cuando había finalizado mi relato, Quincey y Godalming llamaron a la puerta. Respondieron obedientemente a nuestra respuesta e ingresaron a la habitación. Van Helsing me miró inquisidoramente. Entendí que quería decirme que sería bueno aprovechar la llegada de nuestros amigos para distraer la atención de los desdichados esposos, por eso cuando asentí con la cabeza, Van Helsing les preguntó a los recién llegados qué habían visto o hecho. El señor Godalming respondió a esta pregunta diciendo:

–No pude verlo en el pasillo ni en ninguna de las habitaciones. Busqué en el estudio, pero, a pesar de que él había estado allí, ya no estaba. Sin embargo, él había...

Se detuvo repentinamente, mirando a la pobre figura tendida sobre la cama. Van Helsing acotó con su voz grave:

–Continúe, amigo Arthur. No queremos más vueltas. Nuestro deseo ahora es saberlo todo. ¡Hable libremente!

Por lo tanto, Art prosiguió diciendo:

–Él ha estado allí, y a pesar de que pudo haber estado por sólo unos segundos, logró alborotar todo el lugar. Todo el manuscrito fue quemado, y las azules llamas flameaban entre las cenizas blancas; los cilindros de su fonógrafo también fueron arrojados al fuego, y la cera ayudó a avivar las llamas.

En ese instante lo interrumpí diciendo:

–¡Gracias a Dios que la otra copia está en la caja fuerte!

Su rostro se iluminó por un momento, pero se entristeció al acotar:

–Entonces me dirigí escaleras abajo, pero no pude ver signos de él. Miré en la habitación de Renfield; pero no había rastros excepto...

Una vez más hizo una pausa. Y Harker agregó ásperamente:

–Prosiga.

Por consiguiente, Art inclinó su cabeza, y mojando sus labios con su lengua, agregó:

–Excepto que el pobre tipo está muerto.

La señora Harker levantó su cabeza, y nos miró uno a uno al tiempo que expresó solemnemente:

–¡Que se haga la voluntad de Dios!

No pude dejar de sentir que Art estaba ocultando algo, pero, como presentía que lo hacía con cierto propósito, no dije nada. Van Helsing se volvió hacia Morris y le preguntó:

–Y usted, amigo Quincey, ¿tiene algo que contarnos?

–Algo –respondió Morris–. Podría ser importante, pero por el momento no puedo asegurarlo. Creí conveniente el saber dónde iría el conde al salir de la casa. No lo vi, pero pude observar un murciélago saliendo por la ventana de la habitación de Renfield, que voló hacia el Oeste. Esperaba verlo regresar a Carfax en alguna de sus formas; pero evidentemente, buscó algún otro refugio. No regresará esta noche; pues el cielo se está tornando rojizo en el Este, y el amanecer se acerca. ¡Debemos hacer nuestro trabajo mañana!

Pronunció las últimas palabras con sus dientes apretados. Por un instante o quizás un par de minutos se produjo un silencio, y pude fantasear con el hecho de que se podía oír el sonido de nuestros corazones latir, entonces Van Helsing dijo, al tiempo que colocó su mano tiernamente sobre la cabeza de la señora Harker:

–Y ahora, señora Mina, pobre y querida señora Mina, cuéntenos exactamente lo que sucedió. Dios sabe que no quiero que sufra; pero nos urge saberlo todo. Ahora más que nunca debemos hacer el trabajo de manera rápida y precisa, cuanto antes. Se acerca el día en que debe terminarse todo, si es posible; y ahora es la oportunidad para vivir y aprender.

La pobre señora se estremeció violentamente y pude advertir la tensión de sus nervios, abrazándose a su esposo con mayor fuerza y haciendo que su cabeza descendiera todavía más sobre su pecho. Luego, levantó la cabeza orgullosamente y tendió una mano que Van Helsing tomó y, haciendo una reverencia, la besó respetuosamente y la conservó entre sus propias manos. La otra mano de la señora Harker estaba sujeta en una de las de su esposo, que, con el otro brazo, rodeaba su talle protectoramente. Al cabo de una pausa en la que estuvo obviamente ordenando sus pensamientos, comenzó:

–Tomé la droga que usted, con tanta amabilidad, me entregó, pero durante bastante tiempo no me hizo ningún efecto. Me pareció estar

cada vez más despierta, e infinidad de fantasmas comenzaron a poblar mi imaginación... Todos ellos relativos a la muerte y a los vampiros, a la sangre, al dolor y a la desesperación.

Su esposo gruñó involuntariamente, al tiempo que ella se volvía hacia Jonathan y le decía amorosamente:

–No te irrites, cariño. Debes ser valeroso y fuerte, para ayudarme en esta terrible prueba. Si supieras qué esfuerzo tan grande me cuesta simplemente hablar de este asunto tan horrible, comprenderías lo mucho que necesito tu ayuda. Bueno, comprendí que debía tratar de ayudar a la medicina para que hiciera efecto, por medio de mi propia voluntad, si es que quería que me sirviera de algo. Por consiguiente, resueltamente, me esforcé en dormir. Estoy segura de que debí dormirme inmediatamente, puesto que no recuerdo nada más. Jonathan, al entrar, no me despertó, puesto que mi recuerdo siguiente es que estaba a mi lado. Había en la habitación la misma niebla ligera que había visto antes. Pero no recuerdo si tienen ustedes conocimiento de ello; encontrarán todo al respecto en mi diario, que les mostraré más tarde. El mismo terror vago de la otra vez se apoderó de mí y tuve el mismo sentimiento de que había alguien en la habitación. Me volví para despertar a Jonathan, pero descubrí que dormía tan profundamente, que más bien parecía que era él y no yo quien había tomado la droga. Intenté despertarlo, pero no pude. Esto me causó un gran temor, y miré a todos lados, aterrorizada. Entonces, el corazón se me paralizó: de pie, al lado de la cama, como si hubiese salido de entre la niebla, o bien, como si la niebla se hubiese convertido en su figura, ya que ésta había desaparecido por completo, se encontraba un hombre alto y delgado, todo de negro. De inmediato supe de quién se trataba por la descripción de los otros. El rostro cual cera; su nariz aguileña, sobre la cual la luz caía como en una línea blanca; los rojos labios entreabiertos, que mostraban sus blancos y filosos dientes; y los rojizos ojos que parecía haber visto en los ocasos sobre las ventanas de la iglesia de Santa María en Whitby. También reconocí la roja cicatriz sobre su frente, donde Jonathan lo había golpeado. Por un instante el corazón se me paralizó una vez más, y hubiese gritado si no fuese porque me paralicé. En la pausa habló con un susurro

cálido y cortante, al tiempo que señalaba a Jonathan diciendo: "¡Silencio! Si emite un sonido, le destruyo los sesos justo delante de sus ojos". Yo estaba demasiado consternada y confundida como para hacer o decir algo. Con una sonrisa burlona, apoyó una mano sobre mi hombro y, sosteniéndome con fuerza, dejó al descubierto mi cuello con la otra mano al tiempo que dijo: "Primero, un ligero refresco para compensar mi esfuerzo. Usted debe permanecer tranquila; no es la primera ni la segunda vez que sus venas sacian mi sed". Yo estaba confundida y, extrañamente, no quise impedir que lo hiciera. Supongo que es parte del horrible encanto que crea cuando él toca a sus víctimas. Y Dios, oh mi Dios, ¡pobre de mí! ¡Apoyó sus asquerosos labios sobre mi garganta!

Su esposo se quejó nuevamente; la miró con lástima, como si él fuera la víctima. Ella continuó diciendo:

–Sentí como si mis fuerzas se desvanecieran, estaba media desmayada. No sé cuánto tiempo duró este horrible episodio; pero pareció como si hubiera pasado un largo rato antes de que alejara su asquerosa y maloliente boca. ¡Pude observar cómo la fresca sangre chorreaba de esa boca!

Por un momento pareció como que este recuerdo la subyugaba, y se hubiera desplomado a no ser por el brazo de su esposo que la sostenía. Con gran esfuerzo se recuperó y siguió diciendo:

–Entonces me habló burlonamente: "De modo que usted, como los otros, quería hacer uso de su inteligencia en contra de mí. ¡Usted ayudaría a esos hombres a terminar conmigo y frustrar mis planes! Usted ahora ya sabe, y ellos en parte ya saben, y lo sabrán por completo en poco tiempo, lo que significa obstaculizar mi camino. Hubieran guardado sus energías para utilizarlas más cerca de sus hogares. Mientras ellos usaban su ingenio en contra de mí –en contra de mí, que he comandado naciones, e intrigado por ellas, y peleado por ellas, cientos de años antes de que ellos hubieran nacido– yo estaba contraminándolos. Y usted, su amada predilecta, es ahora carne de mi carne; sangre de mi sangre; piel de mi piel; mi prensa de vino por un tiempo; y en el futuro, mi compañera y ayudante. Será usted vengada a su debido tiempo; pues ninguno de ellos podrá suplir sus necesidades. Pero por ahora usted debe ser

castigada por lo que ha hecho. Usted ha ayudado a obstaculizar mis planes; ahora debe acudir a mi llamado. Cuando mi mente ordene, pensando en usted, cruzará tierras y mares si es preciso para acudir a mi lado y hacer mi voluntad, y para asegurarme de ello, ¡mire lo que hago!". Entonces, se abrió la camisa, y con sus largas y agudas uñas, se abrió una vena en el pecho. Cuando la sangre comenzó a brotar, tomó mis manos en una de las suyas, me las apretó con firmeza y, con su mano libre, me agarró por el cuello y me obligó a apoyar mi boca contra su herida, de tal modo que o bien me ahogaba o estaba obligada a tragar... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho para merecer un destino semejante, yo, que he intentado permanecer en el camino recto durante todos los días de mi vida? ¡Ten piedad de mí, Dios mío! ¡Baja tu mirada sobre mi pobre alma que está sujeta a un peligro más que mortal! ¡Compadécete de mí!

Mina comenzó a frotarse los labios, como si buscara evitar la contaminación. Mientras narraba su terrible historia, el cielo, al oriente, comenzó a iluminarse, y todos los detalles de la habitación fueron apareciendo con mayor claridad. Harker permanecía inmóvil y en silencio, pero en su rostro, conforme el terrible relato avanzaba, apareció una expresión grisácea que fue profundizándose a medida que se hacía más clara la luz del día; cuando el resplandor rojizo del amanecer se intensificó, su piel resaltaba, muy oscura, contra sus cabellos, que se le iban poniendo blancos.

Hemos tomado disposiciones para permanecer siempre uno de nosotros atento al llamado de la pobre pareja, hasta que podamos reunirnos todos y dispongamos todo lo necesario para entrar en acción. Estoy seguro de que el sol no se elevará hoy sobre ninguna casa más sumida en la tristeza que la nuestra.

XXII

Del diario de Jonathan Harker

3 de octubre. Tengo que hacer algo si no quiero volverme loco; por eso escribo en este diario. Ahora son las seis de la mañana. Tenemos que reunirnos en el estudio dentro de media hora, para comer algo. El doctor Seward y el profesor Van Helsing están de acuerdo en que, si no comemos nada, no estaremos en condiciones de hacer nuestro trabajo de la mejor manera. Dios sabe que hoy necesitaremos dar lo mejor de cada uno de nosotros. Tengo que continuar escribiendo, cueste lo que cueste, ya que no puedo detenerme a pensar. Todo, tanto los pequeños detalles como los grandes, debe quedar asentado; quizá los detalles insignificantes serán los que nos sirvan más con el correr del tiempo. Las enseñanzas, buenas o malas, no podrán habernos hecho mayor daño a Mina y a mí que el que estamos sufriendo hoy. Sin embargo, debemos tener esperanza y confianza. La pobre Mina me acaba de decir hace un momento, con las lágrimas corriéndole por sus adoradas mejillas, que es en la adversidad y la desgracia cuando debemos demostrar nuestra fe, que debemos seguir teniendo confianza, y que Dios nos ayudará hasta el fin. ¡El fin! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué fin…? ¡A trabajar!

Cuando el doctor Van Helsing y el Doctor Seward regresaron de ver al pobre Renfield, nos dispusimos a ver qué era lo que teníamos por delante. Primero, el doctor Seward nos contó que cuando él y el doctor Van Helsing fueron a la habitación de abajo, encontraron a Renfield tendido sobre el piso, todo acurrucado. Su rostro estaba todo magullado y aplastado, y los huesos de su cuello estaban fracturados.

El doctor Seward le preguntó al asistente de turno en el corredor si había oído algo. Él respondió que había permanecido sentado –dormitando, confesó– cuando oyó fuertes voces en la habitación, y entonces Renfield había gritado en voz fuerte varias veces "¡Dios!

¡Dios! ¡Dios!”. Después de eso se oyó un ruido como el de una caída, y cuando ingresó a la habitación lo encontró tendido en el piso, boca abajo, tal como los doctores lo habían visto. Van Helsing le preguntó si había oído “voces” o una “voz”, y él dijo que no podría asegurarlo; que al principio le había parecido que eran dos, pero como no había nadie más en la habitación, tuvo que haber sido sólo una. Hasta podría jurar, si así se lo pidiesen, que la palabra “Dios” fue pronunciada por el paciente. El doctor Seward nos dijo, cuando estuvimos a solas, que no quería entrar en detalles sobre este asunto; la cuestión de la pesquisa tenía que ser considerada, pero ésta no conduciría a develar la verdad, ya que nadie creería en ella. De acuerdo con lo sucedido, pensó que según la evidencia proporcionada por el asistente podría librar un certificado de defunción por accidente al caer de la cama. En caso que el forense lo requiriese, se haría una pesquisa formal, necesaria para arribar al mismo resultado.

Cuando comenzamos a discutir lo relativo a cuál debería ser nuestro siguiente paso, lo primero de todo que decidimos era que Mina debía gozar de entera confianza y estar al corriente de todo; que nada, absolutamente nada, por horrible o doloroso que fuera, debería ocultársele. Ella misma estuvo de acuerdo en cuanto a la conveniencia de tal medida, y era una verdadera lástima verla tan valerosa y, al mismo tiempo, tan llena de dolor y de desesperación.

–No deben ocultarme nada –dijo–. Desafortunadamente ya me han ocultado demasiadas cosas. Además, no hay nada en el mundo que pueda causarme ya un dolor mayor que el que he tenido que soportar..., ¡que todavía estoy sufriendo! ¡Sea lo que sea lo que suceda, significará para mí un consuelo y una renovación de mis esperanzas!

Van Helsing la estaba mirando fijamente, mientras hablaba, y dijo, repentinamente, aunque con suavidad:

–Pero, querida señora Mina, ¿no tiene usted miedo, si no por usted, al menos por los demás, después de lo que ha pasado?

El rostro de Mina se endureció, pero sus ojos brillaron con la misma devoción de una mártir, cuando respondió:

–¡No! ¡Mi mente se ha acostumbrado ya a la idea!

–¿A qué idea? –preguntó el profesor suavemente, mientras permanecíamos todos inmóviles, ya que todos nosotros, cada uno a su manera, teníamos una ligera idea de lo que deseaba decir.

Su respuesta fue dada con toda sencillez, como si estuviera simplemente constatando un hecho seguro:

–Porque si encuentro en mí (y voy a vigilarme con todo cuidado) algún signo de que pueda ser causa de daños para alguien a quien amo, ¡debo morir!

–¿Se matará usted misma? –preguntó Van Helsing, con voz ronca.

–Lo haré, si no hay ningún amigo que desee salvarme, evitándome ese dolor y ese esfuerzo desesperado.

Ella lo miraba significativamente mientras hablaba. Él estaba sentado; pero ahora se levantó y se acercó a ella y colocó su mano sobre su cabeza y, solemnemente dijo:

–Mi pequeña, hay alguien que estaría dispuesto a hacerlo si fuera por su bien. Pues yo mismo estaría dispuesto a responder ante Dios por un acto de eutanasia, en este preciso momento, si esto fuese lo mejor. Pero, mi pequeña...

Por un instante pareció como ahogado, y un gran sollozo surgió de su garganta; se sobrepuso y siguió diciendo:

–Aquí hay personas que se interpondrán entre usted y la muerte. No debe morir. No debe usted morir y menos por su propia mano. Con respecto al otro, que ha podrido su dulce vida, hasta que él no haya muerto, usted no debe morir pues si él todavía existe entre los muertos vivos, la muerte a usted la convertiría en lo mismo que es él. ¡No, usted debe vivir! Usted debe luchar y esforzarse por vivir, ya que la muerte sería un dolor inexplicable. Usted debe luchar contra la muerte que hay en Él, tanto si llega a usted en el dolor o la alegría, de día o de noche, en la seguridad o en la adversidad. ¡Por la salvación de su alma le ruego que no muera, y que ni siquiera piense en la muerte, no hasta que este gran demonio haya muerto!

La pobre dama se puso blanca como la muerte, y se estremeció y tembló, como había visto las arenas movedizas estremecerse al atrapar una presa. Todos guardamos silencio, no podíamos hacer nada. Al tiempo se calmó, y volviéndose hacia él y extendiéndole su mano dijo, dulce pero tristemente:

–Le prometo, mi querido amigo, que si Dios me permite seguir viviendo, lucharé para vivir, hasta que si su voluntad así lo determina, este horror haya terminado para mí.

Mina estaba tan bien y se mostraba tan valiente que todos sentimos que nuestros corazones se fortalecían para trabajar y resistir por ella, y comenzamos a debatir lo que teníamos que hacer. Le dije que tenía que tener todos los papeles en la caja fuerte, y todos los papeles o diarios y fonógrafos que pudiéramos utilizar luego; y que tenía que llevar un registro tal como lo había hecho antes. Estaba encantada con todo lo que tenía que hacer, si "encantada" se podría utilizar con un interés tan siniestro.

Como siempre, Van Helsing se había adelantado y había preparado en un orden exacto nuestro trabajo.

–Quizás hubiese sido mejor –dijo Van Helsing– que en nuestra reunión después de nuestra visita a Carfax, no hubiéramos decidido no hacer nada con las cajas de tierra que permanecían allí. Al hacerlo, el conde con seguridad debió haber adivinado nuestro propósito, y por lo tanto tomó los recaudos necesarios para frustrar nuestro esfuerzo con respecto a las otras, pero ahora no conoce nuestras intenciones. Aun más, con toda seguridad que no sabe que nosotros tenemos el poder para esterilizar sus madrigueras, de manera tal que no las pueda usar como antes. Estamos ahora tanto más avanzados en nuestro conocimiento de su disposición que, cuando hayamos examinado la casa en Piccadilly, tendremos que rastrear las últimas. Hoy es nuestro día y en él descansa nuestra esperanza. El sol que salió esta mañana sobre nuestro dolor nos guarda en su curso. Hasta que se ponga por la noche, ese monstruo deberá conservar la forma que ahora tiene. Está confinado dentro de las limitaciones de la envoltura terrestre. No puede desvanecerse en el volátil aire ni desaparecer a través de grietas, aberturas o hendiduras. Si atraviesa una puerta, deberá abrirla como un mortal. Y por eso tenemos este día para encontrar todos sus refugios y esterilizarlos. Por consiguiente, si todavía no lo hemos capturado y destruido, tendremos que hacerlo caer en alguna trampa a fin de poder atraparlo y eliminarlo con seguridad.

Aquí me puse de pie, ya que no podía contenerme al pensar que los minutos y segundos que estaban cargados con la vida de Mina y su felicidad, transcurrían, desde que, mientras hablábamos la acción era posible. Pero Van Helsing levantó su mano y nos advirtió:

–¡Ay, amigo Jonathan! –dijo–. En este asunto, el camino más rápido a casa es el más largo, así dice su proverbio. Todos debemos actuar, y actuar con una rapidez desesperante llegado el momento. Pero piensen, quizás la clave de este asunto esté en esa casa en Piccadilly. El conde puede haber comprado varias casas. De ellas tendremos escrituras de compra, llaves y otras cosas. Tendrá papel en el cual escribir, y tendrá chequera. Debe tener ciertas pertenencias que debe guardar en algún lugar; por qué no en este lugar tan central, tan tranquilo, en el que puede entrar o salir por la puerta principal o la de servicio, a cualquier hora, cuando en medio del intenso tráfico ni siquiera haya alguien que se fije en él. Debemos ir y registrar esa casa; y cuando sepamos lo que tiene, entonces haremos lo que nuestro amigo Arthur llama, con sus frases de cacería, "detengan la tierra", y entonces perseguiremos a nuestro viejo zorro; ¿qué les parece?

–Entonces, manos a la obra –grité– ¡estamos perdiendo nuestro precioso tiempo!

El profesor no se movió, pero dijo con simpleza:

–¿Y cómo entraremos en esa casa, en Piccadilly?

–¡De cualquier forma! –exclamé–. Entraremos por la fuerza si fuere necesario.

–Y vuestra policía; ¿dónde estará, y qué dirá?

Estaba desesperado, pero sabía que si deseaba retrasarse tenía una buena razón para hacerlo. Entonces dije con la mayor calma que pude:

–No espere más de lo necesario; estoy seguro de que usted sabe por la tortura que estoy pasando.

–¡Ah, mi muchacho!, puede estar seguro de ello; y no tengo intenciones de agregar más dolor a su angustia. Pero sólo piense, ¿qué podremos hacer hasta que todo el mundo esté en movimiento? Entonces llegará nuestro momento. He estado pensando mucho, y

creo que la manera más simple es la mejor de todas. Ahora bien, queremos entrar a la casa, pero no tenemos la llave, ¿no es así?

Asentí.

–Imagínese que usted fuera, en realidad, el propietario de esa casa, y no pudiera entrar, y suponiendo que no tuviera la conciencia de un ladrón, ¿qué haría?

–Llamaría a un cerrajero respetable, y lo pondría a trabajar para que me abra la cerradura.

–Y vuestra policía, intervendría, ¿no es así?

–¡Oh, no! No si supieran que el hombre está correctamente contratado.

–Entonces –me miró con vivacidad al hablar– todo lo que está en duda es la conciencia del empleador, y la creencia de vuestros policías con respecto a si ese empleador tiene una buena o mala conciencia. Su policía debe estar compuesta por hombres cuidadosos e inteligentes; ¡oh, tan inteligentes!; en leer el corazón, si es que se aventuran en ese asunto. No, no, mi amigo Jonathan, usted vaya y abra la cerradura de un centenar de casas vacías en éste su Londres, o de cualquier otro lugar en el mundo; y si usted hace semejante cosa de la manera correcta, nadie interferirá. He leído sobre un caballero, propietario de una costosa casa en su querido Londres, y cuando se fue por los meses del verano a Suiza y cerró su casa, un ladrón irrumpió en su casa por una ventana trasera que había roto. Luego se dirigió al frente, abrió las ventanas, y entró y salió por la puerta, delante de los propios ojos de la policía. Entonces, hizo una subasta pública en la casa, y la publicó, e hizo propaganda y cuando llegó el día, con la ayuda de un gran martillero, vendió todos los bienes propiedad del otro hombre. A continuación fue a ver a un constructor, y le vendió esa casa, firmando un acuerdo de que la derribaría dentro de cierto tiempo. Y vuestra policía y otras autoridades lo ayudaron en todo lo que pudieron. Y cuando el propietario regresó de sus vacaciones por Suiza se encontró sólo con un pozo vacío en el lugar en el que había estado su casa. Todo esto fue hecho en regla; y en nuestro trabajo nosotros también estaremos en regla. No iremos tan temprano como para que los policías que a esas horas tienen poco en que

entretenerse, sospechen de nosotros. Iremos después de las diez, cuando ya haya movimiento y podamos comportarnos como los verdaderos dueños de la casa.

No podía dejar de pensar cuán acertado estaba, y la terrible desesperación del rostro de Mina se fue suavizando; teníamos esperanza en tan buen consejero. Van Helsing prosiguió:

–Una vez dentro de la casa, tendremos que encontrar más pistas; y de todos modos, alguno de nosotros podrá quedarse allí, mientras el resto trata de buscar en los otros lugares en los que se encuentran las cajas con tierra, en Bermondsey y Mile End.

Lord Godalming se puso de pie y dijo:

–Puedo serles útil aquí. Me comunicaré con mi gente a fin de que les envíen caballos y carruajes a donde lo consideren más conveniente.

–Vea, viejo amigo –dijo Morris–, es una excelente idea tener todo preparado en caso de que necesitemos ir a caballo; pero ¿no considera que uno de sus elegantes carruajes, con sus adornos heráldicos, en un camino apartado en Walworth o Mile End, atraerían demasiada atención como para realizar nuestros propósitos? Me parece que debemos tomar coches de alquiler cuando nos dirijamos hacia el Sur o el Este; y hasta dejarlos en algún lugar cercano al vecindario que vamos a visitar.

–¡Nuestro amigo Quincey tiene razón! –dijo el profesor–. Es un trabajo difícil el que vamos a hacer, y no queremos que la gente nos observe.

Mina fue tomando un creciente interés por el caso, y me regocijaba ver que la exigencia en cada detalle la ayudaba a olvidar, al menos por un instante, la terrible experiencia de la noche. Ella estaba muy, pero muy pálida, casi fantasmal, y tan delgada que sus labios parecían desdibujados, mostrando sus dientes de una manera prominente. No mencioné esto, ya que le hubiera ocasionado un innecesario dolor, pero el recordar lo que le había sucedido a la pobre Lucy cuando el conde había tomado de su sangre, me helaba la sangre. Hasta el momento no aparecían signos de que se le estuviesen afilando los colmillos, pero no había pasado todavía mucho tiempo, y era de temer.

Cuando nos dispusimos a debatir acerca de la secuencia de nuestros esfuerzos y de la disposición de nuestras fuerzas, surgieron nuevas dudas. Finalmente, se arregló que antes de partir hacia Piccadilly deberíamos destruir el refugio del conde más cercano en ese momento. En caso de que él nos descubra demasiado pronto, tendremos que estar adelantados en nuestro trabajo de destrucción, y su presencia en su forma puramente material, y la más débil, deberá brindarnos algunas pistas nuevas.

Con respecto a la disposición de las fuerzas, el profesor Van Helsing había sugerido que, después de nuestra visita a Carfax, deberíamos entrar a la casa de Piccadilly, y que los dos doctores y yo deberíamos permanecer allí, mientras lord Godalming y Quincey encontraban los refugios en Walworth y Mile End y los destruían. Podía ser posible, aunque poco probable que el conde apareciera en Piccadilly durante el día, y si eso sucediera, debíamos estar preparados para el encuentro. En ese caso, tendríamos que seguirlo todos juntos. En lo que a mí respecta, me opuse vigorosamente a este plan, pues dije que mi intención era la de quedarme y proteger a Mina. Pensé que ya tenía una resolución tomada a tal efecto, pero Mina no escucharía mi objeción. Dijo que podía haber ciertos asuntos jurídicos para los cuales podía serles de utilidad; entre todos los papeles del conde podría haber ciertas pistas que yo podía descifrar gracias a mi experiencia en Transylvania y, que de todos modos deberíamos emplear todas las fuerzas necesarias para luchar contra el extraordinario poder del conde. Tuve que rendirme, ya que la decisión de Mina era inamovible; el hecho de que trabajásemos juntos era su última esperanza.

–En cuanto a mí –dijo Mina–, no tengo miedo. Han sucedido cosas tan malas que no podrían ser peores, y cualquier cosa que ocurriera deberá acarrear esperanza y consuelo. ¡Ve, esposo mío! Dios puede, si así lo deseara, cuidar de mí cuando esté sola como cuando estoy acompañada por ustedes.

Por lo tanto, me puse de pie y a viva voz, exclamé:

–En nombre de Dios, permítenos comenzar de una vez, pues estamos perdiendo tiempo. El conde podría ir a Piccadilly antes de lo que nosotros imaginemos.

–¡No tanto! –dijo Van Helsing levantando su mano.

–¿Por qué? –pregunté.

–No recuerda –dijo, esbozando una sonrisa–. Ayer a la noche tuvo un banquete, y dormirá hasta tarde.

–¡Me había olvidado! Será posible. ¿Podrá, alguno de nosotros, alguna vez olvidar esa terrible escena?

Mina luchaba para contenerse pero el dolor la venció y se llevó las manos contra su rostro y comenzó a temblar, mientras gemía. No había sido la intención de Van Helsing la de recordarle tan trágica experiencia. Simplemente, no había recabado en su presencia debido a su esfuerzo intelectual. Cuando se dio cuenta de lo que había dicho, se horrorizó de su imprudencia y trató de aliviarla.

–¡Oh, señora Mina! –dijo–, mi queridísima señora Mina. ¡Ay de mí!, que yo, que tanto la aprecio, haya dicho algo semejante. Estos estúpidos viejos labios, y esta estúpida cabeza no merecen su perdón, pero usted lo olvidará, ¿no es así?

Se acercó a ella al tiempo que hablaba; ella tomó sus manos, y mirándolo a través de sus lágrimas, le dijo ásperamente:

–No, nunca lo olvidaré, ya que está bien que lo recuerde; y también muy bien recuerdo lo amable que es usted. Ahora, todos ustedes deben marcharse pronto. El desayuno está listo, y debemos comer para estar fuertes.

El desayuno resultó ser una comida extraña para todos nosotros. Tratamos de estar alegres y de darnos ánimo mutuamente, y Mina fue la más brillante y alegre de todos nosotros. Cuando terminamos, Van Helsing se puso de pie y dijo:

–Es hora, mis queridos amigos, de que nos aventuremos a nuestra terrible empresa. ¿Están todos armados, tal como lo estuvimos en la primera noche que visitamos el refugio de nuestro enemigo, armados contra un posible ataque fantasmal o carnal?

Todos le respondimos afirmativamente.

–Así está bien. Ahora, señora Mina, usted está casi segura aquí hasta el ocaso y nosotros regresaremos antes... si, ¡todos regresamos! Pero antes de marcharnos, permítame armarla contra ataques personales. Yo mismo, desde que usted ha bajado, he preparado su habitación, y dispuesto los objetos que ya sabemos, de

manera tal que él no pueda ingresar. Ahora, permítame resguardarla a usted. Sobre su frente coloco esta porción de la Sagrada Hostia, en el nombre del Padre, del Hijo, y...

Se oyó un escalofriante grito que casi paralizó nuestros corazones. Al tiempo que Van Helsing colocó la Hostia sobre la frente de Mina, la había lastimado, se había quemado en la carne como si se tratara de un pedazo de metal caliente. Mi pobre y querida Mina comprendió el significado del hecho en el mismo instante que sintió el dolor y ambas instancias la abrumaron tanto que su sobreexcitada naturaleza proyectó su voz en tal desgarrador grito. Pero sus pensamientos se transformaron en palabras rápidamente; el eco del grito no había cesado de sonar en el aire y no había impedido una reacción. Ella cayó de rodillas sobre el piso en una agonía humillante. Cubriéndose el rostro con su hermoso cabello, como lo hacían antiguamente los leprosos, deploró:

–¡Impura, impura! ¡Hasta el Todopoderoso evita mi contaminada carne! Debo cargar con esta marca vergonzante sobre mi frente hasta el día del Juicio Final.

Todos se detuvieron. Me había acercado a ella en una agonía de lamento impotente, y poniendo mis brazos sobre su cintura la sostuve con firmeza. Por unos minutos nuestros apenados corazones latieron al unísono, mientras nuestros amigos que se hallaban a nuestro lado apartaron sus ojos que, silenciosamente, dejaban caer lágrimas. Entonces Van Helsing se dio vuelta y dijo con voz grave, con voz tan grave que no pude evitar sentir que de algún modo él estaba inspirado y dejaba que sus sentimientos fluyeran:

–Puede ser que usted tenga que cargar con esa marca hasta que Dios por sí mismo lo considere necesario, ya que Él, con seguridad, en el Día del Juicio Final reparará todos los males de la Tierra y aquellos que sufran sus hijos. Y, mi queridísima señora Mina, quizás nosotros quienes la amamos estemos allí para ver, cuando la roja cicatriz, el signo de la sabiduría de Dios, se borre, dejando su frente tan pura como el corazón que todos conocemos.

Con seguridad que esta cicatriz se borrará, cuando Dios considere correcto aliviarnos de esta carga que pesa sobre nosotros. Hasta ese momento cargaremos nuestra Cruz, tal como su Hijo lo hizo en

obediencia a su Voluntad. Quizás sea posible que hayamos sido elegidos instrumentos de su buena Voluntad, y que llegaremos a Él a través de este galón y vergüenza; a través de lágrimas y sangre; a través de dudas y miedos; y todo marca la diferencia entre Dios y el hombre.

Había esperanza y bienestar en sus palabras. Estas mostraban resignación. Tanto Mina como yo percibimos esto tan simultáneamente que cada uno de nosotros tomó una de las manos del anciano, se inclinó hacia ella y la besó.

Luego, sin pronunciar palabra, todos nos arrodillamos y sosteniendo nuestras manos nos juramos sinceridad. Nosotros los hombres nos comprometimos a correr el velo de dolor que cubría el rostro de Mina. Cada uno amaba a su manera; y rezábamos implorando ayuda y guía en la terrible tarea que teníamos por delante.

Ya era momento de comenzar. Por eso le dije adiós a Mina, una separación que ninguno de nosotros olvidará por el resto de nuestros días, y partimos.

Yo he tomado una decisión con respecto a una cosa: si descubrimos que Mina se ha convertido en vampiro, entonces no ingresaremos solos a ese mundo desconocido y terrible. Supongo que es por eso que en los viejos tiempos, un vampiro era sinónimo de varios; tal como sus repugnantes cuerpos podían sólo reposar en tierra sagrada, por eso el más santo de los amores era el sargento reclutador para sus fantasmales rangos.

Ingresamos a Carfax sin problemas y encontramos todo en el mismo sitio, tal como en la primera ocasión. Era difícil de creer que entre tan prosaico ambiente de descuido y polvo y podredumbre, no había ningún indicio para sentir tal temor como el que nosotros conocíamos. Al no haber tomado una determinación, y al no haber tenido terribles memorias que nos espolearan, podríamos haber procedido con nuestra labor. No encontramos papeles, ni signos de uso en la casa, y en la antigua capilla las grandes cajas se veían de la misma manera que las habíamos visto la última vez. El doctor Van Helsing nos dijo solemnemente cuando nos detuvimos frente a él:

–Y ahora, amigos míos, tenemos una obligación que hacer. Debemos esterilizar esta tierra, tan sagrada de memorias santas, que él ha traído desde tan lejos para tan bajo uso. Él ha elegido esta tierra porque ha sido sagrada. De ese modo, lo venceremos con su propia arma, ya que la haremos aún más santa. Fue santificada para que la usara ese hombre, ahora la santificamos para Dios.

Al tiempo que hablaba, sacó del bolsillo un destornillador y una llave, y muy pronto la tapa de uno de esos cajones estaba abierta. La tierra olía a humedad y encierro; pero pareció no importarnos, pues nuestra atención estaba centrada en el profesor. Sacó de su caja una porción de la Sagrada Hostia y la depositó reverencialmente sobre la tierra, y luego, colocó nuevamente la tapa y comenzó a atornillarla, nosotros lo ayudamos en su tarea.

Uno a uno trató de la misma manera cada una de las cajas, y las dejábamos tal como las habíamos encontrado, pero en cada una de ellas había una porción de Hostia.

Cuando cerramos la puerta a nuestras espaldas, el profesor dijo solemnemente:

–Hemos hecho tanto. Si pudiéramos tener tanto éxito con todas las otras cajas, como el que tuvimos con éstas, entonces, el ocaso de esta tarde brillará en la frente de la señora Mina, tan blanca como el marfil y sin estigmas.

Al pasar por el césped en nuestro camino a la estación para tomar el tren, pudimos ver la fachada del asilo. Miré hacia él ansiosamente, y vi a Mina en la ventana de mi habitación. La saludé con mi mano, y asentí con la cabeza como signo de que habíamos realizado nuestro cometido con éxito. Ella, en respuesta, también asintió para demostrar que me había interpretado. Lo último que pude ver fue el agitar de su mano en signo de adiós. Tuvimos suerte de llegar a la estación y agarrar el tren, que estaba ingresando en ella, al tiempo que llegamos a la plataforma.

Lo siguiente lo he escrito en el tren.

Piccadilly, 12.30 en punto. Justo antes de llegar a la calle Fenchurch, lord Godalming me dijo:

–Quincey y yo iremos a buscar un cerrajero. Será mejor que usted no venga con nosotros por si surge alguna dificultad; ya que en las circunstancias actuales no me parece demasiado malo irrumpir en una casa desocupada. Pero usted es abogado y la Sociedad de Derecho le podría decir que usted tendría que haber sabido a qué atenerse.

Protesté, puesto que no quería dejar de compartir con ellos ningún peligro, pero él continuó diciendo:

–Además, llamará menos la atención si no somos demasiados. Mi título lo hará más fácil con el cerrajero, y con cualquier policía que pudiese acercarse. Será mejor que usted vaya con Jack y el profesor y permanezcan en Green Park, en algún lugar que puedan ver la casa, y cuando vean que la puerta está abierta y el cerrajero, se haya ido, acérquense. Los estaremos esperando, y los dejaremos pasar.

–¡Es un buen consejo! –dijo Van Helsing, y no discutimos más.

Godalming y Morris se fueron de prisa en un carro de alquiler, y nosotros en otro. En la esquina de Arlington Street nuestro contingente descendió del coche y nos internamos en Green Park. Mi corazón latió con fuerza cuando vi la casa sobre la cual recaía gran parte de nuestra esperanza, elevándose tétrica y silenciosamente en su condición de abandono, entre las edificaciones más vivas y alegres del vecindario. Nos sentamos en un banco desde el cual teníamos una buena vista, y comenzamos a fumar cigarros, para así pasar desapercibidos. Los minutos nos parecieron eternos mientras esperábamos la llegada del resto.

Finalmente, vimos llegar un coche de cuatro ruedas. De éste descendieron lord Godalming y Morris y del pescante bajó un hombre robusto vestido con sus ropas de trabajo y una valija con las herramientas necesarias. Morris le pagó al cochero que se tocó el sombrero y se alejó. Subieron juntos los escalones, y lord Godalming le mostró al cerrajero lo que quería que hiciera.

Éste se quitó el abrigo, y lo colocó tranquilamente sobre la baranda, al tiempo que le comentaba algo a un policía que se paseaba por el lugar. El policía asintió como signo de conformidad, y el hombre se arrodilló y colocó su valija a su lado. Después de

buscar en ella, sacó una serie de herramientas que colocó a su lado en el supuesto orden de uso. Entonces se paró, miró la cerradura, la sopló, y mirando a sus empleadores, hizo un comentario. Lord Godalming sonrió, y el hombre tomó un considerable manojo de llaves; y después de haber escogido una, comenzó a probar la cerradura, como si estuviera encontrando el camino. Después de cierto tiempo, probó una segunda y luego una tercera. De pronto, al empujar el cerrajero suavemente la puerta, ésta se abrió, y él y los otros dos ingresaron al vestíbulo. Permanecimos inmóviles mi propio cigarro ardía con furia, pero por el contrario, el de Van Helsing se apagó por completo. Esperamos pacientemente a que el cerrajero saliera y tomara su valija. Luego, él mantuvo la puerta entreabierta, sujetándola con sus rodillas, mientras adaptaba una llave a la cerradura. Entonces, se la entregó a lord Godalming, quien sacó su cartera y le dio algo. El hombre tocó su sombrero, tomó su valija, se puso el abrigo y se marchó; nadie se dio cuenta de aquella maniobra.

Cuando el hombre se había ido por completo, nosotros tres cruzamos la calle y golpeamos a la puerta. De inmediato, Quincey Morris abrió la puerta, y a su lado se encontraba lord Godalming encendiendo un cigarro.

–Este lugar tiene un olor repugnante –dijo este último cuando entramos.

De hecho, tenía un olor repugnante, como el de la antigua capilla de Carfax; y con nuestra experiencia previa estábamos seguros de que el conde había estado usando este lugar con total libertad. Nos dispusimos a explorar la casa, manteniéndonos juntos en caso de un ataque, ya que sabíamos que nos enfrentábamos a un enemigo fuerte y salvaje, y todavía desconocíamos si el conde se encontraba o no en la casa. En la sala, al final del vestíbulo, encontramos ocho cajas de tierra. ¡Solo ocho de las nueve que buscábamos! Nuestro trabajo no había terminado, y nunca terminaría hasta encontrar la caja faltante. Primero abrimos los postigos de la ventana que daba a un patio cercado con muros de piedra, en cuyo fondo había unas caballerizas, que tenían el aspecto de una casa en miniatura. No había ventanas en ella, por lo tanto no teníamos miedo de ser

observados. No perdimos tiempo en examinar las cajas. Con las herramientas que habíamos llevado con nosotros, las abrimos, una por una, y les hicimos el mismo tratamiento que a las otras en la capilla. Nos parecía evidente que el conde no se encontraba en la casa, y procedimos a buscar algunas de sus pertenencias.

Después de examinar rápidamente todas las habitaciones, desde la planta baja al ático, llegamos a la conclusión de que en el comedor debían encontrarse todos los efectos que pertenecían al conde y, por consiguiente, procedimos a examinarlo todo con extremo cuidado. Se encontraban todos en una especie de desorden ordenado en el centro de la gran mesa del comedor. Había títulos de propiedad de la casa de Piccadilly en un montoncito; facturas de la compra de las casas de Mile End y Bermondsey; papel para escribir, sobres, plumas y tinta. Todo estaba envuelto en papel fino, para preservarlo del polvo. Había también un cepillo para la ropa, un cepillo y un peine y una jofaina... Esta última contenía agua sucia, enrojecida, como si tuviera sangre. Lo último de todo era un llavero con llaves de todos los tamaños y formas, probablemente las que pertenecían a las otras casas. Cuando examinamos aquel último descubrimiento, lord Godalming y Quincey Morris tomaron notas sobre las direcciones de las casas al Este y al Sur, tomaron consigo las llaves y se pusieron en camino para destruir las cajas en aquellos lugares. El resto de nosotros estamos, con toda la paciencia posible, esperando su regreso..., o la llegada del conde.

XXIII

Del diario del doctor Seward

3 de octubre. Nos pareció que el tiempo se volvía extremadamente largo mientras esperábamos a lord Godalming y a Quincey Morris. El profesor trataba de mantenernos distraídos, utilizando nuestras mentes sin descanso. Comprendí perfectamente cuál era el benéfico objetivo que perseguía con ello, por las miradas que lanzaba de vez en cuando a Harker. El pobre hombre está abrumado por una tristeza que duele. Anoche era un hombre franco, de aspecto alegre, de rostro joven y fuerte, lleno de energía y con el cabello de color castaño oscuro. Hoy, parece un anciano macilento y enjuto, cuyo cabello blanco se adapta muy bien a sus ojos brillantes y profundamente hundidos en sus cuencas y con sus rasgos faciales marcados por el dolor. Su energía permanece todavía intacta, en realidad, es como una llama viva. Eso puede ser todavía su salvación, puesto que, si todo sale bien, le hará remontar el período de desesperación; entonces, en cierto modo, volverá a despertar a las realidades de la vida. ¡Pobre hombre! Pensaba que mi propia desesperación y mis problemas eran suficientemente graves; pero esto… El profesor lo comprende perfectamente y está haciendo todo lo que está en su mano por mantenerlo activo. Lo que estaba diciendo era, bajo las circunstancias, de un interés extraordinario. Estas fueron más o menos sus palabras:

–Una y otra vez desde que llegaron a mis manos, he estudiado todos los papeles relacionados con este monstruo; y cuanto más los estudio, más veo la necesidad de borrarlo de este mundo. En todos lados hay señales de su progreso; no sólo de su poder, sino también del conocimiento que tiene de él. Según las investigaciones de mi amigo Arminius de Budapest, él fue en vida un hombre maravilloso. Soldado, estadista, y alquimista, que luego se convirtiera en el más alto desarrollo de las ciencias del saber de su época. Tenía una mente poderosa, capacidad para aprender inigualable, y un corazón

que no conocía temores ni piedad. Se permitió incluso pertenecer a la Escolomancia, y no había rama del saber que no hubiere ensayado. Bueno, en él los poderes mentales sobrevivieron la muerte física; a pesar de que pareciera que la memoria no es completa. En lo que respecta a ciertas facultades mentales él ha sido, y sigue siéndolo, un niño; pero está creciendo, y ciertas cosas que eran típicas de niños son ahora propias de un hombre. Está experimentando, y lo hace bien; y si no hubiese sido porque nos metimos en su camino podría ser –o llegar a serlo, si fallamos– el padre de un nuevo orden de seres, cuyos caminos conducen a la Muerte, no a la Vida.

Harker se quejó y dijo:

–¡Y esto está dirigido contra mi querida esposa! ¿Pero, cómo está experimentando? ¡El conocimiento puede ayudarnos a vencerlo!

–Desde su llegada, ha estado ensayando sus poderes sin cesar, lenta y seguramente; su gran cerebro infantil está trabajando, puesto que si se hubiera podido permitir ensayar ciertas cosas desde un principio, hace ya mucho tiempo que estarían dentro de sus poderes. Sin embargo, desea triunfar, y un hombre que tiene ante sí varios siglos de existencia puede permitirse esperar y actuar con lentitud. *Festina lente* puede ser muy bien su lema.

–No lo comprendo –dijo Harker cansadamente–. Sea más explícito, por favor. Es posible que el sufrimiento y las preocupaciones estén oscureciendo mi entendimiento.

El profesor le puso una mano en el hombro, y le dijo:

–Muy bien, amigo mío, voy a ser más explícito. ¿No ve usted cómo, últimamente, ese monstruo ha adquirido conocimientos de manera experimental? Ha estado utilizando al paciente zoófago para lograr entrar en la casa del amigo John. El vampiro, aunque después puede entrar tantas veces como lo desee, al principio solamente puede entrar en un edificio si alguno de los habitantes así se lo pide. Pero esos no son sus experimentos más importantes. ¿No vimos que al principio todas esas pesadas cajas de tierra fueron desplazadas por otros? No sabía entonces a qué atenerse, pero, a continuación, todo cambió. Durante todo este tiempo su cerebro infantil se ha estado desarrollando, y comenzó a pensar en si no podría mover las cajas él

mismo. Por consiguiente, más tarde, cuando descubrió que no le era difícil hacerlo, trató de desplazarlas solo, sin ayuda de nadie. Así progresó y logró distribuir sus tumbas, de tal modo, que sólo él conoce ahora el lugar en dónde se encuentran. Es posible que haya pensado en enterrar las cajas profundamente en el suelo de tal manera que solamente las utilice durante la noche o en los momentos en que puede cambiar de forma; le resulta igualmente conveniente, ¡y nadie puede saber donde se encuentran sus escondrijos! ¡Pero no se desesperen, amigos míos, adquirió ese conocimiento demasiado tarde! Todos los escondrijos, excepto uno, deben haber sido esterilizados ya, y antes de la puesta del sol lo estarán todos. Entonces, no le quedará ningún lugar donde poder esconderse. Me retrasé esta mañana para estar seguro de ello. ¿No ponemos en juego nosotros algo mucho más preciado que él? Entonces, ¿por qué no somos más cuidadosos que él? En mi reloj veo que es ya la una y, si todo marcha bien, nuestros amigos Arthur y Quincey deben estar ya en camino para reunirse con nosotros. Hoy es nuestro día y debemos avanzar con seguridad, aunque lentamente y aprovechando todas las oportunidades que se nos presenten. ¡Vean! Seremos cinco cuando regresen nuestros dos amigos ausentes. Mientras él hablaba, fuimos sorprendidos por una llamada a la puerta principal, la doble llamada del chico que repartía telegramas. Todos nos dirigimos al vestíbulo movidos por un mismo impulso, y Van Helsing, alzando su mano a fin de pedirnos calma, se adelantó hacia la puerta y la abrió. El chico nos entregó un mensaje. El profesor cerró la puerta y, después de mirar la dirección, lo abrió y lo leyó en voz alta:

–"Cuidado con D. Siendo las 12.45 ha salido rápidamente de Carfax en dirección Sur. Parece estar haciendo una ronda y es posible que quiera verlos. MINA".

Hubo una pausa, interrumpida por la voz de Jonathan Harker:

–¡Ahora, gracias a Dios, pronto vamos a encontrarnos!

Van Helsing se volvió hacia él y dijo:

–Dios actuará a su debido tiempo y forma. No tema ni se alegre todavía; ya que lo que deseamos por el momento podría significar nuestra ruina.

–Ahora no me preocupa nada –respondió acaloradamente– excepto aniquilar a esta bestia y borrarla de la faz de la Tierra. ¡Vendería mi alma para lograrlo!

–¡Oh, ni lo mencione, hijo mío! –dijo Van Helsing–. Dios, en su sabiduría, no compra almas; y el demonio, aunque pueda comprarlas, no mantiene la fe. Pero Dios es misericordioso y justo, y conoce su dolor y devoción por la estimada señora Mina. Piense usted, cómo duplicaría su dolor, si escuchase estas salvajes palabras. No temamos; todos somos devotos de esta causa, y hoy veremos el final. El momento de acción está por llegar; hoy este Vampiro quedará limitado a los poderes humanos, y hasta el ocaso no cambiará. Le tomará tiempo llegar aquí. Vean, es la una y veinte, y todavía tenemos algo de tiempo antes de que arribe aquí. Lo que debemos esperar es que lord Arthur y Quincey lleguen primero.

Pasada casi media hora desde que recibiéramos el telegrama de la señora Harker, oímos un golpe firme sobre la puerta principal. Era tan solo un golpe común, como los que dan miles de caballeros, pero logró que el corazón del profesor y el mío latiera con rapidez. Nos miramos, y juntos nos dirigimos al vestíbulo. Cada uno de nosotros tenía varias de nuestras armas listas para usar; la espiritual en la mano izquierda, la moral en la derecha. Van Helsing retiró el pestillo y, dejando la puerta entreabierta, retrocedió con las dos manos dispuestas para entrar en acción. La alegría de nuestros corazones debió haberse visto reflejada en nuestros rostros cuando, en el escalón, cercano a la puerta, vimos a lord Godalming y Quincey Morris. Entraron de inmediato y cerraron la puerta, el primero dijo, al tiempo que se movía por el vestíbulo:

–Todo está bien. Encontramos los dos lugares; seis cajas en cada uno, y las destruimos a todas.

–¿Las destruyeron? –preguntó el profesor.

–¡Por él!

Guardamos silencio por un minuto, luego Quincey dijo:

–No queda nada más por hacer que esperar aquí. Sin embargo, si él no se hace presente antes de las cinco en punto, debemos marcharnos; ya que no debemos dejar sola a la señora Harker después del atardecer.

–Él estará aquí en poco tiempo –dijo Van Helsing, que había estado consultando su anotador de bolsillo–. *Nota bene*, en el telegrama de la señora dice que partió hacia el Sur desde Carfax, eso significa que tenía que cruzar el río, y él sólo pudo hacerlo con la marea baja, que debió haber sido un poco antes de la una en punto. El hecho de que se haya dirigido hacia el Sur tiene un significado para nosotros. Todavía tiene sólo sospechas; y en primer lugar se dirigió desde Carfax hacia el lugar en donde menos puede sospechar que puede encontrar cierta interferencia. Ustedes deben haber estado en Bermondsey un rato antes de que él llegara. El hecho de que él no esté aquí todavía demuestra que luego se dirigió hacia Mile End. Esto le tomará cierto tiempo; ya que tendrá que volver a cruzar el río de algún modo. Créanme, amigos míos, no tendremos que esperar mucho tiempo. Debemos tener preparado algún plan de ataque, a fin de no desperdiciar ninguna oportunidad. Rápido, no hay tiempo ahora. ¡Preparen todas sus armas! ¡Alístense!

Levantó su mano como signo de advertencia, ya que todos pudimos oír cómo una llave se insertaba suavemente en la cerradura de la puerta principal.

No pude menos que admirar, aun en ese preciso momento, la manera en la que un espíritu dominante se afirma a sí mismo. En todas nuestras cacerías y aventuras por diferentes partes del mundo, Quincey Morris siempre oficiaba de director del plan de acción, y Arthur y yo estábamos acostumbrados a obedecerlo incondicionalmente. En esta ocasión, el viejo hábito parecía renovarse de manera instintiva. Después de dar una rápida mirada por la habitación, él, de inmediato desarrolló nuestro plan de ataque, y sin pronunciar una palabra, con un gesto, nos ubicó en nuestras posiciones. Van Helsing, Harker y yo estábamos justo detrás de la puerta de manera de tal que cuando ésta se abriera el profesor pudiera sostenerla mientras nosotros dos nos adelantáramos entre el recién llegado y la puerta. Godalming por la retaguardia y Quincey por delante permanecían de pie donde no pudieran ser vistos, listos para moverse en frente de la ventana. Esperamos inmersos en un suspenso que hizo que los segundos pasaran con una lentitud aterradora. Los pasos lentos y cautelosos se escucharon por el

vestíbulo; era evidente que el conde estaba preparado para recibir una sorpresa... o al menos la presentía.

De repente, con un salto enorme, ingresó en la habitación, sorteando nuestra presencia antes de que alguno de nosotros pudiera levantar una mano para detenerlo. Había algo tan felino en su movimiento; algo tan inhumano, que pareció desembriagarnos del choque que había producido su llegada. El primero en actuar fue Harker, quien, con un rápido movimiento, se abalanzó sobre la puerta que daba a la habitación del frente de la casa. Cuando el conde nos vio, un horrible gruñido invadió su rostro, dejando al descubierto sus largos y afilados colmillos; pero la sonrisa diabólica se transformó de inmediato en una mirada fría y fija cargada de desprecio leonino. Su expresión cambió nuevamente; como de un solo impulso, todos nos abalanzamos sobre él. Fue una lástima que no tuviéramos un plan de ataque mejor organizado, porque en un instante me pregunté qué se suponía que hiciéramos. No estaba convencido de si nuestras armas letales nos avalarían de algo. Evidentemente Harker sí sabía qué hacer, ya que tenía listo su gran cuchillo Kukri, y le hizo un feroz y repentino corte al conde. El golpe era poderoso; sólo la rapidez diabólica del conde le permitió retroceder y salvarse. Un segundo más y la incisiva hoja le hubiera atravesado el corazón. De la manera en que sucedió, la punta sólo cortó la tela de su abrigo, ocasionando que un manojo de notas bancarias y una catarata de monedas de oro se cayeran por la abertura producida. La expresión del rostro del conde era tan endemoniada, que por un momento temí por Harker, a pesar de que advertí que seguía tirando cuchillazos.

Me adelanté instintivamente, movido por un impulso protector, sosteniendo el crucifijo y la Hostia en mi mano. Sentí que un poder extraordinario corría por mi brazo; sin sorprenderme vi cómo el monstruo retrocedía cada vez que cada uno de nosotros hacía similares movimientos. Sería imposible describir la expresión de odio y desconcertante maldad –de ira y rabia infernal– que se apoderó del rostro del conde. Su tez blanca como la cera se tornó verde amarillenta, por el contraste de sus ojos ardientes, y la roja cicatriz sobre la frente se veía sobre su piel pálida como una herida

sangrante. Un instante después, con un movimiento sinuoso, pasó por debajo del brazo de Harker, y, tomando un puñado de monedas del piso, atravesó la habitación y se arrojó por la ventana. En medio del estallido y resplandor producido por la caída de los cristales, cayó al patio debajo de la ventana. Entremezclados con los sonidos propios de cristal roto podía oír aquellos de las monedas de oro, cuando éstas caían sobre la laja.

Corrimos y lo vimos levantarse del piso, ileso. Entonces, acelerando sus pasos, cruzó el patio, y abrió la puerta de las caballerizas. Allí se dio vuelta y se dirigió hacia nosotros diciendo:

–Ustedes creen poder confundirme; ustedes con esos rostros pálidos, como ovejas en fila en el matadero. ¡Ustedes se arrepentirán, cada uno de ustedes! Creen que me han dejado sin un lugar en el cual descansar; pero tengo más. ¡Mi venganza recién ha comenzado! Ando por este mundo desde hace siglos, y el tiempo está de mi lado. Las mujeres que ustedes aman ya me pertenecen; y a través de ellas, ustedes y otros también serán míos; mis criaturas, para obedecerme y ser mis chacales cuando desee alimentarme. ¡Bah!

Con un despreciativo gesto burlón, atravesó la puerta, y oímos el crujir de los oxidados pestillos al cerrar la puerta a su espalda. Una puerta, más allá, se abrió y se volvió a cerrar. El primero de nosotros en hablar fue el profesor, cuando, comprendiendo lo difícil que sería seguirlo por la caballeriza, nos dirigimos hacia el vestíbulo.

–Hemos aprendido algo; mucho. No obstante sus valientes palabras, nos teme; teme al tiempo, y teme a las necesidades. Sino, ¿por qué apurarse tanto? Su propio tono lo delata, o me engañan mis oídos. ¿Por qué tomó ese dinero? Ustedes se darán cuenta con rapidez. Son ustedes cazadores de bestias salvajes, y lo entienden. En lo que a mí respecta, me aseguraré de que nada de lo que hay aquí pueda serle de utilidad, en caso de que regrese.

Mientras hablaba colocó el dinero restante en su bolsillo; tomó los títulos de propiedad del montón, tal como Harker los había dejado, y arrojó los otros objetos al hogar, y los prendió fuego con un fósforo.

Godalming y Morris se habían dirigido rápidamente al patio, y Harker había bajado por la ventana para perseguir al conde. Él, sin

embargo, había puesto el cerrojo a la puerta de las caballerizas; y para el momento en que pudieron abrirla ya no había señales de él. Van Helsing y yo tratamos de investigar en el fondo de la casa; pero la fila de establos estaba desierta y nadie lo había visto marcharse.

Se estaba haciendo tarde, y ya no faltaba mucho para el ocaso. Tuvimos que reconocer que nuestro juego había terminado; apesadumbrados, estuvimos de acuerdo con el profesor cuando dijo:

–Permitámonos regresar con la señora Mina; pobre, pobre querida señora Mina. Todo lo que podemos hacer ya está hecho; y al menos allí podremos protegerla. No desesperemos. Queda sólo una caja de tierra, y debemos tratar de encontrarla; cuando lo hayamos logrado, todo estará bien.

Presentí que hablaba de la manera más valiente que podía a fin de confortar a Harker. El pobre hombre estaba completamente destruido; de tanto en tanto esbozaba un gemido incontrolable; estaba pensando en su esposa.

Regresamos a mi casa con los corazones tristes, y encontramos a la señora Harker esperándonos, con un aparente regocijo, que honraba su coraje y espíritu de compañerismo. Cuando vio nuestros rostros, el suyo se tornó pálido como la muerte; por unos segundos sus ojos permanecieron cerrados como si estuviese rezando una oración secreta; luego dijo alegremente:

–Nunca podré agradecerles por completo. ¡Oh, mi pobre y amado esposo!

Mientras hablaba, tomó la gris cabeza de su esposo entre sus manos y la besó.

–Apoya tu pobre cabeza aquí y descansa. ¡Todo estará bien, amor mío! Dios nos protegerá si esa es su Buena Voluntad.

El pobre hombre sólo gemía. No había lugar para palabras en su sublime miseria.

Comimos juntos una cena superficial, y creo que de algún modo nos levantó el ánimo. Fue, quizá, el simple calor animal que brinda la comida a personas hambrientas –ya que ninguno de nosotros había probado bocado desde el desayuno– o es probable que el sentimiento de camaradería nos ayudara; pero de todas maneras, no nos sentimos tan miserables, y veíamos en el mañana un esbozo de

esperanza. Fieles a nuestra promesa, le contamos a la señora Harker todo lo que había pasado, y a pesar de que se tornaba blanca nieve en los momentos en los que el peligro amenazaba a su esposo, y colorada en aquellos que Harker manifestaba su devoción por ella, Mina escuchaba con valentía y serenidad. Cuando llegamos a la parte en que Harker había seguido al conde tan imprudentemente, ella se aferró al brazo de su esposo con fuerza, como si esto lo pudiese proteger de todo daño venidero. Sin embargo, ella no dijo nada sino hasta que la narración quedó concluida, y los detalles presentados. Entonces, sin soltar la mano de su esposo, se puso de pie y habló. ¡Oh! si tan solo pudiese describir la escena; de esa dulce y buena mujer, tan dulce y buena en la plenitud de su belleza radiante de su juventud y animación, con la roja cicatriz sobre su frente, de la cual era consciente, y que nosotros veíamos apretando los dientes, al recordar dónde y cómo se originó; su amada ternura contra nuestro tétrico odio; su servil fe contra todos nuestros temores y dudas; y nosotros sabíamos que, hasta donde llegaban los símbolos, ella con toda su bondad y pureza y fe estaba alejada de Dios.

–Jonathan –dijo ella y la palabra sonó como música en sus labios, estaba tan cargada de amor y ternura–. Jonathan querido, y todos ustedes, mis verdaderos amigos, quiero que tengan algo en mente durante todo este espantoso tiempo. Sé que ustedes tienen que pelear, que ustedes tienen que destruir aun como destruyeron a la falsa Lucy para que la verdadera Lucy pudiera vivir de ahí en más; pero no es una obra de odio. Esa pobre alma que ha forjado toda esta miseria es el caso más triste de todos. Tan sólo piensen cual será su alegría cuando él también sea destruido en su parte más mala para así inmortalizar su espíritu en la parte más buena. Ustedes deben sentir compasión por él también, sin dejar que ésta impida su destrucción.

Al tiempo que ella hablaba pude observar cómo el rostro de su esposo se oscurecía y se ponía tenso, como si la pasión en él estuviera consumiendo todo su ser. Instintivamente, apretó con más fuerza la mano de su esposa, hasta que los nudillos se tornaron blancos. Ella no se quejó del dolor que con seguridad debió haber

sufrido, sino que lo miró más que nunca con ojos suplicantes. Cuando ella dejó de hablar él se puso de pie de un salto, casi arrancando su mano de entre las de ella y dijo:

–Que Dios me lo ponga entre las manos sólo por el tiempo suficiente para destruir esa vida terrenal, que es lo que ansiamos hacer. ¡Y si además pudiese enviar su alma por los siglos de los siglos al infierno, lo haría!

–¡Oh, silencio! ¡Silencio! En el nombre del buen Señor. No digas esas cosas, Jonathan, esposo mío, o me agobiarás con el miedo y el dolor. Sólo piensa, querido mío (yo he estado pensando en esto todo el día) que... quizás... algún día... pueda yo también necesitar esa piedad; y que otros como tú, y con igual causa para el enojo, pudieran negármela. ¡Oh, esposo mío! Hubiera querido evitarte ese pensamiento si hubiera habido otro modo, pero suplico a Dios que no tome en cuenta tus palabras y que las considere como el lamento de un hombre que ama y que tiene el corazón destrozado. ¡Oh, Dios mío! ¡Deja que sus pobres cabellos blancos sean una prueba de todo lo que ha sufrido, él que en toda su vida no ha hecho daño a nadie, y sobre el que se han acumulado tantas tristezas!

Todos los hombres presentes teníamos ya los ojos llenos de lágrimas. No pudimos resistir, y lloramos abiertamente. Ella también lloró al ver que sus dulces consejos habían prevalecido. Su esposo se arrodilló a su lado y, rodeándola con sus brazos, escondió el rostro en los vuelos de su vestido. Van Helsing nos hizo una seña y salimos todos de la habitación, dejando a aquellos dos corazones amantes a solas con su Dios.

Antes de que se retiraran a sus habitaciones, el profesor preparó la habitación para protegerla de cualquier incursión del vampiro, y le aseguró a la señora Harker que podía descansar en paz. Ella trató de convencerse de ello y, para calmar a su esposo, aparentó estar contenta. Era una lucha valerosa y quiero creer que no careció de recompensa. Van Helsing había colocado cerca de ellos una campana que cualquiera de ellos debía hacer sonar en caso de que se produjera cualquier eventualidad. Cuando se retiraron, Quincey, Godalming y yo acordamos que debíamos permanecer en vela, repartiéndonos la noche entre los tres, para vigilar a la pobre dama

y custodiar su seguridad. La primera guardia le correspondió a Quincey, de modo que el resto de nosotros debía acostarse tan pronto como fuera posible. Godalming se ha acostado ya, debido a que él tiene el segundo turno de guardia. Ahora que he terminado mi trabajo, yo también tengo que acostarme.

Del diario de Jonathan Harker

3-4 de octubre cerca de la medianoche. Creí que el día de ayer no terminaría jamás. Tenía el deseo de dormirme con la esperanza de que al despertar descubriría que las cosas habían cambiado, y que todos los cambios serían para mejor de allí en adelante. Antes de separarnos, discutimos sobre cuál debería ser nuestro siguiente paso, pero no pudimos llegar a ningún resultado. Lo único que sabíamos era que quedaba todavía una caja de tierra y que solamente el conde sabía dónde se encontraba. Si desea permanecer escondido, puede confundirnos durante años enteros y, mientras tanto, el pensamiento es demasiado horrible; no puedo permitirme pensar en ello en este momento. Lo que sí sé es que si alguna vez ha existido una mujer absolutamente perfecta, esa es mi adorada y herida esposa. La amo mil veces más por su dulce piedad de anoche; una piedad que hizo que incluso el odio que le tengo al monstruo pareciera despreciable. Con seguridad que Dios no permitirá que el mundo sea más pobre por la pérdida de tal criatura. Esa es una esperanza para mí. Todos nosotros somos ahora naves a la deriva, y la fe es nuestra única ancla. ¡Gracias a Dios! Mina está durmiendo, y duerme sin sueños. Temo por los sueños que pudiera tener, con memorias tan terribles sobre las cuales basarse. Ella no ha estado tan tranquila, al menos para mí, desde el ocaso. Entonces, por un instante, se reflejaba en su rostro un reposo que era como la primavera después de las tormentas de marzo. Pensé en el momento que era la suavidad del rojizo atardecer sobre su rostro, pero ahora pienso que obedecía a un significado más profundo. No tengo sueño, a pesar de sentirme morir. Sin embargo, debo tratar de

dormir; ya que está el mañana para pensar, y no hay descanso válido para mí sino hasta...

Más tarde. Debo haberme quedado dormido, puesto que me ha despertado Mina, que estaba sentada en el lecho, con una expresión llena de asombro en el rostro. Podía ver claramente, debido a que no habíamos dejado la habitación a oscuras; Mina me había puesto la mano sobre la boca y me susurró al oído:

–¡Chist! ¡Hay alguien en el pasillo!

Me levanté cautelosamente y, cruzando la habitación, abrí la puerta sin hacer ruido.

Cruzado ante el umbral, tendido en un colchón, estaba el señor Morris, completamente despierto. Levantó una mano, para imponerme silencio, y me susurró:

–¡Silencio! Vuelva a la cama; está todo bien. Uno de nosotros permanecerá aquí toda la noche. ¡No queremos correr ningún riesgo!

Su mirada y gestos me convencieron, por eso regresé y le comenté a Mina. Ella suspiró, y positivamente la sombra de una sonrisa invadió su pobre y pálido rostro al tiempo que me abrazó y me dijo suavemente:

–¡Oh, gracias a Dios por estos valientes hombres!

Suspirando se dispuso a dormir nuevamente. Estoy escribiendo porque no tengo sueño; aun así, debo intentarlo.

4 de octubre, por la mañana. Mina me volvió a despertar una vez más durante la noche. En esta ocasión todos habíamos podido dormir bien, ya que el gris del amanecer que se asomaba dibujaba figuras en la ventana, y la lámpara a gas se veía como una mancha y no como un disco de luz. Ella me dijo con rapidez:

–Ve a buscar al profesor. Quiero verlo de inmediato.

–¿Por qué? –le pregunté.

–Tengo una idea. Supongo que se me ha ocurrido en el transcurso de la noche, y madurado sin siquiera haberme dado cuenta. Debe hipnotizarme antes de que amanezca, y entonces estaré en condiciones de hablar. Date prisa querido; ya no queda mucho tiempo.

Me dirigí hacia la puerta. El doctor Seward estaba descansando sobre el colchón, y al verme, pegó un salto:

–¿Algo anda mal? –preguntó alarmado.

–No –respondí–, pero Mina desea ver al doctor Van Helsing de inmediato.

–Iré a buscarlo –respondió y se fue rápidamente hacia la habitación del profesor.

Al cabo de dos o tres minutos Van Helsing se encontraba en la habitación vestido con su bata, y el señor Morris y lord Godalming estaban con el doctor Seward en la puerta haciendo preguntas. Cuando el profesor vio a Mina una sonrisa, una positiva sonrisa, disipó la ansiedad de su rostro; y frotando sus manos dijo:

–¡Mi querida señora Mina! ¡Vaya cambio! ¡Mire! ¡Amigo Jonathan, hemos recuperado a nuestra querida señora Mina nuevamente, como antes! –luego, se volvió hacia ella y continuó amablemente–. ¿Qué puedo hacer por usted? Supongo que no me habrá llamado usted a esta hora por nada.

–¡Quiero que me hipnotice! –dijo Mina –. Hágalo antes del amanecer, ya que creo que, entonces, podré hablar libremente. ¡Dese prisa; ya no nos queda mucho tiempo!

Sin decir palabra, el profesor le indicó que tomara asiento en la cama. La miró fijamente y comenzó a hacer pases magnéticos frente a ella, desde la parte superior de la cabeza de mi esposa, hacía abajo, con ambas manos, repitiendo los movimientos varias veces. Mina lo miró fijamente durante unos minutos, durante los cuales mi corazón latía como un martillo pilón, debido a que sentía que iba a presentarse pronto alguna crisis. Gradualmente, sus ojos se fueron cerrando y siguió sentada, absolutamente inmóvil. Solamente por la elevación de su pecho, al ritmo de su respiración, podía verse que estaba viva. El profesor hizo unos cuantos pases más y se detuvo; entonces vi que tenía la frente cubierta de gruesas gotas de sudor. Mina abrió los ojos, pero no parecía ser la misma mujer. Había en sus ojos una expresión de vacío, como si su mirada estuviera perdida a lo lejos, y su voz tenía una tristeza infinita, que era nueva para mí. Levantando la mano para imponerme silencio, el profesor me hizo seña de que hiciera pasar a los demás. Entraron todos sobre

la punta de los pies, cerrando la puerta tras ellos y permanecieron en pie cerca de la cama, mirando atentamente. Mina no pareció verlos. El silencio fue interrumpido por el profesor van Helsing, hablando en un tono muy bajo de voz, para no interrumpir el curso de los pensamientos de mi esposa:

–¿Dónde se encuentra usted?

La respuesta fue dada en un tono absolutamente carente de inflexiones:

–No lo sé. El sueño no tiene ningún lugar que se pueda llamar propio.

Por unos minutos hubo un silencio. Mina permaneció sentada rígidamente, y el profesor, de pie, la miraba fijamente; el resto de nosotros casi no nos animábamos siquiera a respirar. La habitación se iba iluminando; y sin sacar sus ojos del rostro de Mina, el doctor Van Helsing me indicó que corriera las cortinas. Hice lo que me indicó, y el día pareció envolvernos a todos. Un rojizo rayo de sol ingreso en la habitación, y una luz rosada parecía esparcirse por ésta. En ese instante el profesor habló nuevamente:

–¿Dónde está ahora?

La respuesta nos llegó como de entresueños, pero con intención; era como si estuviese interpretando algo. Yo la he oído utilizar ese tono cuando lee sus anotaciones.

–No lo sé. ¡Todo me parece extraño!

–¿Qué puede ver?

–No puedo ver nada; está todo oscuro.

–¿Qué puede oír?

Pude detectar la tensión en la paciente voz del profesor.

–El ruido del agua. Está gorgoteando, y se oye el romper de pequeñas olas. Las puedo oir allí afuera.

–Entonces, ¿está usted en un barco?

Todos nos miramos, unos a otros, tratando de comprender algo. Teníamos miedo de pensar. La respuesta vino de inmediato:

–¡Oh, sí!

–¿Qué más puede oír?

–El ruido de hombres correr de un lado para otro. El crujir de una cadena, y el fuerte tintinear del cabrestante cuando cae sobre el

trinquete.

–¿Qué está haciendo?

–Estoy inmóvil, oh, tan inmóvil. ¡Como si estuviera muerta!

La voz se ahogó en un profundo suspiro, y sus ojos abiertos se cerraron nuevamente.

Para ese entonces el sol ya había salido, y todos estábamos a la plena luz del día. El doctor Van Helsing colocó sus manos sobre los hombros de Mina, y deslizó suavemente su cabeza sobre la almohada. Permaneció dormida, como un niño, durante unos instantes y luego, con un largo suspiro, se despertó y nos miró con asombro al vernos a todos nosotros a su alrededor.

–¿He hablado en sueños? –fue todo lo que preguntó.

Sin embargo, parecía conocer la situación aun sin haberlo escuchado; ya que se veía ansiosa por saber lo que había dicho. El profesor repitió la conversación, y ella dijo:

–Entonces no hay tiempo que perder; ¡puede que todavía no sea demasiado tarde!

El señor Morris y lord Godalming se dirigieron hacia la puerta, pero la calma voz del Profesor los detuvo:

–Quédense aquí, amigos. Ese barco, donde quiera que estuviese, estaba levando anclas mientras ella hablaba. Hay muchos barcos levando anclas al mismo momento en vuestro gran Puerto de Londres. ¿Cuál van a buscar? Dios está agradecido de que una vez más tengamos una pista, a pesar de no saber a dónde nos guía. Hemos estado ciegos de algún modo; ciegos de una manera muy humana, ya que desde que podemos volver atrás vemos que tendríamos que haber mirado hacia adelante si hemos podido ver lo que hemos visto. ¡Qué pena! Pero esa oración es un rompecabezas, ¿o no? Ahora podemos saber lo que pasaba por la mente del conde cuando agarró ese dinero, a pesar de que el filoso cuchillo de Jonathan lo puso en un peligro que todavía teme. Quería huir. ¡Escúchenme! ¡Huir! Se dio cuenta de que con sólo un cajón de tierra, y un puñado de hombres persiguiéndolo como perros tras un zorro, este Londres no era lugar para él. Ha colocado este cajón de tierra a bordo de un barco, y dejó esta tierra. Piensa que va a poder huir, ¡pero no! Lo seguiremos. ¡A la carga! Como diría nuestro amigo

Arthur cuando se pone su chaqueta roja de caza. Nuestro viejo zorro es un ladino; oh, tan ladino, y debemos proceder con astucia. Yo también soy ladino y pienso como él por un corto tiempo. Por el momento debemos descansar en paz, ya que hay aguas entre nosotros que él no desea atravesar, y que no podría si quisiera; a menos que el barco toque tierra, y eso sólo lo podría hacer durante la pleamar o bajamar. Vean, y el sol recién ha salido, y tenemos todo el día hasta el ocaso. Permitámonos tomar un baño, y vestirnos, y desayunar, cosas que todos necesitamos, y que podemos comer tranquilos ya que él no está en la misma tierra que nosotros.

Mina lo miró como suplicándole al preguntarle:

–¿Por qué tenemos que buscarlo luego, cuando ya se nos haya escapado?

Él tomó la mano de Mina, le dio unos golpecitos y le respondió:

–No me pregunte nada todavía. Cuando desayunemos, entonces sí responderé todas las preguntas.

Él no diría nada más, y nos separamos para irnos a vestir.

Después del desayuno Mina reiteró su pregunta. Él la miró ásperamente por un minuto y luego dijo, con congoja:

–Porque, mi querida, querida señora Mina, ahora más que nunca debemos hallarlo aun si lo tenemos que seguir hasta el mismísimo infierno.

Ella se tornó aún más pálida cuando preguntó débilmente:

–¿Por qué?

–Porque –le respondió solemnemente– puede vivir por siglos, y usted es una mujer mortal. Ahora debemos temer al tiempo; ya que una vez le dejó esa marca en su garganta.

Apenas atiné a sostenerla cuando se inclinó y cayó, desmayada, hacia adelante.

XXIV

Del diario fonográfico del doctor Seward, dictado por Van Helsing

Esto es para Jonathan Harker.

Debe usted permanecer junto a su querida señora Mina. Nosotros debemos ir a ocuparnos de nuestra investigación..., si es que puedo llamarla así, ya que no se trata de una investigación, sino de algo que ya sabemos, y solamente buscamos una confirmación. Pero usted debe quedarse y cuidar de ella durante el día de hoy. Eso es lo mejor y lo más sagrado para todos nosotros. De todos modos, el monstruo hoy no podrá presentarse. Déjeme ponerlo al corriente de lo que nosotros cuatro sabemos ya, debido a que se lo he comunicado a los demás. El monstruo, nuestro enemigo, se ha ido; ha regresado a su castillo, en Transilvania. Lo sé con tanta seguridad como si una gigantesca mano de fuego lo hubiera escrito en la pared. De alguna manera, se había preparado para ello, y su última caja de tierra estaba lista para ser embarcada. Por eso tomó el dinero y se apresuró tanto; para evitar que lo atrapáramos antes de la puesta del sol. Era su única esperanza, a menos que pudiera esconderse en la tumba de la pobre Lucy, que él pensaba que era como él y que, por consiguiente, estaba abierta para él. Pero no tuvo tiempo. Cuando eso le falló, se encaminó directamente a su último recurso; su última obra terrestre podría decir, si así lo deseara, una *double entente*. ¡Es inteligente, oh, tan inteligente! Sabe que su juego aquí ha terminado; por lo tanto decidió regresar a casa. Encontró un barco que viajaba hacia donde él necesitaba y lo abordó. Ahora iremos cuanto antes en busca de ese barco. Cuando lo hayamos descubierto, regresaremos y le contaremos todo. Entonces, los confortaremos a usted y a la pobre querida señora Mina con una nueva esperanza. Cuando todo termine, se darán cuenta de que es posible conservar la esperanza: que no todo está perdido. A la criatura que buscamos le tomó varios años llegar tan

lejos como a Londres; y en un solo día, cuando sabemos de su partida, lo hicimos huir de aquí. Él es finito, y aunque tiene poder para hacer mucho daño, no puede soportar el sufrimiento como nosotros. Nosotros, en cambio, somos fuertes, cada uno en su propósito; y somos aún más fuertes en grupo. Anímese, estimado esposo de la señora Mina. Esta batalla ya ha comenzado, y en el final ganaremos. Estoy tan seguro de ello como de que en las alturas se encuentra Dios vigilando a sus hijos. Por tal motivo, mantenga alto su ánimo y consuele a su esposa hasta nuestro regreso.

VAN HELSING

Del diario de Jonathan Harker

4 de octubre. Cuando le leí a Mina el mensaje que me dejó Van Helsing en el fonógrafo, mi pobre esposa se animó considerablemente. La sola certidumbre de que el conde había salido del país, le proporcionó consuelo, y el consuelo es la fortaleza para ella. Por mi parte, ahora que ese terrible peligro no se encuentra ya cara a cara con nosotros, me resulta casi imposible creer en él. Incluso mis propias experiencias terribles en el castillo de Drácula parecen ser como una pesadilla que se hubiese presentado hace mucho tiempo y que estuviera casi completamente olvidada. Ahora, rodeado por el tonificante aire del otoño, bajo la brillante luz del sol... ¡ay de mí! ¡Cómo puedo olvidarlo! Mi pensamiento se interrumpe cuando mi ojo capta la roja cicatriz sobre la blanca frente de mi pobre amada. Mientras ésta perdure, no habrá descreimiento. Tanto Mina como yo tenemos miedo de permanecer inactivos, por eso hemos revisado los diarios una y otra vez. De algún modo, a pesar de que la terrible realidad se acreciente cada vez, el dolor y el miedo decrecen. Hay un propósito manifiesto que nos guía, y eso nos reconforta. Mina dice que quizás seamos instrumentos del Bien divino. ¡Quizás así sea! Trataré de pensar como ella. Todavía no hemos hablado sobre el futuro. Es mejor que esperemos a ver al profesor y a los otros una vez finalizada su búsqueda.

El día está pasando más rápido de lo que yo alguna vez pensé volvería a pasar para mí. Son ahora las tres en punto.

Del diario de Mina Harker

5 de octubre, cinco de la tarde. Reunión para escuchar informes. Presentes: el profesor Van Helsing, lord Godalming, el doctor Seward, el señor Quincey Morris, Jonathan Harker y Mina Harker.

El doctor Van Helsing describió los pasos que habían dado durante el día, para descubrir sobre qué barco y con qué rumbo había huido el conde Drácula.

–Sabíamos que deseaba regresar a Transilvania. Estaba seguro de que remontaría la desembocadura del Danubio; o por alguna ruta del Mar Negro, puesto que vino siguiendo esa ruta. Teníamos una tarea muy difícil ante nosotros. *Omne ignotum pro magnifico*; y por eso con un gran peso en el corazón, comenzamos a rastrear qué barcos habían zarpado con rumbo al Mar Negro la noche anterior. Él estaba navegando en un barco a vela, según nos lo había referido la señora Mina. Esta clase de barcos no son tan importantes como para aparecer en las listas de barcos que publica *The Times,* y por eso nos dirigimos, siguiendo el consejo de lord Godalming, al Lloyd`s, donde sí hay registros de todos los barcos que salen a navegar, por más pequeños que sean. Allí nos informaron que sólo un barco había zarpado hacia el Mar Negro con las mareas. Éste era el Czarina Catherine, que va desde Doolittle Wharf hacia Varna, y luego toca otros puertos, y por último remonta el Danubio. "Entonces", dije yo, "ese es el barco en que navega el conde". Por consiguiente, fuimos a Doolittle's Wharf y encontramos a un hombre en una oficina tan diminuta que el hombre parecía ser mayor que ella. Le preguntamos todo lo relativo a las andanzas del Czarina Catherine. Maldijo mucho, su rostro se enrojeció y su voz era muy ríspida; pero no era mal tipo, de todos modos, y cuando Quincey sacó algo del bolsillo y se lo entregó, produciendo un crujido cuando el hombre lo tomó y lo metió en una pequeña billetera que llevaba en las profundidades de

sus ropas, se convirtió en un tipo todavía mejor, y humilde servidor nuestro. Nos acompañó y les hizo preguntas a varios hombres sudorosos y rudos; esos también resultaron mejores tipos cuando aplacaron su sed. Hablaron mucho insultando y de cosas que no comprendí, a pesar de interpretar lo que querían decir; pero no obstante nos contaron todo lo que queríamos saber.

Nos contaron cómo la tarde anterior, cerca de las cinco en punto, un hombre apareció ante ellos con evidente apuro. Un hombre alto, delgado y pálido, con una nariz aguileña, dientes muy blancos, y ojos de fuego. Dijeron que vestía de negro, excepto por un sombrero de paja que no le sentaba bien ni a él ni al tiempo. Que desparramó su dinero para saber con rapidez qué barco zarpaba para el Mar Negro, y hacia dónde. Algunos lo llevaron hasta la oficina y luego al barco, a bordo del cual no quiso subir, sino que permaneció en tierra sobre la pasarela de desembarco, y mandó llamar al capitán. Éste se hizo presente cuando le dijeron que pagaría bien; y a pesar de maldecir mucho en un principio, cerró trato con él. Entonces, el hombre extraño se retiró y alguien le indicó dónde podía alquilar carro y caballo. Él fue hasta allí, y al poco tiempo regresó manejando él mismo el carro que llevaba una gran caja, que él mismo colocó en el suelo, a pesar de que fueron varios los que tuvieron que levantarla para cargarla en el barco. Le dio una buena cantidad de indicaciones al capitán acerca de cómo y dónde se tenía que colocar esta caja; pero al capitán no le gustó nada esto y lo insultó en varios idiomas, y le dijo que si quería podía él mismo ir y ver dónde colocarla. El hombre respondió que no, que embarcaría en otro momento, puesto que tenía muchas cosas por hacer. Entonces el capitán le dijo que se diera prisa… ¡trueno de Dios!, que el barco partiría del lugar ¡por el diablo!, antes del cambio de la marea ¡truenos y relámpagos!. Entonces, el hombre delgado sonrió, y dijo que por supuesto iría cuando lo considerase apropiado; pero que se sorprendería si era demasiado pronto. El capitán maldijo nuevamente, políglota, y el hombre delgado le hizo una reverencia, le agradeció, y le dijo que embarcaría antes de que el barco zarpara. Finalmente el capitán, más rojo que nunca, y en más idiomas, le dijo que no quería malditos franceses en su barco ¡truenos, rayos y qué

se yo! Entonces, después de preguntar dónde podía encontrar un barco en el cual pudiera comprar impresos de embarque, se marchó.

Nadie supo adónde había ido, o "al diablo con eso", como decían, ya que tenían otras cosas en qué pensar; bien, ¡maldición!; ya que pronto se hizo evidente para todos que el Czarina Catherine no zarparía como era esperado. Una fina bruma comenzó a elevarse desde el río, y creció, y creció; hasta pronto convertirse en una espesa niebla. Debió haber surgido de sí mismo, puesto que nadie lo había notado. El capitán políglota –muy políglota, con sus maldiciones y sus diablos y truenos– no pudo hacer nada. El agua subía y subía; y comenzó a temer que perdería la marea. No estaba de buen humor cuando, justo en pleamar, el hombre delgado apareció sobre el muelle de embarque y solicitó ver dónde había sido estibada su caja. Entonces el capitán le respondió que deseaba que él y su maldita caja vieja ¡truenos! se fuesen al mismísimo infierno. Pero el hombre delgado no pareció ofenderse, y fue con un tripulante a ver dónde estaba colocada; luego regresó y permaneció sobre cubierta entre la niebla. Debió haber surgido de sí mismo, ya que nadie había notado su presencia. En realidad, no pensaron en él; ya que pronto la niebla comenzó a disiparse, y todo estaba claro nuevamente. Mis amigos, en esta sed y en esta lengua, que era un tanto malhablada, se rieron, al contar cómo los insultos del capitán excedían su usual variedad de idiomas, y estaba más pintoresco que nunca, cuando al preguntarles a otros marinos que estaban navegando río arriba o río abajo a esa hora, descubrió que pocos de ellos habían visto siquiera una pizca de niebla, excepto en las cercanías del muelle. Sin embargo, el barco zarpó con marea menguante; y por la mañana debía encontrarse, sin dudas, lejos de la desembocadura del río. Así pues, cuando nos contaban todo esto, el barco debía estar en altamar.

–Y es por eso, mi querida señora Mina, que tenemos que descansar un rato, ya que nuestro enemigo se encuentra en altamar, con la niebla a su disposición, dirigiéndose hacia la desembocadura del Danubio. Toma tiempo navegar en un barco a vela, por más rápido que sea; por eso iremos más rápido por tierra, y lo encontraremos allí. Nuestro más deseado anhelo es encontrarlo

cuando esté descansando en su cajón, entre el amanecer y el ocaso; ya que en ese momento no opondrá resistencia, y podremos hacer con él lo que debemos hacer. Hay días en los que podemos poner en funcionamiento nuestro plan. Sabemos todo lo concerniente a su destino; ya que hemos visto al propietario del barco, quien nos ha mostrado todo tipo de papeles. La caja que buscamos será descargada en Varna, y entregada a un agente, llamado Ristics, quien allí presentará sus credenciales; y entonces nuestro amigo mercante habrá concluido su parte. Cuando preguntó si en caso de presentarse algún problema, llegado el caso, podía telegrafiar y consultar a Varna, nosotros le respondimos "no"; ya que lo que tenemos que hacer no le incumbe a la policía ni a los funcionarios de la aduana. Debemos hacerlo solos y a nuestra manera.

Una vez finalizada la exposición de Van Helsing, le pregunté si estaba seguro de que el conde se había quedado a bordo del barco. Él respondió:

–Tenemos las mejores pruebas de ello: su propia evidencia, durante el trance de hipnosis de esta mañana.

Le pregunté otra vez si era realmente necesario que persiguieran al conde, ya que no quería que Jonathan me dejara, y sabía que con seguridad iría si el resto así lo hacía. Respondió con una pasión creciente, pero calmo en un principio. Sin embargo, al continuar hablando, su enojo crecía y se intensificaba, hasta que al final pudimos observar que todavía tenía dominio de sí mismo, hecho que lo hacía tener dones de maestro entre los hombres.

–Sí, es necesario. ¡Necesario! ¡Necesario! Por su bien en primer lugar, y por el bien de toda la humanidad. Ese monstruo ha hecho ya demasiado daño, en el estrecho espacio en que se encuentra y en el corto tiempo que ha transcurrido desde que era sólo un cuerpo que estaba buscando su medida en la oscuridad y en la ignorancia. Todo eso se lo he explicado ya a los demás; usted, mi querida señora Mina, lo escuchará en el fonógrafo de mi amigo John o en el de su esposo. Les he explicado cómo el hecho de salir de su tierra árida..., árida en habitantes..., para venir a este país en el que las personas habitan como los granos de maíz en una plantación, había sido un trabajo de siglos. Si algún otro muerto vivo tratara de hacer lo

mismo que él, necesitaría para ello todos los siglos del planeta y todavía no tendría bastante. En el caso del vampiro que nos ocupa, todas las fuerzas ocultas de la naturaleza, profundas y poderosas, deben haberse unido de alguna forma monstruosa. El lugar mismo en que permaneció como muerto vivo durante todos esos siglos, está lleno de rarezas del mundo geológico y químico. Hay fisuras y profundas cavernas que nadie sabe hasta dónde llegan. Hay también volcanes, algunos de los cuales expulsan todavía aguas de propiedades extrañas, y gases que matan o vivifican. Indudablemente, hay algo magnético o eléctrico en algunas de esas combinaciones de fuerzas ocultas, que obran de manera extraña sobre la vida física, y que en sí mismas fueron desde el principio grandes cualidades. En tiempos duros y de guerras, fue celebrado como el hombre de nervios mejor templados, de inteligencia más despierta, y de mejor corazón. En él, algún principio vital extraño encontró su máxima expresión, y mientras su cuerpo se fortalecía, se desarrollaba y luchaba, su mente también crecía. Todo esto, con la ayuda diabólica con que cuenta seguramente, puesto que todo ello debe atribuirse a los poderes que proceden del bien y que son simbólicos en él. Y ahora, he aquí lo que representa para nosotros: la ha infectado a usted; perdóneme que le diga eso, señora, pero lo hago por su bien. La contaminó de una forma tan inteligente, que incluso en el caso de que no vuelva a hacerlo, solamente podría usted vivir a su modo antiguo y dulce, y así, con el tiempo, la muerte, que es común a todos los hombres y está sancionada por el mismo Dios, la convertirá a usted en una mujer semejante a él. ¡Eso no debe suceder! Hemos jurado juntos que no lo permitiremos. Así, somos ministros de la voluntad misma de Dios: que el mundo y los hombres por los que murió Su Hijo, no sean entregados a monstruos cuya existencia misma es una blasfemia contra Él. Ya nos ha permitido redimir un alma, y estamos dispuestos, como los antiguos caballeros de las Cruzadas, a redimir muchas más. Como ellos, debemos ir hacia el Oriente, y como ellos, si debemos caer, lo haremos por una buena causa.

Él interrumpió su relato y le pregunté:

–¿Pero, no tomará el conde su rechazo sabiamente? Ya que ha sido obligado a abandonar Inglaterra, ¿no tratará de evitarla, tal como lo hace un tigre con el poblado desde donde se lo ha expulsado?

–Así es –dijo– su similitud con el tigre es muy buena, y la adoptaré. Su "devorador de hombres", como llaman en India al tigre que ha probado sangre humana, no se interesa más por otra presa, sino que merodea sin cesar hasta que la atrapa. Éste que buscamos desde nuestro poblado es también un tigre, un "devorador de hombres", y nunca cesa de merodear. Aun más, él no es del tipo que se retira y mantiene distante. En su vida, su vida verdadera, traspasó las fronteras de Turquía y atacó a sus enemigos en su propia tierra; fue rechazado, pero ¿se quedó sin hacer nada? No. Regresó, una y otra vez. Dese cuenta de su persistencia y paciencia. Con su mentalidad infantil, concibió la idea de venir a una gran ciudad. ¿Qué hizo? Encontró el lugar más propicio para él en el mundo. Entonces, deliberadamente se asentó para prepararse para su labor. Encontró, iluminado por la paciencia, cómo actúa su fuerza y cuáles son sus poderes. Estudió nuevas lenguas. Aprendió una nueva vida social; nuevos ambientes, la política, el derecho, las finanzas, las ciencias, el hábito de una nueva tierra y un nuevo pueblo, que habían comenzado a existir desde que él ya existía. La mirada que pudo dar a ese mundo no hizo más que aumentar su apetito y agudizar su deseo. Aun más, lo ayudó a crecer y desarrollar su mente; ya que todo le sirvió para comprobar qué tan acertado estaba en un comienzo en sus conjeturas. Él lo había hecho todo solo; ¡todo solo! Desde una tumba en ruinas en una tierra olvidada. ¿Qué otra cosa podría él hacer cuando el gran mundo del pensamiento le abre sus puertas? Él, que se puede reír de la muerte, y nos consta, que puede florecer en la penumbra de las enfermedades que matan a la humanidad. ¡Oh! Si tal criatura proviniese de Dios, y no del Demonio, ¡qué fuerza del bien podría ser él en este mundo! Al mundo le urge ser liberado. Nuestra contienda deberá librarse en silencio, y nuestros esfuerzos mantenidos en secreto; puesto que en esta era iluminada, en la que los hombres ni siquiera creen en lo que ven, la duda de los sabios se convertiría en su fuerza más poderosa. Serán al mismo tiempo su

protección y su escudo, y sus armas para destruirnos, sus propios enemigos, quienes estamos dispuestos a arriesgar hasta nuestras propias almas por la salvación del ser que amamos... por el bien de la humanidad, y por el honor y gloria del Señor.

Después de una discusión general, acordamos no definir nada esa noche; que todos debíamos meditar los hechos, y tratar de pensar las conclusiones adecuadas. Mañana nos volveremos a reunir para desayunar, y, una vez expresadas nuestras conclusiones, decidiremos nuestro plan de acción.

Siento una maravillosa calma esta noche. Es como si una presencia espectral fuera retirada de mí. Quizá...

Mi suposición no fue concluida, ya que vi en el espejo la roja cicatriz que tengo en la frente, y comprendí que todavía estoy estigmatizada.

Del diario del doctor Seward

5 de octubre. Todos nos levantamos temprano; creo que haber dormido nos hizo mucho bien a todos. Cuando nos reunimos para el desayuno, entre nosotros reinaba un buen ánimo que no pensamos volver a tener.

Es maravilloso ver la elasticidad que existe en la naturaleza humana. Basta que una causa de obstrucción, sea cual sea, sea retirada de cualquier forma, incluso por medio de la muerte, para que volvamos a sentir la misma esperanza y alegría de antes. En más de una oportunidad, al sentarnos a la mesa, mis ojos se abrieron al preguntarme si los días pasados no habían sido sino un mal sueño. Era cuando veía el rojo estigma en la frente de la señora Harker que era devuelto a la realidad. Incluso, cuando estoy seriamente resolviendo este asunto, me resulta casi imposible imaginar que la causa de todos nuestros problemas aún existe. Hasta la señora Harker parece ignorar su problema por largos períodos; pero de vez en cuando, si algo se lo recuerda, piensa en su terrible cicatriz. Nos encontraremos aquí en mi estudio en una hora y media y decidiremos nuestro plan de acción. Veo sólo una

dificultad, lo sé por instinto antes que por la razón: todos tendremos que hablar con franqueza; y me temo que por una misteriosa razón, la lengua de la señora Harker está atada. Sé que saca conclusiones por cuenta propia, y por todo lo ocurrido adivino qué tan brillantes y verdaderas deben ser; pero sus labios no las pronunciarán, no lo hará, o no puede. Le he mencionado esto a Van Helsing, y lo discutiremos cuando estemos a solas. Supongo que tiene que ver con ese horrible veneno que corre por sus venas, que está comenzando a surtir efecto. El conde tenía sus propios propósitos cuando le dio lo que Van Helsing llama "el bautismo de sangre de los vampiros". Bien, habrá un veneno que se destila de las cosas buenas; en una era en la que la existencia de tomaína es todo un misterio, ¡no debemos asombrarnos por nada! Algo es seguro: si mi instinto no me falla con respecto a los silencios de la pobre señora Harker, entonces estamos frente a una terrible dificultad, un peligro incierto, en la tarea que tenemos por delante. El mismo poder que impone su silencio podría forzar su palabra. Temo pensar más allá, ¡ya que deshonraría en mis pensamientos a una noble mujer!

Van Helsing vendrá a mi estudio un rato antes que los demás. Trataré de sacar el tema.

Más tarde. Cuando llegó el profesor, discutimos sobre la situación. Comprendía que tenía alguna idea, que quería exponérnosla, pero tenía cierto temor de entrar de lleno en el tema. Después de muchos rodeos, dijo repentinamente:

–Amigo John, hay algo que usted y yo debemos hablar a solas, antes que nada. Luego, debemos confiárselo a los demás.

De repente se calló, y yo esperé; luego prosiguió con su pensamiento:

–La señora Mina, nuestra pobre y querida señora Mina, está cambiando.

Un escalofrío corrió por mi espalda al ver que mis peores suposiciones eran confirmadas. Van Helsing continuó:

–Con la triste experiencia de la señorita Lucy, debemos estar prevenidos esta vez antes de que los hechos vayan demasiado lejos. Nuestra tarea es, en realidad, más difícil que nunca, y este nuevo

escollo hace que cada hora que pasa sea de la mayor importancia. Puedo ver las características del vampiro enraizarse en su rostro. Es todavía algo muy, pero muy ligero; pero se puede apreciar si tenemos ojos para observarla sin prejuicios. Sus colmillos están un tanto más afilados, y en ciertos momentos, sus ojos tienen una mirada más dura. Pero esto no es todo, el silencio en ella se está haciendo más frecuente; como le sucedió a la señorita Lucy. Ella no hablaba, ni siquiera cuando escribía lo que luego deseaba que se supiera. Ahora temo lo siguiente: si es posible que ella pueda, gracias al trance de hipnosis, contar lo que el conde ve y oye, ¿no sería real que él, que la ha hipnotizado antes, y que ha bebido de su propia sangre, y la ha obligado a ella a beber la de él, pudiera, si así él lo quisiera, obligar a su mente a revelarle lo que ella sabe?

Asentí con mi cabeza; él siguió diciendo:

–Entonces lo que debemos hacer es prevenir eso; debemos mantenerla al margen de nuestros planes, y de ese modo ella no podrá contar lo que desconoce. ¡Esta es una tarea dolorosa! ¡Oh! Tan dolorosa que el pensarlo me parte el corazón; pero así debe ser. Cuando nos encontremos hoy, es mi obligación decirle que por razones de las que no deseamos hablar no asistirá más a nuestras reuniones, sino que simplemente la cuidaremos.

Se secó la frente, totalmente transpirada, por el hecho de pensar en el dolor que podría causarle a esta pobre alma ya bastante torturada. Sabía que le causaría cierto alivio si le contaba que yo también había arribado a esa conclusión; ya que disiparía el dolor de la duda. Se lo dije, y el efecto fue el que esperaba.

Se acera la hora de nuestra reunión general. Van Helsing se ha ido para prepararse para la reunión, para la parte dolorosa de ella. Realmente creo que su propósito es poder orar a solas.

Más tarde. En el momento mismo en que daba comienzo la reunión, tanto Van Helsing como yo sentimos un gran alivio. A través de su esposo, la señora Harker envió un mensaje diciendo que no iba a reunirse con nosotros, puesto que estaba convencida de que era mejor que nos sintiéramos libres para discutir sobre nuestros movimientos, sin la molestia de su presencia. El profesor y yo nos

miramos uno al otro durante un breve instante y, en cierto modo, ambos sentimos alivio. En lo que a mí respecta, pensaba que si la señora Harker se daba cuenta del peligro, habíamos evitado así un grave riesgo y, sin duda, también un gran dolor. Bajo las circunstancias, estuvimos de acuerdo, por medio de una pregunta y una respuesta, con un dedo en los labios, para guardarnos nuestras sospechas, hasta que estuviéramos nuevamente en condiciones de conversar a solas. De inmediato pasamos a nuestro Plan de Campaña. Van Helsing presentó brevemente los hechos:

–El Czarina Catherine dejó el Támesis ayer por la mañana. Le tomará por lo menos, aunque vaya a máxima velocidad, tres semanas para llegar a Varna; pero nosotros podemos viajar por tierra al mismo lugar en tres días. Ahora bien, si descontamos dos días al viaje en barco, debido a las influencias que sabemos que el conde puede ejercer sobre el tiempo; y si sumamos un día entero y una noche por cualquier demora que se pudiera presentar, entonces tendríamos un margen de más o menos dos semanas. Por lo tanto, a fin de estar casi seguros, debemos partir de este lugar a más tardar el diecisiete. Debemos por todos los medios estar en Varna un día antes de que el barco llegue, y estar en condiciones de hacer los preparativos necesarios. Por supuesto, iremos armados; armados contra todo mal, ya sea éste demoníaco, espiritual o físico.

Aquí Quincey Morris acotó:

–Tengo entendido que el conde proviene de un país de lobos, y podría ocurrir que él llegara allí antes que nosotros. Propongo que agreguemos Winchesters a nuestro armamento. Tengo plena confianza en los fusiles Winchester cuando se presenta una amenaza de ese tipo. ¿Recuerda, amigo Art, cuando tuvimos a esa jauría tras nosotros en Tobolsk? ¿Qué no hubiéramos dado por tener un fusil cada uno?

–¡Bien! –dijo Van Helsing–. Llevaremos Winchesters. La cabeza de Quincey siempre está a tono con las circunstancias, pero aún más cuando se trata de cazar, a pesar de que mi metáfora es más deshonesta con la ciencia que lo peligrosos que son los lobos para el hombre. Mientras tanto no podemos hacer nada aquí; y como pienso que Varna no nos es familiar a ninguno de nosotros, ¿por qué no ir

allá antes? Resultará lo mismo esperar aquí que allá. Podremos prepararnos hoy por la noche y mañana, y luego, si todo sale bien, nosotros cuatro podremos emprender nuestro viaje.

–¿Nosotros cuatro? –dijo Harker interrogativamente, mirándonos a cada uno de nosotros.

–¡Por supuesto! –respondió el profesor rápidamente. ¡Usted debe quedarse a cuidar a su tan dulce esposa!

Harker guardó silencio un momento, y luego dijo, con voz hueca:

–Será mejor que hablemos de esto mañana. Voy a consultar con Mina al respecto.

Pensé que ése era el momento oportuno para que van Helsing le advirtiera que no debería revelar a su esposa cuáles eran nuestros planes, pero no se dio por aludido.

Lo miré de modo evidente y tosí. A modo de respuesta, se puso un dedo en los labios y miró hacia otro lado.

Del diario de Jonathan Harker

5 de octubre, por la tarde. Después de nuestra reunión de esta mañana, tardé un buen rato hasta que pude reflexionar. Las nuevas fases de los asuntos me dejaron la mente en un estado tal, que me era imposible pensar con claridad. La determinación de Mina de no tomar parte activa en la discusión me tenía preocupado y, como no me era posible discutir de eso con ella, solamente podía tratar de adivinar. Todavía estoy tan lejos como al principio de haber hallado la solución a esa incógnita. Asimismo, el modo en que los demás recibieron esa determinación, me asombró; la última vez que hablamos de todo ello, acordamos que ya no deberíamos ocultarnos nada en absoluto unos a otros. Mina está dormida ahora, calmada y tranquila como una niñita. Sus labios están entreabiertos y su rostro sonríe de felicidad. ¡Gracias a Dios, incluso ella puede gozar aún de momentos similares!

Más tarde. ¡Todo esto es tan extraño! Me senté a observar el plácido sueño de Mina, y me acerqué lo más que pude para sentirme feliz, feliz como supongo que nunca seré. Caía la tarde y la tierra

tomaba las sombras proyectadas por el sol que se ponía, el silencio de la habitación se tornaba más y más solemne para mí. De repente Mina abrió sus ojos, y mirándome dulcemente dijo:

–Jonathan, quiero que me prometas algo y me des tu palabra de honor. Es una promesa que me harás a mí, pero de manera sagrada ya que tendrá a Dios como testigo, y no la deberás romper aunque me arrodille y te implore con lágrimas en los ojos. Rápido, prométemelo.

–Mina –le dije–, no puedo hacerte una promesa de ese tipo inmediatamente. Es posible que no tenga derecho a hacértela.

–Pero, querido –dijo con una tal intensidad espiritual que sus ojos refulgían como si fueran dos estrellas polares–, soy yo quien lo desea, y no por mí misma. Puedes preguntarle al doctor van Helsing si no tengo razón; si no está de acuerdo, podrás hacer lo que mejor te parezca. Además, si están todos de acuerdo, quedarás absuelto de tu promesa.

–¡Te lo prometo! –le dije; durante un momento, pareció sentirse extraordinariamente feliz, aunque en mi opinión, toda felicidad le estaba vedada, a causa de la cicatriz que tenía en la frente.

–Prométeme que no me dirás nada sobre los planes que hagan para su campaña en contra del conde –me dijo–. Ni de palabra, ni por medio de inferencias ni implicaciones, en tanto conserve esto.

Y señaló solemnemente la cicatriz de su frente. Vi que estaba hablando en serio y le dije solemnemente también:

–¡Te lo prometo!

Y en cuanto pronuncié esas palabras comprendí que acababa de cerrarse una puerta entre nosotros.

Más tarde, a la medianoche. Mina ha estado alegre y brillante durante toda la tarde. Tanto que los demás parecían tomar coraje, como si su regocijo nos hubiere afectado de algún modo; como resultado, hasta yo mismo sentí como si el manto de tristeza que nos envuelve se hubiera retirado de algún modo. Todos nos retiramos temprano. Mina está ahora durmiendo como una dulce niña; es maravilloso que conserve la facultad para dormir en medio de su terrible problema. Le agradezco a Dios que así sea, ya que así

por lo menos puede olvidar su preocupación. Quizás su ejemplo pueda afectarme como su alegría lo hizo esta noche. Trataré –¡oh!– ¡que sea un sueño sin pesadillas!

6 de octubre, por la mañana. Otra sorpresa. Mina me despertó temprano, casi a la misma hora que el día anterior, y me pidió que le llevara al doctor Van Helsing. Pensé que se trataba de otra ocasión para el hipnotismo y, sin vacilaciones, fui en busca del profesor. Evidentemente él estaba esperando que esto sucediera, pues lo encontré vestido en su habitación. Su puerta estaba entreabierta, por eso pudo oír el ruido de nuestra habitación al abrirse. Vino de inmediato, y al ingresar a la habitación, le preguntó a Mina si también le avisaba a los demás.

–No –dijo con simpleza–, no será necesario. Usted podrá contarles luego. Debo ir con usted en su viaje.

El doctor Van Helsing se sorprendió tanto como yo. Después de una pausa le preguntó:

–¿Pero, por qué?

–Debe llevarme con usted. Estoy más segura con usted, y usted también estará más seguro conmigo.

–¿Pero, por qué, estimada señora Mina? Usted sabe que su seguridad es nuestra obligación más solemne. Vamos en busca del peligro, frente al cual usted está más expuesta, o podría estarlo, por ciertas circunstancias o cosas que han pasado.

En ese momento el profesor hizo una pausa, dada la situación embarazosa.

Al responder, Mina alzó su dedo y señaló su frente:

–Ya sé. Por esto debo ir. Puedo decírselo ahora, mientras el sol está saliendo; no podré hacerlo luego. Sé que cuando el conde me requiera deberé irme. Sé que si él me pide que vaya en secreto, tendré que ser astuta y vencer todo obstáculo, hasta a Jonathan.

Dios pudo ser testigo del modo en que me miraba al hablar, y si hubiese habido allí presente un ángel que hubiere registrado esa mirada, ésta habría debido ser tenida en cuenta para el honor eterno de ella. Sólo pude palmear su mano. No pude hablar; mi emoción

era demasiado intensa como para permitir que las lágrimas aliviaran ese pesar. Ella prosiguió con su relato:

–Ustedes son hombres fuertes y valientes. Son fuertes cuando trabajan juntos, ya que unidos pueden desafiar a aquél que destrozaría la paciencia humana de alguien que tuviese que cuidarse solo. Además, yo puedo serles útil, ya que puede hipnotizarme y saber cosas que ni siquiera yo sé.

Van Helsing dijo seriamente:

–Señora Mina, usted es, como siempre, muy inteligente. Vendrá usted con nosotros; y juntos haremos lo que sea necesario que hagamos.

Cuando él terminó de hablar, el largo silencio guardado por Mina me hizo mirarla. Se había quedado dormida sobre su almohada; ni siquiera se despertó cuando corrí las cortinas y la luz del sol invadió la habitación. Van Helsing me indicó que me acercara a él silenciosamente. Fuimos a su habitación, y al cabo de unos minutos, lord Godalming, el doctor Seward y el señor Morris estaban también con nosotros. Él les contó lo que Mina le había dicho, y prosiguió:

–Saldremos en la mañana rumbo a Varna. Ahora tenemos que lidiar con un nuevo factor: la señora Mina. Oh, pero su alma es sincera. Es toda una agonía el contarnos todo lo que nos ha dicho; pero está en lo cierto, y nos ha prevenido a tiempo. No debemos perder oportunidad alguna, y en Varna debemos estar listos para actuar apenas llegue el barco.

–¿Qué es exactamente lo que debemos hacer? –preguntó el señor Morris lacónicamente.

El profesor hizo una pausa antes de responder:

–Primero, abordaremos el barco; luego, cuando hayamos identificado la caja, colocaremos una rama de la rosa salvaje sobre ésta. Deberemos sujetarla, ya que nadie puede salir de la caja cuando la rosa se encuentra sobre ella, al menos así dice la superstición. Y debemos creer en la superstición, en ella se basaba la creencia del hombre primitivo, y tiene sus raíces la fe. Luego, cuando se nos presente la oportunidad que buscamos, cuando nadie esté cerca para vernos, abriremos la caja, y... y todo estará bien.

–No esperaré ninguna oportunidad –dijo Morris–. En cuanto vea la caja la abriré y destruiré al monstruo, aunque así hubiere miles de personas mirando, y aunque me linchen un momento después.

Tomé su mano instintivamente y la apreté tan fuerte como un pedazo de acero. Creo que interpretó mi mirada; espero que así haya sido.

–Buen chico –dijo Van Helsing–. Valiente chico. Quincey es todo un hombre, Dios lo bendiga por eso. Hijo mío, créeme, ninguno de nosotros se quedará atrás ni dejará de actuar por temor. Estoy diciendo solamente lo que podremos hacer... lo que debemos hacer. Pero, de hecho, de hecho no podremos decir qué es lo que haremos. Son tantas las cosas que podrían ocurrir, y sus variantes y finales son tan disímiles que hasta el momento no podremos saberlas. Deberemos estar todos armados, contra todo; y cuando llegue el momento del final, nuestro esfuerzo no habrá sido en vano. Ahora bien, dediquemos nuestro día de hoy para poner todo en orden. Dejemos en orden todas las cosas pertinentes a nuestros seres queridos, y que de nosotros dependan; ya que ninguno de nosotros puede decir qué, cómo, ni cuándo será el final. En cuanto a mí, todos mis asuntos están en regla; y como no tengo nada más que hacer, iré a hacer los arreglos para el viaje. Iré a sacar todos los pasajes y demás para nuestro viaje.

No había nada más que decir, y nos separamos. Ahora iré a poner en orden todos mis asuntos terrenales, y prepararme para lo que vendrá...

Más tarde. Está todo hecho; mi testamento escrito, y todo completo. Si me sobrevive, Mina es mi única heredera. De no ser así, entonces los demás –que han sido tan amables con nosotros– serán mis herederos.

Se acerca el atardecer; el desasosiego de Mina me hace darme cuenta de ello. Estoy seguro de que existe algo en su mente que despierta en el momento de la puesta del sol. Esos momentos están llegando a ser muy desagradables para todos nosotros, puesto que cada vez que el sol se pone o sale, representa la posibilidad de un nuevo peligro..., de algún nuevo dolor que, sin embargo, puede ser

un medio del Señor para un buen fin. Escribo todas estas cosas en mi diario, debido a que mi adorada esposa no debe tener conocimiento de ellas por ahora, pero si es posible que las pueda leer más tarde, estará preparado para que pueda hacerlo.

Me está llamando en este momento.

XXV

Del diario del doctor Seward

11 de octubre, por la tarde. Jonathan Harker me ha pedido que tome nota de todo esto, ya que dice no encontrarse en condiciones para llevar a cabo esta tarea, y él quiere que se lleve un registro exacto.

Creo que ninguno de nosotros se sorprendió al ser llamados para ver a la señora Harker un rato antes del atardecer. Hacía tiempo que ya todos habíamos comprendido que tanto los amaneceres como los atardeceres eran momentos en los que ella gozaba de una peculiar libertad, en los que su antiguo ser podía manifestarse sin una fuerza que la controlara, subyugara o restringiera, o la incitara a actuar. Esa condición o humor comienza siempre como media hora antes de la puesta del sol y de su salida, y dura hasta que el sol se encuentra alto, o hasta que las nubes, con el sol oculto, brillan todavía por los rayos de luz que brotan del horizonte. Al principio, se trata de una especie de condición negativa, como si se rompiera algún asidero y, a continuación, se presenta rápidamente la libertad absoluta; sin embargo, cuando cesa la libertad, el retroceso tiene lugar muy rápidamente, precedido solamente por un período de silencio, que es una advertencia.

Esta noche, cuando nos reunimos, parecía algo reprimida, y llevaba consigo todos los signos de estar padeciendo una lucha interna. Advertí que hizo un violento esfuerzo en el primer instante que pudo hacerlo. Sin embargo, le tomó sólo unos minutos para tener un completo control de sí misma; entonces, le indicó a su esposo que se sentara a su lado en el sillón en el que ella estaba reclinada, y nos pidió a los demás que acercáramos sillas. Tomando la mano de su esposo entre las de ella comenzó su relato:

–¡Estamos todos juntos aquí, libremente, quizá por última vez! Ya lo sé, querido; ya sé que tú estarás siempre conmigo, hasta el fin –eso lo dijo dirigiéndose a su esposo, cuya mano, como pudimos ver, tenía apretada–. Mañana vamos a irnos, para llevar a cabo nuestra tarea, y solamente Dios puede saber lo que nos espera a cada uno

de nosotros. Van a ser muy buenos conmigo al aceptar llevarme. Sé lo que todos ustedes, hombres sinceros y buenos, pueden hacer por una pobre y débil mujer, cuya alma está quizá perdida... ¡No, no, no! ¡Todavía no! Pero es algo que puede producirse tarde o temprano. Y sé que lo harán. Y deben recordar que yo no soy como ustedes. Hay un veneno en mi sangre y en mi alma, que puede destruirme; que debe destruirme, a menos que obtengamos algún alivio. Amigos míos, saben ustedes tan bien como yo que mi alma está en juego, y aun cuando sé que hay un modo en que puedo salir de esta situación, ni ustedes ni yo debemos aceptarlo.

Nos miró como si nos suplicara, uno a uno, comenzando y finalizando por su esposo.

–¿Cuál es esa manera? –preguntó Van Helsing con voz ronca–. ¿Cuál es esa manera que no debemos, o podríamos, tomar?

–Que yo muera ahora mismo, ya sea por mi propia mano o la de otro, antes de que el gran demonio esté completamente forjado. Sé, y ustedes también saben, que si yo muriese ustedes podrían liberar mi espíritu inmortal, y lo harían, tal como lo hicieron con mi pobre Lucy. Si fuera la muerte o el temor a la muerte el único obstáculo en el camino, no me acobardaría de morir aquí, ahora, entre los amigos que me aman. Pero la muerte no lo es todo. No puedo creer que morir en tal circunstancia, cuando hay una esperanza por delante y una mejor tarea que realizar, sea la voluntad de Dios. Por lo tanto, en lo que a mí respecta, abandono aquí la certeza del descanso eterno, y salgo a la oscuridad donde quizá las cosas más oscuras que posee el mundo o el mundo inferior se encuentren.

Todos guardamos silencio, ya que instintivamente sabíamos que esto era sólo un preludio. Los rostros de los demás estaban serios, y Harker empalideció; quizás él intuyó mejor que nosotros qué era lo que seguía. Ella continuó diciendo:

–Esto es lo que yo puedo dejarles como colación de bienes –no pude evitar notar el empleo de semejante frase jurídica en ese lugar y con total seriedad–. ¿Qué dará cada uno de ustedes? Sus vidas, ya lo sé –continuó con rapidez–, eso es fácil para hombres valientes. Sus vidas le pertenecen a Dios, y se las pueden devolver a Él; pero, ¿qué me darán a mí?

Ella miró una vez más inquisitivamente, pero en esta ocasión evitó el rostro de su esposo. Quincey parecía entender; él asintió, y el rostro de la señora Harker se iluminó.

–Entonces, les diré claramente qué es lo que quiero, ya que no debe haber lugar para la duda en relación a esto entre nosotros. Deben prometérmelo, todos y cada uno de ustedes, tú también, mi adorado esposo, que, llegado el momento, me matarán.

–¿Cuál es ese momento? –la voz era de Quincey, pero baja y forzada.

–Cuando estén convencidos de que estoy tan cambiada que será mejor morir que vivir. Cuando esté muerta en la carne, entonces ustedes, sin un momento de demora, me clavarán una estaca o cortarán mi cabeza; o cualquier otra cosa que me signifique la muerte.

Quincey fue el primero en ponerse de pie después de la pausa. Se arrodilló a los pies de la señora Harker y tomando su mano entre las de él, dijo solemnemente:

–Soy sólo un tipo rudo, que no ha vivido, quizá, como un hombre para merecerse ganar dicha distinción, pero le juro por todo lo que considero sagrado y amado que, si alguna vez llega ese momento, no desistiré de la obligación que nos ha impuesto. ¡También le prometo que me aseguraré al respecto, pero si todavía tengo dudas, consideraré que el momento ha llegado!

–¡Mi buen amigo! –fue todo lo que pudo decir en medio de las lágrimas que brotaban de sus ojos; inclinándose, le besó la mano.

– ¡Yo también se lo juro, mi querida señora Mina! –dijo Van Helsing.

–¡Y yo! –dijo lord Godalming, y cada uno de ellos se arrodilló ante ella para prestar el juramento.

Los seguí yo mismo. Luego, su esposo se volvió hacia ella, demacrado y con una palidez verdosa que se confundía con la blancura de su cabello, y le preguntó:

–¿Oh, mi amada esposa, debo yo también hacer esta promesa?

–Tú también, amado mío –dijo ella, inmersa en una lástima infinita que se reflejaba en su voz y en sus ojos–. No debes titubear. Eres lo más cercano y amado que tengo en el mundo; nuestras almas están

fundidas en una sola, para toda la vida y por todos los tiempos. Piensa, querido, que ha habido tiempos en los que hombres valientes han matado a sus esposas y mujeres para impedir que éstas cayeran en manos de sus enemigos. Sus manos no vacilaron en absoluto porque aquellas que ellos amaban les imploraban que acabasen con ellas. ¡Es la obligación de los hombres para con sus amadas, en semejante época de penosas pruebas! Oh, amor mío, si es que tengo que encontrar la muerte por la mano de alguien, que sea de la persona que más me ama. Doctor Van Helsing, no he olvidado su misericordia para con el que más la amaba, en el caso de Lucy –ella se detuvo, se sonrojó, y cambió su frase– para con el que tenía el mejor derecho para darle la paz. Si ese momento volviera a presentarse, le pido a usted que traiga ese feliz recuerdo a la vida de mi esposo, que sea su amorosa mano la que me libere de la horrible maldición que pesa sobre mí.

–¡Una vez más, lo juro! –se oyó la resonante voz del Profesor.

La señora Harker sonrió, sonrió positivamente, y con un suspiro de alivio se echó hacia atrás y dijo:

–Y ahora, unas palabras de advertencia, una advertencia que no deben olvidar jamás: ese momento, si es que alguna vez llega, puede venir rápida e inesperadamente, y en tal caso no deben perder tiempo y perder esa oportunidad. En ese momento puedo estar yo misma... mejor dicho, llegado el momento lo estaré... aliada a nuestro enemigo en contra de ustedes. Un pedido más –se volvió muy solemne al decir esto–, no es vital y necesario como el otro, pero quiero que hagan una cosa por mí, si así lo desean.

Todos accedimos, pero nadie habló; no había necesidad de hablar:

–Quiero que me lean el Oficio de Difuntos.

Un profundo gemido de su esposo la interrumpió; y tomó sus manos entre las de ella, las colocó sobre su corazón, y continuó diciendo:

–Deben leérmelo algún día. Cualquiera sea el resultado de todo este terrible estado de los hechos, será un dulce pensamiento para todos o algunos de nosotros. Tú, amado mío, lo harás, eso espero, lo leerás, ya que así tu voz permanecerá por siempre en mi memoria... ¡hazlo!

–Pero, amada mía, –suplicó Jonathan–, la muerte está lejos de ti.

–No es así –respondió ella, al tiempo que levantó su mano como signo de advertencia–. ¡Estoy en lo más profundo de la muerte, como si el peso de la tumba reposara sobre mí!

–Oh, esposa mía, ¿debo yo leer esto? –preguntó antes de comenzar.

–¡Eso me consolará, esposo mío! –fue todo lo que dijo ella.

Y Jonathan comenzó a leer, después de preparar el libro.

¿Cómo voy a poder, cómo podría alguien, describir aquella extraña escena, su solemnidad, su lobreguez, su tristeza, su horror y, sin embargo, también su dulzura? Incluso un escéptico, que solamente pudiera ver una farsa de la amarga verdad en cualquier cosa sagrada o emocional, se hubiera impresionado profundamente, al ver a aquel pequeño grupo de amigos devotos y amantes, arrodillados en torno a aquella triste y desventurada dama; o sentir la tierna pasión que tenía la voz de su esposo, cuyo tono era tan emocionado que frecuentemente tenía que hacer una pausa, leyendo el sencillo y hermoso Oficio de Difuntos. No... No puedo continuar, las palabras y la voz... me faltan.

Su instinto no la engañó. Por extraño que pareciera y que fuera, y que, sobre todo, pueda parecer después incluso a nosotros, que en ese momento pudimos sentir su poderosa influencia, nos consoló mucho; y el silencio que precedía a la pérdida de libertad espiritual de la señora Harker, no se colmó con la desesperación que todos nosotros habíamos temido.

Del diario de Jonathan Harker

15 de octubre. **En Varna**. Salimos de Charing Cross por la mañana del día doce, llegamos a París durante la misma noche y ocupamos las plazas que habíamos reservado en el Orient Express. Viajamos día y noche y llegamos aquí aproximadamente a las cinco. lord Godalming fue al consulado, para ver si le había llegado algún telegrama, mientras el resto de nosotros vinimos a este hotel, "el Odessus". El viaje pudo haber resultado atractivo; sin embargo,

estaba demasiado ansioso para preocuparme de ello. Hasta tanto el Czarina Catherine no llegue a puerto no habrá otro interés más que ése en el mundo entero. Gracias a Dios Mina está bien, y pareciera estar más fuerte; está recobrando su color. Duerme bastante; durmió casi todo el tiempo durante el viaje. Sin embargo, antes de la salida y puesta del sol, se mantiene despierta y alerta; y se ha convertido en un hábito para Van Helsing el hecho de hipnotizarla en dichos momentos. En un principio, fue necesario cierto esfuerzo, y tuvo que recurrir a varios pases; pero ahora, ella pareciera rendirse de inmediato, como si fuera un hábito, y casi no se necesita acción. Él parece tener poderes en estos momentos en particular; él quiere, y sus pensamientos obedecen su voluntad. Siempre le pregunta qué puede ver y oír. A la primera pregunta, Mina responde:

–Nada; todo está oscuro.

Y a la segunda:

–Oigo las olas que se estrellan contra los costados del navío y el ruido característico del agua. Las velas y las cuerdas se tensan y los mástiles y planchas crujen. El viento es fuerte... Lo oigo sobre la cubierta, y la espuma que levanta la popa cae sobre el puente.

Es evidente que el Czarina Catherine se encuentra todavía en el mar, apresurándose a recorrer la distancia que lo separa de Varna. lord Godalming recién ha llegado. Había recibido cuatro telegramas, uno por cada día desde que partimos, y todos a un mismo efecto: que el Czarina Catherine no había sido reportado al Lloyd`s desde ningún lado. Él había arreglado antes de partir de Londres que su agente le enviara un telegrama cada día en el que dijera si el barco había sido reportado. Tenía que recibir un mensaje aún si éste no había sido reportado, a fin de estar seguros de que se estaba montando guardia al otro lado del telégrafo.

Cenamos y nos fuimos a dormir temprano. Mañana veremos al Vicecónsul, y acordaremos, si podemos, subir a bordo del barco tan pronto como llegue a puerto. Van Helsing dice que tendremos la oportunidad de abordar el barco entre el atardecer y el amanecer. El conde, aun si tomara la forma de un murciélago, no puede cruzar el agua que corre por su propia voluntad, y por lo tanto, no puede abandonar el barco. Como no puede adoptar la forma humana sin

levantar sospechas, hecho que evidentemente desea evitar, debe permanecer en la caja. Entonces, si podemos abordar después del amanecer, lo tendremos a nuestra merced; ya que podremos abrir la caja y asegurarnos de él, como lo hicimos con nuestra pobre Lucy, antes de que despierte. La piedad que pueda recibir de nuestra parte no contará demasiado. Pensamos que no vamos a tener demasiados problemas con funcionarios o marinos. ¡Gracias a Dios éste es un país en el cual el soborno puede hacerlo todo, y estamos bien provistos de dinero! Solo tenemos que asegurarnos de que el barco no pueda entrar al puerto entre la puesta y la salida del sol sin ser avisados, y nos aseguraremos de ello. El juez Moneybag se ocupará de este caso, si estoy en lo cierto.

16 de octubre. El informe de Mina sigue siendo el mismo: choques de las olas y ruidos del agua, oscuridad y vientos favorables. Evidentemente, estamos a tiempo, y para cuando llegue el Czarina Catherine, estaremos preparados. Como debe pasar por el estrecho de los Dardanelos, estamos seguros de recibir entonces algún informe.

17 de octubre. Ahora todo está perfectamente en orden, eso creo, para recibir al conde a su regreso de su viaje. Godalming le contó a los fletadores que creía que la caja despachada podía contener algo que le habían robado a un amigo suyo, y obtuvo el consentimiento para abrirla bajo su propia responsabilidad. El propietario le dio un papel en el cual le solicitaba al capitán que le facilitara cualquier cosa que pudiera requerir a bordo del barco, y también una autorización similar a su agente en Varna. Nos hemos reunido con el agente, quien quedó impresionado con el amable modo que Godalming tuvo para con él, y todos nosotros estamos convencidos de que hará todo lo que esté a su alcance para satisfacer nuestros deseos. Ya hemos resuelto lo que deberemos hacer, en el caso de que recibamos la caja abierta. Si el conde se encuentra en el interior, van Helsing y el doctor Seward deberán cortarle la cabeza inmediatamente y atravesarle el corazón con una estaca.

Morris, Godalming y yo evitaremos interferencias, aun si tenemos que usar las armas de que dispondremos. El profesor dice que si podemos tratar de esa manera al cuerpo del conde, pronto éste se convertirá en polvo. En tal caso no habrá pruebas en nuestra contra, aunque pudiera surgir cualquier sospecha de asesinato. Pero de no ser así, deberemos salir airosos o derrotados por nuestro acto, y quizás algún día este propio manuscrito sea la prueba para interponerse entre alguno de nosotros y la horca. En lo que a mí respecta, tomaré la oportunidad sintiéndome muy agradecido, si es que ésta se presenta. Nuestra intención es la de no dejar nada librado al azar a fin de lograr nuestro cometido. Hemos arreglado con ciertos funcionarios que en el preciso momento en el que el Czarina Catherine sea avistado, seamos informados por intermedio de un mensajero especial.

24 de octubre. Llevamos toda una semana esperando. Lord Godalming recibe diariamente sus telegramas, pero siempre dicen lo mismo: "Aún no ha sido reportado". La respuesta de Mina por las mañanas y las tardes, siempre en trance hipnótico, no ha cambiado: choque de olas, ruidos del agua y crujidos de los mástiles.

Telegrama

Rufus Smith, Lloyds, Londres, a lord Godalming, a cargo de S.M.B.

24 de octubre. El Czarina Catherine fue reportado esta mañana en los Dardanelos.

Vice Cónsul en Varna

Del diario del doctor Seward

24 de octubre. ¡Cuánto echo de menos mi fonógrafo! Me resulta tedioso escribir este diario con una pluma, pero Van Helsing dice que debo hacerlo. Hoy, cuando Godalming recibió su telegrama del Lloyds, todos fuimos presa de una considerable excitación. Ahora

soy capaz de comprender perfectamente lo que los hombres sienten en las batallas, cuando se les da órdenes de entrar en acción. La única de nuestro grupo que no mostró ninguna señal de emoción fue la señora Harker. Después de todo, no es extraño que no se emocionara, ya que tuvimos especial cuidado en no dejar que ella supiera nada sobre ello y todos tratamos de no mostrarnos turbados en su presencia. En los viejos tiempos, estoy seguro, se hubiese dado cuenta, no importa cómo lo hubiéramos tratado de ocultar; pero en lo que a esto respecta ella ha cambiado mucho durante estas tres semanas. El letargo se hace cada vez mayor en ella, y a pesar de que parece fuerte y saludable, y de estar recobrando algo de su color, Van Helsing y yo no estamos satisfechos. A menudo hablamos de ella; sin embargo, no hemos dicho una palabra a los demás. Le destrozaría el corazón al pobre Harker, ciertamente su sistema nervioso, si se enterara de que tenemos una sospecha al respecto. Van Helsing me cuenta que le examina los dientes detalladamente, mientras ella está hipnotizada, pues él dice que hasta tanto los colmillos no comiencen a afilarse, no existe ningún peligro activo de un cambio en ella. Si ese cambio se produce, lo hará en varias etapas. Ambos sabemos cuáles serán necesariamente estas etapas, aunque no nos confiamos nuestros pensamientos el uno al otro. Ninguno de nosotros debe retroceder ante la tarea, por muy tremenda que pueda parecernos. ¡La "eutanasia" es una palabra excelente y consoladora! Le estoy agradecido a quienquiera que sea el que la haya inventado.

Sólo le quedan veinticuatro horas de navegación a vela desde el Dardanelos hasta aquí, al paso que el Czarina Catherine ha estado viniendo desde Londres. Por lo tanto, deberá llegar en horas de la mañana; pero, como posiblemente no pueda ingresar al puerto antes de ese momento, todos tendremos que retirarnos temprano. A la una en punto nos levantaremos para estar listos.

25 de octubre, al mediodía. Todavía no hemos recibido noticias de la llegada del navío. El informe hipnótico de la señora Harker esta mañana fue el mismo de siempre; por consiguiente, es posible que recibamos las noticias al respecto en cualquier momento. Todos los

hombres estamos febriles a causa de la excitación, excepto Harker, que está tranquilo; sus manos están frías como el hielo y, hace una hora, lo encontré humedeciendo el filo del gran cuchillo gurka que siempre lleva ahora consigo. ¡Será un mal momento para el conde si el filo de ese "kukri" llega a tocarle la garganta, empuñado por unas manos tan frías y firmes!

Van Helsing y yo estábamos hoy un poco alarmados por la señora Harker. Cerca del mediodía ella entró en una especie de letargo que no nos gustó; a pesar de que no se lo comentamos a los demás, ninguno de los dos estaba feliz por esto. Ella no había descansado en toda la mañana, por eso en un principio estábamos complacidos al enterarnos de que estaba durmiendo. Sin embargo, cuando su esposo mencionó por casualidad que ella estaba durmiendo tan profundamente que ni siquiera pudo despertarla, nos dirigimos hacia su habitación a fin de comprobarlo nosotros mismos. Ella respiraba naturalmente y se veía tan bien y en paz que estuvimos de acuerdo en que ese descanso era lo mejor que le podía pasar. Pobre niña, tiene tanto para olvidar, que sin dudas el sueño, si la hace olvidar, le hace bien.

Más tarde. Nuestra opinión estuvo justificada, ya que tras un refrescante sueño de algunas horas, ella se despertó y parecía estar más brillante y mejor de lo que había estado en días. En el ocaso realizó el usual informe hipnótico. Dondequiera que esté en el Mar Negro, el conde va en camino a su destino. ¡Me temo que a su ruina!

26 de octubre. Otro día y no hay noticias del Czarina Catherine. Ya debería estar aquí. Aparentemente, todavía está viajando por algún lugar, pues el informe hipnótico de la señora Harker del amanecer fue el mismo de siempre. Es posible que la embarcación permanezca a veces detenida, debido a la niebla; algunos de los vapores que llegaron ayer por la tarde reportaron bancos de niebla tanto en el norte como en el sur del puerto. Debemos mantener nuestra guardia, ya que el barco puede ser avistado en cualquier momento.

27 de octubre, al mediodía. Es muy extraño que no hayamos recibido todavía noticias del barco que estamos esperando. La señora Harker dio su informe anoche y esta mañana como siempre: "Choques de olas y ruidos del agua", aunque añadió que "las olas eran muy suaves". Los telegramas de Londres habían sido exactamente los mismos de siempre: "No hay más informes." Van Helsing está terriblemente ansioso y me dijo hace unos instantes que teme que el conde esté huyendo de nosotros. Añadió significativamente:

–No me gusta ese letargo de la señora Mina. Las almas y las memorias pueden hacer cosas muy extrañas durante los trances.

Estaba a punto de preguntarle algo más al respecto, cuando Harker entró en ese momento y el profesor levantó una mano para advertirme de ello. Esta tarde, a la puesta del sol, debemos intentar hacerla hablar un poco más cuando esté en su estado hipnótico.

Telegrama

Rufus Smith, Londres, para lord Godalming, a cargo de S.M.B.

28 de octubre. Reportan al Czarina Catherine al ingresar a Galatz hoy a la una en punto.

Vice cónsul en Varna.

Del diario del doctor Seward

28 de octubre. Cuando llegó el telegrama anunciando la llegada del barco a Galatz, creo que a ninguno de nosotros nos produjo el choque que hubiera sido esperable en circunstancias como ésas. Es cierto que ninguno de nosotros sabíamos de dónde, cómo y cuándo surgiría la dificultad, pero creo que todos esperábamos que ocurriera algo extraño. La demora en el arribo a Varna nos dejó individualmente satisfechos de que las cosas no serían cómo las habíamos esperado; sólo esperábamos aprender dónde podía ocurrir el cambio. Sin embargo, de todos modos, resultó una sorpresa.

Supongo que la naturaleza trabaja sobre una base llena de esperanzas que creemos, en contra de nosotros mismos, que las cosas serán como deben ser, no como deberíamos saber que van a ser. El trascendentalismo es una guía para los ángeles, aun si es como vestigios de fuego para los hombres. Fue una experiencia singular, y todos la tomamos de manera diferente. Van Helsing levantó su mano por sobre su cabeza en un momento, como si le estuviese reclamando algo al Todopoderoso; pero no dijo ni una sola palabra, y al cabo de unos segundos se puso de pie, su rostro estaba tieso. Lord Godalming empalideció, y se sentó respirando agitadamente. Yo mismo estaba estupefacto y miraba uno a uno con asombro. Quincey Morris se apretó el cinturón con un movimiento rápido que yo conocía perfectamente: en nuestros tiempos de aventuras, significaba "acción". La señora Harker se puso intensamente pálida, de tal modo que la cicatriz que tenía en la frente parecía estar ardiendo, pero juntó las manos piadosamente y levantó la mirada, orando. Harker sonrió, con la sonrisa oscura y amarga de quien ha perdido toda esperanza, pero al mismo tiempo, su acción desmintió esa impresión, ya que sus manos se dirigieron instintivamente a la empuñadura de su gran cuchillo *kukri* y permanecieron apoyadas en ella.

–¿Cuándo parte el próximo tren hacia Galatz? –nos preguntó Van Helsing a todos.

–¡Mañana por la mañana, a las 6.30! –todos nos sorprendimos, ya que la respuesta provino de la señora Harker.

–¿Cómo es posible que usted lo sepa? –preguntó Art.

–Usted se olvida, o quizá no lo sepa, aunque sí mi esposo y el doctor Van Helsing, que yo soy fanática de los trenes. En casa, en Exeter, solía estudiar los horarios de los trenes, de manera de serle útil a mi esposo. En ciertas ocasiones resultó de suma utilidad, por eso siempre estudio los horarios. Sabía que si algo nos conducía al castillo de Drácula debíamos ir por Galatz, o por Bucarest, por eso aprendí los horarios con sumo cuidado. Desafortunadamente, no hay muchos para memorizar, ya que el único tren sale mañana, como ya he dicho.

–¡Extraordinaria mujer! –murmuró el Profesor.

–¿No podemos tomar uno especial? –preguntó lord Godalming.

Van Helsing movió la cabeza.

–Temo que no. Este país es muy diferente del suyo o el mío; incluso en el caso de que consiguiéramos un tren especial, no llegaríamos antes que el tren regular. Además, tenemos algo que preparar. Debemos reflexionar. Tenemos que organizarnos. Usted, amigo Arthur, vaya a la estación, adquiera los billetes y tome todas las disposiciones pertinentes para que podamos ponernos en camino mañana. Usted, amigo Jonathan, vaya a ver al agente del armador para que le dé órdenes para el agente en Galatz, con el fin de que podamos practicar un registro del barco tal como lo habíamos hecho aquí. Quincey Morris, vea usted al vicecónsul y obtenga su ayuda para entrar en relación con su colega en Galatz y que haga todo lo posible para allanarnos el camino, con el fin de que no tengamos que perder tiempo cuando estemos sobre el Danubio. John deberá permanecer con la señora Mina y conmigo y conversaremos. Así, si pasa el tiempo y ustedes se retrasan, no importará que llegue el momento de la puesta del sol, puesto que yo estaré aquí con la señora Mina, para que nos haga su informe.

–Y yo –dijo la señora Harker brillantemente, y más parecida a su antiguo yo que lo que la habíamos visto en muchos días– trataré de serles útil de todas las formas posibles, y pensaré y escribiré para usted como solía hacerlo. Algo está cambiando en mí de una manera muy extraña, y me siento más libre que lo que he estado últimamente.

Los tres hombres más jóvenes se contentaron al parecer darse cuenta del significado de sus palabras; pero Van Helsing y yo nos miramos entrecruzando miradas de preocupación. Sin embargo, no dijimos nada en ese momento.

Una vez que los tres hombres se habían retirado para llevar a cabo sus tareas, Van Helsing le pidió a la señora Harker que buscara en los diarios y le trajera la parte del diario de Harker referente al castillo. Ella se retiró a buscarlo; cuando la puerta se cerró tras ella, él me dijo:

–¡Pensamos lo mismo! ¡Hable!

–Se puede notar un cambio. Es una esperanza que me enferma, ya que nos puede decepcionar.

–Tiene razón. ¿Usted sabe por qué le pedí que fuera a buscar el manuscrito?

–¡No! –respondí yo–, a menos que haya sido para que tengamos una oportunidad para vernos a solas.

–Tiene usted en parte razón, amigo mío, pero sólo en parte. Quiero decirle algo y, verdaderamente, amigo John, estoy corriendo un riesgo terrible, pero creo que es justo. En el momento en que la señora Mina dijo esas palabras que nos sorprendieron tanto a ambos, tuve una inspiración. Durante el trance de hace tres días, el conde le envió su espíritu para leerle la mente; o es más probable que se la llevara para que lo viera a él en su caja de tierra del navío, en medio del mar; por eso se liberaba poco antes de la salida y de la puesta del sol. Así supo que estábamos aquí, puesto que ella tenía más que decir en su vida al aire libre, con ojos para ver y oídos para escuchar, que él, encerrado como está, en su féretro. Entonces, ahora debe estar haciendo un supremo esfuerzo para huir de nosotros. Actualmente no la necesita. Está seguro, con el gran conocimiento que tiene, que ella acudirá a su llamada, pero eliminó su poder sobre ella, como puede hacerlo, para que ella no vaya a su encuentro. ¡Ah! Ahora tengo la esperanza de que nuestros cerebros de hombres, que han sido humanos durante tanto tiempo y que no han perdido la gracia de Dios, llegarán más lejos que su cerebro infantil que permaneció en su tumba durante varios siglos, que todavía no ha alcanzado nuestra estatura y que solamente hace trabajos egoístas y, por consiguiente, mediocres. Aquí llega la señora Mina. ¡No le diga usted una sola palabra sobre su trance! Ella no lo sabe, y sería tanto como abrumarla y desesperarla justamente cuando queremos toda su esperanza, todo su valor; cuando debemos utilizar el cerebro que tiene y que ha sido entrenado como el de un hombre, pero es el de una dulce mujer y ha recibido el poder que le dio el conde y que no puede retirar completamente..., aunque él no lo piensa así. ¡Oh, John, amigo mío, estamos entre escollos terribles! Tengo un temor mayor que en ninguna otra ocasión. Solamente podemos confiar en Dios. ¡Silencio! ¡Aquí llega!

Por un instante, pensé que el Profesor iba a desmoronarse y sufrir un ataque de histeria, tal como cuando Lucy murió, pero con un gran esfuerzo se controló y estaba en todos sus cabales cuando la señora Harker ingresó a la habitación. Se la veía tan radiante y feliz, que inmersa en su labor, parecía haberse olvidado de su desgracia. Al entrar, le entregó varias hojas mecanografiadas a Van Helsing. Las miró seriamente, y su rostro se iluminó al tiempo que leía. Luego, sosteniendo las páginas entre sus dedos, dijo:

–Amigo John, para usted, que ya tiene cierta experiencia..., y también para usted que es joven, señora Mina, he aquí una buena lección: nunca tengan miedo de pensar. Un pensamiento a medias ha estado revoloteando frecuentemente en mi imaginación, pero temo dejar que pierda sus alas... Ahora, con más conocimientos, regreso al lugar de donde procedía ese embrión de pensamiento y descubro que no tiene nada de embrionario, sino que es un pensamiento completo; aunque tan joven aún que no puede utilizar bien sus alas diminutas. No como el "Patito Feo" de mi amigo Hans Andersen, no era un pensamiento pato en absoluto, sino un pensamiento cisne, grande, que vuela con alas muy poderosas, cuando llega el momento de que las ensaye. Miren, leo aquí lo que escribió Jonathan: "Ese otro de su raza que, en otra época, repetidas veces, hizo que sus tropas cruzaran El Gran Río hacia tierras turcas, que, cuando fue rechazado, volvió una y otra vez, a pesar de que tuvo que hacerlo solo desde sus tierras ensangrentadas donde sus tropas habían sido aniquiladas, ya que sabía que él solo podría en un final triunfar". ¿Qué quiere decir esto? ¡No mucho! ¡No! El pensamiento infantil del conde nada puede ver; por lo tanto, habla libremente. Vuestro pensamiento adulto nada puede ver; mi pensamiento de hombre no ve nada, no hasta ahora. ¡No! Pero ahí viene otra palabra de alguien que habla sin pensar porque ella tampoco sabe lo que significa; lo que podría significar. Tal como existen elementos que reposan, en el curso de la naturaleza se mueven en su entorno y se tocan, entonces ¡puf!, y ahí se produce un relámpago de luz tan grande como el firmamento, que enceguece y mata y destruye algunos; pero que iluminan toda la tierra por leguas y leguas. ¿No es así? Bien, trataré de explicarlo. Para

comenzar, ¿han estudiado alguna vez la filosofía del delito? "Sí" y "No". Usted, John, sí; ya que es materia de estudio de la insanía. Usted, no, señora Mina; ya que el crimen no la toca de cerca; no al menos una vez. Sin embargo, su mente trabaja realmente y no contradice *a particulari ad universale*. En los criminales existe esa peculiaridad. Es tan constante en todos los países y los tiempos, que incluso la policía, que no sabe gran cosa de filosofía, llega a conocerlo empíricamente, que *existe.* El criminal siempre trabaja en un crimen..., ese es el verdadero criminal, que parece estar predestinado para ese crimen y que no desea cometer ningún otro. Ese criminal no tiene un cerebro completo de hombre. Es inteligente, hábil, y está lleno de recursos, pero no tiene un cerebro de adulto. Cuando mucho, tiene un cerebro infantil. Ahora, este criminal que nos ocupa, está también predestinado para el crimen; él, también tiene un cerebro infantil y es infantil el hacer lo que ha hecho. Los pajaritos, los peces pequeños, los animalitos, no aprenden por principio sino empíricamente, y cuando aprenden cómo hacer algo, ese conocimiento les sirve de base para hacer algo más, partiendo de él. *Dos pousto,* dijo Arquímedes, ¡dénme punto de apoyo y moveré al mundo! El hacer una cosa una vez es el punto de apoyo a partir del cual el cerebro infantil se desarrolla hasta ser un cerebro de hombre, y en tanto no tenga el deseo de hacer más, continuará haciendo lo mismo repetidamente, ¡exactamente como lo ha hecho antes! Oh, mi querida señora, veo que sus ojos se abren y que para usted, la luz del relámpago ilumina todo el terreno.

La señora Harker comenzaba a apretarse las manos y sus ojos lanzaban chispas. El profesor continuó diciendo:

–Ahora es usted la que hablará. Cuéntenos a estos dos hombres de ciencia lo que usted ve con esos ojos brillantes.

Él tomó su mano al tiempo que ella hablaba, y le tomó el pulso, creo que instintiva e inconscientemente.

–El conde es un criminal y del tipo criminal. Nordau y Lombroso lo clasificarían así y, como criminal, tiene un cerebro imperfectamente formado. Así, cuando se encuentra en dificultades, debe refugiarse en los hábitos. Su pasado es un indicio, y la única página de él que conocemos, de sus propios labios, nos dice que en una ocasión,

antes, cuando se encontraba en lo que el señor Morris llamaría "una difícil situación", regresó a su propio país de la tierra que había ido a invadir y, entonces, sin perder de vista sus fines, se preparó para un nuevo esfuerzo. Volvió otra vez, mejor equipado para llevar a cabo aquel trabajo, y venció. Así, fue a Londres, a invadir una nueva tierra. Fue derrotado, y cuando perdió toda esperanza de triunfo y vio que su existencia estaba en peligro, regresó por el mar hacia su hogar; exactamente como antes había huido sobre el Danubio, procedente de tierras turcas.

– ¡Bien, excelente! ¡Oh, qué mujer más inteligente! –exclamó Van Helsing con entusiasmo al tiempo que se detenía y le besaba la mano.

Un momento más tarde me dijo con tanta calma como si estuviésemos examinando a un paciente en nuestro consultorio:

–Sólo setenta y dos; y con toda esta excitación. Tengo esperanzas.

Volviéndose hacia ella, dijo con un intenso anhelo:

–Continúe. ¡Continúe! Tiene más para decir si así lo desea. No tenga miedo; John y yo ya lo sabemos. Ya lo sé, y le diré si tiene razón. ¡Hable, sin miedos!

–Trataré; pero perdónenme si parezco una ególatra.

–¡Nada de eso! No tema, usted debe ser ególatra, porque es en usted en quien pensamos.

–Bien, como es un delincuente, es egoísta; y como su intelecto es ínfimo y su accionar se basa en el egoísmo, se limita a un único propósito. Ese propósito es despiadado. Como huyó por el Danubio, abandonando a sus fuerzas para que fuesen aniquiladas, así ahora trata de salvarse, sin importarle nada. Por eso, su propio egoísmo libera mi alma de algún modo de las garras de su temible poder que adquirió sobre mí en aquella terrible noche. ¡Oh, sí, puedo sentirlo! ¡Puedo sentirlo! ¡Gracias a Dios por su gran misericordia! Mi alma está más libre que nunca desde ese horrible momento; y todo lo que me atormenta no es más que el temor de que en algún trance o sueño él haya podido usar mis conocimientos para sus fines.

El profesor se puso de pie.

–Ha utilizado su mente; por eso nos ha dejado aquí, en Varna, mientras el barco que lo conducía avanzaba rápidamente, envuelto

en la niebla, hacia Galatz, donde, sin duda, lo había preparado todo para huir de nosotros. Pero su mente infantil no fue más allá, y es posible que, como siempre sucede de acuerdo con la Providencia Divina, lo que el criminal creía que era bueno para su bienestar egoísta, resulta ser el daño más importante que recibe. El cazador es atrapado en su propia trampa, como dice el gran salmista. Puesto que ahora que cree que está libre de nosotros y que no ha dejado rastro y que ha logrado huir de nosotros, disponiendo de tantas horas de ventaja para poder hacerlo, su cerebro infantil lo hará dormir. Cree, asimismo, que al dejar de conocer su mente de usted, no puede usted tener ningún conocimiento de él; ¡ese es su error! Ese terrible bautismo de sangre que le infligió a usted la hace libre de ir hasta él en espíritu, como lo ha podido hacer usted siempre hasta ahora, en sus momentos de libertad, cuando el sol sale o se pone. En esos momentos, va usted por mi voluntad, no por la de él. Y ese poder, para bien tanto de usted como de tantos otros, lo ha adquirido usted por medio de sus sufrimientos en sus manos. Eso nos es tanto más precioso, cuanto que él mismo no tiene conocimiento de ello, y, para guardarse él mismo, evita poder tener conocimiento de nuestras andanzas. Sin embargo, nosotros no somos egoístas, y creemos que Dios está con nosotros durante toda esta oscuridad y todas estas horas terribles. Debemos seguirlo, y no vamos a fallar; incluso si nos ponemos en peligro de volvernos como él. Amigo John, ésta ha sido una hora magnífica; y hemos ganado mucho terreno en nuestro caso. Debe usted hacerse escriba y ponerlo todo por escrito, para que cuando lleguen los demás puedan leerlo y saber lo que nosotros sabemos.

Por ello, he escrito todo esto mientras esperamos el regreso de nuestros amigos, y la señora Harker lo ha escrito todo con su máquina, desde que nos trajo los manuscritos.

XXVI

Del diario del doctor Seward

29 de octubre. Esto lo escribo en el tren, de Varna a Galatz. Ayer por la noche, poco antes de la puesta del sol, todos nos reunimos. Cada uno de nosotros había llevado a cabo su tarea lo mejor posible; en cuanto al pensamiento, a la dedicación y a la oportunidad, estamos preparados para todo nuestro viaje y para nuestro trabajo cuando lleguemos a Galatz. Cuando llegó el momento habitual, la señora Harker se preparó para su esfuerzo hipnótico, y después de un esfuerzo más prolongado y serio de parte de Van Helsing de lo que era necesario usualmente, la dama entró en trance. De ordinario, la señora hablaba con una sola insinuación, pero esa vez, el profesor tenía que hacerle preguntas y hacérselas de manera muy firme, antes de que pudiéramos saber algo; finalmente, llegó su respuesta:

–No puedo ver nada; estamos inmóviles; no hay olas que rompen, sino un sereno remolino de agua que corre débilmente contra el cabo. Cerca y lejos, oigo las voces de hombres que gritan. También el ruido de los remos mientras se desplazan. Se oye el eco distante de un disparo en alguna parte. Siento pasos sobre mi cabeza, y cuerdas y cadenas que se arrastran. ¿Qué es esto? Hay un vislumbre de luz; puedo sentir el viento sobre mí.

Aquí se detuvo. Se había levantado impulsivamente de donde había permanecido acostada, en el diván, y levantó ambas manos, con las palmas hacia arriba, como si estuviese soportando un gran peso. Van Helsing y yo nos miramos, comprendiendo perfectamente. Quince y levantó las cejas un poco y la miró fijamente, mientras Harker cerraba instintivamente su mano sobre la empuñadura de su *kukri*. Se produjo una prolongada pausa. Todos sabíamos que el momento en que podía hablar estaba pasando, pero pensamos que era inútil decir nada. Repentinamente, se sentó y, al tiempo que abría los ojos, dijo dulcemente:

–¿Ninguno de ustedes desea una taza de té? ¡Deben estar todos tan cansados!

Lo único que todos podíamos hacer era hacerla feliz, por eso aceptamos. Ella se dirigió a buscar el té; cuando salió, Van Helsing dijo:

–¿Se dan cuenta, amigos míos? Está cerca de la tierra; ha abandonado su caja de tierra. Pero todavía tiene que llegar a la costa. Durante la noche podrá ocultarse en algún lugar; pero si no es llevado hasta la costa, o si el barco no la toca, él no puede llegar a tierra. En tal caso él puede, si es durante la noche, cambiar su forma y saltar o volar hasta la costa, como lo hizo en Whitby. Pero si amanece antes de que toque tierra, entonces, a menos que sea transportado, él no podrá huir. Y si él es transportado, entonces los funcionarios de la aduana podrían descubrir el contenido de la caja. De este modo, resumiendo, si no escapa a tierra hoy por la noche, o antes del amanecer, perderá todo el día. Entonces tendremos que llegar a tiempo: pues si no escapa de noche, llegaremos a él durante el día, recostado en la caja y a nuestra merced; pues teme ser su propio yo, despierto y visible, por miedo a ser descubierto.

No había nada más que decir, de modo que esperamos pacientemente a que llegara el amanecer, ya que a esa hora podríamos saber algo más, por mediación de la señora Harker.

Esta mañana temprano, escuchamos, conteniendo la respiración, las respuestas que pudiera darnos durante su trance. La etapa hipnótica tardó todavía más en llegar que la vez anterior, y cuando se produjo, el tiempo que quedaba hasta la salida del sol era tan corto que comenzamos a desesperarnos. Van Helsing parecía poner toda su alma en el esfuerzo; finalmente, obedeciendo a la voluntad del profesor, la señora Harker dijo:

–Todo está oscuro. Oigo el agua al mismo nivel que yo, y ciertos roces, como de madera sobre madera.

Hizo una pausa y el sol rojizo hizo su aparición. Deberemos esperar hasta esta noche.

Es así como estamos viajando hacia Galatz muy excitados y llenos de ansiedad. Debemos llegar entre las dos y las tres de la mañana, pero en Bucarest tenemos ya tres horas de retraso, de modo que es

imposible que lleguemos antes de que el sol se encuentre ya muy alto en el cielo. ¡De modo que dispondremos de otros dos mensajes hipnóticos de la señora Harker! Cualquiera de ellos, o ambos, pueden arrojar más luz sobre lo que está sucediendo.

Más tarde. El sol se ha puesto ya. Afortunadamente, esto sucedió en un momento en el que no había distracción, puesto que si hubiera ocurrido mientras nos encontrábamos en una estación, no hubiera sido posible contar la calma y el aislamiento necesarios. La señora Harker respondió al trance de hipnosis con mayor retraso que esta mañana. Temo que comience a desaparecer su poder para leer las sensaciones del conde, y justo en el momento en que más lo necesitamos. Tengo la sensación de que su mente la hace imaginar.

Hasta ahora, mientras ha permanecido en trance se ha limitado siempre a los hechos simples. Si continúa de este modo, es posible que llegue a inducirnos a error. Me sentiría feliz si tuviera la sospecha de que el poder del conde sobre ella desaparecerá al mismo tiempo que el poder de ella para conocerlo a él, pero dudo que así sean las cosas. Cuando habló, sus palabras fueron enigmáticas:

– Algo está saliendo; puedo sentirlo pasar como un viento frío. Puedo oír, a lo lejos, sonidos confusos, como el de hombres hablando en lenguas extrañas, agua que cae con fuerza, y el aullido de lobos.

Enmudeció. Un escalofrío recorrió su cuerpo, aumentando en intensidad por unos cuantos segundos hasta que, al final, temblaba como si estuviera sufriendo un ataque. No dijo nada más, ni siquiera en respuesta a los imperativos cuestionamientos del profesor. Cuando despertó del trance, tenía frío, estaba agotada y floja; pero su mente se encontraba encendida. Aunque no podía recordar nada, preguntó qué había dicho; cuando se lo contaron, reflexionó profundamente durante varios minutos, en completo silencio.

30 de octubre, siete de la mañana. Nos acercamos a Galatz y es posible que más tarde no tenga tiempo para escribir. Esta mañana, todos esperábamos ansiosos la puesta del sol. Sabiendo

que lograr el trance de hipnosis se hace cada vez más difícil, Van Helsing inició la tarea más temprano de lo habitual. Sin embargo, hasta que fue la hora fijada no hubo ningún cambio en la señora Mina. Cuando ella finalmente se entregó, con una mayor dificultad, justo un minuto antes de que saliera el sol, el profesor no perdió tiempo en interrogarla. Con idéntica rapidez llegó la respuesta:

–Todo está oscuro. Oigo el agua correr, al nivel de mis oídos, y el crujir de madera sobre madera. Oigo ganado a lo lejos. Hay otro sonido, uno muy extraño como de...

Ella se detuvo y su rostro se volvió pálido en extremo.

–¡Siga! ¡Siga! ¡Hable! ¡Es una orden! –dijo Van Helsing con un hilo de voz.

Mostraba desesperación en la mirada, pues el sol saliente tornaba de color rojizo hasta el pálido rostro de la señora Harker. Ella abrió sus ojos, y todos la miramos asombrados cuando dijo, dulce y significativamente, con el mínimo interés:

–Profesor, ¿por qué me pide que haga lo que usted sabe que no puedo? No recuerdo nada.

Entonces, cuando notó que nuestros rostros tenían una expresión de asombro, dijo, mirándonos a cada uno:

–¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? No sé nada, sólo que estaba aquí, recostada, dormida, y lo escuché decir: "¡Siga! ¡Hable! ¡Es una orden!". Parecía tan gracioso que me ordenara algo, ¡como si fuera una mala niña!

–Oh, señora Mina –dijo tristemente–. ¡Eso es una prueba, si es necesaria, de cómo la amo y la honro, puesto que una palabra por su bien, dicha con mayor sinceridad que nunca, puede parecer extraña debido a que está dirigida a aquella a quien me siento orgulloso de obedecer!

Se oyen silbidos. Nos acercanos a Galatz. La ansiedad nos embriaga.

Del diario de Mina Harker

30 de octubre. Como no habla ninguna lengua extranjera y, por consiguiente, es el que resulta menos útil, el señor Morris me acompañó al hotel en el que habíamos hecho reservaciones para todos nosotros, mediante el telégrafo. Las fuerzas fueron distribuidas mucho más de lo que habían sido en Varna, excepto que lord Godalming fue a ver al vice-cónsul, ya que su rango puede llegar a resultar una garantía inmediata para el funcionario, y nosotros teníamos extrema urgencia. Jonathan y los dos doctores fueron a ver al agente de embarque para conocer detalles sobre el Czarina Catherine.

Más tarde. Lord Godalming ha regresado. El cónsul está de viaje y el vice–cónsul se encuentra enfermo; eso significa que la tarea rutinaria está en manos de un empleado administrativo. Fue muy amable y accedió a ayudar en todo lo que estuviera a su alcance.

Del diario de Jonathan Harker

30 de octubre. A las nueve, el doctor Van Helsing, el doctor Seward y yo visitamos a los señores Mackenzie y Steinkoff, los agentes de la firma londinense de Hapgood. Habían recibido un telegrama de Londres, en respuesta a la petición telegráfica de lord Godalming rogándoles que nos demostraran toda la cortesía posible y que nos ayudaran tanto como pudieran. Se mostraron muy amables y corteses, y sin perder un minuto nos llevaron a bordo del Czarina Catherine, que se encontraba anclado en el río. Allí, el capitán, de nombre Donelson, nos habló del viaje. Dijo que jamás en su vida el tiempo había sido tan favorable durante un viaje.

–¡Oiga! –dijo el capitán–, pero realmente nos asustó, ya que temíamos tener que pagar por ello algún precio muy alto o mala suerte, como para contrarrestar el promedio. No es común venir desde Londres al Mar Negro con ese viento terrible, como si el mismísimo diablo estuviese soplando sobre las velas para salirse con la suya. Y de a ratos no podíamos ver nada. En cuanto nos acercábamos a una barco, o a un puerto, o a tierra, una niebla caía sobre nosotros y viajaba con nosotros, hasta que, cuando se

levantaba y mirábamos a nuestro alrededor, no alcanzábamos a ver nada. Pasamos por Gibraltar sin poder hacer señal alguna, hasta que llegamos al Dardanelos y tuvimos que esperar el permiso para pasar. Al principio tenía en mente arriar las velas y esperar hasta que la niebla se levantara; pero entretanto, pensé que si el mismísimo demonio estaba interesado en que llegáramos al Mar Negro rápidamente, llegaríamos las arriara o no. Si teníamos un viaje rápido, no nos vendría mal con los armadores, o no causaba daño a nuestro tráfico; y el Viejo Diablo que se había salido con la suya estaría enormemente agradecido por no habernos entrometido en su camino

Esta mezcla de simplicidad y astucia, de superstición y razonamiento comercial, entusiasmó a Van Helsing, que dijo:

–¡Amigo mío, ese diablo es mucho más inteligente de lo que muchos piensan y sabe cuando encuentra la horma de su zapato!

El capitán no se mostró descontento por el cumplido, y siguió diciendo:

–Cuando pasamos el Bósforo, los hombres comenzaron a gruñir; algunos de ellos, los rumanos, vinieron a verme y me pidieron que lanzara por la borda una gran caja que había sido embarcada por un anciano de mal aspecto, poco antes de que saliéramos de Londres. Los había visto espiar al sujeto ése y levantar sus dos dedos índices cuando lo veían, para evitar el mal ojo. ¡Vaya! ¡Las supersticiones de esos extranjeros son absolutamente ridículas! Los mandé a que se ocuparan de sus propios asuntos rápidamente, pero como poco después nos encerró la niebla otra vez, sentí en cierto modo que quizá tuvieran un poco de razón, aunque no podría asegurar que fuera nuevamente la gran caja. Bueno, continuamos navegando y, aunque la niebla no nos abandonó durante cinco días, dejé que el viento nos condujera, puesto que si el diablo quería ir a algún sitio... Bueno, no habría de impedírselo. Y si no nos condujo él, pues, echaremos una ojeada de todos modos. En todo caso, tuvimos aguas profundas y una buena travesía durante todo el tiempo, y hace dos días, cuando el sol de la mañana pasó entre la niebla, descubrimos que estábamos en el río, justamente frente a Galatz. Los rumanos estaban furiosos y deseaban que, ya fuera con mi

consentimiento o sin él, se arrojara la gran caja por encima de la borda, al río. Tuve que discutir un poco con ellos, con una barra en la mano, y cuando el último de ellos abandonó el puente con la cabeza entre las manos, había logrado convencerlos de que con mal ojo o no, las propiedades de mis patrones se encontraban mucho mejor a bordo de mi barco que en el fondo del Danubio. Habían subido la caja a la cubierta, disponiéndose a arrojarla al agua, y como estaba marcada Galatz vía Varna, pensé que lo mejor sería dejarla allí, hasta que la descargáramos en el puerto y nos liberáramos de ella de todos modos. No hicimos mucho trabajo durante ese día, pero por la mañana, una hora antes de la salida del sol, un hombre llegó a bordo con una orden escrita en inglés y que le había sido enviada de Londres, para recibir una caja que iba marcada para cierto conde Drácula. Seguro que él estaba al tanto de este asunto. Tenía sus papeles en orden, y por cierto que yo estaba complacido en deshacerme de esa maldita cosa, pues ya me estaba haciendo una mala idea. Si el diablo tenía equipaje, ¡creo que no era otra cosa que esa maldita caja!

–¿Cuál era el nombre del hombre que se la llevó? –preguntó el doctor Van Helsing, con curiosidad contenida.

–¡De inmediato le digo! –respondió, y bajando a su camarote tomó un recibo firmado por "Immanuel Hildesheim". La dirección era Burgenstrasse 16. Nos dimos cuenta de que esto era todo lo que el capitán sabía; por eso, agradeciéndole, nos marchamos.

Encontramos a Hildesheim en su oficina, era un hebreo del tipo Adelphi, con una nariz como la de un carnero, y un fez. Sus argumentos estuvieron marcados con dinero; hicimos la oferta; y después de cierto regateo nos contó lo que sabía. Esto resultó ser simple, pero importante. Había recibido una carta de parte del señor de Ville, de Londres, en el que le decía que, en lo posible antes del amanecer, para evitar los controles aduaneros, debía retirar una caja que llegaría a Galatz a bordo del Czarina Catherine. Debía ser entregada a un tal Petrof Skinsky, que trataba con los eslovacos que comerciaban río abajo hasta el puerto. Le habían pagado por su trabajo con una nota bancaria inglesa, que había podido cobrar en monedas de oro en el Banco Internacional del Danubio. Cuando

Skinsky había venido a él, lo llevó hasta el barco y le entregó la caja, a fin de evitar los gastos de transporte. Esto era todo lo que sabía.

Entonces nos dispusimos a buscar a Skinsky, pero nos fue imposible encontrarlo. Uno de sus vecinos, que no parecía tenerlo en alta estima, dijo que se había ido hacía dos días y que nadie sabía adónde. Eso fue corroborado por su casero, que había recibido por medio de un enviado especial la llave de la casa, al mismo tiempo que el importe del alquiler que le debía, en dinero inglés. Eso había sucedido entre las diez y las once de la noche anterior. Estábamos nuevamente en un callejón sin salida.

Mientras estábamos hablando, un hombre se acercó corriendo y, casi sin aliento, dijo que habían encontrado el cuerpo de Skinsky en el interior del cementerio de San Pedro y que tenía la garganta destrozada, como si lo hubiera matado algún animal salvaje. Los hombres y las mujeres con quienes habíamos estado hablado salieron corriendo a ver aquello, mientras las mujeres gritaban: "¡Esto es obra de un eslovaco!". Nos marchamos de allí con prisa, puesto que de otro modo nos veríamos envueltos en ese asunto, y era posible que fuésemos demorados.

Al llegar a la casa no pudimos arribar a ninguna conclusión. Estábamos convencidos de que la caja estaba en camino, por agua, a algún lado; pero tendríamos que describir hacia dónde iba. Estábamos desanimados cuando regresamos al hotel para reunirnos con Mina.

Cuando todos estuvimos reunimos, lo primero que consultamos fue si debíamos volver a depositar nuestra confianza en Mina, dejando que supiera los secretos de nuestras conversaciones. Estamos en una situación bastante crítica; aunque es un poco arriesgada, ésa es una oportunidad. Como paso preliminar, fui eximido de la promesa que le había hecho a ella.

Del diario de Mina Harker

30 de octubre, por la noche. Era tal el cansacio, el desánimo y el desaliño de todos, que no había nada por hacer, sino hasta que

hubieran descansado algo. Es por eso que les pedí a todos que se recostaran por media hora, mientras yo escribía todo lo que había sucedido hasta el momento. Me siento muy agradecida hacia el inventor de la máquina de escribir portátil y hacia el señor Morris, que me consiguió ésta. Si hubiera tenido que escribirlo todo con una pluma, hubiera sido un trabajo muy engorroso.

Ya está todo hecho, pobre amado mío, mi querido Jonathan, lo que debió haber sufrido, ¡lo que debe estar sufriendo! Está tendido sobre el sofá y apenas se nota que respira, y todo su cuerpo muestra signos de colapso. Su ceño fruncido, su rostro marcado por el pánico. Pobre hombre, quizás esté pensando, y puedo ver su rostro todo arrugado debido a la concentración de sus pensamientos. ¡Oh! Si yo pudiese ayudar en algo... haré lo que pueda...

Le he pedido al doctor Van Helsing, y él me ha entregado todos los escritos que no he visto... Mientras ellos descansan, revisaré todo con sumo cuidado, y quizás pueda arribar a alguna conclusión. Trataré de seguir el ejemplo del Profesor, y pensar sin prejuicios sobre los hechos que tengo ante mí...

Creo que, gracias a la Divina Providencia, he hecho un descubrimiento. Tengo que conseguir un mapa, para verificarlo...

Estoy más segura que nunca de que tengo razón. Mi nueva conclusión está preparada, de modo que tengo que reunir a todos nuestros amigos para leérsela. Ellos podrán juzgarla. Es bueno ser precisos, y todos los minutos cuentan.

Memorandum de Mina Harker (incluido en su diario)

Punto de partida: el problema del conde Drácula consiste en regresar a su tierra.

a) Debe ser llevado por alguien. Esto es evidente. De tener el poder para moverse por sí mismo como él lo desee, tendría que ser como hombre, lobo, murciélago, o de alguna otra forma. De verdad teme ser descubierto o sufrir alguna interferencia en el estado de desesperación en el que se debe encontrar... limitado como está, entre el amanecer y el ocaso, a su cajón de madera.

b) ¿Cómo será transportado? En este caso, el procedimiento del razonamiento por eliminación puede sernos útil. ¿Por tren, por carretera, por agua?

1. *Por tierra*. Se presentan un sinfín de dificultades, en especial al dejar una ciudad.

a) Hay gente y la gente es curiosa, e investiga. Una pista, una conjetura, una duda de lo que pueda contener la caja lo destruiría.

b) Hay, o podría haber, funcionarios de aduana o de consumo interno que sortear.

c) Sus seguidores podrían ir tras él. Éste es su gran temor y a fin de evitar ser traicionado ha repelido, lo máximo que pueda, hasta su propia víctima... ¡yo!

2. *Por tren.* No hay nadie que se encargue de la caja. Tendría que correr el riesgo de retrasarse, y un retraso sería fatal para él, puesto que sus enemigos lo persiguen. Es cierto que podría huir de noche, pero, ¿qué sería de él al encontrarse en un lugar extraño, sin poder ir a ningún refugio? No es eso lo que desea, y no está dispuesto a arriesgarse a eso.

3. *Por agua*. Este es el camino más seguro en cierto modo, pero el que mayor peligro encierra en otros aspectos. Sobre el agua, carece de poder, con excepción de por la noche; incluso entonces, solamente puede atraer la niebla, la tormenta, la nieve y a sus lobos. Pero en caso de accidente, las aguas vivas lo sumergirían y estaría realmente perdido. Podría hacer que su barca llegara a la orilla, pero si se encontrara en tierras enemigas, donde no estaría en libertad de desplazarse, su situación sería todavía desesperada.

Sabemos por el informe que está en el agua; por eso lo que tenemos que hacer es adivinar *en qué aguas*.

Lo primero es darse cuenta de lo que ha hecho hasta el momento; y luego, podríamos obtener una luz sobre cuáles son sus pasos a seguir.

En primer lugar, debemos considerar lo que hizo en Londres como parte de su plan general de acción, cuando se encontraba limitado por momentos y tuvo que hacer lo mejor que pudo.

En segundo lugar, debemos ver, lo mejor que podamos basándonos en los hechos que conocemos, qué es lo que ha hecho aquí.

Con respecto a lo primero, es evidente que tenía la intención de llegar a Galatz, y envió una factura a Varna para despistarnos en caso de que descubriéramos su intención de abandonar Inglaterra; su único e inmediato propósito fue entonces huir. La prueba de esto es la carta con instrucciones enviada a Immanuel Hildsheim para tomar y retirar la caja antes del amanecer. También están las instrucciones a Petrof Skinsky. Esto debemos sólo suponerlo, pero debe haber habido alguna carta o mensaje, puesto que Skinsky acudió a Hilesheim.

Hasta entonces, por el momento, sus planes tuvieron éxito, eso lo sabemos. El Czarina Catherine hizo un viaje fenomenalmente rápido, tan rápido que hasta el capitán Donelson sospechó, pero sus supersticiones sumadas a su astucia, jugaron el juego del conde, y viajó con vientos favorables a través de nieblas y contratiempos hasta llegar a salvo a Galatz. Que las disposiciones del conde han sido bien cumplidas es un hecho. Hildesheim recibió la caja, la desembarcó y se la entregó a Skinsky. Skinsky la tomó... y aquí perdimos el rastro. Lo único que sabemos es que la caja está en algún lugar sobre el agua, en movimiento. Los controles aduaneros y de paso han sido evitados.

Ahora llegamos a lo que debió haber hecho el conde después de su arribo; a tierra en Galatz.

La caja le fue entregada a Skinsky antes del amanecer. Al amanecer el conde puede aparecer en su propia forma. Nos preguntamos entonces por qué Skinsky fue elegido para ayudar en el trabajo. En el diario de mi esposo, se menciona que Skinsky trata con los eslovacos que comercian río abajo hasta el puerto; y el comentario de ese hombre acerca de que el asesinato fue obra de un eslovaco, muestran el sentimiento general en contra de su clase. El conde quería estar solo.

Mi suposición es la siguiente: que en Londres el conde decidió regresar a su castillo por agua, por ser la forma más segura y secreta. Fue transportado desde el castillo por los zíngaros, y probablemente despacharon su cargamento a los eslovacos, quienes llevaron las cajas a Varna, ya que desde allí fueron transportadas por barco a Londres. Por eso el conde tenía conocimiento de las

personas que podrían arreglar este servicio. Cuando la caja estuvo en tierra, antes del amanecer o después del ocaso, salió de su caja, se encontró con Kinsky y le dio instrucciones acerca de qué hacer a fin de arreglar el traslado de la caja hasta algún río. Cuando Skinsky lo hizo, y el conde supo que todo estaba en orden, se dio a la tarea de borrar las pistas, asesinando a su agente.

He examinado los mapas y he descubierto que el río más apropiado para que los eslovacos hayan ascendido por él es el Pruth o el Sereth. He leído en el manuscrito que en mis momentos de trance oí vacas a lo lejos y el ruido del agua al nivel de mis oídos, así como también el ruido de roce de madera contra madera. Entonces, eso quiere decir que el conde, en su caja, viajaba sobre el río, en una barca abierta..., impulsada probablemente por medio de remos o flotadores, ya que los bancos se encuentran cerca y navega contra la corriente. No se producirían esos ruidos si avanzara al mismo tiempo que la corriente.

Por supuesto, debe tratarse del Sereth o del Pruth; pero, en este punto, podemos investigar algo más. El Pruth es el más fácil para la navegación, pero el Sereth, en Fundu, recibe al Bistritza, que corre en torno al Paso Borgo. La curva que describe se encuentra manifiestamente tan cerca del castillo de Drácula como es posible llegar por agua.

Del diario de Mina Harker (continuación)

Cuando concluí la lectura, Jonathan me tomó en sus brazos y me besó. Los otros me tomaron de ambas manos, me sacudieron y el doctor van Helsing dijo:

–Nuestra querida señora Mina es otra vez nuestra maestra. Sus ojos han visto la luz donde los nuestros estaban ciegos. Ahora estamos tras sus pasos una vez más, y esta vez tendremos éxito. Nuestro enemigo está desamparado. Si podemos llegar a él sobre el agua, nuestra tarea habrá finalizado. Tiene cierta ventaja, pero no puede apresurarse, ya que no puede abandonar su caja por miedo a levantar sospechas de quienes lo transportan. Si eso ocurriera, lo

primero que harían sería arrojarlo a la corriente, donde perecería. Esto lo sabe, y no se arriesgará. Ahora bien, pasemos a nuestro Consejo de Guerra, pues, aquí y ahora, debemos planear lo que todos y cada uno tendremos que hacer.

–Conseguiré una lancha a vapor y lo seguiré –dijo lord Godalming.

–Y yo, caballos para seguirlo en caso de que vaya por tierra –agregó el señor Morris.

–¡Bien! –dijo el profesor–. Muy bien los dos. Pero ninguno de ustedes irá solo. Tenemos que tener las fuerzas necesarias para vencer a otras fuerzas si fuere necesario; los eslovacos son hombres fuertes y rudos, y llevan consigo buenas armas.

Todos los hombres se rieron, ya que ellos llevaban consigo un pequeño arsenal. El señor Morris dijo:

–He traído varios Winchester. Pueden usarse muy bien en medio de una multitud y, además, hay lobos. El conde, si lo recuerdan ustedes, tomó otras precauciones; dio ciertas instrucciones que la señora Harker no pudo oír ni comprender. Debemos estar preparados para todo.

–Creo que lo mejor será que vaya yo con Quincey –dijo el doctor Seward–. Estamos acostumbrados a cazar juntos, y los dos, bien armados, podemos ser enemigos de cuidado para cualquiera que se nos ponga enfrente. Usted tampoco debe ir solo, Art. Puede ser necesario luchar contra los eslovacos, y un golpe de suerte, ya que no creo que lleven armas de fuego, puede hacer fracasar todos nuestros planes. No debemos correr riesgos esta vez; no descansaremos en tanto la cabeza y el cuerpo del conde no hayan sido separados y estemos seguros de que no va a poder reencarnar.

Lo miró a Jonathan cuando dijo esto, y Jonathan me miró a mí. Pude observar que el pobre hombre estaba desesperado. Por supuesto que quería estar conmigo, pero entonces el servicio del bote podría, con mayor probabilidad, destruir al... al...al... Vampiro. (¿Por qué dudé en escribir esta palabra?). Guardó silencio por un instante, y durante su silencio el doctor Van Helsing dijo:

– Amigo Jonathan, esto es para usted por dos razones. Primero, porque usted es joven y valiente y puede pelear, y requeriremos de todas las energías en un final; y una vez más es su derecho

destruirlo, ya que él le ha causado desdicha a usted y a los suyos. No tema por la señora Mina, ella estará bajo mi cuidado, si puedo. Estoy viejo. Mis piernas ya no son tan rápidas para correr; y no estoy acostumbrado a montar a caballo por tanto tiempo como lo requiere el hecho de perseguir a alguien; o luchar con armas letales. Pero sí puedo ser de otro servicio, puedo luchar de otra manera. Y puedo morir, dada la circunstancia, como un hombre más joven. Ahora permítanme decirles lo que haré, mientras ustedes, mi lord Godalming y amigo Jonathan, van en su pequeño bote a vapor río arriba, y mientras John y Quincey montan guardia en el banco donde por casualidad pueda haber desembarcado, llevaré a la señora Mina directo al corazón del país de nuestro enemigo. Mientras el viejo zorro está en su caja, flotando sobre la corriente de donde no puede escapar hacia tierra, y donde no puede permitirse levantar la tapa de ese féretro por temor a que los transportistas eslovacos lo abandonen por miedo y él muera, y seguir los rastros de Jonathan, desde Bistritz hasta Borgo, y encontrar nuestro camino al Castillo de Drácula. Entonces, con seguridad que el poder hipnótico de la señora Mina resultará de gran utilidad y encontraremos nuestro camino de otro modo, todo oscuro y desconocido, después del primer amanecer cuando estemos en las cercanías de ese horrible lugar. Queda mucho por hacer, y otros lugares que santificar, de modo que el nido de víboras sea arrasado.

En ese instante, Jonathan lo interrumpió acaloradamente:

–¿Usted quiere decir, profesor Van Helsing, que usted llevará a Mina, en su triste situación y contaminada como está con la enfermedad de ese maldito demonio, justo a las garras de su trampa mortal? ¡Por nada en el mundo! ¡Ni por el Cielo ni por el Infierno!

Por un minuto casi se quedó sin habla, y luego prosiguió diciendo:

–¿Usted sabe qué clase de lugar es ése? ¿Ha visto usted esa horrible madriguera de endemoniada infamia... donde la misma luz de la luna parece estar viva y reflejar formas espantosas, y donde cada partícula de polvo que revolotea en el aire es monstruo devorador en su etapa embrionaria? ¿Ha sentido los labios del Vampiro sobre su cuello?

Aquí se volvió hacia mí, y al clavar sus ojos sobre mi frente, levantó sus brazos y gritando dijo:

–¡Oh, Dios mío, qué hemos hecho para merecer este terror! –y cayó rendido en el sofá en un colapso de miseria.

La voz del profesor, pues él hablaba en tonos claros y dulces, que parecían vibrar en el aire, nos calmó a todos:

–Amigo mío, es porque quiero salvar a la señora Mina de ese horror por lo que quiero llevarla allí. Dios no permita que la introduzca en ese lugar. Hay cierto trabajo; un trabajo terrible que hay que hacer allí, y que los ojos de ella no deben ver. Todos los hombres presentes, excepto Jonathan, hemos visto qué vamos a tener que hacer antes de que ese lugar quede purificado. Recuerde que nos encontramos en medio de un peligro terrible. Si el conde huye de nosotros esta vez, y hay que tener en cuenta que es fuerte, inteligente y hábil, puede desear dormir durante un siglo, y a su debido tiempo, nuestra querida dama –me tomó de la mano– irá a su lado para acompañarlo, y será como las otras que vio usted, Jonathan. Nos ha descrito usted todo lo referente a sus labios glotones y a sus risas horribles, cuando se llevaban el saco que se movía y que el conde les había arrojado. Usted se estremece, pero es algo que puede suceder. Perdone que le cause tanto dolor, pero es necesario. Amigo mío, ¿no se trata de una empresa en la que probablemente tendré que perder la vida? En el caso de que alguno de nosotros deba ir a ese lugar para quedarse, tendré que ser yo, para hacerles compañía.

–Haga lo que crea mejor –dijo Jonathan, con un sollozo que lo hizo estremecer–. ¡Estamos en las manos de Dios!

Más tarde. ¡Oh, me hizo muy bien ver trabajar a esos valientes hombres! ¡Cómo puede una mujer ayudar amando a estos hombres tiernos, sinceros y valientes! Además, pienso en el fabuloso poder del dinero. ¡Todo lo que no puede hacer cuando se usa mal! Me siento tan agradecida de que lord Godalming sea rico, y que tanto él como el señor Morris, que también tiene mucho dinero, estén tan bien dispuestos a gastarlo con tanta libertad. Pues, si no lo estuviesen, nuestra pequeña expedición no podría empezar, ni con

tanta prontitud ni tan bien equipada, como empezará en el término de una hora. No hace ni tres horas desde que dispusimos qué trabajo hará cada uno. Ahora lord Godalming y Jonathan tienen un simpático bote a vapor, listo para zarpar cuando se dé la orden. El doctor Seward y el señor Morris tienen media docena de excelentes caballos, todos preparados. Poseemos todos los mapas y las ampliaciones de todos tipos que es posible conseguir. El profesor Van Helsing y yo deberemos salir esta noche, a las once y cuarenta minutos, en tren, con destino a Veresti, en donde conseguiremos una calesa que nos conduzca hasta el Paso del Borgo. Llevamos encima una buena cantidad de dinero, ya que tendremos que comprar la calesa y los caballos. Deberemos conducirla nosotros mismos, puesto que no hay nadie en quien podamos confiar en este caso. El profesor conoce muchas lenguas, de modo que podremos salir adelante sin demasiadas dificultades. Todos tenemos armas, e incluso me consiguieron a mí un revolver de cañón largo; Jonathan no se sentía tranquilo, a menos que fuera armada como el resto de ellos. Pero no puedo llevar un arma que llevan los demás; el estigma sobre mi frente me lo prohíbe. El querido doctor Van Helsing me consuela, diciéndome que estoy bien armada, puesto que es posible que encontremos lobos. El tiempo se está haciendo cada hora que pasa más frío y hay copos de nieve que flotan en el aire, como malos presagios.

Más tarde. Me armé de valor para decirle adiós a mi amado. Es posible que nunca volvamos a vernos. ¡Valor, Mina! El profesor te está mirando con gravedad. Su mirada es una advertencia. No debe haber lágrimas en este momento, a menos que Dios las deje caer por alegría.

Del diario de Jonathan Harker

30 de octubre, por la noche. Escribo esto a la luz de la caldera de la lancha de vapor. Lord Godalming está haciendo de fogonero. Tiene experiencia en el trabajo, puesto que durante muchos años tuvo su propia embarcación en el Támesis, y otra en Norfolk Broads.

Con respecto a nuestros planes, finalmente decidimos que las conjeturas de Mina eran pertinentes y que, si el conde había escogido una vía acuática para regresar a su castillo, debía tratarse necesariamente del río Sereth y del Bistritza. Supusimos que en algún lugar cerca del grado cuarenta y siete de latitud norte sería el escogido para atravesar el país entre el río y los Cárpatos. No tememos viajar a gran velocidad río arriba por la noche; hay abundante agua, y las riberas son lo suficientemente anchas como para poder navegar, hasta en la oscuridad, sin obstáculos. De tanto en tanto, lord Godalming me dice que descanse, ya que por el momento basta con que una persona se mantenga alerta. Pero no puedo dormir; ¿cómo podría con el terrible peligro que pesa sobre mi amada esposa y su futura intromisión en ese horrendo lugar! Mi único alivio es que estamos en las manos de Dios. Sólo por esa fe sería más fácil morir que vivir, y de esa manera desprenderse de todos los problemas. El señor Morris y el doctor Seward partieron para llevar a cabo su larga travesía a caballo antes que nosotros; deben permanecer a orillas del río, lo suficientemente lejos como para estar en tierras altas, desde donde puedan ver un buen trecho del río y evitar seguir sus curvas. Ellos tienen, para las primeras etapas, dos hombres para montar y guiar a los caballos de reserva; cuatro en total, como para no despertar curiosidad. Cuando despidan a los hombres, lo que sucederá en poco tiempo, ellos mismos cuidarán de los caballos. Puede que sea necesario que juntemos nuestras fuerzas; y en ese caso todos podremos montar a caballo. Una de las monturas tiene un asta móvil, y puede adaptarse con facilidad para Mina, si fuese necesario.

Hemos emprendido una aventura terrible. Aquí, mientras avanzamos en medio de la oscuridad, sintiendo la frialdad del río que parece levantarse para golpearnos, rodeados de todas las voces misteriosas de la noche, vemos todo claramente. Parecemos ir hacia lugares desconocidos, por rutas desconocidas, y entrar en un mundo nuevo de objetos oscuros y terribles. Godalming está cerrando la puerta de la caldera...

31 de octubre. Seguimos avanzando con prisa. Se ha hecho de día, y Godalming está durmiendo. Yo estoy de guardia. Es una mañana muy fría y, a pesar de que llevamos abrigados sacos de piel, el calor de la caldera es reconfortante. Hasta el momento nos hemos cruzado con algunos botes abiertos, pero ninguno de ellos llevaba a bordo una caja o paquete o algo del tamaño de la que estábamos buscando. Los hombres se asustaban cada vez que nosotros los alumbrábamos con nuestra lámpara eléctrica, y se arrodillaban y rezaban.

1º de noviembre, **por la noche**. Sin novedades en todo el día; no hemos encontrado nada del tipo que buscábamos. Ya hemos ingresado al Bistritza, y si estamos equivocados en nuestra suposición, hemos perdido nuestra oportunidad. Hemos examinado detenidamente cada embarcación, grande y pequeña. Temprano esta mañana, la tripulación de una de ellas nos confundió por un bote del gobierno, y nos dio un trato preferencial. Vimos en ello, en cierto modo, que las cosas mejoraban, por eso en Fundu, donde el Biritza desagua en el Sereth, conseguimos un bandera rumana que ahora llevamos en la proa. Este truco ha tenido éxito en todos los botes que hemos encontrado a continuación; todos nos han mostrado una gran deferencia y nadie ha objetado nada sobre lo que deseábamos inspeccionar o preguntar. En Fundu no logramos noticias sobre ningún barco semejante, de modo que debió pasar por allí de noche. Siento mucho sueño; el frío me está afectando quizá, y la naturaleza necesita reposar de vez en cuando. Godalming insiste en que él se encargará del primer cuarto de guardia. Dios lo bendiga por todas sus bondades para con Mina y conmigo.

2 de noviembre, por la mañana. Es un día muy claro. Mi buen amigo no quiso despertarme. Dijo que hubiera considerado eso como un pecado, ya que yo dormía pacíficamente y, por el momento, dejaba de lado todas mis penas. Me pareció algo desconsiderado el haber dormido tanto tiempo y dejar que él velara durante toda la noche, pero estaba en lo cierto. Soy un hombre nuevo esta mañana; y aquí sentado, vigilando su sueño, puedo

hacer todo lo necesario referido al motor, timonaje y guardia. Puedo sentir que mis fuerzas y energías están volviendo a mi cuerpo. Me pregunto dónde estará Mina en este momento, y Van Helsing. Deben haber llegado a Veresti cerca del mediodía del miércoles. Les debió llevar cierto tiempo conseguir el carruaje y los caballos; por consiguiente, si ya hubieran partido y viajado con rapidez, deberían estar cerca del Paso del Borgo en estos momentos. ¡Que Dios los guíe y los ayude! Temo pensar lo que les pueda suceder. ¡Si tan solo pudiésemos ir más rápido! Pero no podemos, los motores están a todo vapor. Me pregunto cómo estarán el doctor Seward y el señor Morris. Parece haber interminables torrentes que bajan de las montañas hasta el río, pero como ninguno de ellos es demasiado ancho..., en este momento cuando menos, aun cuando sean indudablemente terribles en invierno y cuando se derrite la nieve, los jinetes no encontrarán grandes dificultades para cruzarlos. Espero alcanzar a verlos antes de llegar a Strasba, puesto que si para entonces no hemos atrapado al conde, quizá será preciso que nos reunamos para decidir cuál será el siguiente paso.

Del diario del doctor Seward

2 de noviembre. Llevamos tres días galopando. No hay nada nuevo y, de todos modos, no hubiera tenido tiempo para escribir nada, en caso de que hubiera habido algo.

Solamente tomamos los descansos necesarios para los caballos, pero los dos lo estamos soportando de maravilla. Aquellos días nuestros de aventuras nos están resultando muy útiles. Debemos seguir adelante, no nos sentiremos complacidos sino hasta que avistemos la lancha nuevamente.

3 de noviembre. Oímos en Fundu que la lancha se había internado en el Bistritza. Deseo que no haga tanto frío allí. Hay signos de que va a nevar, y si nieva mucho, nos detendrá. En tal caso, deberemos conseguir un trineo para continuar, al estilo ruso.

4 de noviembre. Hoy tuvimos noticias de que la lancha había sido demorada por un accidente, al tratar de sortear los rápidos. Las embarcaciones eslovacas lo hacen bien, con la ayuda de una cuerda y con conocimiento de manejo. Algunas de ellas se dirigieron río arriba, sólo unas horas antes. Godalming es un reparador aficionado, y evidentemente, fue él quien puso la lancha en marcha otra vez. Finalmente, consiguieron cruzar los rápidos, con ayuda de los habitantes, y acaban de emprender la marcha, descansados. Temo que la lancha no mejoró mucho con el accidente; los campesinos nos informaron que después de que volvió nuevamente a aguas tranquilas, seguía deteniéndose de vez en cuando, mientras permaneció a la vista. Debemos avanzar con mayor brío que nunca; es posible que pronto necesiten nuestra ayuda.

Del diario de Mina Harker

31 de octubre. Al mediodía llegamos a Veresti. El profesor me dice que esta mañana, al amanecer, pudo hipnotizarme tras un largo esfuerzo. Todo lo que pude decir fue "oscuro y tranquilo". Ahora está fuera, comprando una calesa y caballos; dice que más tarde tratará de comprar más caballos, de manera que podamos cambiarlos en el camino. Tenemos algo más de setenta millas por recorrer. El paisaje es encantador, y de lo más interesante; si tan sólo estuviésemos en otras condiciones, ¡qué agradable sería admirar todo esto! ¡Si Jonathan y yo estuviésemos recorriéndolo solos, qué placentero sería! Detenernos y conocer personas, y aprender algo de sus vidas, y colmar nuestras mentes y memorias con todo el colorido y lo pintoresco de esta campiña salvaje y bella, y la gente tan peculiar... Pero ¡ay de mí!

Más tarde. El doctor Van Helsing ha regresado. Consiguió la calesa y los caballos; vamos a cenar, y emprenderemos el viaje dentro de una hora. La casera nos está preparando una enorme canasta de provisiones; parece ser suficiente para una compañía entera de soldados. El profesor la alienta, y me dice en voz baja que pasará casi una semana hasta que podamos conseguir buena

comida otra vez. Él ha ido de compras también, y ha traído un maravilloso lote de abrigos de piel y mantas, y toda clase de ropa que guarde el calor. No tendremos oportunidad de sentir frío.

Pronto debemos partir. Temo pensar en lo que pueda suceder con nosotros. Nos encontramos por completo en las manos de Dios. Sólo Él sabe lo que nos deparará el destino. Con toda la fuerza de mi apenada y humilde alma le ruego que cuide de mi amado esposo, que pase lo que pase Jonathan sepa que lo amé y lo honré más de lo que puedo decir, y que mi último y más verdadero pensamiento siempre será para él.

XXVII

Del diario de Mina Harker

1º de noviembre. Todo el día hemos viajado a buena velocidad. Los caballos parecen notar que los tratamos con bondad, ya que se muestran dispuestos a avanzar a buen paso. Hemos tenido algunos cambios y encontramos tan constantemente lo mismo, que nos sentimos animados a pensar que el viaje será fácil. El doctor Van Helsing se muestra lacónico; les dice a los granjeros que se apresura a ir a Bistritz y les paga bien por hacer un cambio de caballos. Nos dan sopa caliente, café o té, y salimos de inmediato. Es un paisaje encantador, lleno de bellezas de todos los tipos imaginables, y las personas son valerosas, fuertes y sencillas; parecen tener muchas cualidades hermosas. Son gente realmente muy supersticiosa. En la primera casa que paramos, cuando la mujer que nos atendía vio la marca en mi frente, se persignó y me hizo los cuernos con su mano, para evitar la mala suerte. Creo que hasta se tomaron el trabajo de agregar una cantidad extra de ajo a nuestra comida; y yo no puedo soportarlo. Desde ese entonces he tenido la precaución de no quitarme mi sombrero o velo, y de ese modo he evitado supersticiones. Estamos viajando rápido, y como no tenemos cochero que pueda contarnos rumores, nos mantenemos al margen de todo escándalo; pero diría que el miedo al mal de ojo nos seguirá por todo el camino. El profesor parece no sufrir el cansancio; no ha descansado en todo el día; a pesar de que me obligó a dormir por un largo rato. En el momento de la puesta del sol me hipnotizó, y dice que respondí lo habitual: "Oscuridad, agua correr y madera crujir", de manera tal que nuestro enemigo todavía está en el río. Tengo miedo de pensar en Jonathan, pero en cierto modo no temo por él, ni por mí. Escribo esto mientras espero en una granja para que nos cambien los caballos. El doctor Van Helsing está durmiendo. Pobre buen hombre, se ve tan cansado y viejo y gris, pero su boca parece tan firme como la de un conquistador aun en su sueño tiene

el instinto de la resolución. Cuando partamos lo obligaré a dormir, mientras conduzco. Le diré que tenemos varios días por delante, y que no deberá flaquear cuando toda su fuerza le sea requerida... Todo está listo. Pronto partiremos.

2 de noviembre, por la mañana. Tuve éxito y tomamos turnos para conducir durante toda la noche; ahora ya es de día y el tiempo está claro a pesar de que hace frío.

Hay una extraña pesadez en el aire. Digo "pesadez" porque no encuentro una palabra mejor; quiero decir que nos oprime a ambos. Hace mucho frío y sólo nuestras pieles calientes nos permiten sentirnos cómodos. Al amanecer, Van Helsing me hipnotizó, dice que contesté: "Oscuridad, roces de madera y agua rugiente", de manera que el río está cambiando a medida que ascienden. Lo único que deseo es que mi amado no corra ningún peligro, por lo menos no más de lo necesario. Estamos en manos de Dios.

2 de noviembre, por la noche. Viajamos durante todo el día. El paisaje se hace cada vez más salvaje a medida que avanzamos, y las grandes estibaciones de los Cárpatos, que en Veresti parecían tan lejanos en el horizonte, ahora parecen rodearnos y erguirse delante nuestro. Ambos estamos de buen ánimo; creo que cada uno de nosotros hace un esfuerzo por alegrar al otro, y en ese caso nos confortamos mutuamente. El doctor Van Helsing dice que para la mañana llegaremos al Paso del Borro. Aquí ya hay pocas casas, y el profesor dice que los últimos caballos que conseguimos tendrán que seguir con nosotros, ya que no tendremos oportunidad de cambiarlos. Consiguió dos adicionales a los dos que cambiamos, por eso ahora tenemos cuatro. Los pobres caballos son pacientes y buenos, y no nos dan trabajo. No nos preocupamos por otros viajeros, y entonces hasta yo puedo conducir. Llegaremos al Paso de día; no queremos llegar antes. Por eso vamos con calma y ambos nos turnamos para tomar un largo descanso. ¡Oh!, ¿qué nos deparará el mañana? Vamos hacia el lugar en donde mi pobre esposo sufrió tanto. Dios nos permita llegar bien hasta allí y que Él se digne cuidar a mi esposo y a los que nos son queridos, que se

encuentran en un peligro tan mortal. En cuanto a mí, no soy digna de Él. ¡Ay! ¡No estoy limpia ante sus ojos, y así permaneceré hasta que Él se digne permitirme estar ante su presencia, como uno de los que no han provocado su ira!

Memorandum de Abraham Van Helsing

4 de noviembre. Esto es para mi antiguo y sincero amigo, el doctor John Seward, de Purefleet, Londres, en caso de que no lo pueda volver a ver. Es posible que aclare. Es de mañana, y escribo junto al fuego que mantuve con vida durante toda la noche, con la ayuda de la señora Mina.

Hace frío; mucho frío. Tanto, que el cielo gris y pesado está lleno de nieve que, cuando caiga, permanecerá durante todo el invierno, ya que la tierra se está endureciendo para recibirla. Parece haber afectado a la señora Mina. Ha tenido la cabeza tan pesada durante todo el día, que no parece ser la misma. ¡Duerme, duerme y sigue durmiendo! Ella, que es siempre tan vivaz, no ha hecho casi absolutamente nada en todo el día; hasta ha perdido el apetito. No hizo ninguna anotación en su diario, ella que tan fielmente había escrito en cada una de nuestras paradas. Algo me dice que no todo marcha bien. Sin embargo, esta noche está más vivaz. Su largo sueño del día la ha refrescado y restaurado, y ahora está tan dulce y despierta como siempre. Traté de hipnotizarla al amanecer, pero sin obtener ningún resultado positivo. El poder ha ido disminuyendo continuamente, día a día, y esta noche me falló por completo. Bueno, ¡que se haga la voluntad de Dios...! ¡Cualquiera que sea y adondequiera que nos lleve! Ahora, pasemos a lo histórico; ya que la señora Mina no escribió en su diario, debo, en mi laborioso lenguaje antiguo, hacerlo, de manera que ningún día que pasamos quede sin ser registrado.

Llegamos al Paso del Borgo ayer por la mañana, justo después de la salida del sol.

Cuando vi los signos del amanecer me preparé para el hipnotismo. Detuvimos nuestro carruaje, y descendimos de él para evitar

posibles molestias. Hice como un sofá con las pieles, y la señora Mina, recostada, se entregó al sueño hipnótico como siempre, pero con más lentitud y por un tiempo más corto. Como antes, vino la respuesta, "Oscuridad y el ruido del agua". Luego se despertó, brillante y radiante, y retomamos nuestro camino y pronto llegamos al Paso. En este momento y lugar despertó en ella un fervoroso entusiasmo, algún nuevo poder de guía se manifestó en ella, ya que señaló un camino y dijo:

–Este es el camino.

–¿Cómo lo sabe? –le pregunté.

–Por supuesto que lo sé –dijo ella y después de una pausa agregó–: ¿Acaso mi Jonathan no ha viajado y escrito sobre su viaje?

En un principio, pensé que era algo extraño, pero pronto vi que sólo podía existir un camino semejante. Es muy poco utilizado, y sumamente diferente del camino real que conduce de Bucovina a Bistritz, que es más amplio y duro y más utilizado.

De manera que tomamos ese camino. Encontramos otros caminos (no siempre estábamos seguros de que fueran verdaderos caminos, ya que estaban descuidados y cubiertos de una capa ligera de nieve). Los caballos sabían y solamente ellos. Les dejaba las riendas sueltas y los animales continuaban pacientemente. Una detrás de otra, encontramos todas las cosas que Jonathan anotó en el maravilloso diario que escribió.

Luego, proseguimos, durante largas y prolongadas horas. En un principio, le dije a la señora Mina que durmiera; lo intentó y logró hacerlo. Durmió todo el tiempo hasta que, por fin, sentí que las sospechas crecían en mí e intenté despertarla, pero ella continuó durmiendo y no logré despertarla a pesar de que lo intenté. No quise hacerlo con demasiada fuerza por no dañarla, ya que yo sé que ha sufrido mucho y que el sueño, en ocasiones, puede ser muy conveniente para ella. Creo que yo me adormecí, porque, de pronto, me sentí culpable, como si hubiera hecho algo indebido. Me encontré erguido, con las riendas en la mano, y los buenos caballos cabalgando despacio, cabalgando como siempre. Eché un vistazo y vi que la señora Harker continuaba dormida. No falta mucho para la puesta del sol, y la luz del sol cae como un torrente amarillo sobre la

nieve, y nuestras sombras, grandes y largas, se proyectan sobre las montañas que se elevan verticalmente. Estamos ascendiendo, y todo es tan agreste y rocoso, como si fuera el fin del mundo.

Entonces llamé a la señora Mina. Esta vez ella despertó sin mayor dificultad, y traté de hipnotizarla. Pero no entró en trance, era como si yo no estuviese allí. Lo intenté una y otra vez, hasta que de repente nos encontramos inmersos en la oscuridad. Miré a mi alrededor, y me di cuenta de que el sol ya se había escondido. La señora Mina se rió; me volví hacia ella y la miré. Estaba casi despierta, y lucía tan bien como nunca la había vuelto a ver desde aquella noche en Carfax cuando por primera vez ingresamos a la casa del conde. Me sentía asombrado e intranquilo, pero ella estaba tan radiante, dulce y bien predispuesta conmigo que olvidé todo temor. Encendí un fuego, ya que hemos traído una buena provisión de leños con nosotros, y ella preparó comida mientras yo desataba los caballos y los ponía al reparo, para que se alimentaran. Luego, cuando regresé a la fogata, ella tenía mi cena lista. Me dispuse a ayudarla, pero sonrió y me dijo que ella ya había comido, que tenía tanta hambre que no podía esperar. Eso no me gustó, tenía mis serias dudas de que así fuera; pero temí decírselo, y por eso callé. Ella me sirvió y comí solo; luego nos envolvimos en las pieles y nos recostamos al lado del fuego. Le dije que se durmiera mientras yo montaba guardia. Pero de pronto me olvidé de la guardia, y cuando de repente recordé que era mi turno, la encontré tendida, inmóvil, pero despierta, y mirándome con ojos excesivamente brillantes. Una y dos veces más sucedió lo mismo, pero pude dormir hasta la mañana. Cuando desperté, traté de hipnotizarla, pero no, a pesar de que cerraba sus ojos en obediencia, ella no se dormía. El sol salió y se elevó cada vez más; y entonces el sueño apareció demasiado tarde, pero tan profundo que no se despertó. Tuve que levantarla y colocarla, dormida, en la calesa, una vez que coloqué en varas a los caballos y lo preparé todo. La señora continúa dormida y su rostro parece más saludable y sonrosado que antes, y eso no me gusta. ¡Tengo miedo, mucho miedo!

Todas las cosas me dan temor, Incluso pensar. Sin embargo, debo continuar mi camino. El juego en el que participamos es de vida o

muerte, o más que eso aún, y no debemos dudar un instante.

5 de noviembre, por la mañana. Permítaseme ser exacto en todo, puesto que, aunque usted y yo hemos visto juntos cosas extrañas, puede comenzar a pensar que yo, Van Helsing, estoy loco; que los muchos horrores y las tensiones tan prolongadas sobre mi sistema nervioso han logrado al fin trastornar mi cerebro. Viajamos todo el día de ayer, acercándonos cada vez más a las montañas y recorriendo un terreno cada vez más agreste y desierto. Hay precipicios gigantescos y amenazadores, muchas cascadas, y la naturaleza parece haber realizado en alguna época su carnaval. La señora Mina continuaba durmiendo y durmiendo, y a pesar de que tenía hambre y la aplaqué, no logré despertarla ni siquiera por la comida. Comencé a temer que el hechizo fatal del lugar la había capturado, infectada como está por el bautismo del Vampiro. "Bien" me dije a mí mismo, "si duerme todo el día, tampoco podré dormir por la noche". Mientras viajábamos por el camino áspero, por ese camino viejo e imperfecto, bajé mi cabeza y me dormí. Nuevamente me desperté con un sentimiento de culpa y de tiempo transcurrido, y encontré que la señora Mina todavía estaba durmiendo, y el sol descendiendo. Pero todo había cambiado: las montañas y precipicios parecían estar a lo lejos, y nos encontrábamos cerca de la cima de una colina de pronunciada pendiente, en cuya cumbre se divisaba el castillo que Jonathan había mencionado en su diario. De repente sentí júbilo y temor, ya que ahora, para bien o para mal, el final estaba cerca. Desperté a la señora Mina, y una vez más traté de hipnotizarla, pero ¡no! ya era demasiado tarde. Entonces, la gran oscuridad cayó sobre nosotros; porque aún después del atardecer los cielos reflejan sobre la nieve el sol ya oculto, y todo estaba inmerso en una gran penumbra. Desenganché los caballos y los alimenté en el refugio que pude encontrar. Luego encendí un fuego; y cerca de éste hice que la señora Mina, ahora despierta y más encantadora que nunca, se sentara confortablemente entre sus mantas. Preparé comida; pero ella no la comió, pues dijo simplemente que no tenía hambre. No la presioné, sabiendo que no lo deseaba. Pero yo sí comí, pues debo estar fuerte por todos.

Entonces, inmerso en el miedo de lo que pudiera suceder, tracé un gran círculo lo suficientemente grande como para que estuviese cómoda alrededor de donde estaba sentada la señora Mina; y sobre este círculo, desparramé la Sagrada Hostia en porciones tan ínfimas a fin de que todo permaneciera a salvo. Ella se mantuvo inmóvil todo el tiempo, tan inmóvil como si estuviese muerta; y comenzó a ponerse cada vez más pálida hasta alcanzar los pálidos tonos de la nieve, y no mencionó una sola palabra. Pero cuando me acerqué, me abrazó, y pude sentir que la pobre alma le temblaba de la cabeza a los pies, con una conmoción que causaba dolor sentir. Le dije en ese momento, una vez que se había calmado algo:

–¿No se va a acercar usted al fuego?

Lo que yo quería era probar lo que podía hacer. Se levantó obedientemente, pero después de dar un paso se detuvo, y se quedo de pie, paralizada.

–¿Por qué no avanza? –le pregunté.

Ella negó con su cabeza y, regresando, se sentó en su lugar. Entonces, mirándome con ojos bien abiertos, como los de una persona que acaba de despertar de un sueño, dijo simplemente:

–¡No puedo! –y permaneció en silencio.

Me regocijé al saberlo, pues sabiendo que ella no podía pasar, nadie de aquellos a los que temíamos podría hacerlo. A pesar de que su cuerpo podría estar en peligro, ¡al menos su alma estaría a salvo!

En ese momento, los caballos comenzaron a relinchar y a tirar de sus riendas hasta que me acerqué y los calmé. Cuando sintieron mis manos sobre ellos, relincharon en tono bajo como de alegría, y me lamieron las manos y permanecieron tranquilos por un instante. Varias veces durante la noche me acerqué a ellos hasta que llegó la hora fría en que la naturaleza se encuentra en su punto más bajo, y cada vez que me acercaba se calmaban. Con la llegada de la hora más fría, el fuego comenzó a extinguirse, y estuve a punto de pararme para avivarlo, ya que la nieve caía con más fuerza y con ésta una neblina fría. Aún en la oscuridad había una luz de cierto tipo, como la que siempre hay sobre la nieve; y parecía como si los copos de nieve y la niebla tomaran forma de mujeres con vestimentas de cola. Había un silencio como de muerte; terrorífico,

solo los caballos relinchaban y se agazapaban, como presintiendo lo peor. Comencé a sentir miedo, miedos horribles, pero entonces me invadió el sentimiento de seguridad que emanaba del círculo en el cual estaba parado. También comencé a pensar que todo se debía a mi imaginación, alimentada por la noche y la tenebrosidad y el poco descanso que había tenido y la terrible ansiedad. Era como si las memorias de la horrible experiencia de Jonathan estuvieran engañándome; pues los copos de nieve y la niebla comenzaron a rodearme, hasta que pude materializar una visión como fantasmal de aquellas mujeres que lo habían besado. Y entonces los caballos se agazapaban cada vez más, y gemían aterrorizados como lo hacen los hombres sumidos en el dolor. Fueron presa de la locura del terror, de manera que podían escapar. Temí por mi querida señora Mina cuando esas figuras sobrenaturales se acercaron y nos rodearon. La miré, pero ella permanecía sentada, calma, y me sonrió; cuando me acerqué al fuego para alimentarlo, ella me agarró y me retuvo, y me susurró, como con una voz de ensueño, tan tenue era:

–¡No! ¡No! No salga de aquí. ¡Aquí está seguro!

Me volví hacia ella, y mirándola a los ojos, le dije:

–¿Pero, usted? ¡Es por usted por quien temo! –al oír esto se largó a reír, con una risa suave e irreal, y dijo:

–¡Usted teme por mí! ¿Por qué temer por mí? No hay nadie más seguro en todo el mundo de ellos que yo.

Y mientras reflexionaba sobre el significado de sus palabras, una ráfaga de viento hizo que la llama se elevara, y vi la roja cicatriz sobre su frente. Entonces sí lo comprendí. Y si no lo hubiera comprendido en ese momento, pronto lo hubiera hecho, pues las movedizas figuras de niebla y nieve se acercaron, pero siempre manteniéndose apartadas del círculo sagrado. Entonces, comenzaron a materializarse, hasta –si Dios no me ha quitado la razón, pues lo vi con mis propios ojos– que estuvieron ante mí, en carne y hueso, las mismas tres mujeres que Jonathan vio en la habitación, cuando trataron de besarle el cuello. Conocía esas formas que giraban, los ojos brillantes y de mirada dura, los blancos dientes, el color rosado, los labios voluptuosos. Le sonreían hasta a la pobre señora Mina; y

al tiempo que su risa se propagaba por el silencio de la noche, ellas agitaron sus brazos y la señalaban, y decían en aquellos tonos resonantes y dulces que Jonathan había descripto como la dulzura intolerable de las copas de cristal:

–Ven, hermana. Ven a nosotras. ¡Ven! ¡Ven!

Lleno de temor, me volví hacia mi pobre señora Mina y mi corazón se elevó como una llama, lleno de gozo, porque, ¡oh!, el terror que se reflejaba en sus dulces ojos y la repulsión y el horror, hacían comprender a mi corazón que aún había esperanzas, ¡gracias sean dadas a Dios porque no era aún una de ellas! Cogí uno de los leños de la fogata, que estaba cerca de mí, y, sosteniendo parte de la Hostia, avancé hacia ellas. Se alejaron de mí y se rieron a carcajadas, de manera ronca y horrible. Alimenté el fuego y no les tuve miedo, porque sabía que estábamos seguros dentro de nuestro círculo protector. No podían acercárseme, mientras estuviera armado en esa forma, ni a la señora Mina, en tanto permaneciera dentro del círculo, que ella no podía abandonar, y en el que las otras no podían entrar. Los caballos habían dejado de gemir y permanecían inmóviles echados en el suelo. La nieve caía suavemente sobre ellos, hasta que se pusieron blancos. Supe que, para los pobres animales, no existía un terror mayor.

Permanecimos así hasta que el rojo color del amanecer comenzó a vislumbrarse en medio de la nieve sombría. Me sentía desolado y temeroso, lleno de presentimientos y terrores, pero cuando el hermoso sol comenzó a ascender por el horizonte, la vida volvió a mí. Al aparecer el alba, las figuras horribles se derritieron en medio de la niebla y la nieve que giraba; las capas de neblina transparente se alejaron hacia el castillo y se perdieron. Instintivamente, al llegar la aurora, me volví hacia la señora Mina, para tratar de hipnotizarla, pero vi que se había quedado repentina y profundamente dormida, y no pude despertarla. Traté de hipnotizarla dormida, pero no me dio ninguna respuesta en absoluto, y el sol salió. Tengo todavía miedo de moverme. He hecho fuego y he ido a ver a los caballos. Todos están muertos. Hoy tengo mucho que hacer aquí y espero hasta que el sol se encuentre ya muy alto, porque puede haber lugares a

donde tengo que ir, en los que ese sol, aunque oscurecido por la nieve y la niebla, será para mí una seguridad.

Voy a fortalecerme con el desayuno, y después, voy a ocuparme de mi terrible trabajo. La señora Mina duerme todavía y, ¡gracias a Dios!, duerme tranquila su sueño.

Del diario de Jonathan Harker

4 de noviembre, por la noche. El accidente de la lancha fue terrible para nosotros. De no haber sucedido, hubiéramos atrapado el bote desde hace mucho tiempo, y para este momento mi querida Mina estaría libre. Temo pensar en ella, lejos del mundo, en aquel horrible lugar. Hemos conseguido caballos, y seguimos por el camino. Escribo esto mientras Godalming se prepara. Tenemos preparadas nuestras armas y los zíngaros tendrán que tener cuidado si es que desean pelear. ¡Si Morris y Seward estuvieran con nosotros! ¡Sólo nos queda esperar! ¡Si no vuelvo a escribir, adiós, Mina! ¡Que Dios te bendiga y te guarde!

Del diario del doctor Seward

5 de noviembre. Al amanecer divisamos al grupo de zíngaros delante de nosotros, alejándose del río, en sus carretas. Se reúnen en torno a ellas y se desplazan con prisa, como si estuvieran siendo perseguidos. La nieve cae lentamente y hay una enorme tensión en la atmósfera. Es posible que se trate solamente de nuestros sentimientos, pero la impresión es extraña. Desde lejos llega el aullido de los lobos; la nieve los hace bajar de las montañas y el peligro para todos es grande y procede de todos lados. Los caballos están casi preparados, de modo que iniciamos la marcha de inmediato. Nos dirigimos hacia la muerte de alguien. Sólo Dios sabe de quién o dónde, o qué, o cuándo, o cómo puede suceder.

Memorandum del doctor Van Helsing

5 de noviembre, por la tarde. Aunque sea estoy cuerdo. Gracias a Dios por su misericordia en medio de tantos sucesos, aunque hayan resultado una prueba terrible.

Cuando dejé a la señora Mina dormida en el interior del círculo sagrado, me encaminé hacia el castillo. El martillo de herrero que llevaba en la calesa desde Veresti me ha sido útil; si bien las puertas estaban abiertas, las hice salir de sus goznes oxidados, para evitar que algún intento maligno o la mala suerte pudieran cerrarlas de tal modo que una vez dentro no pudiera volver a salir. Son útiles las amargas experiencias de Jonathan.

Recordando su diario, encuentro el camino hacia la vieja capilla, ya que sé que es allí donde voy a tener que trabajar. La atmósfera era sofocante; parecía que había en ella algún ácido sulfuroso que, a veces, me atontó un poco. O bien oía un rugido, o me llegaban distorsionados los aullidos de los lobos. Entonces, me acordé de mi querida señora Mina y me encontré en medio de un terrible dilema.

No quise traerla a este espantoso lugar; la he dejado a salvo de los vampiros en el círculo sagrado. Sin embargo, ¡los lobos la podían poner en peligro! Resolví que tenía que hacer el principal trabajo en el castillo, y que con respecto a los lobos deberíamos someternos a la voluntad de Dios. De todos modos, eso significaría sólo la muerte y la libertad. Así es que me decidí por ella. Si la elección hubiera sido por mí, no me hubiera sido difícil decidirme; ¡era mil veces mejor encontrarse en medio de una jauría de lobos que en la tumba del vampiro! Por consiguiente, decidí continuar mi trabajo.

Sabía que por lo menos tenía que encontrar tres tumbas habitadas, por eso busqué hasta que encontré una de ellas. Ella yacía en su sueño de vampiresa, tan llena de vida y belleza voluptuosa que me estremecí como si estuviese a punto de cometer un crimen. ¡Ah!, no me extraña que en los viejos tiempos, cuando un hombre era el encargado de realizar una labor como la mía, al final su corazón le fallara, y también su temple. Por eso se demoraba y se demoraba hasta que la belleza misma y la fascinación de la sensual no-muerta lo hipnotizaba; de modo que se quedaba allí, hasta que llegaba el ocaso y el sueño de la vampiresa cesaba. Entonces, los bellos ojos de la hermosa mujer se abrían e irradiaban amor, y los labios

voluptuosos se disponían a besar... y el hombre es débil. Así había una víctima más en la cuenta de la vampiresa; ¡uno más para abultar las siniestras y espantosas filas de los no-muertos!

Con seguridad que existe cierta fascinación, pues me moviliza la mera presencia de tal mujer, aun cuando esté acostada en una tumba consumida por los años y cubierta por el polvo de cientos de siglos, a pesar de que se percibía ese horrible olor similar al de la madriguera del conde. Sí, estaba conmovido. Yo, Van Helsing, con todo mi propósito y mi motivo para sentir odio, me conmovía y sentía la necesidad de una demora que paralizaba mis facultades y obstaculizaba mi alma. Quizás pudo ser que la necesidad de sueño natural y la extraña opresión del aire estaban comenzando a superarme. Ciertamente estaba entregándome al sueño, el sueño con ojos abiertos de alguien que se entrega a una dulce fascinación, cuando llegó, a través del aire inmóvil y cargado de nieve, un prolongado y grave gemido, tan lleno de aflicción y pena que me despertó como el sonido de un clarín. Pues era la voz de mi querida señora Mina la que escuché.

Luego me dediqué a mi horrible tarea y descubrí, levantando las losas de las tumbas, a otra de las hermanas, la otra morena. No me detuve a mirarla, como lo había hecho con su hermana, por miedo de quedar fascinado otra vez; continúo buscando hasta que, de pronto, descubro en una gran tumba que debió ser construida para una mujer muy amada, a la otra hermana, a la que, como mi amigo Jonathan, he visto materializarse de la niebla. Era tan agradable de contemplar, de una belleza tan radiante y tan exquisitamente voluptuosa, que el mismo instinto de hombre en mí, que exigía parte de mi sexo para amar y proteger a una de ellas, hizo que mi cabeza girara con una nueva emoción. Pero, gracias a Dios, aquel lamento prolongado de mi querida señora Mina no había cesado todavía en mis oídos y, antes de que el hechizo pudiera afectarme otra vez, ya me había decidido a llevar a cabo mi terrible trabajo. Había registrado todas las tumbas de la capilla, según creo, y como solamente había habido cerca de nosotros, durante la noche, tres de esos fantasmas de no-muertas, supuse que no había más no-muertos activos que ellas. Había una gran tumba, más señorial que

todas las demás, enorme y de nobles proporciones. Sobre ella había escrita una sola palabra:

DRÁCULA

De modo que ésa era la tumba del Rey Vampiro, al que se debían tantos otros. Encontrarla vacía fue lo suficientemente elocuente como para asegurarme de lo que ya sabía. Antes de comenzar a restaurar a aquellas mujeres a su calidad de muertas verdaderas, por medio de mi horrible trabajo, dejé una parte de la hostia sagrada en la tumba de Drácula, para prohibirle la entrada y que permaneciera eternamente como no-muerto. Luego comenzó mi terrible tarea, que me producía pánico. Si sólo se hubiera tratado de una, en comparación hubiera sido más fácil. ¡Pero eran tres! Tenía que comenzar dos veces más después de haber cometido una obra de horror… Si ha sido terrible con la dulce señorita Lucy, ¿cómo no iba a serlo con estas mujeres desconocidas que habían sobrevivido a través de los siglos, y que han sido fortalecidas por el paso del tiempo, que pelearían, si pudiesen, por sus detestables vidas?

¡Oh, amigo John! fue un trabajo digno de un carnicero; si no hubiese sacado fuerzas al pensar en otros muertos y en aquellos vivos sobre los cuales pesaba tal manto de dolor, me hubiese resultado imposible continuar. No paro de temblar, ni siquiera ahora que todo ha concluido. Gracias a Dios, mi temple se mantuvo intacto. Si no hubiese visto la expresión de reposo en el primer rostro, y el gozo que lo invadió antes de que se produjera la disolución final, como muestra de que el alma había sido salvada, no hubiera podido seguir con mi carnicería. No hubiera podido soportar el horrible crujir de la estaca al penetrar, el retorcer del cuerpo estaqueado, y el sangrar de esos labios espumosos. Debí huir de allí aterrorizado y dejar mi trabajo inconcluso. ¡Pero ya ha concluido! Y por las pobres almas, puedo ahora sentir lástima y llorar, al pensar en ellas, durmiendo plácidamente su total sueño de muerte, un momento antes de desintegrarse. Ya que, amigo John, apenas había mi cuchillo cortado la cabeza de todas ellas, que el cuerpo todo comenzó a desvanecerse hasta convertirse en el polvo originario,

como si la muerte que se debía haber producido hacía cientos de años, se hubiera producido y dicho de una vez y a gritos "¡Aquí estoy!".

Antes de salir del castillo, cerré las puertas de tal modo, que nunca volviera a poder entrar el conde como no-muerto. Cuando entré en el círculo sagrado, en cuyo interior dormía la señora Mina, despertó y, al verme, me dijo llorando que yo había soportado ya demasiado.

–¡Vámonos! –dijo–. ¡Alejémonos de este horrible lugar! Vamos a salir al encuentro de mi esposo, que ya está en camino hacia nosotros. Lo sé.

Su semblante era frágil, pálido y débil, pero sus ojos se mostraron puros y brillaban con fervor. Me sentí feliz de ver su palidez y su aspecto enfermizo, ya que mi mente todavía se encontraba abrumada por el horror producido al ver aquel sueño de las mujeres vampiros. De manera que, con confianza y esperanza, todavía con temor, nos dirigimos hacia el Este a encontrarnos con nuestros amigos y con él, quien –según la señora Mina me dijo– estaba en camino.

Del diario de Mina Harker

6 de noviembre. La tarde estaba ya bastante avanzada cuando el profesor y yo nos dispusimos a emprender nuestro camino hacia el Este, desde donde yo sabía que Jonathan estaba viniendo. No íbamos a paso apresurado, a pesar de que el camino era cuesta abajo, ya que teníamos que cargar con mantas pesadas y abrigos; no queríamos ni siquiera tener la posibilidad de quedarnos sin eso en medio del frío y la nieve. Además, tuvimos que llevarnos parte de nuestras provisiones, ya que estábamos en una comarca absolutamente desolada y, en toda la extensión que abarcaba nuestra mirada, sobre la nieve, no se veía ningún lugar habitado. Cuando hubimos recorrido aproximadamente kilómetro y medio, me sentí cansada por la caminata y me senté un momento. Entonces, miramos atrás y vimos el lugar en que el altivo castillo de Drácula destacaba contra el cielo, debido a que estábamos en un lugar tan

bajo con respecto a la colina sobre la que se levantaba, que los Cárpatos se encontraban muy lejos detrás de él.

Lo contemplamos en toda su grandeza, casi pendiente sobre un precipicio enorme, y parecía que había una gran separación entre la cima y las otras montañas que lo rodeaban por todos lados. Desde la distancia alcanzamos a oír el aullido de los lobos. Estaban muy lejos, pero el sonido, aunque amortiguado por la nieve, era terrorífico. Por el modo en que el profesor Van Helsing estaba mirando a nuestro alrededor, comprendí que buscaba un punto estratégico en donde estaríamos menos expuestos en caso de ataque. El camino aún tenía una pendiente pronunciada y podíamos verlo a través de la nieve.

Pasado un momento, el profesor me hizo una seña, entonces me puse de pie y me acerqué a él. Había encontrado un lugar magnífico, una especie de hoyo en la roca, con una entrada como la de una puerta entre dos grandes piedras. Me tomó de la mano y me condujo hacia dentro.

–¡Vea! –dijo–, aquí estará a resguardo. Si los lobos se acercan, puedo vérmelas con ellos uno por uno.

Fue por nuestras pieles, las entró, y me preparó una cómoda morada para mí. Sacó algunas provisiones y me obligó a tomarlas. Pero no podía comer, e incluso el tratar de hacerlo me resultaba repulsivo; aunque me hubiera gustado mucho poder complacerlo, no pude hacerlo. Pareció muy entristecido. Sin embargo, no me hizo ningún reproche. Sacó su catalejo de su estuche y permaneció en la parte más alta de la roca, examinando cuidadosamente el horizonte. Repentinamente, gritó:

–¡Mire, señora Mina! ¡Mire!

Me puse en pie de un salto y trepé la roca, parándome a su lado; me ofreció el catalejo y señaló con el dedo. La nieve caía con mayor fuerza y giraba con furia a nuestro alrededor, debido a que se había desatado un viento muy fuerte. Sin embargo, por momentos la ventisca amainaba y lograba ver una gran extensión de terreno. Desde la altura en que nos encontrábamos, era posible ver a gran distancia y, a lo lejos, más allá de la blanca capa de nieve, el río que avanzaba formando meandros, como una cinta negra, justamente frente a nosotros y no muy lejos (de hecho, tan cerca que me

sorprendió que no los hubiéramos visto antes) avanzaba un grupo de hombres montados a caballo, que iban con mucha prisa. En medio de ellos llevaban una carreta, un vehículo largo que se bamboleaba de un lado a otro, como la cola de un perro, cuando pasaba sobre alguna desigualdad del terreno. En contraste con la nieve, tal y como aparecían, comprendí por sus ropas que debía tratarse de campesinos o de gitanos.

Sobre la carreta había una caja cuadrada. Mi corazón latió con fuerza cuando la vi, pues sentí que el final estaba cerca. Ya estaba por caer la tarde, y bien sabía que la Cosa que estaba encerrada en aquella caja, podría tomar una nueva libertad y, en una o varias formas, eludir toda persecución. Aterrorizada, me volví hacia el profesor, y vi, consternada, que no estaba a mi lado. Un instante después, lo divisé más abajo. Había trazado un círculo alrededor de la roca, como el que nos había servido de refugio la noche anterior. Habiendo terminado el círculo, se paró a mi lado y me dijo:

–¡Por lo menos usted aquí estará a salvo de él!

Me sacó el catalejo y barrió con su vista todo el territorio debajo nuestro.

–Vea –dijo–, vienen a gran velocidad, están azotando a los caballos y galopando tan rápido como pueden.

Hizo una pausa y continuó con su relato en un tono de voz hueco:

–Es el ocaso el que los obliga a llevar tanta prisa. Puede que lleguemos demasiado tarde. ¡Que se haga la voluntad del Señor!

Volvió a caer otro aflujo de nieve cegadora y todo el paraje se borró de nuestra vista. Sin embargo, pronto cesó, y una vez más, su catalejo se orientó hacia la llanura. Entonces, pronunció un repentino grito:

–¡Mire! ¡Dos jinetes los siguen a gran velocidad! ¡Vienen desde el Sur! ¡Deben ser Quincey y John! Tome el catalejo. ¡Mire antes de que la nieve se lo impida!

Tomé el catalejo. Los dos hombres podían ser el señor Morris y el doctor Seward. En todo caso, estuve segura de que ninguno de ellos era Jonathan. Al mismo tiempo, *sabía* que Jonathan no se encontraba lejos; mirando en torno mío, vi al norte del grupo que se acercaban otros dos hombres, que galopaban a toda la velocidad

que podían desarrollar sus monturas. Comprendí que uno de ellos era Jonathan y, por supuesto, supuse que el otro debía ser lord Godalming. Ellos también estaban persiguiendo al grupo de la carreta. Cuando se lo dije al profesor, saltó de alegría, como un escolar y, después de mirar atentamente, hasta que otra ventisca de nieve hizo que toda visión fuera imposible, preparó su Winchester, colocándolo sobre uno de los peñascos, preparado para disparar.

–Están convergiendo todos –dijo–. Cuando llegue el momento, tendremos gitanos por todos lados.

Saqué mi revólver y lo mantuve a punto de disparar, ya que, mientras hablábamos, el aullido de los lobos se había acercado. Cuando la tormenta de nieve se calmó un poco, volvimos a mirar. Era extraño ver la nieve que caía con tanta fuerza en el lugar en que nosotros nos encontrábamos y, un poco más allá, ver brillar el sol, cada vez con mayor intensidad, acercándose cada vez más a la línea de montañas. Al mirar en torno nuestro, pude ver manchas que se desplazaban sobre la nieve, solas, en parejas o en tríos y en grandes números... Los lobos se estaban reuniendo para atacar a sus presas. Mientras esperábamos, cada instante parecía una eternidad. El viento golpeaba ahora con fuerza, y la nieve caía con furia sobre nosotros, girando como en remolinos. En ciertos momentos no podíamos ver ni a la distancia de un brazo, pero en otros, al soplar el viento, parecía limpiar el aire que nos rodeaba de manera que podíamos ver a lo lejos. En los últimos tiempos estábamos tan acostumbrados a esperar los amaneceres y los ocasos, que sabíamos con total exactitud cuándo ocurrirían, sabíamos que en poco tiempo el sol se pondría.

Costaba creer que, según nuestros relojes, habíamos esperado por menos de una hora en este refugio rocoso, antes de que varios cuerpos comenzaran a converger en nuestra cercanía. El viento fue soplando cada vez con más fuerza, y más constantemente desde el Norte. Aparentemente había alejado las nubes de nieve de nosotros, pues sólo ocasionalmente la nieve caía. Pudimos distinguir con claridad a los individuos de cada grupo, los perseguidos y los perseguidores. Era bastante extraño que aquellos perseguidos no parecían darse cuenta, o al menos preocuparse, de que eran

perseguidos. Sin embargo, parecían redoblar la velocidad al tiempo que el sol descendía más y más por las cimas de las montañas.

Se iban acercando... El profesor y yo nos agazapamos detrás de una roca y mantuvimos nuestras armas preparadas para disparar. Comprendí que estaba firmemente determinado a no dejar que pasaran. Ninguno de ellos se había dado cuenta de nuestra presencia.

Repentinamente, dos voces gritaron con fuerza:

–¡Alto!

Una de ellas era la de mi Jonathan, que se elevaba en tono de pasión; la otra era la voz resuelta y de mando del señor Morris. Era posible que los gitanos no comprendieran la lengua, pero el tono en que fue pronunciada esa palabra no dejaba lugar a dudas, sin que importara en absoluto en qué lengua había sido dicha. Instintivamente detuvieron el paso y, en ese instante, lord Godalming y Jonathan corrieron hacia uno de los lados y el doctor Seward y el señor Morris hacia el otro. El líder de los gitanos, un hombre de espléndida apariencia, que montaba su caballo como un centauro, les hizo una seña como para retroceder, y con una voz feroz, dirigió a sus compañeros unas palabras para que procedieran. Azotaron a los caballos, éstos se abalanzaron, pero los cuatro hombres levantaron sus rifles Winchester, y de modo contundente, le ordenaron que se detuvieran. En ese mismo momento, el doctor Van Helsing y yo salimos detrás de la roca y les apuntamos con nuestras armas. Al ver que estaban rodeados, los hombres tiraron de las riendas. El líder se volvió hacia ellos y les dijo una palabra: al oírla, cada hombre del grupo de los gitanos sacó el arma que cargaba, cuchillo o pistola, y se alistó para atacar. Todos obedecieron al instante.

Con un rápido movimiento de sus riendas, el líder lanzó su caballo hacia el frente, dirigiéndose primeramente hacia el sol, que estaba ya muy cerca de las cimas de las montañas y, luego, hacia el castillo, diciendo algo que no pude comprender. Como respuesta, los cuatro hombres de nuestro grupo desmontaron de sus caballos y se lanzaron rápidamente hacia la carreta. Debía haberme sentido terriblemente aterrorizada al ver a Jonathan en un peligro tan

grande, pero el ardor de la batalla se había apoderado de mí, lo mismo que de todos los demás; no tenía miedo, sino un deseo salvaje y apremiante de hacer algo. Viendo el rápido movimiento de nuestros amigos, el líder de los gitanos dio una orden y sus hombres se formaron instantáneamente en torno a la carreta, en una formación un tanto indisciplinada, empujándose y estorbándose unos a otros, en su afán por ejecutar la orden con rapidez.

En medio de ellos, alcancé a ver a Jonathan que se abría paso por un lado hacia la carreta, mientras el señor Morris lo hacía por el otro. Era evidente que tenían prisa por llevar a cabo su tarea antes de que se pusiera el sol. Nada parecía detenerlos o interponerse en su camino. Ni las armas que les apuntaban ni los cuchillos de los gitanos que se encontraban frente a ellos, ni el aullido de los lobos, parecían llamar su atención. La impetuosidad de Jonathan y la singularidad manifiesta de su propósito, tendían a intimidar a aquéllos enfrente de él; puesto que instintivamente retrocedieron y le dieron paso. En un instante él ya había saltado encima de la carreta, y con una fortaleza que parecía increíble, levantó la gran caja y la lanzó al piso, sobre las ruedas. Mientras tanto, el señor Morris había tenido que utilizar su fuerza para abrir paso entre los zíngaros. Mientras observaba a Jonathan sin aliento, vi, por el rabillo del ojo, a Quincey que avanzaba desesperadamente, rodeado por los resplandecientes cuchillos de los gitanos, quienes lo hirieron. Él se defendió con su gran cuchillo de caza, y al principio pensé que había logrado resultar ileso; pero al saltar al lado de Jonathan, que para ese entonces ya había descendido de la carreta, pude ver que con su mano izquierda se tocaba su costado, y que la sangre estaba brotando por entre sus dedos. A pesar de esto no se detuvo, pues Jonathan, con una energía desesperante, atacó un lado del cajón, tratando de quitarle la tapa con su gran cuchillo kukri, y Quincey atacó el otro lado frenéticamente con su cuchillo de caza. Tras el esfuerzo de ambos hombres, la tapa cedió, los clavos cedieron con un sonido rápido y crujiente, y la tapa de la caja se cayó.

Para entonces, los gitanos, viéndose cubiertos por los Winchesters y a merced de lord Godalming y del doctor Seward, habían cedido y ya no presentaban ninguna resistencia. El sol estaba casi escondido

ya entre las cimas de las montañas y las sombras de todo el grupo se proyectaban sobre la tierra. Vi al conde que estaba tendido en la caja, sobre la tierra, parte de la cual había sido derramada sobre él, a causa de la violencia con que la caja había caído de la carreta. Estaba profundamente pálido, como una imagen de cera, y sus ojos rojos brillaban con la mirada vengadora y horrible que tan bien conocía yo.

Mientras yo lo observaba, los ojos vieron el sol que se hundía en el horizonte y su expresión de odio se convirtió en una de triunfo. Pero, en ese preciso instante, surcó el aire el terrible cuchillo de Jonathan. Grité al ver que cortaba la garganta del vampiro, mientras el puñal del señor Morris se clavaba en su corazón.

Fue como un milagro, pero ante nuestros propios ojos y casi en un abrir y cerrar de ojos, todo el cuerpo se convirtió en polvo, y desapareció. Estaré feliz durante toda mi vida porque pude ver, en ese preciso momento de disolución final, una expresión de paz en el rostro del conde, expresión que nunca imaginé que pudiese expresarse.

El castillo de Drácula ahora se elevaba contrastando con el cielo rojizo, y cada piedra de sus rotas fortalezas se articulaba contra la luz del sol poniente.

Los gitanos, considerándonos de alguna manera como la causa de la extraordinaria desaparición del hombre muerto, se dieron la vuelta, sin emitir palabra alguna, y se marcharon a todo galope como si temieran por sus vidas. Los que no montaban a caballo saltaron sobre la carreta y les gritaron a los jinetes que no los abandonaran. Los lobos, que ya se habían retirado a una distancia más segura, los siguieron, dejándonos solos.

El señor Morris, que había caído al piso, mantenía su mano presionada sobre su costado; la sangre todavía brotaba por entre sus dedos. Corrí hacia él, pues el círculo sagrado ya no me impedía abandonar su reparo; los dos doctores me siguieron. Jonathan se arrodilló detrás de él y el hombre herido apoyó la cabeza sobre su hombro. Con un suspiro y con un débil esfuerzo, tomó mi mano con aquella que no tenía restos de sangre. Debió haber visto la angustia de mi corazón reflejada en mi rostro, pues me sonrió y dijo:

–¡Estoy tan feliz de haber podido servir de algo! ¡Oh, Dios! –gritó de repente, tratando de incorporarse y señalando mi rostro–. ¡Vale la pena morir por esto! ¡Miren!

El sol estaba ya sobre los picos de las montañas y los rayos rojizos caían sobre mi rostro, de tal modo que estaba bañada en un resplandor rosado. Con un solo impulso, los hombres cayeron de rodillas y dijeron "Amén" con profunda emoción, al seguir con la mirada lo que Quincey señalaba. El moribundo habló otra vez:

–¡Gracias, Dios mío, porque todo esto no ha sido en vano! ¡Vean! ¡Ni la nieve está más limpia que su frente! ¡La maldición ha concluido!

Y, para nuestro dolor, con una sonrisa y en silencio, murió un valiente caballero.

Nota

Hace siete años, todos nosotros atravesamos las llamas. Por la felicidad que algunos de nosotros disfrutamos desde entonces, creo que bien vale la pena haber sufrido tanto. Para Mina y para mí es una alegría suplementaria el hecho de que el cumpleaños de nuestro hijo sea el mismo día en que murió Quincey Morris. Sé que su madre guarda la secreta creencia de que parte del espíritu de nuestro valeroso amigo ha pasado a él. Su conjunto de nombres une a todos los integrantes de aquella pequeña banda de hombres, pero lo llamamos Quincey.

Durante el verano de este año hicimos un viaje a Transilvania, recorriendo el terreno que para nosotros estaba y está tan lleno de terribles recuerdos. Nos resultó casi imposible creer que hubieran existido las cosas que habíamos visto con nuestros propios ojos y oído con nuestros oídos. Todo rastro de aquéllo ha desaparecido por completo. El castillo permanece como antes, elevándose ante un paisaje lleno de desolación.

Cuando volvimos a casa hablamos de los viejos tiempos. Podíamos recordar sin sentir pena, puesto que tanto Godalming como Seward son felices en sus matrimonios. Tomé los papeles de la caja de

seguridad que habían permanecido allí desde nuestro regreso, hace ya tanto tiempo. Nos sorprendimos ante el hecho de que, entre tanto material que forma parte de nuestros registros, no existe la unidad en un auténtico documento, sino que se trata de un conjunto de notas mecanografiadas, excepto las últimas apuntadas por Mina, por Seward y por mí mismo, así como el memorandum de Van Helsing. Incluso aunque lo deseáramos, no podríamos pedirle a nadie que acepte ese montón de papeles como prueba de una historia tan terrible. Van Helsing resumió todo cuando dijo, teniendo a nuestro hijito sobre sus rodillas:

–No queremos pruebas. ¡No le pedimos a nadie que nos crea! Este niño algún día sabrá qué valiente y extraordinaria mujer es su madre. Ahora conoce su dulzura y su cariño; más adelante, comprenderá cómo la amaban algunos hombres que tanto arriesgaron por su bien.

JONATHAN HARKER

Apéndice

El invitado de Drácula*

Cuando iniciamos nuestro paseo, el sol brillaba con intensidad sobre Munich y el aire estaba colmado de la alegría propia de comienzos del verano. En el preciso momento en que nos disponíamos a partir, Herr Delbrück –el *maitre* del hotel *Quatre Saisons*, donde me alojaba– bajó hasta el carruaje sin detenerse a ponerse el sombrero. Luego de desearme un placentero paseo, le dijo al cochero, sin apartar la mano de la manija de la puerta del coche:

–No olvide estar de regreso antes de la puesta del sol. El cielo parece claro, pero se nota un frescor en el viento del Norte que me dice que puede haber una tormenta en cualquier momento. Pero estoy seguro de que no se retrasará –sonrió– pues ya sabe qué noche es.

Johann le contestó con un enfático:

–Ja, *mein Herr*.

Y, llevándose la mano al sombrero, se dio prisa en partir.

Una vez que salimos de la ciudad y tras indicarle que se detuviera, pregunté:

–Dígame, Johann, ¿qué noche es hoy?

Se persignó al tiempo que contestaba lacónicamente:

–*Walpurgis Nacht.*

A continuación sacó su reloj, un grande y viejo instrumento alemán de plata, tan grande como un nabo, y lo contempló con las cejas juntas y un pequeño e impaciente encogimiento de hombros. Noté que aquélla era su forma de protestar respetuosamente contra el innecesario retraso y me volví a recostar en el asiento, haciéndole señas de que continuara.

Reanudó la marcha a buen paso, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. De vez en cuando, los caballos parecían alzar sus cabezas y olisquear el aire con desconfianza. Cuando eso sucedía, yo

miraba alrededor, alarmado. El camino era totalmente anodino, pues estábamos atravesando una especie de alta meseta barrida por el viento. Mientras viajábamos, vi un camino que parecía muy poco usado y que aparentemente se hundía en un valle pequeño y serpenteante. Parecía tan invitador que, aun arriesgándome a ofenderlo, le dije a Johann que se detuviera. Una vez que lo hizo, le expliqué que tenía deseos de que bajáramos por allí. Me dio toda clase de excusas, y se persignó con frecuencia mientras hablaba. De algún modo, esto no hizo más que aviviar mi curiosidad. Le hice varias preguntas que respondió con evasivas, sin dejar de mirar una y otra vez su reloj. Al final, le dije:

–Bueno, Johann, quiero bajar por ese camino. No le diré que venga si no lo desea, pero cuénteme por qué no quiere hacerlo, eso es todo lo que le pido.

Como respuesta, pareció zambullirse desde el pescante por lo rápidamente que llegó al suelo. Entonces extendió sus manos hacia mí en gesto de súplica y me imploró que no fuera. Mezclaba el suficiente inglés con su alemán, como para que yo entendiese el hilo de sus palabras. Daba la impresión de que estaba a punto de decirme algo, pero la sola idea parecía aterrorizarlo. Se echaba atrás y decía, mientras se persignaba:

–*Walpurgis Nacht*!

Traté de argumentar con él, pero era difícil discutir con un hombre que hablaba en un idioma que yo no conocía lo suficiente. Por cierto, él tenía todas las ventajas, pues aunque comenzaba hablando en inglés, un inglés muy burdo y entrecortado, siempre se excitaba y acababa por revertir a su idioma natal... y cada vez que lo hacía miraba su reloj.

De pronto los caballos se mostraron inquietos y olisquearon el aire. Ante esto, palideció. Mirando a su alrededor de forma asustada, saltó de pronto hacia adelante, los aferró por las bridas y los hizo avanzar unos diez metros. Yo lo seguí y le pregunté por qué había actuado de ese modo. Como respuesta, se persignó, señaló al punto que había abandonado y apuntó con su látigo hacia el otro camino, indicando una cruz y diciendo, primero en alemán y luego en inglés:

–Enterrados... Estar enterrados los que matarse ellos mismos.

Recordé la vieja costumbre de enterrar a los suicidas en los cruces de los caminos.

–¡Ah! Ya veo, un suicida. ¡Qué interesante!

Sin embargo seguía sin entender el motivo por el cual los caballos estaban asustados.

Mientras hablábamos, escuchamos un sonido que parecía una mezcla del aullido de un lobo y el ladrido de un perro. Se oía muy lejos, pero los caballos se mostraron muy inquietos. Johann necesitó bastante tiempo para calmarlos. Estaba muy pálido cuando dijo:

–Suena como lobo..., pero no hay lobos aquí, ahora.

–¿No? –pregunté inquisitivamente–. ¿Hace ya mucho tiempo desde que los lobos estuvieron tan cerca de la ciudad?

–Mucho, mucho –contestó–. En primavera y verano, pero con la nieve los lobos no mucho lejos.

Mientras acariciaba los caballos y trataba de calmarlos, oscuras nubes comenzaron a pasar rápidas por el cielo. El sol de-sapareció, y una bocanada de aire frío sopló sobre nosotros. No obstante, tan sólo fue un soplo, y más parecía un aviso que una realidad, pues el sol volvió a salir con todo su brillo. Johann miró hacia el horizonte haciendo visera con su mano, y dijo:

–La tormenta de nieve venir dentro de mucho poco.

Luego miró de nuevo su reloj, y, manteniendo firmemente las riendas, pues los caballos seguían manoteando inquietos y agitando sus cabezas, subió al pescante como si hubiera llegado el momento de proseguir nuestro viaje.

Me sentía un tanto obstinado y no subí inmediatamente al carruaje.

–Háble me del lugar al que lleva este camino –le dije, señalando hacia abajo.

Otra vez se persignó. Murmuró una plegaria antes de responderme:

–Es maldito.

–¿Qué es lo que es maldito? –inquirí.

–El pueblo.

–Entonces, ¿hay un pueblo?

–No, no. Nadie vive allá desde cientos de años.

Me devoraba la curiosidad:

–Pero dijo que había un pueblo.

–Había.

–¿Y qué pasa ahora?

Como respuesta, se lanzó a desgranar una larga historia en alemán y en inglés, tan mezclados que casi no podía comprender lo que decía. A grandes rasgos logré entender que hacía muchos cientos de años habían muerto allí personas que habían sido enterradas. Con el tiempo se habían oído ruidos bajo la tierra. Cuando se abrieron las fosas, encontraron a los hombres y mujeres con el aspecto de vivos y las bocas rojas de sangre. Por ese motivo, buscando salvar sus vidas (¡ay!, ¡y sus almas! y aquí se persignó de nuevo), los que quedaron huyeron a otros lugares donde los vivos vivían y los muertos estaban muertos y no.... no otra cosa. Era evidente que tenía miedo de pronunciar las últimas palabras. Mientras avanzaba en su narración, se iba excitando cada vez más, su imaginación se fue desbocando y terminó en un verdadero paroxismo de terror: blanco el rostro, sudoroso, tembloroso y mirando a su alrededor, como si esperase que alguna horrible presencia se fuera a manifestar allí mismo, en la llanura abierta, bajo la luz del sol. Finalmente, en una agonía de desesperación, gritó:

–*Walpurgis Nacht!* –e hizo una seña hacia el vehículo, indicándome que subiera.

Mi sangre inglesa hirvió ante esto y, echándome hacia atrás, dije:

–Tiene usted miedo, Johann... tiene usted miedo. Regrese, yo volveré solo; un paseo a pie me sentará bien.

La puerta del carruaje estaba abierta. Tomé del asiento el bastón de roble que siempre llevo en mis excursiones y cerré la puerta. Señalé el camino de regreso a Munich y repetí:

–Regrese, Johann... La noche de Walpurgis no tiene nada que ver con los ingleses.

Los caballos estaban ahora más inquietos que nunca y Johann intentaba retenerlos mientras me rogaba con fervor que no cometiera tal locura. Me daba pena el pobre hombre, parecía sincero; no obstante, no pude evitar echarme a reír. Ya había perdido todo rastro de inglés en sus palabras. En su ansiedad, había

olvidado que la única forma que tenía de hacerme comprender era hablar en mi idioma, así que chapurreó su alemán nativo. Comenzaba a ser algo tedioso. Tras señalar la dirección, exclamé:

–¡Regrese!

Y me di la vuelta para bajar por el camino lateral, en dirección al valle.

Con un gesto de desesperación, Johann volvió sus caballos hacia Munich. Me apoyé sobre mi bastón y lo contemplé alejarse. Al principio avanzó con lentitud; luego, sobre la cima de una colina, apareció un hombre alto y delgado. No podía verlo muy bien a aquella distancia. Cuando se acercó, los caballos comenzaron a encabritarse y a patear, relincharon aterrorizados y echaron a correr. Los contemplé perderse de vista; luego busqué al extraño, pero me di cuenta de que también él había desaparecido.

Me dirigí con calma hacia el camino lateral que bajaba al profundo valle que tanto había preocupado a Johann. Me daba la impresión de que no había ni siquiera un motivo para estar preocupado; y diría que caminé durante un par de horas sin pensar en el tiempo ni en la distancia, y tampoco sin ver ninguna persona o casa. En lo que a aquel lugar se refería, era una verdadera desolación. Sin embargo, no tomé conciencia de esta particularidad hasta que, al dar la vuelta a un recodo del camino, llegué hasta el disperso lindero de un bosque. Fue entonces cuando, inconscientemente, noté que había quedado impresionado por la desolación de los lugares por los que acababa de pasar.

Me senté para descansar y comencé a observar a mi alrededor. Sentía el aire mucho más frío que cuando había iniciado mi camino. Estaba rodeado por un sonido susurrante, en el que de vez en cuando oía, muy en lo alto, algo parecido a un rugido apagado. Miré hacia arriba: grandes y densas nubes corrían con prisa por el cielo, de Norte a Sur, a una gran altura. Eran los signos de una tormenta que se aproximaba por algún lejano estrato de aire. Noté un poco de frío y, pensando que era por haberme sentado tras la caminata, reinicié mi paseo.

El terreno que cruzaba ahora era mucho más pintoresco. No había ningún rincón que mereciera especial elogio, pero había cierto

encanto y belleza en su totalidad. Dejé de pensar en el clima, y fue sólo cuando empezó a hacerse notar el oscurecimiento del sol que comencé a preocuparme acerca de cómo hallar el camino de vuelta. El brillo del día había desaparecido. El aire era frío y el vuelo de las nubes en lo alto, mucho más evidente. Iban acompañadas por una especie de sonido ululante y lejano, por entre el que parecía escucharse a intervalos el misterioso grito que el cochero había dicho que era de un lobo. Dudé un momento, pero me había prometido ver el pueblo abandonado, así que continué y de repente me vi frente a una amplia extensión de terreno llano, cerrado por las colinas que lo rodeaban. Las laderas estaban cubiertas de árboles que descendían hasta la llanura, formando grupos en las suaves pendientes y depresiones. Seguí con la vista el serpentear del camino y vi que trazaba una curva cerca de uno de los más densos grupos de árboles, para luego perderse tras él.

Mientras observaba, noté un hálito helado en el aire. Comenzó a nevar. Pensé en las millas de terreno desguarnecido por las que había pasado, de modo que corrí a buscar un lugar para guarecerme en el bosque de enfrente. El cielo se fue volviendo cada vez más oscuro, y a mi alrededor se veía una brillante alfombra blanca cuyos extremos más lejanos se perdían en una nebulosa vaguedad. Todavía era posible ver el camino, aunque de mal modo, y cuando corría por el llano no quedaban tan marcados sus límites como cuando seguía las hondonadas. Al poco tiempo me di cuenta de que debía haberme apartado del camino, pues dejé de notar bajo mis pies la dura superficie y me hundí en tierra blanda. Entonces el viento se hizo más fuerte y sopló con creciente fuerza, hasta que casi me arrastró. El aire se volvió totalmente helado, y comencé a sufrir los efectos del frío a pesar del ejercicio. La nieve caía ahora tan densa y giraba a mi alrededor en tales remolinos que apenas podía mantener abiertos los ojos. De vez en cuando, el cielo era desgarrado por un centelleante relámpago, y a su luz sólo podía ver frente a mí una gran masa de árboles, principalmente cipreses y tejos completamente cubiertos de nieve.

Encontré resguardo entre ellos. Allí, en un relativo silencio, pude oír el soplar del viento, en lo alto. En aquel momento, la oscuridad

de la tormenta se había fundido con la de la noche. Pero su furia parecía estar abatiéndose: tan solo regresaba en tremendos resoplidos o estallidos. Justo entonces el escalofriante aullido del lobo pareció despertar el eco de muchos sonidos similares a mi alrededor.

En ocasiones, a través de la oscura masa de las nubes, se veía un perdido rayo de luna que iluminaba el terreno y que me dejaba ver que estaba al borde de una densa masa de árboles. Como había dejado de nevar, salí de mi refugio y comencé a investigar más a fondo los alrededores. Me parecía que entre tantos viejos cimientos como había pasado en mi camino, quizá hallase una casa aún en pie que, aunque estuviese en ruinas, me diese algo de cobijo. Mientras rodeaba el perímetro del bosquecillo, me di cuenta de que una pared baja lo cercaba y, siguiéndola, hallé una abertura. Allí los cipreses formaban un camino que llevaba hasta la cuadrada masa de algún tipo de edificio. No obstante, en el mismo momento en que la divisé, las errantes nubes oscurecieron la luna y atravesé el sendero en tinieblas. El viento debió de hacerse más frío, pues noté que me estremecía mientras caminaba; pero tenía esperanzas de hallar un refugio, así que continué a ciegas.

Se produjo un silencio repentino que me hizo detener. La tormenta había pasado y, quizá en armonía con el silencio de la naturaleza, mi corazón pareció dejar de latir. Sin embargo se trató de algo momentáneo, pues de repente la luz de la luna se abrió paso por entre las nubes. Vi que me hallaba en un cementerio, y que el objeto cuadrado que aparecía frente a mí era una enorme tumba de mármol, tan blanca como la nieve que lo cubría todo. Junto con la luz de la luna, hubo un tremendo suspiro de la tormenta, que pareció recobrar intensidad con un aullido largo y grave, como si fuera obra de muchos perros o lobos. Me sentía anonadado, y tuve la sensación de que el frío calaba hondo dentro de mí, hasta que pareció sujetarme el corazón. Entonces, mientras la ráfaga de luz lunar seguía cayendo sobre la tumba de mármol, la tormenta dio muestras de reiniciarse, como si quisiera volver atrás. Impulsado por alguna especie de fascinación, me aproximé a la sepultura para ver

de quién era y por qué había una construcción tan solitaria en semejante lugar. La rodeé. Sobre la puerta dórica, leí en alemán:

CONDESA DOLINGEN DE GRATZ EN ESTIRIA
BUSCÓ Y HALLÓ LA MUERTE EN 1801

En la parte alta de la sepultura, y atravesando aparentemente el mármol, pues la estructura estaba formada por unos pocos bloques macizos, se veía una gran barra o estaca de hierro. Me dirigí hacia la parte de atrás y leí lo que estaba esculpido con grandes letras cirílicas:

LOS MUERTOS VIAJAN DEPRISA

Todo aquello encerraba algo tan extraño y fuera de lo común, que me hizo sentir mal y casi desfallecí. Por primera vez deseé haber seguido el consejo de Johann. Y en aquel momento me invadió un pensamiento que, en medio de aquellas misteriosas circunstancias, me produjo un terrible estremecimiento: ¡era la noche de Walpurgis!

Millones de personas creían que en la noche de Walpurgis el diablo estaba suelto, se abrían las tumbas y los muertos salían a pasear; en ella, todas las cosas maléficas de la tierra, el mar y el aire celebraban su reunión. Y yo me encontraba en el lugar exacto que el cochero había rehuido. Aquél era el pueblo abandonado hacía siglos. Allí era donde se encontraba la suicida; ¡y en ese lugar me encontraba yo en completa soledad, sin ayuda, temblando de frío en medio de una nevada y con una fuerte tormenta formándose a mi alrededor! Fue necesaria toda mi filosofía, toda la religión que me habían enseñado y todo mi coraje, para no derrumbarme y ser presa del pánico.

Entonces, un verdadero tornado estalló a mi alrededor. El suelo se estremeció como si millares de caballos galopasen sobre él, y esta vez la tormenta no llevaba nieve en sus gélidas alas, sino un enorme granizo que cayó con tal violencia que parecía haber sido lanzado por lo míticos honderos baleáricos... Piedras de granizo que aplastaban hojas y ramas y que negaban la protección de los cipreses, como si en lugar de árboles hubieran sido espigas de

cereal. Al primer momento corrí hasta el árbol más cercano, pero pronto me vi obligado a abandonarlo y buscar el único punto que parecía ofrecer refugio: la profunda puerta dórica de la tumba de mármol. Allí, acurrucado contra la enorme puerta de bronce, conseguí una cierta protección contra la caída del granizo, pues ahora sólo me golpeaba al rebotar contra el suelo y los costados de mármol.

Al apoyarme, la puerta se movió ligeramente y se abrió un poco hacia adentro. Incluso el refugio de una tumba era bienvenido en medio de aquella despiadada tempestad, y estaba a punto de entrar cuando se produjo el destello de un relámpago que iluminó toda la extensión del cielo. Fue entonces cando vi –lo juro por mi vida, pues mis ojos estaban vueltos hacia la oscuridad del interior– a una bella mujer, de mejillas sonrosadas y rojos labios, que parecía dormida sobre un féretro. Mientras el trueno estallaba en lo alto fui atrapado como por la mano de un gigante y lanzado hacia la tormenta. Todo aquello fue tan repentino que antes de que me llegara el impacto, tanto moral como físico, me encontré bajo la lluvia de piedras. Al mismo tiempo tuve la extraña y absorbente sensación de que no estaba solo. Miré hacia el túmulo. Y en aquel mismo momento se produjo otro cegador relámpago, que pareció golpear la estaca de hierro que dominaba el monumento y llegar por ella hasta el suelo, resquebrajando, desmenuzando el mármol como en un estallido de llamas. La mujer muerta se alzó en un momento de agonía, lamida por las llamas, y su amargo alarido de dolor fue ahogado por el trueno. La última cosa que oí fue esa horrible mezcla de sonidos, pues de nuevo fui aferrado por la gigantesca mano y arrastrado, mientras el granizo me golpeaba y el aire parecía reverberar con el aullido de los lobos. La última cosa que recuerdo fue una vaga y blanca masa movediza, como si las tumbas de mi alrededor hubieran dejado salir los amortajados fantasmas de sus muertos, y me estuvieran rodeando en medio de la oscuridad de la tormenta de granizo.

Con lentitud recuperé una especie de confuso inicio de conciencia; luego, una sensación de cansancio fulminante. Durante un momento no recordé nada; pero poco a poco recuperé mis sentidos. Sentía un

espantoso dolor en los pies y no podía moverlos. Parecían estar dormidos. Notaba una sensación gélida en mi nuca y a lo largo de mi espina dorsal; mis orejas, como mis pies, estaban muertas. Sin embargo, me atormentaban; pero sobre mi pecho notaba una sensación de calor que, en comparación, resultaba deliciosa. Era como una pesadilla, pero una pesadilla física, si es correcta tal expresión, pues un enorme peso sobre mi pecho me impedía respirar con normalidad.

Ese período de semiletargo pareció durar una eternidad, y supongo que mientras transcurría debí dormir, o delirar. Luego sentí una sensación de repugnancia, como en los primeros momentos de un mareo, y un imperioso deseo de librarme de algo, aunque no sabía de qué. Me rodeaba un descomunal silencio, como si todo el mundo estuviese dormido o muerto, roto tan sólo por el suave jadeo de algún animal cercano. Noté un cálido lametón en mi cuello, y entonces me llegó la conciencia de la terrible verdad, que me heló hasta los huesos e hizo que se congelara la sangre en mis venas. Había algún animal recostado sobre mí y ahora lamía mi garganta. No me atreví a agitarme, pues algún instinto de prudencia me obligaba a seguir inmóvil. Sin embargo, la bestia pareció darse cuenta de que se había producido algún cambio en mí, pues levantó la cabeza. Por entre mis pestañas vi sobre mí los dos grandes ojos llameantes de un gigantesco lobo. Sus aguzados caninos brillaban en la abierta boca roja, y pude notar su acre respiración sobre mi boca.

Otra vez perdí la conciencia. Luego escuché un gruñido, seguido por un aullido, y luego por otro y otro más. Después, aparentemente muy a lo lejos, escuché un "¡Hey, hey!" como de muchas voces gritando al unísono. Con cautela alcé la cabeza y miré en la dirección de la que llegaba el sonido, pero el cementerio bloqueaba mi visión. El lobo seguía aullando de una extraña manera, y un resplandor rojizo comenzó a moverse por entre los cipreses, como siguiendo el sonido. Cuando las voces se acercaron, el lobo aulló más fuerte y más rápidamente. Yo temía hacer cualquier sonido o movimiento. El brillo rojo se acercó más, por encima de la alfombra blanca que se extendía en la oscuridad que me rodeaba. De pronto, de detrás de los árboles, surgió al trote una patrulla de jinetes llevando

antorchas. El lobo se apartó de encima de mí y escapó por el cementerio. Vi cómo uno de los jinetes (soldados, según parecía por sus gorras y sus largas capas militares) alzaba su carabina y apuntaba. Un compañero golpeó su brazo hacia arriba, y escuché cómo la bala zumbaba sobre mi cabeza. Evidentemente me había tomado por el lobo. Otro divisó al animal mientras se alejaba, y se oyó un disparo. Luego, la patrulla avanzó al galope, algunos hacia mí y otros siguiendo al lobo mientras se escabullía entre los cipreses nevados.

A medida que se aproximaban, traté de moverme; no lo logré, aunque podía ver y oír todo lo que sucedía a mi alrededor. Dos o tres de los soldados saltaron de su monturas y se arrodillaron junto a mí. Uno de ellos alzó mi cabeza y colocó su mano sobre mi corazón.

–¡Buenas noticias, camaradas! –gritó–. ¡Su corazón todavía late!

Entonces echaron unas gotas de brandy entre mis labios; me dio vigor, y fui capaz de abrir del todo los ojos y mirar a mi alrededor. Por entre los árboles se movían luces y sombras, y oí cómo los hombres se llamaban los unos a los otros. Se agruparon, lanzando asustadas exclamaciones, y las luces centellearon cuando los otros entraron amontonados en el cementerio, como posesos. Cuando los primeros llegaron hasta nosotros, los que me rodeaban preguntaron con ansiedad:

–¿Lo hallaron?

Respondieron con rapidez:

–¡No! ¡No! ¡Salgamos pronto de aquí! ¡Éste no es un lugar para quedarse, y menos en esta noche!

–¿Qué era? –preguntaron en varios tonos de voz.

La respuesta llegó variada e imprecisa, como si aquellos hombres sintiesen el impulso común por hablar y, sin embargo, se vieran frenados por algún miedo compartido que les impedía dar forma a sus pensamientos.

–Era... era... ¡una cosa! –tartamudeó uno, con el ánimo derrumbado.

–¡Era un lobo, pero no era un lobo! –dijo otro, estremeciéndose.

–No vale la pena intentar matarlo sin tener una bala bendecida –indicó un tercero que mantenía la voz más tranquila.

–¡Nos está bien merecido por salir en esta noche! ¡Desde luego que nos hemos ganado los mil marcos! –espetó un cuarto.

–Había sangre en el mármol derrumbado –dijo otro, tras una pausa–. Y desde luego no la puso ahí el rayo. En cuanto a él... ¿está a salvo? ¡Miren su garganta! Vean, camaradas: el lobo estaba echado encima de él, dándole calor.

El oficial miró mi garganta y replicó:

–Está bien. No perforó la piel. ¿Qué significará todo esto? De no haber sido por los aullidos del lobo, jamás lo hubiéramos encontrado.

–¿Qué es lo que ocurrió con ese lobo? –preguntó el hombre que sujetaba mi cabeza; sus manos estaban firmes y parecía ser el menos aterrorizado del grupo. Tenía los galones de suboficial en sus mangas.

–Volvió a su madriguera –contestó el hombre cuyo largo rostro estaba pálido y temblaba visiblemente aterrorizado mientras miraba a su alrededor–. Son muchas las tumbas que hay aquí para que pueda esconderse. ¡Vámonos, camaradas, rápido! Abandonemos este lugar maldito.

El oficial me alzó hasta sentarme y lanzó una voz de mando; luego, entre varios hombres me colocaron sobre un caballo. Saltó a la silla tras de mí, me sujetó con los brazos y dio la orden de avanzar; dando la espalda a los cipreses, cabalgamos rápidamente en formación.

Mi lengua seguía negándose a cumplir con su función y me vi obligado a mantenerme en silencio. Debí de quedarme dormido, pues lo siguiente que recuerdo es estar de pie, sostenido por un soldado a cada lado. Ya casi era de día, y hacia el norte se reflejaba una rojiza franja de luz solar, como un sendero de sangre, sobre la nieve. El oficial estaba ordenando a sus hombres que no contaran nada de lo que habían visto, excepto que habían hallado a un extranjero, un inglés, protegido por un gran perro.

–¿Un gran perro? ¡Eso no era ningún perro! –interrumpió el hombre que había mostrado tanto miedo–. Sé reconocer un lobo

cuando lo veo.

El joven oficial le respondió con calma:

–Dije un perro.

–¡Perro! –reiteró, con ironía, el otro. Era evidente que su valor estaba ascendiendo con el sol.

Señalándome, dijo:

–Mire la garganta. ¿Es eso obra de un perro, señor?

De modo instintivo levanté una mano al cuello y, al tocármelo, grité de dolor. Los hombres se arremolinaron para mirar, algunos bajando de sus sillas. De nuevo se oyó la voz calmada del joven oficial:

–Un perro, he dicho. Cualquier otra cosa que digamos, se reirán de nosotros.

Entonces monté tras uno de los soldados y entramos en los suburbios de Munich. Allí encontramos un carruaje al que me subieron y que me llevó al *Quatre Saisons*. El oficial me acompañó en el vehículo, mientras un soldado nos seguía llevando su caballo y los demás regresaban al cuartel.

Cuando llegamos, Herr Delbrück bajó tan rápidamente las escaleras para salir a mi encuentro, que se hizo evidente que había estado mirando desde dentro. Me sujetó con ambas manos y me llevó solícito al interior. El oficial hizo un saludo y se dio la vuelta para alejarse, pero al darme cuenta insistí en que me acompañara a mis habitaciones. Mientras tomábamos un vaso de vino, le di las gracias efusivamente por haberme salvado, a él y a sus camaradas. Se limitó a responder que se sentía muy satisfecho, y que Herr Delbrück ya había dado los pasos necesarios para gratificar al grupo de rescate; ante esta ambigua explicación, el *maître d'hôtel* sonrió. De inmeadito el oficial se excusó, alegando tener que cumplir con sus obligaciones, y se marchó.

–Pero, Herr Delbrück –interrogué–, ¿cómo y por qué me buscaron los soldados?

Se encogió de hombros, como si lo que había hecho no tuviera ninguna importancia. Replicó:

–Tuve la buena suerte de que el comandante del regimiento en el que serví me autorizara a pedir voluntarios.

–Pero ¿cómo supo que estaba perdido? –le pregunté.

–El cochero regresó con los restos de su carruaje. Quedó destrozado cuando huyeron los caballos.

–¿Y por eso envió a un grupo de soldados a que me buscaran?

–¡Oh, no! –me respondió–. Sucede que, antes de que llegase el cochero, recibí este telegrama del boyardo de que es usted huésped –y sacó del bolsillo un telegrama, que me entregó y leí:

BISTRITZ. Tenga cuidado con mi huésped: su seguridad es muy importante para mí. Si algo le ocurriera, o lo echasen a faltar, no ahorre medios para hallarlo y garantizar su seguridad. Es inglés; por consiguiente, aventurero. Es frecuente que la nieve, los lobos y la noche resulten peligrosos. No pierda un momento si teme que algo le haya ocurrido. Respaldaré sus cuidados con mi fortuna. DRÁCULA.

Mientras sostenía el telegrama en mi mano, la habitación comenzó girar a mi alrededor. Si el atento *maître d'hôtel* no me hubiera sostenido, creo que hubiera caído al suelo. Todo aquello resultaba tan extraño, algo tan inusual e imposible de imaginar, que de alguna manera sentí que yo era el juguete de enormes fuerzas..., y esta sola idea me paralizó. Era claro que me hallaba bajo alguna clase de misteriosa protección. Justo a tiempo, desde un lejano país, había llegado un mensaje que me había arrancado del peligro de la congelación y de las fauces del lobo.

---

* De acuerdo con algunos biógrafos, este texto daba inicio al manuscrito original de *Drácula* y formaba parte del Diario de Jonathan Harker. Los editores habrían convencido a Bram Stoker de que se trataba de un capítulo prescindible, y lo retiraron. Su viuda incluyó el capítulo a modo de cuento en *El invitado de Drácula y otras historias de terror,* publicado en 1914, dos años después de la muerte del autor. Con posterioridad, el texto fue agregado en algunas ediciones de la novela.